

Francisco Contreras Molina

Leer la Biblia como Palabra de Dios

Claves teológico-pastorales
de la lectio divina en la Iglesia



verbo divino

Francisco Contreras Molina

Leer la Biblia
como Palabra de Dios

Claves teológico-pastorales
de la lectio divina en la Iglesia

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 05
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

1ª edición
2ª reimpresión (año 2009)

Ilustración de portada: Maximino Cerezo Barredo

© Francisco Contreras Molina
© Editorial Verbo Divino, 2007.

Fotocomposición: Chapitel comunicación, Estella (Navarra).
Impresión: Publidisa, Sevilla.

Impreso en España. *Printed in Spain.*

Depósito legal: SE.

ISBN 978-84-8169-729-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedicatoria

Estamos viviendo dentro de la Iglesia, en los umbrales de este siglo XXI, verdaderamente una «década prodigiosa». Pocas veces se han dado cita tan singulares muestras de amor a la Palabra de Dios como ahora. El papa Juan Pablo II, en la carta *Tertio Milenio Adveniente* (2001), nos animó a buscar la primacía de la Palabra; celebramos el 40 aniversario de la promulgación de la Constitución conciliar *Dei Verbum* (2005); el próximo sínodo de los Obispos tendrá, por vez primera en nuestra historia, como objetivo primordial: «La Escritura en la vida y en la misión de la Iglesia» (octubre de 2008). Se despierta en nuestro pueblo hondamente el hambre y la sed de la Palabra de Dios, que no admiten demora.

Este libro aparece en medio de tan providenciales signos de nuestro caminar, como una oportuna estrella. Esperemos que los presentes acontecimientos se conviertan en gracia eficaz para que la Palabra de Dios prosiga su glorioso avance.

Como Jesús tomó entre sus manos cinco panes de cebada, dio gracias y los multiplicó (Jn 6,1), así presento en estas páginas cinco intenciones para que el Señor las bendiga:

- Al papa Benedicto XVI, que va a convocar un sínodo sobre «la Escritura en la vida y en la misión de la Iglesia» y está convencido de que: «la práctica de la *lectio divina* producirá una nueva primavera espiritual en la Iglesia».
- A Carlo M^a Martini, que ha consagrado su vida a animar a la Iglesia por medio del amor a la Escritura. Es «verdadero maestro de la *lectio divina*» y amigo; me enseñó a entregar la Biblia al pueblo de Dios.

- A mi madre Isabel, que me dejó en herencia la pasión por la Palabra de Dios y la poesía. A todas nuestras madres, Biblias vivientes, abiertas siempre de par en par, revelación del Dios de la misericordia para nosotros, sus hijos.
- A Manuel Orge y Antonio Martín, misioneros claretianos, que nos transmitieron amor a la Biblia por contagio. A tantos servidores anónimos del Evangelio, sacerdotes, religiosos y seculares, para que sigan adelante con entusiasmo, sin desfallecer nunca, en el desempeño de tan urgente misión.
- A nuestro pueblo, innumerable y hambriento, que espera con ansias el pan vivo de la Palabra de Dios. ¡Que no queden nunca defraudados!

Contenido

Dedicatoria	5
Explicación del cuadro de la portada	15
1. El fondo o el pasado	16
2. Primer plano o presente	17
3. El futuro o el plano que está por venir	18
Introducción	21
I. La Palabra de Dios: Interpelación y reto para la Iglesia ...	39
1. La Palabra de Dios: Llamada apremiante de la Iglesia ...	40
2. La Palabra de Dios: Reto comprometedor para la Iglesia	50
II. Historia de la <i>lectio divina</i>	55
1. Historia explicativa de la expresión <i>lectio divina</i>	56
2. Los santos Padres	58
3. El Monacato	59
3. Sistematización de la <i>lectio divina</i> .	
Guigo, el cartujano	61
4. Exilio de la Palabra de Dios en la Iglesia	64
5. Retorno a la Palabra	72
6. Epifanía gloriosa de la Palabra de Dios	75
a) Congregaciones religiosas	76
b) «Movimientos y caminos» dentro de la Iglesia	82
Conclusión	86

III. La Constitución conciliar <i>Dei Verbum</i>,	
«La nueva entrega de la Biblia a la Iglesia»	89
1. La Constitución <i>Dei Verbum</i> .	
<i>Carta magna</i> de la Sagrada Escritura en la Iglesia	91
1. Historia del texto	91
2. La Escritura se entiende dentro de la revelación de Dios	92
3. La Sagrada Escritura es un hablar de Dios, actual y presente	95
4. Valoración global	95
2. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia	96
1. Lectura del texto	96
2. Veneración de la Iglesia por la Escritura (n. 21)	97
3. Dos panes en la mesa de la Iglesia (n. 21)	98
4. La Escritura, regla suprema de la fe, pero no absoluta	101
5. La Escritura, diálogo con Dios	102
6. Eficacia de la Escritura	106
7. La Escritura es un libro abierto para todos. La <i>lectio divina</i> (n. 25)	110
3. Balance y perspectivas	114
Conclusión	117
IV. Lectura de la Biblia en Cristo	121
1. Cristo ilumina la Biblia o El Libro de la Vida (Apocalipsis)	125
1. La humanidad sin el libro de la vida anda errática, sumida en llanto	126
2. Jesús lee el libro y lo interpreta para todos nosotros	127
3. Respuesta gozosa de la humanidad. ¡Tenemos ya un libro que nos descubre nuestra vocación y destino de vida!	129
2. Cristo es la plenitud de la revelación (<i>Dei Verbum</i> , 4)	132

1. Carta a los Hebreos 1,1-2	134
2. Evangelio de san Juan 1,18	136
3. Cristo nos enseña a leer la Biblia	141
1. Cristo, Maestro y Guía de la Escritura	142
2. La culminación en la celebración de la Eucaristía	144
3. La presencia iluminadora del Espíritu Santo	146
4. Es Jesús mismo quien nos abre la inteligencia para entender las Escrituras	148
4. El Resucitado nos envía a la misión	150
Conclusión	153
V. Lectura de la Biblia en el Espíritu Santo	157
1. El Espíritu Santo en la encarnación de la Palabra	159
1. La Palabra de Dios y el Espíritu. Relación íntima	159
2. La Palabra se hizo carne en María por obra del Espíritu Santo	161
3. La <i>epiclesis</i> sobre el pan y el vino	162
4. La Palabra se hace letra pequeña de revelación por el Espíritu Santo	164
5. La Palabra se hace vida en nosotros gracias al Espíritu. La obra de san Juan, Evangelio y Apocalipsis	165
a) El Evangelio. El Espíritu conduce a la verdad completa	165
b) Oír lo que el Espíritu dice a la Iglesia (Apocalipsis)	167
2. La Sagrada Escritura debe ser leída e interpretada en el mismo Espíritu en que fue escrita (<i>Dei Verbum</i> , 12)	172
1. Contexto del principio interpretativo de la lectura en el Espíritu	172
2. Explicación del principio interpretativo según san Jerónimo	175
3. Los Padres de la Iglesia	177

4. Mons. N. Edelby y la interpretación de la Sagrada Escritura	180
5. Estudio del principio de lectura creyente: «en el mismo Espíritu en que fue inspirada»	183
Conclusión	185
a) Tener en cuenta tres normas interpretativas	185
b) La Biblia, el libro del misterio de Dios	187
c) Pedir con constancia y confianza el don del Espíritu Santo	189
d) El Espíritu Santo, prenda de nuestra esperanza, necesidad en nuestra lectura bíblica	193
e) La <i>parresía</i> : seguridad gozosa de la fe	194
f) La misión	198
VI. Lectura de la Biblia en comunión con la Iglesia	203
1. La Palabra crea al pueblo de Dios y a la Iglesia	204
1. El Antiguo Testamento	204
2. El Nuevo Testamento	207
2. La Iglesia, «matriz» de la Sagrada Escritura	211
1. También la Iglesia <i>hace</i> la Escritura (La Tradición)	211
2. Testimonio de la Escritura y de la Tradición viva de la Iglesia	215
3. La liturgia, «lugar privilegiado» de la Palabra de Dios en la Iglesia	220
1. La liturgia, la casa encendida de la Palabra	220
2. En la liturgia Cristo habla a la Iglesia (<i>Christi Locutio</i>)	225
3. Dios habla a su pueblo y éste responde: diálogo litúrgico	228
4. Algunas llamadas urgentes a la comunidad, que celebra la liturgia	230
a) Importancia del contexto de fe de la asamblea	230
b) Importancia de la proclamación para que resuene la voz de Cristo	232

c) La cena del Señor no se improvisa, se prepara	233
d) ¡Quién nos libraré de esta rutina de muerte!	234
e) Repartir el pan de la Palabra	236
f) A modo de recapitulación. Cristofanía en Patmos ...	236
VII. El Señor purifica a la Iglesia con su Palabra	239
1. El Señor juzga a la Iglesia con su Palabra	241
1. La Palabra del Señor, espada aguda de doble filo	243
2. Cristo tiene ojos como llama de fuego, nos sondea y conoce	246
a) El Señor nos mira y habla, pero nosotros estamos ciegos y sordos	250
b) ¡Ese hombre eres tú! (2 Sm 12,7)	250
c) ¡Atención, los que olvidáis a Dios! (Sal 49,22)	253
2. La Palabra de Cristo busca siempre la conversión	258
1. ¿Qué significa la conversión?	260
a) La conversión es acoger la iniciativa de amor del Señor	262
b) Convertirse quiere decir volver a llamar a Dios «Abbá, Padre, querido Padre»	269
c) La conversión del pecador es causa de alegría de Dios	271
d) Urgencia personal de la conversión	277
e) Conversión es entrar en la casa del Padre, y no hay más puerta que el hermano	279
Conclusión	282
VIII. Cómo acoger la semilla de la Palabra de Dios.	
Errores y aciertos	285
1. Acercamientos parciales y defectuosos en la lectura de la Biblia	287
1. La parábola del sembrador (Lc 8,4-15)	287
2. Fundamentalismo	292

3. Falta de respeto a la primacía de la Palabra	300
a) Pietismo	301
b) Ocasionalismo, instrumentalización y fácil moralismo	302
4. El desconocimiento de la «ciencia bíblica».	
Desidia e incompetencia del lector	303
a) El didactismo	306
5. La esquizofrenia entre la Biblia y la vida	308
6. Lectura esporádica de la Biblia	310
7. La exasperante rutina ante la Biblia	311
8. Empleo excesivo de subsidios	313
9. Falta de interiorización o la escandalosa superficialidad que nos aqueja	315
2. Acercamientos positivos en la lectura de la Biblia	316
1. Leer la Biblia desde el corazón, a ejemplo de María ..	316
2. Regla de oro: la Biblia crece con el lector	325
3. Lectura abierta del todo a la fuerza vital de la Palabra ..	327
4. Lectura en clima de oración humilde e íntima	331
5. Lectura sapiencial, que llena de gozo	332
6. Llevar la Biblia a la vida	334
IX. Práctica de la <i>lectio divina</i> en grupo	337
1. Algunos consejos prácticos	338
2. Disposición espiritual	347
3. Ejercicio concreto de la <i>lectio divina</i>	349
1. Lectura (<i>lectio</i>). Lo que el texto dice	350
2. Meditación (<i>meditatio</i>). Lo que el texto me dice	351
3. Oración (<i>oratio</i>). Lo que yo digo a Dios y lo que Dios me dice a partir del texto	351
4. Acción misionera (<i>actio</i>). Hágase en mí según tu palabra:	352
Conclusión: Sólo el amor edifica la Iglesia	353

X. Páginas de la Biblia al viento o <i>floreillas</i> en el camino	355
XI. San Antonio M^a Claret, apóstol de la Biblia en la Iglesia	391
1. La Biblia, voz viva de Dios que le habla y transforma	397
1. Contexto vital. Situación de la Biblia en España	397
2. La Biblia, una saeta que le traspasó el corazón. Me ocurrió como a Saulo	400
a) El delirio de la fabricación	400
b) Experiencia en el Espíritu	401
c) Incertidumbre	402
d) Mediación de la Iglesia	402
e) Visión completa	403
f) Parentesco apostólico con Pablo	404
3. La Biblia le descubre el camino de su vida: la voluntad de Dios	404
a) Textos vocacionales	405
b) Rasgos peculiares de su lectura bíblica	408
4. Presencia victoriosa de María y magnitud de la persecución	410
2. Claret, misionero de la Palabra de Dios	414
1. Misionero, conforme a la lectura de la Biblia	414
2. Misionero apostólico itinerante (1843-1850)	415
3. Misionero, arzobispo en Cuba (1850-1857)	417
4. Misionero, confesor de la Reina y exiliado (1857-1870)	420
5. Misionero y padre de misioneros	422
a) Misionero según el Apocalipsis	423
b) El Espíritu, alma y fuerza de la misión claretiana ...	428
3. Claret, maestro y difusor de la Biblia	432
1. Predica la Palabra. Insiste oportuna e importunamente	432

a) A los Pastores-Obispos	433
b) A los Sacerdotes	433
c) A los Seminaristas	434
d) A todos los fieles cristianos, en general	435
2. Apóstol difusor de la Biblia, para acabar con la ‘desidia en leer la Biblia’	436
Conclusión: Claret, herencia y compromiso bíblicos	440
1. El contacto directo con la Palabra de Dios. Un cara a cara	441
2. Lectura asidua, familiar: el pan nuestro de cada día	442
3. Concentración cristológica	445
4. La Biblia de un misionero: su dinamismo apostólico	447
5. Actitudes interiores fundamentales para leer la Biblia	449
a) El amor. Condición absolutamente necesaria	449
b) Simplicidad de fe: «Gusten de proceder con la simplicidad de la fe»	450
c) Humildad, como María, la esclava del Señor	450
d) En el silencio y en la paz	451
e) Lectura en la Iglesia	452
XII. Conclusión final o testamento	457
1. Testamento de Jesús a sus discípulos	459
2. Testamento de Pablo a los presbíteros de Mileto (Hch 20,32)	463
3. El último testamento de Jesús a su Iglesia (Ap 3,20)	469
a) Revelación del misterio de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre	471
b) La súplica vehemente del Señor: «Si alguien escucha mi voz»	472
c) La Palabra escuchada culmina en la Eucaristía	473
Bibliografía	477

Explicación del cuadro

La portada del libro ilustra la célebre parábola de Jesús sobre aquel sembrador anónimo y generoso. Cuenta la variada suerte de la semilla, debido a la diversa calidad de la tierra en donde cae y debe ser acogida.

Toda la portada, incluido el diseño y la escena que la ilumina, ha sido expresa y primorosamente confeccionada por Maximino Cerezo Barredo. Es un misionero claretiano que predica el Evangelio con la luz y el color, y siembra la fecunda semilla de su arte por todo el mundo, en especial por los lugares más pobres y recónditos. En multitud de catedrales, iglesias, capillas..., esparcidas por selvas, poblados y ciudades, cuelgan sus murales y cuadros como un Magnificat libre, gozoso y comprometido al Dios que nos salva. Le doy las gracias. Él predica con la pintura; yo, con las palabras; pero los dos somos misioneros y hermanos: anunciamos con mucho amor la misma Palabra de Dios.

Este dibujo esclarece el contenido del libro: «Leer la Biblia como Palabra de Dios». Nos preguntamos: ¿Por qué la Biblia no es siempre Palabra de Dios para quien la lee? ¿Por qué la semilla no fructifica –como debiera– en nosotros y no desarrolla su enorme potencial de fuerza y de vida?

El cuadro, trasunto fiel del evangelio, despliega poco a poco la aclaración de este enigma. Podemos contemplarlo desde tres perspectivas principales, que corresponden a las sucesivas palabras de Jesús: el fondo o plano de atrás, el primer plano o visión inmediata, y el plano que está aún por decir y pintar.

Coinciden con las tres dimensiones del tiempo: pasado, presente y porvenir.

1. El fondo o el pasado

En el trasfondo del cuadro (o de la parábola) aparece Jesús. El segundo evangelio nos describe el contexto y la situación previa a la promulgación de la parábola.

Y otra vez se puso a enseñar a orillas del mar. Y se reunió tanta gente junto a él que hubo de subir a una barca y, ya en el mar, se sentó; toda la gente estaba en tierra a la orilla del mar. Les enseñaba muchas cosas por medio de parábolas (Mc 4,1-2).

Las personas se arremolinan y apretujan para oír la Palabra de Dios. Lucas añade que se congrega mucha gente y que acuden a él de todas las ciudades (8,4). ¡Padecen tanta hambre de palabras de vida y esperanza!

Jesús sube a la barca, altavoz estratégico, para que así su mensaje pueda alcanzar a la multitud. Vemos unas figuras de espaldas. Están orientadas hacia Jesús. Atentas a las palabras de gracia que salen de su boca. Las contamos despacio, con atención. Resultado: doce. Es cifra simbólica. Como las doce tribus de Israel. Como los doce apóstoles. Representan a todos los seguidores de Jesús.

El Señor, adoptando la postura propia del maestro de aquel tiempo, aparece sentado. Habla con los brazos extendidos y las dos manos abiertas. Siente profunda compasión de la gente, porque anda como ovejas sin pastor. ¿Llegará el bálsamo de su palabra a tantos corazones rotos y abatidos?

Jesús, aun siendo Hijo de Dios todopoderoso, se siente solo e impotente. El horizonte se dilata inmenso, y el campo se abre ancho como el mundo. Por eso, exhorta a que pidamos al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies. La mies es mucha; los trabajadores, escasos. Necesita de otros labios que pronuncien el Evangelio, de manos extendidas que repartan la semilla. Pide con urgencia sembradores de la Palabra.

2. Primer plano o presente

Jesús pronuncia una parábola, que se encuentra recogida en los tres evangelios sinópticos. Nos inclinamos por la del evangelio de san Lucas (8,4-21), que comienza así: «salió un sembrador a sembrar».

Nos topamos con la visión inmediata del cuadro. Vemos un hombre. Sin adornos ni grandezas. Alguien anónimo. Cualquiera. No importa. Todo él se resume y concentra en un gesto elocuente: está sembrando.

Se lleva una mano al costal, preservando la semilla; la otra, la diestra, es una mano abierta. El sembrador se prolonga vigorosamente en su mano, grande y generosa, desplegada al viento, como una bandera: una mano que siembra sin tacañería, pródiga.

El cuadro no presenta un dibujo plano o sin relieve, sino una pintura en acción. Una continuada secuencia expresiva. La siembra se va gestando. Percibimos el ademán de la mano esparciendo la semilla; vemos también la germinación y los resultados. Asistimos al proceso completo de la siembra, desde que la semilla sale de la mano del sembrador hasta que culmina en cosecha y sazón.

Salió un sembrador a sembrar su semilla; y al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada, y las aves del cielo se la comieron; otra cayó sobre piedra, y después de brotar, se secó por no tener humedad; otra cayó en medio de abrojos, y, creciendo con ella los abrojos, la ahogaron. Y otra cayó en tierra buena, y, creciendo, dio fruto centuplicado. Dicho esto, exclamó: El que tenga oídos para oír, que oiga (Lc 8,5-8).

Contemplamos, asimismo, los elementos bíblicos que ilustran el diverso desenlace de la siembra. Unos pajarillos se comen la semilla que ha caído en el camino. Jesús, en su comentario a la parábola, precisará diciendo que son los superficiales (Lc 8, 5b.12). Vemos unas piedras secas, sin humedad ni raíces: éstos son los débiles e inconstantes (vv. 6.13). Divisamos también unos ásperos abrojos, ribeteados de agudas espinas: son los «ahogados» por el desasosiego, la codicia del dinero y el culto al placer insolidario (vv. 7.14).

El drama consiste en que sofocan la fuerza de la semilla que el Señor ha sembrado en el corazón, se niegan obstinadamente a

escuchar y obedecer la voz que les habla. El miedo a la novedad y al compromiso está impidiendo una cosecha fecunda, a pesar de la inmensa generosidad con que el Señor derrama, hasta el despilfarro, su semilla.

De las cuatro categorías de oyentes, tres no escuchan con fruto. Sólo una parte de los oyentes, una cuarta parte del total —¡qué minúscula proporción!— acoge la Palabra y consigue la salvación.

Únicamente esta pequeña parte fructifica. En efecto, contemplamos en el cuadro siete espigas o mazorcas donde el grano sazona apretado. Relucen como gruesas pepitas de oro. Son los que escuchan la Palabra con un corazón abierto y generoso, y dan fruto con aguante y perseverancia (vv. 8.15).

3. El futuro o el plano que está por venir

Asistimos a la narración que sigue a la proclamación de la parábola. El evangelio refiere un encuentro de la familia con Jesús. Le anuncian la presencia de su madre y de sus hermanos, que desean verlo. Jesús responde a tal requerimiento, aclarando la identidad de su familia:

Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen (8,21).

Éstos representan la semilla que cae en tierra buena. Es la familia auténtica de Jesús. La verdadera Iglesia. ¡La Palabra de Dios sólo se puede acoger y mantener dentro de una comunidad de fe, no de manera aislada y solitaria! De lo contrario, nos perdemos y la Palabra no fructifica. Dentro de la Iglesia, en comunión con toda la Iglesia de Dios, sí es posible leer, interpretar y vivir la Palabra de Dios.

En esta familia aparece María. Más adelante, en la trama evangélica, encontramos una escena que rezuma sabor de pueblo. Una mujer, alzando la voz entre la gente, pregona: «Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron». Jesús, de nuevo aquilata el alcance de ese requiebro sincero: «Más bien, son dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (11,28). María es dichosa no tanto por haber por-

tado y amamantado a Jesús, sino por haber escuchado y cumplido la Palabra de Dios.

Su prima Isabel lo reconoce y la felicita:

Dichosa tú que has creído que se cumplirán las cosas que te fueron dichas de parte del Señor (Lc 1,45).

Los otros dos evangelistas refieren con estas palabras la reacción de Jesús a la propuesta de la familia:

Quien cumple la voluntad de Dios, es mi hermano, mi hermana y mi madre (Mc 3,35).

Quien hace la voluntad del Padre... es mi hermano, mi hermana y mi madre (Mt 12,50).

Cumplir la voluntad se erige en la razón determinante y última de nuestras vidas, siguiendo el ejemplo de Jesús, desde el principio de su existencia: «Por eso, al entrar en el mundo, dice... he aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Heb 10,5.7) hasta el final: «No se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc 22,42). Con cierta frecuencia, cumplir la voluntad de Dios puede resultar para nosotros un principio genérico, algo difícil de entender y sobre todo de secundar. ¿Dónde se esconde la voluntad de Dios, cómo se revela esa determinada voluntad de tal manera que pueda ser llevada a cabo?

Para el evangelista —he aquí una singular aportación y clarificación— hacer la voluntad de Dios se concreta en escuchar en el corazón la Palabra de Dios, y así poder ser cumplida. Sólo una palabra profundamente oída *audita* podrá ser fielmente obedecida *oboedita*. Es preciso acoger la Palabra, guardarla con perseverancia, porque existen poderosas amenazas que atentan contra ella.

La semilla cae en el camino de la superficialidad y los pájaros se la comen; otra parte queda agostada entre las piedras o la inconstancia; otra parte se sofoca entre los abrojos o el consumismo excesivo, la idolatría de las riquezas y la abundancia de placeres... Todos estos riesgos reales malogran la semilla sembrada en nuestros corazones. María es modelo de escucha y acogida, de cumplimiento de la Palabra de Dios. En ella, tierra humilde, bendita y creyente, la Palabra fructifica con el más logrado fruto: Jesucristo, nuestro Señor.

De estas disposiciones y actitudes trata el presente libro. Pretende orientar para que la semilla —¡ay, qué complejo y sinuoso es con frecuencia el corazón humano, destinatario último de la siembra!— no se corrompa, sino que madure y se convierta en cosecha de vida.

El sembrador nos exhibe ¡palmariamente! su mano abierta, está sembrando. Dios no se cansa de esparcir su semilla, de repartir dadivosamente su Palabra...

Introducción

Como María en su canto, la Biblia proclama la historia de la salvación; es un himno alzado a la grandeza de Dios que ha mirado la bajeza de su pueblo. Toda la Biblia se erige en ininterrumpido Magnificat entonado por un pueblo, que ha sido rescatado por Dios y hecho su heredad.

Siguiendo la imagen propuesta por los santos Padres, la historia humana puede compararse a un caminar sin rumbo durante un largo destierro. Hemos salido de nuestra tierra de origen: el paraíso primordial, en donde Dios acudía puntualmente a hablar como un amigo. Esa comunión entrañable, humano-divina, se ha perdido y el diálogo se ha roto.

Gracias a la Palabra, pronunciada por Dios, se entabla de nuevo el diálogo y renace la amistad; nuestra tierra de destierro se transforma en paraíso y el Señor se acerca para conversar con nosotros: «Cuando leo las divinas Escrituras, Dios vuelve a pasear en el Paraíso terrestre»¹.

¹ San Ambrosio, *Epístola 49, 3*. No podemos dejar de recordar un pasaje antológico en donde se rememora este ambiente paradisiaco que es capaz de instaurar en nuestra oscura tierra la lectura creyente de la Escritura: *La Biblia fue escrita hace mucho tiempo, pero no ha envejecido la fuerza de la Escritura; surge y se refuerza cada día más... Te encuentras fuera del paraíso, oh catecúmeno, participe del exilio de Adán el progenitor. Ahora, desde el momento en que se ha abierto la puerta, entra allí de donde has salido y no tardes... Has estado mucho tiempo hundido en el fango, date prisa para venir a mi Jordán; no es ya Juan quien te llama, sino que es Cristo el que te invita. El río de la gracia ya fluye por todas partes; y no brota ya en Palestina para desembocar en el mar más próximo, sino que*

La Constitución conciliar *Dei Verbum* (21) celebra este encuentro y conversación:

En los libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos.

Con la evocación del paraíso recordamos las primeras líneas del primer libro de la Biblia: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra...».

También nos está permitido afirmar: «En el principio Dios no creó un libro, sino un pueblo. Lo liberó, rescatándolo de una tierra de esclavitud, y lo condujo por el desierto, lo llevó sobre alas de águila y lo atrajo hacia el Sinaí. Con él selló una alianza. Forjó una historia de salvación».

El pueblo rememoró su historia, se remontó a sus orígenes y escribió el libro del Génesis; luego continuó plasmando los avatares de sus diversos períodos: jueces, monarquía, exilio, retorno... en otras tantas entregas.

Cuando abrimos los diversos escritos de la Biblia, no leemos unos libros caídos, como maná, del cielo. No son extraños aerolitos. El cristianismo es la religión en cuyo centro no está un libro, sino la Palabra divina encarnada en un ser humano, Jesucristo.

El texto es el evangelio; pero el contexto necesario es la vida de fe de la Iglesia en nuestro Señor. De esta vida brotaron las narraciones evangélicas, las cartas apostólicas..., en fin, todos los escritos del Nuevo Testamento. Existe una estrechísima relación entre evangelio e Iglesia. Puede afirmarse con rotundidad: sin Iglesia no hay evangelio.

Cuando se nos da a vivir una honda experiencia, anhelamos que no se pierda. Cuando queremos preservar una dicha de la

abraza la oikoumene entera y desemboca en el Paraíso. Este río tiene a Cristo como rica fuente, y, saliendo de él, inunda el universo entero. Es un río de agua dulce y potable... Carga el Evangelio sobre tus espaldas como hizo Josué con el arca, deja el desierto, esto es, el pecado, atraviesa el Jordán, empéñate en vivir conforme a Cristo en la tierra que según la promesa produce leche y miel, frutos que dan la alegría... Todas estas cosas son figuras para nosotros; todas prefiguran las cosas que experimentamos ahora nosotros (San Gregorio de Nisa, Sermo de Baptismo; PL 46, 417C-421A).

cruel fugacidad a que está sometida, entonces escribimos. Las cosas más hermosas existen porque alguien, alguna vez, las dejó escritas. Así podemos leer el *Cántico Espiritual* de san Juan de la Cruz, que el poeta escribió durante nueve sufridos meses en la cárcel-convento de Toledo, como un parto; también podemos deleitarnos con tantos poemas inolvidables, textos imborrables como *El Quijote*, *Hamlet*...

La escritura dota a las palabras de inmortalidad. Un encuentro de amor, aunque efímero en el tiempo, quiere perpetuarse en la verde corteza de un árbol mediante el dibujo de dos corazones, atravesados por una flecha y firmados con dos nombres afortunados. Los «grafitti», garabateados en paredes anónimas, han puesto un sello personal a experiencias que un día fueron dichosas. La vida profunda tiene aspiración de eternidad.

Cuando Job vislumbra, como un destello en medio de su atroz oscuridad, la luz de la resurrección, entonces siente ansias por escribir, grabar en monumento y roca su esperanza más firme que el mármol:

¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá en monumento se grabaran, y con punzón de hierro y buril, para siempre en la roca se esculpieran!

Yo sé que mi Defensor está vivo, y que él se levantará sobre el polvo.

Tras mi despertar me alzaré junto a él, y con mi propia carne veré a Dios.

Yo, sí, yo mismo le veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro.

¡Dentro de mí languidecen mis entrañas! (19,23-27).

Cuando los santos fundadores han recibido una fuerte vivencia carismática, anhelan conservarla para la posteridad: escriben como herencia espiritual unas Constituciones... La palabra escrita otorga valor perenne al río fluyente de la vida; sirve para que no se extravíe su mensaje, como agua fugitiva en el calcinado desierto².

² Mientras redacto estas páginas ha venido a hablar conmigo un sacerdote, párroco en Córdoba. Es un buen amigo. Se llama Luis Briones. Está escribiendo un libro, sacando tiempo de donde apenas hay sino migajas, inmerso como se halla en una labor pastoral muy comprometida. Solamente puede trabajar en el mes de vacaciones de ve-

Así nacieron los evangelios: como honda exigencia de una vida que quería perpetuarse.

Así es la Biblia, Palabra de Dios escrita para siempre. Revelación imperecedera de su amor. Revelación porque comunica la condescendencia de Dios, sus prodigios en favor de la casa de Israel y de la Iglesia. Y porque refleja lo más hondo del corazón humano, por eso es también revelación.

Confesión de un testigo

Dios guía nuestros pasos, incluso sin que nosotros lo advirtamos en un primer momento. Más tarde caemos en la cuenta: damos gracias al Señor y la vida. No tenemos más remedio, porque percibimos que nuestra historia ya no nos pertenece en exclusiva. Se encuentra enlazada con nuestro pueblo. Juntos marchamos, codo a codo, en busca de la ciudad de la nueva Jerusalén. Nuestra historia se convierte, ya desde entonces y de manera feliz, en historia de salvación.

En este contexto eclesial, debo referir con brevedad la historia de la *lectio divina*, que significa, de alguna manera, contar mi propia historia en estos últimos años.

Esta aventura empezó en el año del jubileo en la Iglesia: el 2000. En la iglesia de Granada se habían organizado, como en tantas otras diócesis, charlas, conferencias..., a fin de celebrar di-

rano, pues durante el curso, llevando dos parroquias en un barrio popular de Córdoba, resulta imposible dedicarse a escribir. Lo admiro en su noble tesón. A la pregunta de por qué se empeña en escribir, me ha confesado: *Este libro se quedará, nos va a sobrevivir. Cuando yo me muera, él seguirá hablando en nombre de la vida de la comunidad cristiana. Por eso escribo.*

En el mismo prólogo anota: *Este libro reproduce lo vivido por muchos curas y mucha gente de Córdoba. Y esto es con-vivido... Y me acordaba de que los evangelios nacieron al calor de cómo vivieron la vida de Jesús diferentes comunidades... por eso era su evangelio, parte del único evangelio pero coloreado por la experiencia de su vivir en Cristo. ¿No podríamos también nosotros, modestísima pero verdaderamente, escribir nuestro evangelio y darnos luz y dar a luz a otros (a través de nuestras luces y de nuestras sombras, como Pedro en su traición)?*

Toda vida quiere permanecer. El libro se llama *Parroquia de barrio hoy. Crónica de una búsqueda.*

cha efemérides. Fueron tres años plenos de ricas experiencias eclesiales. Pero no se quería que, llegados a la meta, la memoria cayese en el olvido y la vida cristiana decayese en la rutina. Entre nosotros reinaba una sincera preocupación pastoral. Se organizaron diversas reuniones a fin de mantener la tensión espiritual. Se pensó en publicar unos cuadernillos que se repartirían en las todas las iglesias. Tenían por título *Iglesia dos mil*.

A mí se me encomendó —como profesor de Sagrada Escritura y metido, como me hallo, en la pastoral diocesana— redactar un par de artículos sobre la *lectio divina*. Recuerdo que eran fechas de mucho ajetreo. Pero escribí con gozo y prontitud la colaboración requerida, porque sentía que así me lo pedía la Iglesia y podía ser útil a mis hermanos.

La revista llegó a sus destinatarios. A raíz de esa divulgación, cuál no sería mi sorpresa cuando empezaron a solicitarme de muchas parroquias de Granada. La gente quería saber y profundizar más. Me multipliqué como pude. En algunas parroquias no bastaba una sola charla y ejercicio concreto. Pedían más. Surgió un alegre despertar y cundía un entusiasmo por la Palabra de Dios.

Di algunos días de retiro a los sacerdotes de la diócesis de Granada. Con teoría y praxis incluidas. Recuerdo que el entonces arzobispo, D. Antonio Cañizares, me comentaba —medio en broma, medio en serio— que era el único ponente que había hecho rezar a los sacerdotes. No era propiamente eso. Se trataba más bien de que, tras las charlas teóricas, hacíamos ejercicio concreto de *lectio divina*, en clima de fe y oración.

El camino de la Palabra de Dios ha seguido ya imparable en mi vida. Me han llamado de muchas partes obispos y sacerdotes. Parroquias. Diversas familias religiosas. Gente sencilla del pueblo. Comunidades. Movimientos. Cofradías. Colegios... He podido recorrer España entera en estos últimos años intentando fomentar el amor por la Palabra de Dios y la práctica de la *lectio divina*.

Una vez encontré a dos sacerdotes en una parroquia de Valencia. Ya contaban cierta edad: el párroco 69 años, el coadjutor 67. Estaban impartiendo unas catequesis de la Biblia a los fieles.

Me comentaron sus sentimientos, con cierto pesar pero sobre todo animados de esperanza. Tras muchos años de incansable ejercicio pastoral, ahora sí que habían acertado plenamente:

Lástima que hayamos empezado tan tarde. La gente viene y se queda tan contenta, oyendo cosas de la Palabra de Dios. Nos dice: ¡La Biblia! ¡La Biblia! Queremos que nos habléis de la Biblia. Esto es lo que nos alimenta y nos da fuerza para vivir.

Da la impresión de que nuestro pueblo está evangelizado y de que la Biblia es ya el libro de su vida. Falsa y errónea apariencia. Nada más lejos de la triste realidad.

En una ocasión, en el diálogo que siguió a una charla sobre la *lectio divina*, una persona de una parroquia comentó en voz alta su situación espiritual. Pude escribir sus palabras con fidelidad. Son éstas:

Yo creo que si la gente tomara la Biblia y la leyera, su vida estaría de otra manera, tendríamos más consuelo. Yo no quiero culpar a los sacerdotes, porque a lo mejor ellos no lo saben; pero tendrían que saberlo, y decirlo, y hacerlo.

¡Ay, si a mí me lo hubieran dicho antes! ¡Cómo habría cambiado mi vida!

Pero le doy gracias a Dios porque ahora conozco la Biblia. Sin la Biblia yo ya no puedo vivir.

En algunas partes he visto una cierta desconsideración y visión superficial hacia la *lectio divina*. En otras partes, un desaliento. Conviene precisar estas miradas desviadas y situaciones tibias.

Convenimos todos en sostener que la *lectio divina* está de actualidad. Basta asomarse a las librerías religiosas de algunas capitales. Conozco bastante bien las de Roma. De cada una de ellas, puedo afirmar que he contado entre sus anaqueles y tenido en mis manos más de una docena de títulos sobre este tema monográfico. Podemos preguntarnos: ¿se trata de una novedad, una moda, que puede ser comparable a la aparición de algunos autores que estuvieron un tiempo en el relumbrante candelero? Hagamos breve ejercicio de memoria: D. Bonhöffer, C. Carreto, T. de Mello, H. Nouwen... ¿Quién se acuerda hoy de ellos, como se merece su obra? Ante esta duda, nos acecha una inquietud:

¿pasará la *lectio divina* como se han eclipsado estos escritores ya en declive?

También hemos asistido, durante los últimos años, a un relieve acusado de diversas teologías. Pueden destacarse la teología de la muerte de Dios, de la política, de la liberación (con sus diversas ramificaciones: negra, asiática...), feminista... ¿Asistimos a la aparición de otra nueva teología, una más en la constelación fugaz del firmamento eclesial? Sería una lástima esta apreciación. Porque la moda es algo transitorio: «lo que primero pasa de moda». Otra, de tantas cosas fungibles, en «el imperio de lo efímero» (Lipovetsky).

La *lectio divina* constituye una ayuda providencial para renovar nuestra vida creyente personal y comunitaria —de un grupo cristiano, de una parroquia, de una diócesis...—, en el contacto permanente con la Palabra de Dios; pues la Biblia leída y orada es el lugar que Dios mismo ha elegido para su encuentro con nosotros, a fin de convertirnos y recibir gratuitamente de él la plenitud de su vida.

Característica esencial e insustituible de toda espiritualidad cristiana es la lectura de la Palabra de Dios. No podemos olvidar que el cristiano es un oyente de la Palabra (Sant 1,22). Se vive la vida según el Espíritu en proporción a la capacidad de dejar espacio a la Palabra, y de hacerla crecer en nuestro corazón. Dios nos habla. Nosotros oímos y acogemos su Palabra. De esta interpelación brota la verdadera respuesta: la conversión, que significa pasar de la autosuficiencia personal a la dependencia total de Dios. Es vaciarse del egoísmo todo para llenarse de Cristo y poder volcarse, pleno el corazón de amor sincero, en un servicio desinteresado de entrega a los hermanos.

He tenido contactos con muchos grupos cristianos que han practicado la *lectio divina*. La mayoría de ellos se muestran radiantes de entusiasmo y seriamente comprometidos. Otros, en cambio, la llevan como quien ejecuta un ejercicio cansino. Arrastran la práctica como un lastre, a la manera del que carga una pesada cruz. Después de un tiempo, por falta de perseverancia, exceso de cansancio, la dejan y olvidan. Pierden, con ello, una poderosa fuerza para su conversión y alegría de su vida cristiana.

¿Cuál es la causa de esta desigual suerte en la práctica de la *lectio divina*? El peligro que nos acecha es quedarse en la pura técnica, que se reduce al seguimiento de unos pasos metodológicos. Conviene recordar que un método por sí mismo no conduce a ninguna parte, si no está alentado del espíritu. La letra, si no está vivificada por el Espíritu, mata. Somos víctimas de nuestro ambiente tan comercializado y pragmático. Hemos de huir de las fáciles fórmulas que nos aseguran el éxito en pocos días y sin esfuerzo. ¡Con unas cuantas recetas, como todo bagaje para el largo camino, no se va a ningún sitio ni por mucho tiempo. Resulta muy difícil alcanzar venturosamente la meta!

También en la práctica de la *lectio divina* se da la «impaciencia del todo-inmediatamente». No dejamos que madure el *trigo* de nuestra fe ni somos respetuosos con el crecimiento de nuestra relación con Dios y con los hermanos. Sucede lo que Carlo M^a Martini ha llamado certeramente «el furor de la acción, una impaciencia de obtener todo inmediatamente, un deseo agresivo hacia los ritmos de las cosas»³.

El oportunismo, el culto al utilitarismo eficaz, buscan conseguir resultados de manera inmediata. Intentar ser tan prácticos conlleva un riesgo: la pobreza de espíritu. Hay que entender adecuadamente la *lectio divina*. Aquí, como en tantas cosas, lo más práctico es tener una buena teoría que fundamente la práctica. Y en nuestro caso, para la práctica de la *lectio divina*, hace falta con urgencia una teología de la Palabra que la sostenga.

La *lectio divina* no debe aparecer sólo como un recurso pedagógico, un frío esquema operativo, un truco rápido, sino un medio providencial, usado en otros tiempos, que ha producido sus frutos, y que la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, quiere actualizarlo y vigorizarlo para acrecentar la vida creyente del pueblo de Dios.

La *lectio divina* es un signo de los tiempos. No una moda fugaz y pasajera. Un tesoro de la Iglesia que el Espíritu no ha querido que desaparezca y que en estos últimos tiempos ha sa-

³ *En el principio la Palabra*, Santa Fe de Bogotá ²1991, 28.

cado a la luz. Se trata de la lectura atenta y creyente, orante y comprometida de la Palabra de Dios. Y ello pertenece esencialmente a la vida de la Iglesia que necesita alimentarse del pan de la Palabra. Por eso Carlo M^a Martini puede escribir con pleno acierto, sin alardes de exageración: «La *lectio divina* es un ejercicio de escucha de la Palabra, que capta el misterio del Verbo encarnado y penetra, por tanto, en el misterio mismo de Dios. No hay vida cristiana en profundidad sin la *lectio divina*»⁴.

Es preciso leer la Palabra en comunión con la Iglesia. Esta idea, bien entendida, resulta muy fecunda; aparecerá con frecuencia a lo largo del libro, como una preocupación pastoral y un consuelo eficaz de toda auténtica lectura que se precie de ser cristiana.

Es la Iglesia quien me ofrece el don de la Escritura; dentro de ella debo leerla. En este sentido la Iglesia es nuestra madre nutriente y nos concede el mejor regalo: la Palabra de Dios. Nuestra religión no es la religión del libro, sino del Cristo viviente. Si fuese la religión del libro, la Iglesia podría convertirse en una gran editorial, y nosotros en vendedores de libros.

Así he caminado durante estos últimos con el pueblo de Dios. No yo solo. Mis compañeros sacerdotes y misioneros, testigos del hambre de la Palabra de Dios que padece nuestro pueblo; y mis colegas, profesores de Biblia en las Facultades y seminarios de España, con los que me reúno con frecuencia, también son testigos de la verdadera ansia por la Palabra de Dios.

He percibido por todas partes hambre, mucha hambre por la Palabra de Dios. La profecía de Amós se cumple. Aquellos días que el profeta vislumbraba para un futuro incierto se anticipan ya a los nuestros:

He aquí que vienen días, oráculo del Señor Yahveh, en que yo mandaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Yahveh (8,11).

⁴ ¿Por qué Jesús hablaba en parábolas?, Bogotá 1989, 97.

También he sentido en el pueblo de Dios un anhelo ardiente para que se les instruya en el camino, a fin de acercarse a la Biblia y entenderla como Palabra de Dios. Buscan como el eunuco de los Hechos de los Apóstoles a alguien que se la explique:

El Espíritu dijo a Felipe: Acércate y ponte junto a ese carro. Felipe corrió hasta él y le oyó leer al profeta Isaías; y le dijo: ¿Entiendes lo que vas leyendo? Él contestó: ¿Cómo lo puedo entender si nadie me hace de guía? Y rogó a Felipe que subiese y se sentase con él (Hch 8,29-31).

El pueblo de Dios tiene hambre de la Palabra de Dios. Se encuentra estragado por mal comer migajas y restos insignificantes, que no sacian ni alimentan. ¿De qué valen unos entretenimientos, unos sucedáneos que son un tentempié para hoy y hambre para mañana?

Toda pastoral bíblica en la Iglesia debería empezar en ese lugar hondo en donde se originan los más nobles sentimientos: las entrañas. Tendría que participar de los mismos sentimientos de Jesús cuando ve a la multitud hambrienta, a punto de desfallecer. Experimenta una profunda compasión –*splakhnistheis*– y les ayuda eficazmente. Se pone a predicarles la Palabra.

Pienso en nuestro pueblo. Los contemplo –si se me permite hablar así– tal como los veía Jesús: famélicos, como ovejas errantes:

Al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor (Mt 8,36).

Él nos comenta: «dadles vosotros de comer, pues con el hambre no se juega» (cf. Mc 6,37).

Debo gritar con toda sinceridad que me duele el hambre de nuestro pueblo que no conoce, tal como ansía en lo más profundo, ni el pan ni el consuelo de la Palabra de Dios.

Para favorecer el acceso a la Biblia, como Palabra de Dios, y de manera muy especial la práctica de la *lectio divina*, se ha escrito este libro, al contacto vivo con las inquietudes de la gente. Es obra que ha ido gestándose en estos últimos años.

Sumario esclarecedor del libro

Con la terminología de *lectio divina* no se pretende restaurar una práctica antigua, que conlleva el seguimiento de muchos pasos y que puede resultar extraña, más propia de monjes de la Edad Media. Los autores modernos adoptan otra terminología, tal vez, más expresiva: C. Mesters habla de *lectura orante de la Biblia*. E. Bianchi indica que es *lectura de la Biblia en el Espíritu*.

Pretendemos dar unas orientaciones fructíferas para que toda lectura de la Biblia —¡de esto se trata! No caigamos presos en las sutiles redes de los nombres y en posturas excluyentes—, sea personal o comunitaria, sea privada o litúrgica, «sea de noche o de día...», se convierta en encuentro transformante con el Señor.

La Palabra de Dios tiene poder para crear de nuevo. Leemos con atención un texto, que cimienta la esencia del cristianismo o el amor fraterno no fingido sino sincero, en la fuerza generativa de la Palabra, que dura para siempre:

Amaos intensamente unos a otros, con amor no hipócrita, pues habéis nacido de nuevo de un germen no corruptible, sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios viva y permanente (1 Pe 1,22b-23).

Y esta Palabra vive en la Iglesia. Este misterio nos devuelve la esperanza y nos acrecienta las ansias para acercarnos a la Biblia. La Iglesia nace de la Palabra de Dios, en donde se encuentra la misma Palabra encarnada, Jesucristo, nuestro Señor. Esta Palabra se ha escrito en un libro: la Biblia. Leyendo con fe la Palabra de Dios, manteniendo con ella un contacto no ocasional, «de domingo en domingo», sino un trato asiduo y familiar, la Iglesia se regenera y renueva. Se unge de entusiasmo por la misión.

Si la lectura de la Biblia es buena, y mucho más que buena, óptima —diríamos con toda la razón del mundo—, no se sigue que todo acercamiento a ella así lo sea. Nuestro uso de la Biblia decae con frecuencia en un arbitrario abuso.

Es preciso que la lectura de la Biblia se convierta en un acontecimiento salvífico: *kairós*, un acto por el que Dios nos recrea y nos hace partícipes de su vida.

No buscamos, por tanto, que un cristiano conozca mejor la Escritura, o que escuche un fragmento bíblico, o que realice unos pasos metodológicos precisos..., sino que sea verdaderamente interpelado por el Señor, que habla al corazón y consuela. Esta lectura de la Biblia es «divina» sólo si realmente pasa a ser un diálogo vivo con Dios. Cuando esto ocurre, llega la salvación a nuestra casa y el Señor nos visita con su gracia. Esta experiencia espiritual cala en lo más hondo. Ya no se olvida. Basta que suceda una vez para que el afortunado creyente se sienta atraído de por vida a la lectura de la Biblia. Tal es la finalidad de la *lectio divina*. Entonces se cumple aquella escena, en donde san Gregorio Magno exhortaba a Teodoreto, médico del emperador:

Me dicen que estás haciendo cosas muy bellas, importantes; pero me dicen que no encuentras tiempo para leer la Biblia. Escúchame: si el emperador te escribiese una carta, ¿tendrías el valor de tirarla antes de haberla leído entera? ¿Y qué otra cosa es la Biblia sino una carta de Dios Omnipotente a su criatura?... Aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios, para suspirar con más ardor por la eternidad⁵.

Para favorecer la lectura y poseer ya una cierta perspectiva, podemos adelantar el contenido del libro, vertido en estos doce capítulos. Partimos de un clarísimo signo de los tiempos: la vehemente recomendación de la Iglesia a la lectura de la Biblia y práctica de la *lectio divina* durante estos últimos años. No podemos dejar de escuchar tan insistente interpelación. Contemplamos luego cómo la Iglesia ha vivido en su larga historia esta práctica. La perspectiva de los años y los siglos otorga solidez a este ejercicio, que no es flor de un día ni moda efímera. Nos acercamos a la gran aportación de la Iglesia en el Concilio Vaticano II, la Constitución *Dei Verbum*, o *Carta Magna* de la revelación bíblica. Nos concentramos en su primordial apartado: *La Palabra de Dios en la Iglesia*.

En cuatro importantes capítulos presentamos algunas *claves* que nos acercan a la Biblia para mejor entenderla, orarla, interiorizarla y vivirla. La lectura de la Biblia debe ser realizada siem-

⁵ Éstas son sus últimas palabras: *Disce cor Dei in verbis Dei, ut ardentius ad aeterna suspires. Registrum epistularum*, V, 46; PG I, 345-346.

pre: en Cristo, en el Espíritu Santo, en comunión con toda la Iglesia (en especial, durante la liturgia) y abiertos a su fuerza profética. En el capítulo octavo revisamos los errores en que podemos caer y aciertos que es preciso mantener para que sea fecunda la Palabra de Dios. En el noveno nos ponemos ya en marcha: realizamos ejercicio práctico de la *lectio divina*, con su metodología precisa y explicación. En el décimo, en recuerdo del papa Juan Pablo II, leemos algunas «páginas de la Biblia al viento»; son una especie de «florecillas» en el camino; hablan, mediante la sugerencia del relato parabólico o la metáfora, de la importancia de la Palabra de Dios. El capítulo undécimo nos presenta la figura de alguien cercano, de carne y hueso, que puede ayudarnos y estimularnos. Fue un santo apóstol y misionero gracias a la Palabra de Dios, que leía con humilde devoción cada día de su vida: San Antonio María Claret.

El último capítulo es el testamento o conclusión. Pero se trata de un testamento abierto o conclusión inacabada. Porque el libro cumple su carrera sólo cuando el lector comience a leer con fe y perseverancia, todos los días de su existencia, la Biblia como Palabra de Dios.

Son doce capítulos, como doce son los pilares en que se cimenta la ciudad de la Nueva Jerusalén (Ap 21,14). Esperamos que la Iglesia se apoye siempre en el fundamento de la Palabra de su Señor, acogida con fe y practicada en el amor.

El Señor dijo a sus discípulos, en la conclusión del sermón del monte: «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca» (Mt 7,24). A Pedro, que le confesó: «Señor, ¿adónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68), Jesús le aseguró: «yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16,18). Éste es el cimiento firme, la piedra viva y la roca inquebrantable en donde se asienta la Iglesia: la Palabra de Dios.

Cinco principios doctrinales han orientado el contenido de este libro:

Primero. La Biblia, interpretada por la Biblia. Hay una continua e ineludible referencia a la Biblia. Creemos, fieles a la prác-

tica de los santos Padres y del mejor legado del judaísmo, que la Biblia se comenta por ella misma; constituye la primera fuente de enseñanza, es el alma de toda verdadera teología. Acudimos de continuo a su autoridad, en especial, a la palabra y ejemplo de Jesús, como definitiva luz en nuestra interpretación.

Segundo. La Biblia, leída en comunión con toda la Iglesia. Tenemos en cuenta los textos de la Iglesia, del Vaticano II «*Dei Verbum*», de la *Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, y la aportación de los principales documentos emanados por los últimos papas. Asimismo nos mantenemos en contacto con la ciencia bíblica, incorporamos las aportaciones de los biblistas, profesores, exegetas más competentes y autorizados; hemos valorado el inmenso bagaje publicado recientemente en torno a la *lectio divina*. Nuestro estudio ha pretendido ser, si no exhaustivo (palabra desterrada en el campo bíblico por la constante proliferación de publicaciones), sí muy completo.

Tercero. La Biblia, leída dentro de la tradición viva de la Iglesia. Este principio resulta normativo y fecundo. Abundan los testimonios de los santos Padres. Los ejemplos mueven y arrastran, *exempla trahunt*. Los Padres atribuyen a la Sagrada Escritura los efectos de vida espiritual que nosotros estamos habituados a atribuir a la gracia. Hablan de la Palabra de Dios como si efectuase toda la configuración del creyente con la imagen de Cristo. Ella opera toda la transformación de la vida espiritual, desde las purificaciones iniciales hasta la íntima unión con Cristo. Con un realismo, de cuya frescura carece nuestro espíritu analítico, ven en la Sagrada Escritura la presencia misma de Cristo que se nos comunica y se da a comer como una especie de sacramento⁶.

Cuarto. La Biblia, leída, orada en comunión de fe con toda la Iglesia. Nos acercamos al ejemplo admirable de hombres y mujeres de Dios que han sido atraídos por la Biblia y con la que han mantenido una íntima familiaridad. Ojalá que el ejemplo de su asombrosa piedad bíblica nos contagie y nos mueva al permanente contacto con la Palabra divina.

⁶ Cf. Y. Congar, *La Tradición y las tradiciones II*, San Sebastián 1964, 258.

Nos sentimos Iglesia. Vamos todos remando en la misma barca, también amenazados por el oleaje del mar, pero confiados en la presencia firme del Señor (Mc 4,35-41). El Espíritu empuja las velas con una brisa a favor, mucho más poderosa que otros vientos contrarios.

Quinto. La Biblia, leída al hilo de la vida. Incorporamos elementos de tradición oral. Son fruto de mi presencia en diversos grupos bíblicos, de conversaciones con muchos cristianos, dirigentes de grupo, gente sencilla; felices encuentros con sacerdotes, religiosos y seglares con quienes caminamos juntos para que la Palabra prosiga su destino de salvación.

El trato con las personas que el Señor ha puesto providencialmente en mi vida y que me han orientado en tantos asuntos relativos a la *lectio divina*; mi condición de misionero claretiano, hijo del Inmaculado Corazón de María, otorgan a este libro un tono cordial, de relato vivo y testimonial. Abandono de manera adrede el ademán del profesor distante, y arrimo una silla a la mesa común en donde todos nos sentimos hermanos y nos nutrimos del pan de la Palabra, lo partimos y compartimos generosamente.

El presente libro ofrece, pues, unas claves, al mismo tiempo teológicas y pastorales, que ayuden a un acercamiento fecundo con la Biblia a mantener una lectura creyente y orante o *lectio divina*, a descubrir su valor como Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. Para que, desde esta honda familiaridad, pueda ser llevada a la práctica con fidelidad y proclamada con ardor misionero a todo el mundo. Ojalá que, bendecido por el Señor, nuestro buen Pastor que nos guía y alimenta, nuestro verdadero Pan de vida, sirva para remediar –un poco, al menos– el hambre del pan de la Palabra de Dios que nuestro pueblo padece.

Deseo poner este libro bajo la protección de María, nuestra Madre y modelo de toda lectura creyente de la Palabra de Dios. La presencia de María en estas páginas es transversal, atraviesa íntegramente su contenido: no se halla sólo reservada en un capítulo. Ella, lugar fecundo en donde se hizo carne la Palabra de Dios, acompaña nuestro encuentro con la Palabra. El papa Be-

nedicto XVI, durante el último congreso mundial sobre la *Dei Verbum*, así nos la presenta:

Ésta es la actitud típica de María santísima, tal y como lo muestra de manera emblemática la imagen de la anunciación: la Virgen acoge al mensajero celestial mientras medita en las sagradas Escrituras, representadas generalmente con un libro que María tiene en sus manos, o en el seno, o encima de un atril. Ésta es también la imagen que ofrece de la Iglesia el mismo Concilio, en la constitución *Dei Verbum* (n. 1): En escucha religiosa de la Palabra de Dios... Recemos para que, como María, la Iglesia sea dócil esclava de la Palabra divina y la proclame siempre con confianza firme para que «todo el mundo, oyendo, crea el anuncio de la salvación; creyendo, espere, y esperando, ame»⁷.

⁷ *Benedicto XVI, Ángelus, 6-11-2005.*

La Palabra de Dios

I

La Palabra de Dios: Interpelación y reto para la Iglesia

Debemos recordar las llamadas acuciantes de la Iglesia que insisten en la primacía de la Palabra, patentes durante la celebración del Concilio Vaticano II y, posteriormente, por medio de la promulgación de documentos autorizados. Acogemos también la voz de nuestros pastores.

Nos fijamos en los mensajes fundamentales. Son textos claros; no necesitan demasiada explicación ni glosa. Son serios y comprometedores. Elocuentes por sí mismos. Sólo basta aceptarlos con espíritu de apertura y docilidad.

Hay que precisar diciendo que no se trata en absoluto de simples recomendaciones o buenos consejos, sino de una imperiosa llamada de la Iglesia, madre y maestra de los cristianos.

Tras reconocer su primado, hemos de preguntarnos con lealtad: ¿qué queda de esta centralidad de la Palabra de Dios entre nosotros?

La respuesta no puede acabar en vano lamento, sino en redoblado empeño para que nuestra vida se nutra verdaderamente de la Palabra que sale de la boca de Dios.

Cada uno debiera contestar, con sincera disponibilidad, como Pablo: «¿Qué quieres, Señor, que haga?» (Hch 22,10).

Primera Parte

La Palabra de Dios: Llamada apremiante de la Iglesia

La *lectio divina* resulta salvadora, cuando se realiza dentro de la comunión de la Iglesia.

Recogemos algunas citas, que nos confirman esta importancia y necesidad. La primera sirve de anuncio, tan breve como prometedor, del actual Papa:

Si la práctica de la *lectio divina* se promueve con eficacia, estoy convencido de que producirá una nueva primavera espiritual en la Iglesia.

Nos sigue diciendo Benedicto XVI:

La centralidad de la Palabra de Dios desempeña un papel fundamental en la vida de la Iglesia: la Iglesia vive de la Palabra de Dios, la escucha, la celebra, la pone en práctica. La fidelidad a la Palabra es fuente y criterio de autenticidad de la comunidad cristiana. De esta familiaridad con la Palabra ha nacido la *lectio divina*, una práctica antigua, que ha retornado con nuevo vigor hoy.

La *lectio divina* consiste en quedarse durante un cierto tiempo sobre un texto bíblico, leyéndolo y releyéndolo, casi «rumiándolo», como dicen los Padres, y exprimiendo, por así decir, todo el «jugo», para que nutra la meditación y la contemplación y llegue a regar como savia la vida concreta. Condición de la *lectio divina* es que la mente y el corazón estén iluminados por el Espíritu, a saber, por el mismo Inspirador de la Sagrada Escritura, y se pongan por eso en actitud de «religiosa escucha»¹.

Providencialmente, en nuestros días el método de la *lectio divina* ha vuelto a ser actual. Constituye una verdadera gracia de Dios, un don del Espíritu Santo quien conduce sabiamente a la Iglesia con nuevo vigor.

Partimos del Concilio Vaticano II, que la ha recomendado de manera explícita:

Es necesario que todos conserven un contacto continuo con la Sagrada Escritura a través de la *lectio* sagrada..., a tra-

¹ Palabras recogidas en *L' Osservatore Romano* CXLV, 261 (2005) 5.

vés de una meditación atenta y que recuerden que la lectura debe ir acompañada de la oración (*Dei Verbum*, 25).

Mediante la *lectio divina* el cristiano se une a Dios por un sentimiento de fe-amor basado en su Palabra:

En los Libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos (*Dei Verbum*, 21).

Más recientemente, la misma Iglesia reconoce su valor permanente:

La *lectio divina* es una lectura, individual o comunitaria, de un pasaje más o menos largo de la Escritura, acogida como Palabra de Dios, y que se desarrolla bajo la moción del Espíritu en meditación, oración y contemplación...

La insistencia sobre la *lectio divina* bajo este doble aspecto, individual y comunitario, ha vuelto a ser actual. La finalidad pretendida es suscitar y alimentar un amor efectivo y constante a la Sagrada Escritura, fuente de vida interior y de fecundidad apostólica, favorecer también una mejor comprensión de la liturgia y asegurar a la Biblia un lugar más importante en los estudios teológicos y en la oración².

Nuestra práctica de la *lectio divina*, o acercamiento creyente y orante a la Palabra de Dios, se sitúa dentro de un círculo más amplio: en fidelidad con toda la Iglesia

Vamos a realizar lo que el papa Juan Pablo II, animado por una mirada profética, nos invita: nutrirnos de la Palabra de Dios porque somos servidores de la Palabra. Y ésta es una prioridad para la Iglesia en el comienzo del tercer milenio³.

Recordamos la voz del Papa, en comunión con la Iglesia *Novo Millennio Ineunte*.

Es su carta más personal. Lleva su firma, sello e impronta. Tiene la autoridad del testigo y la veneración del anciano. Carta

² Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Valencia 1993, 114.

³ E. Bianchi, *Les enjeux de la lectio divina: La vie spirituelle* 740 (2001) 410.

de esperanza y de ánimo. Habla no de una Iglesia replegada, con las puertas cerradas, sino pescadora de hombres, que debe remar mar adentro, *duc in altum*; que ha de anunciar con entusiasmo, sin complejo, la palabra de la salvación del Evangelio: Iglesia de Pentecostés.

En este escrito pastoral el papa Juan Pablo II insiste en un principio esencial de la vida cristiana: la primacía de la gracia. Hoy asistimos a un cierto cansancio al verificar la absurda inutilidad de tanto esfuerzo humano. Pensamos que los resultados dependen exclusivamente de nuestra capacidad de acción pastoral. Olvidamos que sin el Señor no podemos hacer absolutamente nada (Jn 15,5). Tras una noche de fatigas, sólo alcanzamos a presentar unas redes vacías y un cuerpo exhausto. Desde esta posición podemos abrirnos, igual que Pedro, al milagro de la gracia de Dios.

En la programación que nos espera, trabajar con mayor confianza en una pastoral que dé prioridad a la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: la primacía de la gracia...

Cuando no se respeta este principio, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración?... Éste es el momento de la fe, de la oración, del diálogo con Dios, para abrir el corazón a la acción de la gracia y permitir a la palabra de Cristo que pase por nosotros con toda su fuerza: *¡Duc in altum!* En aquella ocasión, fue Pedro quien habló con fe: en tu palabra, echaré las redes⁴. Permittedle al Sucesor de Pedro que, en el comienzo de este milenio, invite a toda la Iglesia a este acto de fe, que se expresa en un renovado compromiso de oración (nº 38).

Señala el Papa que los frutos de santidad y oración *sólo* —¡escribe con acentos de radicalidad!— son posibles desde la preeminencia de la Palabra de Dios. Como consecuencia, se muestra el avance y desarrollo, el honor y la revitalización de la Palabra en

⁴ El texto griego del evangelio resulta sugerente: *epi de to rhemati sou khalaso ta diktya*. Las redes pueden ser interpretadas como la Palabra de Jesús. La Iglesia será pescadora de hombres, los sacará de las oscuras tinieblas del mar (o del mal) con las redes de la Palabra de su Señor. Sólo esta Palabra les dará la vida.

la obra misionera, la evangelización y catequesis. Desea que se dé una consolidación y profundización. Para ello es necesario que el contacto con la Palabra se convierta en encuentro vital o de fe, mediante la antigua y siempre válida práctica de la *lectio divina*, que interpela, orienta y modela nuestra existencia.

No cabe duda de que esta primacía de la santidad y de la oración sólo se puede concebir a partir de una renovada escucha de la Palabra de Dios. Desde que el Concilio Vaticano II ha subrayado el papel preeminente de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, ciertamente se ha avanzado mucho en la asidua escucha y en la lectura atenta de la Sagrada Escritura. Ella ha recibido el honor que le corresponde en la oración pública de la Iglesia. Tanto las personas individualmente como las comunidades recurren ya en gran número a la Escritura, y entre los laicos mismos son muchos quienes se dedican a ella con la valiosa ayuda de estudios teológicos y bíblicos. Precisamente con esta atención a la Palabra de Dios se está revitalizando principalmente la tarea de la evangelización y la catequesis. Hace falta, queridos hermanos y hermanas, consolidar y profundizar esta orientación, incluso a través de la difusión de la Biblia en las familias. Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la *lectio divina*, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia (nº 39)⁵.

No se trata de un consejo más entre otros muchos. Nos preguntamos: ¿Por qué hemos de volver a esta práctica de la *lectio divina*? Respondemos con decisión, sin ninguna duda ni tardanza: porque somos humildes servidores de la Palabra. ¡En la Iglesia todos somos misioneros, no unos cuantos elegidos! La Iglesia es Iglesia de Dios en tanto en cuanto se abre a la misión. Y hemos de cumplir dignamente con esta tarea que el Señor nos ha asignado. Para repartirla a los demás, es preciso nutrirnos de este alimento del Espíritu. Tan urgente primacía afecta de lleno a todos los miembros de la Iglesia:

Alimentarnos de la Palabra para ser servidores de la Palabra en el compromiso de la evangelización, es indudablemente una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio (nº 40).

⁵ Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, Madrid 2001, 59-61.

A manera de síntesis, recordamos otras palabras del papa Juan Pablo II, dirigidas a la Iglesia en Europa. Representan el colofón y apelación última. Conviene señalar que tampoco son mera exhortación enfática, sino que corresponden a la misma misión de la Iglesia en el comienzo del tercer milenio:

¡Iglesia en Europa, empieza el nuevo milenio con el libro del Evangelio! En el estudio atento de la Palabra encontraremos alimento y fuerza para realizar cada día nuestra misión. ¡Tome-mos en nuestras manos este Libro! Aceptémoslo de parte del Señor que continuamente nos lo ofrece a través de su Iglesia (cf. Ap 10,8). Devorémoslo (cf. Ap 10,9), para que se haga vida de nuestra vida. Gustémoslo a fondo: nos reservará fatigas, pero nos dará alegría porque es dulce como la miel (cf. Ap 10,9-10). Nos llenaremos de esperanza y seremos capaces de comunicarla a cualquier hombre o mujer que encontraremos en nuestro camino⁶.

Recogemos ahora las principales aportaciones de otros documentos normativos de la Iglesia:

Vita consecrata.

La vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo

Es la Exhortación apostólica postsinodal del año 1996. En el apartado *A la escucha de la Palabra de Dios*, percibimos los frutos de esta –¡atención a la fecundidad de la expresión!– «primera fuente de espiritualidad». Son fundamentalmente tres: comunicación viva con el Señor, gozo de crecer juntos en comunidad compartiendo la riqueza de la Palabra y ardor apostólico:

La Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora. Por este motivo la *lectio divina* ha sido tenida en la más alta estima desde el nacimiento de los Institutos de vida consagrada, y de manera particular en el monacato...

Será, pues, de gran ayuda para las personas consagradas la meditación asidua de los textos evangélicos y de los demás escritos neotestamentarios, que ilustran las palabras y los ejem-

⁶ Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa* sobre Jesucristo, vivo en su Iglesia y fuente de esperanza para Europa (28-6-2003), Madrid 2003, 130.

plos de Cristo y de la Virgen María, y la *apostolica vivendi forma*. A ellos se han referido constantemente fundadores y fundadoras a la hora de acoger la vocación y de discernir el carisma y la misión del propio Instituto. La meditación comunitaria de la Biblia tiene un gran valor. Hecha según las posibilidades y las circunstancias de la vida de comunidad, lleva al gozo de compartir la riqueza descubierta en la Palabra de Dios, gracias a la cual los hermanos y las hermanas crecen juntos y se ayudan a progresar en la vida espiritual...

Como enseña la tradición espiritual, de la meditación de la Palabra de Dios, y de los misterios de Cristo en particular, nace la intensidad de la contemplación y el ardor de la actividad apostólica. Tanto en la vida religiosa contemplativa como en la activa, siempre han sido los hombres y mujeres de oración quienes, como auténticos intérpretes y ejecutores de la voluntad de Dios, han realizado grandes obras. Del contacto asiduo con la Palabra de Dios han obtenido la luz necesaria para el discernimiento personal y comunitario que les ha servido para buscar los caminos del Señor en los signos de los tiempos. Han adquirido así una especie de instinto sobrenatural que ha hecho posible el que, en vez de doblegarse a la mentalidad del mundo, hayan renovado la propia mente, para poder discernir la voluntad de Dios, aquello que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto (cf. Rm 12,2) (nº 94)⁷.

Caminar desde Cristo

Es una Instrucción de la Congregación para los Institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, para un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio (2002).

El documento recalca la centralidad de la Palabra. En la tercera parte se habla de la vida espiritual. He aquí los pasajes del número 24, que insisten en la Palabra, capaz de fortalecer estos tres pilares fundamentales: a) encuentro personal con el Señor; b) vida de comunidad o espiritualidad de comunión; c) compromiso de la evangelización.

Vivir la espiritualidad significa sobre todo partir de la persona de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, presente

⁷ Juan Pablo II, *Vita Consecrata*, Madrid 1996, 156-157.

en su Palabra. La santidad no se concibe si no es a partir de una renovada escucha de la Palabra de Dios.

Es allí, en efecto, donde el Maestro se revela, educa el corazón y la mente. Es allí donde se madura la visión de fe, aprendiendo a ver la realidad y los acontecimientos con la mirada misma de Dios, hasta tener el pensamiento de Cristo (cf. 1 Co 2,16).

La Palabra de Dios es el alimento para la vida, para la oración y para el camino diario, el principio de unificación de la comunidad en la unidad de pensamiento, la inspiración para la constante renovación y para la creatividad apostólica. El Concilio Vaticano II ya había indicado la vuelta al Evangelio como el primer gran principio de renovación. Como en toda la Iglesia, también dentro de las comunidades y de los grupos de consagrados y consagradas, en estos años se ha desarrollado un contacto más vivo e inmediato con la Palabra de Dios. Es un camino que hay que recorrer cada vez con nueva intensidad. «Es necesario –ha dicho el Papa– que no os canséis de hacer un alto en la meditación de la Sagrada Escritura y, sobre todo, de los santos Evangelios, para que se impriman en vosotros los rasgos del Verbo Encarnado.»

La vida fraterna en comunidad favorece también el redescubrimiento de la dimensión eclesial de la Palabra: acogerla, meditarla, vivirla juntos, comunicar las experiencias que de ella florecen y así adentrarse en una auténtica espiritualidad de comunión.

Alimentados por la Palabra, transformados en hombres y mujeres nuevos, libres, evangélicos, los consagrados podrán ser auténticos siervos de la Palabra en el compromiso de la evangelización. Así es como cumplen una prioridad para la Iglesia al comienzo del nuevo milenio: Hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés⁸.

La voz de un pastor

De Carlo M^a Martini señalamos, de entre muchos pasajes interpelantes, el presente texto. La lectura de la Palabra de Dios no sólo modifica la existencia personal, como asunto privado. Es fuente de profunda revelación. Nos abre a un ámbito universal,

⁸ Juan Pablo II, *Caminar desde Cristo*, Madrid 52002, 37-38.

a la inconmensurable realidad de la historia humana y eclesial. Nos hace comunidad cristiana y alumbramos con la poderosa luz de Cristo todas las cambiantes situaciones: vida y muerte, dolor y amor, familia, los acontecimientos sociales... descubre nuestra verdadera identidad y la de nuestros hermanos.

La acogida de la Palabra de Dios es la que nos hace convertirnos en comunidad auténticamente cristiana según las leyes de la comunión. La Palabra de Dios nos garantiza el contacto vivo e inmediato con Cristo mismo, Palabra viva del Padre, fuente de comunión; pero, puesto que testimonia a Cristo partiendo de una riquísima variedad de situaciones humanas históricas, que fueron leídas y vividas a la luz de Cristo, llega a nosotros rica de incitaciones concretas que se refieren a todos los aspectos de la vida. Ella nos dice cómo el amor del Padre ha alcanzado en Cristo las varias situaciones humanas, las ha hecho auténticas, las ha iluminado y purificado desde dentro, las ha abierto a nuevas e insospechadas posibilidades. La vida, la muerte, la amistad, el dolor, el amor, la familia, el trabajo, las distintas relaciones personales, la soledad, los movimientos secretos del corazón, los grandes fenómenos sociales, toda esta vida humana, en fin, nos la entrega la Palabra de Dios en una luz nueva y auténtica. Y nosotros, al encontrar esta Palabra, nos encontramos a nosotros mismos, nuestro pasado, nuestro futuro, nuestros hermanos. Aprendemos a construir una comunidad que, fiel a las leyes de la comunión, encuentra un lugar, un sentido, un mensaje de esperanza para todo hombre y para toda situación humana⁹.

La voz de un religioso

Es el testimonio de un hombre de dilatada experiencia espiritual y carismática, avalado por haber acompañado a muchos hermanos del mundo entero: Giacomo Bini, Ministro General de los Hermanos Franciscanos. Reclama de los religiosos y religiosas que se «pongan en torno a la Palabra», que desde ella confronten su comportamiento y acrecienten el don de la fraternidad evangélica. La familiaridad con la Palabra vigoriza toda la vida. Si hay que dejar alguna plegaria vocal se deja, pero nunca el contacto permanente y diálogo vivo con la Palabra de Dios.

⁹ C. M^a Martini, *En el principio la Palabra*, Santa Fe de Bogotá, ²1991, 16-17.

Al comienzo del encuentro he llamado la atención sobre la escucha de la Palabra de Dios. Yo creo que, con toda razón, la Iglesia nos dice que coloquemos en el centro de la vida la Palabra de Dios. Toda fraternidad debe compartir unida la Palabra de Dios. ¿Cuántos monasterios, cuántas hermanas y hermanos dedican al menos una o dos horas al día a la Palabra de Dios? Si la Iglesia, si la Orden nos dicen desde hace ya veinte años que pongamos en el centro la Palabra de Dios, es que seguramente ello tiene sentido.

Dejad alguna plegaria vocal y dedicad una hora al diálogo con la Palabra de Dios. He leído en un libro que los laicos han descubierto finalmente la Palabra, mientras los religiosos no lo han conseguido todavía. Si me preguntáis por el medio para construir una fraternidad en el monasterio, os respondo que dediquéis una hora al día a la Palabra de Dios. Preparad el encuentro con la Palabra. Hay tantos libros, tantas personas que os pueden ayudar... Ratifico la importancia y la centralidad de la Palabra, después de la Eucaristía.

¿Cómo vais a conoceros en lo profundo como hermanas, si no os confrontáis con la Palabra de Dios? Ésta tiene fuerza en sí misma. Poneos en torno a la Palabra; puede ser en grupos; hay muchas maneras de hacer esto en fraternidad. Lo importante es comenzar, porque no hay otro medio.

Os lo digo incluso por experiencia, como hermano, como superior de comunidad. Ya como provincial, en África, recomendé a todas las fraternidades que pusieran en el centro la Palabra de Dios; en torno a ella los hermanos se reunían al menos una vez por semana. Pero a vosotros os digo que estéis a la escucha de la Palabra de Dios una vez al día, al menos el tiempo personal dedicado a la meditación, pues de otra manera las Vísperas y Laudes no os nutren. Si os habituáis a tener familiaridad con la Palabra de Dios, también el salmo leído o rezado adquieren un significado, porque comienza a ser familiar, porque favorece el diálogo con Él; pero si no existe esta profundidad personal, no creo que podáis ir muy lejos¹⁰.

Audiencia del papa Benedicto XVI a los participantes en el Congreso internacional sobre *La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia*.

¹⁰ Giacomo Bini, *Escuchad, hermanas. Un itinerario para refundar la Vida Consagrada*, Guipúzcoa 2005, 38-40.

El 16 de septiembre de 2005, en el patio del Palacio Apostólico de Castelgandolfo, el Papa recibe en audiencia y dirige un discurso a los presentes durante el encuentro¹¹.

Ofrecemos aquí únicamente las líneas más importantes de esta alocución:

La Constitución dogmática *Dei Verbum*, de cuya elaboración fui testigo, participando personalmente como joven teólogo en las vivas discusiones que la acompañaron, inicia con una frase de profundo significado: *Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans, Sacrosancta Synodus*". Son palabras con las que el Concilio indica un aspecto que califica la Iglesia: es una comunidad que escucha y anuncia la Palabra de Dios. La Iglesia no vive de sí misma sino del Evangelio, y es del Evangelio de donde, siempre y de manera nueva, saca orientaciones para su camino. Es una anotación que cada cristiano debe recoger y aplicar a sí mismo: sólo aquel que se pone sobre todo a la escucha de la Palabra puede luego anunciarla. De hecho, no debe anunciar una experiencia suya, sino la sabiduría de Dios que a menudo parece necesidad ante los ojos del mundo (cf. 1 Cor 1,23).

Agradecemos a Dios que en estos últimos tiempos, gracias también al impulso dado por la Constitución dogmática *Dei Verbum*, se ha revalorizado profundamente la importancia fundamental de la Palabra de Dios. A raíz de esto se ha producido en la vida de la Iglesia una renovación, sobre todo en la predicación, en la catequesis, en la teología, en la espiritualidad y en el mismo camino ecuménico. La Iglesia siempre tiene que renovarse y rejuvenecerse, y la Palabra de Dios, que nunca envejece ni se agota, es un medio privilegiado para este fin. Es efectivamente la Palabra de Dios la que, por medio del Espíritu, nos guía siempre de nuevo hacia la verdad completa (cf. Jn 16,13).

¹¹ *Acta Apostolica Sedis* 10-11 (2005) 956-957. Se celebró el Congreso en el Aurelia Convention Center de Roma, fue promovido conjuntamente por la Federación Bíblica Católica y el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, a fin de conmemorar el 40 aniversario de la promulgación de la Constitución dogmática sobre la *Divina Revelación (Dei Verbum)* del Concilio Vaticano II. Mientras redacto estas líneas, aún no se han publicado las Actas del Congreso. Tomo fielmente de la siguiente página de Internet las restantes referencias para su precisa localización: www.deiverbum2005.org.

En este contexto, quisiera evocar y recomendar especialmente la antigua tradición de la *lectio divina*: la asidua lectura de la Sagrada Escritura acompañada de la oración realiza aquel íntimo coloquio en el que, leyendo, se escucha a Dios que habla y, rezando, se le responde con un corazón abierto y confiado (cf. DV 25).

Segunda Parte

La Palabra de Dios: Reto comprometedor para la Iglesia

Reconocemos la importancia capital de la Escritura. La Iglesia, madre y maestra de vida, nos lo ha enseñado y recalcado con especial énfasis. Pero ahora ha llegado el momento de preguntarnos con sinceridad: ¿hemos hecho cuanto debíamos para ser fieles a la Palabra de Dios?

El papa Pablo VI se pregunta:

¿Qué ha sido hoy de esta energía escondida de la Buena Noticia del Evangelio, capaz de golpear profundamente la conciencia del hombre?¹².

El papa Juan Pablo II se interroga:

El examen de conciencia debe mirar también la recepción del Concilio, este gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio. ¿En qué medida la Palabra de Dios ha llegado a ser plenamente el alma de la teología y la inspiradora de toda la existencia cristiana, como pedía la *Dei Verbum*?¹³.

Los obispos de Italia reconocen esta dolorosa paradoja:

La Biblia se encuentra entre los libros más difundidos de nuestro país, pero también está entre los menos leídos. Los fieles todavía son poco estimulados para encontrarse con la Biblia y poco ayudados para leerla como Palabra de Dios¹⁴.

¹² *La evangelización del mundo contemporáneo (Evangelii nuntiandi)*. Exhortación apostólica de Pablo VI, Madrid 1981, 74.

¹³ *Tertio Milenio Adveniente, Carta Apostólica de Juan Pablo II*, en *Encíclicas de Juan Pablo II*. Edición preparada por J. A. Martínez, Madrid 1995, 1.412.

¹⁴ Conferencia Episcopal Italiana, *La Bibbia nella vita della Chiesa*, Turín 1996, 20.

Hay personas que quieren leer la Biblia, pero no encuentran a alguien, un guía competente, que les reparta el pan de la Palabra y sepa explicarles su contenido. El ejemplo de Felipe se encuentra repetido: «¿Cómo lo puedo entender si nadie me lo explica...?» (Hch 8,31).

Los fieles aún no leen de manera directa el libro de la Biblia. No saben mantener un contacto personal y profundo. Se pierden en los laberintos de sus incontables páginas y géneros literarios tan diversos. Aún parece su lectura destinada a algunos escogidos. Porque simplemente carecen de una Biblia en su casa; o, si la tienen, sólo sirve de adorno para decorar una estantería. ¡Qué pocas familias hacen una lectura de la Biblia! ¡Qué escasos son los que se acercan diariamente a la Biblia!

Hemos de reconocer que, a pesar del colosal esfuerzo desarrollado, la Biblia todavía no ha llegado a convertirse en el libro que ilumina y rige la vida de nuestro pueblo.

En otro momento posterior se van a señalar con cierto detalle los peligros que nos acechan, errores que cometemos, compromisos que no asumimos para hacer de la Biblia fuente de nuestra existencia cristiana.

He aquí el juicio valorativo emitido por una conferencia episcopal, que bien puede aplicarse a la mayoría de nuestros pueblos:

El escaso número de fieles que se acercan a la Sagrada Escritura, el débil compromiso por una pastoral bíblica parroquial, la distancia de la lectura bíblica de una actitud de fe eclesial, un acercamiento no preparado por las reglas elementales de comprensión, sobre todo en estos momentos en que ciertas sectas religiosas abundan de la Escritura, la escasa incidencia de la Palabra de Dios en la conversión del corazón, en el empeño misionero y de la caridad, en el servicio de la vida social y política, la ausencia de silencio y de contemplación sobre la Palabra de Dios... Todas éstas son sombras que no anulan, sino que ciertamente resfrían y retardan el fervor por la Biblia que está vivo entre nosotros y que el Espíritu Santo intenta hacer crecer y extender porque el destino de la Palabra es que «se difunda y sea glorificada» (2 Ts 3,1)¹⁵.

¹⁵ Conferencia Episcopal Italiana, *La Bibbia nella vita della Chiesa...*, 20.

Se admite la influencia de la Constitución *Dei Verbum*. Juntamente con la Constitución sobre la Liturgia, son las que han logrado introducir los cambios más profundos en la vida de la Iglesia. Pero también es preciso convenir en que aún falta muchísimo camino por recorrer para que la Biblia se convierta en el libro de vida, oración y formación de los creyentes.

Sería suficiente con resaltar algunos botones de muestra o datos estadísticos. La mayoría de los fieles practicantes conoce la Biblia sólo a través de la santa Misa del domingo. Son muy pocos los que cada día leen y se alimentan de la Biblia. Puede afirmarse que todavía hay muy poca Biblia en la vida normal de la comunidad cristiana. Aún no sienten los cristianos la Biblia como libro propio; piensan que está reservada para el clero y los religiosos¹⁶.

Aún se da entre nosotros aquel único acercamiento a la Biblia mediante la predicación de los sacerdotes, que ya hacía notar el autor anónimo de la *Nube del No Conocer*: «Los clérigos leen los libros y el pueblo lee a los clérigos cuando los escucha predicar la Palabra de Dios»¹⁷.

Hagamos un balance final sobre la vivencia de la Palabra en la Iglesia. Alguien, pastor experimentado y sabio biblista, ha hecho este análisis y nos lo ofrece:

Es necesario que se viva el primado de la Palabra. Ahora no lo es. Nuestra vida está lejos de poderse decir alimentada y regulada por la Palabra. Nos regulamos, incluso en el bien, sobre la base de algunas buenas costumbres, de algunos principios de buen sentido; nos referimos a un contexto tradicional de creen-

¹⁶ *Una encuesta reciente revela que el 80% de los practicantes en algunos países de Europa (Italia, Francia y España) escucha la Biblia sólo durante la Misa del domingo, y apenas el 3%, siempre entre los practicantes, la lee cada día. Obviamente esto comporta no sólo una ignorancia material sobre la Biblia (por ejemplo, el 40% cree que san Pablo ha escrito un evangelio y el 26% cree lo mismo también de san Pedro), sino que sobre todo no la sienten como el libro propio, como el libro de la propia vida.* Datos tomados de las referencias de Vincenzo Paglia, Obispo de Terni (Italia), presidente de la Federación Bíblica Católica, durante el mensaje de saludo al Congreso mundial sobre la Escritura en la vida de la Iglesia. ¡Todo un reto para nosotros! (www.deiverbum2005.org).

¹⁷ Texto citado por L. Della Torre, *La Parola di Dio nella fede e nella vita della Chiesa*, en *Parola di Dio e Spiritualità* (a cura di Secondin, B., – Zecca, T., – Calati, B.), Roma 1982, 51.

cias religiosas y de normas morales recibidas. En los mejores momentos sentimos un poco más que Dios es algo para nosotros, que Jesús representa un ideal y una ayuda. Pero fuera de esto experimentamos por lo general muy poco cómo la palabra de Dios se pueda convertir en nuestro apoyo y consolación, cómo pueda iluminarnos sobre el verdadero Dios cuya manifestación nos llenaría el corazón de alegría. Sólo raramente experimentamos cómo el Jesús de los Evangelios, conocido por medio de la escucha y la meditación de las páginas bíblicas, pueda convertirse en realidad en la «buena noticia» para nosotros, ahora, para mí en este momento particular de mi historia; puede hacerme ver en perspectiva nueva mi puesto y mi misión en esta sociedad, trastornar la idea mezquina y triste que me había formado de mí mismo y de mi destino.

La Misa dominical a menudo pasa sobre nuestras cabezas sin llenarnos el corazón y sin cambiarnos la vida. Nos parece que la Palabra de Dios y la crónica cotidiana constituyen como dos mundos separados. Nuestra vida podría llenarse de luz al contacto prolongado y atento con la Palabra, y en cambio transcurre en una penumbra perezosa y resignada¹⁸.

Estas constataciones, exponentes de nuestra más honda realidad existencial, no pueden concluir en un triste sentimiento de paralizante derrotismo. ¡Se nos ha entregado tanto y hemos respondido tan poco! Deben convertirse en poderoso acicate para ungirnos –como Jesús en la sinagoga de Nazaret– en el misterio de la Palabra que se nos ha dado: conocerla mejor, orarla con más sinceridad, vivirla con mayor autenticidad y llevarla a la práctica de la vida diaria.

¡Y es preciso vibrar, ante todo, con la urgencia de la misión! Como siervos y servidores de la Palabra, que somos por vocación todos los cristianos, hemos de comunicar vida. «Mis palabras son espíritu y vida» (Jn 8,63), decía Jesús en referencia a nuestros hermanos, que andan extraviados como ovejas sin pasto ni pastor.

Acabamos con un decidido mensaje de esperanza. El fruto que anhelamos de nuestro renovado compromiso por la Palabra de Dios coincide con el mismo que postulaba el Concilio al concluir la Constitución *Dei Verbum* (26):

¹⁸ C. M^a Martini, *En el principio la Palabra*, Santa Fe de Bogotá, 21991, 74-75.

Así como por la asidua frecuencia del misterio eucarístico se aumenta la vida de la Iglesia, así también se puede esperar nuevo impulso de vida espiritual (es decir, de vitalidad operante movida por la energía del Espíritu) por la acrecentada veneración de la Palabra de Dios que permanece eternamente.

II

Historia de la *lectio divina*

La historia de la *lectio divina* se enmarca en un tema orgánico más amplio: la historia de la Biblia en la Iglesia, puesto que es una aplicación de la Palabra de Dios a la vida del creyente o grupo de creyentes. Pero abordar las vicisitudes de la Biblia y su acogida en la Iglesia resulta un proyecto tan desbordante que nos sacaría de los limitados márgenes de nuestro trabajo.

Contemplamos esta historia desde dos perspectivas principales.

Primera: Importa considerar los grandes períodos, sin perdernos en los incontables meandros que serpentean el curso de la Palabra. Asistiremos al providencial despliegue de la Palabra en su panorámica. Dicha visión de totalidad nos permitirá apreciar la *lectio divina* y valorar su importancia, no como flor de un día o fruto pasajero de una época.

Segunda: La presente contemplación nos mostrará también las vicisitudes humanas, no exentas de lúgubres sombras, que han acompañado la sinuosa aventura, o magnífica epopeya de la Palabra en la Iglesia. No podemos olvidar que la Palabra se ha encarnado en nuestra realidad humana eclesial, y con frecuencia ésta se ha comportado no como vehículo de la revelación, sino como velo de la Palabra.

Veamos, pues, uno tras otro, en orden de rigurosa aparición, los decisivos hitos de la historia de la *lectio divina* dentro de la gran historia de la Iglesia.

1. Historia explicativa de la expresión *lectio divina*

La *lectio divina* es una lectura, personal o comunitaria, de la Biblia, acogida como Palabra de Dios y que se desarrolla bajo la inspiración del Espíritu Santo en meditación, oración y compromiso cristiano. Lectura en el Espíritu, o Biblia orada: eso es la *lectio divina*.

El gran Orígenes, una de las mentes más preclaras de la humanidad, «fue el frasco de perfume de la unción de Betania, roto pero que llenó toda la casa de la Iglesia con su aroma» (H. Urs von Balthasar). Sistematizó con rigor científico su amor ardiente a la Palabra de Dios y las doctrinas bíblicas de aquel tiempo. Casi todos los Padres de la Iglesia dependen directa o indirectamente de Orígenes. Ha sido el pionero en acuñar la expresión *lectio divina*. Literalmente escribió: *Theia anagnosis. Lectio divina* equivale a decir «lectura de la Palabra escrita de Dios».

El primer testimonio escrito de nuestra expresión se encuentra en una famosa *Carta de Orígenes a Gregorio* (238). Se dirige a su discípulo invitándole a que se consagre al estudio de la Escritura. Merece la pena recordar sus párrafos:

Dedícate a la *lectio* de las divinas Escrituras; aplícate a ello con perseverancia... entrégate a la *lectio* con la intención de creer y agradar a Dios. Si durante ella te encuentras con una puerta cerrada, llama y te abrirá aquel portero del que Jesús tiene dicho: «A quien llama, el portero le abre» (Jn 10,3). Entregándote así a la *lectio divina*, busca, con lealtad e inquebrantable confianza en Dios, el sentido de las divinas Escrituras oculto a la gran mayoría. No te contentes con llamar y buscar, porque es absolutamente necesaria la *oratio* a fin de comprender las cosas de Dios. Para exhortar a ella, el Salvador no dijo únicamente: «Llamad y se os abrirá» y «buscad y encontraréis», sino también: «pedid y recibiréis» (Mt 7,7; Lc 11,9)¹.

Orígenes no creó la precisa metodología que llegó a fijarse mucho más tarde, a través de los siglos, como fruto de la experiencia orante de la Palabra de Dios, pero presentó las características fundamentales. Ya se encontraba aquí, como en fecundo

¹ Grégoire, *le Thaumaturge. Remerciement a Origène suivi de la Lettre d'Origène à Grégoire* (H. Crouzel, *Introduction, traduction et notes*), París 1969, 192-193.

germen, la *lectio divina*. Básicamente consistía en estas cuatro notas: a) entrega y aplicación a la Biblia; b) lectura minuciosa del texto (*lectio*); c) búsqueda perseverante de su significado «*meditatio*»; d) clima de fe y oración.

En nuestra lengua española se ha impuesto, debido a un préstamo servil del latín, el uso habitual de la expresión *lectio divina*. Así la hemos aceptado pacíficamente. Pero el empleo de este sintagma contiene algunos inconvenientes. La palabra *lectio* nos suena a lección, o clase, algo que tiene que ver con lo intelectual, que se relaciona con lo académico. Esta consulta sobre su recta terminología no plantea sólo sutilezas de gramática. No es únicamente cuestión de nombres. Lamentable resulta constatar que, «para buen número de creyentes, la *lectio divina* se reduce a una meditación, o reflexión en torno a la Palabra, a decir algo sobre ella»².

Acudamos a la luz, siempre esclarecedora, de la Palabra de Dios. En el griego bíblico el sustantivo *anagnosis* '*lectio*' significa lectura proclamada de la Palabra de Dios, realizada en contexto celebrativo y creyente. Puede traducirse así: «leer en voz alta la Palabra de Dios durante el culto»³.

Veamos algunos pasajes ilustrativos. Jesús se presenta en la sinagoga de Nazaret, donde es invitado y toma parte activa. Lee en voz alta la Palabra de la Ley. La gente escucha con atención esta Palabra proclamada. Nos hallamos en pleno ambiente de culto. He aquí el texto:

Y fue a Nazaret donde se había criado, y entró según su costumbre en el sábado en la sinagoga, y se levantó para leer (*anagnonai*). Y se le dio el libro del profeta Isaías, y desenrollándolo encontró el pasaje en donde está escrito (Lc 4,16-17).

El segundo ejemplo lo tenemos en el Apocalipsis. Éste es un libro destinado a fortalecer la fe de una comunidad perseguida, y que se reúne en asamblea para recibir el consuelo de la Palabra. Ya en el primer capítulo (1,3) asistimos a un diálogo litúrgico entre

² M. Masini, *La Lectio divina, Teología, espiritualidad, método*, Madrid 2001, 21.

³ H. Balz, *anagnosis*, en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento I* (ed. H. Balz-G. Schneider) Salamanca 1996, 236.

un lector y la comunidad que escucha las palabras proclamadas⁴. Recordamos la primera bienaventuranza del Apocalipsis.

[Lector]: Dichoso el que lee *—ho anaginoskon—*

[Asamblea]: y los que escuchan las palabras de esta profecía y guardan lo que en ellas está escrito.

Por tanto, recabando el contenido de ambos pasajes, la expresión bíblica hace referencia a un diálogo. Alguien lee la Palabra de Dios, en un caso es Jesús; en otro, el lector. Y otros —una asamblea reunida— escuchan con fe. Sin duda, ésta es la faceta más honda de la *lectio divina*: permite un diálogo vivo con Dios. Se instaura una reciprocidad entre personas. Comienza una nueva relación en donde Dios nos habla por medio de la Palabra escrita, que es leída y acogida con fe. El cristiano o la asamblea interpelada responde al Dios que se revela, mediante su oración y compromiso. Ésta es la *lectio divina*.

2. Los santos Padres

Denys Gorce ha escrito todo un libro muy completo sobre los comienzos de la *lectio divina*, fijándose de manera señalada en los santos Padres; de su atento examen nos vamos a servir con provecho⁵. Ellos, maestros de la ciencia bíblica y del espíritu, fijaron los términos de la *lectio divina*, estimulando a los creyentes a su práctica fiel como una admirable forma de coloquio con Dios.

La preocupación de una lectura regular, más aún, cotidiana, de la Escritura, corresponde a una antigua práctica en la Iglesia. Ya hemos visto el caso de Orígenes. Recordaremos algunos ejemplos entusiasmantes.

⁴ Cf. U. Vanni, *Un esempio di dialogo liturgico in Ap 1,4-8*: *Biblica* 57 (1976) 453-467.

⁵ *La lectio divina dès origines à saint Benoît et Cassiodore, I: Saint Jérôme et la lecture sacrée dans le milieu ascétique romain*, Bélgica 1925. Puede también consultarse: O. Rousseau, *La Bible et les Pères dans la perspective du retour aux sources*: *Bible et vie chrétienne* (1956) 17-30; L. Leloir, *La lecture de l'Écriture selon les anciens Pères*: *RAM* 47 (1971) 183-200; G. Zevini, *Il senso spirituale della Scrittura nella tradizione patristico-medievale*: *Parole di vita* 4 (1977) 61-68. Y especialmente, B. De Mergerie, *Introduction à l'histoire de l'exégèse*, I-II-III, París 1980-1983.

San Jerónimo escribe a la virgen Eustoquia:

Aplicáte con mucha frecuencia a la *lectio*... Que te sorprenda el sueño con el códice en la mano y caiga tu rostro sobre la *sancta pagina*⁶.

Para evitar su cansancio y desánimo, le recomendaba que siguiera el ejemplo de los antiguos monjes, que «cada día aprenden algún párrafo de las Escrituras»⁷.

A la virgen Demetriada dirigía esta recomendación:

Llena tu alma del amor a la *lectio divina*⁸.

San Ambrosio, en su comentario a la respuesta que Jesús da al diablo «el hombre vive de toda palabra de Dios», escribe:

Con estas palabras Jesús nos enseña que debemos nutrirnos del Verbo celeste mediante la *lectio divina*⁹.

San Agustín prosigue en idéntico espíritu y senda. En una carta a Antonino, esposo y padre de familia, le recomienda que su esposa «continúe su camino espiritual con el alimento de la *lectio divina* y que su hijo crezca según los saludables preceptos del Señor»¹⁰.

3. El Monacato

Donde esta práctica de la *lectio divina* se desarrolla con pujanza es entre los monjes. Está prescrita y organizada en las diversas Reglas del monacato occidental: en la *Regla* de san Agustín, en el *Ordo monasterii*, en las *Collationes* de Casiano, en los *Statuta sanctorum virginum*, en la *Regula ad virgines* de su sucesor en Arles, Aureliano... Los ejemplos pueden alargarse. Mas no nos limitemos sólo a señalar, espiguemos las alocuciones más interpelladoras con que estos grandes personajes recomendaban a sus monjes.

⁶ San Jerónimo, *Carta 22, 17*, en *Cartas I*, Madrid 1962, 198.

⁷ *Carta 22, 35*, en *Cartas I...*, 199.

⁸ *Carta 130, 7*, en *Cartas II...*, 672.

⁹ *Tratado sobre el Evangelio de san Lucas, IV, 20*, en *Obras de san Ambrosio*, Madrid 1966, 198.

¹⁰ *Carta 20, 3*, en *Obras Completas de san Agustín VIII*, Madrid 1960, 83.

Casiano emplea algunos símbolos sugerentes. El monje emprende «el camino recto y corto», para llegar hasta Dios; es recreado a imagen de la Palabra que lee. Gracias a la práctica de la *lectio divina* se convierte en arca de la alianza y en urna de oro:

El monje se entrega asiduamente a la *lectio*... Es éste el camino más corto para encontrar a Dios. La *meditatio* de un solo versículo de la Biblia permite cruzar todas las fronteras de lo visible. En muy breves palabras se encierran todos los sentimientos que puede engendrar la oración... Debes dedicarte con todo empeño a la *sacra lectio* hasta que la *meditatio* asidua haya impregnado tu mente y te haya formado, por decirlo así, a su imagen. Te hará como un arca de la alianza (cf. Heb 9,4-5), que encierra en sí las dos tablas de piedra, es decir, la firmeza de uno y otro testamento. Te hará además como urna de oro, símbolo de una memoria pura y sin mancha, que conserva para siempre el tesoro escondido del maná, es decir, la eterna y celestial dulzura de los significados espirituales y del pan de los ángeles... Para eso debemos aprender cuidadosamente de memoria los libros de las Escrituras y repetirlos de memoria¹¹.

San Cesáreo recomienda a las monjas la práctica de la *lectio*. Sabe acomodarse a su sensibilidad femenina, empleando imágenes preciosistas para mostrar el copioso tesoro encerrado en la Palabra de Dios:

En todas las estaciones dediquen dos horas a la *lectio*, a partir de la salida del sol. La monja debe dedicarse con asiduidad a la *lectio* de las palabras divinas y acogerlas con toda la avidez de su corazón. Saque continuamente agua de las fuentes de las divinas Escrituras. Saquen flores, alhajas, anillos y perfumes¹².

Tan ingente experiencia, acumulada con el paso y peso de los años, acerca de la *lectio divina*, y su honda influencia en la vida de los monjes, fue recogida por san Isidoro de Sevilla y sistematizada mediante una colección de sentencias que se leían durante todo el Medievo latino. Recordamos algunas principales:

Quien desea estar siempre con Dios, debe darse con frecuencia a la *oratio* y asimismo a la *lectio*. Todo el aprovecha-

¹¹ Casiano, *Colaciones*, 1, 10; X, 2; XIV, 19; en *Colaciones I*, Madrid ²1958, 199.

¹² Césaire d' Arles, *Sancta sanctorum virginum*, en *Oeuvres monastiques I* (A. de Vogüé-J. Courreau, *Introduction, texte critique, traduction et notes*), París 1988, 192. 304.

miento espiritual viene de la *lectio* y de la *meditatio*, porque con la *lectio* aprendemos las cosas que ignoramos y con la *meditatio* conservamos lo que hemos aprendido.

Dos son los dones que proporciona la *lectio*: la instrucción de la mente y la orientación hacia el amor de Dios. Nadie puede conocer el sentido de la Escritura, sino familiarizándose con la *lectio* de la misma¹³.

Llama la atención la centralidad de la Palabra de Dios en la vida de estos monjes. Verdaderamente vivían dedicados, más aún, consagrados a la Palabra de Dios.

La *Regla* monástica de san Benito fijó la práctica de la *lectio* para los monjes. Se dispone que el monje «se dedique a la *lectio divina* en horas bien determinadas» (48,1)¹⁴.

3. Sistematización de la *lectio divina*. Guigo, el cartujano

Pero faltaba en la Iglesia una metodología precisa de la *lectio divina*. Ésta fue ordenada y regulada por Guigo II, un cartujo que vivió en el siglo XII.

Son escasos los datos objetivos sobre la vida del autor. Es monje y prior en la Gran Cartuja en el 1174. Perdura en el cargo hasta 1180. Muere en 1188. Ha pasado a la posteridad por esta única obra, que conoció amplia difusión en un gran número y variedad de manuscritos. De hecho se ha atribuido a san Agustín, san Bernardo y san Buenaventura.

Esta falta de datos fehacientes muestra su poco interés en ser reconocido, y también revela la espontánea inserción de la obra en tierra propicia, pues brota como fruto natural dentro de la tradición espiritual de la Cartuja. Sólo en 1970 A. Wilmart ha establecido su paternidad, realizando un profundo estudio crítico de la tradición manuscrita¹⁵.

¹³ Isidoro de Sevilla, *Sententiarum libri tres*, Madrid 1968, 428-430.

¹⁴ *La Regla de san Benito* (ed. García M. Colombás-I. Aranguren), Madrid 1979, 84, 139, 147; 378-381.

¹⁵ Sobre los datos biográficos de Guigo II, véanse las referencias estudiadas por A. Wilmart, *Auteurs spirituels et textes dévots du Moyen Âge latin. Études d'histoire littéraire*, París 1971, 218-221.

Guigo escribe una célebre carta a Gervasio, un compañero cartujo. Le expone sin ánimo de adoctrinamiento «los pensamientos que se le han ocurrido a propósito de la vida espiritual de los monjes». La carta es una afortunada síntesis de lectura espiritual de la Biblia, toda una pequeña obra maestra.

Pretende construir un camino espiritual para llegar, desde los inicios, hasta la meta con Dios. Para ello emplea el símil de la escala, de gran sabor bíblico (sueño de Jacob, Gn 28,12-13) y muy frecuente en la historia de la espiritualidad, como símbolo gráfico de la subida hasta Dios. «Es la escala de los monjes que los hace subir desde la tierra hasta el cielo.»

Son necesarios cuatro peldaños: lectura, meditación, oración y contemplación. El autor les asigna una ilustración comestible: se parecen sucesivamente a la acción de masticar, saborear y digerir la comida. El ejercicio exige ascesis, pero no cae en el voluntarismo, puesto que la contemplación es un don gratuito de Dios. Toda la subida aparece impregnada de la dulce presencia del Espíritu Santo; sin él, la pretendida ascensión hasta el cielo se torna tarea hartamente enojosa e imposible.

Hay que decir, de entrada, que la carta casi se deja leer por su encanto; su estilo, penetrante y familiar, nos cautiva por entero¹⁶. Su franco estilo epistolar le libera de todo aire de vana erudición, intelectualismo frío o académico. Rezuma espontaneidad y confianza. Responde fielmente a una vida que se ha dejado guiar por la familiaridad con la Palabra de Dios, mediante la práctica de la *lectio divina*.

Cada uno hará bien en leerla por completo. No deje de hacerlo, aunque vislumbre que es un poco extensa. Será de sumo provecho. Conseguirá algunos logros fecundos. Captará el espíritu y el tono con que hemos de realizar la práctica de la *lectio divina*, a fin de evitar la rutina en los pasos. También verá que estos pasos se realizan de manera organizada, concatenada. Cada paso o peldaño se apoya en el anterior, y todos juntos forman

¹⁶ Cf. V. Peri, *Guigo II*, en *Diccionario de Mística* (dir. L. Borriello – E. Caruana – M. R. del Genio – N. Suffi), Madrid 2002, 897-809.

esta escala espiritual que nos lleva hasta el encuentro con el Señor. Aquí no puede ofrecerse sino una sucinta antología.

Carta del cartujo Guigo al hermano Gervasio sobre la vida contemplativa¹⁷

El hermano Guigo a su querido hermano Gervasio:

I. Los cuatro peldaños de la escala espiritual

En cierta ocasión estaba ocupado en trabajos manuales y comencé a pensar sobre la actividad espiritual del hombre. De repente se ofrecieron a mi corazón cuatro peldaños espirituales, concretamente la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Ésta es la Escala de los Monjes por la que se sube de la tierra al cielo. Escala sin duda dividida en pocos escalones, pero de inmensa e increíble altura. Su parte inferior está apoyada en la tierra, mas la superior penetra las nubes y escudriña los secretos de los cielos (cf. Gén 28,12)...

II. Función de cada uno de estos peldaños

La lectura investiga la dulzura de la vida bienaventurada, la meditación la encuentra, la oración la pide y la contemplación la saborea. La lectura sirve a la boca un manjar sólido, la meditación lo mastica y lo tritura, la oración le saca el sabor y la contemplación es la dulzura misma que alegra y conforta. La lectura está en la corteza, la meditación en la enjundia, la oración en la súplica del deseo, la contemplación en el deleite de la dulzura alcanzada...

XIII. Conclusión de lo que precede

De todo esto podemos concluir que la lectura sin la meditación es árida, la meditación sin la lectura es errónea, la oración sin la meditación es tibia, y la meditación sin la oración es infructuosa; la oración con la devoción sirve para alcanzar la contemplación, la obtención de la contemplación sin la oración resulta rara o milagrosa. En efecto, Dios, cuyo poder no tiene límites y cuya misericordia se extiende sobre todas sus obras, a veces suscita de las piedras hijos de Abrahán

¹⁷ Agradezco al profesor C. Granado, colega y amigo, la presente traducción, tan fiel como matizada, del original de la carta. Cf. C. Granado, *Guigo II. Carta sobre la vida contemplativa (Escala de los monjes). Introducción, traducción y notas*: Proyección 46 (1999) 291-304. Aquí puede leerse con provecho el texto íntegro.

(cf. Mt 3,9), cuando a los duros y a los que no quieren consentir los empuja a que quieran, y, según se dice vulgarmente, es tan liberal que trae al buey por los cuernos, cuando sin que se le llame se hace presente y sin ser buscado se mete dentro. Y si leemos que alguna vez esto ha ocurrido a algunos como a Pablo (cf. Hch 9) y a unos pocos más, con todo no por ello debemos también nosotros, casi tentando a Dios, anticiparnos a tales cosas, sino que debemos hacer lo que a nosotros toca, a saber, leer y meditar en la ley de Dios, pedirle en la oración que ayude nuestra debilidad (cf. Rom 8,26) y que vea nuestra inmadurez. Esto es lo que Él mismo nos enseña a hacer diciendo: Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá (Mt 7,7). En efecto, ahora el reino de los cielos sufre violencia y los violentos se apoderan de él (Mt 11,12)...

Ya es hora de poner fin a mi carta. Oremos todos al Señor para que nos mitigue los impedimentos que nos apartan actualmente de su contemplación y que en el futuro los aparte completamente de nosotros, conduciéndonos por los pedregales antes explicados de virtud en virtud hasta que veamos al Dios de los dioses en Sión (cf. Sal 83,8), donde los elegidos percibirán la dulzura de la contemplación divina, no a cuentagotas ni interpoladamente, sino que en un torrente de delicias (cf. Sal 35,8) sin cesar tendrán el gozo que nadie les arrebatará (cf. Jn 16,22) y la paz inmutable, la paz eterna (cf. Sal 4,9).

4. Exilio de la Palabra de Dios en la Iglesia

Aconteció en la historia una gran paradoja (*para-doxa*: algo fuera de lo normal). Sucedió lo que ha designado E. Bianchi, ya con expresión proverbial, «el destierro de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia y en la vida de los creyentes»¹⁸.

A manera de apretada síntesis histórica recogemos estos sucesos: La cuestión fue mucho más tormentosa en el segundo milenio que, sin embargo, desde el inicio vio cómo se difundía en las Iglesias la llamada *Biblia pauperum* para que incluso el analfabeto pudiese leer la Biblia por medio de imágenes. Existía la convicción de que sin conocer la Sagrada Escritura

¹⁸ Bianchi, E., *Pregare la Parola. Introduzione alla Lectio divina*, Milán 192001, 7.

no se podía ser cristiano. Por desgracia, el clima polémico que invadió sucesivamente la cristiandad occidental también frenó, especialmente en el campo católico, el trato directo de la Biblia por parte de los fieles. El Concilio de Trento, que incluso había invitado a los obispos a reforzar los estudios bíblicos, no encontró una escucha adecuada. Es cierto que, en la compleja cuestión de la vida de la Iglesia en la edad moderna, el clima polémico comprometió en mucho la relación entre Biblia y fieles¹⁹.

Las fechas no fácilmente identificadas. Podemos referirnos a los tiempos de Inocencio III: hacia finales del siglo XII y comienzos del XIII. Hubo una gran eclosión bíblica, fermentos espirituales... y también algunos errores o abusos. El Papa quiere cortar estas desviaciones, pues algunos movimientos heréticos buscaban su justificación en la lectura directa de la Palabra de Dios.

Veamos las cosas más despacio. A manera de una sombría panorámica puede afirmarse que se vislumbra una decadencia moral de la sociedad occidental a finales del siglo XII²⁰. Surge por doquier el amor cortesano, el progreso de la inmoralidad, el paganismo que se infiltra, el afán del clero por la usura, el relajamiento moral del propio episcopado y el desorden en los monasterios. «En resumen, la Iglesia regular parecía, aún más que la Iglesia secular, deslizarse por una pendiente que podía serle fatal. Había llegado el momento preciso de conducirla de nuevo al espíritu de pobreza, fuente de todas las virtudes monásticas»²¹.

Brota en algunos miembros del pueblo de Dios y personas generosas el deseo de volver a las fuentes primeras del Evangelio, el ansia para que Iglesia asuma la vida pobre de Jesús, al estilo de la comunidad primitiva de Jerusalén. Se destacan dentro de una

¹⁹ Vincenzo Paglia, Obispo de Terni (Italia), presidente de la Federación Bíblica Católica. Congreso Internacional sobre la *Dei Verbum*: www.deiverbum2005.org.

²⁰ A manera de síntesis esclarecedora sobre esta convulsa época en la historia de la Iglesia, puede consultarse J. Comby, *Para leer la Historia de la Iglesia 1. De los orígenes al siglo XV*, Estella 162006, 168-170.

²¹ X. A. Fliche – V. Martin, *La Cristiandad romana en Historia de la Iglesia*, Valencia 1974, 152.

pléyade de movimientos contestatarios estos dos principales: Valdenses y Cátaros²².

Los Valdenses (o pobres de Lyon) emergen como una reacción a la hipocresía de gran parte del clero; anhelan la novedad del Evangelio. Se empeñan en que la Biblia llegue a todo el pueblo. Su fundador (Valdo de Lyon) solicita la ayuda de algunos sacerdotes expertos para que le traduzcan la Biblia. Sobre él recae el entredicho del obispo, al que contesta con las palabras de los primeros apóstoles frente a la prohibición de las autoridades judías: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5,29). Su predicación se vuelve crítica y ácida contra la Iglesia. El cisma se va preparando. Por ambas partes, Iglesia y Movimiento, las relaciones se tensan. Los Valdenses acaban siendo excomulgados.

Asimismo surgen los Cátaros-Albigenses. Buscan la pureza de la Iglesia. Se creen los puros *o katharoi* en contraposición al resto de los cristianos. Lo más noble de la fe cristiana, que es el amor, desaparece. Su pretensión decae en orgullo. Su soberbia en odio. Desprecian a la Iglesia a la que injurian con sus críticas despiadadas. Ellos se consideran los únicos seguidores fieles de Jesús. El papa Inocencio III decreta una cruzada contra los Albigenses. Los más altos ideales se tuercen. ¡La idea de una cruzada es ahora dirigida, por vez primera en la historia de la Iglesia, contra los mismos cristianos!²³

Para conjurar estos males de la herejía, para evitar que la enfermedad gangrenase todo el cuerpo, ¡se corta por lo sano! La Biblia se destierra del pueblo: queda reservada para algunos privi-

²² Los disidentes religiosos son demasiado rápidamente catalogados como herejes y malvados. La visión que de ellos tenemos es parcial, debido sobre todo a las fuentes escritas de la Inquisición, que nos los presentan —resulta obvio— desde su perspectiva persecutoria de indagación y mano ejecutora. Hay que decir que en su origen estos movimientos y agrupaciones representan una protesta contra una Iglesia demasiado feudal y ambiciosa.

²³ Pueden consultarse estas páginas para comprender estos extraños fenómenos dentro de la Iglesia, que no dejan de sorprendernos. ¡Qué cerca se está de la ortodoxia y de la herejía! O. Capitani, *Medioevo ereticale*, Bolonia 1983; H. Grundmann, *Movimenti religiosi nel Medioevo. Ricerche sui nessi storici tra l'eresia, gli Ordini Mendicanti e il movimento femminile nel XII e XIII secolo*, Bolonia 1980; M. Maccarone, *Studi su Innocenzo III*, Padua 1972; R. Mainka, *I movimenti per la «Chiesa povera» nel XII secolo*, Roma 1975.

legiados. Léanse, en este contexto, las motivaciones con que el Papa restringía de hecho la lectura de la Biblia y la traducción que algunos se atrevían a hacer:

Los misterios de la fe no se deben explicar fácilmente a cualquiera: de ordinario, en efecto, pueden no ser comprendidos por todos, sino sólo por aquellos que son capaces de captarlos con inteligencia creyente... La profundidad de la Escritura divina es tal que no llegan a penetrar en ella; no digamos ya los indoctos e iletrados, pero ni siquiera los inteligentes y doctos²⁴.

La causa verdaderamente desencadenante fue, sobre todo, el cambio de «paradigma» o la aparición de un nuevo modo de utilizar la Biblia al hacer teología. El famoso dominico P. Chenu ha estudiado esta época y sus motivaciones:

Se produce el desplazamiento del objeto sobre el que trabaja el teólogo: pasa de la *sacra Pagina* a problemas especulativos, no planteados antes por la *lectio* pura, sabrosa y creyente de la Biblia. Se utiliza la Escritura para extraer útilmente silogismos que sirvan para probar los argumentos²⁵.

Llega a consumarse este hecho contundente: «La exégesis en la Iglesia es reemplazada por la exégesis en la Sorbona»²⁶. La Biblia quedó relegada a ser sierva, *ancilla* de la teología y de las especulaciones metafísicas. La Palabra de Dios no interpelaba ya al corazón del creyente, sino a la racionalidad. La «teología de rodillas» es sustituida por la «teología de pie», la impartida en la universidad²⁷.

Erasmus de Rotterdam afirmaba, en referencia a este singular acercamiento a la Biblia:

La Escritura es en manos de estos filósofos o teólogos como un trozo de cera, puesto que suelen dar a este libro la forma y el significado que mejor les cuadre²⁸.

²⁴ *Cum ex iniuncto* (12. Jul. 1199), en Denzinger-Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum definitionum et Declarationum de rebus fide e morum*, Barcelona-Roma, ³⁴1967, 245.

²⁵ *La théologie au XII siècle*, París 1957.

²⁶ Éste es el título de un libro que adquirió enorme eco e influencia: F. Dreyfus, *Exégèse en Sorbonne, exégèse en Église*, en *Révue Biblique* 82 (1975) 321-359.

²⁷ H. Urs von Balthasar ha reivindicado la célebre *kniende Theologie, teología de rodillas*.

²⁸ *Elogio de la locura*, Madrid 1984, 154.

El gran problema consistía en que la Biblia no ocupaba el puesto central de la teología. Ya no se enseñaba la Escritura en las Facultades de Teología de la Iglesia, sino la doctrina de los santos Padres.

Las preguntas legítimas al texto bíblico o *quaestiones* se transformaban en *disputationes*. Las cuestiones en discusiones, y éstas se desgajaban del pasaje bíblico, originando un cuerpo autónomo, un conglomerado de colecciones. Esto que —en principio— parecía auxiliar y subordinado fue creciendo y ocupando un protagonismo que no le correspondía. Así surgieron las sentencias de Pedro Lombardo *Libri Sententiarum*. Con ello se consiguió apartar a la Biblia del saber teológico. Se quedaron en los mensajeros, no en el mensaje; en los intérpretes, no en la enseñanza viva que éstos explicaban. De esta manera paradójica, los árboles consiguieron tapar el bosque. Y el cúmulo de sentencias acabó por ocultar el libro mismo de la Biblia.

Todos los sacerdotes que estudiaban en estas facultades, perdían el contacto directo con la Biblia. Su enseñanza consistía en el aprendizaje de cuestiones teológicas, en la normativa del derecho... Imbuidos de esta doctrina, más tarde enseñaban lo que habían aprendido. Como pastores, alimentaban al pueblo de Dios no con la Biblia, sino con las expresiones de los santos Padres. ¡Ésta fue la verdadera causa del destierro de la Biblia! Había dejado de ser el alma de la teología, de la predicación: ya no animaba la vida y piedad del pueblo de Dios²⁹.

Un fenómeno semejante se registra en la historia del judaísmo. El pueblo creyente debe alimentarse de la Palabra de Dios. Pero esta Palabra, para mantenerse en contacto con la vida y seguir siendo mensaje actual, tiene que ser explicada y aplicada. Surgen así las discusiones y adaptaciones de los maestros rabinos. La Escritura se comenta con las sentencias de los rabinos, se adapta a la vida mediante una enorme reglamentación y casuística... todo este proceso va formando una tradición oral y asume un *corpus* doctrinal que se fija de manera sistemática en la «Mis-

²⁹ Cf. M. D. Chénu, *La théologie comme science au XII siècle*, Paris ³1983, 23-25.

ná», redactada en el siglo segundo. Lo lamentable es el efímero resultado logrado: el pueblo se alimenta de la «Misná», donde se estudia la aplicación de la Biblia, no la Biblia misma. Más tarde el proceso se enrarece y los caminos de acercamiento entre la Escritura y el pueblo se separan: el «Talmud» comenta la «Misná». De manera irremediable, la Biblia, alma y vida del pueblo, se aleja del conocimiento y práctica del mismo pueblo al que iba destinada³⁰.

Se produce un distanciamiento real entre la vida espiritual y la Palabra de Dios. Se habla incluso de un «divorcio»³¹. Con el Renacimiento y el Humanismo, en efecto, la exégesis se separa de la teología, la teología se aparta de la exégesis, la espiritualidad queda relegada de la dogmática y de la exégesis, la predicación ignora a menudo la exégesis y la dogmática, convirtiéndose en moralizante; se llega a una progresiva separación y ruptura de las disciplinas teológicas³².

El destierro de la Escritura siguió consumándose en la Iglesia. La situación provocó la crisis eclesial que alcanza su punto culminante en la reforma protestante con Lutero (1483-1546). El principio fundamental de su reforma lo formula así:

Hay que dar a la Escritura el puesto principal, porque es por sí misma certísima, y demuestra, indica e ilumina todo... Nadie me oponga la autoridad del Papa o de cualquier otro santo, si no está apoyada por las Escrituras... no quiero gloriarme de ser el más docto de todos, sino de que reine la sola Escritura³³.

El Concilio de Trento (1545-1563) respondió a los ataques de los protestantes, con la lista del canon y la afirmación de es-

³⁰ Cf. A. Rodríguez Carmona, *La religión judía. Historia y teología*, Madrid 2001, 530-531.

³¹ Cf. F. Vandembroucke, *Le divorce entre théologie et mystique. Ses origines*: Nouvelle Revue théologique 82 (1950) 372-389; J. Leclercq, *Jalon dans une histoire de la théologie spirituelle*: Seminarium 14 (1974) 111-121.

³² I. de la Potterie-G. Zevini, *L'ascolto nello Spirito. Per una rinnovata comprensione spirituale della S. Scrittura*, en *Ascolta!:* Parola, spirito e vita 1 (1979) 10.

³³ Texto citado por Y. Congar, *La tradición y las tradiciones I*, San Sebastián 1964, 255.

tas tres realidades que se apoyan entre sí: Escritura, Tradición e Iglesia. Pero en la práctica se restringía la lectura de la Biblia:

Puesto que la experiencia demuestra que el permiso de usar corrientemente y sin discriminación las sagradas Biblias traducidas en lengua vulgar produce más daño que utilidad por causa de la temeridad humana, hay que atenerse en este punto al juicio del obispo o del inquisidor. Los párrocos o confesores pueden permitir la lectura de las Biblias traducidas en lengua vulgar por autores católicos a quienes juzguen que conseguirán sacar de esa lectura no daño, sino aumento de fe y devoción³⁴.

Se asiste a las tristes secuelas de aquellas disposiciones. El conjunto de estos elementos hizo que –son expresiones del histórico Daniel Rops– «con demasiada frecuencia estuviese olvidado en el polvo el Libro que habría debido encontrarse día y noche en las manos de los creyentes»³⁵.

Entonces se empleaban expresiones como éstas: «La Biblia está en el Índice». «Un católico no debe leer la Biblia»³⁶.

La situación hasta comienzos del siglo XX se podía resumir con las palabras gráficas de Paul Claudel: «¡El respeto hacia la Sagrada Escritura no tiene límites: se manifiesta sobre todo estando lejos!»³⁷.

Aunque estas expresiones parezcan exageradas, reinaba entre los católicos una lejanía real respecto a la Sagrada Escritura. Esta distancia se explica por muchos motivos. Uno de ellos, no el último, fue que hasta el siglo XVIII era una minoría la que sabía leer y escribir. Pero la razón principal era una cierta desconfianza de las autoridades eclesiásticas hacia la lectura de la Biblia por parte de los laicos. Esta desconfianza nació a raíz sobre todo de la reforma protestante y de otros movimientos, en vigor desde la Edad Media, que promovían un contacto direc-

³⁴ *Decretum de vulgata editione Bibliorum et de modo interpretandi s. Scripturam*. Sess. IV, n 786. Cf. Denzinger-Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum definitionum et Declarationum de rebus fide e morum*, Barcelona-Roma, ³⁴1967, 365-366.

³⁵ D. Rops, *La Bible. Livre d'histoire*, París 1950, 14.

³⁶ D. Rops, *o.c.*, 20.

³⁷ *L'Écriture sainte: La Vie intellectuelle* 16 (1948) 10.

to de los laicos con la Escritura, separando de hecho su lectura del contexto eclesial.

Se tienen noticias de restricciones e incluso prohibiciones a partir de algunos Concilios regionales: el de Toulouse en 1229 con ocasión de la lucha contra los albigenses y el de Oxford del 1408 a raíz del movimiento de Wicleff. Otras prohibiciones siguieron en Inglaterra, Francia y otros sitios. Pablo IV en 1559 y Pío IV en 1564, al promulgar el Índice de libros prohibidos, prohibieron también imprimir y tener Biblias, a no ser con un permiso especial. Esto correspondía a un impedimento práctico que afectaba a los seglares: no poder acercarse a toda la Biblia en lengua vulgar.

La Biblia constituyó el núcleo de la piedad de la Reforma y de su culto. Lutero supo traducir la Biblia para el pueblo llano y sencillo; y el pueblo pudo alabar a Dios en su propio idioma. También aprendió la lengua alemana gracias a la Biblia, que la fijó y encumbró como lengua que le otorgó identidad nacional. Con todo ello se evidenciaba que la ignorancia de la gente no era obstáculo para acercarse a la Biblia, puesto que ésta podía ser generadora de cultura.

Vislumbramos la altísima estima de la Biblia para los reformadores del siglo XVI a través de una traducción neerlandesa del Nuevo Testamento, que afirma en la cabecera: «Dios, finalmente, se ha fijado en la multitud hambrienta con sus ojos llenos de compasión, y les ha entregado el pan vivo y celestial de sus palabras divinas»³⁸.

La Edad Media tardía tenía necesidad de un contacto directo con Dios, no de devociones, peregrinaciones y otras mediaciones. La Biblia representaba ese puente de unión entre Dios y la humanidad.

Los diversos avatares entre la Reforma y la Contrarreforma utilizaron la Biblia como arma arrojadiza; el catolicismo perdió la gran batalla de la Biblia, como libro de vida espiritual.

³⁸ Citado en S. W. Bijl, Erasmus in het Nederlands tot 1617 (Z.p.z.j.j. [1978] 34. Referencia tomada de C. Augustijn, *Los reformadores del siglo XVI: Concilium* 233 (1991) 104.

L. Alonso Schökel, tras recordar las viejas polémicas entre católicos y protestantes, reconoce los frutos de esta virulenta discusión:

Lo que sí es cierto es que, a raíz de la controversia protestante, la lectura de la Biblia decayó entre el pueblo católico³⁹.

Resulta lamentable comprobar que esta sensación enrarecida, lastrada por un clima de sospecha hacia la lectura de la Biblia, se ha prolongado hasta épocas no muy lejanas, hasta adentrado ya el siglo XX. Aunque existen felizmente algunas excepciones clamorosas.

5. Retorno a la Palabra

Puede hablarse, al inicio, de un regreso moderado. Esta vuelta discreta a la Palabra comienza a darse con León XIII y su encíclica *Providentissimus Deus* (1893). El Papa declaró como una gran aspiración, que ya se presentía dentro de la Iglesia:

Es muy de desear y necesario que el uso de la divina Escritura influya en toda la ciencia teológica y sea como su alma.

Todo movimiento suele brotar de las raíces vigorosas del pueblo, animado por la presencia del Espíritu Santo. Surgen a comienzos del siglo XX brotes nuevos de amor por la Biblia y la liturgia. Ambos van de la mano. Nos limitamos a consignar las fechas de estas efemérides. En Italia en 1902; por los años 30 en Alemania aparece la «Katolische Bibelwerk» de Stuttgart. Después siguen Brasil, Polonia, Portugal...

Debemos describir, aunque sólo en bosquejo de rasgos generales, cómo resurgió en España el estudio y la lectura de la Biblia⁴⁰. El movimiento bíblico español arranca decisivamente en los años 1923-1936. La guerra civil supone en esta marcha imparable un lamentable paréntesis. En el año 1923 tiene lugar el «IX Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias», en

³⁹ L. Alonso Schökel, *El hombre de hoy ante la Biblia*, Barcelona 1959, 23.

⁴⁰ Véase el estudio claro y sistemático de A. Rodríguez Carmona, *La Biblia en España (1950-2000). Reflexiones de un testigo*, en *La Biblia en España* (ed. F. Contreras). *Libro-Homenaje a A. Rodríguez Carmona*, Estella 2006, 23-69. Se pueden también consultar otros trabajos anteriores: L. Arndlich, *Los estudios bíblicos en España, desde el año 1900 al año 1955*, Madrid 1957; J. Sánchez Bosh-A. Cruells Viñas, *La Biblia en el libro español*, Madrid 1977; X. Pikaza, *Mil y un libros sobre la Biblia*, Estella 2004.

Salamanca. Con motivo de este encuentro, también se dan cita ocho biblistas españoles que dialogan sobre el triste panorama de los estudios bíblicos en España y cómo poner remedio a esta penuria. Aparecen ya unos nombres señalados que serán protagonistas del cambio: E. Nácar, A. Colunga, J. M. Bover, F. Barbado Viejo. La reunión dará sus frutos. Dos años más tarde, en 1925, se constituye la «Asociación para el Fomento de los Estudios Bíblicos» en España, con la finalidad de promover tanto la investigación como la divulgación bíblicas, en especial la lectura de los evangelios. Otras iniciativas fueron la creación de la revista *Estudios Bíblicos* y la celebración anual de *Semanas Bíblicas*, que sólo pudieron celebrarse unos años más tarde, en 1940.

Se añaden otros nombres que trabajan incansablemente en favor de la Biblia. Podemos recordarlos como agradecido homenaje a su memoria. Pasamos lista de sus nombres gloriosos. Al final de los años 20: Ausejo, Ayuso, Celada, A. Fernández, I. Gomá (futuro cardenal de Toledo), Herranz, Prado, Del Páramo, Urbach. En la década de los treinta: Balaguer, Criado, Leal, Rábanos, Turrado, Vidal. En la década de los cuarenta: Alonso, Asensio, Gomá jr., González Ruiz, Ibáñez Arana, Iglesias, Lamadrid, Martín Nieto, Muñoz Iglesias, Oñate, Pérez Rodríguez, Jubero, Vilar, Villapadierna...

Aparecen los primeros frutos: las dos primeras versiones de la Biblia realizadas a partir de los textos originales del hebreo y griego: Nácar-Colunga (1944) y Bover-Cantera (1947), y una edición de la Vulgata por Colunga y Turrado (1946). Con la publicación de la encíclica *Divino Afflante Spiritu*, en 1943, del papa Pío XII, se da un incremento y nuevo vigor a la Biblia en España; se dejan los recelos antimodernistas. La Biblia se convierte venturosamente en objeto privilegiado de estudio exegético, y, sobre todo, en libro, no escondido en el oscuro baúl de la historia y sus malentendidos, sino abierto a la luz del día y destinado a alimentar la fe de nuestro pueblo⁴¹.

⁴¹ Un libro, pequeño pero precioso, trata sobre la historia de la Biblia en España: J. M. Sánchez Caro, *La aventura de leer la Biblia en España* (Salamanca 2000). Con cautivador estilo narra desde los inicios, desde cómo se empezó a leer la Biblia, pasando por las pizarras escolares y los códices... atravesando las prohibiciones y la gran noche bíblica..., hasta llegar a la actualidad, hasta el presente día de esplendor bíblico que hoy se goza en España. Unas palabras conclusivas del libro nos ayudan a contemplar la pa-

A manera de panorámica histórica, resulta muy iluminador el juicio ponderado del gran biblista N. Lohfink. Produce admiración que cite, como causa entre otras de este despertar bíblico, el fermento escondido de alguien que nunca salió de los muros de su convento de Lisieux:

Si se pregunta uno cómo empezó el movimiento bíblico, hay que conceder que los comienzos son bastantes oscuros. Nadie los conoce a fondo. Sin duda, el Espíritu Santo actuaba en todo. Y fue preparando lo que más tarde aceptaría toda la Iglesia por medio del Concilio. En este contexto quizás habría que mencionar el nombre de santa Teresa del Niño Jesús, enormemente venerada en la primera mitad de nuestro siglo, y cuya existencia se alimentó originariamente del contacto directo con la Palabra de la Escritura. Es posible que su devoción encontrase obstáculos y la influencia viniese por el movimiento litúrgico. No lo sabemos. En todo caso, podemos decir que el Concilio ha recogido lo que fue creciendo carismáticamente, desde abajo y desde el interior, en la Iglesia viva, y que hizo oficial lo que ya ardía y vivía en muchos corazones⁴².

En los años siguientes se dieron pasos decisivos para acelerar el encuentro de los creyentes católicos con la Palabra. Hay que señalar la encíclica de Benedicto XV, *Spiritus Paraclitus* (1920). Dirige una ardorosa invitación a leer la Biblia. Se erige como modelo a san Jerónimo.

Ha sido, sobre todo, la encíclica *Divino afflante Spiritu* de Pío XII (1943) la «carta magna» de la renovación bíblica. Se admiten, por fin, los métodos histórico-críticos. Se reconoce que ha crecido y se ha propagado el admirable movimiento bíblico en nuestros días. Se encuentra incluso una discreta alusión a la *lectio divina*:

norámica. Se valora, sobre todo, la dimensión litúrgica y antropológica de la Biblia: *Y es que, si algo queda claro en esta historia aventurada, en esta aventura histórica es que la Biblia ha sido siempre leída sobre todo con los oídos, es decir, ha sido escuchada en la asamblea litúrgica. Tal es la lectura creativa, capaz de engendrar la fe en el creyente, pues ya dijo el Apóstol que la fe entra por el oído. Pero capaz también de fecundar con ricas sugerencias nuevas la lengua del hablante, de hacerse sonora y sugerente en la canción del coro litúrgico, sencilla, confiada y sobria en la plegaria del orante* (p. 65).

⁴² N. Lohfink, *Exégesis bíblica y teología. La exégesis bíblica en evolución*, Salamanca 1969, 23.

Procuren con todo empeño que en las familias cristianas se haga regularmente cada día, con piedad y devoción, la *lectio* de las divinas Escrituras.

Sólo más tarde, sí se confirma un retorno efectivo a la Palabra. La definitiva vuelta a la Biblia y a la práctica de la *lectio divina* han acontecido en nuestros días, merced, sobre todo, a la celebración del Concilio Vaticano II, que ha representado una verdadera gracia de Dios para nuestro tiempo. El Espíritu, que conduce providencial y sabiamente a la Iglesia, no ha permitido que esta práctica de la *lectio divina* quedase relegada en el polvo del olvido.

El Concilio Vaticano II la ha recomendado de manera explícita:

Es necesario que todos conserven un contacto continuo con la Sagrada Escritura a través de la *lectio* sagrada..., a través de una meditación atenta y que recuerden que la lectura debe ir acompañada de la oración (*Dei Verbum*, 25).

La Iglesia reconoce su valor permanente, privilegia su práctica. La finalidad de la *lectio divina* es suscitar y alimentar un «amor efectivo y constante a la Sagrada Escritura, fuente de vida interior y de fecundidad apostólica, favorecer también una mejor comprensión de la liturgia y asegurar a la Biblia un lugar más importante en los estudios teológicos y en la oración»⁴³.

Ya hemos visto en el capítulo precedente las numerosas y cálidas muestras de incitación a la lectura de la Palabra de Dios, emanadas de los documentos oficiales de la Iglesia y de la voz de nuestros pastores.

6. Epifanía gloriosa de la Palabra de Dios

Este rótulo es glosa a las palabras de Pablo, que recomienda a los cristianos vivir con sensatez, justicia y piedad, pues poseen una poderosa razón en la profunda dicha que anhelan: «aguardando la feliz esperanza y la epifanía –*epiphaneian*– de gloria de nuestro Señor Jesucristo» (1 Tít 2,11).

⁴³ *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Valencia 1993, 114-115.

Nos está permitido, en virtud de los acontecimientos presentes, afirmar que estamos siendo, también nosotros, testigos y protagonistas de una esplendorosa epifanía de la Palabra de Dios en la Iglesia.

La vida religiosa, los movimientos eclesiales, experimentan este resurgir esperanzado. El entusiasmo del pueblo de Dios por la Palabra no ha menguado; crece y se propaga afortunadamente. Existen diversos carismas en la Iglesia que son señal de la vitalidad incesante del Espíritu Santo patente en la pujanza de sus dones espléndidos. La realidad eclesial es comparable a un hermoso jardín en donde abundan las plantas y flores de variados colores. Pero es preciso consignar que en todos estos múltiples carismas se destaca, resplandeciente, el amor por la Palabra de Dios⁴⁴.

Señalamos a continuación unos cuantos indicios. Se trata de una antología, literalmente y nunca mejor aplicado, una selección de flores de este vivo jardín de la Iglesia. Baste esta pequeña muestra de la inmensa riqueza que, providencialmente, se da en la Iglesia. Las constituciones, traducción fiel del Evangelio, muestran palmariamente esta primacía de la Palabra de Dios.

Admiramos de nuevo el poder de la Palabra de Dios, que hace surgir incesantemente múltiples carismas dentro de la Iglesia. Suscita nueva vida que se expresa en: alabanza a Dios, ayuda hospitalaria, servicio a los marginados, contacto con los más pobres, anuncio y misión del Evangelio...

a) Congregaciones religiosas

El Concilio Vaticano II decidió una profunda revisión de las Constituciones (PC 3; ES 12.12-14), con la prescripción de que estuviesen presentes los criterios del Evangelio y la teología de la

⁴⁴ Unos son más conocidos, otros menos. Algunos son como esas modestas violetas escondidas. No se trata de una vana metáfora floral. Conozco alguna congregación de religiosas que realiza cada día dos horas de *lectio divina*. Escriben con su puño y letra la Palabra de Dios en sus cuadernos. Escribiendo con tanto primor rezan, oran fervientemente la Palabra y la adoran, se confrontan con ella, tratan de encender sus ocultas existencias con su luz. Les he pedido una información más explícita; pero prefieren el silencio. Respetamos su discreción y humildad. Son semillas escondidas en el vergel de la Iglesia; gracias a su plegeria y entrega hacen posible el florecimiento y la vida de muchas otras plantas.

vida religiosa, la espiritualidad del Fundador y las sanas tradiciones de cada Congregación.

Hemos de limitarnos, por fuerza, a tomar fiel nota de la potencia de la Palabra, capaz de suscitar tanta respuesta generosa. Pasamos lista apenas. Señalamos, en este gran árbol de la Iglesia, *sólo* unas pocas ramas masculinas y femeninas, en señal de universalidad (al estilo de san Lucas, quien suele emplear con frecuencia binas de personajes masculinos y femeninos en su evangelio).

• Hermanos de la Orden de la Santísima Trinidad

Aparece claramente la dimensión trinitaria en su acercamiento a la Palabra de Dios.

Nuestros religiosos tengan diariamente en las manos las Sagradas Escrituras, para que con su asidua lectura aprendan el sublime conocimiento de Jesucristo (Flp 3,8), pues en ella el Padre Celestial habla amorosamente a sus hijos, y por la misma, inspirada por el Espíritu Santo, se entabla diálogo con el Hijo, que es su Palabra. Los hermanos a lo largo de toda su vida religiosa tengan en grandísima estima el estudio y la meditación de la Palabra Divina. Promuévase en nuestras comunidades con el máximo cuidado la celebración de la Palabra de Dios, principalmente en tiempos de Adviento y Cuaresma, y en otras ocasiones más a propósito para el provecho espiritual de los religiosos (n. 45)⁴⁵.

Se recomienda la práctica de la *lectio divina*, que ha encontrado eco entre los seglares. De hecho, cada comunidad de religiosos trinitarios la ejercita semanalmente. Somos testigos afortunados de ello: «En ocasiones señaladas es conveniente practicar la *lectio divina* –hoy generalizada incluso entre grupos de laicos– y la oración desde las Constituciones»⁴⁶.

• Religiosos Agustinos Recoletos

Tomamos de sus «Constituciones» algunos pasajes significativos. Hay que señalar el recuerdo a la práctica de san Agustín, que debe ser imitada por todos.

⁴⁵ Texto oficial latino y traducción española. *Padres Trinitarios*. Madrid-Córdoba, 1986.

⁴⁶ Capítulo General extraordinario, Ariccia, 1999.

En el amor a la Sagrada Escritura, la comunidad, según el propósito de san Agustín, se propone imitar a aquella primitiva comunidad cristiana de Jerusalén (Hch 4,32-35). La comunidad dedica cuidado especial al ejercicio de la oración mental, vinculada estrechamente a la tradición de la Orden y necesaria para la integración vital del hombre, así como para la participación íntima y fructuosa en la oración pública de la Iglesia y en el misterio de la Eucaristía... Entréguese los hermanos a la oración mental, al menos durante una hora diaria. A imitación de san Agustín, tomen «en sus manos todos los días las sagradas Escrituras» (PC 6), de modo que la lectura de la palabra divina constituya la principal fuente de piedad y el alimento de la oración⁴⁷.

• Religiosos Escolapios

Conviene consignar su recurso al ejemplo de María, que fundamenta su trato familiar con la Palabra de Dios:

Convocados por la Palabra de Dios a una vida de comunión, somos en la Eucaristía signos de unidad. El trato familiar y asiduo con la Sagrada Escritura nos introducirá en el conocimiento íntimo de Dios y de su plan de salvación. Como la Virgen María, que, conservando y meditando fiel y constantemente la Palabra en su corazón, se adentraba en el misterio de Cristo y proclamaba con plenitud la grandeza del Padre... Participamos diariamente en la mesa del Señor y, a ejemplo de los primeros cristianos, perseveramos en la Palabra de Dios y en la Fracción del Pan... El trato familiar con Dios se alimenta de la Sagrada Escritura, la oración y los Sacramentos⁴⁸.

• Misioneros claretianos, hijos del Inmaculado Corazón de María

La clave de lectura es misionera-apostólica⁴⁹. La Palabra no es para conservarla atendiendo al propio crecimiento espiritual, sino en vistas del anuncio misionero, a ejemplo del Fundador, san Antonio M^a Claret. Se indica ya al inicio: «La Palabra de Dios que hemos de proclamar». Los religiosos claretianos buscan

⁴⁷ *Santas Constituciones* 1987; cc. I, 3,15; III, 1, 76; p. 63.

⁴⁸ *Constituciones de la Congregación de los pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías*, Madrid 2004, 153-167.

⁴⁹ *Constituciones de la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María*, Roma 1987.

ser inflamados con el fuego del Espíritu Santo que los empuja a la misión. Para ello: «Meditando la Palabra de Dios en el corazón, dediquémonos los Misioneros diariamente, y en cuanto sea posible por una hora, a la oración mental, y a la lectura espiritual especialmente de los Libros sagrados (2 Tim 3,14-17); y examinémonos de nuestra fidelidad al Evangelio».

El pasaje más concentrado se encuentra en el número 34, que habla de la oración: «La Palabra de Dios que debemos proclamar, escuchémosla antes en asidua contemplación y compartámosla con los hermanos, para que nosotros mismos nos convirtamos al Evangelio, nos configuremos con Cristo y seamos inflamados por su caridad que nos ha de apremiar».

Otras dos claves principales son:

- Cristológica: buscando que sea «provechosa» y que consiga el fin esencial: la configuración con Cristo.
- Comunitaria: es necesario compartir la Palabra, como se comparte el pan de la Eucaristía, para nutrirse de ella.

• Religiosas Dominicas

Se destaca la apelación al santo Fundador, cuyo ejemplo de acercamiento a la Palabra es preciso seguir⁵⁰:

Puesto que a Dios escuchamos cuando leemos su Palabra, debemos leer con asiduidad la Sagrada Escritura. La Palabra de Dios es nuestro sustento y vigor, firmeza de nuestra fe, alimento del alma, fuente límpida y perenne de nuestra vida espiritual... Cuiden las hermanas de adquirir cultura bíblica suficiente para entender la Palabra de Dios. Por la lectura frecuente de la Escritura, en la liturgia, la meditación y el estudio sistemático nos esforzaremos por adquirir el sublime conocimiento de Jesucristo... La oración dominicana se alimenta del estudio y la contemplación de la Palabra de Dios, alimenta nuestra vida, ilumina nuestra misión, nos interpela y nos lleva a la conversión... Santo Domingo, con no pequeña innovación, insertó profundamente en el ideal de su Orden el estudio dirigido al ministerio de la salvación de las almas. Él mismo llevaba siempre consigo el Evange-

⁵⁰ *Libro de las Constituciones y Ordenaciones de la Congregación de santo Domingo*, Salamanca 1991.

lio de san Mateo y las Epístolas de san Pablo, encaminó a sus frailes hacia las escuelas y los envió a las ciudades mayores⁵¹.

• Instituto de las Hijas de Jesús

El punto de partida (o de llegada) es la contemplación en la acción: buscar y hallar a Dios en todas las cosas. Desde aquí todo es Palabra de Dios que necesitamos aprender a leer y descifrar. Es lo que se pide a la formanda y a la profesa a lo largo de toda su vida. En las santas «Constituciones» se señala: «Dedicaremos asiduamente un tiempo a la lectura espiritual, dando en ella lugar preferente a la Sagrada Escritura» (n. 99)⁵².

En diversos documentos Capitulares se sigue insistiendo en esta clave carismática: «Como mujeres consagradas optamos por los excluidos. Para hacer efectiva esta opción queremos dar nuevos pasos y comprometernos a: cambiar el estilo de vida de nuestras comunidades. Nos ayudará a ello: Leer la Palabra de Dios desde los pobres y confrontar con ella nuestra vida»⁵³.

• Hermanas Hospitalarias del Sdo. Corazón de Jesús

Se descubre su lectura carismática: la mirada hacia los más humildes y desvalidos de este mundo, tal como lo hacía el santo Fundador, P. Menni⁵⁴:

La Palabra de Cristo, que promete su presencia en los pequeños y humildes es el fundamento de aquella contemplación que el P. Menni pide a la hospitalaria en el desarrollo de la misión. Los textos bíblicos, leídos con sensibilidad carismática, son el mensaje personal de Dios para cada hermana, para su situación concreta, para la misión que realiza, para el camino de conversión y de santidad que debe llevar adelante.

⁵¹ El primer Capítulo Provincial electivo de la Provincia Santa Catalina de Siena de la Congregación de Santo Domingo (2006), también se insiste: *Releemos los acontecimientos de la vida a la luz de la Palabra y los traemos a nuestra oración, buscando espacios personales y comunitarios donde reflexionar, experimentar y compartir esa nostalgia de Dios que nos ayuda a crecer en la fe*. En la Planificación de la Provincia Santa Catalina de Siena (2006/2010): *Profundizamos en la Palabra de Dios que ilumina, interpela y transforma nuestra vida. Para ello asumimos responsablemente: Formarnos en la Lectio Divina y recuperar su práctica*.

⁵² *Santas Constituciones*, Roma 1985.

⁵³ Congregación General XV (2001, n. 17).

⁵⁴ *Plan General de Formación*, Roma 2001, 86-87.

Desde los comienzos de la formación se ha de iniciar a la hermana en la escucha de la Palabra de Dios, en la asimilación de su mensaje, en la profundización de los textos más significativos de los fundadores y para la tradición hospitalaria, habituándose a confrontarse con ellos.

El proceso formativo ha de enseñar a leer la espiritualidad hospitalaria desde la contemplación bíblica de un Dios loco de amor por los más débiles, los más pequeños, despreciados, marginados y enfermos que en Jesús, buen samaritano, les cura y les salva⁵⁵.

• **Religiosas Misioneras Combonianas.**
Pie Madri della Nigrizia⁵⁶

En seguida se detecta la dimensión del anuncio de la Palabra; pero esta Palabra debe calar profundamente a fin de poder predicarla con la vida:

La Palabra de Dios es una fuente perenne e insustituible de la vida espiritual; es viva y eficaz y penetra hasta lo más profundo de nosotras mismas. Escuchada y meditada asiduamente y con amor, la Palabra de Dios nos transforma interiormente, nos conduce a la oración, nos sumerge en el Misterio de Salvación y nos da la capacidad de anunciarlo con eficacia (n. 43).

Procuramos tener diariamente en las manos la Sagrada Escritura que, acogida con un corazón abierto a la acción del Espíritu y aplicada en el contexto de la vida, nos convierte a la manera de pensar y obrar de Dios (n. 43.1).

⁵⁵ Hay otra referencia a la manera concreta de la Palabra de las primeras hermanas, que han legado este ejemplo: *La Palabra de Dios es faro en la vida personal y comunitaria y referencia obligada para el discernimiento de las opciones apostólicas. Nuestras primeras hermanas hicieron la experiencia de que la Palabra escuchada, orada y contemplada era el fundamento y el dinamismo de donde brotaba su misión sanadora a favor de los enfermos. María Angustias Jiménez lo testimonia reflexionando sobre el texto de Lc 10,38-42, que presenta a las dos hermanas de Betania, Marta y María, en su vivencia de la hospitalidad. Angustias alaba a María porque está centrada en lo esencial: Jesús y su Palabra, y a Marta por su solicitud práctica y su servicio hacendoso. María arrobada a los pies de su Maestro mientras que Marta andaba afanosa por servirlo. Jesús dice a las dos hermanas que una sola cosa es necesaria (Lc 10,42): vivir y actuar de forma unificada, con la mirada fija en Él y en la escucha de su Palabra* (Documento del XIX Capítulo General, Roma 2006).

⁵⁶ *Constituciones*, Roma 1987. Han sido reelaboradas y aprobadas por la Congregación para la Evangelización de los pueblos el primero de octubre de 1987.

Para que la Palabra de Dios pueda obrar en nosotras, practiquemos un ascetismo generoso y constante que, excluyendo todo lo que nos puede desviar de la única cosa necesaria, libere el corazón y lo dispone eficazmente a ponerse en contacto con Dios (n. 43.2).

b) «Movimientos y caminos» dentro de la Iglesia

• Camino Neocatecumenal

Sobresale el amor por la Palabra. Los hermanos del Camino celebran la Palabra mediante su ferviente canto, entronización y adoración. Esta celebración de la Palabra, como icono de la presencia viva del Señor, merece ser destacada. Para ellos no se trata de un libro cualquiera, sino del Libro de la Vida en donde nos habla al corazón el Resucitado, cuyo fulgor irradia toda la vida. Procuran con esta luz, mediante el anuncio de catequesis bíblicas, encender otras muchas existencias⁵⁷.

Recogemos de los últimos estatutos, recientemente aprobados por la santa Sede «*Neocatechumenale iter Statuta*», los pasajes que hablan explícitamente de la Palabra de Dios.

Cada comunidad neocatecumenal tiene semanalmente una celebración de la Palabra de Dios, normalmente con cuatro lecturas, según los temas indicados en el Directorio catequético del Camino Neocatecumenal para cada etapa⁵⁸.

En la celebración de la Palabra de Dios, antes de la homilía, el presbítero invita a quien lo desea entre los presentes a expresar brevemente lo que la Palabra proclamada ha dicho a su vida. En la homilía, que tiene lugar privilegiado en la instrucción del Neocatecumenado, el presbítero prolonga la proclamación de la Palabra, interpretándola según el Magisterio y actualizándola en el hoy del camino de fe de los neocatecúmenos.

Cada celebración de la Palabra es preparada cuidadosamente por turno, por un grupo de la comunidad, con la ayuda, cuando es posible, del presbítero. El grupo escoge las lecturas y

⁵⁷ Puede leerse este iluminador artículo, F. Voltaggio, *La Parola di Dio nelle comunità neocatecumenali*, en *Incontro con la Bibbia. Leggere-pregare-annunciare* (a cura di G. Zevini), Roma 1978, 187-191.

⁵⁸ Generalmente la 1ª lectura es de la Torá o de los libros históricos del AT; la 2ª, de los profetas y de los libros sapienciales; la 3ª, de los escritos apostólicos, y la 4ª, de los Evangelios.

los cantos, prepara las moniciones y dispone la sala y los signos litúrgicos para la celebración, cuidando con celo la dignidad y la belleza de los mismos.

Para profundizar la Escritura con la inteligencia y corazón de la Iglesia⁵⁹, los neocatecúmenos se ayudan sobre todo de la lectura de los escritos de los Padres, de los documentos del Magisterio, en especial del Catecismo de la Iglesia Católica, y de obras de autores espirituales⁶⁰.

Más adelante, habla también explícitamente de la Palabra en la formación cristiana de los neocatecúmenos. La primera iniciación de éstos culmina con las catequesis de los Evangelios sobre la oración y con la celebración de la entrega del libro de la Liturgia de las Horas. Desde entonces comienza el día con la oración individual de los Laudes y del Oficio de las Lecturas y aprenden a hacer un tiempo de oración silenciosa la oración del corazón. Los neocatecúmenos, escrutando los salmos en pequeños grupos, son iniciados a la práctica asidua de la *lectio divina*, *scrupatio scripturae*⁵⁹, en la que la Palabra de Dios es leída y meditada para transformarse en oración. En efecto, la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo⁶².

• Movimiento de los Focolares

Este movimiento de seglares nace en Trento, durante la última guerra mundial. La evangélica intuición, que alumbra a Chiara Lubich, es que Dios es amor y que hay que corresponder a su amor y voluntad. ¿Cómo? Fue clara desde el primer momento diciendo que la manera de descubrir y cumplir la voluntad divina era escuchar su Palabra. Así empezó a fraguarse el grupo.

Las palabras del Evangelio se convirtieron en *Palabras de vida*. De dos formas. Podían traducirse a la vida cotidiana, y significaban una preguatación ya en esta tierra de la vida eterna. En contacto permanente e íntimo con la Palabra de Dios creció y se desarrolló el movimiento de los Focolares.

⁵⁹ Juan Pablo II: Exhortación apostólica *Catechesi Tradendae*, 27.

⁶⁰ Se encuentra en el capítulo III, sección 1ª que habla de la Palabra de Dios (*Neocatechumenale Iter Statuta*, Bilbao 2002, 33-34).

⁶¹ Es expresión tomada de Jn 5,39: *Vosotros escrutáis las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí.*

⁶² *Neocatechumenale Iter Statuta...*, 44.

Podemos preguntar: ¿Quiénes son sus miembros? Respondemos de inmediato: Los que se ponen al calor del Evangelio, que es fuego que caldea y enardece, y hogar íntimo que reúne en la unidad del amor. Esta vivencia les fue transformando, les caló tan profundamente, y llegó a ser tan convincente la necesidad de la Palabra de Dios, que se decían unos a otros esta paradoja aspiración: «Si por una hipótesis absurda todos los evangelios de la tierra fueran destruidos, nosotros deseamos vivir de tal manera que los hombres, viendo nuestra conducta, puedan, en cierto modo, reescribir el Evangelio».

Poco a poco el grupo aumentaba, y la *Palabra de vida* se convirtió para toda la comunidad en una frase de la Escritura, que era vivida por todos, elegida durante un período de tiempo y apoyada con un comentario breve de alguna autoridad eclesial o de la misma Chiara. Cada uno comunicaba a los otros sus experiencias. Existen ejemplos admirables de este fermento revitalizador de la Palabra⁶³.

Actualmente la *Palabra de vida* es seleccionada para un mes y propuesta a todo el Movimiento para la meditación.

Conviene registrar algunos hechos admirables de este Movimiento en la Iglesia. En primer lugar, recalcar la fuerza de la Palabra de Dios. Se parece a una semilla esa pequeña frase escogida: cuánto dinamismo alberga dentro y qué vigor despliega, cuando se planta en un corazón humilde y disponible. En segundo lugar, subrayar la transformación operada en miles de personas por todo el mundo, que incluye también a diversas familias religiosas. En tercer lugar, dar gracias porque esta semilla del amor y de la unidad ha roto límites y separaciones. Se abre a todos los cristianos y promueve eficazmente el ecumenismo. Ha escrito Chiara: «Hoy son miles los luteranos que conocemos como hermanos nuestros en Cristo. Hermanos en este sentido: no sólo por el bautismo que nos une, sino también por el esfuerzo de reevangelizarnos a nosotros mismos sobre todo en la mutua caridad». A partir de 1966 se ha renovado la comunión

⁶³ Véase G. Marchetti, *La Parola di Dio nel movimento dei Focolari*, en *Incontro con la Bibbia. Leggere-pregare-annunciare* (a cura di G. Zevini), Roma 1978, 183-186. De aquí tomo las citas textuales de Chiara Lubich y las diversas referencias.

con la Iglesia Anglicana, la Iglesia Reformada, y Ortodoxa. El patriarca Atenágoras quería ser un «simple focolarino».

Y cuarto, celebrar la apertura a personas de otros credos y religiones: hebreos, musulmanes, budistas, hinduistas... Chiara lo ha dejado descrito: «Existe un solo camino: amar, amar sin intereses, participando en su vida y preocupaciones... Les diremos mes a mes cómo vivimos una Palabra del Evangelio para reevangelizarnos y les contaremos las experiencias de la Palabra vivida en ese mes. Nada más... Iremos adelante: nosotros en el cristianismo, ellos en su religión. Cuanto más se unen a Dios, Dios más les bendice e ilumina. Así el Evangelio penetra y fermenta su comunidad. Llegará un momento en que intuirán que el Evangelio es la Verdad y dirán: Bello es el Corán, pero el Evangelio es aún más bello».

Todas estas experiencias, de calado universal y enorme transcendencia, poseen un origen humilde, como la parábola del sembrador de Jesús. Todo empezó con una semilla. Todo nació acogiendo en el corazón una palabra del Evangelio para hacerla vida, y para que el Evangelio nos reevangelice⁶⁴.

* * * * *

Todos los carismas nacen, crecen, se desarrollan y son feraces en el campo de la Iglesia debido a la asistencia de la misma Palabra de Dios que los inició y los acompaña.

Cuando estos cristianos, religiosos y seglares, releen la Biblia en clave carismática, su vocación eclesial se renueva y acrecienta, de tal manera que esta asidua meditación resulta de todo punto necesaria para ser fieles a su misión. Ya el Espíritu Santo puso en el corazón de los diversos fundadores una manera especial de leer la Biblia. Ellos la continúan de manera fecunda en la Iglesia. Podemos acoger, en este contexto, unas palabras iluminadoras:

El Espíritu Santo ha iluminado con luz nueva la Palabra de Dios a los fundadores y fundadoras. De ella ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada Regla. En línea de

⁶⁴ Puede también consultarse G. Rossé, *La Bibbia nel movimento dei Focolarini*: Studia Patavina 41 (1994) 477-483.

continuidad con los fundadores y fundadoras, sus discípulos también hoy están llamados a acoger y guardar en el corazón la Palabra de Dios, para que siga siendo lámpara para sus pasos y luz en su sendero (cf. Sal 118,105). Entonces el Espíritu Santo podrá guiarlos a la verdad plena (cf. Jn 16,13)⁶⁵.

Conclusión

Contemplando en perspectiva esta historia, como hijos de la Iglesia que somos, nos brotan de manera espontánea algunos sentimientos encontrados. Por una parte, pedimos perdón porque durante mucho tiempo, demasiado largo tiempo, el pan de la Palabra se ha guardado –por utilizar un símil doméstico– en la alacena y no se ha puesto encima de la mesa para alimento de todos los hijos necesitados y hambrientos.

El papa Juan Pablo II, en nombre de la Iglesia, ha pedido perdón por los errores cometidos; pues a lo largo de la historia, los hijos de la Iglesia se han alejado del espíritu del Evangelio. No han ofrecido a la humanidad el espectáculo de una vida inspirada en los valores genuinos de la fe, sino formas de antitestimonio y escándalo.

La Iglesia, aun siendo santa por su fundador, por su incorporación a Cristo y la presencia del Espíritu Santo que la anima, se reconoce también necesitada de conversión, de penitencia y reconciliación. Afirma el Concilio:

La Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación (*Lumen Gentium*, 8).

Entre los pecados que exigen una reparación hay que citar, sobre todo, aquellos que han dañado la unidad querida por Dios para su pueblo. La continua laceración que los cristianos hemos infligido sobre el cuerpo del Señor. También deben ser objeto de arrepentimiento los métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio de la verdad⁶⁶.

⁶⁵ Juan Pablo II, *Caminar desde Cristo*, Madrid 2002, 38.

⁶⁶ *Tertio Millenio Adveniente, Carta Apostólica de Juan Pablo II*, en *Encíclicas de Juan Pablo II*. Edición preparada por J. A. Martínez, Madrid 1995. Los números 32 al 37 recuerdan los pecados cometidos en nuestra historia eclesial.

Sí que merece un lamento y un vivo reproche, lo digo con todo dolor en el alma, que la Iglesia no haya sabido repartir como madre solícita el pan de la Palabra. Ha actuado tal vez como «demasiado madre», madre protectora o «super protectora». Para evitar el daño a sus hijos, les ha quitado la ocasión y el peligro. Movida por estos sentimientos, ha perdido la oportunidad de darles la vida que surge de la Palabra: los ha dejado en situación de pobreza y de menesterosidad.

Algunos de nosotros, lamentablemente, hemos sido en los primeros años de nuestra formación testigos y víctimas de esta situación. Representamos los epígonos de una triste historia.

Mas, por otra parte y para evitar consumirnos en un debate ya caduco, debemos dar gracias. A pesar de los años y siglos de oscuridad, el amor por la Palabra de Dios se ha mantenido. La práctica de la *lectio divina* no ha desaparecido en nuestra Iglesia. El Espíritu Santo, alma de la Iglesia, la ha salvaguardado como a un verdadero tesoro. Ahora, tras centurias de olvido, vuelve con acrecentado vigor. No se trata de una revolución, ni de una moda pasajera, sino de un retorno a la mejor tradición⁶⁷.

Podemos afirmar, con satisfacción y gratitud a la providencia divina, que nuestra época constituye un hoy privilegiado, un *kairos* de salvación. Nos ha tocado vivir tiempos afortunados. No de hambre ni de escasez. Encima de la mesa la Iglesia, como madre solícita, nos pone el sobreabundante pan de la Palabra. Nos corresponde tomarlo y comerlo, hacerlo vida nuestra y repartirlo generosamente, a manos llenas, a nuestros hermanos más necesitados.

Hoy día la Palabra de Dios representa todo un acontecimiento glorioso, digno de ser tenido en cuenta, estudiado y resaltado, celebrado y vivido. Contemplamos con gozo esta primavera eclesial en torno a la lectura orante de la Palabra de Dios o *lectio divina*, hecha pública con el reconocimiento de documentos y el refrendo de continuas llamadas eclesiales, que insisten en su capacidad de honda transformación espiritual.

El pueblo de Dios asiste, con su despertar de júbilo, a estos esperanzadores signos de nuestro tiempo.

⁶⁷ Así califica esta vuelta decidida a la Palabra de Dios, N. Lohfink, *o.c.*, 22.

III

La Constitución Conciliar *Dei Verbum*, «La nueva entrega de la Biblia a la Iglesia»

Flaco favor haríamos a la *lectio divina* si la situáramos como práctica piadosa, reservada a un selecto grupo, llámese monjas/es, religiosas/os, sacerdotes, o cristianos fervorosos de algún movimiento eclesial. Se trataría, en definitiva, de una praxis clausurada dentro de los muros de algunos privilegiados. ¡No! ¡Desterremos de una vez por todas el ostracismo y la exclusión! Desde que el Concilio Vaticano II abrió de par en par las puertas de las Escrituras, la Biblia ya es nuestra casa común: en ella todos los cristianos habitamos por derecho propio, adquirido en nuestro bautismo.

¡Por vez primera en la historia de la Iglesia, un concilio ecuménico lanza un llamamiento apremiante y general en favor de la lectura de la Sagrada Escritura!

La *lectio divina* debe realizarse en comunión con toda la Iglesia; se ubica dentro de una corriente más dilatada: la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. Inmersos estamos en el gran acontecimiento providencial que el Señor nos regaló: el Concilio Vaticano II. Sus anhelos no han declinado todavía y sus llamadas nos desafían.

El papa Benedicto XVI ha recordado su plena vigencia, justamente al día siguiente de su elección como pontífice de la Iglesia:

Este año toca el 40 aniversario de la conclusión de la asamblea conciliar. Con el pasar de los años, los documentos conciliares no han perdido actualidad; por el contrario, sus enseñanzas se revelan particularmente pertinentes en relación con las nuevas instancias de la Iglesia y de la sociedad actual globalizada.

Reclama el Papa suma atención a los documentos emanados por el Concilio, puesto que mantienen vivo su vigor y despliegan una actualidad incluso acrecentada. La Iglesia debe guardar memoria de los aspectos centrales de la herencia del Concilio.

Entresacamos las líneas más importantes de la intervención que pronunció Benedicto XVI el domingo (30 de octubre de 2005), con ocasión del rezo del Ángelus, a miles de peregrinos congregados en la plaza de San Pedro del Vaticano.

Hace cuarenta años, el 28 de octubre de 1965, se celebró la séptima sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II. Le siguió una rápida sucesión de otras tres, y la última, el 8 de diciembre, marcó la clausura del Concilio. En la fase final de aquel acontecimiento histórico eclesial, que había comenzado tres años antes, se aprobó la mayor parte de los documentos conciliares. Algunos de ellos son más conocidos y se citan con frecuencia; otros no son tan conocidos, pero todos merecen ser recordados, pues conservan su valor y revelan una actualidad que, en cierto sentido, incluso ha aumentado...

Todo acercamiento a la Biblia, que pretenda ser eclesial, debe tener en cuenta la Constitución *Dei Verbum*; pues ésta ha iluminado el insondable designio de la Palabra, debido a dos motivos principales. Primero, porque ha acercado la Escritura a todo el pueblo de Dios. La ha contemplado como misterio de condescendencia de Dios al haberse dignado establecer una alianza con una familia de hijos, que es la Iglesia. Segundo, porque ha cumplido recientemente el 40 aniversario de su promulgación. Fue aprobada el 18 de noviembre de 1965.

El Papa, de nuevo, con motivo del Ángelus, ante miles de peregrinos reunidos en la plaza de San Pedro del Vaticano (6 de noviembre de 2005), menciona la constitución *Dei Verbum* como uno de los cimientos del ingente edificio del Concilio:

El 18 de noviembre de 1965 el Concilio Ecuménico Vaticano II aprobó la constitución dogmática sobre la Revelación, '*Dei Verbum*', que constituye uno de los pilares de todo el edificio conciliar. Este documento habla de la Revelación y de su transmisión, de la inspiración y de la interpretación de la Sagrada Escritura y de su importancia fundamental en la vida de la Iglesia.

Recogiendo los frutos de la renovación teológica precedente, el Vaticano II coloca a Cristo en el centro, presentándole

como 'a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación' (n. 2). De hecho, el Señor Jesús, Verbo hecho carne, muerto y resucitado, llevó a plenitud la obra de salvación, realizada con gestos y palabras, y manifestó plenamente el rostro y la voluntad de Dios, de manera que hasta su regreso glorioso no hay que esperar ninguna nueva revelación pública (Cf. n. 3). Los apóstoles y sus sucesores, los obispos, son los depositarios del mensaje que Cristo ha confiado a su Iglesia para que sea transmitido íntegramente a todas las generaciones...

La Iglesia no vive de sí misma sino del Evangelio y del Evangelio saca siempre la orientación para su camino.

Imposible tratar todo el contenido doctrinal aportado por la Constitución, ya que éste resulta demasiado considerable debido a su riqueza temática. Nos perderíamos en las múltiples mediaciones que ha requerido la encarnación de la Palabra. Desde la iniciativa amorosa de Dios hasta su llegada al pueblo fiel, su destinatario. Y desde el Espíritu Santo, que inspira al autor sagrado hasta el traductor, el intérprete y el lector.

En la primera parte, no obstante, será preciso destacar algunos puntos de la Constitución. Esclarecen con su presencia estratégica la acogida de la Biblia en la vida eclesial¹.

En la segunda parte nos fijaremos, de manera especial, en el apartado o capítulo VI, que porta para nosotros tan evocador título: *La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia*. Sacaremos las principales aportaciones teológicas y pastorales. En la tercera, atenderemos a los desafíos que la «Palabra de Dios» presenta en la actualidad.

Primera Parte

La Constitución *Dei Verbum*,

Carta magna de la Sagrada Escritura en la Iglesia

1. Historia del texto

De la Constitución dogmática *Dei Verbum* se ha dicho que es «uno de los más hermosos textos de todos los escritos del Con-

¹ Tengo en cuenta la aportación luminosa de A. Vanhoye, *La réception dans l'Église de la Constitution dogmatique Dei Verbum. Du Concile Vatican II à aujourd'hui*: *Esprit et Vie* 107 (2004) 3-13.

cilio». Debe reconocerse, sin lugar a dudas, que ha sido juntamente con la Constitución sobre la Liturgia, la que ha ejercido más notable influjo en la vida de la Iglesia. La maravilla de este texto, en cuanto a su doctrina y oportunidad, no se debe al azar, sino que es fruto de «un trabajo atormentado y perseverante»².

El punto de partida fue un esquema propuesto en la primera sesión del Concilio (1962) con el título ya de por sí significativo: *De las fuentes de la revelación –De fontibus revelationis–*. Este plural «fuentes» aludía precisamente a una marcada dualidad: Escritura y Tradición. Estas fuentes eran consideradas como separadas e independientes la una de la otra³.

El esquema inicial fue contestado y rechazado. Se deseaba una perspectiva de síntesis, unificadora. Pero en el curso de la elaboración, a pesar del derroche de esfuerzo desplegado para alcanzar un consenso satisfactorio, no había manera humana de poner de acuerdo a los peritos y biblistas. ¿Iba a malograrse el fruto más ansiado del Concilio? Cundía entre los padres conciliares y en el pueblo de Dios una inquietante zozobra. El papa Juan XXIII creó providencialmente una comisión especial, que se empeñó con denodado esmero por llegar a la armonía. Por fin, el 18 de noviembre de 1965, fue presentada la Constitución sobre la Divina Revelación –justo tres semanas antes del fin del Concilio!–, con un resultado conclusivo que bien puede calificarse de triunfal: 2.344 votos positivos, y sólo 6 desfavorables. He aquí algunos de sus logros más sobresalientes:

2. La Escritura se entiende dentro de la revelación de Dios

La expresión literal con que comienza la Constitución es ésta: *Dei Verbum*. Dicho sintagma atrae la atención sobre la Palabra de Dios. Normalmente se identifica la expresión *Dei Verbum* con la *Palabra de Dios escrita*. Pero esto es inexacto, y no corresponde a la intención de los padres conciliares. Ellos querían situar la Es-

² No conviene entrar con detalle en la génesis del texto, pero sí acentuar algunos datos relevantes.

³ G. Lafont, *La Constitution Dei Verbum et ses précédents conciliaires*. Nouvelle Revue Théologique 110 (1988) 58-73.

critura en un conjunto más amplio: la economía de la Revelación. El título oficial del texto conciliar no es *Constitutio dogmatica de Sacra Scriptura*, sino *Constitutio dogmatica de Divina Revelatione*.

La Revelación es la Palabra de Dios dirigida a la comunidad; constituye todo el elocuente mensaje de Dios a la humanidad, que se manifiesta de manera diversa y dinámica: en las acciones de Dios, en la creación de un pueblo, en su designio de amor, presente en la naturaleza, y en la Palabra escrita que es la Biblia.

Esta Revelación de Dios se manifiesta por hechos que son iluminados por la Palabra. Pensemos por ejemplo en el acontecimiento fundamental para el Antiguo Testamento: el Éxodo. El hecho en sí mismo, desgajado de toda interpretación, no sería sino una más de las muchas emigraciones que han sucedido en la antigüedad y en tantos pueblos. Pero la palabra de Moisés ilumina ese evento, lo sitúa por encima de su crónica y materialidad, y logra rescatarlo como una gesta del Señor que conduce a su pueblo: «Y viendo Israel la mano fuerte que Yahveh había desplegado contra los egipcios, temió el pueblo a Yahveh, y creyeron en Yahveh y en Moisés, su siervo» (Éx 14,31).

Este proceso de la revelación de la Palabra de Dios incluye dos dimensiones necesarias: hechos que pertenecen a la historia, y Palabra del Señor que comunican los profetas para iluminar esta historia y convertirla no en crónica de hechos brutos, sino en historia de salvación⁴.

La traducción (n. 24) parece insinuar que la Sagrada Escritura contiene la Palabra de Dios, como si hubiese una identificación completa entre ambas: Sagrada Escritura y Palabra de Dios. Hay que precisar afirmando que la Sagrada Escritura es Palabra

⁴ Ha escrito páginas definitivas sobre esta íntima relación entre evento y palabra iluminadora de Dios, a través de los profetas y del mismo Jesús, R. Latourelle, *Teología de la revelación*, Salamanca 1967, 433-450. Recordamos algunas líneas sumamente esclarecedoras: *La revelación se lleva a cabo por la historia; pero no por la historia sola sino con la interpretación de la palabra... La revelación es a la par historia y doctrina. Es doctrina acerca de Dios, pero doctrina elaborada a partir de las acciones de Dios en la historia... La Palabra de Dios es esencialmente una palabra eficaz, siempre activa... La palabra viene siempre acompañada en el poder del Espíritu* (p. 450).

de Dios, pero no toda la Palabra de Dios, sino solamente la Palabra de Dios puesta por escrito⁵.

Hay que insistir en este punto, ya que se da un frecuente equívoco en nuestro pueblo: pensar que toda la revelación de Dios se encierra en la Biblia. El cristiano considera la Escritura como vehículo privilegiado de la Palabra de Dios, pero el cristianismo no puede definirse como religión del libro. La Palabra de Dios no queda reclusa en un texto; posee horizontes inmensos. Dios habla también mediante la creación, la historia humana, la fe de la comunidad. La Escritura no es una realidad autónoma, estática, sino dinámica y abierta, conectada con todas las manifestaciones de la Palabra de Dios. Por tanto, la escucha de la Escritura debe hacerse en sintonía con la escucha de la historia de nuestra humanidad, con la tradición y la experiencia de fe de la comunidad.

La Palabra escrita no encierra materialmente el Misterio, lo anuncia y celebra, pero no es todo el Misterio. La Palabra en sí misma puede convertirse en idolatría, cuando no seguimos el camino hacia donde ella nos conduce: hacia Dios y el hermano. Puede darse una cierta idolatría de la palabra, que resulta ser no menos peligrosa que la de la forma... Más allá de la palabra, hay una visión; y toda la Biblia está realmente atravesada por este deseo y nostalgia de ver a Dios⁶.

La Revelación o Palabra de Dios se transmite a la vez por la Tradición y la Escritura. La Escritura no representa un momento aislado, no es un libro al margen de la historia, sino que está vivificada por la tradición del pueblo de Dios en su historia. Por tanto, ya el Concilio nos libera de considerar la Escritura como un documento desgajado de la vida, libro disecado, pergamino perdido, objeto de veneración y estudio por sí mismo. La Escritura se entiende dentro de la corriente de la historia de salvación del pueblo de Dios, de la vida de fe de la Iglesia⁷.

⁵ A. Franzini, *Tradizione e Scrittura. Il contributo del concilio Vaticano II*, Brescia 1978, 193.

⁶ H. de Lubac, *La Révélation divine*, París 2006, 61.

⁷ J. J. Weber, *Concile oecumenique Vatican II. La Révélation*, París 1966, 34.

Porfiamos. La Escritura es Palabra de Dios, pero la Palabra de Dios es más grande que la Escritura. «La Escritura es como una palabra congelada, tiene necesidad de ser llevada a su ambiente vital –tradición y comunidad– para que pueda de nuevo conseguir su fuerza y sabor»⁸.

3. La Sagrada Escritura es un hablar de Dios, actual y presente

Cuando el Vaticano II define la Escritura (n, 9), no lo hace como suelen las traducciones habituales: «La Sagrada Escritura es la Palabra de Dios» sino que dice: «*Sacra Scriptura est locutio Dei*. La Sagrada Escritura es el hablar de Dios (*locutio Dei*)».

El empleo de este vocablo –*locutio*– resulta sorprendente. El texto escrito es una acción de hablar. Designa esta palabra –*locutio*– normalmente un mensaje oral. ¡En el texto de la Biblia Dios habla. No está encerrado en la malla de las letras, no está mudo ni ha perdido la voz: Dios nos habla en la Escritura!

Otra sorpresa, digna de ser apreciada, es la palabra *consignatur*, que significa poner por escrito. El verbo no va conjugado en el pasado o en participio de pasado. Esta modalidad temporal sería la más esperada en la lógica de la frase: *consignata*. Pero el Concilio no lo describe así, y nuestro asombro se acrecienta. Refiere fielmente: *consignatur*. ¡En presente! La Escritura no es definida en su estado final, a la manera de un texto ya separado del autor, como elemento fosilizado, sino en el momento vital de un presente activo. Con acierto ha sido definida por los hermanos de Taizé, R. Schutz y M. Thurian, de esta manera tan sugerente: «La Escritura es un acto vivo –*un acte vivant*–»: ¡La Palabra de Dios nos sigue hablando hoy!⁹

4. Valoración global

De los juicios más ponderados sobre la *Dei Verbum* recogemos éste, pues representa un compendio comprensivo. Nos limitamos a transcribirlo.

⁸ B. Maggioni, *Impara a conoscere il volto di Dios nelle parole di Dio*, Padua 2003, 128.

⁹ R. Schutz–M. Thurian, *La parole vivante au Concile*, Taizé 1966, 120.

Uno de los principales méritos de la *Dei Verbum* es el de haber llevado todo a la unidad. Unidad del Revelador y de lo revelado: Jesucristo, ‘autor y consumidor de nuestra fe’; unidad en él de los dos Testamentos que de él dan testimonio; unidad de la Escritura y de la Tradición, que no se pueden separar; unidad, presentada en el último capítulo, del Verbo de Dios bajo las formas con las que él se hace presente entre nosotros: la Escritura y la Eucaristía¹⁰.

Segunda Parte

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

1. Lectura del texto

De toda la Constitución hemos de atender la parte que tiene que ver directamente con nuestro estudio: el capítulo VI que versa sobre la Sagrada Escritura en la Iglesia.

Ha sido el menos controvertido en comparación de los otros restantes, debido sin duda a su carácter marcadamente pastoral. Representa, en la configuración de toda la Constitución, el momento supremo y recapitulador.

Podría aplicársele la imagen bíblica de una cosecha en sazón. Recoge las semillas dispersas de todos los capítulos anteriores, puesto que la Revelación de Dios, la redacción de los escritores sagrados, el valor del Antiguo Testamento, la excelencia del Nuevo Testamento, la obra de los exegetas..., en fin, todo este intenso proceso llega a su culminación en la vida de la Iglesia.

La Sagrada Escritura no constituye un fin en sí misma. No es un escrito hermético, ni un libro lacrado con siete sellos, sino comunicación del designio de salvación de Dios. Se le puede con rigor aplicar el dicho con que Jesús declara el objetivo de su venida: «He venido para que tengan vida, y vida abundante» (Jn 10,10).

La Revelación de Dios alberga la aspiración suprema de dar vida a la humanidad.

¹⁰ H. de Lubac, *La Révélation divine*, París ³2006, 215.

Resulta conveniente —e incluso necesario— para el lector detenerse en este capítulo de la Constitución *Dei Verbum*. No debe sobrevolar el texto; hará bien en leerlo despacio y con atención. Una lectura reflexiva le otorgará hondo conocimiento y cabal perspectiva. De tan denso capítulo podemos extraer estas enseñanzas fecundas para la vida de la Iglesia:

2. Veneración de la Iglesia por la Escritura

La precisa manera de comenzar resulta gratificante: «La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor» (n. 21). No se parte de un principio abstracto o general para deducir luego argumentos o pruebas. No se habla de la eficacia de la Palabra, de su inerrancia... para animar a los cristianos a la veneración de la Escritura. La Iglesia contempla su historia de fe, y a ella se atiene: siempre ha venerado la Sagrada Escritura. Esto representa todo un ejercicio de sana tradición. Se remite al arco íntegro de su vida creyente en la Palabra de Dios; no a doctrinas ni preceptos obsoletos.

Que la Iglesia haya venerado siempre la Escritura es una frase que puede ser admitida, de alguna manera, debido a un número más bien extenso de documentos. En especial, hay que reconocer que la Escritura ha sido privilegiada en la liturgia. Verdaderamente ha gozado de un puesto de honor la lectura del Evangelio. Gran parte de las anáforas y de los cantos litúrgicos beben directamente de las fuentes de la Biblia.

Con los datos reales de la historia en una mano y con mucho dolor de corazón en la otra, hemos de sopesar la carga heredada, y admitir ese despliegue no siempre acertado, con frecuencia titubeante, de la Escritura en la Iglesia.

Si recordamos la predicación de los sacerdotes y la piedad de los fieles, no podemos sino lamentar el alejamiento de la Biblia de sus vidas. Aun así, la frase no puede ser aceptada como una constatación objetiva de los hechos, sino, más bien, como indicativa del alto honor que la Iglesia ha dispensado a la Palabra y provocadora, asimismo, de un serio examen de conciencia, con el propósito de asumir una misión que debe realizar con urgencia y practicar con celo.

Por otra parte, resulta muy sugerente saber que la Palabra no está guardada en un armario, ni venerada en una vitrina, sino puesta en una mesa. De esta mesa la Iglesia lo recibe y reparte. Recibir y dar constituyen los dos momentos esenciales en la vida de la Iglesia, su sístole y diástole necesarios. Recibir quiere decir escuchar, acoger, aceptar esta Palabra de Dios. Repartir significa predicar y proclamar esa misma Palabra a los cristianos.

3. Dos panes en la mesa de la Iglesia

Se recuerda enseguida una imagen que ayuda a captar tan alta estima: «No dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia» (n. 21). Podemos preguntar: ¿Qué clase de veneración experimenta la Iglesia por la Sagrada Escritura? Y respondemos con palabras del Concilio: la misma que se le tributa al Cuerpo de Cristo.

Tan elemental comparación se encuentra dotada de una asombrosa fecundidad que apenas si alcanzamos a vislumbrar. Insiste el Concilio en que toda vida auténtica en la Iglesia debe estar cimentada por igual en dos pilares fundamentales: la Eucaristía y la Palabra de Dios.

Esta comparación hunde sus raíces en la Biblia y en la historia de la Iglesia. Acudimos a dos citas de autoridad. Una pertenece a la antigua Alianza y otra a la nueva.

En el Antiguo Testamento el prodigio del maná se relaciona con la Palabra de Dios: «Te hizo pasar hambre y te alimentó con maná, manjar desconocido para ti y para tus padres, a fin de enseñarte que el hombre no vive sólo de pan, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Dios» (Dt 8,3).

La relación aparece también subrayada en el capítulo seis del evangelio de san Juan (el capítulo más largo de todo el Nuevo Testamento). Podemos señalar sus aportaciones más llamativas en esta mutua clarificación entre el pan y la Palabra. Jesús se llama a sí mismo «pan de vida» (6,35.48), «pan vivo» (41), «pan de Dios» (33), «pan del cielo» (32). Pero asimismo todo el discurso está enmarcado por la presencia soberana de la Palabra, patenti-

zada al inicio, el medio y conclusión. Así comienza el célebre discurso: «En verdad, en verdad os digo...» (26). En el centro: «El que escucha al Padre viene a mí» (46). Y al final: «Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida» (63).

Esta interconexión entre pan y Palabra es desarrollada con frecuencia entre los santos Padres. Recojamos algunas de sus loables sentencias. San Jerónimo y Orígenes escribían con todo realismo:

- Comemos su carne y bebemos su sangre no sólo en el sacramento, sino también leyendo la Escritura¹¹.
- Los cristianos comen todos los días la carne del Cordero, esto es, comen cada día la carne de la Palabra de Dios¹². Igualmente san Agustín¹³.

La imagen ha sido divulgada en la historia de la Iglesia:

- Éstas (la Palabra de Dios y la Eucaristía) se pueden llamar dos mesas colocadas a uno y otro lado en el tesoro de la santa Iglesia. Una es la mesa del sagrado altar, donde está el pan santificado, esto es, el precioso Cuerpo de Cristo. Otra es la mesa de la Ley divina, que contiene la doctrina sagrada, enseña la verdadera fe y nos conduce con seguridad hasta lo más interior del velo donde está el Santo de los Santos¹⁴.
- Ninguna otra cosa dejó Cristo a su Iglesia con mayor misterio que el sacramento de la Eucaristía y el Bautismo, y las Sagradas Escrituras, en todos los cuales el Espíritu Santo obra interiormente el misterio de nuestra salvación. Pero la Sagrada Escritura es también sacramento cuantas veces el Espíritu Santo obra algo interiormente por medio de ella¹⁵.

San Francisco de Asís es sensible a esta tradición en la Iglesia. Escribe:

- Y a nadie de nosotros quepa la menor duda de que ninguno puede ser salvado sino por las santas palabras y la sangre

¹¹ San Jerónimo, *Commentarius in Ecclesiasten*; PL 23, 1.092.

¹² Orígenes, *Hom. Gen.* 10,3; PG 12, 217.

¹³ *Sermo* 56,10; 57,7; 58,5; 59,3; PL 38, 381. 389. 395. 400.

¹⁴ *Imitación de Cristo* IV, 11, 4.

¹⁵ Pascasio Radverto, *De corpore et sanguine* I, 4; PL 120, 1.271-6.

de nuestro Señor Jesucristo, que los clérigos pronuncian, proclaman y administran¹⁶.

- Nada, en efecto, tenemos ni vemos corporalmente en este mundo del Altísimo mismo, sino el cuerpo y la sangre, los nombres y las palabras, por los que hemos sido hechos y redimidos de la muerte a la vida¹⁷.

Esta imagen bíblica y patrística se hace realidad viviente, sobre todo durante la celebración de la Eucaristía en donde los dos panes (el pan vivo del Cuerpo de Cristo y el de su Palabra) vienen ofrecidos a los cristianos y repartidos desde una sola mesa.

Acudiendo a nuestra historia aún reciente, podemos recordar dos visiones, que no se hallan distorsionadas, ni representan una burda caricatura. Reflejan épocas distintas, que acontecen en un período que abarca poco tiempo. La línea divisoria la marca la celebración del Concilio Vaticano II.

Antes del Concilio no se percibía entre los fieles este aprecio por el pan de la Palabra durante la celebración de la santa Misa. Para cumplir el precepto dominical se pensaba que era suficiente con llegar antes del ofertorio. Tampoco los sacerdotes, oficiando en latín, hacían mucho por la labor de hacer comprender la Palabra. Incluso algunos fieles se marchaban de la Iglesia durante la homilía, dada la poca importancia que ésta representaba en sus vidas.

Después del Concilio, la recepción eclesial ha cambiado sustancialmente. Existe estima por la Palabra de Dios. Incluso en la disposición ambiental se ha resaltado el ambón donde se expone y proclama la Palabra. Y ésta, sobre todo, adquiere la esencial función de ser alimento que nutre vigorosamente al pueblo de Dios.

También se destaca la conexión entre la mesa de la Palabra y del Cuerpo de Cristo en dos pasajes del Concilio:

¹⁶ 2 Ct F 34. *Carta a todos los fieles* (2ª redacción). En *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época* (edición preparada pro J. A. Guerra) Madrid 1978, 56.

¹⁷ Cta Cle 3. *Carta a los clérigos*. En *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época...*, 62. Pueden aportarse más citas. Profundiza en la visión de san Francisco sobre la equiparación de las dos mesas, en contexto de salvación, K. Esser, *La Palabra de Dios en san Francisco: Sel Franciscanismo* 23 (1979) 191-204.

- Entre todas las ayudas espirituales destacan aquellos actos por los que se nutren los fieles de Cristo con la Palabra de Dios y de la doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía (*Presbiterorum Ordinis*, 18).

- Alimentados así en la mesa de la ley divina y del altar sagrado, amen fraternalmente a los miembros de Cristo (*Perfectione caritatis*, 6).

El vínculo entre la Palabra de Dios y la Eucaristía se cimienta en una sólida tradición. No podemos dejar de referirnos ahora a una inolvidable relación, establecida hace algunos años. El beato Juan XXIII, cuando era patriarca de Venecia, en la carta pastoral sobre la Palabra de Dios dirigida a los fieles para la Cuaresma del 1952, escribía:

Enseñar la Sagrada Escritura, especialmente el Evangelio, al pueblo y familiarizarlos con el libro sagrado, es como el alfa de las actividades de un obispo y de sus sacerdotes. La omega —permíteme esta imagen del Apocalipsis— está representada por el cáliz bendito de nuestro altar cotidiano. Las dos realidades van unidas: la Palabra de Jesús y la sangre de Jesús. Entre una y otra se suceden todas las letras del alfabeto: todos los eventos de la vida personal, doméstica, social; también todo lo que es importante pero es secundario en orden al destino eterno de los hijos de Dios, y que no vale si no es en cuanto se apoya en las dos letras terminales: es decir la Palabra de Jesús que siempre resuena en todos sus tonos en la santa Iglesia desde el libro sagrado y la sangre de Jesús en el sacrificio divino, fuente perenne de gracia y bendición.

Estas palabras del Papa subrayan, en continuidad con la tradición de la Iglesia, cómo la Palabra y el Cáliz, la Biblia y la Eucaristía son —expresadas en enumeración polar— Alfa y Omega: la plenitud de vida de la Iglesia y de cada creyente¹⁸.

4. La Escritura, regla suprema de la fe, pero no absoluta

Se reconoce la centralidad de la Palabra (es la regla suprema de la fe), pero también su complementariedad (juntamente con

¹⁸ Datos aportados por Vicenzo Paglia, Presidente de la Federación Bíblica internacional, durante la celebración, ya reseñada, del Congreso mundial sobre el 40 aniversario de la *Dei Verbum* (www.deiverbum.org 2005.org).

la sagrada Tradición). El Concilio vuelve a emitir otra mención cuando afirma que la teología se fundamenta «en la Palabra de Dios escrita en unión con la sagrada Tradición» (n. 21). Esta repetición muestra el interés de los padres conciliares en que ambas realidades no aparezcan divididas sino juntas, como compañeras inseparables, aunque la Escritura posee la primacía.

La Escritura no es un libro aparte; no cuelga en las paredes de la Iglesia como objeto de museo; se encuentra presente en un contexto que la sostiene, dentro de la tradición viva de la Iglesia.

Este tema posee mucha enjundia teológica: la relación entre Sagrada Escritura y Tradición. Hay que distinguir lo que es la Tradición (con mayúscula), que viene de los Apóstoles y que progresa en la vida de la Iglesia, en su culto, en su doctrina. Hay otra tradición (con minúscula) que se refiere a costumbres y usos, que son mutables con el paso de los tiempos y las diversas culturas en donde se inserta la Iglesia.

Hay una exigencia de fidelidad a los orígenes y también a los cambios y novedades. El discernimiento no siempre resulta fácil. La Escritura es regla suprema de fe por cuatro motivos, que pueden ser indicados de manera sucinta:

- a) ha sido inspirada por Dios y tiene por tanto un origen divino;
- b) ha sido escrita, y se convierte en referencia objetiva, estable y perenne (de una vez para siempre). Posee carácter de inmutabilidad, y no se encuentra sujeta a cambios;
- c) por su dignidad de Palabra de Dios. A través de ella resuena la voz del Espíritu Santo;
- d) es Palabra eficaz, capaz de nutrir la vida de la Iglesia.

5. La Escritura, diálogo con Dios

Como consecuencia de esta primacía se deriva la necesidad de que toda la vida eclesial, ya sea la predicación ya la misma religión, esté alimentada y regulada por la Escritura. Estas enseñanzas resultan muy reconfortantes. La predicación debe nutrirse de

la vitalidad de la Escritura, no sólo norma moralizante, como aconteció durante un tiempo. Dicha recomendación ha encontrado un positivo eco incluso en el mundo protestante. Así se expresaba el conocido profesor O. Cullmann, de la Universidad de Basilea: «Nos alegramos sumamente por la afirmación del Concilio, que señala que la predicación debe nutrirse de la Biblia»¹⁹.

Para expresar la accesibilidad de la Escritura en la Iglesia, se recuerda una imagen de la conversación amable de Dios con los hombres: «Porque en los sagrados libros el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos» (n. 21).

Resulta ser ésta una descripción bien consolidada en la Biblia. Dios habla así con Moisés (Éx 33,11). La Sabiduría conversa con los hombres (Bar 3,38). Encuentra sus delicias en estar con los hijos de los hombres (Sab 1,6; 9,9-18).

También los santos Padres se refieren a la Escritura como un coloquio de Dios con los hombres:

- Dios habla cada día a los creyentes por medio del testimonio de las santas Escrituras²⁰.
- Cada uno considere que a través de la lengua de los profetas escuchamos a Dios que habla con nosotros²¹.

Pero este coloquio se colorea con rasgos de ternura. Ya no se trata de un «Dios a secas», sino del Padre que está en los cielos, quien se dirige a sus hijos, movido por amor, y se detiene con ellos. La lectura de la Biblia inaugura una visita del Dios que se nos revela, instaura un diálogo que crea lazos profundos de familia entre un Padre cercano y unos hijos.

Es preciso seguir insistiendo en este aspecto, que resulta acaso el más original y novedoso de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia.

¹⁹ Palabras extraídas de una célebre conferencia: *Sind die Erwartungen erfüllt? Antwort eines protestantischen Beobachters*, pronunciada en Deutsches Pressenzentrum, de Roma 2-12-1965. Recogidas por Carlo M^a Martini, *La Parola di Dio alle origini della Chiesa*, Roma 1980, 10.

²⁰ San Jerónimo, *Ep. 133, 13*; PL 22, 1.160.

²¹ San Juan Crisóstomo, *In Gen 2, Hom. 15, 1*; PG 53, 119.

Ciertamente nuestra Constitución toma elementos de Trento y del Vaticano I, pero los sitúa en una perspectiva nueva²². La *Dei Verbum* no alberga intenciones polémicas ni apologéticas, cosa que sí acontecía en los dos mencionados concilios. Trento se opone a los protestantes, con su principio de la *sola Scriptura*. El Vaticano I se preocupa de luchar contra el racionalismo. Nuestra Constitución *Dei Verbum* no busca demostrar la legitimidad o la credibilidad de la revelación cristiana. Hace una exposición doctrinal en positivo. Ya desde el comienzo se marca el clima de todo el documento. Podemos leer el proemio de la Constitución, para darnos cuenta de que se trata de una exposición serena y gozosa de la fe, como un testimonio público:

El Santo Concilio, escuchando religiosamente la Palabra de Dios y proclamándola confiadamente, hace suya la frase de san Juan, cuando dice: Os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó: lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros, y esta comunión nuestra sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1 Jn 1,23). Por tanto, siguiendo las huellas de los Concilios Tridentino y Vaticano I, se propone exponer la doctrina genuina sobre la divina revelación y sobre su transmisión para que todo el mundo, oyendo, crea el anuncio de la salvación; creyendo, espere, y esperando, ame...

La revelación es presentada en clave de relaciones existenciales: una perspectiva de comunión entre las personas divinas y los seres humanos.

Esta dimensión personalista es retomada enseguida al comienzo del capítulo primero:

En esta revelación, Dios invisible (Col 1,15; 1 Tim 1,17), movido de amor, habla a los hombres como a amigos (Éx 33, 11; Jn 15,14-15), trata con ellos (Bar 3,38) para invitarlos y recibirlos en su compañía (n. 2).

Todo el proceso de la revelación posee un origen que parte de la abundancia de amor –*ex abundantia caritatis suae*–, se desarrolla en clima de ofrecimiento a la amistad, de invitación amo-

²² G. Lafont, *La Constitution Dei Verbum et ses précédents conciliaires*: Nouvelle Revue Théologique 110 (1988) 57-73.

rosa, y tiene como fin la plena comunión en el amor. Tal es la perspectiva bíblica. Dios se revela para establecer una alianza de amor con su pueblo, que ya no pueda romperse. Es lo que repite –véase con cuánta frecuencia el Concilio no se cansa de insistir en esta perspectiva– más adelante, en nuestro número 21:

En los libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente (*occurrit peramanter*) al encuentro de sus hijos para conversar con ellos.

El Vaticano I afirmaba globalmente: «Dios se ha complacido en revelarse a sí mismo y los decretos eternos de su voluntad»²³. La *Dei Verbum* modifica estas expresiones y las precisa. No habla ya de decretos eternos, sino de *sacramentum* o misterio, el designio de salvación eterna a fin de incorporar a los hombres en la plenitud de su vida divina.

Este lenguaje trinitario, que se nutre de la Escritura, muestra la profundidad existencial, interpersonal de la Revelación. Ésta no es simplemente comunicación de verdades, sino que introduce en una comunión de amor de los hombres creyentes con Dios: ¡Todo un inimaginable misterio de familia!:

Quiso Dios, en su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (Ef 1,9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de su naturaleza divina (Ef 2,18; 2 Pe 1,4) (n. 2).

El carácter de comunión divino-humana se expresa también en la manera de acoger esta oferta de salvación. Una simple comparación con el Vaticano I lo esclarece. Así entendía éste la definición de fe:

Dependiendo el hombre totalmente de Dios como de su creador y señor, y estando la razón humana enteramente sujeta a la Verdad increada; cuando Dios revela, estamos obligados a prestarle por la fe plena obediencia de entendimiento y voluntad (1.789).

Este lenguaje de causalidad y de obligatoriedad desaparece. Hay un recurso a la Escritura. Se habla de *la obediencia de la fe*, que es una cita de Rm 1,5. La traducción española –tras cotejar

²³ Denzinger-Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de Rebus Fidei et Morum*, 3.004. Roma ²⁴1967, 588.

diversas versiones— no resulta satisfactoria: «Cuando Dios revela, el hombre tiene que someterse con la fe».

Habría que matizar con mayor precisión²⁴: «Al Dios que se revela, hay que dar la obediencia de la fe...».

A alguien que se revela, el hombre responde mediante una entrega total y libre: la fe. No se habla de acatamiento de verdades, sino de una donación y adhesión personal que involucra a todo el ser humano. Se trata de una comunicación entre personas. Del mismo Dios, de su exceso de amor y condescendencia, surgió la Revelación. Ésta culmina cuando alguien responde con su entrega personal y libre.

6. Eficacia de la Escritura

A manera de conclusión de este número 21, el Concilio señala los efectos de la Palabra de Dios:

Es tanta la fuerza y poder que radica en la Palabra de Dios, que es, en verdad, sustento y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: Pues la Palabra de Dios es viva y eficaz (Heb 4,12), puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados (Hch 20,32).

Estas imágenes resultan tradicionales y han aparecido diseminadas en diversas encíclicas. Por ejemplo en *Spiritus Paraclitus* se indica que en las páginas de la Escritura se encuentra el alimento del que se nutre la vida del espíritu en orden a la perfección²⁵.

La expresión «fuente pura y perenne de vida espiritual» se encuentra en *Divino Afflante Spiritu*²⁶. También los Padres de la Iglesia designaban a la Escritura con parecidas imágenes. «Pan del cielo, maná celeste», la llama san Jerónimo²⁷.

²⁴ En el texto latino se insiste en la iniciativa divina. La expresión va declinada en dativo: *Deo revelanti*.

²⁵ *Enchiridium Biblicum*, 482. En J. Díez, *Enquirdion Biblico Bilingüe*, Segovia 1954, 278-279.

²⁶ *Enchiridium Biblicum*, 567. *Ibid.* 388-389.

²⁷ *Trac. De Ps. 147*; CC 78, 338.

Lo que sorprende en este texto del Concilio es su carácter acumulativo, la sobreabundancia de símbolos para insistir en la fuerza de la Escritura. Hay que reseñar la novedad de que hasta ahora ningún documento del Magisterio había recalcado con tanto énfasis la eficacia de la Palabra de Dios.

Comienza con una nota exclamativa, que se convierte en gozosa admiración: ¡Es tanta! Vienen a continuación cinco cualidades que brotan como cinco potentes rayos del sol soberano de la Palabra de Dios: sustento, vigor, fortaleza de la fe, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual.

Para caer en la cuenta del valor de esta eficacia, hay que recordar que en las encíclicas anteriores la Palabra era considerada como un bien de la Iglesia, pero pasivo. Se la veía como algo que era preciso proteger, custodiar o explicar. *Divino Afflante Spiritu* habla así:

Ese tesoro... que recibió sin mancha de mano de los Apóstoles, lo custodió con todo cuidado, lo defendió de toda interpretación falsa o perversa y lo empleó diligentemente en el ministerio de comunicar la salvación celeste, como atestiguan casi innumerables documentos de todas las edades.

Ahora cambia profundamente la perspectiva. Es la Escritura la que construye la Iglesia, desempeñando un papel activo. Se convierte en su sustento y vigor, fortaleza y alimento. Nutre y alimenta la fe de la Iglesia.

De aquí surge el tema de la eficacia de la Palabra de Dios. El Dios de nuestra revelación es un Dios que habla. Este rasgo le distingue de los otros dioses o ídolos, que «tienen boca y no hablan» (Sal 115,5). Nuestro Dios habla, y al hablar comunica y crea. Su palabra no decae en palabrería hueca, superflua perorata, *flatus vocis*. Palabra se dice en hebreo *dabar*, que significa comunicación y acontecimiento *verbum y res*. Posee función apelativa: llama e instaura relaciones personales; también constituye todo un acontecimiento eficaz: hace surgir la vida.

Contemplemos a grandes rasgos este dinamismo operativo de la Palabra divina.

Aparece ya al comienzo del Génesis. Al principio la tierra era un caos, una masa amorfa. Dios empieza a hablar y convierte el caos

en cosmos, lo oscuro en luz. El impenetrable *tohu wa abohu* se muda en tierra habitable, un edén para el hombre y la mujer.

«Dijo Dios, sea la luz; y la luz fue hecha...» (1,3). La expresión «Dijo Dios y fue hecho» se convierte en *ritornello* o cadencia de todo el relato. Dios habla, y, al hablar, va creando el firmamento, la vegetación y las plantas, los luceros... Su palabra llama a la existencia y a la fecundidad de la vida: «creced y multiplicaos» (1,22).

Es un axioma de la Biblia reconocer la eficacia creadora y salvadora de la Palabra. Así podemos recoger algunos textos iluminadores. Son pasajes en donde el pueblo es invitado a confesar la fe en la palabra todopoderosa de su Dios:

- Reconoced con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma que, de todas las promesas que el Señor vuestro Dios había hecho en vuestro favor, no ha fallado ni una sola: todas se han cumplido. Ni una sola ha fallado (Jos 23,14).

- No es Dios un hombre para mentir, ni hijo de hombre para volverse atrás. ¿Es que él dice y no hace, habla y no lo cumple? (Nm 23,19).

- Que te sirvan todas las criaturas, pues hablaste y fueron hechas (Jdt 16,14).

- A una orden suya se hace todo lo que desea y no hay quien pueda resistir su salvación (Eclo 39,17).

Recordamos los dos selectos pasajes de la Sagrada Escritura, que cita la *Dei Verbum*, en donde se patentiza la extraordinaria fuerza de la Palabra de Dios. Uno pertenece a Isaías 40,8 (n. 26). Otro es de la carta a los Hebreos 4,12 (n. 21).

Nos concentramos en este fragmento que abre el libro de la Consolación (Isaías 40-55). El segundo Isaías se convierte en un himno gozoso a la fuerza de la Palabra de Dios. Inicia y acaba así: cantando la fuerza de la Palabra.

He aquí su comienzo. Frente a la fugacidad de la carne o la debilidad humana, comparada a la flor del campo, se alza impeccedera la fuerza de la Palabra.

Toda carne es hierba
y todo su esplendor como flor del campo...

La hierba se seca, la flor se marchita,
pero la Palabra de nuestro Dios
permanece para siempre (Is 40,8).

Espigamos de este libro de Isaías II los pasajes que refieren la tremenda fuerza que despliega Palabra.

La Palabra de Dios nombra y, al nombrar, elige y toma posesión. Llama y comunica eficacia a la palabra del profeta:

- No temas, que te he redimido,
te he llamado por tu nombre, tú eres mío (43,1).
- El Señor me llamó desde el vientre de mi madre,
en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre.
Hizo de mi boca una espada afilada (49,1-2).

La Palabra de Dios cumple cuanto dice, no tiene marcha atrás, ejecuta la palabra del profeta:

- Pero realiza la palabra de sus siervos,
cumple el proyecto de sus mensajeros (44,26).
- De mi boca sale una sentencia,
una palabra irrevocable (45,23).

Asistimos al colofón del libro con otro elogio a la Palabra. Se insiste en su fuerza transformadora, considerada desde una experiencia agrícola fácilmente captada y probada por cualquiera. El agua inicia el ciclo de la vida. Gracias a la lluvia del cielo, la tierra sedienta queda empapada y se torna fecunda; hace germinar toda semilla a fin de que produzca alimento y pan. He aquí el célebre texto:

Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi Palabra, la que salga de mi boca, que no volverá a mí vacía, sin que haya realizado mi voluntad y haya cumplido aquello a que la envié (Is 55,10-11).

La Palabra de Dios no es sólo un elemento racional, que nos permite conocer ideas o proyectos. No es únicamente una clave de nociones que hace posible entendernos. Es preciso recuperar esta otra inédita dimensión de la Palabra de Dios, quien, al hablar, crea y realiza algo nuevo. Su Palabra es origen de vida arrolladora: hace la creación, realiza la historia de la salvación.

7. La Escritura es un libro abierto para todos.

La lectio divina (n. 25)

El Concilio recomienda la lectura asidua de la Sagrada Escritura; exhorta a todos, sin distinción, a nutrirse de la Palabra de Dios. La Escritura, como la nueva Jerusalén, abre de par en par puertas, sin restricción de tiempo: día y noche, sin discriminación de personas, clero y fieles, para que todos encuentren en ella alimento de vida²⁸:

Es necesario, pues, que todos los clérigos, sobre todo los sacerdotes de Cristo y los demás que como los diáconos y catequistas se dedican legítimamente al ministerio de la palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte «predicador vacío y superfluo de la Palabra de Dios que no la escucha en su interior», puesto que debe comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la Sagrada Liturgia, las inmensas riquezas de la Palabra divina.

De igual forma el Santo Concilio exhorta con vehemencia a todos los cristianos en particular a los religiosos, a que aprendan «el sublime conocimiento de Jesucristo» (Flp 3,8), con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo. Acudan, pues, gustosamente, al mismo sagrado texto, ya por la Sagrada Liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya por la lectura espiritual, ya por instituciones aptas para ello, y por otros medios, que con la aprobación o el cuidado de los Pastores de la Iglesia se difunden ahora laudablemente por todas partes.

Hay que recordar la prehistoria de este texto a fin de apreciar mejor el horizonte universal que despliega ante nosotros.

El esquema preconiliar contenía dos párrafos distintos, uno dedicado a la lectura de la Biblia por los sacerdotes, otro dirigido a los fieles. A los sacerdotes, con la mención explícita de 2 Tím 3,15-17 y con citas de algunos santos Padres (san Gregorio, san Jerónimo y san Agustín) se les recordaba la utilidad y necesidad de estudiar la Escritura.

²⁸ J. R. Scheifler, *La Palabra de Dios y la vida espiritual. A propósito de la Constitución Dei Verbum*: Manresa 38 (1966) 203-222.

Respecto a los fieles había una doble recomendación: por una parte se les animaba a acercarse cada vez más frecuentemente a la Escritura; pero, por otra parte, se les advertía sobre las dificultades que este acercamiento suponía, y se les inculcaba la necesidad de emplear traducciones sólidamente documentadas y comentadas según el Magisterio de la Iglesia. Casi había más cautela ante los riesgos y peligros de su lectura que directa exhortación a ella.

Por fin, ambos párrafos se fusionaron en uno solo. Y todos, sacerdotes y fieles, se sintieron miembros vivos de un único pueblo de Dios. Los padres conciliares expresaron con mayor intensidad la recomendación a todos los fieles, mediante la célebre expresión de san Jerónimo. También se recuerda el deber de los Pastores que no ha de limitarse sólo a la aprobación formal de las traducciones y subsidios bíblicos, sino que debe suscitarlos y acompañarlos dándoles apoyo con ánimo perseverante.

Se añadió un período íntegro, citando algunas palabras de san Ambrosio, sobre la necesidad de la oración. «El párrafo, en su forma definitiva, ha asumido un tono altamente positivo y un carácter de plenitud y puede ser justamente considerado como la carta magna de la lectura bíblica en la Iglesia de nuestro tiempo»²⁹.

El Concilio insiste –la palabra empleada es *instat*– en la necesidad de un contacto continuo con la Escritura –*in Scripturis haerere necesse est*– y en la manera en que debe realizarse: por medio de una lectura asidua y sagrada –la expresión *sacra lectione* indica según los Padres la meditación creyente de la Escritura– y un estudio diligente, *accurato*.

El Concilio recomienda una lectura de la Biblia caracterizada con estas notas:

- que se convierta en estudio diligente que busca la aplicación a la vida,
- que sea meditación atenta y creyente,
- que sea hecha cada día.

²⁹ Carlo M^a Martini, *La Parola di Dio alle origini della Chiesa*, Roma 1980, 26.

Esta exhortación no se resuelve con una lectura ocasional, que se lleva a cabo de vez en cuando. Tampoco una lectura sobre algún artículo de teología, sino ejercitada sobre la misma Biblia. Tal urgencia e incluso necesidad es exigida porque el pastor debe nutrir al pueblo con alimento y no con vanas palabras; debe repartir las riquezas de la Palabra de Dios y no baratijas. La cita está tomada de san Agustín, quien pide la necesidad de una lectura meditada, en donde el predicador debe hacerse él mismo, en primer lugar, discípulo de la Palabra.

Una recomendación parecida se encuentra en el decreto sobre la vida y el ministerio de los Sacerdotes, respecto a su vida espiritual (*Presbiterorum Ordinis*, 18), y a su misión como ministro de la Palabra (*Presbiterorum Ordinis*, 13).

Este acercamiento a la Escritura no se limita a los ministros de la Palabra; se trata, más bien, de una exhortación viva y vehementemente *–vehementer peculiariterque–* para todos. Esta nota de apertura incondicional ha surgido sólo a partir de la tercera redacción. Tenía, sin embargo, sus precedentes. La encíclica de Benedicto XV se apoyaba en unas palabras de san Jerónimo:

De esta ley común (de estudiar la Escritura) no se excluye ni siquiera a las matronas o las vírgenes, como las discípulas de san Jerónimo³⁰.

El pueblo de Dios se acerca, por fin, a la Palabra de Dios. El magnífico logro del Concilio es que consigue que la Biblia se convierta ya en un libro abierto para todos. Venturosamente se cumplen las palabras de san Juan Crisóstomo, dirigidas a todos los laicos:

Algunos de vosotros dicen: yo no soy monje... Pero es aquí donde os equivocáis, porque creéis que la Escritura es sólo para los monjes, mientras es más necesaria todavía para vosotros, fieles, que estáis en medio del mundo³¹.

Y a los padres de familia los exhortaba:

³⁰ *Carta a Eustoquia, Paola y Marcela (Enchiridium Biblicum, 475. En J. Díaz, Enquiridion Biblico Bilingüe..., (272-273).*

³¹ *In Ev. Matth., 2, 5; PG 57, 30.*

Al volver a casa deberíais tomar la Escritura, y con vuestra mujer y vuestros hijos releer y repetir juntos la palabra escuchada en la Iglesia³².

Y añadiría:

Volved a casa y preparad dos mesas, una con los platos de la comida, la otra con los platos de la Escritura; el marido repite lo que ha sido leído en la Iglesia... haced de vuestra casa una iglesia³³.

Se destaca el objetivo de esta lectura bíblica: adquirir «la sublime ciencia de Jesucristo». No sólo se menciona en este pasaje. Preocupa al Concilio esta focalización y finalidad de la lectura bíblica. Por eso insiste, tal como ha hecho al final de los números 21 y 23. La feliz cita que compara la ignorancia de la Escritura con la ignorancia de Cristo es de san Jerónimo³⁴.

Se añade la necesidad de la oración: «Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se realice el diálogo entre Dios y el hombre»; porque a «Él hablamos cuando oramos, y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas». A la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre. De este diálogo ya se ha hablado anteriormente.

Aunque no aparece la expresión, acuñada con las mismas palabras de *lectio divina*, todo el párrafo habla ciertamente de ella. Hasta por cinco veces se menciona la *lectio* o lectura, referida de continuo a la Escritura, a la que acompañan algunos adjetivos que recalcan la actitud creyente del lector *sacra*, o *pia*³⁵.

De esta manera proclama esta exhortación a la lectura bíblica para todos:

- Han de adherirse a las Escrituras con una lectura asidua y sagrada, y diligente estudio «*assidua lectione sacra atque exquisito studio*».

³² *In Ev. Matth.*, 5, 1; PG 57, 55.

³³ *In Genesim*, 6, 2; PG 54, 607.

³⁴ *Comm. in Is.*, Prologus; PL 24, 17.

³⁵ El Concilio menciona explícitamente la expresión *lectio divina* en el Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros (*Presbiterorum Ordinis*): los presbíteros *deben alimentar su fe mediante la lectio divina* (n. 18). *Han de sacar primordialmente su ciencia de la lectio y de la meditatio de la Sagrada Escritura* (n. 19).

- Recomienda insistentemente a todos los fieles, especialmente a los religiosos, la lectura frecuente de la Escritura «*frequenti divinarum Scripturarum lectione*».
- Acudan de buena gana al texto mismo de la Palabra de Dios en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios, en la lectura espiritual, «*lectionem piam*».
- Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura «*Sacrae Scripturae lectionem*» debe acompañar la oración.

Aunque la designación técnica de *lectio divina* no aparece consignada, sí se encuentran una y otra vez señalados todos los elementos sustanciales y requerimientos que la componen: lectura de la Biblia, creyente, orante, estudio atento y aplicación a la vida.

Tercera Parte Balance y perspectivas

A los cuarenta años de la publicación de esta Constitución, podemos hacer un examen y preguntarnos: ¿Qué ha hecho la Iglesia después del Vaticano II?

Aplicamos la imagen de Jesús «todo árbol bueno da frutos buenos» (Mt 7,17) a los frutos que ha producido la Palabra de Dios tras el Concilio.

La indagación exhaustiva resulta demasiado espaciosa³⁶. Hay que señalar el enorme avance que ha supuesto la aparición de la Constitución *Dei Verbum*³⁷. Señalamos con brevedad sus logros.

³⁶ Resta aún por realizar una mejor profundización del lugar de la Palabra de Dios en la Iglesia, cuestión que ha experimentado notables avances, aunque sus frutos sean aún lentos. Así valora el teólogo dogmático S. Pié-Ninot la recepción de la *Dei Verbum* en la Iglesia: *Las cuatro constituciones del Concilio*: Estudios Eclesiásticos 81 (2006) 267-296. Cree que aún falta por desarrollarse el principio hermenéutico de la interpretación de la Biblia en el mismo Espíritu en que fue escrita (DV, 12) y que el estudio de la Escritura auspiciada como *el alma de la teología* no se muestra fehacientemente en los manuales de teología del posconcilio.

³⁷ Léase con provecho el número monográfico *Dei Verbum: ¿Cómo se comunica Dios con la humanidad? 40 años de un documento que sigue generando vida*: Misión 157 (2005). Contiene interesantes estudios sobre la tradición, el decálogo de la *Dei Verbum*, el canon, la inspiración, y algunas entrevistas respecto a la recepción de esta Constitución en el pueblo de Dios.

En nuestro ánimo no existe otra intención sino la de animarnos todos en la tarea emprendida.

Éste es el ponderado balance del biblista J. M. Sánchez Caro: «La constitución *Dei Verbum* ha respondido a muchas de las cuestiones que la teología y la vida de la Iglesia tenía planteadas sobre la revelación y la Sagrada Escritura... Cuarenta años son un pequeño lapso del tiempo... y, sin embargo, ya hay razones más que suficientes para dar gracias a Dios por el don que este concilio y este texto ha supuesto para la Iglesia de Dios»³⁸.

Hay que señalar el protagonismo que ha cobrado la Palabra en la celebración de la fe de la Iglesia. Preciso es mencionar, sobre todo, la liturgia de la Palabra en la Eucaristía; la proclamación de la Palabra en la celebración de todos los sacramentos, la oración de los salmos en las comunidades, un estilo bíblico en la predicación. Una señal visible de esta importancia es la presencia del ambón, expresión de la nueva impronta que realza la estima de la Iglesia hacia la Palabra.

Toda la Iglesia se siente fecundada por la riqueza viva de la Palabra. Podemos recordar un sucinto elenco: la renovación de la vida consagrada por la vuelta a las fuentes primigenias mediante una lectura carismática de la Palabra de Dios, tal como fue leída por los fundadores; la formación en los seminarios y la vida sacerdotal se encuentran ya sólidamente ancladas en la centralidad de la Palabra; los fieles se abren de manera creciente y con mayor ilusión a la Biblia.

Debemos festejar el clamoroso despertar, la auténtica eclosión de la Palabra de Dios en los países latinoamericanos, en África y Asia. La Biblia llega a todas las capas sociales. Se erige en la casa común que quiere albergar a todos los hijos de la Iglesia. Algunas personas han aprendido a leer, al contacto con la Biblia. Estos pueblos encuentran en su lectura la comunicación de Dios que les cala más profundamente y les toca el corazón, me-

³⁸ Así, de manera agradecida y altamente positiva, realiza su valoración final sobre la *Dei Verbum*. J. M. Sánchez Caro: *Cuarenta años de la Constitución Dei Verbum. Balance y perspectivas*, en *Concilio Vaticano II. 40 años después. IX Jornadas agustinianas* (Ed. I. González Marcos), Madrid 2006, 327.

dian­te el lenguaje sumamente expresivo de los sím­bolos y la narra­ción, cosa que no logran otras propues­tas dogmáti­cas.

Como sín­to­ma alentador de este resurgir bíbli­co, recordamos algunas palabras del Presidente de la Federación Bíbli­ca Católi­ca, al inicio del Congreso sobre la *Dei Verbum*, en el mensaje de saludo:

Han pasado exactamente 40 años de la emanación de la Constitución *Dei Verbum*. Con este título el Concilio Vaticano II ha resaltado la primacía de la Palabra de Dios y ha reentregado, si se me permite la expresión, la Biblia a todos los fieles. Los padres conciliares, muy conscientes de la centralidad de la Sagrada Escritura en la vida de los creyentes, insistieron para que todos los creyentes la escuchasen con frecuencia³⁹.

También en el campo de la interpretación y pastoral bíbli­ca se han dado notables avances⁴⁰. Ha habido un loable esfuerzo por parte de los exegetas católicos con el impulso de sus inmediatos predecesores y bajo la guía decisiva del Vaticano II. El trabajo continúa en los diferentes sectores, y ya nadie puede dudar del lugar de preeminencia que la Escritura vuelve a encontrar en el seno de toda la Iglesia⁴¹.

Podemos bosquejar los rasgos más característicos de la nueva exégesis tras el Vaticano II:

1º: Acceso a los textos originales. Es un privilegio de la exégesis contemporánea poder acudir a los textos bíblicos en las lenguas originales en que fueron redactados: hebreo, arameo y griego. Si la exégesis católica había perdido terreno en siglos pasados, sin duda lo ha recuperado después del Vaticano II.

2º: Aceptación pacífica del método histórico crítico y la aparición de nuevos métodos (estructuralismo, narratología).

³⁹ Vincenzo Paglia. En el mensaje de saludo con motivo del Congreso mundial en el 40 aniversario de la *Dei Verbum* (www.deiverbum2005.org).

⁴⁰ Tenemos en cuenta la obra monumental (más de 1.200 páginas) editada por R. Latourelle, *Vaticano II. Balance y perspectivas*, Salamanca 1989. Se incluyen las significativas aportaciones de algunos biblistas reconocidos: I. de la Potterie, M. Gilbert, J. Swetnam...

⁴¹ En este mismo volumen aparece un artículo de M. Gilbert que describe la recepción de la *Dei Verbum* en términos optimistas: *Expectativas e instancias en exégesis después del Vaticano II*, 221-234.

3º: Una exégesis que incluye su propia superación. Es maravilloso ver cómo la Iglesia acepta y promueve la investigación científica más rigurosa sobre la Sagrada Escritura.

4º: Retorno a la exégesis de los santos Padres, pues su interpretación bíblica era más integradora, eclesial y pastoral que la nuestra.

5º: Una exégesis más teológica. No se lee a Isaías o a Pablo como a Homero o Virgilio. La Biblia posee otra dimensión para el creyente: es Palabra de Dios. Sus textos sagrados son regla de fe. Es preciso mostrar la unidad de toda la Escritura.

6º: La Biblia y las culturas. La Biblia no es un reducto fosilizado ni obsoleto; es el libro de la humanidad, memoria viva y recordatorio para el diálogo y la comprensión. Es fermento transformante dentro de todas las civilizaciones actuales⁴⁰.

Conclusión

Finalizamos con el epílogo de la misma *Dei Verbum*, que señala la aspiración de la Iglesia.

Tres ideas se destacan, a modo de petición a Dios. Un triple deseo, aún no cuajado en la realidad de la vida. Una esperanza que es preciso operar y actuar.

1. Que la Palabra de Dios siga su despliegue glorioso, mediante la lectura y estudio de los libros sagrados. Recordamos, en este contexto, el pasaje de san Juan: «en la Palabra está la vida y la vida es la luz de los hombres» (Jn 1,3). Pide el Concilio que esta luz de la vida se difunda y brille *–currat et clarificetur–*. Como una marcha luminosa que irradia luz por doquier.

2. Que este tesoro colme la inquietud del corazón humano y lo llene *–magis magisque corda hominum impleat–*. Nos hemos detenido de manera adrede en subrayar la gran aportación del Concilio sobre la Palabra de Dios. Se trata, nada más y nada menos, que de un encuentro de amor, una conversación mantenida y un diálogo abierto entre Dios y la humanidad.

⁴² Respecto a la vida pastoral de la Iglesia, James Swetnam (*La Palabra de Dios y la teología pastoral en la Iglesia contemporánea*, 247-258) ofrece una panorámica sobre la situación, positiva y esperanzada, de la Biblia en Colombia, Filipinas, Kenia, Polonia, Estados Unidos, Nigeria, India, Brasil, Canadá y Francia.

3. El Concilio señala de nuevo el parangón de la Eucaristía y de la Palabra. Así empezaba este capítulo, y así termina, focalizado en la centralidad de la Eucaristía y de la Palabra.

Son los dos pies o pilares en donde se asienta la vida de Iglesia; los dos panes necesarios de los que tiene que alimentarse. También panes para repartir al pueblo hambriento: el pan de la Eucaristía y el pan de la Palabra.

La Constitución acaba con un acto de fe en la Palabra, cuya permanencia perdura para siempre.

Que de este modo, por la lectura y el estudio de los Libros Sagrados, la Palabra de Dios se difunda y resplandezca (2 Tes 3,1); y que el tesoro de la revelación encomendada a la Iglesia vaya llenando cada vez más el corazón de los hombres. Como la vida de la Iglesia recibe su incremento de la renovación constante del misterio Eucarístico, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de la acrecida veneración de la Palabra de Dios que permanece para siempre (Is 40,8; cf. 1 Pe 1,23-25).

Las consecuencias reales de esta veneración acrecentada por la Palabra están siendo realizadas por la Iglesia posconciliar. Afortunadamente la Biblia va empapando todas y cada una de las dimensiones de la vida católica: teología, liturgia, catequesis, espiritualidad...

¡Pocas doctrinas y directrices del Vaticano II se han mostrado tan fecundas como las emanadas de la Constitución *Dei Verbum*!

Acabamos con unas palabras del papa Benedicto XVI⁴³:

Agradecemos a Dios que en estos últimos tiempos, gracias también al impulso dado por la Constitución dogmática *Dei Verbum*, se ha revalorizado profundamente la importancia fundamental de la Palabra de Dios. A raíz de esto se ha producido en la vida de la Iglesia una renovación, sobre todo en la predicación, en la catequesis, en la teología, en la espiritualidad y en el mismo camino ecuménico. La Iglesia siempre tiene que renovarse y rejuvenecerse, y la Palabra de Dios, que nunca envejece ni se agota, es un medio privilegiado para este fin. Es efec-

⁴³ En el discurso de apertura al Congreso internacional sobre la *Dei Verbum* ya mencionado.

tivamente la Palabra de Dios la que, por medio del Espíritu, nos guía siempre de nuevo hacia la verdad completa (cf. Jn 16,13).

Entre los múltiples frutos de esta primavera bíblica quiero mencionar la difusión de la antigua práctica de la *lectio divina*, o «lectura espiritual» de la Sagrada Escritura.

Consiste en meditar ampliamente sobre un texto bíblico, leyéndolo y volviéndolo a leer, «rumiándolo» en cierto sentido como escriben los padres, y exprimiendo todo su «jugo» para que alimente la meditación y la contemplación y llegue a irrigar como la sabia la vida concreta. Como condición, la *lectio divina* requiere que la mente y el corazón estén iluminados por el Espíritu Santo, es decir, por el mismo Inspirador de las Escrituras, y ponerse, por tanto, en actitud de «religiosa escucha».

Conmemoramos los gozos y esperanzas de este gran regalo del Concilio Vaticano II y de la Constitución *Dei Verbum* para la Iglesia. Nos está permitido agradecer y festejar:

¡Una revelación, como la Biblia nos propone, cuyo origen y finalidad es el amor y que busca establecer una alianza de amor entre Dios y la humanidad, verdaderamente colma de legítima dicha el corazón de quienes así la acogen!

IV

Lectura de la Biblia en Cristo

La Biblia entera, que significa «libros» –casi una biblioteca, *ta Biblia*–, se concentra en un solo libro. Tantas palabras se resumen en una sola Palabra: Jesucristo. Todo en la Biblia habla de él: es el centro luminoso, que explica sus enigmas y satisface nuestras más hondas aspiraciones.

La lectura de la Biblia nos concede un encuentro vivo y personal con Cristo. Así lo señala el Concilio con apremiante recomendación. La Constitución *Dei Verbum* (25) exhorta con vehemencia e insistencia para que, «mediante la lectura asidua de las Escrituras, todos los fieles aprendan la ciencia suprema de Cristo» (Flp 3,8). Y ofrece como apoyo unas palabras de san Jerónimo, cuya citación completa es la siguiente:

Quien no conoce la Escritura, no conoce ni la potencia ni la sabiduría de Dios: el desconocimiento de la Escritura es desconocimiento de Cristo¹.

Tal es la suprema finalidad de toda lectura bíblica: conocer al Señor y participar de la plenitud de su vida divina-humana. Cuando leemos la Biblia, el mismo Jesús nos sale al encuentro. Sería necesario limpiar los ojos turbios y renovar el corazón endurecido, como los discípulos de Emaús.

Jesús se nos presenta en las páginas del evangelio. Quien lee, escucha al Señor. Él nos habla a cada uno, tal como hablaba an-

¹ San Jerónimo, *Com. Is. Prol.*; PL 24, 17.

taño por los paisajes de Galilea a la gente del pueblo. Habría que empezar postulando esta fe sencilla del pueblo que veía en Jesús a un profeta, investido del poder de su Palabra.

Con frecuencia el relato de los evangelios señala esta impresión que produce la fuerza de su Palabra. Jesús dice y ejecuta. Recordamos algunas escenas evocadoras.

Llega a Cafarnaúm y predica en la sinagoga. La gente queda asombrada porque enseña como quien tiene autoridad y no como los escribas (Mc 1,21-22).

Esta autoridad se muestra en que Jesús habla desde sí mismo, y no se limita a repetir los dichos de sus maestros como acostumbraban a reproducir los escribas. También se refleja en que su palabra es creadora y sana, genera vida. Aparece a continuación.

Jesús cura a un hombre poseído por un espíritu inmundo, le conmina: «Cállate y sal de él». Y, en efecto, sale de él al instante. Todos quedan pasmados y se preguntan unos a otros: «¿Qué es esto? Una enseñanza nueva, expuesta con autoridad. Manda hasta a los espíritus inmundo y le obedecen» (Mc 1,25-27). El mismo asombro invade a la gente que presencia el milagro de la curación sobre el paralítico (Mc 2,12).

Esta admiración conduce a una pregunta ulterior. De un asombro por la enseñanza se pasa al autor de tal doctrina; del pasmo ante «qué es esto», se preguntan por el sujeto: «quién habla así, quién es éste». Se está tocando la identidad de Jesús, la cuestión cristológica.

Los discípulos se encuentran estupefactos. En medio de la tempestad que amenaza naufragio, Jesús habla al viento y al mar. Emplea las mismas palabras que utilizó para la curación del hombre endemoniado: «Calla, enmudece». El viento se calma y adviene una gran bonanza. Entonces, los discípulos se preguntan. «¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?» (Mc 4,39-41). Jesús, siendo hombre, actúa con un poder que va más allá de los límites humanos.

El pueblo vislumbra la visita de Dios, tras el milagro de la resurrección del hijo de la viuda de Naín, a quien devuelve a la

vida con el poder de su palabra «Muchacho, a ti te lo digo: levántate». Y glorificaban a Dios diciendo: «un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo» (Lc 7,14-17).

Hasta la misma gente, despreciada por las autoridades del pueblo, y motejada como unos malditos, reconoce el prodigio de su Palabra. Durante la gran revelación pública en el templo de Jerusalén, unos alguaciles destacan el poder extraordinario de la misión reveladora de Jesús. No hay nadie como él en el mundo; ningún hombre habla como este hombre:

Los guardias volvieron donde los sumos sacerdotes y los fariseos. Éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? Respondieron los guardias: Jamás un hombre ha hablado como habla este hombre. Los fariseos les respondieron: ¿Vosotros también os habéis dejado embaucar? ¿Acaso ha creído en él algún magistrado o algún fariseo? Pero esa gente que no conoce la Ley son unos malditos (Jn 7,45-49).

Este asombro y reconocimiento nos lleva más lejos y a mayor profundidad: a creer en la Palabra de Jesús. La fe en su Palabra nos hace pasar de la muerte a la vida.

Recordamos el relato joánico de la curación del hijo de un funcionario real. Resulta en este punto altamente revelador:

Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verle, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose. Jesús le dijo: Si no veis signos y prodigios, no creéis. El funcionario insiste: Señor, baja antes de que se muera mi niño. Jesús le contesta: Anda, tu hijo vive. El hombre creyó en la Palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo estaba curado. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron: Hoy a la una lo dejó la fiebre. El padre cayó en la cuenta de que ésa era la hora cuando Jesús le había dicho: Tu hijo vive. Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea (Jn 4,46-53).

La Palabra de Jesús, pronunciada con absoluta autoridad, es creadora de vida. No dice, como debería ser en justa correspondencia al funcionario: «tu hijo se ha curado», sino «tu hijo vive» (v. 47). Hay un salto cualitativo en la narración. Según el evan-

gelio de san Juan, la Palabra de Jesús es vida que triunfa sobre la muerte, y prevalece sobre toda amenaza de muerte.

El relato joánico nos invita a creer, única y absolutamente, en la Palabra de Jesús. Pero debe ser una fe que necesita ser purificada; tiene que liberarse de las pruebas de los prodigios y de las atadura de los milagros. Tal exigencia se muestra a nivel textual.

Para nosotros, los lectores del evangelio, este relato es actual y modélico. Jesús nos salva «en la distancia». Está «ausente», pero se encuentra «presente» con su Palabra. Nuestra situación es del todo semejante al funcionario real. La era de los signos y de los milagros ha pasado. Incluso el mismo Señor lo reconoce y recomienda esta actitud, cuando dice a Tomás: «Dichosos los que crean sin haber visto» (Jn 20,29). La comunidad cristiana tiene siempre a disposición la Palabra poderosa de Jesús.

Cuando un hombre empieza a creer en la Palabra del Señor, él mismo constata maravillado el milagro de la nueva vida que en él se instaura, ya, en ese momento preciso de creer. El Señor no promete su vida para un futuro, no dice «curará» o «vivirá», sino «tu hijo vive». Tal es la honda experiencia del creyente. El que cree en la Palabra de Jesús posee ya la vida. Pasa de la muerte a la vida.

Cristo representa la culminación de toda la revelación bíblica. La Palabra de Dios consiste en él. Hallamos muchas frases en el Nuevo Testamento que nos hablan de Cristo, como recapitulador de la Biblia, llave que la abre, hermeneuta que la explica, sentido último de todas las profecías, cumplidor definitivo de todos los oráculos, y «remate *telos*» final hacia donde todos los versos de la Biblia se dirigen.

Jesús mismo declara el omnímodo poder de su Palabra:

El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán (Mc 13,31).

Apenas nos damos cuenta de la extraordinaria magnitud de este dicho. El cielo es –conforme a la cosmovisión bíblica– *raquia*, a saber, el «firmamento», lo que está firme y subsiste estable. El cielo no puede venirse abajo: es fijo e incommovible. Por otra parte, la tierra es la plataforma segura, en donde sucede el espectáculo cambiante de la vida o se representa el gran teatro del mundo. Así lo declara el Eclesiastés: «una generación va, otra

generación viene; pero la tierra permanece para siempre» (1,4). La tierra permanece como testigo duradero y mudo de todos los avatares de la historia. Por medio de una formulación hiperbólica (imposible resulta que el cielo y la tierra pasen y se hundan), Jesús recalca el valor imperecedero de su Palabra².

Este dicho no se limita únicamente al discurso escatológico, en donde se halla inserto, sino a todas las palabras de Jesús, que poseen un carácter irrevocable³. No sólo tiene poder sobre la creación y la naturaleza (nombrada en enumeración polar: cielo y tierra); su palabra engendra vida: «mis palabras son espíritu y son vida» (Jn 6,63).

Vamos a considerar a Cristo, misterio supremo de la Escritura, desde tres angulaciones. En primer lugar veremos cómo Cristo ilumina la Biblia o el libro de la vida (Apocalipsis). Después, nos acercaremos a Cristo, plenitud de la revelación, con un comentario a la Constitución *Dei Verbum*, que en su número cuatro trata admirablemente este tema monográfico. Por fin, contemplaremos a Cristo, Maestro que nos enseña a leer la Biblia, tal como aparece en su encuentro con los discípulos de Emaús.

Primera Parte Cristo ilumina la Biblia o El Libro de La Vida (Apocalipsis)

En el Nuevo Testamento existe una escena gráfica que muestra el dramatismo de la humanidad errante, sumida en llanto, porque nadie es capaz de explicarle el libro de la Biblia. También patentiza cómo Cristo consigue desentrañar este misterio, y cómo la humanidad regocijada alaba a Dios, porque el Señor nos ha abierto para siempre el libro de nuestra vida y de nuestro destino eterno. En él están escritos nuestros nombres. Y dichosos

² Este logion recalca el significado permanente de las palabras de Jesús. Así se expresa J. Gnilka, *El Evangelio según san Marcos*, Salamanca 1986, 241.

³ El comienzo del dicho *Mis palabras –hoi logoi moi–*, indica que se refiere a toda la revelación de Jesús. Véase S. Légasse, *L'évangile de Marc II*, París 1997, 823. Léase en provecho un profundo estudio a la «perennidad de las palabras de Jesús» (n. 31) de S. Villota, *Palabras sin ocaso. Función interpretativa de Mc 13,28-37 en el discurso escatológico de Marcos*, Estella 2006, 78-82.

son los inscritos en el libro de la vida del Cordero. Leamos el texto, acompañado de una sobria explicación:

Vi en la mano derecha del Sentado en el trono, un libro escrito por dentro y por fuera, y sellado con siete sellos. Y vi a un ángel poderoso, que pregonaba en alta voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y nadie, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro ni leerlo. Yo lloraba mucho, porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro ni de leerlo. Pero uno de los ancianos me dijo: Deja de llorar; pues ha vencido el león de la tribu de Judá, el retoño de David, y es capaz de abrir el libro y sus siete sellos. Y vi en medio del trono y de los cuatro vivientes y en medio de los ancianos, a un Cordero de pie, como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Se acercó para recibir el libro de la mano derecha del Sentado en el trono. Cuando recibió el libro, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero; tenían cítaras y copas de oro llenas de perfume, que son las oraciones de los santos. Y cantan un cántico nuevo:

«Eres digno de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado, y con tu sangre has adquirido para Dios, hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios reino y sacerdotes, y reinarán sobre la tierra».

Miré, y escuché la voz de muchos ángeles alrededor del trono, de los vivientes y de los ancianos: eran miles de miles, y miradas de miradas; y decían con voz potente:

«Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza».

Y escuché a todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra, bajo la tierra, en el mar —todo cuanto hay en ellos—, que decían:

«Al Sentado en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos».

Y los cuatro vivientes respondían:

«Amén».

Y los ancianos se postraron y adoraron (Ap 5,1-14).

1. La humanidad sin el libro de la vida anda errática, sumida en llanto

El capítulo cuatro del Apocalipsis se clausura con la visión del trono de Dios creador. Los siete espíritus aguardan en ardiente

vela. Todo está dispuesto para que la salvación se realice. Dios mismo toma la iniciativa. Del trono divino surge una mano (único detalle antropomórfico del «Sentado» en el trono). La mano está extendida en son de paz. ¿Quién aceptará esta oferta y establecerá un lazo entre Dios y los hombres?

En la mano hay un libro escrito —por fuera y por dentro, señala el texto—, todo él es elocuente; pero permanece hermético e ilegible, pues está sigilado con siete sellos. ¿Quién va a ser capaz de tomar el libro y leerlo?

Este libro se refiere a la historia de la humanidad escrita y sellada. ¿Quién va a ser capaz de darle un sentido, de convertirla no en crónica de un absurdo, sino en historia de salvación con desenlace feliz para todos?

No se encuentra a nadie. No se halla nadie ni en los cielos ni en la tierra, ni oculto debajo de la tierra que pueda leerlo e interpretarlo. La incapacidad es absoluta. La esperanza se muda en drama. Nadie es capaz de dar sentido a la humanidad, que deambula errática y sin rumbo.

Se trata del libro de nuestra historia. Resulta ilegible, de puro disparate; está garabateado como un desatino completo. ¿Quién puede atisbar, entre tanta sangre y violencia, algún sentido? El llanto, ante el nihilismo y cuantas desgracias sin cuento acontecen sin remedio, invade los ojos humanos. La desesperación anida en muchos corazones sin esperanza, marchitos.

Los autores existencialistas han hurgado en la tragedia de la humanidad sin horizontes. El hombre no es más que una pasión inútil (Sartre). No existe más problema que el suicidio (Camus).

Ante este absurdo vital, Juan comienza a llorar con amargura. «Yo lloraba mucho», confiesa el vidente. Él nos representa a todos nosotros, que andamos perdidos y extraviados como ovejas sin pastor.

2. Jesús lee el libro y lo interpreta para todos nosotros

Contemplamos la visión más emblemática de todo el libro. Juan, el vidente del Apocalipsis, ha labrado una obra de arte, como sólo a un auténtico artífice le es concedido expresar. En un solo verso logra una enorme concentración teológica.

Hay que saber leer el texto, no de manera material y burda (nuestra imagen de Cristo se convertiría, entonces, en estampa monstruosa y aberrante: ¿cómo imaginar gráficamente un cordero con hileras de siete cuernos y siete ojos en su cabeza, tal como lo ha pintado A. Durero?), sino simbólica y teológica. No existe en toda la Biblia un verso de tanta riqueza cristológica como éste. Es preciso ir descifrándolo, a manera de capas o estratos simbólicos. Volvemos a leer este prodigioso verso seis:

Y vi en medio del trono y de los cuatro vivientes y en medio de los ancianos, a un Cordero de pie, como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios enviados a toda la tierra.

Así se nos presenta Cristo, el Cordero, ante la mirada atónita de la asamblea cristiana, reunida en la liturgia:

- plerórico de dignidad divina –se ubica en medio del trono–;
- está muerto (o degollado; Ap 5,9.12; 13,8);
- resucitado (de pie; Ap 3,20; 14,1; 15,2-3);
- dotado de la plenitud del poderío mesiánico (siete cuernos; Núm 23,22; Dt 33,17; Sal 132,17; Ap 9,13; 13,11; Lc 1,69);
- y poseedor y dador –al mismo tiempo– del Espíritu Santo (siete ojos; Jr 5,1; 16,17; Ez 5,11; Am 8,1) que son los siete Espíritus de Dios enviados a toda la tierra.

Se nos impone la egregia figura de Cristo quien, mediante su muerte y resurrección, es investido con toda la autoridad divina y derrama sobre la tierra el don personal de su Espíritu, descrito –bajo el símbolo de sus siete ojos– como la mirada luminosa de su amor.

Por medio de su muerte y resurrección ha vencido al pecado y a la muerte; ahora está de pie pisotéandola; posee todo el poder y la gloria. Lleno de Espíritu lo efunde sobre la humanidad, para que ésta se sienta al fin mirada con los ojos infinitos de su amor eterno.

Con la plenitud de su misterio pascual da un sentido a la historia: es capaz de leer el libro. Éste ya no aparece como un inverosímil y fantástico cuento de las mil y una noche, ni como una triste tragedia griega, sino como una historia, con luces y sombras, que, invadida con la energía de su Espíritu, marcha con decisión hacia un desenlace dichoso para todos.

Cristo otorga sentido a cada una de las páginas que configuran este libro de la Biblia, abierto ya, de par en par, para toda la humanidad.

3. Respuesta gozosa de la humanidad.

**¡Tenemos ya un libro que nos descubre
nuestra vocación y destino de vida!**

Cristo es capaz de leer el libro e interpretarlo. Afirmar el Apocalipsis que el Cordero «se acercó para recibir el libro de la mano derecha del Sentado en el trono. Cuando recibió el libro, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero; tenían cítaras y copas de oro llenas de perfume, que son las oraciones de los santos. Y cantan un cántico nuevo» (5,7-9).

Ante tan magnífico acontecimiento, que comporta interpretar el libro y poder leer públicamente los designios de la historia y el despliegue de la salvación, la asamblea, hasta ahora quieta como el espejo de un lago sereno, se pone en movimiento, sacudida por una misteriosa piedra: la presencia redentora de Dios Trinidad, concentrada en el Cordero. Y comienza a agitarse o conmovirse en olas concéntricas o en las ondas de las distintas doxologías.

Estamos convidados a participar en esta aclamación festiva. Cristo ha conseguido con el precio de su amor, patente en su sangre derramada, rescatar a la humanidad, esclava del pecado y condenada a muerte. Le ha dado una suprema dignidad. Nos ha convertido en un pueblo de reyes y sacerdotes, para llegar a ser propiedad exclusiva para Dios (Ap 1,5; 1 Pe 2,9), y quedar así hechos su más preciosa heredad (Éx 19,6).

Debemos unirnos a las voces del cielo y dar gracias sin descanso a Dios con los vivientes y los ancianos, con los ángeles y con todas las criaturas. Nuestra alabanza a Dios no conoce límites; debe ser tan ancha como el mundo, tan honda como el abismo y tan alta como el cielo. Y, por fin (v. 14), caemos de rodillas adorando a Dios, y al Cordero que nos sigue mirando con ojos de amor, con el consuelo del Espíritu.

Los santos Padres comentan esta escena del Apocalipsis. Se refieren al papel que sólo Cristo puede desempeñar; únicamente él es exegeta e intérprete de la Escritura:

- Sólo el Cordero degollado, sólo el León resucitado puede abrir ese libro, porque él es el Libro que se abre a sí mismo⁴.
- Sólo Cristo puede dar la explicación de las Escrituras⁵.

Resulta estremecedor el testimonio que ofrece Jesús a los fariseos rebeldes, cuando les habla de las Escrituras:

Vosotros investigáis las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna, y ellas dan testimonio de mí. Y vosotros no queréis venir a mí para tener vida (Jn 5,39-40).

Nada vale la investigación –verbo *ereunan*, propio de la técnica del rabinismo–, si no conduce a Cristo. La Ley era para el judaísmo fuente de salvación. Pero esta Ley queda superada por la gracia y la verdad de Jesucristo (Jn 1,17). Para el evangelista, Jesús no sólo cumple algunas palabras de la Escritura (12,38; 13,18; 15,25; 17,12; 19,24.36), sino que toda la Escritura se refiere a Jesús (12,41), pues él es la verdad revelada, que nos da la vida y que se convierte en camino único hacia el Padre (14,6)⁶.

Cuando en un acto de fe leemos la Biblia, no leemos sólo palabras, sino que una presencia misteriosa y cercana al mismo tiempo nos sale al encuentro: es Jesucristo, el Señor de la Vida.

Los santos Padres lo han dicho con rotunda concisión:

- Cristo es el Evangelio⁷.
- Cristo es el Nuevo Testamento⁸.
- Lee todos los libros proféticos. Si no ves en ellos a Cristo, ¡qué insípidos y qué sin sentido los hallarás! En cambio, si ves allí a Cristo; no sólo saborearás lo que lees, sino que te embriagarás⁹.

⁴ San Bernardo, *In resurrectione Domini, Sermón I*, en *Obras Completas* 4, Madrid 1986, 80.

⁵ Hervé de Bourg-Dieu, *Commentaria in Isaiam*, VIII, LXII, 9; PL 181, 557.

⁶ Cf. R. Schnackenburg, *El Evangelio según san Juan II*, Barcelona 1980, 182-183.

⁷ Amalario de Metz, *De ecclesiasticis officiis*, 20; PL 105, 1.096.

⁸ Beda, *Quaestiones super libros Regum*, I, 1; PL 93, 431.

⁹ San Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, 9,3; en *Obras de san Agustín*, Madrid 1955, 273.

En Jesucristo la Biblia encuentra su profunda unidad, según la célebre afirmación de Hugo S. Victor:

Toda la divina Escritura constituye un único libro y este libro único es Cristo, porque toda la Escritura habla de Cristo y encuentra en Cristo su cumplimiento¹⁰.

De la mano de los Padres de la Iglesia, que nutrían diariamente su vida contemplativa con la *Lectio Divina* –la lectura de Dios– vemos cómo esta Palabra que resuena en el corazón necesita ser celebrada, no sólo en el corazón, sino en la comunidad... De hecho, los santos Padres insisten machaconamente en que la Biblia es Cristo, pues cada una de sus palabras nos conduce hacia Aquel que las pronunció y las llevó a la plenitud al tiempo que nos pone en su presencia¹¹.

San Jerónimo, con un atrevimiento rayano en la embriaguez que padecía por la Palabra de Dios, que le tenía enajenado, confiesa:

Yo creo que el Evangelio es el cuerpo de Cristo. Y aunque las palabras ‘quien no comiere mi carne y bebiere mi sangre’ pueden entenderse también del misterio de la Eucaristía, con todo, las Escrituras, la doctrina divina, son verdaderamente el cuerpo y la sangre de Cristo... Es nuestro deber conocer las mismas venas y carne de la Escritura¹².

P. Evdokimov comenta la lectura cristológica de los santos Padres con esta afirmación recapituladora:

Consumimos eucarísticamente la Palabra, misteriosamente partida, con miras a la comunión con Cristo... al leer la Biblia los Padres no leían los textos, sino a Cristo vivo, y Cristo les hablaba; consumían la Palabra como el pan y el vino eucarísticos, y la Palabra se ofrecía con la profundidad de Cristo¹³.

Nosotros tenemos lamentablemente una idea «libresca» de la Palabra de Dios. Antes de ser libro, es una presencia viva. Leer la Palabra significa, ante todo, rendirse a esta iniciativa de Cristo

¹⁰ *De arca Noe.*, II, 8; PL 17 6, 642C.

¹¹ L. Caram, *La mesa de la Palabra, en Eucaristía, fracción del pan, encuentro entre culturas* (B. Fernández-F. Prado, eds.), Madrid 2006, 152-153.

¹² San Jerónimo, *Trat in Marci Evang.*, 4; PL 30, 623.

¹³ P. Evdokimov, *La mujer y la salvación del mundo*, Salamanca 1980, 13.

que viene y nos salva. Es aceptar una Persona que quiere entrar en plena comunión con nosotros. El Evangelio es el mismo Jesucristo (cf. Mc 1,1; 8,38; 10,29).

Segunda Parte

Cristo es la plenitud de la revelación (*Dei Verbum*, 4)

El Concilio Vaticano II ha declarado el papel culminante de Cristo:

La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo mediador y plenitud de toda revelación (*Dei Verbum*, 2)¹⁴.

La presencia de Cristo nos permite contemplar desde una perspectiva cabal toda la revelación de Dios, que ha ido desplegándose como un perenne testimonio de él mismo mediante una continuada cadena de obras y palabras.

Ya desde el alba de la creación, incluso después de la caída de nuestros primeros padres (Gén 3,15), Dios nunca abandona la suerte de la humanidad, sino que la ha cuidado sin desfallecimiento. Llama a Abram para hacerlo padre de un gran pueblo (Gén 12,2-3). Lo sigue guiando durante la época de los patriarcas, crea un pueblo por medio de Moisés y la voz de los profetas. Así los fue conduciendo para que lo confesasen como al único Dios vivo y verdadero, Padre providente.

Toda esta prolongada secuencia de la acción misericordiosa de Dios ha sido preparación para conocer la luz del Evangelio. Antes Dios se comunicaba mediante una serie de testimonios fragmentarios y voces de diversos mensajeros; ahora habla por la voz del Hijo, plenitud y cumbre de la revelación.

En este contexto, podemos leer íntegro el número cuatro de la *Dei Verbum*:

Después que Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los profetas, ahora, en estos días, nos ha hablado por su

¹⁴ Cita expresamente la Constitución *Dei Verbum* el texto del evangelio de san Juan 1,14, que analizaremos más adelante.

Hijo (Heb 1,1-2). Pues envió a su Hijo, la Palabra eterna, que ilumina a todo hombre, para que viviera entre ellos y les conlara la intimidad de Dios (Jn 1,18). Jesucristo, Palabra hecha carne, hombre enviado a los hombres, «habla palabras de Dios» (Jn 3,4) y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió (Jn 10,5.36; 17,4). Quien ve a Jesucristo, ve al Padre (cf. Jn 10,49). Él, con su total presencia y manifestación, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos; finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, lleva a plenitud toda la revelación y confirma con el testimonio divino que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna. La economía cristiana, por tanto, como alianza nueva y definitiva, nunca cesará, y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. 1 Tim 6,14; Tit 2,13) (*Dei Verbum*, 4).

¡No podemos sino encomiar la grandeza cristológica de este texto!¹⁵ Entresacamos las ideas más fecundas.

Toda la revelación de Dios se realiza en Jesucristo; es el vértice de la economía salvífica. La función reveladora de Cristo se fundamenta en su cualidad de Hijo de Dios y Palabra de Dios en la intimidad de la santísima Trinidad. Por tanto, dado que Cristo es el Hijo del Padre y la Palabra eterna hecha carne, la revelación encuentra en él su culmen *complendo* y perfección *perficit*.

La encarnación es la epifanía de Dios entre nosotros. Jesucristo, Palabra de Dios hecha carne, habla las palabras de Dios. Las acciones de Jesús son acciones de Dios en forma humana. Cristo revela al Padre mediante todos los canales y mediaciones de la encarnación. No sólo con las palabras, sino con sus actos, gestos y actitudes. No existe en él ningún pliegue de velo inextricable ni resquicio oculto a su revelación.

En el misterio de la cruz Jesús ha pronunciado su palabra definitiva de entrega y amor por toda la humanidad, en nombre del Padre. Y éste le ha resucitado de entre los muertos.

¹⁵ Cf. B. D. Dupuy, *Lignes de force de la Constitution Dei Verbum: Irenikon* 43 (1970) 729-730. Citamos de manera especial a H. de Lubac, *La Révélation divine*, París 2006, 110-138. Con amplia bibliografía.

El Concilio presenta a Cristo como el supremo revelador. Las palabras que pronuncia y los actos que realiza emanan siempre de su centro personal de ser Hijo y Palabra eterna de Dios. No son algo externo o secundario. En Cristo encuentra cumplimiento la entera revelación de Dios (cf. *Dei Verbum*, 7). En él Dios ha dicho todas sus palabras. El Nuevo Testamento es «nuevo y definitivo».

Tal es la doctrina del Vaticano II. Pero esta enseñanza debe ser explicada desde la Palabra de Dios, que el Concilio nos propone: Carta a los Hebreos 1,1-2 y Evangelio de san Juan 1,18.

Con cuánto acierto el Concilio cita la carta a los Hebreos y la obra de san Juan. En efecto, esta carta y los escritos de san Juan son, entre toda la producción del Nuevo Testamento, «los que nos hacen comprender mejor que Jesucristo es la cumbre y la llave de toda la Biblia, y que su vida terrestre es el acontecimiento central y determinante de la historia de la salvación y de la historia del mundo»¹⁶.

Los dos prólogos literarios de la carta a los Hebreos y de san Juan «constituyen los dos textos cristológicos más importantes del Nuevo Testamento»¹⁷.

1. Carta a los Hebreos 1,1-2

Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos (Heb 1,1-2).

El designio de Dios sobre la humanidad incluía una serie de tiempos privilegiados «*kairoi*» que iban a culminar en un Tiempo único «*kairos*», que es Jesucristo. Al fin Dios ha hablado por medio de su Hijo.

La antigua revelación fue fragmentaria, «plural», «policromada» –*polymeros, polytropos*–. Al contrario, la revelación, realizada por el Hijo, es definitiva y plena, acontecimiento perfecto, even-

¹⁶ O. Cullmann, *Le Nouveau Testament*, París 1966, 89.

¹⁷ C. Spicq, *L'Épître aux Hébreux II*, París 1953, 117.

to redondo. Ya no se encuentra la humanidad bajo el régimen de la Ley, sino del Evangelio.

La epístola hace notar el contraste e incluso la oposición entre los profetas y el Hijo. Rememora la parábola evangélica de los viñadores homicidas (Mc 12,1-12). El envío del heredero, ilustrado con las palabras del dueño, manifiesta la grandeza de la revelación de Jesucristo. Sólo él cumple una «alianza eterna» (Heb 13,20).

El pasaje insiste sobre la caducidad de la primera revelación, y la perennidad de la definitiva que trae Jesucristo en persona¹⁸.

Toda la Escritura es un reclamo hacia Cristo; él es verdaderamente la exégesis de toda la Biblia. Él sólo la explica y, explicándola, se explica a sí mismo¹⁹.

Él cumple las Escrituras y desvela el misterio. Es al mismo tiempo el mensaje y el mensajero del Padre, el Revelador y la Revelación. Sin Jesucristo, el vínculo de la Palabra de Dios se fragmenta en palabras humanas que no encontrarán nunca una unidad de sentido. Él alberga, en su intimidad de Hijo y de Palabra eterna, todas las palabras pronunciadas por los profetas, a las que supera y trasciende cumpliéndolas en él.

Por eso, los santos Padres le denominan el «*Verbum abbreviatum*», «*Verbum coadunatum*». En Cristo los *verba multa* de los escritos bíblicos se convierten en *Verbum unum*²⁰.

Se lee en un sacramentario de la Iglesia de Lyon en el siglo XI, con motivo del día de la Anunciación: «*Omnem scripturae universitatem, omne verbum suum Deus in utero virginis coadunavit*»²¹.

Pero nadie mejor –ni más hermosamente– que san Juan de la Cruz ha mostrado el carácter esencialmente cristológico de la revelación divina. Hasta el mismo Dios se queda sin palabras, mudo. Ya no tiene nada que revelar ni añadir, pues cuanto debía

¹⁸ Excelente y casi exhaustivo comentario, a pesar del tiempo transcurrido, en C. Spicq, *Épître aux Hébreux II*, París 1953, 2-6.

¹⁹ H. de Lubac, *Exegèse médiévale III*, 326-331.

²⁰ La tradición patristica abunda en esta idea. Véase amplia muestra en H. de Lubac, *La Révélation divine*, París 2006, 112-113. En especial Ruperto de Deutz, *In Joannem*, Liv 7; PL 169, 494D.

²¹ Citado por H. de Lubac, *o.c.*, 113.

decir, lo ha dicho y con creces en su Hijo. Merece la pena transcribir su testimonio, al comentar el santo poeta el pasaje de la carta a los Hebreos:

Lo que antiguamente habló Dios en los profetas a nuestros padres de muchos modos y de muchas maneras, ahora a la postre, en estos días nos lo ha hablado en el Hijo todo de una vez (Heb 1,1-2). En lo cual nos da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en él todo, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiere preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera, diciendo: «Si tengo ya habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué te puedo yo ahora responder o revelar más que eso? Pon los ojos sólo en él, porque en él lo tengo dicho todo y revelado... porque él es toda mi locución y respuesta y es toda mi visión y toda mi revelación. Lo cual os he ya hablado, respondido, manifestado y revelado, dándooslo por Hermano, Compañero y Maestro, Precio y Premio... Oídle a él, porque ya no tengo de más fe que revelar ni más cosas que manifestar»²².

El otro texto, que el Concilio cita, pertenece al evangelio de san Juan. Merece la pena detenerse en él, debido a su ingente riqueza cristológica y reveladora:

2. Evangelio de san Juan 1,18

A Dios nadie lo ha visto nunca, el Hijo único que está en regazo del Padre, (lo) ha contado (Jn 1,18).

El evangelista, como exponente de una tradición sapiencial, habla de la incapacidad humana para ver a Dios. Contemplar a Dios constituye la aspiración más honda del creyente de todos los tiempos. Este deseo ardiente tenía que esperar a la otra vida para ser cumplido. De alguna manera se realizaba en el culto. En el Templo, donde reposaba la gloria divina, podía mediante la fe calmarse, que no saciarse, tan profunda ansia.

²² *Subida al Monte Carmelo*, L. II, 22, nn. 4.5.

Pero el texto de san Juan no habla de un encuentro cultural, sino de una realidad inmediata y viva. La Biblia resalta dicha imposibilidad. El hombre es demasiado pecador para poder contemplar la santidad de Dios, sus ojos demasiado turbios para atreverse con tanta claridad.

Isaías se siente extraviado por haber visto en el templo a Dios y grita: «¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y en medio de un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahveh Sebaot han visto mis ojos» (Is 6,3-5).

El pasaje de Juan parece aludir a la experiencia de Moisés y a su imposibilidad de ver a Dios. Moisés no puede ver a Dios, sino su espalda (cf. Éx 33,18-23).

La revelación de Jesús no sólo es superior a la del Antiguo Testamento, sino que es absolutamente original, porque ha sido hecha por el Hijo Unigénito, el único que tiene conocimiento directo del Padre. Sólo él, que ha descendido del regazo del Padre al mundo, podía revelar las cosas divinas por propia experiencia. Así lo declara el mismo Señor:

Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, y nadie conoce bien al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar (Mt 11,27).

El carácter absoluto y único de la revelación cristiana no podía afirmarse más claramente.

El verbo que emplea san Juan *exegésato* significa contar con detalle (cf. Mc 5,16; 9,9), pero de manera curiosa carece de complemento de objeto. Esto significa que el Hijo es, en sí mismo, la exégesis del Padre, sin ningún intermediario. «Jesús pronuncia la Palabra reveladora, mientras que es al mismo tiempo la Palabra; el evangelista a continuación nos presentará no la doctrina de Jesús, sino su vida y su doctrina como una unidad»²³.

Jesús manifiesta al Padre con sus palabras y acciones; pero sobre todo él mismo es la manifestación del Padre. El Hijo único, que está dirigido hacia el seno del Padre, es la revelación. Todo el evangelio de san Juan será un desarrollo y explicitación de este

²³ R. Bultmann, *Das Evangelium des Johannes*, Gotinga 141956, 57.

verso 18: Jesús mostrará al Padre, lo hará conocer, lo revelará. El Hijo es el definitivo exegeta del Padre.

Hay que asombrarse de las maravillas del lenguaje con que el evangelista se esmera para indagar en el misterio de esta relación de Jesús con el Padre. Y, por ello, de tan honda revelación que realiza Jesús de Dios.

La expresión «estar en el regazo o seno» —el evangelista emplea la palabra *kolpos*— es frase cargada de intimidad y afecto. La Biblia utiliza la expresión «estar en el regazo de» al hablar de un niño en el seno de su madre (1 Re 3,20); de la esposa en el regazo de su marido (Dt 13,7; 28,54); del marido en el regazo de la mujer (Dt 28,56). Es el gesto peculiar del cariño de unos esposos, de una madre y de una nodriza (Rut 4,16; Is 49,22); de un amigo, en el lugar más honroso de la mesa: con el amigo (Jn 13,23).

La expresión, por tanto, recoge los más variados registros de afecto, para insistir en esa intimidad profunda y patente. Así se define la relación del Hijo unigénito con el Padre; está íntimamente unido al Padre, de tal modo que conoce por dentro todos los secretos del Padre; le son abiertos y diáfanos: «El Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él hace» (Jn 5,20); «El Padre está en mí y yo estoy en el Padre» (Jn 10,38).

Conviene señalar que aquí se dice «Padre» —*Patros*—. Jesús está orientado hacia el amor del Padre; en él se inclina y se reclina²⁴. Esto se explica muy bien si se refiere a Jesús histórico en su relación con el Padre, caracteriza la intimidad con su Padre: «El Hijo único está vuelto hacia el corazón del Padre».

Lo que había sorprendido al discípulo predilecto era el hecho de que Jesús hablase siempre del Padre: él era el enviado del Padre, venía de junto al Padre, hacía siempre la voluntad del Padre, decía sólo lo que había oído del Padre, estaba siempre en el Padre, volvía al Padre... Él, el Hijo, hablaba siempre del Padre; su pensamiento estaba siempre dirigido hacia el Padre. Tratando de resumir en una formulación bastante densa aquello que le había especialmente sorprendido en Jesús, Juan lo defi-

²⁴ La preposición *eis* indica una finalidad y al mismo tiempo una distancia que se trata de superar con esta aspiración del Hijo.

ne: La Palabra dirigida hacia Dios, el Hijo unigénito dirigido hacia el seno del Padre.

En el hombre Jesús, había captado el misterio de su persona: desde el nivel de la experiencia humana, se elevaba así hasta el plano trascendente de la vida en Dios. En el hombre Jesús había progresivamente descubierto la vida del Hijo de Dios, y lo que constituía su secreto: la relación con el Padre²⁵.

¿Cómo fue Jesús para nosotros la exégesis de Dios? ¿Cómo nos ha mostrado al Padre?: Mostrándose a sí mismo: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9). Así lo recordaba san Ireneo: «Agnitio enim Patris est Filii manifestatio»²⁶.

La existencia de Jesús representaba para los discípulos la misma revelación del misterio. Esta vida vivida en el seno del Padre, hecha de total intimidad, abandono y entrega, introducía a los discípulos en el misterio de su filiación. Todo él era Palabra eloquente, expresión suprema del Padre, su perfecta revelación.

Jesucristo es la Palabra hecha carne. El evangelio de san Juan presenta esta atrevida afirmación: «El Verbo se hizo carne» (1,14). El evangelio íntegro es un desarrollo a este hecho fundamental: El Verbo no ha aparecido, sino que se ha hecho carne. H. Urs von Balthasar ha escrito de manera certera: «El hombre Jesús, en su visibilidad, no es un signo que nos remitiría a un Cristo de la fe invisible, concepción que se tiñe de un catolicismo platonizante o, al contrario, de un protestantismo criticista. Aquel que, según los datos de la Biblia, es la imagen y la expresión de Dios, es el Hombre-Dios indivisible: hombre, en la medida en que Dios resplandece en él; Dios, en la medida en que él aparece en el hombre Jesús»²⁷.

Es Palabra eterna de Dios y, al mismo tiempo, presencia humana. «Hombre enviado a los hombres», tal como señala la Carta a Diognetes. Quien ve a Jesucristo ve al Padre, pero lo ve a través de la humanidad de Jesús. No sólo habla palabras trascendentes, sino que su misma humanidad es palabra reveladora.

²⁵ I. de la Potterie, *La verdad de Jesús. Estudios de cristología joannea*, Madrid 1979, 314.

²⁶ San Ireneo, *Adv. Haereses* IV, 6, 3.

²⁷ H. Urs von Balthasar, *La Gloria I, La Percepción y la forma*, Madrid 1985, 369.

Por eso, el evangelio de san Juan recalca tanto la humanidad de Jesús. «Toda representación de la encarnación que no ve en la humanidad de Jesús nada más que una vestidura de la que Dios se sirve para señalar su presencia elocuente, es una herejía»²⁸.

Presencializa la Shekiná o gloria de Dios encarnada. «En Jesucristo la temporalidad de la experiencia humana y la verdad eterna se unen»²⁹.

Ésta es una idea insistente entre los Padres de la Iglesia: «Nosotros no podríamos aprender las cosas de Dios, si nuestro Maestro, Palabra eterna, no se hubiese hecho carne»³⁰.

Su vida entera se convierte en exégesis divina. No existe en él nada opaco ni oscuro; todo él es luz sin sombras ni ocaso. Mediante el misterio de la encarnación dispó las sombras y las representaciones contenidas en la letra de la Ley y de los profetas³¹.

A través de su entrega a la pasión y la muerte «no sólo explicó, sino que llevó a cumplimiento el misterio de la redención humana, que permanecía sin explicar en los libros del Antiguo Testamento»³².

Con su resurrección ha quitado definitivamente la piedra de la entrada del sepulcro, a saber y de forma alegórica, el impedimento de la letra que ocultaba el sentido de las Escrituras³³.

Cristo no es solamente canal, sino fuente. Es la revelación definitiva. No hay que esperar otra. Sobre el evangelio vivo de Jesucristo, la Iglesia formula su confesión de fe, como hace el sábado de gloria incidiendo sobre el cirio pascual y proclamando que su Palabra permanece para siempre: «Jesucristo, ayer, hoy y siempre, por los siglos de los siglos» (Heb 13,8).

²⁸ K. Rahner, *Problèmes actuels de christologie*, París 1965, 30.

²⁹ H. Urs von Balthasar, *Dieu a parlé un langage d'homme*, en *Parole et Liturgie*, París 1958, 71.

³⁰ San Ireneo, *Adv. Haereses* V, 5, 1.

³¹ Euquerio, *Commentarii in libros Regum*, IV, 10; PL 212, 567.

³² Elinando, *Sermones, Sermón X: In ramis Palmarum*, III; PL 212, 567.

³³ Cf. Bruno de Segni, *Expositio in Psalmum* 73; PL 164, 982.

Tercera Parte

Cristo nos enseña a leer la Biblia

Jesús es el que nos hace entender la Palabra de Dios. Utilizando un método original, para nosotros afortunadamente bastante conocido: ¡la *lectio divina*!

A lo largo del relato de los cuatro evangelios se constata la dificultad que experimentaron los discípulos para comprender la Palabra de Jesús. Debido a tal grado de incapacidad, él mismo se encargaba de enseñar a los discípulos las Escrituras. Espigamos algunas muestras que dejamos tan sólo anotadas: Mt 11,10; 12,39-40; 13,14-15; Mc 7,5-7; Lc 4,17-21; Jn 5,39...

Nos concentramos en el tercer evangelio. Lucas refiere el segundo dicho de Jesús sobre la Pasión. El Maestro hace un subrayado pedagógico, una llamada a la atención: «Poned en vuestros oídos estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres» (Lc 9,44).

Pero los discípulos no saben escuchar ni comprender. El siguiente verso certifica la absoluta ininteligencia una y otra vez remachada, hasta multiplicada por cuatro. De cuatro maneras se recalca su incomprensión, pues los discípulos no entienden, un velo los tapa, no comprenden y, sobre todo, tienen miedo de preguntar. Mayor ignorancia que ésta no existe, porque representa la ceguera voluntaria de la que no se quiere salir: «Pero ellos no entendían lo que les decía; les estaba velado de modo que no lo comprendían y temían preguntarle acerca de este asunto» (Lc 9,45).

Puede hablarse de un bloqueo interior y de un rechazo a no entender. La incomprensión de los discípulos ante las palabras de Jesús persiste a pesar de las continuas instrucciones del Maestro, que se prolongan en el evangelio a lo largo de la célebre sección del camino (de los capítulos 9 al 18).

Ya hacia el final de la marcha, Jesús les anuncia la tercera predicción: «Tomando consigo a los Doce, les dijo: Mirad que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron sobre el Hijo del hombre; pues será entregado a los gentiles, y será objeto de burlas, insultado y escupido; y después de azotarle le matarán, y al tercer día resucitará» (Lc 18,31-33).

Pero la reacción de ignorancia sigue siendo la misma: «Ellos nada comprendieron; estas palabras les quedaban ocultas y no entendían lo que decía» (v. 34)

¿Quién sacará a los discípulos de Jesús de esta incapacidad?³² Es la misma situación de crisis que atraviesan los discípulos de Emaús. Comentamos este profundo relato, que trae Lucas en el centro del capítulo 24.

1. Cristo, Maestro y Guía de la Escritura

Jesús se hace el encontradizo, se acerca y pregunta. Los dos primeros versos (13-14) tienen la función literaria de una puesta en escena: sitúan a los personajes –dos de ellos–, describen la geografía –se van de Jerusalén–, e insinúan su semblanza interior –conversan con sentimiento de las cosas ocurridas–.

Hay un perceptible deje de ironía en Lucas, al poner en boca de Cleofás esta expresión de extrañeza: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén y no sabes las cosas que estos días han pasado?» (v. 17). Respondiendo al manifiesto interés de Jesús, Cleofás relata su confesión (19-24). Algo llama la atención en este breve credo: la construcción de un ritmo binario, que se mantiene de forma insistente. Se trata del fenómeno lingüístico-didáctico que puede designarse como la monotonía de la recitación. Pueden ser destacadas las pausas literarias, que van progresivamente ilustrando y ensamblando la noticia más completa sobre la persona de Jesús:

	hombre / profeta
JESÚS	poderoso en obras / y en palabras
NAZARENO:	delante de Dios / y de todo el pueblo
	nuestros sumos sacerdotes / y magistrados
	le condenaron a muerte / y le crucificaron.

Esta parte del relato parece detenerse en la tarde de la pasión –el viernes santo–, prescinde de los acontecimientos ocurridos

³⁴ Hacemos una lectura eclesial del texto. *Estas palabras* de Jesús aluden a la cruz, y engloban todas las crisis personales e institucionales, todos los desalientos y amarguras del discípulo, del evangelizador en su tarea de oyente y testigo de la Palabra. ¿Por qué Dios no viene en nuestra ayuda con su poder, por qué no vemos fruto en nuestra acción misionera, por qué la gente se muestra tibia e indiferente?

en la mañana del domingo. Pero un examen más atento descubre que el fragmento se encuentra entretejido con algunas palabras esenciales del *kerygma* apostólico: Jesús Nazareno (cf. Hch 2,22; 4,10)... profeta (cf. Lc 7,16; Hch 3,22; 7,37)... poderoso en obras y palabras (cf. Hch 2,22)... nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron (cf. Lc 24,7; Hch 2,36; 4,10).

Evidentemente tales alusiones refieren el recuerdo de unos acontecimientos, verificados hace poco tiempo; pero están faltos de la explícita designación de la resurrección, que da luz a todas las afirmaciones anteriores, transformándolas por entero. Sin embargo, sí aparece la mención del tercer día de la semana, que abre a la esperanza; mas los discípulos viven una ilusión marchita, y ya están, en el cabal sentido de la expresión, «de vuelta» y no sólo de Jerusalén.

Relatan algunas cosas inconexas, palabras de unas mujeres, la visión de los ángeles, mencionan a Pedro, que vio unas vendas en el sepulcro... Su parlamento, no obstante, carece de la fortaleza de una cadena de testimonios de fe, se convierte en la diluida despersonalización de unas cosas que no se creen.

Las noticias de las mujeres, que fueron al sepulcro, y sus palabras, se pierden en una serie de dichos interminables. Así sucede la cadencia sonora del relato, utilizando fielmente los mismos verbos del texto. Por tres veces consecutivas se hace alusión a un decir, cada vez con menos entereza y que al cabo se va apagando como la voz de algunos ángeles: Cleofás «dice» que unas mujeres han venido «diciendo» que vieron a algunos ángeles que «decían» que él estaba vivo... Pero la constatación rotunda se impone: a él no le vieron. Tan amarga decepción será superada sólo al final, cuando lo reconozcan presente en la fracción del pan. Ha dicho Cleofás que está vivo, pero con un rostro resignado, casi con pesadumbre; falta la convicción personal de la fe.

La enseñanza de Jesús es sencilla, pero muy eficaz. ¿Cómo va a cambiar Jesús el corazón torpe y endurecido de los discípulos? Jesús realiza en presencia de sus discípulos un ejercicio de *lectio divina*! Acude a la misma Palabra que ellos antes habían proclamado. Pero ahora no recurre a la mera repetición. Lee e in-

interpreta toda la Biblia entendida desde una clave única. Esa clave es él mismo.

La tristeza permanece hasta que Jesús les habla, abriéndoles el sentido de las Escrituras. Empieza con un reproche –como cuando en su vida histórica echaba en cara a sus discípulos su falta de fe, «su pequeña fe» designándoles con una palabra característica: *oligopistoi* (Mt 6,30; 8,26; 14,31; 16,8; Lc 12,28)–: «¡Oh insensatos y duros de corazón para creer...!» (v. 26). Les recuerda las Escrituras, mostrándoles que se cumplen perfectamente en su propia persona. Ya él había anunciado a los discípulos su destino, sin que lo comprendieran (Lc 9,22.44-45; 18,31-34). Los profetas también habían hablado de la muerte y sufrimiento de Cristo (cf. Lc 18,31), como él mismo les apunta (v. 26).

¡Recapitulamos! Jesús hace una *lectio divina* de las Escrituras a los dos discípulos. Cristo mismo se convierte en el hermeneuta de la Biblia:

Comenzando por Moisés y continuando por los profetas les fue enseñando, en todas las Escrituras, lo que se refería a él (27).

Se destaca el protagonismo de Jesús, acentuado en tres frases propias del evangelista:

- *Diermeneusen*: interpretación de raras cristiana del Antiguo Testamento.
- *En pasais tais graphais*: la Escritura es considerada como un todo.
- *Ta peri eautou*: se refiere a Cristo.

Jesús es el intérprete o hermeneuta –mediante el gráfico verbo *diermeneusen*–, explica las Escrituras desde él. Cristo mismo se erige en el punto de convergencia y de iluminación de toda la Biblia.

2. La culminación en la celebración de la Eucaristía

«Y sucedió que al sentarse a la mesa con ellos» (30a). Jesús ya no va a hablar, sólo realizará un gesto, a la vez familiar y solemne, que, paradójicamente, va a constituir, de una forma silenciosa la gran revelación.

Jesús se sienta con los discípulos a la mesa. Es la primera vez, que la acción de andar, tan dominante en el relato, cesa; los pro-

tagonistas ya no caminan, se detienen. Jesús permanece con los discípulos –tal como ellos querían–: se quedan juntos. Ya no es marchar codo a codo, sino un estar frente a frente. La fe se nutre no sólo de palabras, sino de la visión de una presencia cercana.

Se destaca la sobriedad del gesto de la comensalidad de Jesús. El evangelio describe minuciosamente –como a cámara lenta– cuanto Jesús hace. Toma el pan, lo bendice, lo parte y se lo va dando. Ciertamente algo habría de peculiar en aquel ademán de Jesús, por el cual los discípulos le reconocen al instante.

Es el gesto que hace Jesús, cuando parte el pan en el milagro de la multiplicación de los panes (Mc 6,41 par.) y en la celebración con sus discípulos de la última cena (1 Cor 11,24; Mc 14,22). Y que también realizará Pablo (Hch 20,11; 27,35). Partir el pan constituye el gesto característico de la cena; con ello se daba comienzo a la comida propiamente dicha. Por otra parte, esta expresión palestinese conoció pronto una amplitud semántica insospechada; se convirtió en el nombre –acaso el más antiguo–, que servía para designar habitualmente a la cena eucarística³⁵. La fracción del pan resulta, pues, el elemento desencadenante del todo el relato. Momento crucial, en donde los discípulos reconocen al Resucitado, caen en la cuenta del ardor de su corazón transformado, se reencuentran con ellos mismos y se deciden enseguida a levantarse y volver a Jerusalén.

En este aspecto cabe indicar que la historia de Emaús no narra una simple anécdota edificante; contiene una enseñanza teológica cuya explicación hay que desentrañar. Afirma que las Escrituras conducen a Cristo; son un testimonio fiable de que Jesús, muerto y resucitado, es el Mesías predicho por las antiguas profecías; otorgan la unidad de la obra divina y acercan al Señor. Pero esta palabra se plenifica con la Eucaristía, que se convierte en la gran señal de la resurrección, donde se reconoce a Jesús vivo y presente.

³⁵ La expresión *la fracción del pan* –*he klasis tou artou*, tal como viene descrita por los discípulos de Emaús en su vuelta a Jerusalén (24,35)– constituye, dentro del Nuevo Testamento, una expresión idiomática para nombrar la comida eucarística (Hch 2,42; cf. Hch 2,46; 20,7.11; 1 Cor 10,16). También se utiliza el verbo *partir el pan* (Mt 14,19; 15,36; 26,26; Mc 8,6.19; 14,22; Lc 22,19; 24,30; Hch 2,46; 20,7.11; 27,35), en referencia eucarística, en el contexto de la última cena o de la multiplicación de los panes.

Conforme a la lectura conjunta –relatos de la institución eucarística según los escritos evangélicos y de Pablo–, se impone la conclusión de que Lucas piensa en la Eucaristía; y quiere recordar a sus lectores cristianos, a través del relato de Emaús, la centralidad de la cena eucarística.

Hacemos nuestras las palabras, transidas del peso de la mejor tradición cristiana y patristica:

En Jesús toda la Escritura llega a ser audible, visible, palpable y, sobre todo, comestible. Todas las Escrituras se reúnen en las manos de Jesús como el pan de la Eucaristía. Por eso, el más grande misterio de la Iglesia, la Eucaristía, es a la vez Palabra y Pan. La Palabra por sí misma, dejada en su soledad, sería estéril, si no fuera acogida en la fe, celebrada en el misterio y vivida. La Escritura y la Eucaristía aparecen estrechamente asociadas, porque en el seno de la misma asamblea cristiana, durante la misma liturgia, se rompe el pan de la Palabra y se distribuye el cuerpo de Cristo. Ambos son objeto de la misma veneración. Escritura y Eucaristía constituyen el fondo del mismo misterio, porque en la una y en la otra es el mismo Logos de Dios quien viene hasta nosotros y nos eleva hacia él³⁶.

3. La presencia iluminadora del Espíritu Santo

La otra clave es espiritual o lectura desde el Espíritu. Los dos discípulos reconocen al final: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos explicaba las Escrituras?» (v. 32). Este fuego ahora apenas sentido, este caldearse el corazón está aludiendo en la intención de Lucas, al fuego del Espíritu Santo que bajará en Pentecostés.

Existen unos versos clave en el relato de Pentecostés (Hch 2): «A este Jesús Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos. Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís» (32-33).

Estos versos poseen un contenido especialmente cristológico. El evangelio de Lucas insiste en que el Espíritu Santo en Jesús no

³⁶ H. de Lubac, *Histoire et Esprit. L'Intelligence de l'Écriture d'après Origène*, París 1950, 355.

es una presencia temporal y limitada. Entre ambos se anuda una relación permanente. No sucede como en los profetas del Antiguo Testamento, sobre los que irrumpía de manera puntual.

Esta relación acontece desde el principio. En este punto puede hablarse de una semejanza entre la Iglesia y María, la madre de Jesús. María virgen ha sido madre porque ha sido fecundada por obra del Espíritu Santo: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que ha de nacer será santo y se llamará Hijo de Dios» (Lc 1,48).

Asimismo la Iglesia, reunida antes de Pentecostés –impotente, incapaz, atemorizada–, será Iglesia abierta y misionera, gracias a la fuerza del Espíritu con que es asistida en la efusión de Pentecostés.

Jesús es engendrado por el poder de lo alto o del Espíritu Santo. Queda plerórico en su bautismo. El evangelista Lucas lo explica: «Jesús, lleno –*pleres*– del Espíritu Santo, se volvió del Jordán y era conducido por él» (4,1). Con la fuerza del Espíritu realiza su vida pública y vence todos los obstáculos –el evangelio los registra con fidelidad–: supera al tentador (4,2-13); predica el año de gracia para el pueblo (4,18-20); echa demonios: «Pero si yo por el dedo de Dios expulso demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios» (11,20); cura y salva a la hemorroísa (cf. 8,45-47); se alegra en el designio de Dios, en su beneplácito: «En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños» (10,21-22).

El Espíritu Santo es la clave de su existencia. ¿Quién es Jesús?, podemos preguntar al evangelio. Y desde el evangelio respondemos al momento: El que vive lleno de Espíritu. Y porque está repleto, lo puede derramar. Este misterio de plenitud y donación acontecerá tras la glorificación de Jesús: «Y exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y ha derramado lo que vosotros veis y oís».

El Espíritu Santo no es una fuerza impersonal, un viento impetuoso, un fuego ciego, devorador. No es algo, sino Alguien; tiene un nombre personal: el Espíritu del Padre y de Jesús. Lu-

cas lo precisa en una formulación única en el Nuevo Testamento: «Estando cerca de Misia, intentaron dirigirse a Bitinia, pero no se lo consintió el Espíritu de Jesús» (Hch 16,7).

Los discípulos de Emaús comentan tras la aparición del Señor: «¿No ardía nuestro corazón –estaba en ascuas, caldeado– cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba –*dienóigen*: abría– las Escrituras?» (24,32).

Ese fuego, que desciende en Pentecostés, es el fuego del Espíritu Santo que infunde Cristo glorificado dentro del corazón, no sólo sobre aquellos dos discípulos, sino sobre toda la Iglesia. La primera actividad de Jesús glorificado es derramar el Espíritu Santo para que la Iglesia pueda entender los misterios ocultos en la Palabra de Dios³⁷.

4. Es Jesús mismo quien nos abre la inteligencia para entender las Escrituras

Se trata de ponerse dócilmente bajo influencia de Cristo. No es el hombre quien puede penetrar la Palabra de Dios, sino Cristo, presente en las Escrituras, quien conquista al hombre y le hace descubrir sus profundos secretos.

Jesús Resucitado se aparece a los discípulos (Lc 24,36-49). Les propone una serie de invitaciones a fin de que se cercioren de su presencia viva, en medio de ellos, como es el hecho de comer. Les asegura: «Soy yo, el mismo; mirad que un fantasma no tiene carne ni hueso como veis que yo tengo». Invita a que lo palpen... (cf. Lc 24,36-43).

Al fin, cuando tras esta secuencia inmensa de su infinita condescendencia no es suficiente, entonces Jesús concede la suprema gracia:

³⁷ *En la espiritualidad de hoy, la centralidad del Espíritu se relaciona con la centralidad de Jesucristo: tanto del Jesús histórico como del Cristo resucitado. La vida en el Espíritu debe expresarse en el seguimiento de Cristo, porque él es la Palabra encarnada, entregada en los evangelios, en donde resuena hoy la voz del Espíritu, y en la imitación de Jesús pobre, humilde, crucificado el Espíritu realiza la virtud resurrectionis, su acción carismática en la vida del cristiano* (Editorial: La Civiltà Cattolica, 3.166 –15 mayo 1982– 319).

Les abrió la inteligencia para que comprendieran las Escrituras (Lc 24,45).

En dos ocasiones más aparece esta mención misteriosa, característica del evangelista Lucas.

Cuando abre el corazón de Lidia para que acoja las palabras de Pablo en Filipos:

El Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo (Hch 16,14).

Y cuando se abren los ojos, hasta entonces cerrados, de los discípulos de Emaús:

Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron (24,31).

Si el Señor no nos abre nuestra inteligencia con el don de su Espíritu, si no cava una brecha en el corazón cerrado, si no horada una grieta de luz en los ojos ciegos, resulta inútil e infructuosa la lectura de la Biblia, por muy laboriosa, insistente y hasta terca que ésta pueda llegar a ser.

La Escritura por sí sola no conseguiría más que caldear el corazón (situación de los discípulos de Emaús); para abrirlo del todo (situación de los discípulos reunidos), se hace preciso un don que sólo el Resucitado puede otorgar. La Escritura conduce al Resucitado, pero sólo si el Resucitado abre la mente para comprender la Escritura. Es su Espíritu quien abre los ojos y el corazón del discípulo³⁸.

Jesús caldea los corazones, hace la *lectio divina*, presenta las Escrituras en clave cristológica y espiritual, de manera que quienes le escuchan entren en un dinamismo de fe. Conforta con su presencia, de tal manera que aquellos dos discípulos ya no quieren que se vaya.

Mas no olvidemos que aún no se ha llegado al acontecimiento central. El encuentro culmina en la celebración eucarística. Toda lectura bíblica debe llevar a la Eucaristía.

Esta *lectio divina*, impartida por el mismo Señor, hace que los dos discípulos retornen a Jerusalén, de donde se habían marcha-

³⁸ E. Manicardi, *La terza apparizione del Risorto nel vangelo secondo Luca*: Rivista di Teologia dell'Evangelizzazione 1 (1997), 19.

do, se integren en la comunidad eclesial y comuniquen a los apóstoles el encuentro con el Resucitado.

Cuarta Parte

El Resucitado nos envía a la misión

Los encuentros con el Señor son siempre misioneros. Cada una de las apariciones culmina en un envío misionero³⁹. Cristo resucitado hace despertar del letargo, enardece los corazones abatidos, unge de celo apostólico a los discípulos que dudan, sienten temor y cobardía. Los convierte en potentes altavoces y púlpitos valerosos.

Recordamos los encuentros del Resucitado con los discípulos, consignados en los cuatro evangelios:

- Jesús se acercó a ellos y les habló así: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 18-20).

- Y les dijo: Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea se condenará. Éstas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien. Con esto, el Señor Jesús, después de hablarles, fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios. Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos y confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban (Mc 16,15-20).

- Así está escrito: el Mesías tenía que morir y resucitar al tercer día y que en su nombre se predicara la conversión a todos los pueblos, la conversión para el perdón de los pecados, comenzando por Jerusalén (Lc 46-47).

³⁹ Lo ha subrayado con énfasis J. L. González Faus, *Acceso a Jesús*, Salamanca 1979, 127-128.

- Como el Padre me envió, así yo os envió. Dicho esto, sopló sobre ellos el Espíritu Santo (Jn 20,22).

Podemos extraer los rasgos fundamentales de estos encuentros del Resucitado:

La soberanía del Señor es la fuerza del misionero

La soberanía del Señor es el derecho que poseemos nosotros, sus enviados. Nuestra suprema razón de ser y hacer como misioneros se fundamenta en que no aspiramos a otra cosa sino a implantar su reinado en todo el mundo. Predicamos para que Jesús sea reconocido como Señor absoluto. Jesús es enaltecido por encima de todo principado y potencia. Él mismo lo reconoce: «se me ha dado toda potestad en el cielo y la tierra». Esta autoridad *–exousía–* significa la absoluta posibilidad de acción, propia de Dios, su dominio perfecto. Queremos los misioneros que el cielo y la tierra, la humanidad entera, reconozca esta autoridad total del Señor.

La misión es un mandato y exigencia que brota del Resucitado

No aparece, en absoluto, como un consejo, sino que asume forma de imperativo. No es una estrategia de la Iglesia, sino que brota del mismo señorío de Cristo: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes. Así os envió yo...». La misión es una consecuencia de la autoridad de Jesús: de él deriva absolutamente. Los evangelios subrayan esta procedencia.

Universalidad de la misión

La misión posee horizontes universales, es «para todo el mundo». Ya no está destinada la misión a Israel (como aconsejaba el mismo Jesús: «Id, más bien, a las ovejas perdidas de Israel» (Mt 10,5b-6); se extiende a todas las naciones, incluido Israel. Hacer discípulos es hacer comunidad cristiana, construir la Iglesia. No son las naciones las que llegan a ser discípulos, sino las personas que viven en las naciones. No manda cristianizar regímenes, sino hacer discípulos. «La pasión y la resurrección no bastan. Sin la evangelización de los pueblos paganos la misión asignada al Me-

sías quedaría incompleta y sería discutible el cumplimiento de los oráculos mesiánicos en Jesús»⁴⁰.

Contenido de la misión

Esta misión de hacer discípulos incluye la participación en una vida y la enseñanza de la Palabra del Evangelio. Se realiza mediante el bautismo, que es la inmersión en la misma vida de Dios, familia trinitaria. La enseñanza tiene como norma absoluta seguir los mandatos del mismo Jesús, el definitivo Maestro (Mt 23,8.10). A partir de ahora su Palabra llegará a los oídos de muchos mediante la palabra de sus enviados.

Jesús nos suplica la misión

Él mismo nos pide la misión. Aunque es Señor absoluto de cielo y tierra, la misión aparece como el misterio de una petición de Jesús. Hay latente un ruego. El Señor nos necesita para llevar a cabo su misión. Sin la presencia de los testigos, muchos se quedarán sin oír el mensaje de la salvación de Jesús. Los misioneros somos las manos y los pies, los labios obligatorios para que Jesús pueda ser reconocido como Señor de todos (Hch 10,36) y luz de todos los pueblos (Lc 2,32; Hch 13,47; 26,23).

Seguridad de su asistencia en nuestra dificultades

El Señor es *Emmanuel*: Dios con nosotros. Él despliega la virtualidad de su nombre: «Estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Infunde el Señor la certeza de su presencia en la comunidad. Pero se trata de una presencia dinámica, de ayuda para la misión universal de la salvación, que la Iglesia realiza en un contexto de sufrimiento y persecución hasta la muerte. Marcos habla de demonios, serpientes y venenos. Mateo, de torturas y muertes (24,5-14). En este contexto de suprema aflicción, los misioneros no se encuentran solos, dejados de la mano de Dios. Nunca desfallecerá su presencia (Mateo, Marcos). Ni la asistencia alentadora del Espíritu, que fortalece el testimonio de los misioneros (Lucas y Juan).

⁴⁰ J. Dupont, *La portée christologique de l'évangélisation des nations: Nouvelles Etudes sur les Actes des Apôtres*, París 1984, 57.

Todo encuentro con el Señor resucitado que nos habla en las Escrituras es misionero. Como es misionero el encuentro de Cristo con Saulo: «Has de ser testigo ante todos los hombres de lo que has visto y oído» (Hch 22,15). Como es asimismo el encuentro de Cristo con el vidente en Patmos, a quien convierte en testigo: «Escribe, pues, lo que has visto» (Ap 1,19). Como no puede dejar de ser misionero el encuentro del Resucitado con cualquier creyente, tal como aconteció con Francisco, en la pequeña iglesia de san Damían: «Ve, Francisco, repara mi casa que, como ves, está en ruinas».

Toda lectura creyente de la Biblia, en donde escuchamos la voz del Resucitado, desemboca en un envío misionero. Rompe los angostos límites del grupo humano que formamos en torno a la Palabra, nos hace comunidad cristiana abierta, nos convierte en Iglesia apostólica, empujada por el viento del Espíritu a la misión universal.

Conclusión

Cristo es el centro de toda la Biblia. Es preciso ir al centro y no quedarse en la periferia del texto sagrado, perdernos enredados en minucias y detalles exegéticos sin importancia. Porque Cristo nos revela al Padre, nos da el Espíritu Santo y nos hace sentirnos hermanos. Caemos en el error de pensar que hemos encontrado algún mensaje, si en nuestra lectura bíblica no está presente el nombre del Señor, o imaginar –algunos tratan de practicar una ética de altruismo– que podemos vivir en desprendimiento generoso sin conocer a Cristo ni invocarle.

No podemos saber nada de Dios, sino por su Hijo Jesucristo. Nada del Espíritu, sin Jesucristo que él personalmente nos da. Sólo él nos revela el corazón de Dios, como el de un Padre; sólo él nos concede gratuita y exuberantemente el consuelo supremo del Espíritu Santo.

No es preciso, pues, ir al centro vital de toda la Biblia. La misma Trinidad nos conduce a Cristo. Nadie puede venir a él si el Padre no lo atrae (Jn 6,44). El Espíritu nos lleva a la verdad completa, que es Cristo (Jn 16,13).

El objetivo de toda *lectio divina* consiste en entender esto: que en Jesucristo, el Hijo amado del Padre, somos hechos hijos, amados infinita y tiernamente por Dios nuestro Padre, con la fuerza desbordante del Espíritu; que somos constituidos, por tanto, en hermanos de nuestro hermano mayor, Jesucristo, y de una multitud de hermanos; que nuestro Señor no quiere de nosotros sino dos cosas: que entremos por la fe y el amor en esta vida trinitaria, y que la comuniquemos gozosamente al mundo por medio del anuncio del Evangelio:

Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo.

Te pido por aquellos que, por medio de su Palabra, crearán en mí (Jn 17,3.20).

Hay que arribar a esta experiencia personal de encuentro con Cristo. Decíamos al principio (con la *Dei Verbum*, 25) que la finalidad de la lectura de la Biblia es que todos los fieles aprendan la «ciencia suprema de Cristo» (Flp 3,8). He aquí el texto completo, que el Concilio cita:

Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo *-kekrinetai-* que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todo, y todo lo tengo por basura para ganar a Cristo (Flp 3,7-8).

Mediante la lectura bíblica, podemos experimentar ya aquella alegría, que es don del Resucitado: «Volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón y nadie os podrá quitar vuestra alegría» (Jn 16,22).

Cuando los discípulos se encuentran con el Señor experimentan esta alegría pascual: «Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor» (Jn 20,20). Esta alegría es fruto del Espíritu Santo (Gál 5,22). Consiste en la presencia en nosotros del Padre y del Hijo: «Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestra alegría sea completa» (1 Jn 1,4).

Lo ha dejado escrito muy bien san Agustín: «¿Qué gozo puede tener Cristo en nosotros sino en que él se digna gozarse con

nosotros? ¿En que consiste nuestro gozo perfecto sino en estar en comunión con él?»⁴¹.

Es la suprema finalidad de toda lectura bíblica. Cuando leemos la Biblia, el mismo Jesús nos sale al encuentro. Entonces podemos, al fin, conocerle –Pablo habla de *hyperballon* o un «super conocimiento»– y participar de la plenitud de su vida divina-humana: vivimos en él y él en nosotros. Ya somos Iglesia, semilla del Reino y lo proclamamos con valentía.

No es un programa ni una solución técnica lo que nos hace cambiar de mentalidad, pasar del cansancio y la decepción, del estar ya de vuelta de tantas cosas –como acontecía a los discípulos de Emaús– al entusiasmo misionero, a levantarnos y a dar testimonio de Jesús. Es un ejercicio de lectura, simple, sencillo, pero con el corazón caldeado y con una clave definitiva que es Jesús mismo. A este ejercicio se llama la *lectio divina*, que consiste en leer las Escrituras en apertura de fe, desde Cristo y desde el Espíritu Santo, que él nos concede.

Al final de esta insistente llamada a la acción misionera es necesario lanzar asimismo un reclamo a la paz profunda del corazón que acoge la Palabra. No es bueno confundir la misión con la superactividad desarreglada; ciertas «urgencias apostólicas» no acarrearán sino nerviosismo exacerbado, inestabilidad, desasosiego. Sólo la Palabra de Dios que cala hondamente en el corazón, y madura con la oración lenta y el discernimiento, puede darnos la fuerza luminosa para convertir nuestra acción en servicio eficaz que ayude a nuestros hermanos a la conversión. Desde aquí, desde un corazón inspirado por la Palabra de Dios, nace la energía para la actividad apostólica. Hemos de aprender del ejemplo de María. Ella se hace sierva de la Palabra: «Hágase en mí según tu palabra». Impulsada desde lo hondo de su ser o su corazón, en donde se encarna la Palabra, se levanta y se pone en camino, y va en ayuda solícita de su prima Isabel (cf. Lc 1,37-45).

Lo ha descrito con acierto Carlo M^a Martini: «Un cambio de mentalidad. La primera indicación operativa, que emerge de esta

⁴¹ *Tratados sobre el Evangelio de san Juan*, 83, 1; en *Obras de san Agustín*, Madrid 1957, 449.

meditación sobre la Palabra de Dios, es la de deponer la actitud del activismo precipitado, para asumir la actitud de la operosidad paciente y previsor. No debemos pretender que sea suficiente la programación de alguna feliz iniciativa pastoral para declarar resueltos los problemas y absueltos los compromisos que la Palabra de Dios propone a la comunidad cristiana»⁴².

⁴² *En el principio la Palabra*, Santa Fe de Bogotá ²1991, 76.

V

Lectura de la Biblia en el Espíritu Santo

El Espíritu es la fuerza de Dios que Jesucristo resucitado otorga a la Iglesia. Conviene recordar, al inicio del capítulo, este pasaje esclarecedor del metropolitano Ignatios de Lattaquié que fue leído en el Consejo ecuménico de las Iglesias, reunido en Upsala.

Nos adherimos de corazón a la presente declaración. Reconocemos y confesamos la primacía absoluta del Espíritu como principio vital de la Iglesia.

Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos,
Cristo se queda en el pasado,
el Evangelio es letra muerta,
la Iglesia no pasa de simple organización,
la autoridad se convierte en dominio,
la misión en propaganda,
el culto en evocación,
y el quehacer de los cristianos en una moral de esclavos.

Pero en el Espíritu Santo,
el cosmos se levanta y gime en la infancia del Reino,
Cristo ha resucitado,
el Evangelio aparece como potencia de vida,
la Iglesia como comunión trinitaria,
la autoridad es un servicio liberador,
la misión un Pentecostés,
la liturgia memorial y anticipación,
el hacer humano algo divino¹.

¹ Informe de Upsala 1968. Consejo Ecuménico de las Iglesias, Ginebra 1969, 297.

Leer la Escritura en el Espíritu Santo no es una exhortación que pueda merecidamente calificarse de oportuna y provechosa. Hemos de insistir con énfasis: no es un consejo de buenas intenciones, sino una exigencia del todo punto imprescindible. Un axioma indefectible. Es condición *sine qua non*.

Cada vez que un cristiano toma la Biblia entre sus manos y empieza a leer con fe, se actualiza el poder del Espíritu Santo. Acontece una verdadera encarnación de la Palabra.

Si no se lee la Biblia en el Espíritu, entonces –preciso es manifestarlo con claridad meridiana– no hay lectura cristiana; se sitúa al margen de las fecundas aguas del río de la vida de la Iglesia. El lector se verá desasistido y desamparado. En lugar de encontrar la luz, hallará un pasaje tedioso, de palabras vacías y frases ya gastadas, que no dicen nada nuevo. Será su lectura como paja que arrebatara el viento, un árbol sin raíces, seco (Sal 1,4).

El Evangelio relata que tras un largo y profundo sermón de Jesús –el más extenso que se recuerda en el Nuevo Testamento–, mantenido en la sinagoga de Cafarnaúm, muchos de sus discípulos se escandalizaron y desertaron: «estas palabras son duras, ¿quién puede aguantarlas?» (Jn 6,60).

Aquella situación no acaeció sólo entonces, se prolonga también en nuestro tiempo. Queremos conjurarla con el entusiasmo de Pedro, quien, en nombre de los Doce, menos en el de Judas, el traidor, confesó: «Señor, ¿adónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68).

Para que las palabras que leemos en la Sagrada Escritura no sean intolerables ni escandalosas, imposibles de aguantar y de soportar, para que descubramos en ellas la presencia de Jesús es menester la asistencia del Espíritu Santo. «Mis palabras son espíritu y vida» (Jn 6,63), había declarado el Señor. Porque el Espíritu las llena, pueden comunicar vida.

Como hemos podido constatar, con harta y dolorosa frecuencia, que esta primordial exigencia no es escuchada ni practicada en la vida del creyente, nos esmeramos en acentuar el protagonismo del Espíritu Santo en la lectura creyente de la Biblia.

Veremos, en primer lugar, el papel imprescindible del Espíritu en todo proceso de encarnación de la Palabra. Después, se-

guiremos las orientaciones del principio que nos propone el Concilio Vaticano II para que nuestra lectura sea fecunda: «leer e interpretar la Escritura en el mismo Espíritu en que fue escrita» (Dei Verbum, 12).

Primera Parte El Espíritu Santo en la encarnación de la Palabra

Es preciso subrayar que toda la mediación de la realidad salvífica de Cristo sólo se realiza mediante la acción del Espíritu Santo. Rememoremos los grandes hitos de esta encarnación y el papel esencial del Espíritu en cada uno de ellos.

1. La Palabra de Dios y el Espíritu. Relación íntima

La misma experiencia humana, que a todos nos asemeja, nos enseña tan estrecha relación. Cuando alguien habla, el aliento o el espíritu –la Biblia emplea la misma palabra: *ruah*– sale de su boca. Sin hálito no es posible emitir ninguna palabra. Hablar con otra persona es una opereación espiritual; se convierte en una respiración de nuestro espíritu. Nuestro espíritu y palabra se encuentran en íntima unión. No existe palabra sin espíritu. No hay *dabar* sin *ruah*².

Esta conexión aparece ya al comienzo del relato bíblico. Así refieren los dos primeros versos del Génesis: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, el espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas» (Gén 1,1-2).

El Espíritu preside todo el proceso de la creación; revolotea e incuba encima de la tierra informe y de las aguas inanimadas. Las palabras que el Señor fue pronunciando eran eficaces porque estaban acompañadas del Espíritu.

² Iluminadoras aportaciones en L. Alonso Shökel, *La Palabra Inspirada. La Biblia a la luz de la ciencia del lenguaje*, Madrid ³1986, 375-379.

Así aparece durante todo el arco de la historia de la salvación; la Palabra de Dios se halla dotada de capacidad, porque es «inspirada», llena de la vida del Espíritu. Posee absoluto poder de revelación y de creación³.

Existen numerosos textos que insisten en esta estrecha conexión, mediante el empleo insistente de los paralelismos:

La Palabra del Señor hizo el cielo; el aliento *-ruah-* de su boca sus ejércitos (Sal 33,6).

El espíritu del Señor habla por mí, su palabra está en mi lengua (2 Sm 23,2).

Lo ha mandado la boca del Señor, y su aliento *-ruah-* los ha reunido (Is 34,16).

El Espíritu promueve la comunicación para hablar, concede una lengua de iniciado, otorga la palabra a quienes están mudos y acobardados.

Esta asociación aparece egregiamente en Pentecostés: El Espíritu baja en forma de lenguas de fuego sobre aquellos discípulos reunidos con las puertas cerradas. El libro de los Hechos anota los efectos del Espíritu: «Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en diferentes lenguas, conforme el Espíritu les concedía expresarse» (Hch 2,4).

Este Espíritu ha iluminado y transformado a algunos hombres a fin de encarnar en palabras humanas la revelación divina. El Espíritu ha quemado con fuego sus lenguas y ha ungido sus manos para que pudieran plasmar los designios de Dios. La Palabra eterna de Dios se ha hecho palabra escrita, libros, Biblia, gracias a su presencia eficaz:

La Escritura, inspirada por Dios y escrita de una vez por siempre, nos transmite inmutablemente las palabras del mismo Dios; y en las palabras de los Apóstoles y los Profetas hace resonar la voz del Espíritu Santo (*Dei Verbum*, 21).

³ Ha estudiado detenidamente esta mutua relación A. Neher, *La esencia del profetismo*, Salamanca 1975, 77-102. Anota el autor (p. 97): *Ruah y dabar, el espíritu y la palabra son en la Biblia dos formas de revelación constantemente contemporáneas.*

2. La Palabra se hizo carne en María por obra del Espíritu Santo

El relato de la Anunciación refiere el decisivo encuentro entre María y el arcángel Gabriel. María es una mujer virgen; por tanto, desde la dimensión física, incapaz e impotente para tener descendencia. Así va a resplandecer aún más la potencia generadora de Dios. Pero no es una doncella ciega, que se anula en su humanidad, sino que discierne y colabora lealmente.

Ante el estupor de María, quien pregunta: «¿cómo será eso, puesto que no conozco varón?» (Lc 1,34), el enviado de Dios le asegura en nombre de quién y con qué poder ella va a concebir al Hijo de Dios:

El ángel le respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios. Dijo María: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra (Lc 1,34-38).

Todo acontecerá por obra del Espíritu, quien actuará en María y realizará este admirable milagro. Señala el texto de Lucas la participación del Espíritu Santo no con la función de habilitar a alguien para un conocimiento particular —don de profecía, de sabiduría, o de consejo...—, o para ejecutar una acción extraordinaria —despliegue de una fuerza fuera de lo normal, como en el caso de los jueces, Sansón...—. El Espíritu se revela como el poder creador de Dios que interviene activamente haciendo posible el nacimiento de una nueva vida (Gén 1,2).

El Espíritu Santo actúa como la potencia de Dios en su don primigenio de generar la vida y otorgar la fecundidad⁴. Lo que es imposible resultará posible. Nada es imposible para Dios que se manifiesta eficaz con su Espíritu Santo (cf. Lc 1,37).

El texto de Lucas emplea dos frases paralelas: «descenderá sobre ti y te cubrirá con su sombra». «Cubrir con su sombra» es el

⁴ Cf. J. A. Fitzmyer, *El Evangelio según Lucas II*, Madrid 1987, 123. La asociación del Espíritu y la fuerza es típica en los escritos lucanos: Lc 4,14; Hch 1,8; 6,8; 10,38.

verbo de la transfiguración (Lc 9,34). La nube es la señal de la presencia divina que reposaba sobre el Santuario (Éx 40,35.38; Nm 9,18). Lo mismo que Dios se manifestaba en el templo, por medio de una nube que lo impregnaba de su gloria, así el Espíritu Santo hará sombra sobre María, y la fecundará haciéndola madre.

Por eso, el que ha de nacer participará del ser y de la vida del mismo Dios: será santo y será Hijo de Dios. Su padre no es terreno, sino Dios, su verdadero Padre con quien va a mantener relaciones de muy estrecha intimidad y docilidad, tal como se manifestará claro en el evangelio de Lucas, desde el principio o la infancia –¿No sabíais que yo tenía que estar en la casa de mi Padre? (2,49)– hasta el final, en la hora de su muerte –Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (23,46)–.

La Iglesia confiesa este misterio de la encarnación de la Palabra que aconteció en María. Durante la proclamación del credo, «símbolo» de la fe cristiana, la comunidad congregada reza de forma unánime: «Y se hizo carne por obra del Espíritu Santo».

3. La *epiclesis* sobre el pan y el vino

Cristo, la Palabra de Dios, necesita el pan y el vino, alimentos humanos, para hacerse pan de vida y bebida de salvación. Éstos deben, a su vez, ser transustanciados. La transformación sustancial se realiza mediante la actuación del Espíritu Santo.

De manera fiel, la Iglesia que celebra la Eucaristía, suplica el poder del Espíritu, a fin de que se actualice este misterio de nuestra fe: que Cristo se haga presente en el pan y vino consagrados⁵.

Nos limitamos a recoger con fidelidad la formulación de las diversas *epiclesis* en nuestras anáforas eucarísticas para resaltar la intervención transformadora del Espíritu:

Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad; por eso te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu

⁵ Cf. V. Holzer, *La christologie trinitaire de l'eucharistie. Esquisse pour une épiclesse figurative*: La Maison-Dieu 210 (1992/2) 7-28.

Espíritu, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor... (II).

Por eso, Padre, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti, de manera que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro... (III).

Por eso, Padre, te rogamos que este mismo Espíritu santifique estas ofrendas, para que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor (IV).

Asimismo, en todas las nuevas plegarias eucarísticas, surgidas a partir del Concilio Vaticano II, siempre se destaca esta invocación al Espíritu:

Te rogamos, pues, Padre todopoderoso, que envíes tu Espíritu sobre este pan y este vino, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro.

Dios Padre escucha siempre la oración de la Iglesia de su Hijo que, en la *epiclesis* de la Eucaristía, expresa su fe en el poder del Espíritu. Como el fuego transforma en sí todo lo que toca, así el Espíritu Santo transforma en vida divina lo que se somete a su poder⁶.

Sin *epiclesis* no hay consagración; sin la invocación del Espíritu Santo, el pan seguiría siendo pan y el vino no dejaría de ser vino. No habría celebración de la santa Eucaristía. Con la presencia del Espíritu, el pan se cambia en pan de vida y el vino en bebida de salvación, Cuerpo y Sangre de nuestro Señor, el misterio central de nuestra fe.

San Juan Damasceno ha dejado constancia de este prodigio: «Por el poder del Espíritu tiene lugar la transformación del pan en el Cuerpo de Cristo»⁷.

Sin *epiclesis* la letra de la Biblia sigue siendo letra dormida, impotente, muda. Con el Espíritu, toda la Biblia se torna Palabra de Dios, pletórica y elocuente, capaz de donar vida a quien la lee con fe.

⁶ Cf. M. J. Poiré, *L'Esprit qui sanctifie les dons et l'Église*: La Maison-Dieu 201 (1995/1) 35-55; Ph. Rouillard, *L'épiclesse dans les prières eucharistiques*: Esprit et Vie 130 (2005) 8-12.

⁷ *De fide orthodoxa*, 13; PG 94, 1.139.

4. La Palabra se hace letra pequeña de revelación por el Espíritu Santo

La Palabra de Dios infinita y trascendente necesita la letra menuda, frágil y humana, para encarnarse y ser instrumento de salvación. Esta letra débil es vivificada por el Espíritu en su momento de redacción —o gestación— por el escritor sagrado. Sí, es legítimo hablar de una generación de la Palabra en la palabra, merced a la obra del Espíritu. El Concilio ha expuesto esta función esencial del Espíritu Santo:

La revelación que la Sagrada Escritura contiene y ofrece ha sido puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo. La santa Madre Iglesia, fiel a la fe de los apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que están escritos por inspiración del Espíritu Santo (*Dei Verbum*, 11).

San Máximo, monje y teólogo bizantino, dejó escrito: «El Invisible se hizo visible en las cosas visibles. Por amor a nosotros, que somos materiales y tardos para comprender, el Logos hizo el esfuerzo de expresarse en letras, sílabas y palabras»⁸.

El Verbo se ha hecho palabra humana; si nos está permitido emplear este gráfico verbo, podemos ratificar que se ha «empalabrado»⁹.

Resulta verdadero, por tanto, afirmar una encarnación del Verbo en la letra. El Verbo o la Palabra se ha hecho presente en la carne débil de la letra, que se convierte en canal de salvación. Por las minúsculas letras sagradas el Verbo nos habla. A través de la frágil mediación de esas letras y literatura tenemos acceso a la viviente Palabra de Dios.

Cuando tomamos la Biblia en nuestras manos, hemos de saber, en comunión de fe con toda la Iglesia, que leemos no un

⁸ PG 91, 1.284. 88.

⁹ Así lo refiere, con la aportación de múltiples testimonios de santos Padre, H. Urs von Balthasar (*La Parola si condensa: Communio* 28 (1977) 31, n. 35): *De un extremo a otro de la patrística griega se encuentran las expresiones: 'Ho Logos pakhyntyai' y 'Ho Logos brajhyntyai' para significar que el Logos de Dios, espiritual y omnipotente, al encarnarse, asumió una forma material y limitada, es decir, se 'abrevió' sea en su trascendencia, sea en su inmensidad. Esto se verificó tanto en su 'encarnación' como en su 'empalabramiento'.*

simple mensaje de optimismo, no meros vocablos que se agotan en su estéril significado. Estamos leyendo en esas palabras humanas y débiles –igual que Jesús era humano y frágil– la misma Palabra de Dios, verdadera y eterna.

¿Por qué este inmenso poder de tan alta revelación? ¿De dónde le viene esta calidad sobrenatural y divina? Porque en estas palabras late la fuerza del Espíritu Santo. «Late» en la doble acepción del verbo: está como escondido y oculto el Espíritu, pero también da señales de vida, vibra infundiendo vida a quien lee. El mismo Espíritu que concedió vida al virginal vientre de María si-gue exhalando vida al libro de la Biblia, cuando es leído con fe.

5. La Palabra se hace vida en nosotros gracias al Espíritu. La obra de san Juan, Evangelio y Apocalipsis

Sólo el Espíritu nos otorgará la vida escondida en las palabras de la Biblia. El evangelio de san Juan refiere la respuesta de Jesús ante la reacción de incredulidad por parte de los judíos a su enseñanza. Él mismo declara la perenne validez de su mensaje: «mis palabras son espíritu y vida» (Jn 6,63).

Porque están penetradas de Espíritu, generan vida. Hay un hálito dentro de las palabras, que las inspira, y otorga fuerza a quien a ellas se acerca con fe.

Para una inteligencia más clara respecto a la función desveladora y esclarecedora del Espíritu sobre las palabras del Maestro, nos acercamos a la obra de san Juan, al Evangelio y Apocalipsis

a) El Evangelio. El Espíritu conduce a la verdad completa

Toda Palabra de Dios se concentra en Jesús. Él es la revelación suprema de Dios: la verdad. No hay otra verdad fuera de él. Jesús mismo afirma con autoridad: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (14,6); pero en 1 Jn 5,6 se dice: «Porque el Espíritu es la verdad».

¿Acaso existen dos verdades? ¿Será el Espíritu Santo un rival de Cristo? No se trata de dos verdades diferentes o paralelas. No trae el Espíritu otra revelación distinta, sino que profundiza la revelación objetiva, proclamada por Jesús.

Ya el Señor había indicado a los discípulos: «el Espíritu os lo enseñará todo, recordándoos todas las cosas que yo os he hablado» (Jn 14,26). Recordar en san Juan significa captar el sentido profundo de las palabras, con frecuencia enigmáticas, de Jesús.

La expresión griega «las cosas que yo os he hablado» –*tauta lelaleka*– es ya técnica en el evangelio de Juan; se concentra en el discurso de la última cena, y se refiere a toda la revelación pública de Jesús (14,25; 15,11; 16,1.4.6.25.33).

Las palabras de Jesús, debido a su carácter profético, de no pleno cumplimiento en su etapa histórica, resultaban misteriosas y oscuras; el Espíritu quitará el velo de la incompreensión e iluminará definitivamente todas esas palabras.

Función esencial del Espíritu es llevar a los creyentes a la verdad, pues así lo declara el Maestro: «el Espíritu de la verdad os conducirá hasta la verdad completa» (Jn 16,13). El verbo «conducir» indica que es preciso recorrer un cierto camino. La expresión evangélica procede del salmo 25,5: «Guíame a tu verdad y enséñame».

Tarea del Espíritu no es guiar sólo hasta la verdad, sino hacer entrar, introducir en el fondo del mensaje manifestado por Jesús. Que el Espíritu guíe hasta la verdad completa posee dos matices. Primero, el Espíritu hace conocer cada vez más profundamente la verdad que es, en definitiva, Jesús mismo; segundo, el Espíritu abre el corazón del creyente para que sepa aceptar todo el mensaje de Jesús¹⁰.

Su acción es progresiva. Se trata de ir caminando «os conduciré» –señala Jesús–. Y eficiente, porque la meta que se alcanza es toda la verdad. Muy bien ha sabido sugerirlo H. B. Swete: «Si Jesús es el camino –*he hodos*–, el Espíritu es el guía del camino –*ho hodegos*–, que conduce hacia él, a saber, hacia la verdad en toda su plenitud»¹¹.

¹⁰ Cf. F. Porsch, *Pneuma und Wort. Ein exegetische Beitrag zur Pneumatologie des Johannesevangelium*, Francfort 1974, 395.

¹¹ *The Holy Spirit in the New Testament. A Study of primitive Christian Teaching*, Londres 1910, 162.

Sigue diciendo el Señor que el «Espíritu no hablará *-lalesei-* de lo suyo, sino que hablará *-lalesei-* de cuanto oye y os anunciará lo que está por venir» (Jn 16,13). Su tarea, por dos veces repetida, será la de hablar. En 16,25 Jesús declara que él ya no hablará en parábolas enigmáticas *-paroimiais-*, sino con total libertad y claridad *-parresía-*.

En esta segunda fase, en donde se encuentra la Iglesia de nuestro tiempo y nos hallamos todos nosotros, hay una indicación a la acción del Espíritu Santo. Él nos otorga la plena luz para entender todas las palabras que Jesús nos ha dicho.

Ambos, Jesús y el Espíritu, aunque distintos, no pueden separarse; aunque unidos no deben confundirse. H. de Lubac ha sabido expresarlo con acierto: «Hay dos maneras igualmente mortales de separar a Cristo de su Espíritu: fantaseando un reino del Espíritu que conduzca más allá de Cristo, o imaginando un Cristo que nos deje siempre más acá del Espíritu»¹².

Es Jesús mismo quien continúa hablando hoy a la Iglesia, pero de una manera nueva: a través de su propio Espíritu¹³. «El evangelista sienta un principio de valor general: el Espíritu esclarece y actualiza la doctrina que el Señor enseñó»¹⁴.

La presencia del Espíritu Santo resulta del todo necesaria para entender, interiorizar y asimilar vitalmente la revelación de Jesús.

b) Oír lo que el Espíritu dice a la Iglesia (Apocalipsis)

En las cartas a las Iglesias del Apocalipsis se repite por siete veces, invariablemente, la misma expresión: «El que tenga oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (2,7.11.17.29; 3,6.13.22). Tanta insistencia y exactitud –siete es la cifra de la

¹² *Exégèse médiévale II*, 1, París 1961, 558. Cf. I. de la Potterie, *Cristo como figura de revelación según San Juan*, en *La Verdad de Jesús. Estudios de cristología joánica*, Madrid 1969, 314-317.

¹³ Cf. I. de La Potterie, *L'Esprit et la vérité I*, Rome 1977, 450-452.

¹⁴ M. Miguens, *El Paráclito*, Jerusalén 1963, 212.

plenitud en el Apocalipsis— muestra su extraordinaria importancia para toda la Iglesia¹⁵.

La formulación apocalíptica se encuentra, aunque con ligeras modificaciones, en otros lugares —no muchos— de los evangelios sinópticos (Mt 11,15; 13,9.43; Mc 4,9.23; Lc 4,35; 8,8).

La expresión —*el que tenga oídos, oiga*— aparece siempre en contexto parabólico, antes o después de un mensaje proclamado por Jesús, que debe resultar de no fácil captación. Se trata de una invitación, a manera de un subrayado pedagógico, para que los oyentes se afanen por percibir y conocer la esencia del mensaje. El esfuerzo se hace necesario porque la enseñanza es sumamente importante y requiere toda la diligencia para comprender. Al fin, es Jesús mismo quien explica y da el sentido pleno a las palabras pronunciadas; ya que el hombre, dejado a la sola merced de sus recursos naturales, sería incapaz de entender. Jesús se erige en el intérprete para los discípulos de su propia Palabra mientras está con ellos.

La expresión constituye toda una llamada sapiencial. Para la Biblia, el tener oído representa una condición capital, porque la actitud del creyente debe ser obediencia a la divina Palabra, palabra que antes tiene que ser escuchada y entendida. El mandamiento religioso de Israel, el célebre *Shemá* que cada creyente debe rezar tres veces al día, comienza así: «Escucha Israel...» (Dt 6,4).

Según el Antiguo Testamento, el oído es un órgano fundamental, considerado no sólo de manera física, sino figurativamente, como la capacidad plena de oír, que incluye el proceso completo de escuchar, atender y entender¹⁶. En la literatura sapiencial el oído significa el órgano de la comprensión (Job

¹⁵ Hay que reseñar la precisión —que ha sorprendido a los comentaristas de Ap— en cuanto a su exacta expresión gramatical y fiel tradición textual: *Siete veces aparece esta fórmula como elemento único... en el griego original no existe ni un ápice de variación en la forma u orden de las palabras. ¡Algo verdaderamente inusual!* (P. S. Minear, *I saw a new Earth*, Washington 1968, 58).

¹⁶ Para nuestra cultura, la capacidad de entender reside en el cerebro; para la mentalidad hebrea, en cambio, se relaciona con el oído, que *es la sede de la inteligencia* (J. Horst, *ous: Theologisch Wörterbuch zum Neuem Testament V*, Stuttgart 1954, 551).

12,11; 13,1; 34,3; Prov 2,2; 5,13; 18,15; 22,17; 23,12)¹⁷. «Ozen oído» ha sido directamente traducido en la versión de los LXX por «*nous* inteligencia» (Job 12,11; 33,16; 34,3).

Cuando alguien oye la palabra, pero carece de aptitud de comprensión, Dios mismo (Is 50,4ss) le abre los oídos para que entienda, de tal forma que hasta los sordos podrán oír (Is 35,5). Tener oído denota, por tanto, una actitud de escucha vigilante, atención profunda que logra una plena inteligencia de la palabra en orden a ser obedecida¹⁸.

En el Nuevo Testamento la expresión posee estas tres significaciones principales. Indica a los oyentes que el mensaje contiene una intención profunda; advertencia para buscar ese sentido escondido¹⁹; una urgente llamada a la obediencia²⁰.

Pero el Apocalipsis se hurta de la dependencia mimética de cualquier escrito bíblico, del Antiguo y Nuevo Testamento. Su redacción es original. Escribe «oído» en singular *-ous-* frente al plural «oídos» *-ota-* de los evangelios sinópticos; también emplea el imperativo de aoristo «oiga», *akousato*, en lugar de imperativo presente *akoueto*. Ambas modificaciones delatan aspectos interesantes. Primero, el oído declinado en singular alude a una atención más particularizada y exigente. Este «oído» quiere decir la «audición espiritual, la comprensión espiritual»²¹. Segundo, el empleo del imperativo de aoristo está indicando que se requiere todo el empeño personal de escucha y aplicación, que debe po-

¹⁷ Cf. G. Liedke, *ozen* en E. Jenni-C. Westermann, *Theologisches Handwörterbuch zum alten Testament I*, Múnich 1971, 95-98. *El oído, sede de la capacidad humana de oír y, por tanto, de su obediencia e inteligencia* (H. Haag, *Orechio*, Dizzionario Biblico, Turín 1960, 697).

¹⁸ Cf. E. V. Dobschütz, *Die fünf Sinne im Neuen Testament*: Journal of Biblical Literature 48 (1929) 395.

¹⁹ Así M. Dibelius, *Wer Ohren hat su hören, der höre*: Theologische Studien und Kritiken 83 (1910) 461-471, quien la designa como *Weckformel* o *fórmula de alerta* (p. 461), como asimismo F. Hahn, *Die Sendschreiben der Johannesapokalypse. Ein Beitrag zur Bestimmung prophetische Redeformen*, en *Tradition und Glaube* (Fest. für K. G. Kuhn), Göttingen 1971, 378.

²⁰ Cf. H. Räisänen, *Die Parabeltheorie im Markusevangelium*, Helsinki 1973, 85-86.

²¹ Así traduce J. Massingberde, *Revelation*, Nueva York 1975, 386. 397. *Implica que la verdad espiritual necesita un órgano espiritual para su recepción* (R. C. Trench, *Commentary on the Epistles to the seven Churches in Asia*, Londres 1987, 90-91).

nerse por obra y actuarse al momento, no postergándolo para más tarde²².

Hay que tener en cuenta, además, que el verbo «oír» –*akouo*–, con quien va la formulación apocalíptica unida, significa en el Nuevo Testamento no sólo oír, sino oír para obedecer, e incluso simplemente obedecer²³.

Hasta en las lenguas griega y latina se registra este proceso de contigüedad significativa, patente incluso en la semejanza fónica de los verbos: «oír» –*akouo*– «*audio*» = «obedecer» –*hypakouo-oboedire*–. Quiere decirse que sólo una palabra bien oída y entendida, aceptada e interiorizada, puede ser cumplida y llevada a la práctica.

Pero la expresión sapiencial «el que tiene oído oiga» queda en el Apocalipsis completada con un añadido específico: «lo que el Espíritu dice a las Iglesias».

Leyendo con detención cada una de las cartas, causa extrañeza la referencia al Espíritu, porque el protagonista de la interpe-lación es siempre Jesucristo. Él es quien habla y se dirige a la Iglesia: la conoce por dentro, reconoce su labor, le echa en cara sus defectos, le pide la conversión y le promete la victoria.

Ahora –en continuidad gramatical y lógica– debería seguir hablando el Señor, pero sorprende la mención explícita de otro sujeto: el Espíritu. Surge una anomalía, digna de ser tenida en cuenta. El mismo verbo, conjugado de idéntica forma, «dice» –*legei*– se aplica a Cristo (2,1.8.12.18; 3.1.7.14) y también al Espíritu (2,7.11.17.29; 3.6.13.22). ¿No existe, pues, una cierta contradicción al disponer el mismo verbo de dos sujetos distintos dentro del mismo cuerpo de la carta?²⁴

La objeción resulta más bien aparente, ya que la doble expresión «Esto *‘dice’* Cristo; lo que el Espíritu *‘dice’* a las Iglesias» no

²² Cf. Blass/Debrunner/Rehkopf, *Grammatik des neutestamentlichen Griechisch*, Göttinga 1976, § 337. 1.

²³ Cf. Blass/Debrunner/Rehkopf, *Grammatik des neutestamentlichen Griechisch*, § 173. 5.

²⁴ La extrañeza ha sido detectada: *Cosa notable es el concepto de Espíritu, que aquí se presenta. Está separado de Cristo y, sin embargo, es uno con él* (E. Lohmeyer, *Die Offenbarung des Johannes*, Tubinga 1953, 23).

se refiere a dos revelaciones opuestas, ni contradictorias, sino que califica a dos etapas o dos modos complementarios de la única revelación cristiana.

El Señor habla directamente a la Iglesia; pero quien interpreta sus palabras, haciéndolas conocer profundamente e interiorizándolas en el corazón de la Iglesia, es el Espíritu²⁵.

«El Espíritu dice» es un hablar que interpreta. Y este intérprete no se refiere a la sola razón y capacidad humana que se esfuerza por comprender, sino —lo subraya enérgicamente la fórmula apocalíptica— al Espíritu que ilumina, ungiendo con su fuerza penetrante las palabras de Jesús. «El mensaje es de Cristo, pero el oficio del Espíritu es hacerlo conocer a la Iglesia, explicarlo y aplicarlo a los corazones y conciencias»²⁶.

En las cartas no resuena otra voz sino la de Cristo. El Espíritu dice únicamente lo que éste ha dicho, haciéndolo comprender hasta interiorizarlo plenamente dentro de toda la Iglesia.

Durante su vida terrena Jesús explicaba el sentido último de sus parábolas o dichos oscuros a los discípulos. En la Iglesia de hoy, el Espíritu continúa la función iluminadora de Jesús. Se erige en el intérprete único y hermeneuta válido, investido de autoridad divina, de todo el mensaje de Jesús para la Iglesia.

Observando de cerca las cartas, percibimos que la palabra de Cristo se dirige a una Iglesia bien concreta —en singular: a la «iglesia» *‘ekklestias’* de Éfeso, Esmirna...—. El mensaje del Espíritu se dirige no a una sola iglesia, sino a las «Iglesias» —*‘tais ekklesiiais’*²⁷, otorgando el definitivo alcance ecuménico a las palabras de Jesús.

El Espíritu se manifiesta siempre dentro de la Iglesia y a los cristianos, no en cuanto individuos desconectados y aislados, sino como discípulos de Jesús que están vitalmente incorporados

²⁵ Así se ha subrayado: *A través del Espíritu habla el Señor Resucitado* (E. Lohse, *Die Offenbarung des Johannes*, Gotinga 1960, 23).

²⁶ H. Richards, *What the Spirit says to the Churches of Asia*, Londres-Nueva York 1967, 164.

²⁷ Como lo ha recalado W. Bousset, *Die Offenbarung des Johannes*, Gotinga 1956, 207.

a la Iglesia. Esta Iglesia universal –la que vive en la historia–, es el lugar de acción del Espíritu²⁸.

Los cristianos hemos de caer en la cuenta de nuestra obligación de ponernos en actitud de escucha sapiencial del Espíritu. El presente *legeti* subraya la modalidad de una acción que se está realizando ahora, en este momento²⁹. Cristo se dirige hoy a la Iglesia mediante su Espíritu. «Cristo habla a través de su Espíritu, a saber, en un ya sin tiempo. Como Cristo habla con una presencia constante, así también el Espíritu habla incesantemente a la Iglesia»³⁰.

Es el mismo Señor quien nos dirige una viva interpelación para aceptar su Palabra: «El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias».

Que la Iglesia acoja la Palabra de Jesús, toda la revelación bíblica, con la luz y asistencia del Espíritu, nuestro definitivo intérprete y maestro; que discierna su hora en el mundo; que reciba todo el consuelo y la fuerza del mismo Espíritu para saber dar testimonio de Jesucristo (Ap 19,10) a fin de resultar vencedora, con nuestro Señor (Ap 21,7), en su lucha contra los poderes del mal.

Segunda Parte

La Sagrada Escritura debe ser leída e interpretada en el mismo Espíritu en que fue escrita (*Dei Verbum*, 12)

1. Contexto del principio interpretativo de la lectura en el Espíritu

Con esta frase la Constitución *Dei Verbum*, cuyo 40 aniversario estamos celebrando, recomienda un principio de interpretación válido para todo lector cristiano de la Biblia³¹.

²⁸ Cf. T. Holtz, *Die Christologie der Apokalypse des Johannes*, Berlín 1962, 210.

²⁹ La opinión de la gramática griega es unánime: J. H. Moulton-G. Milligan, *Grammar of the New Testament* III, Edimburgo 1908, 60; Blass/Debrunner/Rehkopf, *a.c.*, § 319; C. F. D. Moule, *An idiom Book of New Testament*, Cambridge 1959, 7.

³⁰ A. Euren, *Also spricht Christus, der treue und warhaltiges Zeuge: Schriftenfolge für christliche selbst und Wegestaltung* 5 (1948) 14.

³¹ Sin duda, el magistral comentario, tan profundo cuanto matizado, para entender la prehistoria de esta expresión es obra de I. de la Potterie, *La interpretación de la*

Nuestra frase se ubica en el número doce de la *Dei Verbum*. Recordamos que esta Constitución ha significado verdaderamente un hito providencial en la historia de la Iglesia. La Biblia ha dejado de ser un libro hermético y desconocido.

Todo el número doce de la *Dei Verbum* está determinado por un contenido específico: la interpretación de la Biblia en la Iglesia. Leyendo con atención el texto, se descubre que es ésta, sin duda, la tarea que es preciso iluminar. En efecto, la palabra o sintagma, sea como sustantivo «*interpretes sacrae Scripturae*», o como verbo –siempre en gerundio: «*sacra Scriptura interpretanda*»– se encuentra registrada en cinco ocasiones³².

Dios nos ha hablado mediante el lenguaje de los hombres. La Palabra de Dios es palabra encarnada. Esta realidad entreverada señala, al mismo tiempo, la riqueza y la dificultad de la Biblia. Plantea un reto para todo lector e intérprete de la Biblia, que debe indagar con solicitud lo que verdaderamente el texto bíblico quiere expresar:

Habiendo, pues, hablado Dios en la Sagrada Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano, el intérprete de la Sagrada Escritura, para conocer lo que Él quiso comunicarnos,

Sagrada Escritura con el mismo Espíritu con que fue escrita (DV 12, 3), en R. Latourelle (ed.), *Vaticano II, Balance y perspectivas* (Salamanca 1989), 159-186. El autor lamenta el olvido de años con que este principio ha sido silenciado totalmente (p. 160). Apenas ha tenido acogida, en comparación con otros temas que propone la *Dei Verbum*, tales como los géneros literarios o los diversos acercamientos a la Biblia. En orden al rigor metodológico, debemos hacer elenco de los trabajos monográficos más decisivos: D. Barsotti: *La parola e lo spirito. Saggi sull' esegesi spirituale*, Milán 1971; D. J. Harrington, *Catholic interpretation of Scripture*, en K. Hagen (ed.), *The Bible in the Churches. How different Christians Interpret the Scripture*, Nueva York 1985, 35-73. Ha dedicado a este tema, como objeto de tesis doctoral, defendida en el P.I.B, enriquecida con un amplio recorrido a través de su empleo en los santos Padres, M. A. Molina Palma, *La interpretación de la Escritura en el Espíritu. Estudio histórico y teológico de un principio hermenéutico de la Constitución «Dei Verbum» 12*, Burgos 1987. Digno de mención es también el artículo de C. H. Pinnock, *The Role of the Spirit in Interpretation*: Journal Evangelical Theological Society 36 (1993/4) 491-497. Aunque con una evidente aplicación mariana, estudia también el tema, M. Masini, «*Lettura secondo lo Spirito*» dei testi biblico-mariani, en *L' ermeneutica contemporanea e i testi biblico-mariologici (Atti del XIII Simposio Internazionale Mariologico)*, Roma 2003, 353-383.

³² Cf. I. de la Potterie, *La interpretación de la Sagrada Escritura con el mismo Espíritu con que fue escrita (DV 12, 3)...*, 170-172.

debe investigar con atención lo que quisieron expresar realmente los hagiógrafos y lo que Dios quiso manifestar con las palabras de ellos (*Dei Verbum*, 12).

El lector creyente de la Biblia debe tener en cuenta los géneros literarios. Ha de atenerse no a lo que quiso decir el hagiógrafo, sino a lo que de hecho expresó. El párrafo conciliar anima a una labor de sabia inculturación literaria e histórica. Supone constatar y padecer la «dureza del texto» –P. Ricoeur–; pues largos siglos de distancia separan al intérprete respecto al texto, y culturas diferentes le alejan. Esta onerosa tarea se hace indispensable a fin de entender adecuadamente el mensaje de los pasajes bíblicos:

Para descubrir la intención de los hagiógrafos, entre otras cosas hay que atender a ‘los géneros literarios’. Puesto que la verdad se propone y se expresa de maneras diversas en los textos de diverso género: histórico, profético, poético o en otros géneros literarios... Para entender rectamente lo que el autor sagrado quiso afirmar en sus escritos, hay que atender cuidadosamente tanto a las formas nativas usadas de pensar, de hablar o de narrar vigentes en los tiempos del hagiógrafo, como a las que en aquella época solían usarse en el trato mutuo de los hombres (*Dei Verbum*, 12).

Ahora adviene la clave interpretativa que abre de par en par los textos de la Biblia:

La Sagrada Escritura debe ser leída e interpretada en el mismo Espíritu en que fue escrita; por tanto, para descubrir el verdadero sentido de los textos sagrados, hay que atender no menos diligentemente al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe (*Dei Verbum*, 12).

La Sagrada Escritura está compuesta evidentemente de textos. Estos textos, al ser considerados como tejidos de la revelación de Dios, poseen una dimensión de religiosidad. El lector-intérprete debe estudiar con atención lo que Dios quiso comunicarnos a través de las palabras del autor sagrado.

Para poder entender esta comunicación de Dios, preciso es situarse en la órbita de la fe, puesto que el mensaje de la revelación divina se relaciona esencialmente con nuestra vocación y destino últimos. No se trata, por tanto, de elucidar una serie de

afirmaciones atemporales, de mera elucubración científica. En la Biblia se hace presente una dimensión creyente, que afecta a nuestra salvación. La apertura a esta dimensión trascendente debe hacerse en el Espíritu, tal como lo reconoce el mismo Concilio:

Así Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la Esposa de su Hijo amado; así el Espíritu Santo, por la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la Palabra de Cristo (Col 3,16) (*Dei Verbum*, 8).

Es menester descubrir en la letra del texto la verdad de nuestra salvación. Este paso sólo es posible realizarlo en el Espíritu Santo.

2. Explicación del principio interpretativo según san Jerónimo

Cuando la constitución *Dei Verbum* refiere el principio hermenéutico de que la Escritura debe ser interpretada en el Espíritu en el que ha sido escrita, alude de manera explícita al comentario de san Jerónimo a Gálatas 5,19-21³³. Acudamos a las fuentes; pues el agua siempre mana limpia, nunca turbia, en la fuente de la que brota. Comprobemos su fecundidad y claridad. He aquí el texto paolino, acompañado de la explicación de san Jerónimo:

Pero, si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios (Gál 5,19-21).

Pablo no discute el contraste entre la ley y el Evangelio, sino el comportamiento moral de los cristianos. Hay dos órdenes de actuación: la carne y el Espíritu. Ambos producen efectos bien

³³ Cf. San Jerónimo, *In Ga.*, 5, 19-21; PL 26, 417^a.

palpables: las obras de la carne cuya manifestación el apóstol explicita en el pasaje citado, y las obras del Espíritu que detalla a continuación (Gál 5,22-23). Ambos regímenes aparecen como irreducibles y antagonicos.

Consideremos la explicación de san Jerónimo:

Todo el que comprende la Escritura de manera distinta al sentido que exige el Espíritu Santo en el que ha sido escrita, aunque no se aparte de la Iglesia, puede sin embargo ser llamado hereje; su elección pertenece a las obras de la carne, porque ha elegido lo peor³⁴.

El comentario insiste en que toda lectura e interpretación, el asentimiento y la conformidad de un cristiano a una doctrina herética es obra de la carne, y no un don del Espíritu: no puede ser causado por el Espíritu que inspira a la Escritura.

En la misma carta a los Gálatas, comentada por san Jerónimo, encontramos un pasaje que resulta iluminador para entender este sentido espiritual. Habla del contraste entre la exterioridad y la interioridad:

El que comprende verdaderamente la ley, según Pablo, no es el que ve la superficie, sino el que percibe y penetra el interior (*medullam ejus introspicit*). Todo el que, igual que los gálatas, sigue únicamente la corteza exterior, no comprende la ley³⁵.

Y con otro texto explicita:

No pensamos que el Evangelio está en las palabras de las Escrituras: está en el sentido; no en la superficie, sino en la médula; no en las hojas de las palabras, sino en la raíz de la comprensión³⁶.

San Jerónimo insiste en que es preciso ir más adentro de la letra:

La verdad del Evangelio no está en la letra, sino en el espíritu, no en el sentido carnal, sino en la inteligencia espiritual³⁷.

³⁴ *In Ga* 5, 19-21; PL 26, 445 A-B.

³⁵ *In Ga* 4, 21; PL 26; 414 B.

³⁶ *In Ga* 1,11; PL 26, 237^a.

³⁷ *In Ga* 2, 3-5; PL 26, 359 B-C.

Como exegeta en activo, san Jerónimo presta asentimiento a este principio de interpretación. La experiencia lo sigue mostrando de manera fehaciente:

A la letra es preciso añadir el espíritu; todo lo que a primera vista parece frío, se caldea después que él lo ha tocado³⁸.

Esta inteligencia espiritual la concede el Espíritu Santo. Así comenta en la carta a los Romanos:

Toda la carta a los Romanos reclama ser interpretada; está envuelta en tantas oscuridades que, para comprenderla, tenemos necesidad de la ayuda del Espíritu Santo, el cual se sirvió del apóstol para dictar todas estas cosas³⁹.

3. Los Padres de la Iglesia

El gran Orígenes habla de una «mística de la exégesis»⁴⁰. Entre los Padres latinos se acuñó la expresión, que aparece unida indisolublemente a la interpretación de la Escritura: «la experiencia espiritual». De esta manera concentrada aparece la comprensión de los santos Padres acerca de la Escritura: «La lectura de la Escritura en el Espíritu... es aquella que procede de una interiorización previa de la fe por el Espíritu y que se realiza como explicación del sentido de la fe en la Iglesia»⁴¹.

San Gregorio Magno se muestra bien explícito: «Las palabras de Dios no pueden en absoluto ser penetradas sin su sabiduría, porque si alguien no ha recibido el Espíritu de Dios no puede de ninguna manera comprender las palabras de Dios»⁴².

El camino es el señalado y felizmente roturado por la praxis de san Bernardo. Un gran conocedor del santo exegeta explica: «la primera convicción en él es que el mismo Espíritu que inspiró a los autores sagrados actúa en los que los leen... en este sen-

³⁸ *In Mt* 14,14; CCL 77, 121.

³⁹ *Ep.*, 120, 10,1; CSEL 55, 500.

⁴⁰ I. de la Potterie, *a.c.*, 178.

⁴¹ Tras analizar abundantes textos de Orígenes, Justino, Hilario, Ambrosio, así se expresa M. A. Molina Palma, *La interpretación de la Escritura en el Espíritu...*, 134.

⁴² *Moralia*, XVIII, 39, 60; PL 76, 72^a.

tido la sabiduría que es la de Dios, no cesa de comunicarse a través de los mismos textos que ella hizo escribir: en ellos, el lector debe alcanzar a Dios, y prolongar en él mismo la experiencia que fue primero del autor sagrado»⁴³.

No se trata de una experiencia paralela, que marcha al margen de la indagación seria sobre los textos sagrados. En éstos se contiene, escondida, la fuerza de la Palabra divina. La fe, que es la apertura incondicional al misterio de Dios, nos da el acceso a esa energía oculta. El único texto bíblico une al autor sagrado y al lector actual de la Palabra en el mismo Espíritu que sigue actuando. En unos «hagiógrafos», inspirando el texto sagrado para redactarlo; en otros «lectores e intérpretes», permitiendo recibir la fuerza latente del texto. A todos, en fin, mostrando la verdad de la salvación.

Esta verdad salvífica no se aloja en enunciados históricos, periclitados; reside en Cristo. Lo ha aseverado el Concilio: «la verdad, que resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación» (*Dei Verbum*, 2). Un prolongado hilo une todos los acontecimientos. Es, en definitiva, la presencia de Cristo, quien poderosamente se despliega y hace avanzar por dentro el ritmo de la historia de la salvación. Esto es lo que el Espíritu quiere revelar: la diáfana presencia de Jesús en toda la revelación y en toda la Escritura. Hay que insistir en la interioridad objetiva del texto. ¡Qué acertadamente lo ha descrito H. de Lubac!⁴⁴

No son solamente los escritores sagrados quienes fueron inspirados un día. Los mismos libros sagrados son y permanecen inspirados... El Espíritu no solamente ha dictado la Escritura; se ha encerrado en ella. La habita. Su aliento la anima siempre. Está llena del Espíritu. Está 'fecundada' por el milagro del Espíritu Santo⁴⁵.

La interioridad de la Escritura y su capacidad de transformación residen, en definitiva, en la presencia del Espíritu Santo,

⁴³ J. Leclercq, *Opere di san Bernardo, I: Trattati, Introduzione generale*, Milán 1984, XL-LXI.

⁴⁴ *Exégèse médiévale I*, 1 París 1959, 128.

⁴⁵ *Spiritus Sancti miraculo fecundata*, escribía con admirable precisión san Anselmo, *De concordia*, III, 6; PL 158, 528 B.

que actúa siempre dentro de ella. San Gregorio anima a descubrir la fuerza de la Palabra de Dios, porque está animada por el Espíritu de vida:

Admirable e inefable es la fuerza de la palabra sagrada

—*Mira atque ineffabilis sacri eloquii virtus*—⁴⁶.

Tal resulta ser la admirable constatación, primero; y, después, la pacífica certidumbre de los santos Padres. De manera genial, y reiterativa hasta el asombro, ha sido acuñada por san Agustín:

Mira profunditas eloquiorum tuorum...

Mira profunditas, Deus meus,

*mira profunditas!*⁴⁷.

Recordamos algunas afirmaciones. Ya a partir del siglo II, existe una convicción fundamental en los santos Padres, recogida por san Ireneo: «las Escrituras son palabras del Verbo de Dios y de su Espíritu»⁴⁸.

La Iglesia de Oriente acude con frecuencia a la categoría litúrgica de la *epiclesis* para explicar el prodigio transformador que acontece en la lectura de la Escritura, hecha en el Espíritu Santo. Como desciende el Espíritu sobre el pan y vino eucarísticos y los convierte en Cristo viviente, así la presencia del Espíritu sobre la Escritura, la hace viva, capaz de generar vida⁴⁹.

Se insiste en la necesidad apremiante del Espíritu para entender la Escritura:

Si siempre necesitamos del Espíritu de Dios, mucho más necesitamos su asistencia al leer e interpretar la Sagrada Escritura⁵⁰.

Me vuelvo loco de alegría, al escrutar la Sagrada Escritura, como si fuera un arca del Espíritu Santo, pues sé que es así como se vive de verdad y en ella está la vida de mi espíritu⁵¹.

⁴⁶ *In Gal2*, 3-5; PL 26, 359 B-C.

⁴⁷ *Confesiones* XII, 14, 17.

⁴⁸ San Ireneo, *Adv. Haereses II*, 28,2.

⁴⁹ Cf. P. Evdokimov, *Le età della vita spirituale*, Bolonia 1981, 234.

⁵⁰ San Jerónimo, *in Mich.* 1,10-15; PL 25,125.

⁵¹ J. Leclercq, *Opere di san Bernardo, I: Trattati, Introduzione generale*, Milán 1984, XL-LXI.

Todos pueden entender lo que leen en los libros... pero las cosas que se refieren a Dios y a la salvación no pueden comprenderse sin la iluminación del Espíritu⁵².

Nadie debe enorgullecerse de poder penetrar las profundidades de los secretos divinos y de las Escrituras con su sagacidad. Nunca se da exacta interpretación de las Escrituras sin la instrucción del Espíritu Santo⁵³.

Ricardo de San Víctor escribe con una sugerente metáfora del Espíritu en el orden a una penetrante lectura de la Escritura. El Espíritu concede «los ojos de la paloma», para captar las profundidades de la Palabra. «Ojos de paloma (Cant 1,14) son los sentidos del alma, iluminada por el Espíritu»⁵⁴.

4. Mons. N. Edelby y la interpretación de la Sagrada Escritura

El texto de la lectura e interpretación de la Escritura en el Espíritu, según la Constitución conciliar, no podría entenderse sin la intervención de Mons. N. Edelby. En efecto, la *Dei Verbum* recoge lo que había declarado este obispo oriental en una intervención sobresaliente⁵⁵.

La tercera redacción del esquema de la *Dei Verbum* fue publicada en julio de 1964. Al comienzo de la siguiente sesión, en octubre de 1964, el arzobispo N. Edelby, de Edesa, un prelado oriental de rito melquita, ofrece el testimonio de las Iglesias de Oriente a fin de enriquecer los principios de la interpretación de la Escritura⁵⁶.

Sus palabras representan todo un expresivo gesto de comunión y de acendrado ecumenismo. En este testimonio las comunidades cristianas ortodoxas pueden asentir, pues en él reconocen la confesión de la fe común más pura.

⁵² Simeón Nuevo Teólogo, *Orationes, Sermón XV*; PG 120, 385.

⁵³ Ricardo, *De eruditione hominis interioris*, libro II, 6; PL 196, 1.305.

⁵⁴ Ricardo de san Víctor, *Explicatio in Cantica Canticatorum*, XV; PL 196, 449.

⁵⁵ *Acta synodalia*, III/4, Typis polyglotis Vaticanis 1974, 306.

⁵⁶ Su intervención tuvo lugar el 5 de octubre (1964). Fue sumamente providencial. Una luz que esclareció aquella *semana negra* del Concilio (14-21 noviembre 1964), que se debatía sin encontrar orientación decisiva por los complejos vericuetos de la revelación. Cf. G. Alberigo, *Storia del concilio Vaticano II*, vol. IV, Bolonia 1999, 417-482.

Constata Mons. N. Edelby la difícil situación de la Iglesia católica, una especie de resaca doctrinal en su controversia con las Iglesias de la Reforma. Aún quedan ecos de este enfrentamiento. Por eso, según él, el texto conciliar adolece de modestia y timidez –*timiditas*, refiere con exactitud–, que es preciso superar. Tras el debate postridentino, la Biblia se utilizó como instrumento para dirimir contiendas teológicas. Su influencia sobre el pueblo de Dios fue desapareciendo, hasta llegar a obnubilarse. El obispo oriental realiza una urgente interpelación. Reclama un nuevo éxodo: salir ya de ese atolladero doctrinal y malsana obsesión de hermanos separados, para entrar definitivamente en la comunión del misterio de la Iglesia.

Los teólogos, cuando realizan labor de interpretación bíblica, van de la teología a la Escritura y no de la Escritura a la teología, tal como practicaron los santos Padres en la Iglesia durante muchos siglos. En este ambiente de polémica, unos y otros han desvirtuado el empleo de la Biblia. Unos, la han utilizado como arma arrojadiza. Otros, los reformadores, han opuesto la Escritura a la Iglesia. Es preciso abandonar tan obsoleto y depauperador debate, pues la Iglesia se abre a nuevas latitudes y continentes como Asia y África. No debe haber ya pretexto para dar lugar a viejas contiendas de escuela, que son completamente estériles.

La solución consiste en situar a la Biblia dentro del misterio de la Iglesia: «donde está la Iglesia, allí está el Espíritu; y donde está el Espíritu, allí está la Iglesia»⁵⁷. Hay que dejar una mentalidad jurídica y nominalista.

Mons. N. Edelby propone, como núcleo de su mensaje, estos cuatro principios que se apoyan en la mejor tradición de la Iglesia de los Padres⁵⁸.

1. Primer principio. No se puede separar la misión del Espíritu Santo de la de la Palabra hecha carne. Es el primer prin-

⁵⁷ San Ireneo, *Adv. Haereses III*, 24,1.

⁵⁸ El texto traducido al español, está tomado de L. Alonso Schökel-A. M^a Artola, *La Palabra de Dios en la historia de los hombres. Comentario temático a la Constitución Dei Verbum*, Bilbao 1991, 420-421. Le acompaña un breve comentario de L. Alonso Schökel (pp. 422-425).

cipio teológico de toda interpretación de la Sagrada Escritura. Sería necesario recordar que, por encima de todas las ciencias auxiliares, el fin de la exégesis cristiana es la inteligencia espiritual de la Escritura a la luz de Cristo Resucitado, conforme al ejemplo del Señor, que inició a los apóstoles en tal inteligencia (cf. Lc 24).

2. Segundo principio: la Escritura es una realidad litúrgica y profética, una proclamación, más que un libro; el testimonio del Espíritu Santo sobre el acontecimiento de Cristo, cuyo momento privilegiado es la liturgia eucarística. Por este testimonio del Espíritu, la economía entera de la Palabra revela al Padre. La controversia postridentina ha visto en la Escritura, ante todo, una norma escrita. Las Iglesias orientales ven en ella la consagración de la historia de la salvación bajo las especies de palabra humana, inseparables de la consagración eucarística, que recapitula toda la historia en el cuerpo de Cristo.

3. Tercer principio: esta consagración requiere una *epiclesis*, la Tradición santa. La Tradición es la *epiclesis* de la historia de la salvación, la teofanía del Espíritu Santo, sin la cual la historia es incomprensible y la Escritura es letra muerta. Sería necesario desarrollar este punto bajo la fórmula *'in viva Ecclesiae traditione'* (I, 23). Nuestro esquema está en el centro del misterio de la Iglesia, es decir, del Pueblo de Dios reunido por el Espíritu Santo para convertirse en el cuerpo de Cristo maduro.

4. De aquí el cuarto principio: interpretar la Escritura en la totalidad de la historia de la salvación. En una primera etapa, el Espíritu de Dios suscitó acontecimientos salvíficos, y asimismo una comunidad, testigo y actor de estos acontecimientos. Los escritos del Antiguo Testamento son como la primera epifanía de Dios en su Pueblo. En una segunda etapa, el acontecimiento salvífico y la comunidad se realizan de una vez para siempre en Cristo: es la economía de la Palabra hecha carne de la cual los escritos del Nuevo Testamento son como la epifanía única. Pero, en una tercera etapa, la definitiva en que vivimos, el Espíritu Santo se extiende personalmente, para hacer presentes en toda la historia la economía de la Palabra hecha carne y el poder de su resurrección. Es la economía del Espíritu o de la Tradición en la era de la Iglesia.

Estos principios van a encontrar acogida favorable en la redacción definitiva de la *Dei Verbum*. Resultaría sabia medida para nosotros, lectores actuales del Concilio Vaticano II, no olvidar su texto íntegro, pues aún debe continuar inspirando el

acercamiento creyente de todo lector a la Biblia. De hecho, su influencia se ha mostrado fecunda. Tiene que seguir iluminando y ejerciendo su positiva proyección⁵⁹.

Aparecen destellos esclarecedores en estos principios. Irán surgiendo de manera explícita más adelante. Pero hay que destacar, como cumbre climática de toda la aportación, un axioma fundamental: la encarnación de la Palabra se verifica con la intervención decisiva del Espíritu.

5. Estudio del principio de lectura creyente: «en el mismo Espíritu en que fue inspirada»

Nuestra expresión fue al fin aceptada, aun a pesar de la reticencia de algunos padres conciliares, quienes, para evitar el riesgo de una libre interpretación de la Biblia, de sello protestante, sugerían la inclusión explícita en el texto de la mediación de la Iglesia⁶⁰.

En este contexto polémico, otros propusieron una aclaración de las palabras «en el mismo Espíritu en que fue inspirada», que parecía un tanto lacónica. La expresión significa que «debe hacerse bajo la luz de la fe –*nam facienda est sub lumine fidei*–»⁶¹.

Constatamos que la frase entera se configura como una oración pasiva –*Sacra Scriptura eodem Spiritu quo scripta est etiam legenda et interpretanda sit*–. El sujeto gramatical se refiere a la *Sagrada Escritura*, esto es: un libro, una realidad objetiva. Pero los tres verbos se aplican a asuntos típicamente humanos: al hecho de escribir, leer e interpretar.

Existe en el texto, conforme a su específica construcción gramatical-sintáctica, una paradoja que, bien considerada y analizada, nos conduce a un enigma, que representa el umbral de un

⁵⁹ Ha sido estudiado con clarividencia por T. J. McGovern, *The Interpretation of Scripture 'in the Spirit': the Edelby Intervention at Vatican II*: Irish Theological Quarterly 64 (1993/3) 245-259.

⁶⁰ Cf. G. Gil Hellin, *Dei Verbum (Concilii Vaticani II Synopsis)*, Libreria Editrice Vaticana, 1993, 385, 468.

⁶¹ Entre la III y la IV sesión se introduce esta anotación. Cf. *Acta Synodalia Sacri Concilii Oecumenici Vaticani II*, IV/2, Typis polyglotis Vaticanis 1974, 996.

misterio. En efecto, quien escribe, o lee, o interpreta, es un hombre, trátese del creyente, del autor sagrado o del exegeta. Esta observación raya en la más evidente obviedad, e incluso ramplonearía. ¿Quién puede escribir, leer o interpretar sino alguien dotado de entendimiento y capacidad, a saber, un sujeto humano? La aparente trivialidad de esta constatación nos depara una sorpresa. No afirma el texto conciliar que el hagiógrafo escribe, que el creyente lee, o que el exegeta interpreta, tal como en lógica coherencia debería mostrar. Algo extraño acontece. Y esta anomalía es fuente de un fértil hallazgo.

En nuestro pasaje los verbos no están construidos en activa, sino en pasiva. Quiere esto significar que el texto ha sido escrito, que debe ser leído, y que debe ser interpretado. Se opera un cambio de perspectiva: de la voz activa se pasa a la voz pasiva. El verdadero sujeto de la frase no es el ser humano, sino el que viene señalado de manera explícita por el mismo texto: El Espíritu Santo.

Sigamos atentos a lo que este fecundo principio de interpretación nos sugiere. En la expresión «*eodem spiritu*», la palabra «*spiritu*» se refiere claramente al Espíritu Santo. No hace alusión al espíritu humano o condición espiritual del hagiógrafo o lector. Recogemos de la constitución *Dei Verbum* las menciones explícitas, que señalan su presencia:

La revelación que la Sagrada Escritura contiene y ofrece, ha sido puesta por escrito –*consignata*– bajo la inspiración del Espíritu Santo (DV, 11).

La santa madre Iglesia, fiel a la fe de los apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo (Jn 20,31; 2 Tim 3,16; 2 Pe 1,19-21), tienen a Dios como autor (DV, 11).

Será preciso proceder a un esclarecimiento ponderado. No es que la acción del Espíritu anule la capacidad humana. La actividad del Espíritu, de ninguna manera, suprime ni siquiera merma, sino que la transforma y potencia. Pero hay que convenir que ante la acción del Espíritu el hombre no es sujeto protagonista, sino pasivo o receptivo. Su trabajo consiste en acoger con plena atención el despliegue de la actividad del Espíritu.

Continuemos indagando. ¿Cuál es el papel protagonista del Espíritu? No reemplaza al hombre, ni sustituye su capacidad. El Espíritu no lee ni interpreta, ni tan siquiera escribe. El papel del Espíritu viene señalado por la frase latina del Concilio: *eodem Spiritu quo*. La formulación gramatical indica que se trata de un ablativo de modo, con valor causal.

El texto alude a la verdadera causalidad de estas acciones. El Espíritu ejerce una verdadera influencia sobre el autor sagrado, sobre el lector y sobre el intérprete. Esta constatación permite una consideración de alto alcance. La presencia del Espíritu no queda reservada al pasado, al texto ya fijo, y que nosotros aceptamos como libro revelado. No se limita a la acción inspirada de la Escritura, sino que se ejercita sobre el creyente que lee e interpreta la Palabra.

Estas tres personas –hagiógrafo, lector e intérprete– pertenecen a ámbitos diferentes; pero poseen en común algo o alguien que los congrega e identifica: están inhabitados por el mismo Espíritu –*eodem Spiritu*–.

El hagiógrafo y el lector –o intérprete– se sitúan en épocas muy lejanas, incluso pueden ser considerados extraños y remotos el uno para el otro. Ha surgido una distancia secular, se ha cavado entre ellos una fosa de años y de siglos, y, sin embargo, a todos ellos les une un lazo profundo, que los anima y que hace posible su tarea: el mismo Espíritu. Este Espíritu posee poder divino, traspasa barreras de siglos, acerca las infranqueables distancias de culturas diferentes. El Espíritu crea en ellos una íntima comunión ante la Palabra de Dios.

Por tanto, el Espíritu actúa en el presente. Su «presencia» –remachemos esta enseñanza hasta con redundancia martillean-te– es un don presente perdurable, perpetuo. Su acción resulta actual. Es necesario insistir en esta fecunda idea que el Concilio, eco de la mejor tradición de los santos Padres, nos enseña.

Conclusión

a) Tener en cuenta tres normas interpretativas

La *Dei Verbum* señala luego tres reglas de esta lectura en el Espíritu. Invocar la asistencia del Espíritu exige también tener en

cuenta estas tres recomendaciones y atenerse a ellas: hay que considerar la unidad de la Escritura, la Tradición viva de la Iglesia y la analogía de la fe.

- a) La unidad de la Escritura se alcanza con la plenitud de Cristo. Así lo señala nuestra Constitución:

Dios, pues, inspirador y autor de ambos Testamentos, dispuso las cosas tan sabiamente que el Nuevo Testamento está latente en el Antiguo y el Antiguo está patente en el Nuevo. Porque, aunque Cristo fundó el Nuevo Testamento en su sangre, no obstante los libros del Antiguo Testamento recibidos íntegramente en la proclamación evangélica, adquieren y manifiestan su plena significación en el Nuevo Testamento, ilustrándolo y explicándolo al mismo tiempo (*Dei Verbum*, 6).

Los santos Padres encontraban una profunda unidad en el designio del amor de Dios. Así deja constancia un gran conocedor de esta tradición patrística: «Los Padres buscaban una lectura unificante de las escrituras múltiples, reunidas en una Biblia única, para descubrir en ella al Cristo uno y único»⁶².

En el capítulo que versaba sobre la lectura de la Biblia en Cristo, encontramos testimonios abundantes y pruebas que avalan esta plenitud que concede la presencia del Señor Jesús a todos los libros revelados.

Muy certeramente ha sido descrita esta profunda unidad de la Escritura, desde Cristo. Con toda la tradición interpretativa de la Iglesia afirmamos esta profunda equivalencia. Toda la Biblia es el Verbo de Dios, Jesucristo. Se trata de descubrir en la Escritura el *Verbum abbreviatum: Eloquium Dei, Verbum Dei; Verbum Dei, Filius Dei*⁶³.

- b) La tradición viva de toda la Iglesia no se refiere a una serie informe de documentos, sino a la misma vida de fe de los cristianos. Dentro de esta tradición viva de la Iglesia, hay que apreciar y seguir la interpretación de los santos Padres,

⁶² B. de Margerie, *Introduction à l'histoire de l'exégèse I*, París 1990, 282.

⁶³ Cf. H. de Lubac, *Exégèse médiévale II*, París 1961, 189. Cita a Adam de Perseigne, *Fragmenta mariana*; PL 211, 750D.

quienes procuraban ante todo la inteligencia espiritual de la Escritura⁶⁴.

Asimismo, también se trata con amplitud de esta cuestión en el capítulo sobre la lectura de la Biblia en la Iglesia.

- c) La expresión «analogía de la fe» es de origen paolino (Rom 12,6). Aparece como síntesis de las dos anteriores. La tarea del lector-intérprete ha de integrarse en la comunión con el pueblo de Dios. El lector no está solo al leer la Biblia, no es una isla, se encuentra inmerso dentro de una comunidad que es la Iglesia⁶⁵.

El lector de la Biblia no debe situarse al margen de la corriente viva de la Escritura, sino tal como ésta ha sido leída e interpretada por la comunidad eclesial. Hay que llegar a «la inteligencia espiritual de la Escritura, tal como los siglos cristianos la han comprendido»⁶⁶.

b) La Biblia, el libro del misterio de Dios

Hay lugar para la adoración de la Palabra; pues al leer la Biblia, nos encontramos con un texto, que es tierra sagrada en donde Dios habita. Ante la santidad de la Biblia debe el lector creyente quitarse las sandalias, como Moisés delante del misterio de la zarza ardiente.

Resulta sumamente importante subrayar el sentido del misterio. Así lo presentó Mons. N. Edelby:

5. Mencionemos un último principio, que no es el menor: el sentido del misterio. El Dios que se revela es 'el Dios escondido'. La revelación no nos debe hacer perder de vista el abismo de vida del Dios trinitario, vivida por su pueblo, pero siempre inagotable. El Oriente dice que la revelación es, ante todo, apofática, es decir, vivida en el misterio antes de ser expresada en palabras. Este dato apofático de la revelación es para la Iglesia el fundamento de la riqueza siempre viva de la Tradición. Una de las causas de los atolladeros teológicos en los últimos si-

⁶⁴ I. De la Potterie, *a.c.*, 184.

⁶⁵ Cf. J. de Finance, *De l'indicible à l'Indicible*: Gregorianum 65 (1984) 657-694.

⁶⁶ H. de Lubac, *L'Écriture dans la Tradition*, París 1966, 7.

glos ha sido la pretensión de encerrar el misterio en un encasillado de fórmulas. Ahora bien, la plenitud del misterio desborda no sólo la formulación teológica sino aun los límites de la escritura. Aunque el concilio no haya de decidirse sobre la cuestión del sentido *plenior* de la Escritura, debería afirmar la necesidad de la lectura 'espiritual', o sea, en el 'Espíritu' de las Sagradas Escrituras. Se trata, más que de una analogía de la fe, del sentido de la totalidad de Cristo resucitado, cuyo testimonio y parusía realiza progresivamente en la Iglesia el Espíritu Santo.

La revelación de Dios no puede quedar prisionera de las palabras, como si fuesen éstas cárceles que la dejan cautiva e inoperante. No puede ser reducida a fórmulas, gastadas, exangües. La revelación es realidad divina que nos supera y desborda. No es algo que el lector-intérprete objetiva y que eventualmente resuelve —como hábil relojero ante las piezas desgajadas de un reloj—. No es algo, sino Alguien. Alguien que sale a nuestro encuentro y envuelve.

La Palabra de Dios no se queda fosilizada en la Biblia. No está muerta. ¿Podríamos buscar un símil inteligible? La Palabra de Dios descansa en la Biblia. No es mineral. No es animal disecado. No está necrosada. Hemos dicho antes que «duerme». Espera que la fuerza de Dios la haga despertar. Precisa de una *epiclesis* —o invocación del Espíritu Santo—, que le dé vida y transforme. Sin dicha *epiclesis*, la palabra permanece dormida, yace, pero no surge con vida.

Siguiendo el último de los signos del evangelio de san Juan, Lázaro estaba dormido. «Voy a despertarlo», dice el Señor. Sin el grito de Jesús: «Lázaro, ven aquí» (Jn 11,43), Lázaro seguiría en el sepulcro, ya de «cuatro días», esto es, muerto sin remedio. El Señor, asimismo, realiza su acción prodigiosa sobre la letra dormida de la Biblia por medio del grito vivificante del Espíritu Santo.

Las palabras de un maestro de la exégesis y de la significación literaria de la Biblia, L. Alonso Schökel, nos confirman en el papel absolutamente protagonista del Espíritu en todo lo concerniente a la lectura e interpretación creyente de la Palabra de Dios:

Sin el Espíritu es inútil repasar las narraciones bíblicas, no hacen sentido su sentido verdadero; no se entienden; sin el Espíritu, la palabra es letra muerta; a lo sumo, palabra de otro orden. La Iglesia invoca al Espíritu para que venga sobre el pan,

sobre la letra escrita, repitiendo perpetuamente la consagración, haciendo que los hechos vuelvan a revelar, conduciendo así a la Iglesia hacia la plenitud de la verdad⁶⁷.

La Biblia, mientras narra el texto transmite un misterio: *Scriptura sacra... uno eodemque sermone, dum narrat textum pro-dit mysterium*⁶⁸: el misterio de nuestra salvación.

Es menester, por tanto, indagar «la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para nuestra salvación» (*Dei Verbum*, 12).

Esta verdad no se limita a un enunciado de hechos históricos, sino a la «verdad de nuestra salvación». Recogemos dicha expresión, conforme al uso que el Concilio ha señalado, para inferir su significado. Habla en dos ocasiones de la *veritas salutaris* (LG 17; GS 28): «lo que Dios había revelado para salvación de todos los pueblos» (DV, 7).

Esta verdad «resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación» (DV, 2). El misterio o la verdad es Cristo, en donde definitivamente reside nuestro destino y salvación (DV, 15)⁶⁹.

Concluimos. En la letra misma de la Biblia la Palabra de Dios está como dormida. Pero el Espíritu permanece despierto. Vela y aguarda expectante, para hacerse presente y desvelar la plenitud de sentido al lector, que se acerca con hambre de entender y con fe para vivir. Interpretar es descubrir la verdad que está oculta, captar su sentido; consiste en desvelar el misterio escondido en la letra. Se descubre el misterio cuando en la Escritura aparece el resplandor de Cristo, merced a la luz que nos concede el Espíritu.

c) Pedir con constancia y confianza el don del Espíritu Santo

Si tan necesaria se torna la presencia del Espíritu, una consecuencia parece obvia. Se trata, ni más ni menos, que de cumplir

⁶⁷ L. Alonso Schökel–A. M^a Artola, *La Palabra de Dios en la historia de los hombres. Comentario temático a la Constitución Dei Verbum*, Bilbao 1991, 424.

⁶⁸ San Gregorio Magno, *Moralia* XX, 1, 1; PL 35, 1458.

⁶⁹ Un ejemplo lo podemos encontrar en san Agustín al exponer el relato joánico de las bodas de Caná. Explica, en primer lugar, el sentido literal; después expone *lo que pertenece al misterio de este hecho*. Y el misterio consiste en que las bodas de Caná son el signo de la alianza, el símbolo de las bodas mesiánicas: Cristo inaugura con la Iglesia, su esposa, el tiempo feliz de las nupcias. Cf. *Tract. In Ioann.*, 8, 13; PL 35, 1.548.

el ruego de Jesús en el evangelio: pedir el don del Espíritu. Invocarlo y suplicarlo para que venga. Jesús nos lo ha asegurado: «pedid y se os dará» (Mt 7,7).

Para ello, Jesús, modelo y maestro de oración, nos propone una parábola:

Y les dijo: Si alguno de vosotros tiene un amigo y viene durante la medianoche para decirle: Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle. Y desde dentro, el otro le responde: No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados: no puedo levantarme para dártelos. Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite. Pues así os digo yo: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Porque quien pide, recibe; quien busca, halla; y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una serpiente? ¿O si le pide un pez, le dará un escorpión? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden! (Lc 11,5-13).

Sin pretender realizar una pormenorizada explicación, sí anotamos algunas enseñanzas evidentes. Existen impedimentos en el tiempo y el espacio para que la petición sea aceptada. Es medianoche. Si se levanta el amigo, toda la familia se verá obligada a despertarse. Hay que saber que había una única habitación donde dormían todos los miembros de la familia sobre una estera que, enrollada durante el día y puesta a un lado, todas las noches era desplegada para que cada uno ocupara su puesto encima de ella.

La razón de la amistad es el motivo literario dominante de la parábola. Un amigo no puede dejar a otro amigo en la estacada. Un amigo es el que puede decir a otro: «aunque sea al filo de la medianoche, yo te necesito».

El mensaje de la parábola hace hincapié en su aplicación a Dios. Va de menos a más: Dios no negará lo que se le pida; él ayuda sin condiciones. ¡Dios es el amigo que nunca falla!

El último verso añade que si la razón de la amistad no es suficiente, se recurre a la *anaideia*. Esta densa palabra posee toda

una plural gama de registros significativos: perseverancia, constancia; osadía, descaro, atrevimiento, desfachatez. Hay que rezar con la certeza de que nuestra petición será atendida (Mc 11,24). Se trata de la *parresía*, la franqueza propia de la amistad.

Por tanto, la parábola insiste en la seguridad y confianza de ser escuchados; puesto que a este atrevimiento Dios no se resiste.

Es bastante probable que estos imperativos del pedir muestren la experiencia de un mendigo. Rescata escenas de vida familiar y vocablos domésticos: pez-serpiente; huevo-escorpión. El acento se pone en la peligrosidad de estos animales, que son referidos a Satanás y a los espíritus malos (Lc 10,19) ¿Acaso –pregunta el Señor–, cuando vuestros hijos estén hambrientos les vais a dar algo dañino, un animal venenoso? ¿Por descontado que no!

«A falta de pan, buenas son tortas», solemos decir ante la emergencia del hambre, que no admite tardanza. Pero, ¿cómo dar a un hijo algo tan mortal como una serpiente o un escorpión? La conclusión es *a fortiori*. Jesús espera de sus oyentes esta respuesta contundente: ¡Por supuesto que no vamos a darles algo que les perjudique!

Si un padre terreno, imperfecto, da cosas buenas a sus hijos, cuánto más las concederá Dios Padre. Por tanto, Jesús anima a aumentar la confianza en el Padre que regala generosamente.

El acento está puesto en lo específico del tercer evangelista. El cristiano no debe anhelar otros bienes, sino la plenitud y suma de todos ellos: el Espíritu Santo. Así lo contempla el evangelista Lucas, que especifica, concentrando, la petición según Mateo:

Si, pues vosotros, siendo malos sabéis dar cosas buenas –*domata agatha*– a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden! (Lc 11,13).

El verso 13 determina lo que hemos de pedir y esperar en la oración: el Espíritu Santo. Es el don salvífico en el tiempo de la Iglesia, quien nos abre de par en par las puertas de la Palabra de Dios.

El Espíritu Santo no es un lujo en nuestra vida, sino Alguien necesario. El mismo Jesús ha propuesto la imagen del símbolo de la sobrevivencia y la urgencia para remediar el hambre en la mis-

ma parábola. El Espíritu Santo resulta tan imprescindible en nuestra vida como el pan de cada día. Cuando un hijo pide a su padre o a su madre pan, es que necesita comer. Con el hambre no se juega. Además, un hijo suplica con toda confianza ser escuchado, cree ciegamente que va a ser acogida su petición y que su padre le dará de inmediato el pan que necesita.

Como el pan es necesario para vivir, así es de necesario y urgente el Espíritu Santo para comer y saborear el pan de la Palabra, la lectura de la Biblia. Con la misma confianza con que acude un hijo a su padre, así hemos de implorarlo de nuestro Padre. Tenemos que saber que Él nos va a dar sin tasas ni límites el don del Espíritu Santo.

El papa Juan Pablo II encabeza el documento de la Pontificia Comisión bíblica sobre la «Interpretación de la Biblia» con un discurso esclarecedor. Algunos de sus pasajes pueden recapitular ahora nuestro trabajo, a la manera de testamento espiritual:

La Palabra de Dios invita a cada uno a salir de sí mismo para vivir en la fe y en la caridad. La encíclica *Providentissimus Deus* recuerda, a este respecto, el carácter particular de los libros sagrados y la exigencia que de ello deriva para su interpretación: 'Los libros sagrados no pueden equipararse a los escritos ordinarios, sino que, al haber sido dictados por el mismo Espíritu Santo y tener un contenido de suma importancia, misterioso y difícil en muchos aspectos, para comprenderlos y explicarlos, tenemos necesidad de la venida del mismo Espíritu Santo, es decir, de su luz y su gracia, que es preciso pedir ciertamente con una oración humilde y conservar con una vida santa' (*Enchiridion biblicum*, 89). Con una fórmula más breve, tomada de san Agustín, la *Divino afflante Spiritu* expresa esta misma exigencia: *Orent ut intelligant!* (*Enchiridion biblicum*, 569). Sí, para llegar a una interpretación plenamente válida de las palabras inspiradas por el Espíritu Santo, es necesario que el Espíritu Santo nos guíe; y para esto, es necesario orar, orar mucho, pedir en la oración la luz interior del Espíritu y aceptar dócilmente esta luz, pedir el amor, única realidad que nos hace capaces de comprender el lenguaje de Dios, que es 'amor' (1 Jn 4,8.16)⁷⁰.

⁷⁰ Pontificia Comisión Bíblica, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Valencia 1993, 12.

d) El Espíritu Santo, prenda de nuestra esperanza, necesidad en nuestra lectura bíblica

El Espíritu Santo habita dentro de la Iglesia. Cristo resucitado lo efundió desde el Padre a toda la Iglesia. El Espíritu bajó en forma de lenguas de fuego y fue posándose sobre los apóstoles. Reside siempre con la Iglesia, no la abandona nunca; la acompaña en su larga historia por el desierto de este mundo, como aquella columna de fuego que iba delante del pueblo de Dios; se convertía en nube protectora durante el día y en luz durante la noche. El Espíritu no deja de estar con la Iglesia, es su guía y acompañante indefectible.

Recordamos unas palabras del cardenal Suenens, quien tanto ha trabajado por devolver al pueblo de Dios la conciencia de la presencia del Espíritu:

El Espíritu es, a la vez, continuidad y novedad, tradición y progreso. Explica lo que los discípulos de Jesús no pudieron conocer de la enseñanza de su Maestro, liberándolos poco a poco de su 'falta de inteligencia y de la dureza de su corazón' (Mc 16,14). El Espíritu se apoya en la única Palabra del Señor que debe sostener a cada generación. 'Venid a beber el agua en las fuentes del Señor'. Él hace recordar las palabras de Dios, pero dándoles actualidad, un directo impacto sobre cada acontecimiento. Nunca las repite; cada vez les concede una inesperada resonancia, una nueva urgencia. El Espíritu llama a la Iglesia de manera activa y práctica a las enseñanzas de Cristo. Los cristianos por sí mismos no encontrarán a su disposición más que la letra de las palabras de Jesús, no sabrán comprender realmente su mensaje; es preciso que el Espíritu las haga comprender⁷¹.

No podemos separar la presencia del Espíritu de nuestro acercamiento a la Biblia. Toda lectura, ajena a su inspiración, resulta triste y desnaturalizada. Nos deja en la penumbra de la incompreensión y en el frío de la desafección.

Es Jesús mismo, centro y clave de bóveda de la Escritura, resplandor de todas sus palabras y cumplimiento de sus figuras, quien continúa hablando hoy a la Iglesia, pero de una manera nueva: a través de su propio Espíritu. La actividad de éste resul-

⁷¹ L. J. Suenens, *¿Un nuevo Pentecostés?* Madrid 1975, 231-232.

ta imprescindible para leer, acoger, comprender, interpretar y vivir la revelación de Jesús.

El principio interpretativo «La Escritura se ha de leer con el mismo espíritu en que fue escrita» (DV, 12) posee un autor-exegeta, quien lo acuñó y puso en práctica dentro de la Iglesia: san Jerónimo. Siguiendo su sabia recomendación queremos comportarnos: «Si siempre necesitamos del Espíritu de Dios, mucho más necesitamos su asistencia al leer e interpretar la Sagrada Escritura»⁷².

El poder transformador del Espíritu actúa a lo largo de toda la historia de la encarnación de la Palabra. Opera dentro del creyente con una labor perseverante de honda penetración.

La Biblia, merced al Espíritu, que la habita interiormente, nunca es letra muerta ni carta amarillenta, rebosa plenitud de vida. El Espíritu hace posible que la Palabra sea reveladora y causa de salvación, siempre que se la acoja con fe. Así lo supo hacer admirablemente María: «He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,39).

Cada vez que leemos con fe la Biblia y somos dóciles a la luz inspiradora del Espíritu Santo, que nos interpreta la Palabra de Dios, se realiza en nosotros una verdadera encarnación, como aconteció en María, nuestra madre; como sucede durante la *epiclesis* en la consagración eucarística: Dios se hace presente, y genera su vida eterna en nosotros.

El Espíritu nos regala dos realidades, acaso las más consoladoras, de toda la Biblia: la *parresía* y la misión.

e) La *parresía*: seguridad gozosa de la fe

Afirma el papa Pablo VI: «El primer fruto de la lectura de la Biblia es la seguridad gozosa de la fe»⁷³. Es ésta, sin duda, una certera definición de la palabra griega *parresía*. Es un don del Espíritu Santo.

⁷² *In Mich.* 1,10-15; PL 25, 125.

⁷³ *Insegnamenti di Paolo VI* (V), Tipografia Poliglota Vaticana 1967, 91.

Parresía indica la libertad para decirlo todo «*pan-rhesis*». Así se manifestaba el gran orador Demóstenes (Or 111,3ss). En el Nuevo Testamento posee dos grandes significaciones. En primer lugar, la confianza y la franqueza ante Dios –en latín: *fiducia*, *confidentia*–; en segundo lugar, la osadía y atrevimiento en la predicación apostólica.

La *parresía* es la confianza serena que nos concede la fe cristiana; permite saborear la alegría de nuestra salvación. No existe mayor gozo para un creyente sino la dicha de experimentar que Dios es nuestro Salvador, que nos rescata de nuestros pecados y de la muerte eterna por pura gracia y misericordia, y nos concede, como un exceso de su amor, la vida eterna: estar con él y con los hermanos para siempre.

Stählin afirma que la *parresía* es «la verdadera característica de la existencia cristiana»⁷⁴. El autor de la carta a los Hebreos concluye sus capítulos tercero y cuarto sobre el sacerdocio de Jesús, pontífice fiel y compasivo, con unas palabras de ánimo para acceder al «trono de la gracia», sintagma que alude no al poder omnímodo que infunde temor, sino al triunfo de la gracia:

Acerquémonos con confianza (*parresía*) al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para el tiempo oportuno (Heb 4,16).

Nos señala el autor que tenemos plena *parresía* para entrar en el santuario (10,19). «Es la palabra gozosa, absolutamente libre y espontánea, usada en la oración y en las relaciones humanas. Indica la plena confianza para con Dios»⁷⁵.

En la primera carta de san Juan se insiste, asimismo, en la confianza:

Queridos, si la conciencia no nos condena, tenemos plena confianza –*parresía*– ante Dios (3,21).

La *parresía* es el derecho a la libertad, al gozo de vivir como hijos de Dios, llevando una existencia marcada por el abandono

⁷⁴ W. Stählin, *Parousia und Parrhesia*, en *Wahrheit und Verdündigung* (Fs. für M. Schmaus), Múnich-Padeborn 1967, 230.

⁷⁵ Texto recogido por H. Schlier, *parresia: Theologisch Wörterbuch zum Neuen Testament* V, Stuttgart 1954, 882.

incondicional en Dios, cuyo amor nos precede y acompaña siempre. Se experimenta el aire de familia, poder habitar en la misma casa. Esta *parresía* va poco a poco eliminando las viejas ataduras, las sutiles o sangrantes heridas, y pesados lastres, que impiden vivir con júbilo la fe. La *parresía* va invadiendo de tal modo el ser del cristiano que le hace perder el miedo incluso ante el evento que más pavor puede infundir: el último juicio.

En esto ha llegado el amor a su plenitud en nosotros: en que tengamos confianza *-parresía-* en el día del juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud del amor. Nosotros amemos porque él nos amó primero (1 Jn 4,17-19).

La *parresía* se experimenta como un don del Espíritu Santo⁷⁶. La respuesta ante esta certeza del amor de Dios, que nunca falla ni se debilita porque es eterno, no puede ser la indiferencia, la apatía, la tibieza, la mediocridad, el cinismo que ya conjuraba Pablo:

¿Qué diremos, pues? ¿Que debemos permanecer en el pecado para que la gracia se multiplique? ¡De ningún modo! Los que hemos muerto al pecado ¿cómo seguir viviendo en él? ¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva (Rm 6,1-4).

A Dios no le da lo mismo «tres que treinta y tres». No podemos maniar el amor de Dios, hacer chantaje a su misericordia infinita para proseguir en nuestro ciego egoísmo insolidario. Somos pecadores. También humanos y libres. Nuestra libertad no se halla tan mermada que no dejemos de experimentar la responsabilidad de nuestros actos.

Ante este gozo, que nos confirma nuestra fe, el cristiano no puede sino —no le queda más remedio— alabar a Dios, darle gra-

⁷⁶ H. Balz, *Parresia*, en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento II* (ed. H. Balz-G. Schneider), Salamanca 1988, 811.

cias, corresponder con una vida entregada y generosa, dar testimonio alegre de la fe: ser misionero del Evangelio o Buena Noticia de la salvación.

¿Por qué esta dicha de nuestra fe? Porque el Espíritu nos concede el don supremo y perenne que consiste en conocer al Padre y al Hijo. Así lo suplica la Iglesia en las conocidas invocaciones al Espíritu Santo. *Da perenne gaudium. Per te sciamus da Patrem, noscamus atque Filium.*

El gozo brota porque el Espíritu nos hace conocer el amor del Padre y del Hijo. Es preciso llegar a entender con inteligencia espiritual la sustancia de los pasajes bíblicos, que nos hablan del amor de Dios.

El amor del Padre. Cada vez que el evangelista menciona este amor, lo hace con palabras de asombro e hipérbole:

Tanto amó Dios al mundo que le dio a su único Hijo (Jn 3,16); Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! (1 Jn 3,1).

El Espíritu nos da ese hondo instinto de hijos para clamar hacia él con toda confianza y libertad:

En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios (Rom 8,14-16; asimismo Gál 5,18).

El amor de Jesucristo. Únicamente el Espíritu Santo hace experimentar, como a los discípulos y a Pablo, su amor:

Nadie puede decir Jesús es Señor sino en el Espíritu Santo (1 Cor 12, 3);

Habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo (Jn 13,1);

No vivo yo, sino que Cristo vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí (Gál 3,20; Cristo ama a la Iglesia y se entrega por ella; Ef 5,2).

Este infinito amor puede quedarse en una instancia externa, que se contempla de lejos como se observa el mar inconmensu-

table, ante cuya presencia puede sentirse a lo sumo admiración o lejanía. El Espíritu nos acerca y abre a esta realidad maravillosa de la vida de Dios. Logra que la plenitud del amor de Dios se vierta en nosotros, que cale hasta los huesos y prenda en lo más hondo:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rm 5,5).

El Espíritu Santo arraiga en nosotros esta profunda certidumbre de nuestra fe:

Estoy convencido –*pepeismai*– de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni las potestades ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Rom 8,38-39).

Esto es verdaderamente lo que alimenta el alma *cibus animae*, y le permite saborear la más pura y perenne dicha *perenne gaudium*. Cuando se llega –mediante la lectura de la Biblia– a esta experiencia de sentirse amado así por Cristo, de manera íntima y desbordante y que este amor libera generosamente nuestro corazón para amar a los hermanos con la misma fuerza de su amor..., entonces se pasa de la muerte a la vida, palpamos la pascua o el paso verdadero:

Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor (Jn 15,9).

Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos (1 Jn 3,14).

f) La misión

La Palabra de Dios ilumina la vocación de Jesús. Cuando lee la Escritura en la sinagoga de Nazaret, lo primero que descubre es la presencia del Espíritu Santo que le unge con su fuerza. Hace *lectio divina* de la Escritura:

Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito:

El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha unguido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar

la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4,17-19).

Ante la mirada atónita de la gente, congregada en la sinagoga, Jesús interpreta desde él mismo, como culmen que es, esta escritura: «Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír» (v. 21). La lleva a cabo mediante el anuncio del Evangelio a todos los pobres, cautivos, ciegos y oprimidos.

Sus palabras causan la admiración del pueblo porque son de gracia y de perdón, y no respiran venganza o desquite (v. 22). A continuación habla de su misión que no conoce límites; va dirigida a todos los pueblos, representados en esa pareja de personajes: una mujer, la viuda de Sarepta; y un hombre, Naamán el sirio (vv. 26-27).

Jesús se comportó de acuerdo a este sumario profético, en plena docilidad y entrega a la palabra proclamada. Llevó a término su misión evangelizadora asistido de la fuerza del Espíritu Santo que lo había ungido. Lo menciona Pedro durante un célebre discurso a un pagano, Cornelio:

Dios ungió a Jesús de Nazaret con el Espíritu Santo y con poder, y pasó por la vida haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo porque Dios estaba con él (Hch 10,38).

Como actuó Jesús, así se comporta la Iglesia. El libro de los Hechos muestra fehacientemente que la Iglesia no es sino la prolongación viva de su presencia salvadora. Tal es su vocación y destino: ser testigo de Jesús en la historia. Esto queda admirablemente descrito en el martirio de Esteban, que es apredreado fuera de la ciudad, mientras suplica el perdón para sus enemigos. Muere, literalmente, como un calco del mismo Jesús (Hch 7,55-60).

Lo que sucede en Jesús, evangelizador, también acontece en la Iglesia misionera. Como Jesús fue ungido con la presencia del Espíritu en el bautismo y en la lectura de la Escritura, así la Iglesia experimenta su propio bautismo en Pentecostés.

Ya el Señor había indicado a los apóstoles que se quedasen en Jerusalén, para ser revestidos de poder desde lo alto (Lc 24,49). Para esto viene el Espíritu Santo a la Iglesia: para convertirla en testimonio viviente del Evangelio, anular todo temor y cobardía,

abrir de par en par las puertas hasta ahora cerradas, y otorgarle poder a fin de predicar con valentía la Palabra de la salvación.

Esto sucede en Pentecostés: «todos quedaron llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse» (Hch 2,4). La multitud proviene de diecisiete pueblos, que representan el orbe entero. La misión de la Iglesia debe ser, como la de Jesús, universal, abierta a todas las naciones.

El libro de los Hechos relata esta misión evangelizadora de la Iglesia. Es el Espíritu quien otorga la audacia para predicar. Así suplican los apóstoles:

Y ahora, Señor, ten en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos que puedan predicar tu Palabra con toda valentía (*parresía*) (Hch 4,29).

Los apóstoles hacen una oración unánime al Señor y acontece otro nuevo Pentecostés. Los apóstoles se llenan del Espíritu Santo y de su fruto más peculiar: la *parresía*.

Acabada su oración, retrembló el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía –*parresía*– (Hch 4,31)

Las gloriosas páginas del libro de los Hechos nos muestran la historia de esta fuerza del Espíritu que se extiende en la primitiva Iglesia. Vemos cómo los apóstoles dan testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús (Hch 4,33). Comparecen ante el sanedrín. Nada ni nadie les hace callar. Se sienten animados con la asistencia del Espíritu Santo. Con esta entereza responden a las altas autoridades religiosas del pueblo: «Nosotros somos testigos de estas cosas y también el Espíritu Santo que ha dado Dios a los que le obedecen» (Hch 5,33). Incluso son azotados, intimidados a no seguir hablando de Jesús; pero ellos salen del tormento felices por haber sido hallados dignos de sufrir por el Señor Jesús (5,41).

El Espíritu actúa decisivamente en la misión; abre la Iglesia a otros horizontes:

Mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado. Entonces, después de ha-

ber ayunado y orado, les impusieron las manos y les enviaron. Ellos, pues, enviados por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia y de allí navegaron hasta Chipre (Hch 13,2-4).

Esta misión conoce la persecución y el derramamiento de la sangre (7,54-60), el peligro de muerte (21,30-36). Acosada por tan duros peligros, la Iglesia no abdica de su misión; el Espíritu se convierte en consuelo, guía y –según la certera formulación de Haya Prats– «fuerza de la Iglesia»⁷⁷.

El apóstol siente la urgencia de comunicar la fe. «¡Ay de mí si no evangelizare!», confesaba Pablo, quien padecía una verdadera «necesidad» –*anagke*–, de la que no podía liberarse (1 Cor 9, 15-18). La misión acaba en Roma, en donde Pablo predica con valentía –*parresía*– la Palabra del Señor, y desde donde el Evangelio podrá extenderse a todo el mundo (28,31).

Toda auténtica lectura de la Biblia en el Espíritu despierta la viva conciencia de la evangelización. Nos enardece y asocia a la misión de Jesús: ser las lenguas de fuego de Pentecostés que comunican con coraje y gozo el testimonio del Señor Jesús por todos los confines del mundo.

⁷⁷ Haya-Prats, *L'Esprit, force de l'Église*, París 1975.

VI

Lectura de la Biblia en comunión con la Iglesia

La Palabra de Dios habita en medio de la Iglesia: junto a la mesa del pan eucarístico está la mesa de la Palabra (*Dei Verbum*, 21). La Iglesia recibe el tesoro de esta Palabra (*Dei Verbum*, 1; *Lumen Gentium*, 66). Genera nuevos hijos de Dios mediante la Palabra y los sacramentos (*Lumen Gentium*, 28). Vive de toda Palabra que sale de la boca de Dios; es su alimento de fe (*Dei Verbum*, 21). Interpreta esta Palabra (*Dei Verbum*, 10). La da a conocer a toda la humanidad (*Gaudium et Spes*, 41).

Como una verdadera madre providente, que vela con cuidado por sus hijos, la Iglesia concede a los cristianos el gran don de la Escritura, alimento que nutre y proporciona vitalidad perenne.

No encontramos la Biblia perdida en una oscura biblioteca; es la Iglesia quien nos la entrega y transmite en el cauce de una tradición multiseccular. Debemos leer la Biblia en el sentir de toda la Iglesia católica.

A veces se asiste a la nueva edición de un viejo error, en el que cayó Lutero: enfrentamiento entre Escritura y Tradición. Hay que decir que la Escritura nos llega dentro de la tradición viva de la Iglesia. Resulta iluminadora la siguiente cita de san Agustín: *Evangelio non crederem, nisi me catholicae ecclesiae commoveret auctoritas*¹.

¹ *Contra Ep. Manichei*: PL 42, 176.

Contemplaremos tres grandes momentos de la vida de la Iglesia en relación con la Palabra. Se encuentran orgánicamente interconectados, en fecunda relación. En primer lugar, descubriremos cómo la Palabra de Dios constituye al pueblo de Dios –Antiguo Testamento– y a la Iglesia –Nuevo Testamento–. Después, cómo la Iglesia «forma y da luz» a la Palabra. Por último, nos adentraremos en el hábitat idóneo de la Palabra en la Iglesia: la liturgia, ámbito original en donde ha nacido la Palabra y en donde esta Palabra debe ser proclamada, acogida y leída.

Primera Parte

La Palabra crea al pueblo de Dios y a la Iglesia

1. El Antiguo Testamento

Nos acercamos a este largo tiempo de preparación. El Concilio afirma que la Iglesia está prefigurada en el Antiguo Testamento (*Lumen Gentium*, 6).

La Palabra de Dios acompaña todo el proceso de formación y devenir del pueblo. Configura su existencia, que exige una reunión, una ley y una tierra. Recordemos de manera sucinta la presencia de la Palabra de Dios en esta configuración:

• **La historia de este pueblo se inicia cuando interviene la Palabra de Dios. Es el mismo Dios quien llama a Abrahán:**

Yahveh dijo a Abram: sal de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra. Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho Yahveh (Gn 12,1-5).

El arranque decisivo parte del mismo Dios que habla, tal como señala el texto al inicio del relato bíblico: «Dijo Yahveh» (12,1). El pasaje sigue insistiendo en el protagonismo del Señor, mediante el empleo repetido de los verbos en primera persona: «te mostraré, haré, bendeciré, engrandeceré...». Es la Palabra del Señor la ejecutora de esta bendición. Todos los pueblos serán benditos (la palabra hebrea *mispéhot* significa linajes, pueblos, ra-

zas). La bendición a Abrahán, «padre de una multitud de pueblos», posee alcance universal².

• **Dios libera a su pueblo oprimido mediante su palabra dada a su siervo Moisés**

El Señor ve la miseria de su pueblo y escucha su clamor. Va a liberarlo. Pero pide la colaboración de Moisés. Éste se excusa una y otra vez. Nunca un relato de vocación en la Biblia tuvo tantas negativas por parte del llamado, como las que levanta la desconfianza de Moisés. Al fin, tras muchas rogativas, se decide. Pero Moisés no hablará desde sí, sino de parte del Señor: será su portavoz. Resulta magistral este verso para apreciar la labor, siempre delegada, del que es enviado de Dios: «Anda, vete, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir» (Éx 4,12).

• **La Palabra de Dios reúne al pueblo en el Sinaí, le da una ley y forja una alianza**

Hasta ahora el pueblo era una masa de hombres, mujeres y niños, peregrinando por el desierto. No poseen una ley, carecen de constitución. No tienen conciencia de ser pueblo. Pero Dios va a establecer con ellos una alianza. Su Palabra será su Ley.

Los ha llevado sobre las alas de su providencia y los ha ido atrayendo hacia sí. Los ha sacado de la esclavitud de Egipto y convertido en un pueblo libre. Rescatado de la servidumbre para el servicio a su Señor. El pueblo debe escuchar su voz, y mantenerse fiel a lo estipulado en la alianza. Entonces, será objeto de predilección y propiedad particular entre todos los pueblos: reino de sacerdotes y nación santa. El pueblo, de manera unánime, responde: «Haremos todo cuanto ha dicho Yahveh. Y Moisés llevó a Yahveh la respuesta del pueblo» (Éx 19,8).

• **Dios sigue guiando al pueblo con la voz de los profetas**

Rezamos en el credo: «*locutus est per prophetas...*». A través de los profetas resuena la voz del Señor, que conduce a un pueblo errante, de dura cerviz. Como un compendio de esta actuación conjunta, se destaca la intervención reveladora de Amós: «¿Es

² Cf. W. Vogels, *Abrahán y su leyenda*, Bilbao 1997, 76-79.

que el Señor hace algo, sin comunicarlo a sus siervos los profetas?» (cf. 3,7). La palabra profética descubre la voluntad del Señor en todas las circunstancias, dirige el rumbo de la historia para que no se desvíe y siga siendo historia de salvación.

• La Palabra de Dios reúne al pueblo tras el destierro

Después del largo exilio todo el pueblo se congrega en la plaza, al aire libre, delante de la puerta del Agua. El escriba Esdras trae el libro de la Ley de Moisés –se rememora con emoción el tiempo del Éxodo–. Esdras lee, y todos están atentos. El pueblo responde con un amén de fidelidad. Así acaba el relato:

Esdras, el sacerdote escriba –y los levitas que explicaban al pueblo– dijeron a todo el pueblo: Este día está consagrado a Yahveh vuestro Dios; no estéis tristes ni lloréis; pues todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la Ley. Les dijo también: Id y comed manjares grasos, bebed bebidas dulces y mandad su ración a quien no tiene nada preparado. Porque este día está consagrado a nuestro Señor. No estéis tristes: la alegría de Yahveh es vuestra fortaleza (Neh 8,9-10).

La Palabra del Señor es causa de la alegría, tras la dispersión y el exilio. La lectura de la Torá es un acontecimiento fundante del culto en la sinagoga, recrea al pueblo, como pueblo de Dios. Éste, agradecido, celebra su fe en el Señor mediante una participada liturgia de la Palabra³.

Puede afirmarse que todo el Antiguo Testamento testimonia la existencia de un pueblo, modelado y conducido por la Palabra de Dios. El Espíritu ha inspirado a los autores sagrados para que cuenten esta historia de salvación.

A manera de un resumen recapitulador, recordamos una cita iluminadora del Concilio:

Eligió como pueblo suyo el pueblo de Israel, con quien estableció una alianza, y a quien instruyó gradualmente manifestándose a sí mismo y sus divinos designios a través de su historia, y santificándolo para sí (*Lumen Gentium*, 9).

³ Véase un detallado estudio sobre la importancia de esta liturgia pública, centrada en la Palabra, que logra configurar la existencia del nuevo pueblo. C. Balzaretto, *Nemina 8: una comunità che legge*, en *La Scrittura secondo le Scritture*: Parola, Spirito e Vita 43 (2001) 75-88.

2. El Nuevo Testamento

Esta historia que hemos contemplado previamente era –conforme al designio de la economía salvífica– anticipación de la definitiva alianza, que había de llevar a cabo Cristo. Se vislumbraba la realización de aquella profecía, conforme a las palabras del profeta:

He aquí que llega el tiempo, dice el Señor, y haré una nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá. Pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones, y seré Dios para ellos, y ellos serán mi pueblo... Todos, desde el pequeño al mayor, me conocerán, afirma el Señor (Jr 31,31.34).

La nueva alianza la estableció el Señor, al derramar su sangre por la humanidad (1 Cor 11,25). Así lo compendia el Concilio:

Convocó un pueblo de entre los judíos y los gentiles que se condensara en la unidad no según la carne, sino en el Espíritu, y que constituyera el nuevo Pueblo de Dios (*Lumen Gentium*, 9).

En la mesa del Nuevo Testamento no hay 27 panes o libros, sino un pan que reluce como el sol (Ap 1,16): un pan de vida que se manifestó como luz verdadera. En Jesús está la vida y la vida es la luz de los hombres (Jn 1,4).

Los evangelios no son escritos creados por los evangelistas *ex novo*, como cosecha propia. Son la cristalización de una triple vida: de Jesús y sus discípulos, de la Iglesia apostólica, de cada iglesia destinataria de los evangelios. En ellos se ha condensado lo mejor de esa vida primordial:

La Vida se ha manifestado y nosotros la hemos visto y damos testimonio, y os anunciamos la Vida eterna, que estaba con el Padre y que se nos ha manifestado. Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos (1 Jn 1,23).

A todos los escritos del Nuevo Testamento cabe aplicar la presente conclusión joánica, puesto que brotan de una vida y buscan despertar más vida:

Estas señales han sido escritas para que creáis que Jesús es el Señor, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre (Jn 20,31).

Es preciso insistir en esta dimensión vital de los evangelios. «Cuanto más fuerte era la vida común, tanto más fuerte fue la

transmisión de cuanto mantenía unida a la comunidad»⁴. La vida de la comunidad hizo nacer y hace renacer de forma permanente el Evangelio de Dios⁵.

Ciertamente, los evangelios escritos jamás han existido para sí mismos y por sí mismos. Si Dios hubiera querido que su religión fuese del libro, habría procedido de otro modo. Jesús habría escrito un libro, o al menos, habría elegido como discípulos suyos gentes de letras o doctores de la ley, escribas expertos. Podría encontrarlos entonces en Palestina, pero no lo hizo⁶.

Ningún libro bíblico puede ser considerado un objeto perdido, que encontramos tras una ímproba labor de arqueología: no exhumamos unas reliquias o desenterramos un tesoro que yace en el polvo del destierro de veintiún siglos⁷.

Ésta es la concentrada secuencia, resuelta en tres fases o períodos que forman la génesis del Nuevo Testamento⁸.

- a) Al principio fue Jesús que apareció sobre la tierra. Quiso hacer de este mundo una casa, un hogar habitable; y de esta humanidad, la familia de los hijos de Dios o Iglesia. Por eso llamó a unos discípulos, a los que él quiso, para que estuviesen con él, y los envió a predicar.
- b) Después de tres años de vida pública, Jesús murió y resucitó. El misterio pascual es fundamento de la fe cristiana. La resurrección otorgó la clave luminosa a su vida entera y a sus palabras. Sus discípulos, esclarecidos con el Espíritu Santo en Pentecostés, dieron esforzado testimonio de

⁴ J. Caba, *De los evangelios al Jesús histórico*, Madrid 1971, 370.

⁵ J. J. Bartolomé, *El Evangelio y Jesús de Nazaret. Manual para el estudio de la tradición evangélica*, Madrid 1995, 59.

⁶ Cf. L. Cerfaux, *Jesús en los orígenes de la Tradición*, Bilbao 1970, 18.

⁷ Los diversos libros no son producto de algo que sucedió en la intimidad de la conciencia, como fenómeno exclusivamente subjetivista. En ningún modo comparable a la experiencia de Descartes, durante aquel invierno en Heilderberg, al calor de la chimenea, cuando –con la manta en la cabeza, nunca mejor dicho– tuvo aquella intuición genial, arranque de la filosofía moderna: *je pense, donc je suis*.

⁸ Decisiva en los estudios del Nuevo Testamento fue la Instrucción eclesial *Veritate historica Evangeliorum* (21 de abril de 1964) para fijar estos tres momentos constituyentes en la formación de los evangelios. Cf. P. Stuhlmacher (ed.), *The Gospel and the Gospels*, Gran Rapid 1991, xxviii.

Jesús, con el que habían estado, lo proclamaron Señor y Mesías. Es la vida de la Iglesia apostólica.

- c) Más tarde, en torno a los años 70, algunos pusieron por escrito unas tradiciones orales sobre Jesús, confesado y creído como el Señor. Aplicaron a las diversas comunidades el mensaje de la salvación. Surgieron así los evangelios.

También, antes y después de esta fecha, se escribieron otros libros de diversos géneros literarios: cartas, hechos, apocalipsis...

La Iglesia es la esposa de Cristo; los Evangelios, su tesoro que guarda con amorosa vigilancia. La Iglesia ha existido antes que los Evangelios. El cristianismo no es una religión del libro. La Iglesia no está fundada sobre los evangelios escritos; éstos nacieron cuando aquélla irradiaba juventud y vida. No tiene otra piedra angular sino la persona misma de Cristo; ni tiene ningún otro fundamento fuera del Maestro, sino Pedro y los apóstoles⁹.

Para admirar la íntima relación de la Palabra de Dios con la Iglesia, acudimos al testimonio que nos refiere los inicios de la vida de la primitiva Iglesia: los Hechos de los Apóstoles. Ya el primer sumario resalta su principal característica, que es también señal de identidad. ¿Qué es la Iglesia? Y respondemos desde sus pilares constitutivos: «La que se reúne en torno a la Palabra: Acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles» (Hch 2,42).

Esta Palabra genera entre los cristianos sus rasgos peculiares como son la fraternidad, que se expresa y se alimenta en la fracción del pan, la oración y la alegría.

Debemos insistir: La Palabra de Dios crea los más genuinos lazos de la comunidad cristiana. Ésta ya no se funda en la carne ni en la sangre, sino en los vínculos de la Palabra. Puede atribuirse a la Iglesia con plena justicia la escena que menciona el evangelista san Lucas (9,19-21):

Se presentaron donde estaba él su madre y sus hermanos, pero no podían llegar hasta él a causa de la gente. Le anunciaron: 'Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte'. Pero él les respondió: 'Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen' (Lc 9,19-21).

⁹ J. Huby, *El Evangelio y los evangelios*, Madrid 1935, 6.

Es la palabra de Jesús, acogida y obedecida, la que forma la nueva familia de los hijos de Dios; teje el lazo más hondo que hermana a los discípulos de Jesús.

El libro de nuestros orígenes, los Hechos de los Apóstoles, muestra que la Iglesia es la Iglesia de la Palabra. Tan profunda resulta esta equivalencia que cada una de las realidades del binomio –Iglesia-Palabra– aparece como sujeto de la misma acción aplicada al crecimiento –empleo del verbo griego *auxaneîn*–. Fijémonos en esta sutil equivalencia:

- La Palabra «crecía» (6,7; 12,24; 19,20).
- El pueblo –de Dios– «crecía» (7,17).

Puede afirmarse con todo rigor que, según el libro de los Hechos, la Iglesia representa y actualiza la Palabra de Dios desplegada en la historia. La Iglesia es la Palabra viva de Cristo que crece vigorosa entre los cristianos y se difunde al mundo.

En las cartas de Pablo aparece idéntica comunión dinámica entre Iglesia y Palabra de Dios. Animada de la Palabra, realiza la carrera de la salvación, no está encadenada (2 Tm 2,9); es capaz de suscitar la fuerza de Dios (1 Cor 1,18).

Es verdaderamente la Palabra de Dios la que da a luz y da vida a la Iglesia. Así lo indica también el apóstol Santiago: «Nos ha generado por su propia voluntad, con Palabra de verdad» (Sant 1,18).

En el nacimiento de la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios, primicias del Reino, está presente la semilla de la Palabra de Dios. Semilla diminuta y humilde, tal como es descrita en las parábolas de Jesús (Mc 44,26-29). Pequeña ciertamente pero animada por el Espíritu de vida que la hace germinar a pesar de tantas hostilidades reinantes, capaz de dar sombra acogedora a todos los pájaros del cielo (Mc 4,30-33): Iglesia abierta y misionera.

Toda comunidad cristiana nace por el anuncio y la acogida de la Palabra (cf. 1 Tes 1,5-10).

La Iglesia ha hecho objeto de su reflexión este momento germinal de su historia. Esta historia de salvación no se ha estancado, prosigue adelante mediante su predicación.

El Concilio ha recogido una sentencia de san Agustín –tan cierta como lacónica–, alusiva a la actividad evangelizadora de los apóstoles y a su primer fruto cosechado:

Predicaron la Palabra de verdad y generaron la Iglesia (*Ad Gentes*, 1).

Asimismo, señala el Concilio:

El Pueblo de Dios se reúne, ante todo, por la Palabra de Dios vivo... Porque con la palabra de salvación se suscita la fe en el corazón de los no creyentes y se robustece en el de los creyentes, y con la fe empieza y se desarrolla la congregación de los fieles, según la sentencia del Apóstol: 'La fe viene por la predicación, y la predicación por la Palabra de Cristo' (Rom 10,17) (*Presbyterorum Ordinis*, 4).

Del catecismo de la Iglesia católica podemos entresacar estas afirmaciones:

«El Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, de la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras» (LG 5). Para cumplir la voluntad del Padre, Cristo inauguró el Reino de los cielos en la tierra. La Iglesia es el Reino de Cristo «presente ya en misterio» (LG 3). «Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo» (LG 5). Acoger la Palabra de Jesús es acoger «el Reino»¹⁰.

Segunda Parte

La Iglesia, «matriz» de la Sagrada Escritura

1. También la Iglesia *hace* la Escritura (La Tradición)

Es verdad que la Palabra crea la Iglesia; pero resulta asimismo evidente que la Iglesia «hace» la Escritura. Su compenetración resulta íntima y profunda: misteriosa. Así lo declaraba Pablo VI, dirigiéndose a los miembros de la Pontificia Comisión Bíblica:

Vosotros no ignoráis que la Sagrada Escritura, y en especial el Nuevo Testamento, se han formado en el interior del Pueblo

¹⁰ *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 763-764.

de Dios, de la Iglesia reunida en torno a los Apóstoles... Por tanto, es justo afirmar que, si bien la Palabra de Dios ha convocado y engendrado a la Iglesia, también la Iglesia misma ha sido en cierto modo la matriz de la Sagrada Escritura, esta Iglesia que ha expresado o reconocido en ella, para todas las generaciones venideras, su fe, esperanza y su forma de vida en este mundo. Los estudios de los últimos decenios han contribuido en medida importante a subrayar la relación íntima que unen indisolublemente la Sagrada Escritura y la Iglesia¹¹.

En el seno de la Iglesia han crecido los libros inspirados de la Biblia. Ésta, como madre, los ha dado a luz y aceptado. El canon, o reconocimiento oficial de unos libros normativos para su fe, que la expresan y alimentan, constituye uno de los hechos más singulares y prodigiosos de la historia de la Iglesia.

La Biblia es, con toda certeza, el libro de la Iglesia. De esta afirmación se deriva una consecuencia fundamental: sólo dentro de la Iglesia la Biblia debe ser leída, acogida e interpretada. Es patrimonio de todo el pueblo de Dios. Nadie puede adueñarse de ella, privatizarla, o hacerla objeto de su uso y, cuánto menos, de abuso particular. Nadie debe erigirse en el intérprete absoluto de la Palabra¹².

En este contexto se comprende el valor inapreciable de la Tradición, entendida como la comunión de todos los cristianos, que acogen el don de la Sagrada Escritura, la proclaman, asimilan e interpretan, sin agotar nunca el tesoro infinito de sus riquezas.

La Tradición mantiene una dependencia del pasado, pero mira hacia adelante; vive en el presente y busca la plenitud de la escatología. No es memoria histórica, ya anclada e inamovible, sino progreso de lo implícito a lo explícito. Este paso hacia el porvenir, hacia la verdad completa lo realiza el Espíritu Santo que la mueve y dinamiza¹³.

«Sin la Tradición no se tendría sino una colección de testimonios más o menos dispares: un paulinismo, una cristología,

¹¹ *Importancia de los estudios bíblicos en la actividad de la Iglesia*, 14 de marzo de 1974: Acta Apostolica Sedis (1974) 235-236.

¹² Véase G. Rizzi, *Leggere la Bibbia con la Tradizione*, Bolonia 1999.

¹³ Véase el magnífico libro sobre nuestro tema de C. Izquierdo, *Parádisos. Estudios sobre la Tradición*, Pamplona 2006. Éstas son aportaciones suyas (pp. 262-263).

un joanismo, una escatología de los sinópticos, una de Pablo, otra de Juan, etc., y no la Revelación como unidad y totalidad»¹⁴. La Tradición es la vida del Pueblo de Dios, que se enlaza con el pasado, se comunica de unos hermanos a otros, y se ve asistida con la presencia iluminadora del Espíritu Santo.

Sin Iglesia no hay Escritura. Porque la Escritura es la plasmación de la vida del nuevo Pueblo de Dios o Iglesia. Tal es la conexión que debe mantenerse siempre comunicante y creciente: sin comunidad portante no hay Escritura; pero sin Escritura tampoco hay Iglesia.

Entre Escritura y Tradición existe un círculo hermenéutico; puesto que la Escritura es leída e interpretada en el seno de la tradición viva de la Iglesia al mismo tiempo que la Escritura se convierte en la norma última de la tradición. Son partes de un todo orgánico, no entidades juxtaponidas y separadas¹⁵.

A veces la relación entre ambas no resulta fácil. En un momento de la historia se sufrió como un drama traumático. Fue, entre otras, causa de ruptura entre hermanos, que se consumó con la separación del protestantismo. Éste mantiene la *sola Scriptura* como principio normativo. La Iglesia católica defiende que a la Escritura debe acompañar la Tradición.

La Tradición —o vida de la Iglesia— representa el seno fecundo en donde ha nacido la Escritura, el cauce por donde ésta discurre y se difunde, la garantía fiable para una lectura verdaderamente creyente.

Así lo reconoce el Concilio:

Así pues, la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura están íntimamente unidas y compenetradas. Porque surgiendo ambas de la misma divina fuente, se funden en cierto modo y

¹⁴ Con estas sabias palabras enaltece el valor configurador de la Tradición (con mayúscula) a la que ha consagrado una monumental obra con dos volúmenes Y. Congar, *La Tradición y las tradiciones II*, San Sebastián 1964, 291.

¹⁵ *La tradición no se puede constituir en sentido contrario y en disonancia con la Escritura. La tradición es testigo de la Escritura, la interpreta creyendo en ella. Por lo tanto, se va constituyendo siempre en confrontación con la Escritura, y siempre volviendo a ella. Y la Escritura va adquiriendo nuevas interpretaciones en el interior de la tradición* (J. B. Libanio, *Teología de la Revelación a partir de la modernidad*, México 2002, 444).

tienden a un mismo fin. Ya que la Sagrada Escritura es la Palabra de Dios en cuanto se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, y la Sagrada Tradición transmite íntegramente a los sucesores de los Apóstoles la Palabra de Dios, a ellos confiada por Cristo Señor y por el Espíritu Santo para que, con la luz del Espíritu de la verdad la guarden fielmente, la expongan y la difundan con su predicación; de donde se sigue que la Iglesia no deriva solamente de la Sagrada Escritura su certeza acerca de todas las verdades reveladas. Por eso se han de recibir y venerar ambas con un mismo espíritu de piedad (*Dei Verbum*, 9).

Las posturas enfrentadas entre católicos y protestantes se han ido limando y acercando progresivamente. Como un eximio botón de muestra recogemos el juicio ponderado del biblista alemán Gerd Theissen, uno de los más reconocidos a nivel mundial:

Actualmente sabemos que incluso las tradiciones más primitivas tuvieron su origen en la comunidad, fueron transmitidas por la Iglesia... ningún protestante puede decir actualmente *sola Scriptura*¹⁶.

Cristo ha entregado a la Iglesia la Palabra del Padre, tal como refiere él mismo: «Yo les he dado tu palabra» (Jn 17,14). Esta palabra la ha recibido la Iglesia en herencia y depósito (1 Tm 6,20; 2 Tm 1,12); debe guardarla, vivir de ella y entregarla a los nuevos cristianos y nuevas generaciones. Así, merced a esta continua tradición (esto justamente significa tradición: entrega o transmisión –*paradosis* o *traditio*–, la Iglesia va creciendo iluminada y fortalecida con la protección del Espíritu Santo. Va comprendiendo cada vez más profundamente las palabras reveladas y los misterios que vive: camina hacia la verdad completa¹⁷.

Ésta es la Tradición, en sentido amplio, con mayúscula. No se refiere a unas costumbres que crean legislación, una severa normativa, sino a toda la riqueza de vida que existe en la Iglesia: la comunión de los cristianos en la fe, el origen apostólico que nos ha nutrido, nuestra gloriosa historia de testigos, el culto que celebramos, la variedad que nos distingue y une. La Iglesia no es algo inorgánico. Pertenece –si podemos hablar de esta manera,

¹⁶ Entrevista en Vida Nueva 2355 (2002), p. 10.

¹⁷ Puede leerse con provecho todo el número 8 de la *Dei Verbum*.

con un símil elocuente— no a la especie de los moluscos, sino de los vertebrados: alberga dentro de sí una pujanza de vida tal que se acrecienta, se articula y se difunde.

Lo ha descrito muy bien Schillebeeckx: «Toda la Iglesia es el sujeto de la tradición: la Iglesia que cree, ora, ama y espera; la Iglesia que celebra sus misterios litúrgicos; la Iglesia cuyos ministros y cuyo pueblo se entregan al apostolado; la Iglesia que reflexiona sobre su fe»¹⁸.

La Biblia —como documento escrito— fija para siempre la fe del pueblo de Dios o Iglesia. De aquí se deduce que cuando —como cristiano creyente— estoy leyendo un texto de la Palabra de Dios, me hallo en comunión con todo un pueblo que me acompaña, unido a toda una historia de salvación que me contempla; me sumerjo en el misterio de fe que proclama la Iglesia, formada por la Palabra. Aunque la Biblia se lea de manera individual, siempre nos une en la comunión: «Ninguna profecía de la Escritura es de privada interpretación» (2 Pe 1,20). Cuando leo la Biblia, estoy leyendo el libro de familia, me reconozco hermano entre muchos hermanos: soy y me siento en lo más hondo «Iglesia viva del Señor».

2. Testimonio de la Escritura y de la Tradición viva de la Iglesia

Para apuntalar este misterio glorioso de leer la Biblia en comunión, acudimos a la fuerza de los testimonios de la Iglesia, madre y maestra, y del ejemplo entusiasta que nos han legado quienes nos han precedido en el signo de la fe.

La Biblia deber ser leída y entendida *in Ecclesia*. Así lo afirma el Concilio:

La Verdad de la Sagrada Escritura es la que Dios quiere comunicar a su Pueblo Iglesia para su salvación. Sólo, pues, en comunión con la Iglesia somos destinatarios de la Verdad de su Palabra (*Dei Verbum*, 12).

Por nuestra parte no cesamos de dar gracias a Dios porque, al recibir la Palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis, no

¹⁸ *Revelación y teología*, Salamanca 1969, 28.

como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como Palabra de Dios, que permanece operante en vosotros, los creyentes (1 Tes 1,13).

Leer juntos la Palabra asegura la presencia del mismo Señor entre nosotros:

Os aseguro también que, si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18,19-20).

He aquí también una hermosa selección de textos patristicos, donde se patentiza el amor de los Padres por la Palabra de Dios, leída dentro de la Iglesia:

- La casa en que habita la Iglesia es la Sagrada Escritura¹⁹.
- En las Escrituras aprendemos a Cristo; en las Escrituras aprendemos la Iglesia²⁰.
- Es la Iglesia la que lee la Sagrada Escritura... La Escritura es leída por la Iglesia, es confiada a la Iglesia y es interpretada por la Iglesia²¹.
- Hay que refugiarse en la Iglesia y, allí en su seno, educarse y alimentarse con la Sagrada Escritura²².
- Hay que aprender la Verdad allí donde han sido puestos los carismas del Señor... toda predicación será sólida, si lee la Escritura junto a los presbíteros de la Iglesia, en quienes está la doctrina apostólica²³.
- Separados de la comunión de la Iglesia universal, los herejes están como en el desierto, en donde no se encuentra a Cristo²⁴.
- Hay que leer la Biblia y escuchar a Dios en Cristo dentro de su Cuerpo, en la Iglesia, donde sus palabras resuenan como

¹⁹ Grégoire, *le Thaumaturge. Remerciement a Origène suivi de la Lettre d'Origène à Grégoire* (H. Crouzel. *Introduction, traduction et notes*), París 1969, 193.

²⁰ San Agustín, *Epist.* 105, 4, 14s.

²¹ Pastor de Hermas II, 14.

²² San Ireneo, *Adv. Haereses* V, 20.

²³ San Ireneo, *o.c.*, IV, 321.

²⁴ San Gregorio, *Moral.* 20, 9; PL 76, 645.

palabras de vida... La Escritura es un pan que debe ser comido en la casa, pues en la santa Iglesia nos nutrimos con el alimento de la Palabra divina²⁵.

Insistimos. A la Biblia nunca se la puede desgajar de la Iglesia sin correr el riesgo de deformarla. Es preciso leer la Biblia dentro de la tradición viva de toda la Iglesia, en este movimiento que progresa constantemente a través de los siglos.

No es posible penetrar en la profundidad espiritual de la Escritura, sin integrarse en esta comunidad de aquellos que nos han precedido en el tiempo como testigos de Cristo. El sentido que el texto tiene hoy para mí, no puede estar separado ni en contradicción con el sentido que ha tenido para las generaciones pasadas. La Biblia debe ser leída y entendida *in Ecclesia*; puesto que es ella misma quien nos ofrece la Escritura como Palabra de Dios.

Hay que liberarse de las trampas del lenguaje: pensar que la tradición es lo normativo, la aplicación severa de ley. No hemos de considerar la tradición como algo coercitivo, una traba que constriñe la libertad de pensar y juzgar, aunque la palabra tradición no goce de buena prensa.

La Tradición y la Biblia se explican y enriquecen mutuamente. La Tradición de la Iglesia se expresa a través de las mediaciones y carismas existentes dentro de ella –colegio apostólico, comunidad de fieles–; nos libera, orienta y conduce sabiamente.

En este punto, conviene ser concretos y no eludir los problemas con la invocación de unos principios abstractos. Ante una lectura bíblica, se nos abren diversas interpretaciones. Son a manera de sendas que aparecen delante de nuestros pies. ¿Por dónde debemos caminar, qué sendero hay que emprender? No lo sabemos. Nuestra libertad no debe confundirnos con la ignorancia. Sólo un camino nos conducirá a la «verdad de nuestra salvación» y a nuestra meta. Perplejos frente a esta aporía, la tradición nos orienta a manera de una sabia mano. Alguien, una instancia superior, la Iglesia como maestra, nos señala: «Toma este camino, que te llevará a la salvación».

²⁵ San Gregorio, *o.c.*, 35, 14; PL 76, 763D.

Cuando abrimos la Biblia, se nos abren muchos caminos de interpretación. Hay frases cuyo sentido no acierto a entender. La frase de la consagración: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo». ¿En qué sentido debo entenderla? ¿Como una metáfora, como una manera de hablar que se refiere al pan consagrado de manera simbólica, o al grupo de los cristianos presentes...?²⁶ Ante el reto de tan dispares teorías interpretativas, la fe de la Iglesia nos asegura la verdadera interpretación. Entonces, creemos con la tradición viva de la Iglesia en el misterio sacramental de la consagración eucarística. Mediante la conversión del pan y del vino en su Cuerpo y en su Sangre, Cristo, todo entero, se hace presente. Esta presencia es real, no de manera exclusiva, como si las otras presencia no lo fuesen, sino por excelencia, porque es substancial y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente²⁷.

La Biblia de los testigos de Jehová está mutilada y deformada. No resiste un serio análisis crítico ni, por supuesto, un diálogo esclarecedor. El acercamiento «fundamentalista» lee al pie de la letra, sin atender a las mediaciones en que se ha encarnado la Palabra de Dios.

La larga historia de la Iglesia, erizada de herejías y desaciertos, muestra qué difícil resulta acertar con el auténtico sentido de estas palabras que se recogen en la Biblia.

La lectura dentro de la comunión con la Iglesia evita las desviaciones en que, a veces, caemos los humanos. Podemos enumerar algunas:

- a) La idolatría a ciertos personajes, no carentes de autobombo, que seducen con su pretendida elocuencia. A estos personajes, debido a nuestra ligereza y frivolidad –sobre todo en ciertos estamentos eclesíasticos– en seguida los encumbramos y casi endiosamos y seguimos.
- b) La idolatría a la disidencia. El hecho de estar en contra no es garantía de fiabilidad ni tampoco de libertad.

²⁶ Véanse las diversas interpretaciones, que afectan a la comprensión de las complejas palabras, que subyacen en la teología de la Eucaristía: realidad, sustancia, simbolismo... E. Schillebeeckx, *La presencia de Cristo en la Eucaristía*, Madrid ²1970, 23-95.

²⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1.373-1.381.

- c) La idolatría al subjetivismo, de quien va como franco tirador, haciendo gala de marchar de espaldas a la comunión. Resulta éste un terreno muy peligroso.

Estas idolatrías no son nuevas. Para nuestro provecho, resulta útil recordar la primera herejía en la interpretación de la Biblia. Fue obra de Marción en el año 144. Rechaza el Antiguo Testamento, porque, según él, procede de un Dios vengativo y justiciero, el Dios de los judíos. Él propone, como criterio decisivo del canon, el Dios de la misericordia; y únicamente acepta los libros que así lo proclamen. El canon particular de Marción consta del evangelio de Lucas, discípulo de Pablo, y de diez cartas paolinas a excepción de las pastorales. Incluso estas cartas eran expurgadas de todos los pasajes que, conforme a su particular juicio, fueron interpolaciones.

Al proponer este «nuevo canon», Marción favoreció que la Iglesia se apresurase en su conciencia de magisterio a establecer con carácter de obligatoriedad cuáles debían ser los escritos cristianos con autoridad canónica.

La Iglesia acudió a su comunión orgánica, la celebración de la liturgia. El criterio supremo de canonicidad de un libro se mostraba en el hecho de su lectura pública en la liturgia, en donde se expresa la vida eclesial.

La Iglesia ha recibido estos libros, inspirados por el Espíritu Santo, y de ellos ha ido alimentándose y creciendo. Portadores del Espíritu, según la fe primitiva de los cristianos, no eran sólo los apóstoles sino la Iglesia considerada en su totalidad. Uno, individualmente, puede equivocarse, pero no la Iglesia universal, que está asistida por el Espíritu Santo.

Nosotros, los cristianos de hoy, hemos aceptado la Biblia de parte de la Iglesia como un testimonio de su vida a lo largo de este tiempo dilatado de su historia. El Concilio de Hipona (393) declara: «Porque así hemos recibido de los Padres para leer in *Ecclusia*»²⁸. El decreto llamado de Gelasio —comienzos del siglo VI—

²⁸ *Enchiridium Biblicum*, 80. En J. Díaz, *Enquiritidion Biblico Bilingüe*, Segovia 1954, 42-43.

califica los libros canónicos de la Biblia como «aquellos que la Iglesia universal católica acepta»²⁹.

Descansar en la comunión de la Iglesia otorga paz al ejercicio cotidiano de nuestra lectura de la Biblia. En contra de criterios demasiado subjetivistas que pretenden absolutizar las reglas de la fe: crear un canon dentro de otro canon o buscar interpretaciones sesgadas y erróneas, escuchemos estas sanas palabras de Cirilo de Jerusalén: «Los apóstoles y los antiguos obispos, los que presiden las Iglesias que han aceptado estos libros, eran mucho más religiosos y prudentes que tú»³⁰.

Y dentro de esta tradición viva, aparece el momento más especial: cuando la Iglesia proclama la Palabra de Dios en la liturgia.

Tercera Parte

La liturgia, «lugar privilegiado» de la Palabra de Dios en la Iglesia

1. La liturgia, la casa encendida de la Palabra³¹

Durante nuestra peregrinación por esta tierra de destierro, añoramos una casa habitada, en donde podamos, como hermanos reunidos, escuchar no los ecos sino la misma voz de Dios: «Hay un lugar en donde la palabra salvadora resuena con eficacia excepcional: la sagrada liturgia»³². En esta casa, encendida por la fe y habitada por la presencia del Señor, la Iglesia celebra

²⁹ *Enchiridion Biblicum*, 19. En J. Díaz, *Enquiritidion Biblico Bilingüe*, Segovia 1954, 46.

³⁰ *Catechesis IV*; PG 33, 497.

³¹ Utilizamos esta imagen rememorando un texto muy simbólico —y por ende, muy rico— del Apocalipsis, en donde aparece Cristo caminando en medio de siete candelabros de oro o encendidos (1,13; 2,1). Y también en recuerdo del poeta granadino L. Rosales, que escribió un muy sugerente libro, instaurador de una nueva poética en España, titulado: *La casa encendida* (Madrid 1949), es decir, iluminada por una presencia. En nuestro caso, la casa de la Iglesia está encendida y habitada por la presencia de Cristo y de los cristianos.

³² C. M^a Martini, *En el principio la Palabra. La Palabra de Dios en la liturgia y en la vida*, Santa Fe de Bogotá, 1991, 49.

la liturgia. A esta reunión, nuestros hermanos cristianos han sido fieles a pesar de sangrientas persecuciones. Rememoramos uno de los testimonios más emotivos que conocemos. Se halla recogido en las actas de los mártires de Bitinia.

Llevados ante el procurador romano, éste pregunta a Emérito:

—¿Es verdad que en tu casa celebráis la reunión contra el edicto del Emperador?

La respuesta es rápida y contundente: —Sí, hemos celebrado la liturgia del Señor.

El procurador insiste: —Y, ¿por qué dejaste entrar a tanta gente?

—Porque son mis hermanos y no puedo rechazarlos —responde Emérito.

—Pues tenías que rechazarlos —le increpa el procónsul.

Y el mártir Emérito contesta: —No, no podía hacerlo, porque los cristianos no podemos vivir sin celebrar la liturgia del Señor, que tiene lugar en la casa del Señor³³.

Arribamos, por fin, a la ansiada meta de nuestro peregrinar y a las fuentes de vida que nos nutren. Así lo afirma el mismo Concilio:

La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde dimana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios, por la fe y el bautismo todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor (*Sacrosanctum Concilium*, 10).

La Biblia relata la historia de salvación. Cuando se proclama durante la liturgia, realiza eficazmente su mensaje de salvación. En la liturgia los cristianos no sólo evocamos, sino que celebramos y actualizamos los misterios de nuestra fe. De esta manera nos lo recuerdan cabalmente algunos documentos de la Iglesia, plenos de fructíferas sugerencias:

³³ D. Ruiz Bueno, *Actas de los mártires*, Madrid 1951, 933-984. Pasaje citado por J. A. Abad Ibáñez-M. Garrido Bonaño, *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*, Madrid ²1988, 80-81.

La Palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo, y manifiesta el amor operante del Padre, amor indeficiente en su eficacia para con los hombres³⁴.

En la celebración de la liturgia, en especial durante la santa Misa, se actualiza el misterio de nuestra redención y se hace de nuevo presente la victoria y el triunfo de su muerte, y se alaba la gloria de Dios por la fuerza del Espíritu Santo (*Sacrosanctum Concilium*, 6).

En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia (*Sacrosanctum Concilium*, 7).

La Iglesia, congregada en la celebración de la liturgia, representa el lugar idóneo, en donde reina la Palabra Dios. Ésta tiene siempre como destinatario un grupo. Así empezó con Abrahán, padre de multitudes (Gén 12,3; 15,6). Así culminó con Cristo, mediante la constitución de un gran pueblo, formado de toda raza, lengua, pueblo y nación (Ap 5,9). Este nuevo e ingente pueblo es la Iglesia, la asamblea cristiana, familia de los hijos de Dios.

A veces nos sorprendemos buscando nuevos acercamientos de lectura de la Palabra de Dios, cuando tenemos a nuestra disposición el camino más fecundo y seguro: el que Dios ha elegido y del que la Iglesia vive: la liturgia. Nos extraña su sencillez, hasta nos escandaliza su extrema sobriedad³⁵. Todos necesitamos sumergirnos, como en un bautismo, en las humildes aguas de la liturgia, que corren llenas de vida, y quedar así sanos y limpios (cf. 2 Re 5,14).

³⁴ *Introducción del Leccionario de la Misa*, nº 4. En A. Pardo, *Documentación litúrgica. Nuevo Enquiridion. De san Pío X (1903) a Benedicto XVI*, Burgos 2006, 394. No iremos repitiendo esta cita para no ser reiterativos.

³⁵ Tal vez nos gustaría más la aparatosa complejidad, el difícil rebuscamiento, las rarezas de unos rezos insólitos. ¡Y es el pan de cada día, lo que la Iglesia nos pone encima de la mesa. Esto es lo que verdaderamente alimenta, no las *tartas de cumpleaños* o los productos exóticos! Nos parecemos a Naamán, aquel general sirio leproso, a quien le resultaba demasiado poco convincente lavarse en las aguas del río Jordán. Ansiamos otros ríos, como el Abaná y el Farfar. Nos convendría atender a la sabia recomendación de sus servidores: *Padre mío, si el profeta te hubiera mandado una cosa difícil ¿es que no la hubieras hecho? ¡Cuánto más habiéndote dicho: lávate y quedarás limpio!* (2 Re 5,13).

En la celebración de la liturgia, la Palabra rompe su silencio, viene y acampa entre nosotros. Nace un nuevo pueblo: la Iglesia. Se desarrolla con el germen vivo de la Palabra de Dios:

La Iglesia se edifica y va creciendo por la escucha de la Palabra de Dios. Las maravillas que, de muchas maneras, realizó Dios, en otro tiempo, en la historia de la salvación se hacen de nuevo presentes, de un modo misterioso pero real, a través de los signos de la celebración litúrgica. Dios, a su vez, se vale de la comunidad de fieles que celebran la liturgia para que su Palabra siga un avance glorioso y su nombre sea glorificado entre los pueblos³⁶.

Es legítimo afirmar lo siguiente:

La Biblia llega a la vida sobre todo mediante la liturgia. La Biblia, no se olvide, es un libro, libro de la Palabra de Dios ciertamente, pero siempre un libro y como tal letra muerta, si no hubiese uno que la leyera y, en nuestro caso, una comunidad viviente que, creyendo, la interpreta para su vida. La liturgia es la mediación privilegiada de la Palabra³⁷.

Puede delinearse el despliegue dinámico de la Palabra. Primero, la Palabra fue enviada al pueblo de Dios, predicada, escuchada y vivida en la celebración de la liturgia. Más adelante, fue escrita, «cristalizada».

Ahora se parte del resultado final, en un proceso inverso, a fin de que la Palabra escrita prosiga su recorrido y llegue a su lugar primigenio: el pueblo creyente que celebra la liturgia. Si una comunidad de fe la dio a luz; ahora esta Palabra da a luz a la comunidad. En la liturgia la Palabra se «des-cristaliza» y se vivifica.

La Palabra de Dios recibe un nuevo contexto, que no es simple ornato de oraciones. Los textos se seleccionan en otro orden y configuración; se integran ahora en la vida de la Iglesia y se revisten de una fuerza que no poseían en su hábitat oriundo. Los cantos del siervo de Yahveh son interpretados con la nueva luz de Cristo paciente. Las hermosas profecías de la consolación de

³⁶ *Introducción del leccionario de la Misa*, nº 7.

³⁷ G. Saldarini, *Dinamismo della spiritualità liturgica: dalla Bibbia alla Vita attraverso la Liturgia*, en: AA.VV., *Liturgia: spirito e vita*. XXXII Settimana liturgica nazionale, Roma 1982, 42-56.

Isaías (40-55) se llenan de esperanza cierta al ser leídas en el tiempo del Adviento. Cuántos pasajes de los profetas, que hablan misteriosamente de un futuro Mesías que iba a venir, se ven cumplidos cuando se proclaman en tiempo de Navidad y de Pascua. Muchas páginas del Antiguo Testamento, sombrías y enigmáticas, reciben claridad y expresividad al ser desveladas por la imagen del Señor. Lo que era, en fin, prefiguración y tipo, se engrandece cuando sobre ellos proyecta su luz la definitiva presencia de Cristo³⁸.

No se trata de mera repetición, sino de nueva actualización. Conviene comprobar las razones de esta primacía. El reconocimiento de un texto de la Escritura como canónico tuvo un criterio práctico: «Su lectura en la asamblea litúrgica». Significaba la liturgia la comprobación fehaciente de que aquellos libros pertenecían a su más honda esencia, pues nutrían su vida.

La Escritura es la palabra por medio de la que Dios nos habla y se nos revela. Los designios eternos de Dios relativos a nuestra salvación se expresan en ella con palabras humanas y fijadas por escrito, de modo que, en la palabra, es a Dios mismo a quien encontramos. La relación entre la liturgia y la Escritura santa está, así pues, en conexión con la relación entre el misterio y el Logos. Tanto en una como en otra, es la voluntad de Dios la que está presente y obra: en la liturgia, a través de la acción sagrada que la Palabra comenta y cumple; en la Escritura, a través sólo de la Palabra³⁹.

La operatividad de la Biblia en la liturgia se realiza de manera eminente. En primer lugar, la Biblia concede toda su fuerza divina a la celebración. En segundo lugar, la misma liturgia transmite a la Escritura proclamada una nueva energía realizando la actualización completa de los textos bíblicos.

En la lectura solemne de los pasajes bíblicos, Dios habla al pueblo reunido recordando su obrar pasado, glorioso y miseri-

³⁸ Los ejemplos bíblicos podrían multiplicarse. El valle de los huesos calcinados de Ezequiel 37, que se refería a la esperanza marchita del pueblo en el destierro, se aplica ahora a la fuerza del Espíritu Santo, capaz de suscitar un nuevo pueblo, como es la Iglesia. La fuente del templo de Ezequiel 47 se interpreta desde Cristo en la Cruz, convertido en manantial de vida para toda la humanidad...

³⁹ I. Herwegen: *La Maison Dieu* 5 (1946) 8, citado en Associazione Professori di Liturgia, *La parola di Dio tra Scrittura e Rito*, Roma 2001, 5.

cordioso. De la evocación se pasa a la invocación, mientras el presente aparece como el lugar en el que, de nuevo, el Señor obra la salvación y llama a los creyentes a la libertad y a la responsabilidad⁴⁰.

En principio, la liturgia, y especialmente la liturgia sacramental, de la cual la celebración eucarística es su cumbre, realiza la actualización más perfecta de los textos bíblicos, ya que ella sitúa su proclamación en medio de la comunidad de los creyentes reunidos alrededor de Cristo para aproximarse a Dios... (SC, 7). El texto escrito se vuelve así, una vez más, palabra viva⁴¹.

La Palabra de Cristo durante la celebración es privilegiada respecto a toda otra lectura de la Biblia. El Concilio y toda la tradición de los Padres reafirma esta supremacía. Lo certifica también el gran liturgista C. Vagaggini:

La lectura litúrgica de la Biblia es la lectura específicamente cristiana de la Escritura, es la única lectura que rescata el sentido que ella tiene para los ojos del autor principal. Es la lectura teológica de la Biblia. La lectura filológica, crítica, que por definición busca quedarse en el sentido de los contemporáneos es legítima, útil, necesaria, porque toda lectura ulterior debe tomar impulso de esto; pero resulta parcial e incompleta⁴².

2. En la liturgia Cristo habla a la Iglesia (*Christi Locutio*)

En la Palabra proclamada durante la acción litúrgica resuena de manera especial la voz de Cristo: Él mismo nos habla. Lo ratifica con claridad el Concilio:

Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla (*Sacrosanctum Concilium*, 7).

En la liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio (*Sacrosanctum Concilium*, 33).

⁴⁰ E. Manicardi, *La Sagrada Escritura en la Liturgia*, en *La Sagrada Escritura, Palabra actual. XXV Simposio Internacional de Teología* (G. Aranda-J. L. Caballero), Universidad de Navarra, Pamplona 2005, 464.

⁴¹ Pontificia Comisión Bíblica, *Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Valencia 1993, 113.

⁴² *Il senso teologico della liturgia. Saggio di liturgia teologica generale*, Roma 1965, 455.

En estas dos afirmaciones del Concilio Vaticano II se concentra la enseñanza de la tradición eclesial. Pueden citarse algunos testimonios:

El Evangelio es la boca de Cristo. Está sentado en el cielo, pero no deja de hablar en la tierra⁴³.

Se lee el Evangelio, en el cual Cristo habla al pueblo con su misma boca para... actualizar el Evangelio en la Iglesia, como si hablara el mismo Cristo en persona⁴⁴.

La Iglesia siempre ha mantenido firme fe en la presencia actual y operante de Cristo, sujeto de la Palabra en la celebración de la liturgia:

La economía de la salvación, que la Palabra de Dios no cesa de recordar y de prolongar, alcanza su más pleno significado en la acción litúrgica, de modo que la celebración litúrgica se convierte en una continua, plena y eficaz exposición de la Palabra de Dios.

Así, la Palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo, y manifiesta el amor operante del Padre, amor indeficiente en su eficacia para con los hombres⁴⁵.

Y asimismo:

La Iglesia anuncia el único e idéntico misterio de Cristo, cuando, en la celebración litúrgica, proclama el Antiguo y el Nuevo Testamento. En efecto, en el Antiguo Testamento está latente el Nuevo, y en el Nuevo Testamento se hace patente el Antiguo. Cristo es el centro y plenitud de toda la Escritura y también de toda celebración litúrgica; por esto han de beber de sus fuentes los que buscan la salvación y la vida⁴⁶.

La liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo; obra «magnífica», pues en ella Dios es perfectamente engrandecido, glorificado, y los hombres santificados.

⁴³ San Agustín, *Sermo* 85, 1; PL 38, 520.

⁴⁴ Palabras del *Pontificale Romanum Germanicum*. Cf. V. Vogel-R. Elze, *Le Pontifical Romano-germanique du dixième siècle. Le Texte I*, Ciudad del Vaticano 1963, 334.

⁴⁵ *Ordo lectionum Missae*, nº 4.

⁴⁶ *Ordo lectionum Missae*, nº 5.

Constituye el momento privilegiado de la Palabra de Dios en la Iglesia. Porque la liturgia celebra la actualización de la economía de la salvación, y realiza la vitalidad, la unidad y la plenitud del dinamismo profundo de la Palabra de Dios⁴⁷.

Durante la liturgia la Palabra de Cristo resuena como un «hoy» de la Iglesia, exuberante de actualidad:

En la liturgia se lee la palabra inspirada como fuente de instrucción y como fuente de gracia. No es simplemente recordar lo que Cristo dijo en una ocasión sino que lo vuelve a decir aquí, con su autoridad y su poder, *locutus est per prophetas, loquitur per lectorem*⁴⁸.

En la liturgia asistimos a un cambio sustancial. El pasado que se evoca, según la frecuente formulación «en aquel tiempo», se convierte en un «aquí y ahora». Se realiza el hoy de la salvación perenne. Dios habla para nosotros, en este mismo momento, en vivo y en directo⁴⁹.

En la celebración de la liturgia el adverbio que con frecuencia inusitada se destaca es el «hoy». Espigamos algunas expresiones señaladas: «Hoy un niño se nos ha dado; Hoy Cristo en el Jordán...; Hoy ha subido María al cielo...». Los misterios de la Navidad, del Bautismo, de la Asunción de la Virgen ya no son reliquias del pasado, memorias desvirtuadas, sino acontecimientos, plenos de salvación, que vive la Iglesia en el momento presente⁵⁰.

Se anula la distancia entre el ayer y el hoy. La Palabra de Dios despliega poder de actualización. Ya no es la débil voz del pasado, registrada en letras, cristalizada. Es la voz del Señor, presente en la Iglesia, la que se impone, pletórica de vitalidad, vibrante de actualidad.

⁴⁷ A. M. Triacca, *La celebrazione della Parola di Dio*, en *Parola di Dio e Spiritualità* (a cura di B. Secondin, T. Zecca, B. Calati), Roma 1984, 165.

⁴⁸ L. Alonso Schökel, *La palabra inspirada*, Madrid ³1986, 362.

⁴⁹ *La fuerza del acontecimiento de salvación celebrado se hace de nuevo viva y actual a través de la palabra y del ritual, como garantía, a su vez, de nuevas intervenciones de Dios en favor de su pueblo* (J. López Martín, *El año litúrgico*, Madrid 1984, 51).

⁵⁰ Para valorar el rico empleo del hoy, como signo de perenne actualidad, véase J. Pinelli, *L'«hodie» festivo negli antifonari latini*: Rivista liturgica 61 (1974) 579-592.

3. Dios habla a su pueblo y éste responde: diálogo litúrgico

Siempre que la Iglesia, congregada por el Espíritu Santo en la celebración litúrgica, anuncia y proclama la Palabra de Dios, se reconoce a sí misma como el nuevo pueblo en donde la Alianza, sancionada antiguamente, llega ahora a su plenitud y total cumplimiento⁵¹.

En la sagrada liturgia aparece con evidencia privilegiada que el destinatario de la Palabra no es el individuo que se aísla, sino el pueblo de los redimidos que se reúne, que su voz viva no es el hombre quien la proclama para sí, sino la Iglesia que, por medio de la variedad de sus ministros, la anuncia a la asamblea; que su éxito natural no es la complacencia de la docta especulación, sino que es la energía transformadora de los sacramentos y la vida palpitante del Espíritu que habita en los corazones⁵².

La liturgia posee una estructura dialogada. Representa la asamblea o pueblo de Dios. Prolonga la actuación del Antiguo Testamento. El pueblo de Dios quedó congregado para escuchar a Dios que habla: «Escuchad hoy su voz» (Sal 94,4), y poder responsablemente contestar a su solicitud. Cuando se junta en las faldas del Sinaí, escucha la voz de Dios y asiente: «Haremos todo cuanto el Señor ha dicho» (Éx 19,8).

De la misma manera la Iglesia, reunida en asamblea litúrgica, escucha la Palabra de Dios, presente en Cristo, el Señor, y, animada por la fuerza del Espíritu Santo, responde con fidelidad y en alabanza al Padre. Esta idea la encontramos confirmada. Interesa anotar su intensidad mediante la frecuencia de voces autorizadas. Señala el Concilio:

En la liturgia Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciando el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración (*Sacrosanctum Concilium*, 33).

La liturgia de la Palabra por su naturaleza y estructura ritual es un diálogo o conversación entre un Dios que habla y un pueblo que escucha, responde y acepta su manifestación⁵³.

⁵¹ *Ordo lectionum Missae*, n° 7.

⁵² C. M^a Martini, *En el principio la Palabra. La Palabra de Dios en la liturgia y en la vida*, Santa Fe de Bogotá, 1991, 50.

⁵³ *La celebración de la Misa. Directorio litúrgico-pastoral publicado por el Secretariado Nacional de Liturgia*, Madrid 1985, 17.

La liturgia es verdaderamente un diálogo ininterrumpido entre la Palabra y el hombre, llamado a ser un eco de esta misma divina Palabra. En efecto, la sagrada liturgia es el encuentro salvífico del Padre que está en los cielos y viene a conversar con sus hijos, amablemente; es el coloquio entre el Esposo, el Señor Jesús, y su amada Esposa, la Iglesia, partícipe del eterno canto de alabanza que el Verbo encarnado introdujo en nuestro destierro terrestre⁵⁴.

Cristo hace posible la respuesta de la comunidad. Al ser nuestro sumo Sacerdote, es capaz de asociar a toda la Iglesia que camina en el exilio terrestre para dar una digna respuesta a Dios y unirla a la alabanza perpetua que se canta en el cielo (cf. *Sacro-sanctum Concilium*, 83).

El Espíritu Santo asiste a la Iglesia en su debilidad para que dé una respuesta digna. No existe mejor súplica que aquella que le susurra proféticamente, dirigida a Cristo, su esposo: «El Espíritu y la esposa dicen: Ven, Señor» (Ap 22,17):

El Espíritu no tiene rostro, pero todos entendemos su voz. Él fue quien habló por los profetas; y ahora es él quien ora en la Iglesia⁵⁵.

Cuando Dios habla, pide una respuesta. Nosotros le contestamos al Dios que habla y que nos revela el acontecimiento de nuestra salvación y el misterio de su amor, con la celebración de la Eucaristía –gran oración de agradecimiento, memorial perenne de la pasión redentora, ofrecida con la Víctima inmolada de la propia vida–, con las otras celebraciones litúrgicas, íntimamente unidas con la Eucaristía, entre ellas el Oficio Divino o Liturgia de las Horas⁵⁶.

Hasta cuatro pasos podemos registrar en el proceso vital de la celebración, patentes incluso en la sonora escritura de los verbos: convocar, evocar, invocar, actualizar

a) La Iglesia es *convocada* en la liturgia.

⁵⁴ C. M^a Martini, *En el principio la Palabra. La Palabra de Dios en la liturgia y en la vida...*, 49.

⁵⁵ J. Gelineau, *La Iglesia responde a Dios*, en *Palabra de Dios y liturgia*. Congreso de Estrasburgo, Salamanca 1966, 150.

⁵⁶ C. M^a Martini, *En el principio la Palabra. La Palabra de Dios en la liturgia y en la vida...*, 50-51.

- b) Ya convocada, *evoca* mediante la proclamación de la Palabra de Dios las maravillas que ha realizado en la historia de la salvación.
- c) A través de la oración de alabanza y súplica, *invoca* la misericordia de Dios.
- d) En la celebración del rito sacramental *actualiza* estas maravillas del amor de Dios, que culminan en el misterio de la muerte y resurrección de Jesús.

Durante la celebración, el creyente queda revestido de una dimensión corporativa: se convierte en miembro de la Iglesia, parte constitutiva de toda la asamblea; se siente y se sabe ya unido vitalmente a Cristo con la Iglesia, injertado a la gran vid. Debe participar, actuar, rezar y alabar no como individuo particular, sino como racimo, inmerso en la plenitud de la Iglesia viva.

No hay individuos aislados que rezan. Se congrega la comunidad cristiana: es el nuevo y universal pueblo de Dios, que participa en los misterios de la fe⁵⁷.

4. Algunas llamadas urgentes a la comunidad, que celebra la liturgia

Tras estas consideraciones que subrayan la preeminencia y honor de la Escritura en la liturgia, podemos extraer unas consecuencias prácticas:

a) Importancia del contexto de fe de la asamblea

La Palabra de Dios despliega toda su potencia de salvación en la liturgia. Recuérdese la formulación del sacerdote en la celebración de la santa Misa: «*Per evangelica dicta deleantur nostra delicta*». Por las palabras del evangelio se nos borran nuestros pecados».

Esta fuerza actúa no de manera mágica, como en los textos de execración o en los formularios de hechizos. La Palabra comunica vida cuando es aceptada y acogida en la fe: «En la Palabra de

⁵⁷ M. Triacca, *La celebrazione della Parola di Dio...*, 155.

Dios se hace presente la gracia de Dios y, en cierto sentido, Dios mismo»⁵⁸.

Para algunos la escucha de la Palabra se reduce a un episodio periférico; se limitan a oír una palabrería tantas veces repetida y ya gastada, desde una actitud pasiva y cansina. Falta la fe viva en que Dios sigue hablando.

Su Palabra, proclamada por medio del Espíritu Santo en la celebración litúrgica, se hace sacramento⁵⁹. Y el sacramento suscita la conversión. Entonces la Iglesia crece y se edifica como nuevo pueblo:

La Sagrada Escritura, sobre todo en la proclamación litúrgica, es fuente de vida y de fuerza, y que el Apóstol atestigua que el Evangelio es fuerza de salvación para todo el que cree (Rm 1,16); por esto, el amor a la Escritura es vigor y renovación para todo el pueblo de Dios. Conviene, por tanto, que todos los cristianos estén siempre dispuestos a escuchar con gozo la Palabra de Dios. La Palabra de Dios, cuando es anunciada por la Iglesia y llevada a la práctica, ilumina a los fieles, por la actuación del Espíritu y los arrastra a vivir en su totalidad el misterio del Señor. La Palabra de Dios, en efecto, recibida con fe, mueve todo el interior del hombre a la conversión y a una vida resplandeciente de fe, personal y comunitaria, ya que es el alimento de la vida cristiana y la fuente de toda la oración de la Iglesia⁶⁰.

Sin un clima sincero de fe, la Palabra, aun siendo divina, se malogra en nosotros. Se convierte en palabra arrojada al viento. Y el viento de la monotonía e indiferencia la seca.

En la Iglesia existe una íntima relación entre fe, culto y vida. Las tres dimensiones se exigen: *lex credendi, lex orandi, lex vivendi*⁶¹.

⁵⁸ H. Volk, *Palabra*, Madrid 1979, 264.

⁵⁹ *Ordo lectionum Missae*, n° 41.

⁶⁰ *Ordo lectionum Missae*, n° 47.

⁶¹ M. Augé (*Liturgia. Historia. Celebración. Teología. Espiritualidad*, Barcelona 1995) ha dejado escritas muy sugerentes reflexiones sobre esta concatenación necesaria (pp. 80-82). Recuerda las palabras de la *Sacrosanctum Concilium* (n° 59): *los sacramentos no sólo suponen la fe, también la fortalecen, la alimentan y la expresan con palabras y acciones; por eso se llaman sacramentos de la fe.*

b) Importancia de la proclamación, para que resuene la voz de Cristo

Bastaría recordar el efecto de un texto literario cuando es dignamente recitado. Hay pasajes que reviven al ser pronunciados por un actor creíble durante una obra de teatro, de tal manera que el público oyente queda enganchado y contagiado de esa fuerza que se desprende de una palabra bien dicha y salida desde dentro.

¡Cuánto más habría que enfatizar la responsabilidad del lector en la liturgia! Si se le pide a un actor de teatro que al menos crea en lo que está diciendo, ¿sería mucho reclamar del lector cristiano –sea en el noble ejercicio de la proclamación o de la predicación– que crea en la Palabra de Dios que anuncia en la lectura o aplica en la homilía?

De aquí se deriva la importancia del lector. Al proclamar la palabra se está efectuando un acto profético, kerigmático, de anuncio eficaz: «El que proclama la Palabra de Dios escrita da a la Palabra viviente su propia voz para que la palabra oída sea, ya y en este estadio, vivificada»⁶².

El lector presta su voz, su compostura, toda su sensibilidad para que la misma Palabra de Dios siga resonando en su máxima eficacia. La Palabra bien dicha y proclamada alcanza el corazón del oyente. No hay que falsearla ni disminuirla. Es preciso evitar el tono cansino, de lector impersonal, distante, hierático. Otorgar la sincera expresividad para que vuelva a revivir. En la voz del lector acontece una especie de encarnación de la palabra. L. Alonso Schökel ha acuñado esta expresión: *Qui locutus per prophetas, loquitur hodie per lectorem*⁶³.

Hay que entregarse al texto, en vida y alma, pero sin pose ni efectos teatrales, con el afán exclusivo de servicio a la comunidad, para que el texto proclamado pueda desplegar toda su fuerza profética.

⁶² A. M. Triacca, *Biblia y liturgia*, en *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1987, 240.

⁶³ L. Alonso Schökel, *La palabra inspirada...*, 363.

Esta recomendación es válida asimismo para la predicación y la lectura: «Poner la retórica al servicio de la predicación suele ser cristiano y lo hicieron muchos padres; usar de la elocuencia para preparar la conversión, puede corresponder a una *praeparatio fidei*. Pero la fuerza de la predicación cristiana no reside específicamente en el poder de la persuasión, sino en el contacto con la Palabra inspirada»⁶⁴.

La Segunda Carta de Clemente recomendaba espíritu de fe «para que, atendiendo a la Escritura, os salvéis a vosotros y al que lee entre vosotros». El Apocalipsis comienza alabando al lector y a los oyentes, mediante un diálogo litúrgico: «Dichoso el que lee y los que escuchan la palabra de esta profecía» (Ap 1,3).

c) La cena del Señor no se improvisa, se prepara

La Palabra de Dios sólo germina en un corazón disponible y preparado. La semilla crece en una tierra no reseca como piedra, sino abierta.

Todos los cristianos, participantes en la liturgia, somos comensales, responsables y actores protagonistas. Nadie debe ir de invitado cortés o desentendido. Nos necesitamos. Entre todos preparamos la cena del Señor: es obra en común, labor conjunta.

La *Sacrosanctum Concilium* no quiere que los fieles asistan a la liturgia «como espectadores mudos o extraños» (48), sino como miembros activos y participantes conscientes. En la asamblea litúrgica no hay espectadores, sino solamente actores⁶⁵.

Hay que leer antes los textos de la liturgia, prepararlos en la oración y meditación. Entonces, cuando éstos son proclamados, calan en el corazón. Si antes no se han leído, llegan sólo a la cabeza, difícilmente bajan a la hondura del alma. Sólo informan, pero no forman. Este trabajo anticipado es de todo punto necesario para la fructificación de la Palabra de Dios⁶⁶.

⁶⁴ Cf. P. Duployé, *Rhétorique et Parole de Dieu*, París 1955, 75.

⁶⁵ M. Augé, *Liturgia. Historia. Celebración. Teología. Espiritualidad*, Barcelona 1995, 63.

⁶⁶ A este respecto recuerdo haber escuchado en clase cómo nuestro profesor de liturgia, Joan M^a Canals, actual director del Secretariado Nacional de Liturgia, insistía en la preparación, mediante una previa lectura y oración, de las oraciones de la liturgia, en especial de la Palabra de Dios. *Producen mucho fruto como el de la semilla de la Palabra de Dios en un corazón noble, según el evangelio*, solía con frecuencia comentar.

La Palabra de Dios se parece a un «congelado». Nadie come directamente un pan congelado, ni verdura congelada, ni helado congelado y frío. ¡Se le romperían los dientes! Además, perderían su sabor, se harían incomedibles. Se requiere un tiempo de aclimatación, de deshielo... Así ocurre con la Palabra de Dios en la liturgia, salvando siempre la iniciativa de la gracia, que actúa como y cuando quiere.

No se debería ir a la Eucaristía —por servirnos de unas expresiones coloquiales— «a lo que salga, a lo que nos den», sino habiendo preparado bien el terreno mediante la atenta lectura y sincera oración, para que la fuerza de la Palabra de Dios nos penetre sin estorbos.

Parece este consejo una pura obviedad, pero resulta de los más eficaces. Sólo llevándolo a la práctica, pueden apreciarse sus benéficos efectos.

d) ¡Quién nos libraré de esta rutina de muerte!

Esta exclamación es un eco al grito de Pablo con el que finaliza el capítulo siete de la carta a los romanos. Pretende ser provocación y sacudida a las conciencias ante el lamentable espectáculo que formamos con dolorosa frecuencia en nuestros encuentros orantes con la Palabra.

Nunca se ponderará suficientemente la excelencia de la oración bíblica o sálmica. Es sublime, más allá de todo merecimiento, porque nos une a Cristo, a la Iglesia y a la humanidad.

La oración sálmica y comunitaria, o liturgia de las Horas, representa la oración del «Cristo total». Todos los salmos hablan de Cristo, que sigue sufriendo la pasión en los hombres atribulados y sigue siendo glorificado en la vida de los cristianos. Aún más, Cristo ora con nosotros: «Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es el que ora por nosotros, ora en nosotros y es invocado por nosotros. Ora por nosotros como Sacerdote nuestro, ora en nosotros por ser Cabeza nuestra, es invocado por nosotros como Dios nuestro. Reconozcamos, pues, en él nuestras propias voces y reconozcamos también su voz en nosotros»⁶⁷.

⁶⁷ San Agustín, *Comentarios sobre los Salmos* 85, 1.

En Cristo, nuestro sumo Sacerdote, que preside toda acción litúrgica dentro de la Iglesia, se fundamenta la dignidad extraordinaria de nuestra oración cristiana. Nos unimos a su alabanza celeste, pues Jesús no ha dejado de ser nuestro sumo Sacerdote, y vive siempre para interceder por nosotros (Heb 13,15).

Nos incorporamos también a la Iglesia, peregrina en la tierra; aquella comunidad formada por María y los primeros discípulos, sobre quienes bajó la fuerza del Espíritu Santo (Hch 1,14): comunión de cristianos en donde el mismo Señor se hace presente, conforme nos ha asegurado (Mt 18,20).

Nos hermanamos con la humanidad, con tantos hombres y mujeres que padecen, enfermos en el cuerpo y en el alma, que malviven sin ilusión, desvalidos y abandonados: hacemos nuestros sus gozos y esperanzas. Esta dimensión misionera del rezo de los salmos bastaría para ungir de sentida piedad nuestra oración.

Reconocemos toda esta excelencia. Pues, abriendo una brecha de sinceridad a la palabra interpelante del Señor, a nuestra comunidad también pueden aplicarse las severas palabras que dirigió a la iglesia de Sardes: «tienes fachada de estar viva, pero por dentro estás muerta» (Ap 3,1). ¿Qué estamos haciendo de nuestra oración sálmica?

Cada grupo debiera verificar un profundo examen de conciencia y preguntarse sobre la dignidad cristiana y eclesial de su oración. Todos estamos expuestos al ambiente de banalización y superficialidad que nos rodea, también a la frágil condición de la «carne» y leyes de nuestro débil psiquismo. Lo que se hace con frecuencia decae en la repetición; la repetición genera monotonía, y la monotonía suele acabar en la rutina. La rutina, en fin, arrasa con todo lo que una vez fue ilusión, amor primero y celo ardiente; representa el mal original que arruina nuestra oración. Tiene sus síntomas. Se manifiesta en un rezo rápido, precipitado; da la impresión de que hay que rezar contra reloj o que se va a apagar fuego. No hay pausas reflexivas, ni alguna breve monición que ilumine; no existe paz honda; se leen o devoran palabras y palabras, carentes de espíritu interior...; en definitiva, no se da ese clima de fe serena que propicie una oración cristiana, hecha en comunión con Cristo, con la Iglesia y en favor de toda la humanidad.

e) Repartir el pan de la Palabra

Durante la celebración de la liturgia, en especial la del domingo, la Iglesia tiene una misión, que le ha sido confiada por Dios:

Tomar el pan de la vida de la mesa de la Palabra de Dios, como de la del Cuerpo de Cristo, para ofrecerlo a los fieles (*Dei Verbum*, 21).

Es, sobre todo, en la liturgia donde hoy los cristianos entran en contacto con las Escrituras, en especial con ocasión de la celebración eucarística dominical⁶⁸.

Se trata del pan de la Palabra, y con el pan no se juega. Muchos cristianos, la mayoría de ellos, sólo mantienen esta relación con la Palabra merced a la asistencia de la santa Misa del domingo. La liturgia de la Palabra exige un gran cuidado, porque en las lecturas «Dios dirige su Palabra a su pueblo»⁶⁹.

Conscientes de esta oportunidad singular, nunca se acentuará con suficiente vigor la apremiante llamada a la responsabilidad de todos: cuánto debemos esmerarnos en saber proclamar, interpretar y aplicar a la vida el pan de la Palabra de Dios en la homilía.

f) A modo de recapitulación. Cristofanía en Patmos

Juan se encuentra en la isla de Patmos a causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús; sufre el destierro y la persecución. Es domingo. «*Dies Domini* o día del Señor». Es la primera vez que aparece registrada esta expresión en la Biblia. El día en que los cristianos se reúnen para recordar a Jesús, muerto y resucitado. Aunque solo y relegado en la isla de Patmos, Juan se siente en comunión eclesial «Yo, vuestro hermano...» (Ap 1,9).

Padece una experiencia carismática: entra en la fuerza del Espíritu Santo, quien le capacita sobrenaturalmente para ver y oír realidades divinas que serían para él, dejado a la sola merced de sus recursos naturales, inaccesibles y herméticas. Juan se siente

⁶⁸ Pontificia Comisión Bíblica. *Interpretación de la Biblia en la Iglesia...*, 112-113.

⁶⁹ *Ordo lectionum Missae*, nº 33.

profeta promovido por el Espíritu Santo. Es testigo de la aparición de Cristo, una de las más vigorosas de todo el Nuevo Testamento⁷⁰:

Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, el reino y la paciencia, en Jesús. Me encontraba en la isla llamada Patmos, a causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús. Entré en la fuerza del Espíritu el día del Señor, y vi detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: «Lo que veas escríbelo en un libro y envíalo a las siete Iglesias: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea».

Me volví a ver la voz que hablaba conmigo y, al volverme, vi siete candelabros de oro, y en medio de los candelabros como a un Hijo de hombre, vestido de una túnica talar, ceñido al talle con un ceñidor de oro (Ap 1,9-13).

Lo que primero ve Juan es una «voz». Mas, ¿cómo se puede ver una voz? El lenguaje del Apocalipsis es densamente simbólico. Juan se encuentra frente a alguien, convertido todo él en plena expresión, pura elocuencia. Contempla a un personaje, «como» a un Hijo de hombre. Lo describe de manera parsimoniosa.

Porta una túnica talar, la vestidura propia del sumo sacerdote. La palabra griega *podere* designa una magnífica prenda. Léanse estos textos en donde el vocablo se aplica de manera precisa y preciosa, pues insiste en resaltar con detalles primorosos la hermosura sacra con que se reviste el sumo sacerdote (Éx 28,2-4; Zac 3,1.3.4; Sab 18,20.21.24; Eclo 45,6-7). También Flavio Josefo hace hincapié en estas asignaciones⁷¹.

Cristo se pasea en medio de los siete candelabros. Ya el Apocalipsis dirá más adelante: «Los siete candelabros son las siete Iglesias» (1,20). Los siete candelabros son imagen luminosa de la Iglesia durante el ejercicio de su liturgia. No alude a una imagen eclesial, reclusa en la penumbra de una sacristía, sino a la Iglesia en el acto de la celebración de su fe, pues los candelabros son de oro, a saber, están encendidos.

⁷⁰ Véase un amplio comentario, que incluye asimismo abundante bibliografía, en F. Contreras, *El Señor de la Vida. Lectura cristológica del Apocalipsis*, Salamanca 1991, 31-73.

⁷¹ *Antigüedades judías III*, 7. 2.

Además, la Iglesia, en dicho acontecimiento, adquiere dimensión de universalidad: es toda la Iglesia –siete o la cifra de la perfección y la totalidad–. En medio de estos siete candelabros aparece Jesucristo. Con su voz habla a toda la Iglesia mediante el mensaje de las siete cartas (Ap 2-3) y realiza egregiamente su función sacerdotal.

Con toda la carga simbólica que emana, este texto del Apocalipsis quiere confirmar cuanto antes se ha dicho acerca de la supremacía de la liturgia en la vida de la Iglesia:

- Cada vez que la Iglesia se congrega para la celebración de la liturgia, ha de saber que quien se encuentra de pie, verdaderamente dentro de ella, animándola con su Palabra y presidiéndola con su viva presencia, es Cristo mismo, nuestro Señor, único y Sumo Sacerdote.
- Cada vez que los cristianos nos reunimos en la liturgia no formamos un conglomerado de personas anónimas, un resto perdido y fragmentado; nos transformamos en una realidad insospechada: somos el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia universal.

VII

El Señor purifica a la Iglesia con su Palabra

En el Antiguo Testamento Dios se dirigía a su pueblo, del mismo modo Jesús, el Señor, henchido de autoridad divina, interpela a su Iglesia, que es ahora el nuevo pueblo de Dios en marcha por la historia¹.

Posee su palabra fuerza profética. Lo reconocía así la confesión primitiva de aquellos dos discípulos de Emaús: «Jesús, profeta poderoso en obras y en palabras» (Lc 24,19). La señal de todo buen profeta es el cumplimiento de su palabra. Jesús es el hombre de la palabra eficaz. Realiza y ejecuta al instante cuanto dice. Manda al viento y al mar, y éstos le obedecen (cf. Mc 4,39-41). Es capaz de resucitar a un muerto, hijo único de una madre viuda. El pueblo lo ha aclamado tras contemplar el prodigio: «Un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo» (Lc 7,16). Pero acontece un salto cualitativo y trascendente. Es más que un gran profeta: es el profeta, en él se apoya el Espíritu no de manera transitoria, sino perdurable (cf. Jn 1,33). El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía (Ap 19,10).

Pleno de esta fuerza de vida, el Señor habla a su Iglesia, a la que ama tanto que ha derramado por ella su sangre (Ap 1,5), ansía verla sin mancha ni arruga, santa e inmaculada (Ef 5,27), quiere purificarla y convertirla.

¹ Cf. T. Holtz, *Die Christologie der Apokalypse des Johannes*, Berlín 1962, 135; H. Zimmermann, *Christus und die Kirche in den Sendschreiben der Apokalypse*, en *Unio Christianorum* (fest. L. Jäger), Paderborn 1962, 179-197.

Este capítulo nace de una preocupación pastoral sentida y sobre todo padecida: ¿Qué hemos hecho de la palabra de Cristo a la Iglesia? ¿En qué ha venido a parar su potencia y energía?

Recordamos algunas imágenes bíblicas aplicadas a la Palabra: espada (Heb 4,12), lluvia (Is 55,10-11), semilla (Mc 4,26-29; Lc 8, 4-15), carta (Ap 2-3)... ¿En qué se ha desfigurado esta espada? No parece sino que ha llegado a ser una herramienta enmohecida y roma, incapaz ya de cortar y sajar. ¿Se ha desvirtuado la Palabra de Dios en lluvia inservible que no empapa la tierra, que no hace germinar el corazón del creyente? ¿Metamorfoseado en semilla estéril, que se ha corrompido bajo tierra pero que no consigue dar fruto? ¿Qué clase de carta es ya la Biblia para nosotros, los cristianos? ¿No es una vieja página que ya no es Buena Noticia ni siquiera novedad, una carta que no dice nada, amarillenta?

Afirmamos que la Palabra de Cristo posee fuerza profética. Recordamos al profeta Amós: «Ruge el león, ¿quién no temerá? Habla el Señor, ¿quién no profetizará?» (Am 3,8).

¿Dónde –nos preguntamos– ha quedado el vigor de la Palabra del Señor? Hemos domesticado al león. Ya no ruge con poderío, sino que vegeta transformado en animal de compañía, tal vez –siguiendo la evocadora imagen– en un indolente gato que maúlla y se adormece mansamente en nuestro regazo.

Sansón era juez arrollador en Israel. En él habitaba el espíritu de fortaleza. Fue temible y terrible. Pero lo redujeron, hicieron de su fiereza una caricatura y de su bravura una burla. ¿Qué estamos haciendo de la Palabra de Dios? ¿Por qué no nos conmueve e interpela, no nos provoca y transforma hasta abrir esa brecha necesaria para la conversión?

En fin, dicho sea ya con toda claridad y sin metáforas: a causa de nuestra falta de fe, descuido y negligencia hemos desbravado la fuerza profética de la Palabra del Señor. Leemos la Biblia como quien lee el periódico, que luego doblamos y dejamos olvidado en el oscuro rincón de nuestras rutinas. Abrimos la Biblia y parece que estamos leyendo historias ya sabidas, gastadas. Las oímos como quien escucha músicas celestiales, como quien oye llover. No nos interesa en verdad la Palabra. No nos afecta ni nos toca hondamente: no cala en nuestra alma.

Hemos de reflexionar a fin de volver a encontrar la poderosa energía que reside en la Palabra de Dios, y permitir que sea una instancia crítica y sanadora en nuestra vida de creyentes y miembros de la Iglesia.

No perdamos más el tiempo en cantos y lamentos inútiles, tal como recriminaba Jesús a sus contemporáneos (Lc 7,31-35). Sigamos una guía fiable para recuperar esa fuerza escondida: la misma Palabra de Dios viene en nuestro socorro.

Acudimos a un libro, tal vez postergado, ¡pero tan revelador!: el Apocalipsis o «libro de la profecía». Así se designa repetidamente el mismo escrito (Ap 1,3; 22,18.19). Se trata de la última profecía para la Iglesia. No nos ceñiremos únicamente a su mensaje; desde él nos abrimos al mensaje provocador de toda la Biblia.

El Señor habla a la Iglesia, le dirige siete cartas (Ap 2-3), a manera de una «carta magna» a la Iglesia universal. Trata de infundirle vida con su Palabra.

Para ello realiza una doble interpelación. En primer lugar, la juzga y purifica; en segundo lugar, busca con solicitud la conversión. Sólo una Iglesia convertida a su Señor podrá dar testimonio de él. Únicamente una Iglesia evangelizada por la Palabra de Jesús, podrá ser evangelizadora.

Siguiendo la misma pauta, también nosotros estructuramos este capítulo en dos grandes partes. Nos servimos asimismo de dos atrevidos símbolos del Apocalipsis: la espada y el fuego. En este contexto eclesial recordamos a María: una espada le traspasó el corazón (cf. Lc 2, 35). María es modelo para todo discípulo de escucha y fidelidad a la Palabra de Dios.

Primera Parte

El Señor juzga a la Iglesia con su Palabra

Al comienzo de cada una de las siete cartas, que el Señor dirige a su Iglesia (Ap 2-3), aparece indefectiblemente la expresión: Esto dice *-tade legei-*. Es la traducción de la fórmula hebrea del mensa-

jero profético². Esta breve introducción se refiere constantemente a un oráculo que se pronuncia en nombre de Yahveh (Jos 24,2; Jue 2,1; 1 Re 2,27.30; 10,18; 2 Re 7,5; 12,7; 1 Cró 17,7; 2 Cró 11,4; 21,12; 24,20; Am 1,6.8.9.11.13; 2,1.4.6; 3,12; 5,3...)³.

La Palabra de Cristo, firmemente arraigada en la profecía del Antiguo Testamento, se presenta llena de potestad divina: constituye el definitivo oráculo de Dios en la historia.

Su Palabra lava. El cuarto evangelio subraya la fuerza purificadora de la Palabra de Jesús. Durante el discurso de la última cena, en contexto eclesial y haciendo balance de todo su mensaje de revelación, declara el Señor a sus discípulos: «Vosotros estáis limpios –*katharoi*– por la Palabra que os he hablado» (Jn 15,3).

Lo que Jesús desea es someter a la comunidad eclesial a un juicio para que quede del todo purificada. La purificación debe comenzar por dentro y no por fuera; debe iniciarse dentro de la misma Iglesia, que es la casa de Dios (según reza la sentencia de 1 Pe 4,17) y conforme a una sólida tradición del Antiguo Testamento (cf. Ez 9,6) y patente, sobre todo en Malaquías (3,1-7), cuyo pasaje, dotado de garra provocadora, conviene leer íntegro:

He aquí que yo envío a mi mensajero a allanar el camino delante de mí, y enseguida vendrá a su Templo el Señor a quien vosotros buscáis; y el Ángel de la alianza, que vosotros deseáis, he aquí que viene, dice el Señor de los ejércitos. ¿Quién podrá soportar el Día de su venida? ¿Quién se tendrá en pie cuando aparezca? Porque es él como fuego de fundidor y como lejía de lavadero. Se sentará para fundir y purificar. Purificará a los hijos de Leví y los acrisolará como el oro y la plata; y serán para el Señor los que presentan la oblación en justicia. Entonces será grata al Señor la oblación de Judá y de Jerusalén, como en los días de antaño, como en los años antiguos. Yo me acercaré a vosotros para el juicio, y seré un testigo expeditivo contra los hechiceros y contra los adúlteros, contra los que juran con men-

² Cf. F. Hahn, *Die Sendschreiben der Johannesapokalypse*, en *Tradition und Glaube* (fest. K. G. Kuhn), Gotinga 1971, 366.

³ Cf. R. Rendtorf, *Botenformel und Botenspruch: Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft* 74 (1962) 165-177; K. Koch, *Was ist Formgeschichte?*, Neukirchen-Vluyn 1964, 214, 235.

tira, contra los que oprimen al jornalero, a la viuda y al huérfano, contra los que hacen agravio al forastero sin ningún temor de mí, dice el Señor de los ejércitos. Que yo, el Señor, no cambio, y vosotros, hijos de Jacob, no termináis nunca. Desde los días de vuestros padres venís apartándoos de mis preceptos y no los observáis. Volveos a mí y yo me volveré a vosotros, dice el Señor de los ejércitos.

Jesús cumple la profecía. Él personifica este esperado Ángel de la alianza. Acude al templo para purificarlo (Jn 2,13-18). El acontecimiento se sitúa, según san Juan, al inicio de su ministerio, en contraste con los relatos sinópticos que lo ubican en la última semana.

Lo mismo que Jesús entra en el templo o la casa de Dios —«no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre»— (Jn 2,17), así ingresa en nuestra Iglesia. No emplea, como antaño, un látigo de cuerdas (Jn 2,15), sino otros medios más vigorosos: la espada y el fuego.

Entra blandiendo una «espada»: Cristo juzga a la Iglesia con la Palabra que sale de su boca, «aguda como espada de doble filo» (Ap 1,16).

Entra con ojos como «llama de fuego». Nada de cuanto existe en la Iglesia permanece oculto ante aquel que «tiene ojos como llama de fuego», tal como declara a la comunidad de Tiatira (2,18), y horada con su visión profunda los sentimientos más recónditos, «sondea entrañas y corazones» (2,23).

Hay que caer en la cuenta de la bíblica significación de estos dos símbolos, a fin de apreciar la fuerza irresistible de la Palabra que Cristo dirige a la comunidad eclesial para limpiarla de toda escoria de infidelidad y pecado.

1. La Palabra del Señor, espada aguda de doble filo

Cristo nos juzga con su Palabra. Para llevar a cabo tan enérgica interpelación, el Apocalipsis emplea un símbolo tan bíblico como eficaz: una espada de doble filo.

La expresión «espada aguda de doble filo» se aplica al mismo Cristo durante la cristofanía inaugural (Ap 1,16). Con idéntica

arma se presenta a la Iglesia de Pérgamo (2,12.16). Reaparece egregiamente en el combate escatológico. La Palabra del Señor es considerada como un potente instrumento de guerra: «de su boca» –refiriéndose a Cristo, el jinete que cabalga a lomos del caballo blanco–, «sale un espada aguda para herir con ella a las naciones» (Ap 19,15).

La espada es, según la tradición bíblica, imagen denotativa de la fortaleza de la Palabra divina. Dios mismo convierte la boca del profeta en espada afilada: «Hizo mi boca espada afilada, en la sombra de su mano me escondió; me hizo como saeta aguda, en su carcaj me guardó» (Is 49,2).

La palabra, en atrevida hipérbole, aparece en la armadura del implacable guerrero (Sab 18,15-16). También es ejecutora de los juicios de Dios (Os 6,5.11; Jer 23,29; Sal 33,6; 147,15.18; Ef 6,17). En la literatura judía aparece esta ecuación entre la espada y la Palabra de Dios (cf. Gen Rabbá 21,9 a 3,24; Ex Rabbá 2,4 a 3,1; Targum Cantar 3,8; Cantar Rabbá 1,2.5).

La metáfora de la espada –*rhomphaia* o espada de combate–, en alusión continua a la Palabra de Dios, es amplificada con dos adjetivos: «aguda» (Rom 3,15; Ap 14,14.17.18) y «de doble filo» (Heb 4,2). Ambos adjetivos insisten –todavía más– en su aspecto polémico, cortante como una hoja afilada, que saja con doble filo y por ambas partes, a diestra y siniestra.

El texto más revelador se refiere directamente a la «Palabra de Dios, viva y eficaz, más cortante que espada de doble filo» (Heb 4,12). Merece la pena su atenta lectura y comentario⁴:

Viva es ciertamente la Palabra de Dios y energética, más tajante que espada de doble filo. Penetra hasta la unión del alma y espíritu, de órganos y médulas, juzga sentimientos y pensamientos del corazón. No hay para ella criatura invisible: todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuenta (Heb 4,11-16).

⁴ Cf. L. Alonso Schökel–P. Proulx, *Heb 4, 12-13. Composición y estructura*: Biblica 34 (1973) 431-439.

La Palabra es descrita con cinco adjetivos⁵:

- a) «Viva». Se resalta en primer lugar, en posición enfática, rompiendo la cadencia gramatical. Esta preeminencia vital colorea todo el pasaje. El adjetivo «viva –zon–» insiste en su capacidad de generar vida. No es palabra dormida, inerte. Participa del ser mismo de Dios, calificado como el «Viviente» (Heb 3,12; 1 Pe 1,23). Ella misma tiene poder para suscitar la vida (Hch 8,38), a la manera de una semilla (San 1,18). *Vivificat credentes*, en expresión de Lutero. Como consecuencia de esta vitalidad, se desprende esta catarata de virtualidades.
- b) «Energica». La Palabra no sólo contiene un elemento racional, sino que posee una dimensión dinámica, se halla plena de energía (1 Cor 16,9). *Fecit omnia posse eos qui credunt* –Lutero–. En relación con el adjetivo *energica* se destaca su capacidad inagotable mediante el homónimo *energeitai* (1 Tes 2,3; 2 Tim 3,16).
- c) «Tajante como espada de doble filo –*makhaira*–». De fuerza incisiva como un «bis-turí» –el doble filo aparece en la significación de esta original palabra francesa–.

El vocablo característico *rhomphaia* –espada de combate– sólo se encuentra, fuera del Apocalipsis, en la profecía del anciano Simeón dirigida a María:

Y a ti una espada –*rhomphaia*– te traspasará el corazón (Lc 2,35).

María, siguiendo la trayectoria del pueblo fiel de Dios y la vida de los profetas de Israel, tiene que confrontarse con la Palabra de su Hijo –que incluye a la vez palabras y enigmas, una existencia de dolor, que culmina en el Calvario–, misteriosamente simbolizada en esta espada, que atraviesa su inmaculado corazón⁶. «María hizo que sus pensamientos fuesen iluminados y juzgados por la luz de

⁵ C. Spicq, *L'Épître aux Hébreux II*, París 1953, 88-91.

⁶ El evangelio se refiere a María como representante del pueblo de Israel, cf. P. Benoit, *Et toi-même, un glaive te transperçera l'âme!* (Lc 2,35): Catholic Biblical Quarterly 25 (1963) 251-261.

aquella Palabra, y a ella se adecuaba con un crecimiento constante»⁷.

- d) «Penetrante». Consigue un poder escrutador; sondea los más ocultos recovecos del ser humano, hasta la unión de lo espiritual y lo físico.
- e) «Crítica». El quinto elemento característico es su poder judicial *–kritikos–*; es apta para juzgar lo más secreto del corazón, sentimientos y pensamientos: la dimensión humana afectiva y racional.

Se deduce que ninguna hipocresía ni mentira pueden sostenerse delante de la Palabra. Todo se torna transparente ante su presencia. Tan poderosa es su acción que el texto siguiente de la carta a los Hebreos realiza un traspaso: aplica al mismo Dios los efectos de la Palabra:

No hay para ella criatura invisible: todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuenta (Heb 4,13).

La Palabra todo lo ve, igual que Cristo, «el que tiene los ojos como llama de fuego» (Ap 2,18).

Blandiendo la espada de su poderosa Palabra, emprende el Señor la tarea de purificar a su Iglesia. Sobresale el tratamiento directo, la querrela enérgica, la «palabra» bien dicha, cabal y verdadera, que duele porque va derecha al corazón torcido, y obliga a atenerse a la realidad —o la confesión de su situación de infidelidad—. Durante esta larga corrección eclesial Jesús reconoce, arguye, recrimina. Al estilo de Dios con su pueblo, Jesús juzga a su Iglesia; no tolera la dejadez, no soporta que el amor de la Iglesia venga a menos.

2. Cristo tiene ojos como llama de fuego, nos sondea y conoce

El Señor conoce profundamente a la Iglesia, la examina con ojos que son como «llama de fuego»: la taladra con su mirada penetrante.

⁷ A. Serra, *Sapienza e contemplazione de Maria secondo Luca 2,19.51b*, Roma 1982, 281. San Ambrosio es el primero que realiza esta lectura simbólica del texto de Lucas: *In Lucam* II 61; CCL XIV/IV, 57.

Los ojos son símbolos de la sabiduría de Dios, discernen lo que es verdadero y recto. Selectas aseveraciones bíblicas resultan sumamente elocuentes (Eclo 23,19; Prov 23,12)⁸. Ante los ojos escrutadores de Dios el hombre descubre y reconoce la maldad del pecado.

El fuego bíblico es símbolo de la santidad de Dios en su ambivalencia afectiva: atrae y causa temor sagrado (Éx 3,2; 19,8; Dt 4,12; 5,4.22.24). Se halla especialmente relacionado con la palabra profética, tal como se desprende de la lectura de algunos pasajes (cf. Is 6,6; Jer 20,29; 23,29; Zac 12,6)⁹.

Valoremos esta expresión del Apocalipsis que resulta del todo original. El libro realiza una sutil operación; corrige a su fuente inspirativa, el profeta Daniel. Éste habla repetidamente del trono de Dios «como llamas de fuego» (Dn 7,9) y de los ojos de Yahveh «como antorchas de fuego» (10,6). El Apocalipsis quita la palabra antorchas y pone en su lugar, de manera mucho más realista y en singular: «llama de fuego».

La expresión muestra gráficamente que la sabiduría de Cristo es perspicaz y abrasadora. El sintagma se encuentra en la visión inicial (1,14) y en la autopresentación de Cristo a la Iglesia de Tiatira (2,18)¹⁰.

«Ojos como llama de fuego» es un símbolo de la mirada santa y sabia de Cristo que todo lo ve. Acentúa simultáneamente la omnisciencia y la purificación. La imagen de los ojos de fuego resulta ya proverbial en la literatura de todos los tiempos¹¹.

⁸ Cf. W. Deonna, *Le symbolisme de l'oeil*, París 1965; P. Fingesten, *The Eye of God*, Columbia 1970.

⁹ Cf. R. Mayer, *Die biblische Vortellung vom Weltenbrand*, Bonn 1956; J. Goetemann, *Le feu du ciel sur la terre: Bible et Vie Chretienne* 33 (1960) 48-61; J. Morgens-tern, *The Fire upon the Altar*, Leiden 1963; X. Léon-Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Barcelona 1967, 307-311.

¹⁰ Con ello se verifica una transferencia teológica: lo que el profeta Daniel reservaba a Yahveh, el Dios eterno, *el anciano de cabellos blancos, puros como la lana* (7,9), ahora el Apocalipsis lo aplica a Cristo, consiguiéndose, de esta manera, subrayar la divinidad de Jesús resucitado.

¹¹ Como ejemplo —uno entre tantos—, puede citarse un hermoso fragmento de A. Machado, que parece haberse inspirado en la lectura de Apocalipsis; pues la creación del clima poético resulta similar y asimismo llamativo el extenso paralelismo con los

Aplicada la imagen a Cristo recobra sumo vigor. Cristo nos traspasa con su mirada. Nada hay oculto ante sus ojos. Puede aplicársele el salmo: «¿Adónde escaparé de tu mirada?» (138,7). Incluso se da en él un ulterior misterio revelador. El Apocalipsis contempla a Cristo o al Cordero, de pie, degollado, con siete ojos (5,6). Cristo es la suma (siete o la cifra de la perfección) de la sabiduría y perspicacia. Lo sabe todo. Tiene los ojos abiertos, tal como aparece admirablemente representado en el icono del Cristo de san Damián.

No es ésta una estampa rara del Apocalipsis, sino que conecta perfectamente con su comportamiento, según nos refiere el cuarto evangelio. No se ve arrollado por la vorágine de los sucesos. Durante todo el drama de la Pasión se da cuenta de lo que pasa y ocurre. La historia de la Pasión no le domina, ni le avasalla; él no sucumbe a su tiranía.

Podemos registrar esta conciencia de Jesús, dueño y señor de los acontecimientos, al hilo de la narración evangélica. Jesús sabía que había llegado la hora de la Pascua (Jn 13,1); lava los pies a los discípulos con pleno conocimiento de que el Padre lo había puesto todo en sus manos, que había venido de Dios y a Dios volvía (13,4). Durante el momento del prendimiento «sabía todo lo que iba a sucederle» (18,4). En la cruz «sabía que todo estaba consumado» (19,28)¹².

Verdaderamente, Jesús realizó la obra de salvación no como una víctima impotente, casi inconsciente de lo que padece, sino con el conocimiento soberano de quien domina los sucesos y los acepta libremente... precisamente por este conocimiento divino de Cristo, se sintieron ellos impulsados a creer que él había venido de junto a Dios (16,30)¹³.

ojos, las llamas y su poder de penetración en el alma. Este brillo de la mirada queda sobriamente resaltado en el poema por los adjetivos *victoriosos* y *sangrientas*, más el sustantivo *aceros*. Importa señalar que la órbita de los ojos llega hasta la profundidad del alma: *Brillaban / como aceros los ojos victoriosos, / y las sangrientas llamas / de su antorcha alumbraron / la honda cripta del alma* (*Galerías, LXIII*, en *Poetas completas*, Madrid 8^o1982, 119-120).

¹² J. H. Moulton-G. Milligan (*The Vocabulary of the Greek Testament*, Londres 1952, 439) habla de la distinción entre *oida* que significa *conocer absolutamente* y *ginosko* que equivale a *llegar a conocer*.

¹³ I. de la Potterie, *Oida y ginoko. Los dos modos de conocimiento en el cuarto evangelio*, en *La verdad de Jesús. Estudios de cristología joanea*, Madrid 1979, 298, 291.

Pedro es exponente del asombro de los primeros discípulos ante la soberana conciencia de Jesús. Entristecido de que por tercera vez le preguntase sobre la sinceridad de su amor, sin saber ya adónde acudir para asegurar su fidelidad, pone por testigo a la sabiduría de Jesús que todo lo comprende y sondea; le confiesa, entre la humildad y el abandono: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero» (21,17).

Tan hondo conocimiento del Jesús histórico continúa en relación con la situación de la Iglesia, según nos refiere el libro del Apocalipsis¹⁴.

Este empleo uniforme muestra que nada que atañe a la vida de la Iglesia resulta ignoto o inadvertido para el Señor. Él nos conoce absolutamente a todos de manera lúcida. Sabe nuestros más arcanos secretos, mejor incluso que nosotros mismos¹⁵.

Ante su Palabra, como señala la carta a los Hebreos, nada hay oculto. No hay árbol, ni cercano ni remoto en donde podamos –como en vano intentó Adán– escondernos. Su mirada de fuego nos localiza y nos reconoce al instante.

Como él lo sabe todo, comienza siempre alentando las nobles actitudes que se manifiestan en la vida de la Iglesia. Una profunda educación es la que realiza Cristo con ella. Principia por animar lo que hay de bueno en la comunidad; de cada una va

¹⁴ Se destaca ahora un elemento característico y singular, que subraya la misma profundidad de la sabiduría de Cristo. En todas las cartas a las siete iglesias aparece el mismo verbo, indicando por su régimen verbal –en perfecto griego *oida*– un conocimiento ya consolidado (Ap 2,2.9.13.19; 3,1.8.15), que el Señor se apropia. Puede con todo rigor traducirse de esta manera: *sé muy bien o conozco perfectamente*. Está ligado ya en su raíz al verbo *ver* por la raíz griega *id*. Indica un conocimiento *lúcido*. El verbo homónimo *ginosko* significa *llegar a conocer*; alude a ese proceso que proviene de una información recibida –un razonamiento o una observación–, y que debe conducir al conocimiento cabal; señala la adquisición de un conocimiento, pero no su posesión completa. Puede traducirse por algunos sinónimos como aprender, descubrir, constatar. Cf. E. A. Abbott, *Johannine Vocabulary*, Londres 1905, 1621-29; B. Snell, *Die Ausdrücke für den Begriff des Wissens in der vorplatonischen Philosophie* *oida-ginosko*, Berlín 1924.

¹⁵ J. H. Moulton-G. Milligan (*The Vocabulary of the Greek Testament*, Londres 1952, 439) habla de la distinción entre *oida* *conocer absolutamente* y *ginosko* *llegar a conocer*. En el evangelio de Juan el conocimiento de Jesús es señalado indistintamente por ambos verbos, pero predomina *oida* (22 ocasiones sobre 9). Resulta ilustrativo señalar el estrecho paralelismo entre los dos escritos: Jesús conoce perfectamente, desde dentro, toda la situación de la Iglesia, su vida de lealtad y los pormenores de sus faltas.

haciendo mención de sus logros y de su fidelidad. Partir de una actitud positiva y recalcando los logros es imprescindible en toda enseñanza. Las siete cartas pueden ser consideradas como una óptima pedagogía divina¹⁶.

El Señor se manifiesta como el educador de la Iglesia. Ya el lenguaje específico que emplea induce a esta asignación sapiencial. Jesús mismo, apropiándose de las palabras de la Sabiduría: «Yo a los que amo, reprendo y educo» (Prov 3,12), se dirige a la comunidad de Laodicea (Ap 3,19). Cristo asume personalmente la función instructora de Dios en el Antiguo Testamento: «Date cuenta de que el Señor, tu Dios, te ha educado como un padre educa a su hijo» (Dt 8,5). Cristo, el verdadero Maestro y Señor de la Iglesia, la enseña y corrige.

**a) El Señor nos mira y habla,
pero nosotros estamos ciegos y sordos**

Nos parecemos a aquellos fariseos denostados por Jesús: decimos que vemos, pero estamos ciegos (Jn 9,40). Incluso ciegos que intentan guiar a otros ciegos (Mt 23,24).

Somos pecadores. Caemos en el peor de los pecados: la soberbia religiosa, la hipocresía de los justos. Somos fingidores, hambrientos de la vistosa apariencia, del reconocimiento y del qué dirán.

Esta verdad o –cabría mejor decir, fraude y autoengaño– resulta mucho más frecuente de lo que se piensa. ¿Quién nos liberará de esta máscara existencial? Sólo la Palabra de Dios.

Acudamos a dos ejemplos reveladores que nos ofrece la Biblia.

b) «¡Ese hombre eres tú!» (2 Sm 12,7)

El primero narra la historia de un doble pecado, el de David contra Urías, pecado de adulterio y de sangre. Nos muestra cómo el pecador se queda insensible ante el mal que comete, hasta que la Palabra del Señor le denuncia.

¹⁶ *Las cartas mismas constituyen un ejemplo concreto de esta forma de educación* (J. Comblin, *Cristo en el Apocalipsis*, Barcelona 1969, 175).

Comienza el relato situando la escena; y este enmarque señala también el pecado de omisión del rey David. Es por el tiempo en que los reyes salen a campaña guerrera. David, en cambio, no parte a la guerra, sino que se limita a enviar a Joab con sus veteranos. Él se queda en Jerusalén (2 Sm 11,1). Ya se está insinuando el pecado del rey David, de omisión de su deber, de estar junto a su tropa, combatiendo. Él deserta y permanece en Jerusalén.

La acción posterior ya la conocemos todos. Recordémosla con brevedad. Una tarde, después de la siesta, mientras está el rey paseándose, ve desde lo alto del terrado a una mujer que se estaba bañando. Era muy hermosa. Le gustó. Se informó de quién era: Betsabé, la mujer de Urías. A pesar de ello, mandó que se la trajeran y se acostó con ella (vv. 2-4)¹⁷.

No se detiene aquí la acción del rey David. No se trata sólo de un momento repentino de pasión, de un fuego voraz que luego se apaga. El resto del capítulo muestra cómo David, de manera fría y maquiavélica, intenta tapar su pecado y salvar las apariencias. Invita por dos veces (vv. 8-9,12) a Urías para que entre en su casa y se acueste con su esposa, pero Urías rehúsa: «El arca, Israel y Judá habitan en tiendas; Joab, mi señor, y los siervos de mi señor, acampan en el suelo, ¿voy a entrar yo en mi casa para comer, beber y acostarme con mi mujer? ¿Por tu vida y la vida de tu alma, no haré tal cosa!» (v. 11).

Así responde Urías, en solidaridad con su pueblo y fiel a las normas del tiempo de guerra —cosa que David no hizo—. Entonces el rey urde una estratagema para asesinar a Urías. Se trata de una acción premeditada, a sangre fría. Envía una carta a su ge-

¹⁷ Hay que prestar atención porque el texto está narrando no sólo una aventura particular sino la misma secuencia que acompaña a todo pecado. Se repite la serie de acciones-pasiones que precedió al pecado de nuestros primeros padres. Dios coloca a Adán y Eva en el paraíso. Les da posesión de todo, el dominio sobre los animales, y permiso para comer de todos los árboles menos de uno: el árbol que está en medio del paraíso, de la ciencia del bien y del mal. Pero la mujer ve que el árbol era bueno o hermoso —*tob*— para comer, apetecible a la vista; toma del fruto y come, y da a su marido que también come (Gén 3,6). Así reproduce la cadena casi inexorable del pecado de todos los tiempos: algo atrae porque gusta o seduce, se toma de manera irresponsable (al margen del orden establecido por Dios) y se consume.

neral Joab, con una consigna sangrienta. Urías debe atacar a la ciudad en la parte más arriesgada. Cuando arrecie el fragor del combate, lo dejarán solo a merced de la tropa enemiga. Así acontecen los hechos. Urías muere, víctima de la traición de un rey (vv. 16-17).

Viene luego una sarta de ardidés para acallar tan depravada acción —¿cómo es de sinuoso y retorcido nuestro corazón humano!— a fin de quedar bien el general Joab y el rey David, una serie de cambalaches y componendas, para hacer ver ante los demás que aquello había sido simplemente un hecho de guerra cruel pero inevitable.

Pasado un tiempo, manda el rey David ir por Betsabé y la recibe en su casa, convirtiéndola en su mujer. ¿Continuará la historia su rumbo, como si no hubiese pasado nada y no se hubiese cometido tal atropello? ¿Se habrá derramado en vano una sangre inocente como la de Urías, el esposo fiel y el guerrero solidario con su pueblo?

Dios no puede dejar que tan graves acontecimientos transcurran de manera impune. Tiene que intervenir. Primero, la Palabra de Dios, como árbitro supremo de la historia, emite un juicio concluyente. El capítulo once acaba con este veredicto: «Aquella acción que David había hecho desagradó al Señor» (v. 11).

¿Qué hará el Señor? Enviará a su profeta para que, en su nombre, pronuncie su palabra.

El capítulo doce comienza con la misión del profeta. «Envío Yahveh a Natán donde David» (v. 1). Mas cómo va a tener valor el profeta de referir al rey David su pecado. ¿No podría correr la misma suerte que Urías? ¿No se sabe que el rey es sangriento? Por eso, urde una estratagema. Le va a referir una parábola. David se va a quedar tan prendado de este cuento, que al final terminará cautivo y atrapado. Tendrá que confesar su pecado. Asistamos a la celebración de este singular juicio:

Natán le dijo:

Había dos hombres en una ciudad, el uno era rico y el otro era pobre. El rico tenía ovejas y bueyes en gran abundancia; el pobre no tenía más que una corderilla, sólo una, pequeña, que había comprado. Él la alimentaba y ella iba creciendo con él y sus hijos, comiendo su pan, bebiendo en su copa, durmiendo en

su seno igual que una hija. Vino un visitante donde el hombre rico, y dándole pena tomar su ganado lanar y vacuno para dar de comer a aquel hombre llegado a su casa, tomó la ovejita del pobre, y dio de comer al viajero llegado a su casa (vv. 2-4).

Cuando el rey acaba de escuchar esta historia, se llena de cólera contra ese hombre de la parábola. Se halla tan engolfado dentro de las mallas de la trama narrativa que no sabe que se trata de una ficción. Su ira estalla contra este hombre que, al fin y al cabo, lo que hizo fue degollar una oveja. Se encoleriza de tal manera que dice a Natán, poniendo a Dios por testigo:

¡Vive Yahveh! Ese hombre que así hizo merece la muerte. Pagará cuatro veces la oveja por haber hecho semejante cosa y por no haber tenido compasión (vv. 5-6).

Hasta aquí quería llegar la palabra profética de Natán. En este momento el profeta le señala y apunta directamente:

Entonces Natán dijo a David: ¡ese hombre eres tú! (v. 7).

Así se presentan con frecuencia los caminos retorcidos del corazón humano. Somos ciegos ante nuestros propios hechos, no reconocemos lo que hacemos. Padecemos una ceguera innata, y una amnesia completa. Así vamos por la vida, y así continuaremos, como torpes invidentes, machacando derechos ajenos, colando un mosquito y tragándonos un camello, llorando a lágrima viva por una oveja, haciendo derramar lágrimas de dolor a nuestros hermanos, no remediando el mal... incluso podemos caminar insensibles, altaneros, y hasta orgullosos de la observancia... así, ¿hasta cuándo? Así hasta que alguien, en este caso la Palabra de Dios nos abra de par en par los ojos, nos denuncie y consiga que podamos sinceramente reconocer nuestro pecado. Y nos señale a bocajarro, sin concesiones: «¡Ese hombre eres tú!».

Sólo la fuerza profética de la Palabra de Dios podrá curarnos de nuestra innata ceguera.

c) ¡Atención, los que olvidáis a Dios! (Sal 49,22)

Este errado comportamiento humano se halla de manera admirable recogido en los salmos 49 y 50. Nos señala el salmo con su dedo acusador:

¡Atención, los que olvidáis a Dios! (49,22).

¿Cómo puede ser posible que alguien se olvide de Dios, si lo está invocando? Resulta del todo sorprendente que esa gente, amonestada en el salmo, no se acuerde de él cuando se pasa la vida recitando los mandamientos y tiene de continuo en la boca los preceptos de la alianza. ¿Cómo no acordarse de Dios, si se está todo el día rezando?

Ante esta situación de esquizofrenia, Dios va a intervenir. Va a celebrar un juicio con su pueblo. Se enfrenta directamente en un pleito. Dios mismo se involucra y, en un careo público, actúa como parte inocente; pretende hacer ver al pueblo su pecado y convencerle para que se convierta.

Este juicio público se denomina en lenguaje bíblico *rib*. Ha sido ampliamente estudiado y estructurado¹⁸.

El Dios de los dioses, el Señor habla.
 Convoca la tierra de oriente a occidente...
 Para un pleito con su pueblo:
 Congregadme a mis vasallos
 que sellaron mi pacto con un sacrificio.
 Proclame el cielo su inocencia (Sal 49,1-4).

¹⁸ Cf. la más selecta bibliografía: H. Gressmann, *Die literarische Analyse Deuteroseptuaginta*: Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft 34 (1914) 254-497; E. Würtheim, *Der Ursprung der prophetischen Gerichtsrede*: Zeitschrift für Theologie und Kirche 49 (1952) 1-16; H. B. Huffmon, *The Covenant Lawsuit in the Prophets*: Journal of Biblical Literature 78 (1959) 285-295; J. Harvey, *Le 'Rib-Pattern', réquisitoire prophétique sur la rupture de l'alliance*: Biblica 43 (1962) 172-196; J. Harvey, *Le plaidoyer prophétique contre Israël après la rupture de l'alliance*, Montreal 1967; J. L. Sicre, *Profetismo en Israel*, Estella 1992, 165-166.

De su análisis literario (cf. J. Harvey, *a.c.*, 177-178) se extraen los siguientes elementos formales constitutivos: a) Introducción, que es una llamada de atención con una referencia al mensajero (Dt 32,6; Jer 2,5.14-18; Is 1,11-12; Miq 6,3); b) querrela que consta de un interrogatorio dirigido contra el acusado, y, sobre todo, contiene duros reproches y una declaración de su incapacidad para refutar la acusación. El reconocimiento de la falta es considerado en el marco solemne de la alianza, cuyos sagrados vínculos ha roto gravemente; se hace un recuerdo de los beneficios de Dios y de las ingratitudes del pueblo (Is 1,2-3.15; Miq 6,4-5; Sal 51,7-13); c) declaración de culpabilidad que es seguida de amenazas (Dt 32,19-25; Jer 2,25-26; Sal 50,22; cf. Os 5,8-15; Is 30,12-17), o que puede cambiarse en una advertencia, que reclama el cambio de conducta exigido por Dios (Is 1,16-20; Miq 6,8; Sal 51,14-15).

Existen algunas modalidades dentro del mismo esquema (cf. J. L. Sicre, *a.c.*, 166). Los textos más importantes, donde este género literario se desarrolla –según se desprende del elenco de las citas anteriores– se encuentran en Dt 32,1-25; Is 1,2-3.10-20; Jer 2,2-37; Miq 6,1-8; y muy especialmente en el salmo 50. Algunos autores han visto este género literario extendido a otros pasajes bíblicos. (cf. J. L. Sicre, *Con los pobres de la tierra*, Madrid 1985, 120).

El pecador es el hombre del saco. Sin excusas ni justificaciones fáciles podemos confesar que somos los hombres del saco. Mediante el empleo de esta frase «gráfica» se intenta plasmar una gran ficción existencial. El pecador es alguien que comete un pecado, o muchos pecados. Pero se los echa a la espalda, los mete en un saco que está siempre abierto, y cada vez se torna más ancho y pesado. Como los pecados están detrás, el pecador no los ve; camina tranquilo, como si tal cosa. Ojo que no ve, corazón que no siente. Camina por la vida, impávido e impertérrito, ignorante del mal que hace, ajeno a toda desgracia que en torno a él provoca, creyéndose incluso justo.

Hasta que Dios se carea con el pecador en un juicio. Impresiona el vigoroso estilo dialogado «yo-tú», que excluye las genéricas referencias dichas en tercera persona. Dios toma parte activa y procede con celo, sitia con su palabra a su pueblo para que éste, sin posible coartada, no tenga más remedio que reconocer su culpa, se avergüence de su pecado, y vuelva arrepentido al Señor. La vehemencia de la Palabra de Dios es nota característica de tan intensa interpelación¹⁹.

Así lo denuncia el salmo 49:

Al pecador Dios le dice:
 ¿Por qué recitas mis preceptos
 y tienes en la boca mi alianza,
 tú que detestas la corrección
 y te echas a la espalda mis mandatos?
 Cuando ves a un ladrón, corres con él,
 eres del partido de los adúlteros,
 sueltas la boca para el mal,
 tu lengua urde engaños,
 te sientas a murmurar de tu hermano,
 infamas al hijo de tu madre.
 Esto haces, ¿y me voy a callar?
 ¿Crees que soy como tú?
 Te acusaré, te lo echaré en cara (16-21).

¹⁹ Cf. J. Vella, *La giustizia forense di Dio*, Brescia 1964; H. J. Bocker, *Redeformen des Rechtlebens im Alten Testament*, Neukirchen 1964; L. A. Schökel, *Treinta salmos: poesía y oración*, Madrid 1981, 199-215; H. Gunkel, *Introducción a los Salmos*, Valencia 1983, 373-379.

Comenta san Agustín:

¿Qué haré cuando te acuse? ¿Qué te haré? Tú ahora no te ves, haré que te veas... Te lo echaré en cara. ¿Por qué quieres esconderte de ti? Te hallas de espaldas a ti mismo, no te ves; haré que te veas. Lo que te echas a la espalda te lo echaré en cara²⁰.

Hemos inventado un Dios cómodo, mudo. Hemos hecho de él un ídolo, comparable a aquellos que tienen boca pero no hablan, según narra el salmo 134,16. Nuestro Dios, en cambio, viene para hablarnos. Su palabra, revestida de fuerza profética, recrimina al pecador. Lo denuncia —con palabras del salmo—: es un ladrón, un adúltero, murmura y engaña a su propio hermano.

Con frecuencia las listas de mandamientos, esos elencos sirven para muy poca cosa. Si nos miramos a nosotros mismos, no sabemos interpretarnos ni juzgarnos. Nadie es buen juez en su propia causa. Nadie sabe mirarse en el espejo de la verdad. Es precisa una instancia crítica que venga desde fuera, que nos enjuicie y examine.

Es la Palabra de Dios la que nos abre definitivamente los ojos y el corazón. Se trata siempre de una palabra profética, incisiva, que descubre toda nuestra corrupción. Reconocer la propia condición y admitir nuestros concretos pecados resulta fundamental. Lo primero es sentirse pecador delante de Dios, sin buscar justificaciones, ni coartadas. Aceptar que el pecado no es una transgresión contra un precepto, inscrito en una fría tabla de piedra, sino una ofensa hecha directamente a Dios, nuestro Padre. De ahí su malicia.

El texto original hebreo del salmo penitencial por antonomasia —que en la traducción litúrgica pierde su peculiar matiz—, reza así: «Contra ti, contra ti solo pequé y lo malo delante de tus ojos yo he hecho» (50,6); a saber, los ojos de Dios delatan el pecado escondido de los hombres. Nuestro origen ya está manchado en sus primeras raíces. Confiesa el salmista, en nombre de todos los hombres: «En la culpa nací, pecador me concibió mi madre» (Sal 50,7). «El hombre genera el pecado como el cerdo el tocino» (Solchenytzen).

²⁰ San Agustín, *Enarraciones sobre los Salmos II*, Madrid 1965, 238.

Es precisa una confrontación real de la Palabra de Dios con nuestra vida. Si no se produce este choque, o *confronto*²¹, si no nos conmovemos ante su interpelación enérgica y no se remueven nuestras entrañas, y no se altera lo más hondo de nuestro ser..., entonces seguimos en el mismo desviado camino de siempre, cohabitando con una tremenda farsa, al margen de un Dios vivo que nos interpela y busca nuestra conversión. Nuestras costumbres malsanas, que echaron inveteradas raíces en nosotros, siguen creciendo y encaramándose, nos invaden y damnifican, no cesan de sofocar a nuestros hermanos. Él nos increpa:

¡Atención, los que olvidáis a Dios,
no sea que os destroce sin remedio!,
el que me ofrece acción de gracias,
ese me honra,
el que sigue buen camino
le haré ver la salvación de Dios (Sal 50,22-23).

Somos juzgados por la nueva alianza que es el Evangelio. No son ya esas listas de mandamientos, que con frecuencia recitamos de rutina, postergando los mandatos del Evangelio. Por eso, en la liturgia se reconocía su poder sanador con esta súplica: *Per evangelica dicta deleantur nostra delicta*. Por las palabras del Evangelio sean borrados nuestros pecados. El evangelio de Jesucristo debe ser la referencia definitiva de nuestro comportamiento.

Pero la Palabra del Señor no sólo acusa o echa en cara, no actúa como forense, sino como defensora: ofrece el perdón y nos concede la energía para la conversión. El evangelio es siempre poder de salvación. Lo proclama vigorosamente el apóstol Pablo: «No me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» (Rom 1,16).

Todo este proceso de cambio transformador acontece porque nuestro Dios es un Dios de la alianza. Ha sellado un juramento de fidelidad con todos nosotros. Le importa en lo más hondo de

²¹ En algunas escuelas (como *Proyecto-hombre*) que trabajan las terapias de choque para personas que han tocado fondo por culpa de la droga, del alcoholismo... se emplea esta expresiva palabra. Es condición imprescindible para que el sujeto afectado reconozca su dependencia severa, y se empeñe con todas sus fuerzas por levantarse desde su situación límite.

su ser nuestra suerte. Aún más, Jesucristo, su Hijo y Señor nuestro, nos ama tanto que ha derramado su sangre para forjar una nueva alianza. Por eso Jesús no se calla. ¡El amor serio no puede quedarse insensible ante la desgracia de aquellas personas a quienes de veras se ama! Con su Palabra nos habla e interpela. Nos recrimina y se querella con nosotros. En diálogo personal, apasionado y vehemente, tal como aparece en las cartas del Apocalipsis.

La Palabra del Señor, por tanto, no sólo es de reproche y reprobación. Ésta aparece como condición necesaria, aunque dolorosa, que provoca el cambio transformante. Igual que la Palabra de Dios hizo surgir del caos el cosmos, ante cuyo espectáculo el mismo Dios comprueba que está bien *-tob-* (Gén 1,1-5), así la Palabra de Jesús va a crear una Iglesia nueva. El juicio purificador de Cristo sólo mira a que la comunidad se convierta de veras; ansía ardientemente una Iglesia evangelizada *-tob-* «buena y hermosa».

Segunda Parte

La Palabra de Cristo busca siempre la conversión

Hay un impenetrable velo que impide la lectura y comprensión de la Palabra. Leemos pero no entendemos; sólo nos llegan frases herméticas y vocablos crípticos, mas no alcanzamos a captar el corazón del mensaje de la salvación, que nos revela la Biblia. Estamos ciegos. ¿Quién nos arrancará este velo y ceguera? San Pablo afirma: «cuando uno se convierte al Señor, entonces cae el velo» (2 Cor 3,16).

La conversión es el medio y la causa de la remoción del velo. Si leyendo la Sagrada Escritura no conseguimos comprenderla y nos resulta oscura e impenetrable, quiere decir que no nos hemos convertido todavía al Señor²².

Existe una íntima interconexión entre la conversión al Señor y la inteligencia de la Sagrada Escritura. La condición indispen-

²² Orígenes, *In Ex Hom* 12,1; PG 12, 382.

sable que permite entender adecuadamente la profundidad de la Palabra es vivirla en obediencia: convertirse a ella. Si la Biblia es «economía de salvación», la conversión del creyente a la Palabra señala la culminación de esta historia de la salvación.

Toda lectura —o escucha— de la Palabra cierra perfectamente su ciclo vital, cuando conduce efectivamente a la sincera conversión.

La auténtica interpretación se da en la vida. Es la existencia del cristiano la que consigue desentrañar el texto bíblico, lo traduce y lo explica. La Iglesia interpreta la Escritura correctamente en la medida en que se deja convertir por su Señor. A través de los comentarios de los santos Padres encontramos esta afirmación central, que constituye el presupuesto de toda lectura de la Biblia: *conversus ad Dominum*²³.

Hay que insistir con porfía; no se trata de una pía recomendación. Dios busca a todo trance mediante el mensaje íntegro de la Escritura la conversión del creyente. En los oídos de cada cristiano debieran resonar, como si de un perenne miércoles de ceniza se tratara —grabadas no con fugaz polvo, sino a fuego sobre su frente—, las palabras que el sacerdote pronuncia en nombre del Señor: «conviértete y cree en el Evangelio».

Qué profundidad y urgencia alcanza para la comunidad cristiana este mensaje de conversión:

La verdadera Iglesia se convierte. Una comunidad, una iglesia histórica es la *ekklesia* en tanto en cuanto está dispuesta a la *metanoia*. Deja de ser *ekklesia* cuando renuncia a la conversión, a la renovación de su vida. La conversión es la señal decisiva de la verdadera Iglesia cristiana²⁴.

En esta segunda parte del capítulo continuaremos sirviéndonos del Apocalipsis; pero sobre todo de las imágenes de la Biblia que mejor desarrollan la imperiosa llamada a la conversión. Ésta se presenta como la consecuencia del amor de Cris-

²³ B. Calati-G. Gargano, *La spiritualità della lectio divina*, en *Parola di Dio e Spiritualità* (a cura di Secondin, B., Zecca, T., Calati, B.,) Roma 1982, 68.

²⁴ A. T. Nilolainen, *Der Kirchenbegriff in der Offenbarung des Johannes*: New Testament Studies 9 (1962-63) 352.

to por la Iglesia, que previamente ha revestido la forma de un largo reproche.

El Señor se afana y compromete de lleno en este cometido central: que la Iglesia se convierta. Si ésta se retrasa o rechaza, amenaza con una visita punitiva o una acción de desarraigo: «Si no, vendré a ti como ladrón en la noche, removeré tu candelabro...». Pero la amenaza no constituye un fin en sí misma, sino paso previo y correctivo necesario, que debe incitar a la ansiada conversión²⁵.

En todas las cartas retumba de manera martilleante el verbo «convíertete». Va conjugado, además, en imperativo de aoristo –*metanoeson*–. Esta forma verbal indica el talante incoactivo de la acción. Quiere el Señor que la Iglesia, sin más dilaciones ni excusas, ingrese ya, de una vez por todas, en el proceso transformante de su conversión.

De lo contrario –lo reiteramos oportuna e importunamente–, nuestra lectura de la Biblia será parcial, limitada y borrosa. ¡Hasta aquí es preciso llegar, hasta la misma conversión, para que la Palabra de Dios nos cree de nuevo: que sea su fuerza y no nuestros sentimientos, quien vaya modelando nuestra vida de creyentes!

1. ¿Qué significa la conversión?

¡No nos quedemos en una palabra gastada, que de tanto uso y abuso, ha perdido su brillo original. Esmerémonos por descubrir su auténtico rostro!

Nos encontramos con un problema de comprensión, que es preciso dilucidar. Dentro del campo semántico del Nuevo Testamento, hay que constatar la enorme dificultad que entraña. No se consigue asignar al verbo *metaneo* una interpretación

²⁵ La conversión se presenta como un elemento imprescindible; tanto es así que ha podido establecerse una estructura de las cartas según un orden creciente de fidelidad o infidelidad. Para conocer los detalles literarios de esta asignación eclesial, cf. M. Hubert, *L'architecture des Lettres aux sept Églises*: Revue Biblique 67 (1960) 349-353. Véanse otras diversas clasificaciones, mediante análisis más pormenorizados, en F. Contreras, *Las cartas a las siete Iglesias*: Estudios Eclesiásticos XLVI (1988) 154-169.

precisa²⁶. Se hace derivar este verbo característico neotestamentario de los homónimos hebreos *shûb* que significa «retornar», o de *niham*, que quiere decir «arrepentirse»²⁷. El verbo adopta, según los más sólidos comentaristas y diccionarios, una amplia serie de significados.

El Nuevo Testamento expresa la idea de la conversión por medio de un vocabulario que gira en torno a dos verbos: *strepheo*, y también *metanoeo*, del que proviene el célebre sustantivo *metanoia*.

¿Qué significa, pues, la conversión? Este abstracto vocablo –*metanoia / metanoein*– sustantivo o verbo, no da una imagen acertada de lo que Jesús quería decir. Según los más autorizados comentaristas, ésta sería su gama de significaciones: «arrepentirse, cambiar de mente, hacer penitencia»²⁸. También: «apercibirse después o demasiado tarde, cambiar de propósito, arrepentirse»²⁹. Asimismo: «cambiar de mente, arrepentirse»³⁰. Y una afirmación genérica: «cambio de mente»³¹. «Cambio de mente en el NT indica un completo cambio de actitud, espiritual y moral, hacia Dios»³².

Mas, ¿qué es, en definitiva, cambiar de mente? Jesús habló en imágenes, comparaciones y parábolas. Él solía decir: «El Reino de Dios se parece a...».

La conversión se encuentra en relación estrecha con la vida del creyente. Se cumple perfectamente la palabra profética que revela los sentimientos de Dios:

²⁶ En el Nuevo Testamento se encuentra 34 veces, así distribuidas: 5 en Mt (3,2; 4,17; 11,20.21; 12,41); 2 en Mc (1,15; 6,25); 9 en Lc (10,13; 11,32; 13,3.5; 15,7.10; 16,30; 17,3.4); 5 en Hch (2,38; 3,19; 8,22; 17,30; 26,20; 1 en Pablo (2 Cor 12,21) y 12 en Ap (2,5(bis).16.21.22; 3,3.19; 9,20.21; 16,9.11); de todas ellas 9 aparecen concentradas en las cartas y conjugadas siempre en aoristo (de imperativo o de subjuntivo).

²⁷ Tal es la línea que propugna el documentado artículo de A. Tossato, *Revisione degli studi sulla metanoia*: Rivista Biblica XXXIII (1975) 3-45.

²⁸ Así señalan J. Behm-J. Wuerthwein, *metanoeo, metanoia*: *Theologisch Wörterbuch zum Neuen Testament IV*, 972-1.004.

²⁹ H. G. Liddell-R. Scott, *A Greek-English Lexicon*, Oxford ¹¹1951, 1.115.

³⁰ G. W. H. Lampe, *A Patristic Greek Lexicon*, Oxford 1961, 855.

³¹ J. H. Moulton-W. F. Howard, *A Grammar of New Testament Greek*, Edimburgo 1968, 318.

³² J. H. Moulton-G. Milligan, *The Vocabulary of the Greek Testament*, Londres ³1952, 404.

¿Acaso quiero yo la muerte del pecador –oráculo del Señor– sino que se convierta y que viva? (Ez 18,23).

Adentrémonos en las más nobles facetas de esta vida abundante que el Señor quiere transmitirnos a través de la conversión. Es preciso acudir a las imágenes de fondo, que sustentan el Antiguo Testamento, los evangelios y el Apocalipsis. ¡Merece la pena penetrar en la novedad de este misterio de misericordia y bondad de Dios, en donde brilla el resplandor de la conversión, y que tal vez aún no hayamos descubierto del todo!

a) La conversión es acoger la iniciativa de amor del Señor

La conversión aparece como fruto maduro de la solicitud del Señor por la Iglesia, tal como señala admirablemente el Apocalipsis.

Movido por este amor a la Iglesia, Jesús urge la conversión. Por eso, utiliza la más amplia gama de recursos que su providente pedagogía inventa. Se sirve de la valoración positiva de cuanto la Iglesia ha hecho; después, como consecuencia, pide la conversión. Para acelerarla y exigirla, utiliza –cuando la alabanza se torna insuficiente–, el duro reproche, la amenaza. Se vale, en fin, de todos los medios humano-divinos, de todas las «lenguas y lenguajes», para que la Iglesia se convierta. La conversión surge, en consecuencia, de un contacto profundo con el Señor quien habla e interpela directamente a la comunidad eclesial.

No es conquista de la Iglesia (que ha sido ganada ya antes por la Palabra poderosa de Cristo), aunque ésta tenga que actuarla y verificarla con dignos frutos de conversión.

El Apocalipsis adopta, como un caleidoscopio, múltiples imágenes expresivas para recalcar la dimensión cristológica de la conversión: «Volver al amor primero, hacer las obras –las primeras, mis obras–, escuchar la voz, abrir la puerta, comprar oro refinado, vestirse de blancas vestiduras, untarse de colirio».

Aunque variados sean los registros simbólicos, preciso es señalar que el referente continuo es siempre Cristo. Tiene la Iglesia que retornar al amor primero, devolverle el amor con que el Señor la quiere, acoger la voz de Cristo que la llama, abrir la puerta a quien la está golpeando sin marcharse nunca, comprar de él oro genuino, vestirse de sus blancas vestiduras y obtener la

visión para poder ver. Cristo invita a la Iglesia a que acuda a él, pues sólo el Señor tiene el oro, la túnica y el colirio de su nueva vida (Ap 3,18)³³.

En esta conversión la iniciativa parte siempre de Cristo, que se muestra lleno de celo por la Iglesia. Tal comportamiento se sitúa en las antípodas de la teología judía, que antes exigía al pecador la necesidad de las buenas obras para resarcirse de su pecado y poder recibir posteriormente la merecida justificación³⁴; pero se encuentra en sintonía plena con la actuación salvífica de Jesús según los evangelios. Jesús se ha sentado repetidamente con los pecadores en la misma mesa, reconciliándolos y haciéndolos dignos del banquete del Reino. Esta acogida a los más alejados suscitó el airado escándalo de los fariseos (cf. Mc 2,15-17; Mt 11,16-19; Lc 7,31-35; 11,37; 14,1; Lc 15,1-2); pero representa en esta oscura tierra el luminoso reflejo de la misericordia de un Dios, Padre de todos³⁵.

Un ejemplo paradigmático de la conversión cristiana se encuentra en el relato de Zaqueo (Lc 19-10). Es Jesús quien ve y llama a Zaqueo, y decide —él primero, a pesar de la murmuración generalizada— hospedarse en la mansión de un hombre pecador. Con el Señor llega la salvación a la casa de Zaqueo, quien da al momento muestras palpables de su conversión³⁶.

Y se halla en continuidad con el mensaje más profundo de toda la Biblia, que acentúa el protagonismo de Dios en la conversión. Ésta resulta imposible sin la gracia. Únicamente aconte-

³³ Esta expresión que señala al Señor, como origen y dador de todo bien salvífico para la Iglesia, va al comienzo de la triple serie de dádivas (oro, vestidos blancos, luz de la visión) que él concederá a los cristianos que se convierten. Es el donante supremo y el don absoluto para la Iglesia. Sólo el Señor le proporcionará las blancas vestiduras, para que, revestida de ellas, no se vea la *vergüenza de su desnudez* (expresión profética —especialmente concentrada en Ez 17,7-10.35-36; 23,29—, que indica el supremo bochorno ante el reconocimiento visible del propio pecado) y le dará colirio para untarse en los ojos y ver, esto es, la plena adquisición de la fe.

³⁴ Cf. L. Goppelt, *Theologie des Neuen Testaments. 1. Jesu Wirken in seiner theologischen Bedeutung*, Gotinga 1986, 178-183.

³⁵ Cf. D. Drouzy, *Jésus mange avec les pêcheurs*: Vie Spirituelle 112 (1965) 276-299; J. J. Bartolomé, *Una costumbre típica de Jesús y su propio comentario (Lc 15)*: Salmanticensis 44 (1982) 669-712.

³⁶ Cf. F. Contreras, *El Relato de Zaqueo en el Evangelio de Lucas*: Communio (Sevilla) XXI (1988) 3-47.

cerá si Dios viene en nuestra ayuda y nos busca. Él es, por esencia, Salvador. Sólo desde una sincera actitud de pecadores podemos esperar la salvación. «De la experiencia de la gracia nace la conversión. La bondad de Dios es el único poder que a un hombre puede conducirlo realmente a la conversión»³⁷.

Dios siempre toma la delantera. El pastor busca la oveja perdida; la mujer asimismo busca la moneda perdida (esta bina de personajes acentúa en la trama evangélica el protagonismo de Dios). También conviene recordar que es Jesús quien busca a Zaqueo. El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que está perdido. En todos estos casos, la situación se presenta sin salida, irremisible. ¿Podrá la oveja ella sola retornar al aprisco? Y la moneda, objeto inanimado, ¿cómo podrá volver a su dueña? Y un pecador empedernido como Zaqueo no podrá romper ya sus cadenas. Mediante esta obstinada insistencia el Evangelio muestra que la conversión sólo será factible desde la misericordia y ayuda de Dios.

La conversión acontece como una respuesta humana a la llamada primera de Dios, que se torna apremiante con el advenimiento del Señor. Para esto ha venido Jesús, para llamar a todos a la conversión: «ir detrás de los pecadores para que vuelvan a la casa del Padre constituye la tarea salvífica de Jesús»³⁸.

Toda conversión en la Iglesia, por tanto, sólo será realizable por medio de Jesucristo. Sin él, imposible resultará acercarse a un Dios que perdona y reconcilia. Jesús nos ha revelado al Dios verdadero, descubierto su rostro de Padre, abierto el camino de vuelta, y otorga la fuerza suficiente para ir con él al encuentro de quien impaciente nos aguarda³⁹.

³⁷ J. Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento I*, Salamanca 1974, 187.

³⁸ J. Jeremias, *poimen*, en *Theologisch Wörterbuch zum Neuen Testament VI*, Stuttgart 1959, 491.

³⁹ Puesto que Dios ha venido al hombre en Jesús (*elelytha = he venido*), por medio de Jesús el hombre pecador puede y debe volverse a Dios; esto es, convertirse al amor de Dios Padre. Esta afirmación trascendental se halla registrada en la parábola. Una cuidada lectura nos lo revela con fidelidad. Lucas utiliza el mismo verbo, que emplea Jesús para indicar que él ha venido a llamar a la conversión, para mostrar la vuelta del hijo: *Y levantándose, fue hacia su padre* (en griego; *elthen pros ton patera beoutou*) (v. 20). El *venir (erkhomai)* de Jesús a llamar a la conversión, hace que cualquier pecador (representado en el hijo pródigo) pueda *venir (erkhomai)* a la casa del Padre, es decir, convertirse.

Dado que Jesús ha venido a llamar a la conversión, ésta se presenta ante todo como una contestación a su llamada. No es la conversión fundamentalmente una decisión humana –aunque ésta forma parte activa en el proceso de la conversión, y no debe soslayarse–, sino una respuesta, un acto de obediencia a la iniciativa de la gracia que Dios nos hace en Jesús.

Hay dos factores principales en la conversión: un apartarse y un volverse. Los dos deben ser subrayados. El apartarse a veces se indica con el verbo *metanoeo*, el volverse con *epistrepho* (Hch 3,19-21). Pero es preciso saber distinguir lo primario de lo secundario. La nueva vida que se inaugura con Dios Padre, por medio de Jesús, constituye el valor supremo; se presenta dotada de mayor realce; la nueva luz que Dios concede es más poderosa que las antiguas tinieblas, resplandece sobre las sombras de la muerte.

El conocimiento de la misericordia de Dios importa mucho más, inmensamente más que el temor al juicio y a la condena. A Dios se vuelve por amor, no por miedo o temor a su condena. Jamás por relación mercenaria. Nunca se conquista a base de nodado esfuerzo o sutil chantaje la gracia de su favor. El Dios que nos revela Jesús es un Dios de amor, y se accede a él en libertad, nunca por la coacción o la amenaza. Es la misericordia de Dios, manifestada en Jesús, la que atrae al hombre, para que éste inicie el camino –nadie le va a eximir de su duro peregrinaje, que tendrá que recorrer personalmente hasta el final– de vuelta al Padre.

Este amor de Jesús tira del pecador, le empuja y arrastra con una interior y dulce violencia, para completar el camino rumbo al Padre. Entonces, sí –mas sólo entonces–, el creyente será capaz con la gracia de Dios, de «apartarse de», renunciar a toda clase de obras de tinieblas y aceptar el coste doloroso de cuantos sacrificios sean precisos. Pero sin este atractivo de la gracia de Dios, la conversión resulta de una violencia extrema, y, a la postre, imposible. No sería sino una conversión coercitiva, antievangélica, que no llena el corazón de alegría ni de paz profunda, sino de sentimientos de culpa y de desgracia.

El principio fundamental de la relación de Dios con el pecador es que Dios ama al pecador aun en su situación de peca-

do, es decir, incluso antes de que se convierta; es más, en cierto modo, lo que realmente hace posible la conversión es ese amor divino⁴⁰.

También Juan Bautista ha predicado la conversión (Mt 3,2); pero en él sobresale el miedo ante el juicio que se acerca amenazante. Habla del hacha puesta en la raíz de los árboles, presta para talar; del bieldo para limpiar la era y del fuego que no se apaga (vv. 8-12).

La conversión no es un acto de humildad humana o de vencerse el hombre a sí mismo; es ser vencido por la gracia de Dios, que se ofrece en Jesús. La conversión se realiza desde el Evangelio, al fulgor del Evangelio; tan sólo cuando los ojos se abren para ver la bondad de Dios, puede el hombre reconocer su culpa y la lejanía en que está de Dios⁴¹.

Este «fulgor» ya alborea en el Antiguo Testamento. Veamos dos ejemplos sublimes en los dos grandes profetas de la misericordia: Jeremías y Oseas.

Dios es el agente que hace posible la conversión del pueblo. Según la ley, el retorno no puede efectuarse, va contra toda norma sancionada por el derecho: «Si un hombre repudia a su mujer, ella se separa y se casa con otro, ¿volverá él a ella?, ¿no está esa mujer infamada? Pues tú has fornicado con muchos amantes, ¿podrás volver a mí, oráculo del Señor» (Jr 3,1).

El acercamiento posterior resulta impracticable por normativa jurídica: «He repudiado a Israel, la apóstata, dándole el acta de divorcio» (3,8). Además, su estado de deshonor lo desaconseja: «Tú te has deshonrado con muchos amantes, ¿y quieres volver a mí?» (3,1). Ya es imposible conforme a la ley y de acuerdo con la situación de la mujer. Todas las circunstancias negativas se alían para el fracaso; la mujer no puede abrigar ya, aunque quisiera, ninguna esperanza de retorno. La separación se ha consumado. No hay camino de vuelta. La conversión es impensable⁴².

⁴⁰ T. W. Manson, *The Sayings of Jesus as Recorded in the Gospel according to St. Matthew and St. Luke*, Londres 1949, 286.

⁴¹ J. Jeremias, *La Teología del Nuevo Testamento I...*, 187.

⁴² Cf. W. L. Holladay, *Jeremiah I. A Commentary on the Book of the Prophet Jeremiah*, Philadelphia 1986, 113.

En esta circunstancia tan crítica y deplorable, Dios interviene y crea mediante el perdón una nueva situación que va más allá de todo mérito y lógica. Sólo porque Dios perdona, puede el pueblo acceder a la salvación. La mujer adúltera no tiene ya derecho, únicamente si el marido la perdona. Y Dios va más allá de todo don, «per-dona», otorga de manera gratuita su perdón «perdurable» a la mujer infiel⁴³.

Dios, como esposo y padre –prosiguen ambas imágenes– abre los brazos, olvida el pasado y crea una relación nueva. Siempre llega con la gracia del perdón prometido, a fin de remover el lastre del pecado y producir el dinamismo de la conversión. Destacar esta primacía resulta determinante: «Dios no perdona porque Israel se convierte, sino que perdona para que Israel puede convertirse, cambiar de camino y encontrar el amor de los orígenes»⁴⁴.

El mensaje de Oseas tiene, asimismo, algo de desconcertante. En el poema final (14,2-9), el profeta lanza una apelación urgente a la conversión, el pueblo debe dejar de confiar en los poderes extranjeros; mas éste no ejecuta el paso decisivo para la conversión. Se cierne, pues, amenazadoramente el castigo, a fin de que escarmiente. De nuevo y de manera sorpresiva, Dios actúa y anuncia su perdón gratuito:

Yo los curaré de sus extravíos –*shub*–, los amaré sin que lo merezcan y mi cólera se alejará –*shub*– de ellos (v. 5).

A través del perdón, contemplado en ese alejamiento –*shub*– de la cólera de Dios, la equivocada vuelta –*shub*– del pueblo a los ídolos, se cura y se sana. Lo primario sigue siendo el amor de Dios que aguarda impaciente y hace posible la conversión.

De esta manera, la misericordia de Dios dicta la última sentencia. Es un perdón que vence toda ingratitud y desamor. Nuestra lógica religiosa realiza el siguiente itinerario: pecado-conversión-perdón. La gran novedad de Oseas, lo que le sitúa en un

⁴³ Cf. D. Joblin, *Jeremiah's Poem in 3,1-4,2: Vetus Testamentum* 28 (1978) 45-55.

⁴⁴ P. Bovati, *Dio protagonista del retorno in Geremia: Parola, Spirito e Vita* 22 (1990) 31.

plano diferente y lo enaltece como heraldo del Nuevo Testamento, es que cambia la secuencia humana: el perdón antecede a la conversión. Dios perdona antes de que el pueblo se convierta, aunque no se haya todavía convertido⁴⁵.

Nos anticipamos por la fuerza de la palabra profética a la revelación cumplida del Nuevo Testamento. San Pablo recalca la gratuidad y anticipo de la misericordia divina, cuando escribe a los cristianos de Roma. Idéntico mensaje proclama Juan en su primera carta:

La prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores (Rom 5,8).

En eso consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (1 Jn 4,10).

El motivo profundo de la conversión al amor de Dios radica en la Palabra de Dios, manifestada en Jesús:

En estos últimos días nos ha hablado por medio del Hijo, tu Palabra, por quien los cielos han sido consolidados y cuyo soplo produjo todos sus ejércitos. Para ti hablar por medio de tu Hijo no significa otra cosa que poner a meridiana luz, es decir, manifestar abiertamente, cuánto y cómo nos amaste, tú que no te reservaste a tu propio Hijo, sino que lo entregaste por todos nosotros. Él también nos amó y se entregó por nosotros. Tal es la Palabra que tú nos dirigiste, Señor: el Verbo Todopoderoso, que, en medio del silencio que mantenían todos los seres, vino desde el trono real de los cielo a destruir enérgicamente los errores y a hacer prevalecer dulcemente el amor⁴⁶.

Insistir en esta primacía absoluta de la misericordia, no quiere decir invalidar la responsabilidad humana. Significa situar el tema en los términos adecuados de la revelación bíblica. La conversión tiene lugar como una respuesta libre al amor de Dios, no como condición, necesariamente anterior e ineludible, al perdón que Dios nos otorga.

⁴⁵ L. Alonso Schökel-J. L. Sicre, *Profetas. Comentario II*, Madrid 1980, 864-865.

⁴⁶ Guillermo de Saint-Thierry, *La contemplación de Dieu (Introduction, texte latin et traduction de D. J. Hourlier)* París 1959, 92-93.

El evangelio de san Lucas nos ofrece una guía de la verdadera conversión. Hay dos grandes traiciones a Jesús, perpetradas respectivamente por Judas y Pedro.

Judas vende al Maestro (Lc 22,3-6), lo delata y besa manchando lo más sagrado de la amistad: «¡Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre!» (v. 48).

Más tarde reconoce su mala acción; él mismo refiere que ha pecado contra un inocente: «Pequé entregando sangre inocente» (Mt 27,4). Pero quedarse sólo en el remordimiento corroe el corazón, socava la paz del alma y la arruina: conduce a una situación sin salida, que es la desesperación. Lucas señala que Judas se ahorcó (Hch 1,15-21).

El pecado de Pedro es asimismo grave, traiciona por tres veces al Maestro (Lc 22,54-60). Pero Pedro siente la misteriosa mirada de Jesús sobre él y cree en la fuerza del perdón (v. 61). Merced a este gesto de perdón de Jesús, es capaz de arrepentirse de la maldad de su pecado, salir fuera y llorar amargamente (v. 62).

Sólo desde el ofrecimiento de la gracia se obtiene la fuerza para renunciar al pecado. La llegada *-ad quem-* ilumina el punto de partida *-a quo-*. El perdón de la gracia de Dios hace posible emprender con entusiasmo el duro camino de vuelta⁴⁷.

b) Convertirse quiere decir volver a llamar a Dios «Abbá, Padre, querido Padre»

Para entrar en la casa del Padre es preciso un corazón de hijo. A muchos cristianos que aún no han alcanzado a ver el rostro verdadero de Dios Padre, se aplican las palabras con las que Jesús muestra las condiciones precisas para acceder al Reino.

La sentencia se encuentra registrada en los tres evangelios sinópticos (Mc 10,15; Lc 18,17), aunque en el primer evangelio aparece con mayor claridad tal como queda ahora transcrito:

⁴⁷ La penitencia y la conversión (que en el fondo son lo mismo) sólo cobran sentido a partir del ofrecimiento del perdón y de la gracia (L. Coenen, *conversión*, en *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento I*, Salamanca 1980, 227).

En verdad, en verdad os digo que si no os convertís y no os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos (Mt 18,3).

Este célebre dicho de Jesús debe ser traducido de forma adecuada desde su versión original griega. La traducción «si no os convertís» no puede seguir manteniéndose, porque el pasivo *strephomai* con la significación de convertirse no se lee en ninguna parte de los LXX ni en ningún pasaje del Nuevo Testamento. Un estudio de la filología aramea y griega nos permite obtener una traducción fiel⁴⁸. En consecuencia, será preciso traducir a Mt 18,3 de esta manera: «En verdad, en verdad os digo que si no volvéis a haceros como niños no entraréis en el Reino de los Cielos».

No se alude aquí a la típica humildad, ni tampoco a la pureza propia de la infancia; puesto que durante la época de Jesús, en el judaísmo palestinese antiguo no era común, tal como sucede hoy entre nosotros, la asociación proverbial de estas actitudes con los niños. Tampoco se encuentran paralelos registrados en la literatura rabínica⁴⁹.

El dicho de Jesús guarda relación con la *ipsissima vox Jesus, Abba*. La expresión «hacerse como niños» significa: «aprender de nuevo a decir Abba».

Convertirse es, por tanto, hacerse como niños; y hacerse como niños quiere decir aprender de nuevo a decir «Abba, Padre, querido Padre». Invocar a Dios con la misma palabra, llena de confianza, cariño y respeto con que Jesús solía llamarle habitualmente.

La conversión del hijo perdido —y de todo cristiano— consiste en hallar el camino para regresar al hogar, a los brazos de su padre. En definitiva, la conversión no es más que abandonarse a la clemencia, de la gracia de Dios⁵⁰.

⁴⁸ Parece más coherente hacer derivar este verbo del arameo *tub, hazar*. Este verbo, que suele acompañar de ordinario a otros verbos, asume la función de un adverbio temporal, y puede muy bien traducirse con la expresión «de nuevo». Se hallan numerosos ejemplos en los LXX (Nm 14,25; Dt 1,40; Mt 3,18).

⁴⁹ Cf. T. W. Manson, *The Sayings of Jesus*, Londres ³1949, 207; A. Oepke, *pais*, en *Theologisch Wörterbuch zum Neuen Testament* V, 636-653.

⁵⁰ J. Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento I...*, 186.

Sólo cuando el padre le tiene entre sus brazos y le mira, puede el hijo perdido, a la luz de la mirada de su padre, descubrir la hondura de su pecado, y, sobre todo, sentirse hijo perdonado y acogido: convertido.

Existe un precioso testimonio-comentario a esta acogida del padre, que reverbera sobre el hijo, transformándolo, desterrando la ceguera de sus ojos. Se debe a la pluma de Pedro Crisólogo. El insigne obispo de Rávena escribió tres célebres sermones sobre la parábola de Lucas (15,11-32). Del último sermón hemos recolectado estas palabras:

El padre vio a su hijo, para que el hijo viera también a su padre. La mirada del padre iluminó el rostro del hijo que volvía, de tal manera que desaparecieron las tinieblas con que le habían rodeado sus pecados... Si el padre celestial no hubiese iluminado el rostro del hijo que volvía, con la luz de sus ojos, y disipado toda la oscuridad de su vergüenza, nunca este hijo hubiera llegado a contemplar la hermosura del rostro de Dios⁵¹.

c) La conversión del pecador es causa de alegría de Dios

Cuando la conversión se produce; cuando, tras tantas huidas y traiciones, tras haber recorrido los torcidos caminos de alejamiento y el amargo extravío, alguien vuelve a la casa del Padre; cuando Dios olvida de su memoria nuestros pecados y su mano divina borra para siempre nuestras innumerables culpas; y cuando, sobre todo, se da el abrazo entre Dios Padre y cada uno de nosotros, sus hijos –abrazo que restaura la familia y sella la alianza–, entonces surge la más pura alegría. La conversión hace vibrar, como un arpa, el corazón de Dios, lo cubre de júbilo.

Esta alegría está insinuada ya en el Antiguo Testamento. Lee-
mos algunos pasajes selectos del libro de Jeremías:

Si marcharon llorando, los conduciré entre consuelos (31,9).

Entonces la muchacha gozará bailando
y los ancianos igual que los mozos;
convertiré su tristeza en gozo,
los consolaré y aliviaré sus penas (31,13).

⁵¹ Pedro Crisólogo, *Sermones*; PL 52, 191.

Resuena, inconfundible, el tono de la fiesta, como un anuncio en donde ya se insinúa el original lenguaje del Nuevo Testamento, en especial de Lucas (15). Despunta ya la alegría del pastor, de la mujer, del padre. Llega, en fin, la alegría de Dios Padre, que Jesús hace despuntar.

Las tres célebres parábolas de la misericordia del capítulo quince del evangelio de Lucas están transidas por el tema de la alegría. Resplandece en ellas el gozo del corazón de Dios Padre, que se estremece con la conversión del pecador, cuando entra en el festín de la alegría⁵².

Este tríptico expresa en un «crescendo» acuciante el gozo por la conversión del pecador. Queda patente una insistente tensión que, a manera de olas sucesivas, va empujando y adensándose hasta alcanzar su cenit en la última parábola. Como lectores atentos, detectamos con sorpresa esta bien cuidada gradación en el derroche de la alegría:

Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros lleno de alegría; y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: «Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido». Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión (Lc 15,6-7).

Se muestra la búsqueda incansable del pastor, que no desmaya hasta encontrar a la oveja perdida. Cuando, por fin, la encuentra, la coloca egregiamente cual un trofeo glorioso sobre sus hombros, porque está «lleno de alegría» *-khairon-*. El pastor, pletórico de alegría, no reserva ésta como prenda celosa para él solo; necesita comunicarla y compartirla. Demasiado hermosa es como para tenerla prisionera entre sus brazos. Por eso «con-voca» *-literal traducción de syh-kaleo-*, verbo también peculiar de Lucas (9,1; 32,11; Hch 5,21; 10,24; 28,17) a los amigos y vecinos.

⁵² Han insistido en este tema: Ph. Bousset-J. Rademakers, *Jésus, Parole de la Grâce selon saint Luc*, Bruselas 1981, 337. E. Rasco, *Les paraboles de Luc XV: Une invitation à la joie de Dieu dans le Christ*, en *De Jésus aus évangiles. Traditions et rédaction dans les évangiles synoptiques* (Hom. A. J. Coppens), Gembloux 1978, 165-183; J. Dupont, *Réjouissez-vous avec moi! Lc 15,1-32*: Assemblée du Seigneur 55 (1974) 70-79; T. C. De Rozario, *Joy in the parables of Luke 15*. Extractum ex Dissertatione ad Doctoratum in Facultate Theologiae Pontificiae Universitatis Urbanianae, Roma 1995.

Los invita a la alegría: «¡Alegraos conmigo!». Y da en seguida razón de este agasajo: «Porque he encontrado mi oveja, la perdida. La que estaba perdida para siempre, yo la he encontrado». La búsqueda se ha coronado por el éxito del hallazgo.

La conclusión de la parábola sigue la pauta de otras muchas en el evangelio de Lucas; una moraleja sobrenatural (12,21; 17,10; 21,31): «Os digo que de la misma manera habrá más alegría».

Es la tercera vez que aparece la palabra alegría en esta breve parábola⁵³. Se subraya que en el cielo el grado de alegría es mayor al encontrado en la tierra.

La aplicación de la parábola desborda los límites rurales –del campo– y sujetos referenciales –pastor, oveja– para ascender hasta un horizonte divino. La alegría del pastor, compartida por los demás, es sólo un pálido reflejo de la inconmensurable alegría que Dios siente cuando –es la vertiente pastoral y parenética– un pecador se convierte. El futuro «habrá» –*estai*– no señala la alegría escatológica, sino que apunta a una realidad que acontece ahora, pero que encontrará su pleno cumplimiento en el más allá⁵⁴.

¿No podría –cabe preguntarse– alguna de las noventa y nueve ovejas quejarse por el trato discriminatoria del pastor? Puede, pero debe saber que si alguna vez sufre la desventura de perderse, tendrá también la suerte de no perderse para siempre, el pastor la buscará sin desfallecer hasta encontrarla. Su recelo de ahora debe trocarse en la certeza esperanzada de una salvación perpetua en las manos de su pastor.

Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, y dice: «Alegraos conmigo, porque he hallado la moneda que había perdido». Os digo que del mismo modo habrá alegría ante los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte (Lc 15,9-10).

⁵³ La expresión asume un sentido comparativo, mediante el doble empleo de preposición *epi* (*khara estai epi... epi*). Cf. J. A. Fitzmyer, *El Evangelio de Lucas I*, Madrid 1986, 208.

⁵⁴ Cf. J. Nolland, *Luke II: 9:21-18:34*, Dallas 1989, 73.

El paralelismo con la parábola anterior es casi total, salvo que ahora surge la figura doméstica de una mujer. Ésta representa la iniciativa salvadora de Dios, pues se esmera —enciende un candil, barre la casa entera, indaga con diligencia de zahirí—; no cesa de ajetrearse hasta encontrar la moneda perdida.

La secuencia de acciones posteriores sigue el modelo de la parábola previa del pastor. La mujer también convoca un cortejo, esta vez femenino, de amigas y vecinas; y las invita a compartir la alegría: «Alegraos conmigo». Y ofrece el motivo, pues ha encontrado la moneda que había perdido. La conclusión insiste en la alegría del cielo: «habrá alegría entre los ángeles de Dios». La expresión «ángeles de Dios» es un circunloquio para designar a Dios (cf. Lc 12,8.9)⁵⁵. Pero la alegría de la mujer no es sino una tenue sombra ante la luminosa alegría que habrá en el cielo cuando un solo pecador se convierta.

 Pero el padre dijo a sus criados: «Rápido, sacad la mejor túnica y vestídsela, ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies. Traed el ternero cebado, matadlo y celebremos un banquete de fiesta; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado». Y empezaron a celebrar la fiesta (Lc 15,22-24).

El padre da rienda suelta a su alegría. Es júbilo radiante lo que estalla dentro de su corazón, y que se abre paso impetuosamente. Ningún rincón de la casa debe quedar a oscuras ni huérfano de esta alegre luz. Todos tienen que participar, también los criados. En las dos parábolas anteriores se daba una «con-vocación a la alegría». El verbo griego *–sygkhairo–* no denota sólo sentimientos interiores, sino que expresa una concreta actividad de celebración⁵⁶. Mediante esta presencia verbal repetida se está preparando la mayor convocación para el banquete de la alegría, con rotundidad subrayado en nuestra parábola. Efectivamente, el padre exclama: «celebremos un banquete de fiesta». Se trata ahora de una acción comunitaria, compartida por un sujeto plu-

⁵⁵ Cf. A. F. Walls, *In the Presence of the Angels (Luke XV.10): Novum Testamentum* 3 (1959) 314-316.

⁵⁶ Cf. J. Nolland, *Luke II: 9:21-18...*, 772.

ral, un nosotros que incluye a todos los habitantes de la casa, de la que –en ello se insiste– nadie se excluye.

La razón esgrimida por el padre –en donde se remansan las corrientes de las dos parábolas anteriores–, es que ha sido encontrado quien estaba perdido. Ya no se habla de una oveja, aunque sea predilecta; tampoco de una moneda a la que se le tiene aprecio; se trata nada más y nada menos que de un hijo querido. Este hijo estaba perdido sin remedio, y ahora ha sido hallado. Ha vuelto con vida. Se resalta la imagen de un Dios, que se alegra sobremanera cuando un pecador se convierte.

Si los humanos –un hombre, una mujer–, despliegan tanta actividad y muestran tal grado de interés por buscar una simple oveja, una pequeña moneda, cuánto más se afana Dios por alcanzar al que está lejos, porque ha querido irse de su presencia. Si un hombre y una mujer se gozan tanto por el hallazgo de una oveja, una moneda, cuánto más se alborozaba Dios Padre por el encuentro de un hijo suyo perdido.

Bien merece la pena aportar ahora un pasaje evangélico de Lucas, a fin de resaltar las actitudes de Dios, que se sitúan en una escala incomparablemente mayor de intensidad y emoción que los sentimientos humanos, por más que se encarezca la nobleza de éstos: «Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo...!» (Lc 11,13). A saber, si vosotros os alegráis por una oveja, por una moneda, ¡cuánto más vuestro Padre se alegra por la vida de un hijo suyo que se convierte!

Alguien –un hombre, una mujer– se muestra lleno de contento cuando consigue la meta que se había propuesto. Así puede verificarse de continuo, conforme a las leyes que dictamina nuestra psicología humana. Tenemos un proyecto, un plan; si conseguimos realizarlo, nos alegramos. Dios alberga asimismo un designio; aún más, tiene un proyecto único: nuestra plena salvación. Busca incansablemente la salvación del pecador: que se convierta y viva. En cuatro breves notas pueden recogerse estos sentimientos divinos:

- Cuando el pecador se vuelve hacia Dios y se deja salvar, es decir, cuando se convierte, entonces Dios se llena de ale-

gría. El hombre –sujeto– busca a Dios –objeto–; pero según la concepción de Lucas respecto a la conversión se da un trueque de papeles, una paradoja; y Dios pasa a ser sujeto de la acción: misteriosamente es Dios –sujeto– quien busca con solicitud al hombre⁵⁷.

- La alegría es la reacción de quien trae la salvación ante la acogida de dicha salvación (Lc 15,7.10)⁵⁸.
- La alegría más íntima de Dios consiste en ver, en la conversión del pecador, su misericordia reconocida y acogida⁵⁹.
- Se trata, en fin, de la alegría «soteriológica» de Dios⁶⁰.

Dos breves testimonios, representados por un hombre y una mujer –como en los protagonistas de las dos primeras parábolas–, ilustran la alegría de la conversión.

- Blas Pascal experimentó que la conversión es un acto de la gracia de Dios: «¡Alegría, alegría, alegría, lágrimas de alegría!»⁶¹.
- «¿No es un gozo saber que somos la alegría de Dios? ¿No es para asombrarse el hecho de que la alegría de Dios no es completa mientras uno solo de nosotros siga estando alejado de Él?»⁶².

⁵⁷ Cf. W. Harnisch, *Las parábolas de Jesús*, (ed. H. Balz-G. Schneider), Salamanca 1989, 201.

⁵⁸ Cf. K. Berger, *khara*, en *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento II* (ed. H. Balz-G. Schneider), Salamanca 1980, 2.045-2.046.

⁵⁹ Cf. Ph. Bousset-J. Rademakers, *Jésus, Parole de la Grâce selon saint Luc...*, 342.

⁶⁰ Así, de forma certera, ha sabido expresarla muy muy bien E. G. Gulin (*Die Freude in NT I-II*, Helsinki 1932, 95-108, especialmente la p. 99), a quien todos los diversos autores se remiten. Exegetas del relieve de H. Conzelmann, *khara-khairo*, en *Theologisch Wörterbuch zum Neuen Testament* IX, 358; J. Jeremias, *poimen*, en *ibidem* VI, 490.

⁶¹ La conversión para él aconteció en un preciso momento de su vida que nunca olvidó. Escribió este hecho, fechado en 1654, y llevó el escrito cosido a su ropa, lo conservó hasta el día de su muerte. Entre otras expresiones, llenas de emoción, se leía ésta citada arriba. B. Pascal, *Pensées*, Baltimore 1966, 309.

⁶² *¿Dios tiene necesidad de nosotros! ¿Dios está de nuestra parte! En el evangelio se nos presenta a Dios como alguien sensible, capaz de sufrir por aquellos a los que ama, y de alegrarse cuando éstos se reconcilian y se convierten.* Así testimonia R. du Charlat, *La reconciliación, piedra de toque del cristianismo*, Santander 1998, 102.

d) Urgencia personal de la conversión

La conversión acontece como decisión libre y madura. La infinita misericordia de Dios no puede anular ni reemplazar nuestra responsabilidad.

La conversión es determinación presente, resorte poderoso que moviliza energías soterradas, las orienta y empuja. Puede uno sorprenderse de la eficacia de algunos actos humanos, que son palancas capaces de remover toda una vida. Acontece, entonces, lo que alguna escuela de psicología llama un «acto de existencia».

El hijo menor seguirá en las sombras de la muerte, repitiendo su soliloquio «me levantaré e iré hasta mi padre...» y experimentando la nostalgia... hasta que de una vez por todas, en un momento concreto, da el primer paso, se levanta y camina. Aunque el Señor le haya honrado con una visita en su casa, si Zaqueo no se compromete a ser generoso con los pobres de quienes ha abusado, seguirá siendo un especulador y usurero (Lc 19,1-10)⁶³.

Es importante subrayar esta dimensión operante de la conversión. El Señor dice a la Iglesia de Éfeso: «acuérdate de dónde has caído, conviértete y haz las obras primeras» (Ap 2,5). Se trata del itinerario completo de la conversión. La modalidad de los imperativos griegos insisten en que la Iglesia se convierta ya, que exprese su conversión en las obras del presente, calificadas como «obras primeras» en justa correspondencia con el «amor primero» que le solicitaba urgentemente el Señor (Ap 2,4)⁶⁴.

Este aspecto, ahora apenas aludido, puede ser ilustrado con ejemplos, que jalonan de manera magnífica la historia de la conversión. Una mujer y un hombre.

Durante mucho tiempo, Juana Jugan alimentaba la idea de fundar una congregación que amparase a los pobres. Así vivió hasta los 47 años. Tal vez podría haberse demorado muchos

⁶³ En el texto de Lucas se destaca gráficamente esta decisión en el gesto solemne de ponerse de pie, y los verbos en presente que emplea: *doy* –*didomi*–... *devuelvo* –*apodidomi*– (19,8).

⁶⁴ Cf. F. Contreras, *El Señor de la Vida. Lectura cristológica del Apocalipsis*, Salamanca 1991, 84.

más, cultivando esta hermosa ilusión. Pero a comienzos del duro invierno de 1839, una noche decide subir a su casa y ceder su cama a una anciana ciega y enferma, A. Chauvin. Ella se instala en el desván. Como muestra de su cariño hacia ella, la adopta «como madre». Pone por obra, efectivamente, su aspiración. Entonces se convierte en instrumento de la providencia del amor de Dios. Aquella noche empezó de hecho la fundación de las «hermanitas de los pobres»⁶⁵.

Durante mucho tiempo, unos diez años, Carlos de Foucauld, repetía incesante una oración a Dios: «Si existís, haced que yo os conozca». Su fe estaba adormecida, si no mortecina; él anhelaba tener fe viva. Confesaba en carta a su prima M. de Bondy: «Tú eres feliz en creer, yo busco la luz y no la encuentro». Con su director espiritual, el P. Huvelin departía largamente sus inquietudes religiosas. Hasta que un día el P. Huvelin le aconsejó con insistencia que se confesase. Así lo hizo. Cuando se puso de rodillas, C. de Foucauld recibió de Dios súbitamente el don de la fe: «Al hacerme entrar en su confesionario, uno de los últimos días de octubre, creo que entre el 27 y el 30, vos me disteis, Dios mío, todos los bienes. ¡Si hay alegría en el cielo por un pecador que se convierte, la hubo cuando yo me acerqué al confesionario! ¡Día bendito, día de bendición!»⁶⁶.

Es preciso recalcar la urgencia en la conversión. Jesús la ha señalado en la parábola de Lázaro (Lc 16,19-31), sobre todo en el diálogo mantenido entre Abrahán y el rico Epulón (vv. 27-31):

Él dijo: No, padre Abrahán, sino que si alguno de entre los muertos va donde ellos, se convertirán (v. 31).

El rico, atormentado entre las llamas, pide a Abrahán que envíe a Lázaro a sus cinco hermanos, para que se conviertan —*metanoesousin*— (v. 31). La parábola acentúa la necesidad de la conversión ya, a fin de no perderse y arruinar la propia vida. La conversión es posible todavía, si los hermanos, coetáneos de todo lector del evangelio, escuchan la voz de los profetas, que ahora se mantiene viva gracias a la voz de la Iglesia.

⁶⁵ Cf. P. Milcent, *J. Jugan. Humilde para amar*, Barcelona 1980, 59-69.

⁶⁶ *Écrits spirituels*, París 1923, 80-82. Para conocer más detalles en este proceso de la conversión, véase J. F. Six, *Carlos de Foucauld. Itinerario espiritual*, Barcelona 1962, 49-60.

La conversión se torna inaplazable; es preciso actuarla sin dilaciones; no puede retrasarse con vanas excusas. Demorarla resultaría un fatal suicidio. Llega la hora apremiante de la verdad. Ineluctablemente. Joaquim Jeremias ha sabido describir con imágenes vivas extraídas del imaginario evangélico esta improrrogable urgencia:

En cualquier instante puede resonar el clamor: ¡Llega el esposo! Entonces el cortejo nupcial entra en la sala, con las antorchas, y se cierra irrevocablemente la puerta. Ten cuidado de que a tu antorcha no le falte el aceite (Mt 25,1-12). Vístete el vestido de boda, antes de que sea demasiado tarde (Mt 22,11-13). En una palabra: conviértete mientras hay tiempo. La conversión: ¡he ahí la exigencia de la hora! La conversión no sólo para los llamados pecadores, sino también –y más aún– para los que, a juicio de quienes los rodean, «no tienen necesidad de conversión» (Lc 15,7): para las personas decentes y piadosas, que no han cometido pecados groseros. Para ellos es urgentísima la conversión⁶⁷.

e) Conversión es entrar en la casa del Padre, y no hay más puerta que el hermano

La conversión –sea expresada con términos prestados a los profetas–, significa volver a la alianza. Incluye una vuelta sincera a Dios y a los hermanos.

Lucas concreta esta enseñanza profética en la parábola de los dos hijos. La conversión del hijo menor muestra la relación vertical, el retorno a Dios Padre. El hijo mayor, cuya conversión queda en suspense, señala la relación horizontal con el hermano.

El hijo mayor está fuera, en el campo. Esta ubicación contiene profundas resonancias bíblicas. Caín mató a su hermano Abel en el campo (Gén 4,8). Todo aquel que odia a su hermano es un homicida (1 Jn 3,15). Cuando escucha la música y los cantos, se llena de rabia y no quiere hacer el camino para entrar en la casa del padre. Éste sale y le ruega con insistencia. El hijo mayor se niega obstinadamente a entrar, le cubre de reproches, mancha con injurias el nombre de su hermano, a quien nunca llama hermano ni le reconoce, sino que le designa con desdén como «ese

⁶⁷ *Teología del Nuevo Testamento I...*, 182.

hijo tuyo». A pesar de tanto resentimiento y despecho desplegados, el padre le habla empleando un vocablo denotativo de la más profunda ternura: «*teknon*, hijo, criatura»; pero también le añade con entereza que «es preciso» –teología del *dei* en Lucas– entrar en la fiesta y alegrarse por su hermano.

Nos encontramos de bruces enfrentados con el problema acuciante de la fraternidad. Es la pregunta que el profeta eleva a bocajarro, constatando con pesar tanta injusticia cometida entre hermanos, y como respuesta lacerante al relato genesíaco del primer crimen fraterno:

¿No tenemos todos un solo padre? ¿No nos creó el mismo Dios? ¿Por qué entonces traiciona uno a su hermano, profanando la alianza de nuestros padres? (Mal 2,10)⁶⁸.

Todos los hombres y mujeres somos criaturas de Dios y, por tanto, hermanos. Confesar a Dios Padre es fundamento y garantía de fraternidad. Dicha afirmación reviste mayor exigencia de compromiso, cuando confesamos a Dios no sólo como Padre, sino como Padre nuestro.

Convertirse significa poder rezar juntos la oración del Padre nuestro o del Dios de la fraternidad.

La palabra hermano es, tal vez la más hermosa, de la humanidad. ¿Acaso no proclama el salmo: «¡Oh, qué bueno, qué dulce habitar los hermanos unidos!» (Sal 133,1)? Mas, a pesar de sus títulos y loas, esta sagrada palabra posee, paradójicamente, una connotación manchada por las traiciones con que los mismos hermanos la han ido degradando. Tanto es así que en el evangelio de Mateo el vocablo hermano suele aparecer de continuo envuelto en un contexto polémico, marcado por el conflicto y enemistad (18,15.21). En la leyenda del Gran Inquisidor se llega a pronunciar esta frase, acuñada por una historia erizada de rivalidades: «Se odian como hermanos».

⁶⁸ L. Alonso Schökel (*¿Dónde está tu hermano?: textos de fraternidad en el libro del Génesis*, Estella 1990, 40) sostiene que las dos preguntas, contenidas en la primera bina interrogativa, no son sinónimas, y que la primera referencia no alude a Dios, sino al padre de todos los judíos, Abrahán. Sea como fuere este debate terminológico, lo importantes es confirmar que hay un origen último que debe unir, y que la paternidad (sea aplicada a Abrahán, a Dios, el supremo Hacedor) debe erigirse en fuente absoluta de toda fraternidad.

La conversión tiene que mirar por fuerza al hermano. No podemos inventar una senda vertical entre Dios y yo. El único camino hacia Dios pasa siempre por el hermano. Para entrar en la casa del Padre hay que pasar por la puerta del hermano. Esto significa estar dispuestos al perdón setenta veces siete y a la reconciliación continua⁶⁹.

Todos los otros elementos de la conversión, antes y con tanto énfasis enunciados, deben culminar en esta dimensión fraterna. Si no llegamos a reconciliarnos con nuestro hermano, a quien hemos ofendido y despreciado, del que nos hemos alejado... entonces hacemos inútil toda la iniciativa amorosa de Dios que nos busca con tanta solicitud. Transformamos en dolor aquella alegría soteriológica que el Señor iba a experimentar; aún más, le hacemos sufrir, porque Dios no es sólo mi querido Padre, «Abba», sino el Padre de todos, nuestro Padre.

La Palabra de Dios sólo llega a ser comprendida cuando logra de cada uno de nosotros el fruto maduro: cuando nos convertimos al verdadero Dios de la alianza, que Jesús ha realizado con su misterio pascual de amor. Asimismo la conversión sólo es completa cuando nos alegramos por la vuelta de nuestro hermano a la casa común.

La más hermosa parábola del evangelio, el padre que tenía dos hijos (Lc 15,11-32), es un relato inacabado. ¿Entrará el hijo mayor en la casa del padre, que no cesa de rogarle, incluso con palabras unguadas de un cariño inimaginable? No lo sabemos. Jesús, que la pronunció, no adelantó el desenlace. Tampoco lo hizo Lucas, el redactor del evangelio. La parábola está abierta. Pero hemos de saber el asunto primordial. La alegría de Dios, nuestro Padre, sólo será cumplida cuando no falte en su casa ninguno de sus hijos, y todos nos abramos de corazón a nuestro hermano.

Con este interrogante pendiente queda la parábola inconclusa y la alegría teñida de esta nota de esperanza ¿o, tal vez, de desesperanza? Sólo tú, lector cristiano, tienes la respuesta.

⁶⁹ *Si tu hermano peca, repréndele; y si se arrepiente (metanoese), perdónale. Y si peca contra ti siete veces al día, y siete veces se vuelve (epistrepse) a ti, diciendo: 'Me arrepiento (metanoeo)', le perdonarás (Lc 17,3-4).*

La Biblia entera representa una continua e insistente llamada a la conversión. No acabamos de leerla ni de comprenderla del todo. No podemos cerrar sus páginas. Sólo se cierra con un broche de oro: cuando nos convertimos a la alianza, que consiste en anudar una estrecha relación con Dios y nuestro hermano: cuando nos acercamos al Padre común que nos invita a entrar por la puerta del hermano en la casa de todos, que es la Iglesia. Y también: cuando llevamos de la mano a otros invitados, gracias a nuestro trabajo misionero. La casa es inmensa y la abundante comida está ya preparada encima de la mesa. Es preciso ir por los cruces de los caminos para invitar al banquete de bodas de Cristo, el Cordero (Ap 19,9): que la casa se llene con la presencia de todos los hermanos y que el corazón del Padre se alboroce con el gozo de todos sus hijos reunidos (Mt 22,9).

Conclusión

La verdadera conclusión ya está dicha o, al menos, insinuada y bosquejada. La presente conclusión se sirve de una página magistral, que sintetiza la mejor tradición de los santos Padres sobre la «inteligencia espiritual» de la Escritura. ¿Qué significa entender con inteligencia del Espíritu la Palabra de Dios? No otra cosa sino convertirse al Señor. Esta página rezuma contenido teológico y es gloriosa herencia de nuestra mejor historia espiritual y bíblica. Merece la pena su atenta lectura:

La Palabra de Dios, Palabra viva y eficaz, obtiene su cumplimiento real y su pleno significado sólo mediante la transformación que ella actúa en quien la recibe. La expresión «pasar a la inteligencia espiritual» equivale a «convertirse a Cristo», mediante una conversión que nunca puede decirse plenamente acabada. Entre esta conversión a Cristo o este paso a Cristo y la inteligencia de las Escrituras existe una causalidad recíproca. Cuando uno se convierte al Señor, desaparece el velo (2 Cor 3,16). Si se quiere captar el problema acerca del debate sobre la inteligencia espiritual, es necesario referirse a este acto de conversión. Se debe examinar la conversión de la Iglesia a su Señor, considerada sobre todo entre las primeras generaciones de fieles. Sólo así podremos comprender la seriedad de tal problema, aquella seriedad que golpea tanto, por ejemplo, en Orígenes, y que correría el riesgo de quedarse escondida en la exuberancia de las frondas o en la sutileza de los análisis. Toda la Escritura está vista en una

luz nueva por el alma que se abre al evangelio y se adhiere a Cristo. Toda la Escritura se halla transfigurada por Cristo. Acercaos a él, y seréis iluminados. Se trata de un único movimiento que, a partir de la incredulidad inicial, se eleva por la fe hasta los vértices de una vida espiritual, cuyo término no está aquí abajo⁷⁰. Su desarrollo coexiste con el don del Espíritu y el progreso de la caridad. Toda la experiencia cristiana, con sus diversas fases, se halla comprendida dentro de este movimiento. La novedad de la inteligencia es correlativa a la novedad de vida. Pasar a la inteligencia espiritual significa pasar al hombre nuevo, que no cesa de renovarse de claridad en claridad⁷¹.

⁷⁰ Como sugiere muy bien san Agustín, hablando del Dios que se revela en la Escritura, permanece *magis significatus quam demonstratus*: *Contra Maximinum arianum* I, 2c. 10; PL 42, 811.

⁷¹ Texto tomado de la aportación siempre rica de H. de Lubac, pues bebe directamente en las fecundas fuentes de la tradición de los santos Padres, *L'Écriture dans la Tradition*, París, 1966 36-37.

VIII

Cómo acoger la semilla de la Palabra de Dios. Errores y aciertos

La Palabra de Dios posee una tremenda energía. Su fuerza se revela arrolladora. Contemplemos este potencial de vida ilustrado en una parábola. Es la perla preciosa de Marcos; sólo él, entre los cuatro evangelistas, la registra. Parábola breve y concisa, casi telegráfica; pletórica de dinamismo, igual que una semilla.

El Reino de Dios es como un hombre que echa semilla en la tierra; duerma o se levante, de noche o de día, la semilla germina y crece, sin que él sepa cómo. La tierra da el fruto por sí misma; primero los tallos, luego la espiga, después trigo abundante en la espiga. Y cuando el fruto está a punto, en seguida se le mete la hoz, porque ha llegado la siega (Mc 4,26-29).

La parábola se aplica al Reino de Dios y a la segura implantación de su soberanía¹. También a la fuerza de la Palabra, contemplada en la imagen de la semilla².

Un hombre echa semilla en su campo. Pero sorprende que este agricultor no se preocupe más por su desarrollo; no la cultiva, ni abona el terreno, ni escarda la tierra. La parábola muestra asimismo que poco importa el paso fugaz del tiempo, sea que venga la noche o amanezca el día.

A través de estas binas de enumeración polar, el evangelio insiste en el empuje de la semilla de la Palabra. Prescindiendo de la

¹ J. Gnllka, *El Evangelio según san Marcos I*, Salamanca 1986, 213-215.

² J. Dupont habla de una identificación de la semilla con la Palabra, *La parabole de semence qui pousse toute seule (Mc 4, 26-29)*: *Recherches de Science Religieuse* 55 (1967) 389.

actividad del hombre, sin que sepa dar razón alguna –dormirse o levantarse–, al margen de la misma naturaleza y sus cambios climatológicos –de noche o de día–, la semilla da fruto «por sí misma, por su propio movimiento (*automate*)»³.

La parábola insiste en el vigor vital de la semilla y la tierra. Subraya la fecundidad de la tierra –en contraste con la pasividad del labrador–, pues Dios mismo ha dado a la tierra la capacidad de producir por ella el fruto (Gén 1,11; 2,9; Lev 26,4).

La Palabra de Dios posee una fuerza indefectible. Basta que la tierra –o el corazón humano– le preste su acogida. La semilla germina y crece en un proceso imparable de maduración. Primero en forma de tiernos tallos, luego como dorada espiga, más tarde en apretado trigo. Por fin, en el fruto de la sazónada cosecha⁴.

Nuestra tierra no siempre resulta acogedora, cubierta está de piedras y abrojos..., es, a menudo, refractaria a la vitalidad de la semilla. Punto de partida de este capítulo es la célebre parábola del sembrador (Lc 8,4-15). El mismo Señor que la pronunció, será el intérprete que nos explique su profundo sentido.

Contemplamos una serie de usos abusivos en la lectura de la Biblia. Hay que detectarlos y arrancarlos cuanto antes. Otros acercamientos son impulsores de vida y permitirán crecer a la Palabra. Es preciso conocerlos más a fondo, fomentarlos y cultivarlos.

Toda lectura bíblica –o siembra– persigue una finalidad bien concreta: acoger la Palabra con un corazón bueno, conservarla a pesar de las dificultades reinantes para que dé fruto abundante en el surco de la vida.

³ La palabra griega *automate* hace alusión a un crecimiento espontáneo, característico de la era paradisiaca. La germinación y el crecimiento se realizan sin que el hombre intervenga. Cf. S. Légase, *L'Évangile de Marc I*, París 1997, 292.

⁴ Cf. J. Dupont, *La parabole de semence qui pousse toute seule (Mc 4, 26-29)*..., 391-392.

Primera Parte

Acercamientos parciales y defectuosos en la lectura de la Biblia

1. La parábola del sembrador (Lc 8,4-15)

La parábola de Marcos, anteriormente comentada, hay que entenderla en estrecha conexión y dependencia con la parábola del sembrador. La semilla posee en sí misma un formidable potencial; pero ve frenado su impulso regenerador por la no acogida de una tierra que se muestra ingrata y hostil. Podemos leer íntegro el pasaje:

Habiéndose congregado mucha gente, y viniendo a él de todas las ciudades, dijo parábola: Salió un sembrador a sembrar su semilla; y al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada, y las aves del cielo se la comieron; otra cayó sobre piedra, y después de brotar, se secó, por no tener humedad; otra cayó en medio de abrojos, y creciendo con ella los abrojos, la ahogaron. Y otra cayó en tierra buena, y, creciendo, dio fruto centuplicado. Dicho esto, exclamó: El que tenga oídos para oír, que oiga. Le preguntaban sus discípulos qué significaba esta parábola, y él dijo: A vosotros se os ha dado conocer los misterios del Reino de Dios; a los demás sólo en parábolas, para que viendo, no vean y, oyendo, no entiendan. La parábola quiere decir esto: La semilla es la Palabra de Dios. Los de a lo largo del camino son los que han oído; después viene el diablo y se lleva de su corazón la Palabra, no sea que crean y se salven. Los de sobre piedra son los que, al oír la Palabra, la reciben con alegría; pero éstos no tienen raíz; creen por algún tiempo, pero a la hora de la prueba desisten. Lo que cayó entre los abrojos son los que han oído, pero a lo largo de su caminar son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no llegan a madurar. Lo que cayó en buena tierra son los que, escuchando la Palabra con corazón bueno y recto, la conservan y dan fruto con perseverancia (Lc 8,4-15).

La parábola no resulta difícil de entender; refiere la distinta suerte que corre la semilla según la tierra en donde cae, conforme al corazón que la desecha o recibe. «La gran composición de Lc 8,4-21 es una reflexión sobre la relación entre la Palabra de Dios y su aceptación por los seres humanos... el acento se pone ostensiblemente en la aceptación que Dios espera de los hombres

y mujeres, aceptación que debe probarse en la fidelidad y en la inteligencia»⁵.

Seguimos el orden del texto ya estructurado, conforme a la catequesis adoptada por Jesús. En la primera columna aparece la narración parabólica; en la segunda, su correspondiente explicación. El Maestro afirma con toda claridad que la semilla es la Palabra de Dios

Salió un sembrador
a sembrar su semilla

La semilla es la Palabra de Dios

Veamos cada grupo de oyentes, y cuáles son los impedimentos concretos que sofocan la fuerza de esta semilla.

a) Primer grupo o la superficialidad

Una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada, y las aves del cielo se la comieron.

Los de a lo largo del camino, son los que han oído; después viene el diablo y se lleva de su corazón la Palabra, no sea que crean y se salven.

Son los oyentes distraídos y superficiales. No guardan con interés ni mantienen con vigilancia el tesoro de la Palabra y se lo dejan arrebatarse. No le prestan acogida ni le dan calor. Con notas redaccionales propias, el tercer evangelio muestra que el diablo, astuto ladrón e instigador de muerte, roba del corazón la semilla divina que puede producir frutos de vida eterna. El diablo está representado en esos pájaros que se comen la semilla que aún no ha germinado, porque ha caído en suelo improductivo y se halla expuesta a todos los peligros.

b) Segundo grupo o la inconstancia

Otra cayó sobre piedra, y después de brotar, se secó, por no tener humedad.

Los de sobre piedra son los que, al oír la Palabra, la reciben con alegría; pero éstos no tienen raíz; creen por algún tiempo, pero a la hora de la prueba desisten.

⁵ F. Bovon, *El Evangelio según san Lucas I*, Salamanca 1995, 592. Con la aportación de una abundantísima bibliografía en pp. 566-568.

Éstos son los oyentes inconstantes. No tienen paciencia. Por un tiempo acogen con alegría la Palabra, pero se trata de una alegría fugaz y perecedera. No existe base que la fortifique ni hay raíz que la vivifique. Creen por un tiempo, al albur y antojo de las mudables circunstancias. Adolecen de perseverancia, la virtud que corona todas las virtudes. Les falta aquella actitud que el Señor reconoce en los verdaderos discípulos: «Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi parte, dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí» (Lc 22,28-29).

Jesús superó las pruebas y las tentaciones (Lc 4,13). Es preciso pedir esta perseverancia con humilde oración, tal como recomendó a sus discípulos: «Orad para que no caigáis en tentación» (22,40.46). No sólo nos dio enseñanza de oración, como Maestro, sino que se convirtió en supremo ejemplo de orante. Entra en el combate o agonía de la oración y supera la prueba: «Estando en agonía, oraba más intensamente». Sólo así pudo beber el cáliz de la pasión y ser fiel a la voluntad de Dios (vv. 42-44).

En la oración del Padre nuestro hay que pedir no caer en la tentación; no incurrir en la apostasía, que es apartarse de la verdad del Evangelio o abandonar a Cristo.

c) Tercer grupo o los afanes que ahogan

Otra cayó en medio de abrojos, y creciendo con ella los abrojos, la ahogaron

Lo que cayó entre los abrojos, son los que han oído, pero a lo largo de su caminar son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no llegan a madurez.

Se habla de tres dificultades que asfixian la semilla.

La primera es la preocupación ansiosa –verbo *merimnao*–, la actitud de quien se aferra a sí mismo y no pone, con confianza de hijo, su vida en las manos de la providencia de Dios Padre. Esta obsesión por los afanes materiales puede generar angustia, desasosiego e impedir la escucha de la Palabra, como ocurrió a Marta, que andaba de acá para allá, muy inquieta, sin tiempo ni ganas para escuchar al Maestro (Lc 10,38-42). Jesús recomienda

a sus discípulos no preocuparse con exceso de los bienes temporales, la comida y el vestido, en detrimento de lo más importante: «No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis: porque la vida vale más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido; fijaos en los cuerpos: ni siembran, ni cosechan; no tienen bodega ni granero, y Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que las aves!» (Lc 12,22-24)⁶.

Hay que preocuparse y ocuparse en implantar el Reino y sus valores: «Buscad más bien su Reino, y esas cosas se os darán por añadidura. No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino» (12,31-22).

El segundo peligro lo constituyen las riquezas, al que es muy sensible el tercer evangelio. Quien es rico para sí mismo, y sólo piensa en acumular riqueza para su propio engorde y disfrute, pasarlo bien, comer y beber, es –conforme al juicio de Dios– un necio (Lc 12,16-21). El joven rico se va triste porque poseía muchas riquezas y tenía el corazón cautivo (Lc 18,23); en cambio Zaqueo se llena de alegría, al compartir sus bienes con los más pobres (Lc 19,1-10).

El tercer peligro lo representan los placeres. Esta real amenaza se halla retratada en la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro. El rico vive en el lujo y despilfarro. Una vida consumida en el refinado hedonismo impide de hecho una escucha religiosa de la Palabra: embota el corazón, ciega y no permite ver a los pobres que yacen en la misma puerta de la casa, no hace solidario ni prójimo con los hermanos, sino insensible ante las apremiantes necesidades de los otros (Lc 16,19-31).

⁶ Permítaseme rememorar el más sentido comentario que he escuchado a este evangelio. Unos meses, antes de morir, pude escuchar, de sus mismos labios, en la ciudad de Calcuta, a la madre Teresa la sencillísima y profunda explicación de este relato lucano de la providencia de Dios. Ella señalaba a sus hijas, humildes flores en el erial del mundo, como la prueba eminente de la misericordia del Padre que nunca las había dejado desamparadas a fin de poder atender con todo el amor de Dios a los más pobres de entre los pobres. A fin de seguir haciendo lo que Dios Padre está realizando con todas ellas.

d) Cuarto grupo o la acogida fiel de la Palabra

Y otra cayó en tierra buena, y creciendo dio fruto centu-plicado.

La que cayó en buena tierra, son los que, escuchando la Palabra con corazón bueno y recto, la conservan y dan fruto con perseverancia.

El mensaje final de la parábola recalca la necesidad de escuchar con hondura la Palabra de Dios para ponerla en práctica. Sólo una palabra acogida, mantenida interiormente, puede ser puesta por obra. Un frío mandamiento, promulgado desde fuera, resulta muy difícil, si no imposible de cumplir.

Se insiste también en la perseverancia, que incluye los tramos de una vida entera, hasta la muerte. Roca de firmeza en medio de dificultades y angustias. En el Nuevo Testamento posee un nombre preciso: *hypomone*. Significa la capacidad de aguante y de resistencia. La pide Jesús a sus discípulos, como condición de salvación escatológica: «Con vuestro aguante *-hypomone-*, salvaréis vuestras vidas» (21,19).

Es preciso conservar la Palabra, agarrarse a ella como tabla de salvación en medio del naufragio de este mundo que va a la ruina. Sólo así nos salvaremos de las aflicciones y olas que nos rodean y se encaraman en la «pobre barquilla» —Lope de Vega— de nuestra vida.

Puede afirmarse que el gran peligro es la infidelidad sistemática y rebeldía a la Palabra. No sólo hay que prestar un asentimiento intelectual, sino una «pro-fesión» y «co-laboración»; es preciso corresponder a la inspiración que la Palabra ofrece. Dios quiere instaurar con cada lector un diálogo; si el lector no responde a la iniciativa, el diálogo no se produce y la conversación se aborta.

Nuestros órganos vitales, el oído interior, los ojos del corazón... por no emplearlos debidamente y no secundar sus impulsos más profundos, se mudan en sentidos vagos, inoperantes. El Señor lo dijo: «teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís». Es un pueblo de corazón rebelde (Mt 13,14-16). Aunque leamos la Palabra, no la entendemos; por más que oigamos, no escu-

chamos. A causa de nuestra pertinaz infidelidad, la dejamos en nosotros improductiva e inoperante⁷.

Repasemos otros errores que ahogan la fuerza de la Palabra. De cada uno de ellos podría hablarse mucho más extenso y profundo; basta con detectarlos y conjurar su peligrosidad.

2. Fundamentalismo

Damos suma importancia a este erróneo «acercamiento» a la Biblia, puesto que el mismo documento de la «Interpretación de la Biblia en la Iglesia» así lo recalca; porque su influencia puede resultar nociva al incidir en otros campos de la espiritualidad, la exégesis y la sencilla vivencia de la fe. Es causa de lamentables estragos en nuestro pueblo a causa de las sectas⁸.

El fundamentalismo es un fenómeno social que invade de manera difusa la humanidad, en especial desde los años 70. Afecta a las tres grandes religiones: al judaísmo, al cristianismo y, de manera impresionante debido a su impacto político y mediático, al mundo islámico a partir de Khomeini (1979).

Algunos fenómenos socio-religiosos se le asocian estrechamente: el integristismo y el neo-conservadurismo⁹. Se extiende su influjo incluso al mundo de la política y del deporte: *Fundis* son llamados

⁷ Nuestras dificultades para comprender la Biblia no provienen sólo de una falta de información, poseen una razón más honda: la resistencia contumaz –la *dura cerviz*, que tanto fustigaban los profetas– de no querer convertirnos a la continua llamada de su gracia. Léase con provecho este artículo que no ha pasado de moda. M. Bellet, *Résistances à l'Écriture*: Christus 14 (1967) 8-22.

⁸ Nos hemos servido, sobre todo, de F. Galindo, *El Protestantismo fundamentalista. Una experiencia ambigua para América Latina*, Estella 1992. Es una tesis doctoral defendida en Sankt George, Francfort. Estudia la difusión del fundamentalismo evangélico en América Latina que tiene visos de convertirse en una carrera imparable. Ofrece una vía de salida en un nuevo modelo de Iglesia y en el esfuerzo de los católicos para afianzar su fe a base de un estudio más serio y comprometido de la Biblia. Incorpora abundante bibliografía. Y también de R. Fabris, *Lettura fondamentalista*, en *L'Interpretazione della Bibbia nella Chiesa* (a cura di G. Ghiberti e F. Mosetto), Turín 1998, 243-260.

⁹ Se le ve presente incluso en algunos movimientos católicos como Comunión y Liberación. Cf. E. Pace, *Il regime della verità. Il fondamentalismo religioso contemporaneo*, Bolonia 1990, 13.

los «Verdes» en Alemania; se recuerda el extraño fenómeno social de los *hooligans* y sus singulares rituales corporativos¹⁰.

Para evitar confusiones, y saber a qué atenernos, acudimos a una definición clarificadora. En sentido propio, el fundamentalismo es un movimiento protestante reciente, que hunde sus raíces en el siglo XIX; se constituyó en los comienzos del siglo XX, y en la década de los 20 provocó una controversia con diversas denominaciones protestantes americanas. Surgió como reacción contra corrientes sociales y teológicas que los fundamentalistas agrupan con los vocablos de liberalismo y modernismo y en los cuales ven una amenaza al cristianismo tradicional¹¹.

La lectura fundamentalista tuvo su origen en la época de la Reforma, y nace de una preocupación de fidelidad al sentido literal de la Escritura. Trata de llevar a sus últimas consecuencias el principio protestante de la *sola Scriptura*. Más tarde, en el siglo de las luces luchó contra la exégesis liberal. El término «fundamentalista» se acuñó en el Congreso Bíblico americano celebrado en Niágara, estado de New York, a partir de 1880. En 1910 dos laicos, Lyman y Molton Stewar, editaron una serie de publicaciones teológicas tituladas *The Fundamentals* —de ahí el nombre de «Fundamentalismo»—. Los exegetas protestantes conservadores definieron en cinco puntos sus principios básicos: inerrancia verbal de la Escritura, la divinidad de Jesucristo, su nacimiento virginal, la doctrina de la expiación vicaria y la resurrección corporal en la segunda venida de Cristo.

Este género de lectura se ha extendido a Europa, Asia, África y América del Sur. «Encuentra cada vez más adeptos, a finales del siglo XX, en grupos religiosos y sectas, y también entre los católicos».¹²

El fundamentalismo consiste en una lectura de la Biblia, tomada rigurosamente al pie de la letra, a la que otorga valor ab-

¹⁰ Cf. Th. Meyer, *Fundamentalismus in der modernen Welt. Die Internationale der Unvernunft*, Francfort 1989, 25.

¹¹ G. Segalla, *La lettura fondamentalista della Bibbia: Studia Patavina* 39 (1992) 489.

¹² Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Valencia 1993, 64.

soluto; se somete a ella, sin tener en cuenta la historia del mismo texto sagrado y al margen de la tradición del pueblo de Dios y de la Iglesia.

Para la más acertada definición o descripción nos servimos del documento «la Interpretación de la Biblia en la Iglesia»:

La lectura fundamentalista parte del principio de que, siendo la Biblia Palabra de Dios inspirada y exenta de error, debe ser leída e interpretada literalmente en todos sus detalles. Por interpretación 'literal' entiende una interpretación primaria, literalista, es decir, que excluye todo esfuerzo de comprensión de la Biblia que tenga en cuenta su crecimiento histórico y su desarrollo¹³.

El fundamentalismo considera a Dios como único autor de la Biblia –y no a los hombres– en todas sus afirmaciones, e incluso versículos. Como Dios es su autor, la Biblia contiene la verdad absoluta que se extiende a todos los niveles: natural, histórico, teológico. Está exenta de cualquier error o contradicción. La Biblia es el libro de Dios y, por ello, se erige en valor indiscutible, al que es preciso atenerse.

Esta omnímoda autoridad de la Biblia descansa sobre ella misma. Jesús, que es el Hijo de Dios y, por tanto infalible, también confirmaría su valor absoluto. Para ello se citan algunos textos –que no prueban en absoluto sus pretensiones–: 2 Tm 3, 16; 2 Pe 1,20.

Por otra parte, va en contra de los métodos histórico-críticos. No tolera estos métodos –ya admitidos hace tiempo por la Iglesia– que muestran lo que es, en esencia, la Biblia: Palabra de Dios en lenguaje humano. Por tanto, ha sido compuesta por autores humanos en todas sus partes. Estos métodos son indispensables para el estudio científico de la Biblia. Indagan los procesos históricos de la composición del texto bíblico y señalan su conexión estrecha con la historia. Antes de ser textos escritos, eran tradiciones orales que surgieron de un pueblo creyente y que se comunicaban unos a otros, de generación a generación. Estudian la evolución de estas tradiciones orales y escritas, y

¹³ *La interpretación de la Biblia en la Iglesia...*, 63

también las diferentes categorías de oyentes a quienes iban dirigidas. Profundizan en la diacronía del texto, sus avatares a través del tiempo y del pueblo que los hizo alumbrar.

Son métodos críticos, porque se acercan a la Biblia con criterios científicos y no sólo como un libro piadoso; permiten discernir el valor fundamental del mensaje bíblico y captar mejor el contenido.

El fundamentalismo, en cambio, va en contra de toda investigación humana, pues podría destruir la verdad de la Biblia. Cree en la inspiración como una especie de dictado de Dios al autor sagrado, sin que éste intervenga sino de manera instrumental, limitándose a poner por escrito la palabras reveladas por Dios.

Los fundamentalistas se oponen a la teoría de las diversas fuentes del Pentateuco, que ellos siguen atribuyendo a la mano de Moisés. No aceptan la hipótesis documentaria para explicar la redacción del Pentateuco, a saber, que cuatro documentos, que provienen de épocas diversas, se habrían fusionado hasta conseguir el texto actual: el yahvista (Y), el elohista (E), el deuteronomista (D) y el sacerdotal (P) del alemán «*Priester*, sacerdote». Este último habría sido el empleado por el redactor final para configurar el Pentateuco.

También rechazan en la formación del Nuevo Testamento la teoría de la doble fuente. Los evangelios de Mateo y Lucas se habrían formado a partir de dos fuentes principales, pero distintas entre sí: el evangelio de Marcos y una colección de palabras de Jesús —designada Q; del alemán «*Quelle*, fuente»—.

El fundamentalismo aplica a cada autor la completa composición de su libro u obra, a él atribuida. El libro del Deuterocanónico habría sido escrito por el profeta Isaías, el cual, como era profeta, habría previsto los acontecimientos futuros que sucedieron 200 años después y los habría podido narrar en primera persona.

Tampoco admiten la existencia de las tradiciones de los evangelios, ni de fuentes explicativas. Los evangelios —según ellos— han sido escritos por los apóstoles o por sus discípulos, tal como vieron con sus mismos ojos la historia de Jesús y tal como oyeron sus palabras, directamente pronunciadas por él. Creen que, incluso en el evangelio de san Juan, Jesús pronunció todos sus dichos y prolijos dis-

cursos como se hallan redactados, a la letra. No quieren ni oír hablar de las «incongruencias redaccionales del cuarto evangelio» –*Panimolle*–. Respecto al evangelio de san Mateo, estructurado en cinco grandes discursos, como réplica al Pentateuco, piensan que el Señor los profirió a manera de una secuencia continuada. Se cierran a cualquier crítica científica, seria y respetuosa.

Con frecuencia su interpretación literalista de la Biblia presenta graves dificultades. Por ejemplo, cómo explicar la creación en seis «días». Se topan de bruces con insalvables aporías o caminos sin salida: cómo entender la creación de la luz antes de que aparezcan el sol, la luna y las estrellas. No saben dar razón del diluvio «universal». ¿Cómo hay que leer las diferentes perícopas del evangelio que registran diversas palabras de Jesús: en la cruz, o el número de ángeles en la tumba, o el relato del cirineo...? Ignoran la distinta redacción de los evangelistas y no tienen en cuenta la existencia de las comunidades destinatarias, en donde se fraguó el evangelio. Para eliminar dificultades, se aferran a un concordismo a ultranza.

No aceptan el simbolismo bíblico. Creen a pie juntillas en las visiones del Apocalipsis, sin someterlas a un juicio ponderativo. Aplican las catástrofes naturales, accidentes, enfermedades e incluso actos de terrorismo a la acción de un Dios enojado por el pecado de la humanidad, cuyo más remoto antecedente se encuentra en Génesis 6,5-7.

Para ellos la Escritura es autosuficiente, contiene una verdad que se funda sobre la misma Biblia. Aquí subyace, exacerbado, el criterio protestante de la *sola Scriptura*.

También mantienen una concepción del mundo anclada en la cosmovisión de Newton y excluyen todo modelo evolucionista.

Para la historia proponen un modelo «físico». Los hechos son crónica, tienen un peso bruto. No admiten ninguna otra interpretación más allá de su materialidad. De lo contrario, no aparece suficientemente a salvo la infalibilidad de la Biblia, que no puede consentir el más mínimo error¹⁴.

¹⁴ Cf. G. Segalla, *La lettura fondamentalista della Bibbia...*, 498-499.

Debemos hacer una crítica razonada y ecuánime. El documento de la Iglesia detecta su engaño:

Aunque el fundamentalismo tenga razón de insistir sobre la inspiración divina de la Biblia la inerrancia de la Palabra de Dios, y las otras verdades incluidas en los cinco puntos fundamentales, su modo de presentar estas verdades se enraíza en una ideología que no es bíblica, a pesar de cuanto digan sus representantes. Ella exige una adhesión incondicionada a actitudes doctrinales rígidas e impone como fuente única de enseñanza sobre la vida cristiana y la salvación, una lectura de la Biblia que rehúsa todo cuestionamiento y toda investigación crítica¹⁵.

Este movimiento aparece revestido de capa de piedad y de amor por la Biblia. Ellos creen ciegamente en la inerrancia de la Palabra de Dios. Pero se aferran de tal manera a la Biblia, armados de una fe tan ciega, que su interpretación aparece como la única fuente de enseñanza para la vida cristiana. Excluyen cualquier apertura crítica.

Lo más grave es que no reconocen el carácter histórico de la revelación. La Biblia ha venido a nosotros a través de la historia de un pueblo y por la mediación humana. El fundamentalismo no acepta la verdad de la encarnación del Hijo de Dios. Es doctetista, porque infravalora el papel humano; excluye una estrecha relación y colaboración entre Dios y el hombre en la historia de la salvación y en la redacción de la Biblia. Anula la capacidad humana en la composición de los escritos bíblicos. No da ningún valor a las formas y géneros literarios.

El fundamentalismo, asimismo, se obstina en el detallismo bíblico, sobre todo en cuestiones históricas y verdades científicas. Pero —hemos de afirmarlo en contra de su pretensión— la Biblia no es un libro que defienda con rigor la verdad científica. No puede esgrimirse en contra de los avances de la ciencia. Ni invocarla en contra de las teorías de Galileo, ni en contra del evolucionismo. La verdad que la Biblia proclama atañe a nuestra salvación; otras verdades, de tipo científico, antropológico, pertinentes a la geografía..., quedan fuera del

¹⁵ *La interpretación de la Biblia en la Iglesia...*, 64.

ámbito bíblico y están abiertas a las leyes propias de la investigación¹⁶.

Al insistir tanto y tan obstinadamente en la *sola Scriptura*, se para la Biblia de la tradición, que es guiada por el Espíritu, y se desarrolla dentro de la comunidad de fe. No reconoce que el Nuevo Testamento ha nacido en el seno de la tradición viva de la Iglesia.

Desde un punto de vista antropológico, la lectura fundamentalista tiene consecuencias graves porque rechaza la razón. Esto resulta muy peligroso, sobre todo en el amplio espectro de las sectas. Las consecuencias son que los componentes de la secta –adictos– defienden no la verdad de la Biblia, sino la interpretación ideológica de su fundador.

El fundamentalismo supone una forma de suicidio del pensamiento. Así lo ha descrito de una manera magistral el papa Juan Pablo II:

El fundamentalismo invita, sin decirlo, a una forma de suicidio del pensamiento. Una idea falsa de Dios y de la Encarnación lleva a algunos cristianos a tomar una orientación contraria. Tienden a creer que, siendo Dios el Ser absoluto, cada una de sus palabras tiene un valor absoluto independiente de todos los condicionamientos del lenguaje humano... El Dios de la Biblia no es un Ser absoluto que, aplastando todo lo que toca, anula todas las diferencias y todos los matices... Esto hace que la tarea de los exegetas sea tan compleja, necesaria y apasionante. No puede descuidarse ningún aspecto del lenguaje... El estudio de los condicionamientos humanos de la Palabra de Dios debe proseguir con interés renovado incesantemente¹⁷.

La lectura de la Biblia, desde esta actitud fundamentalista, resulta una atroz falacia. Seduce y atrapa a las persona. Las engaña

¹⁶ Gozó de mucha celebridad, manifiesta en sus muchas reediciones, el libro de W. Keller, *Y la Biblia tenía razón*, Barcelona ¹²1968. Su pretensión era apologetica: demostrar la verdad histórica de la Biblia a través del recurso a las investigaciones científicas. Hay que confesar, honradamente, que la Biblia no busca dar la razón ni a la arqueología ni a la ciencia; su verdad está en otro orden, mira a nuestra salvación. Muchos de sus enigmas están aún sin resolver, por ejemplo, las murallas de Jericó, o el tercer muro de Robinson, en torno a Jerusalén.

¹⁷ Juan Pablo II, *Introducción a La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*.

porque intenta venderles unas interpretaciones ilusorias, en lugar de avisar que la Biblia no da necesariamente una respuesta inmediata a sus hondas inquietudes.

Es nociva y aberrante. Una trampa mortal¹⁸. Esta actitud puede ser incendiaria¹⁹. No tiene en cuenta un estudio serio y riguroso. Desconoce que la revelación es un proceso; que el Señor ha ido empleando una larga y paciente pedagogía para enseñar a su pueblo.

Cada texto no es un absoluto, desgajado de la Biblia. Cada verso de la Biblia debe ser, como indica el Vaticano II, contemplado en la unidad de toda la Biblia, desde Cristo y dentro de la tradición de la Iglesia. Un texto ha de ser considerado en su contexto: el conjunto de la Biblia y la fe de la Iglesia.

Esta lectura fundamentalista trata de infundir certezas absolutas en un mundo fragmentario, oferta una tierra segura y una tabla de salvación en donde agarrarse. Ellos legitiman su autoridad identificándose con la autoridad misma de Dios.

Se sitúan al margen de la vida. Van en contra del mundo moderno, al que consideran moralmente perverso. Creen que la humanidad marcha a la ruina y que es necesario salvarse de la catástrofe volviendo y prosternándose —con la cabeza inclinada «sin críticas»— a lo que diga la Biblia, caiga quien caiga. Malviven en un agrio pesimismo y desesperanza. No quieren saber nada del

¹⁸ Un ejemplo puede servir como botón de muestra. Si se me permite hablaré de una experiencia padecida. Una vez encontré a cierta persona que hablaba en favor de la violencia desde la Biblia. Iba viajando y propalando su enseñanza por toda España. De hecho lo encontré en el tren. Confirmaba con el apoyo de algunos textos del Antiguo Testamento el empleo de la violencia. Citaba el ejemplo de los Macabeos. Remataba su discurso acudiendo a Cristo, quien no ha venido a destruir sino a confirmar. Todo cuanto aparece en el Antiguo Testamento quedaría autorizado por Jesús. Por tanto —comentaba él según su sesgada interpretación— también Jesús defiende la violencia. Por consiguiente, la Biblia nos invita al empleo de la violencia cuando vemos que existe una injusticia...

¹⁹ Algunas interpretaciones resultan aberrantes. Los testigos de Yehová prefieren que un hijo suyo, que ha sufrido un accidente de tráfico, muera desangrado antes que donarle su propia sangre. Invocan para su absurda justificación algún texto de la Biblia (Gén 9,4-5). Esta impía pretensión desconoce la ponderada interpretación del texto y se sitúa al margen del sentido común y del mensaje primario de la Biblia: el amor y la defensa de la vida.

diálogo ecuménico. El fanatismo y la agresividad son las características de su propaganda.

Hoy ya no somos tan ingenuos como para realizar aquellas prácticas como la de abrir la Biblia al azar y leer una página cualquiera, y pensar que lo que se me aparece delante de los ojos —como visión sobrenatural— es un mensaje de Dios para mí, que me interpela de manera personal²⁰. El peligro consiste en querer encerrar la Palabra de Dios en un libro y vivir a expensas del libro, como si fuese éste la única tabla salvadora, y excluir otros canales de comunicación. Se aferran tanto al libro, que acaban siendo sus cautivos: fanáticos de un texto y esclavos de la materialidad de sus palabras.

Hay que saber leer detrás de las palabras. La Biblia no es un libro mágico. Detrás de todas sus palabras se encuentra, vivo y palpitante, el acontecimiento de una comunidad que cree en la condescendencia de Dios con la humanidad; en la donación de Jesús, el Hijo de Dios y hermano nuestro, hasta la muerte; en la nueva alianza, rubricada en su sangre, para formar un pueblo liberado del pecado y entregado al servicio de la fraternidad entre todos los hombres. Si la Biblia no nos conduce a esta honda experiencia de fe en el amor de Dios, manifestado en su Hijo, y a secundarla en la entrega al hermano en la vida de cada día, entonces no nos lleva a ninguna parte; nos seduce con sus frases y atrapa entre sus letras. Y la letra mata. Incluso la letra de la Biblia, como ha ocurrido triste y lamentablemente en la historia de nuestra humanidad. O aprisiona en un moralismo tan estricto que acaba por asfixiar en su rígida camisa de fuerza la gozosa libertad de los hijos de Dios.

3. Falta de respeto a la primacía de la Palabra

Hay que dar a Dios lo que es de Dios. Hay que darle a la Palabra lo que es de la Palabra: su valor absoluto. Es preciso acudir

²⁰ «Se trata de una forma un poco ingenua e inocua de fundamentalismo bíblico que consiste en echar la suerte sobre las páginas de la Biblia en busca de la voluntad de Dios para la propia vida. Corresponde a un uso practicado en el medievo cuando no se tenía a disposición toda la Biblia para una lectura pesonal y prolongada» (R. Fabris, a.c. 253).

a la Palabra por ella misma, no buscando otros intereses ni utilidades. No podemos tomar en vano la Palabra.

Estamos insistiendo en el primado de la Palabra, voz de Dios que nos habla; que posee tanta eficacia que ha quedado ya fijada para siempre en un libro escrito. En la Biblia resuena perenne la voz de Dios para todos nosotros.

Con frecuencia nuestras lecturas son sesgadas, unilaterales. Caen en el reduccionismo. Despojan la riqueza íntegra y orgánica de la Biblia. Son incompletas y, por tanto, imperfectas y defectuosas.

Bajo este amplio epígrafe se puede englobar un sinnúmero de acercamientos parciales y fragmentarios. Para una mejor inteligencia y evitar caer en un atomismo confuso, nos esmeramos en enumerarlos, dando de cada uno de ellos unas someras nociones para caracterizarlas y poder, así, ser detectadas, conjuradas y alejadas de nuestra práctica:

a) Pietismo

Se trata de un espiritualismo desencarnado, sin Espíritu Santo. Se lee la Biblia de acuerdo con las propias sensaciones que se despiertan ante los estímulos del texto leído y son las que rigen en definitiva el propio comportamiento. Es frecuente la expresión: «Yo siento que el Espíritu me dice que...». Se da en algunos grupos pretendidamente «carismáticos».

Antes de intentar buscar noblemente lo que el Espíritu «me dice a mí», es preciso saber qué dice el texto en sí mismo. Aquí se oculta un grave peligro, pues no discierne el en sí o valor supremo de la Palabra de Dios y la confunde con el sentimentalismo o la arbitrariedad.

También se da el «intimismo», que consiste en buscar ante todo el consuelo del propio corazón, y cultivar una espiritualidad cerrada e introspectiva, sin abrirse a las necesidades de los otros. Hay que tener mucho cuidado.

G. Alberione, sacerdote paulino y director editorial de la sección bíblica de la Editorial san Pablo, ha constatado este peligro. Le preocupa que la Palabra de Dios llegue a los jóvenes como un

refugio espiritualista: «Siempre existe el riesgo de cierto intimismo, un poco beato. Hoy los jóvenes lectores quieren una espiritualidad bíblica que tenga peso, que toque la vida, que devuelva a la Palabra aquel fuego del que es portadora. Esto significa que se convierte en una Palabra que incomoda y que es capaz de engendrar testigos y de forjar a hombres maduros, abiertos y solidarios»²¹.

Los grandes maestros de la lectura orante de la Biblia han señalado este peligro:

Los carismáticos practican mucho la lectura orante, pero muchas veces carecen de visión crítica. A menudo, no hacen la lectura como se debería hacer: no sitúan el texto en su contexto original y, precisamente por eso, tienden a una interpretación fundamentalista, moralista e individualista de la Biblia. Con frecuencia, en efecto, su meditación y oración carecen de un cimiento sólido basado en el texto y en la realidad²².

b) Ocasionalismo, instrumentalización y fácil moralismo

En los tres casos se da un acercamiento indecoroso ante la Palabra de Dios, la sometemos a nuestro servicio.

En el «ocasionalismo» se acude al texto bíblico como mero pretexto para referirnos a asuntos que creemos importante y hasta nobles. Puede ser caracterizada con esta frase que se invoca a menudo: «con ocasión de esto, hablemos, hermanos...». La Palabra se resiente gravemente. El lector o predicador se «aprovecha» de su autoridad para sacar a flote sus objetivos.

En la «instrumentalización» se apela a la Palabra para justificar los propios intereses —o del partido, o secta, o grupo radical...—, sean del color que sean. Esta lectura se presta a la manipulación y embaucamiento de la gente más sencilla. Es frecuente entre los dirigentes que suelen emplear estos circunloquios y cadencias: «Está claro que, según la Biblia, nuestra opción...».

En el «moralismo» se lee la Biblia como un manual de prescripciones, mandatos y prohibiciones. También se da con fre-

²¹ Entrevista aparecida en *Vida Nueva* (n. 2. 535), 30 de septiembre de 2006, 50.

²² C. Mesters, *Hacer arder el corazón. Introducción a la lectura orante de la Biblia*, Estella 2006, 74-75.

cuencia entre los predicadores, que atenazan la conciencia de los oyentes mediante tales expresiones: «Hermanos, la Palabra hoy nos pide que...».

Con demasiada frecuencia este moralismo es culpabilizante, deja el alma sumida en angustias y lazos de muerte.

En los tres casos no se acude a la Palabra por ella misma, no se escucha en docilidad y apertura para ser comprendida, interiorizada y, más tarde, aplicada a la situación concreta. Se atenta contra el primado de la Palabra: ella debe ser la que nos interroga y cuestiona. Falta un acercamiento humilde, una actitud de desarme, una pobreza de espíritu ante la Palabra, que escruta nuestros recónditos sentimientos, ante cuya presencia estamos patentes y que nos desnuda. Habría que estar disponibles como oraba el joven Samuel: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 Sm 3,9).

En estos dos grandes desaciertos, tanto en el fundamentalismo como en la falta de respeto a la Palabra, se esconde un grave defecto. Lo detectamos. Con una frase del salmo podemos aseverar: «Cuando fallan los cimientos, ¿qué podrá hacer el justo?» (10,3). Cuando fallan los cimientos de la razón y del control humano, ¿qué puede hacer el ser humano, dejado a merced de su arbitrio y radicalismo a ultranza? La lectura de la Biblia que desconoce la razón y el equilibrio, puede convertirse en mortal, una auténtica catástrofe que devora a la persona y al grupo. Acontecimientos tristes, perpetrados en el pretendido nombre del Señor y que desgarran la historia de la humanidad, así lo han puesto de manifiesto.

4. El desconocimiento de la «ciencia bíblica».

Desidia e incompetencia del lector

¿Es mucho pedir que todos los cristianos y, en especial, nuestros pastores, debido a su enorme responsabilidad, estudien con más ahínco y dedicación los textos fundacionales de la Iglesia: la Palabra de Dios?

Cada uno podría preguntarse con honestidad: ¿Cuánto tiempo hace que no he abierto un sólido comentario bíblico, una obra de consenso –no el último grito ni la más reciente moda editorial–, un libro de exégesis que explique y clarifique los problemas de la Palabra de Dios y nos abra a sus misterios?

La Biblia es libro aparentemente fácil, pero complejo. P. Ricoeur habla de la «résistance du texte e l'alterité du texte». Existen obstáculos objetivos en el mismo mensaje de la Biblia, debido a su antigüedad, por estar escrito en otra lengua, por su mundo cultural tan distinto...

La Biblia no es un código de fórmulas mágicas, que actúan por su propio impulso, sino un texto que exige ser descifrado y confrontado con nuestra situación mediante un proceso de múltiples mediaciones. Es preciso tender un puente entre el pasado y el presente: ¿qué dijo Dios en aquel tiempo, y ahora qué nos está diciendo a nosotros? Este trabajo requiere ponderación y discernimiento. De lo contrario, nuestra lectura decae en interpretaciones subjetivistas, al servicio de nuestros intereses o antojo de algunos comentaristas²³.

Entender la Biblia cuesta, pero es preciso estudiarla con ahínco para captar su profundo mensaje. San Juan confesaba que tragarse el libro constituía una tarea ardua, que su manducación era amarga en su interior como la hiel (Ap 10,10). Los santos Padres se referían a la Biblia recurriendo al ejemplo de una fruta con cáscara: una nuez, o almendra... Hay que romper la cáscara dura y amarga –la onerosa tarea del estudio– para poder acceder a su fruto sabroso²⁴. El mismo san Juan decía que al final le supo dulce como la miel.

El estudio no es labor ociosa, un lujo para algunos, sino deber para todos; se convierte en el único camino para descubrir lo que verdaderamente nos dice la Palabra de Dios; pues todos nos hallamos expuestos a los graves peligros del fundamentalismo y espiritualismo.

Con frecuencia criticamos a los predicadores improvisados. Algo de esto ha sucedido en la Iglesia, hemos improvisado la lectura de la Biblia, sin someterla a un estudio reflexivo y atento, para escuchar entre tantos ecos la voz genuina de Dios.

²³ Sobre esta problemática, véase B. Maggioni (que nos presenta el reto de la correcta interpretación: *si es verdad que el texto se abre a una pluralidad de sentido, es asimismo verdad que no está abierto a cualquier sentido*): *Quale interpretazione?*: SdP 116 (1980) 25.

²⁴ B. Maggioni, *Parola di Dio*, en *Dizionario di Pastorale della comunità cristiana*, Asís 1980, 401.

Hay un principio al que hemos de someternos y que se refiere a la condición intrínseca de la Biblia revelada: Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano. La Escritura es al mismo tiempo obra divina y humana. ¿Cómo conciliar ambas facetas? Prescindir de cualquiera de las dos va en grave detrimento del designio de Dios, que así se ha dignado comunicarse en la historia de la salvación.

Desechar la mediación humana significa desconocer los caminos de la encarnación de la Palabra de Dios. Ignorar su origen divino significa convertir la Biblia en un escrito únicamente humano, fugaz y fungible.

La misma constitución *Dei Verbum* (13) reconoce:

En la Sagrada Escritura, pues, se manifiesta, salvada siempre la verdad y la santidad de Dios, la admirable condescendencia de la sabiduría eterna, para que conozcamos la inefable benignidad de Dios, y de cuánta adaptación de la palabra ha usado teniendo providencia y cuidado de nuestra naturaleza.

El analogado principal, para entender esta riqueza y profundo enigma de la Sagrada Escritura, es la misma presencia de Jesús, el Verbo encarnado. Las palabras de Dios expresadas en lenguas humanas se han hecho semejantes al lenguaje humano, como en otro tiempo el Verbo del Padre eterno, asumiendo la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres (Jn 1,14).

Por eso, invita el Concilio a un estudio atento y diligente de la Biblia a fin de captar el mensaje de Dios:

El lector-intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención (*attente*) lo que los autores querían decir y lo que Dios quería dar a conocer con dichas palabras (*Dei Verbum*, 12).

El lector-intérprete debe atender, entre otros medios, a los géneros literarios. Hay que tener muy en cuenta el modo de pensar, de expresarse y de narrar que se usaba en tiempo del escritor sagrado, y también las expresiones que entonces se empleaban.

Lo mismo que la creación suspira por verse liberada de su servidumbre (cf. Rm 8,22), así la letra clama y ansía por ser rescatada de su materialidad, y ofrecer su sentido más pleno, capaz de conceder la salvación y la vida eterna.

La profundidad de la Escritura está dentro del texto mismo. Con la luz de la fe, que ilumina la inteligencia –*fides quaerens intellectum*–, el lector debe penetrar en esta admirable profundidad, en el misterio escondido de la Palabra de Dios: este misterio es Cristo.

La fe no exime del trabajo concienzudo. No nos exonera de ningún modo. Al contrario, lo reclama con fuerza. Por consiguiente, desde las mismas exigencias de nuestra fe cristiana nos sentimos urgidos y solicitados a un estudio fiel, serio y comprometido de la Biblia²⁵.

La poca preparación redundante en desconocimiento de la Escritura; y el desconocimiento de la Escritura acarrea la peor de todas las ignorancias para un discípulo: no conocer a Jesucristo.

Asimismo, esta falta de estudio ungido lleva a un gravísimo mal para el pueblo de Dios, que puede ser así catalogado:

a) El didactismo

Consiste en tratar de explicar enseguida el texto y tratar de decir algo sobre él. Es el peligro en que se puede incurrir por culpa de la «excesiva profesionalización» –en especial, por parte de los sacerdotes, agentes de pastoral...–, y hace caer en la repetición consabida, utilizando una serie de tópicos banales y triviales, que ya se han leído en otro lugar y que se manejan como una especie de vademécum. Más que explicar y aplicar la Palabra de Dios ofrecen una lista de fáciles recetas, parafraseando palabras e improvisando un mensaje que a nadie convence...

Así lo analiza Carlo M^a Martini: «Se acerca uno al texto bíblico con una cierta actitud didascálica, casi como para dictar

²⁵ Una santa puede servirnos de guía y modelo: santa Teresa de Lisieux. Recuerdo haber oído estas palabras por vez primera a nuestro profesor M. Zerwick, en Roma: *Si j'avais été prêtre, j'aurais étudié à fond l'hébreu et le grec afin de connaître la pensée divine, telle que Dieu daigna l'exprimer en notre langage humain*. El célebre biblista, que sufrió con admirable paciencia durante los últimos años de su vida académica los embates de una intransigencia bíblica, citaba estas palabras en el original francés para infundir en todos los estudiantes del *Biblicum* de Roma el afán por las lenguas de la Biblia. ¡La autoridad provenía esta vez de una religiosa de clausura! Este autor coloca esta frase como cabecera de su afamado libro: M. Zerwick, *Analysis Philologica Novi Testamenti*, Roma ³1966.

una buena lección, atenta a las finuras de las páginas escriturísticas, pero abstracta y cerrada en sí misma. Somete a esta actitud una concepción un poco simplista de la eficacia de la Palabra de Dios; es decir, que baste hacer presente la Palabra en su cruda objetividad para que se haga presente la potencia misma de Dios... La eficacia de la Palabra se manifiesta en el suscitar, interpretar, purificar, salvar el acontecimiento histórico de la libertad humana con sus aspiraciones, problemas, pecados y nostalgias de salvación... El solo resonar de las palabras puede convertirse simplemente en bronce que suena» (1 Cor 13,1)²⁶.

De esta manera la Escritura, como pan de vida que es, no se desmenuza ni se reparte, ya que no se estudia con esmero ni se lee con atención ni se interioriza. La convertimos en pan duro: no nos alimenta ni a nosotros ni a nuestros hermanos, a quienes dejamos a merced de su perentoria necesidad. Acuden los fieles cristianos a la Iglesia hambrientos, en busca del pan nutriente de la Palabra de Dios. Y los contentamos con sucedáneos, con algún cuento moralizante, con alguna noticia de la actualidad²⁷. ¡Nos burlamos de su hambre por nuestra falta de competencia! Le quitamos de la boca el pan de la Palabra que precisan con urgencia.

No vale, para exculparse del esfuerzo, el escapismo de una actitud espiritualista, la socorrida invocación al Espíritu, que se convertiría de hecho en un atentado contra la misma Biblia; pues se toma tan alto nombre en vano.

¡Claro que hay que suplicar la asistencia del Espíritu Santo! Aún más, no cansarnos nunca de invocarlo con corazón pobre porque es la fuerza y alma de la Iglesia. Sólo él da sentido a nuestra vida y nos hace comprender los misterios escondidos de la Palabra de Dios. Pero –no lo olvidemos nunca– el Espíritu Santo viene en auxilio de nuestra debilidad, no en ayuda de nuestra desidia y desinterés. Nunca llega para colmar una ignorancia que hemos ocasionado con nuestra negligencia y pereza, en especial cuando hay de por medio hermanos nuestros que llaman a nues-

²⁶ C. Ma Martini, *En el principio la Palabra*, Santa Fe de Bogotá ²1991, 24.

²⁷ Les abrimos, a lo sumo –permítaseme este lenguaje conversacional–, una *bolsa de patatas fritas* para entretenerlos, cuando lo que ellos tratan es de remediar la necesidad que les aqueja. Con estas superficiales ayudas no satisfacemos a nadie.

tra puerta como mendigos hambrientos del verdadero pan de la vida.

5. La esquizofrenia entre la Biblia y la vida

Éste es el peligro real que nos aqueja últimamente: el alejamiento de dos ámbitos antaño unidos, pero que hoy andan apartados: el mundo de la Biblia y el campo de nuestra fe y de la pastoral.

No hace mucho, el sabio patriarca de las ciencias bíblicas, Luis Alonso Schökel, lamentaba durante su discurso de despedida el hiriente contraste a que asistimos en el noble oficio de la lectura e interpretación:

No es raro el exegeta a quien llamo el anti-Ezequiel. En efecto, el profeta, enfrentado a un estrato de huesos calcinados, invocaba el espíritu y los huesos se transformaban en cadáveres perfectos; invocaba al espíritu y los cadáveres, vivos, se ponían en pie. Su antípoda es aquel exegeta que toma textos vivos y palpitanes y los transforma en huesos calcinados²⁸.

Hay intérpretes cuya labor se concentra en diseccionar el cuerpo orgánico de la Biblia. Son especialistas en disgregar lo que está unido. Sordos al principio divino: «no separar lo que Dios ha unido», siguen empeñados en separar. Hacen de su tarea un páramo tan seco como desolador, sin agua y sin árboles de vida, antónimo de aquel terreno regado del paraíso del Edén (Gén 2,10), y que fecunda toda esperanza humana, según señala el libro del Apocalipsis: «Y me mostró un río de agua de vida, reluciente como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de su plaza, a un lado y otro del río, hay un árbol de vida que da doce frutos, uno cada mes. Y las hojas del árbol sirven para la curación de las naciones» (Ap 22,1-2).

El otro riesgo es acudir a una lectura pretendidamente pía, aparentemente espiritual, que prescinde de la seriedad del estudio, de las necesarias mediaciones de la palabra humana en la

²⁸ L. Alonso Schökel, *En las huellas de Moisés*, en *Acta Pontificii Institutii Biblici*, 1994-95. Vol. X, núm. 1, 116-117.

que –de hecho, dentro de la historia de la salvación y en gratuito gesto de condescendencia divina– se ha encarnado la Palabra de Dios.

Esta lectura o interpretación, realizada sin base objetiva, ni control para saber a qué atenerse, vuela en alas de la alegoría o de la ficción; va de acá para allá movida por el simbolismo más errático o subjetivismo más antojadizo. Ya no se hace exégesis, sino *eis-egesis*. No se obtiene del texto bíblico el potencial de su riqueza latente. La noble tarea de leer e interpretar la Palabra se convierte, entonces, en fatuo ejercicio de deslumbrante prestidigitador. Vuela por unos cielos fantásticos que no llevan a ninguna parte. So capa de espiritualismo, se cae en los dos grandes errores, ya detectados por el papa Juan Pablo II y que no nos cansamos de recalcar, el fundamentalismo, que consiste en interpretar la Biblia al pie de la letra, lo cual es una forma de suicidio del pensamiento; y el espiritualismo desencarnado, que encadena al lector en las mallas de la propia opinión sin el recurso de una ansiada verificación.

¿Dónde está la medida, dónde situar la ecuanimidad y el sano equilibrio?

La dicotomía y el desacierto se originan en la parcialidad a ultranza, en la «destotalización de la totalidad», acentuando con tanto énfasis una faceta que la otra cara de la moneda queda relegada a la penumbra.

Consiste la tarea bíblica, ya sea la del intérprete como la del sincero lector cristiano, en una labor ejercitada con todo el rigor requerido, y que nada debiera dejar al azar. Se trata de una actividad dura y difícil, onerosa: hacer hablar al texto. A veces hasta someterlo a cierta «tortura» para que desprenda sus mejores recursos. Pisarlo y estrujarlo en el lagar de la fatiga para que destile el más sabroso vino.

Pero si se olvida la dimensión «espiritual», esto es, hecha en el Espíritu, la lectura se restringe a una fría consideración, aséptica y anodina, que ofrece datos y más datos, pura gnoseología, limitándose a informar, y deja la cabeza caliente y el corazón frío.

Hay que compaginar una relación seria y objetiva con una hermenéutica cristiana. Equilibrar el aspecto histórico y el cre-

yente es del todo necesario para percibir el sentido más genuino de la Biblia.

Quien nos hace pasar de la oscuridad de la letra hasta el resplandor de la verdad es el Espíritu Santo (Jn 16,13); él es la luz que nos guía, tal como rezaba con esta repetida oración el cardenal Newman: «Guíame, oh dulce Luz, desde las sombras hasta la verdad»²⁹.

Un extremo a evitar es la Biblia entendida como libro lleno de enigmas y misterios, apta sólo para unos pocos iniciados y especialistas; otro extremo aciago es la devoción ingenua que prescinde de la riqueza que se alberga dentro de la Biblia, pero que es preciso desenterrar mediante el estudio perseverante y la oración.

Hemos de seguir insistiendo en este acercamiento, antes de que el verdadero y único camino de la Biblia se bifurque, y las dos sendas abiertas se alejen, una de la otra, sin remedio. Reclamamos con urgencia un puente que una ambas orillas: una lectura de la Palabra de Dios que sea al mismo tiempo comprometida y creyente, competente y ungida.

6. Lectura esporádica de la Biblia

La Biblia debe ser leída todos los días de nuestra existencia; es un alimento cotidiano, el pan necesario de cada día... Hace falta el coloquio asiduo, que nos introduce en el secreto de la Palabra de Dios, que únicamente se desvela a quien llama a la puerta con persistencia.

Aquí sigue siendo verdad el experimentado refrán que afirma que «sólo el roce da el cariño». Ocurre entre nosotros, en las relaciones de familia, de un matrimonio, de unos amigos... Ojos que no ven, corazón que no siente. Los lazos humanos se deterioran, acaban por disolverse y romperse cuando no se da este trato habitual y cercano. La lejanía genera separación y olvido; la distancia efectiva es causa de distancia y desafección. No basta

²⁹ Se trata de una súplica ya célebre en el mundo entero, que comienza así: *Lead, kindly Light...*, Cf. J. H. Newman, *Jesús, páginas selectas*, Burgos 2002, 29.

un encuentro fugaz y ocasional con una persona que me puede revelar la riqueza de su estatura moral.

La lectura de la Biblia es como esa intermitente pero continua gota de agua, que va calando y horada hasta las piedras más duras del corazón humano. También puede decirse que es como esa gota de agua que va regando una planta. Gota fiel que no se seca, cae y cae sin cansarse, que fecunda y hace crecer lo que toca. «Riego por goteo», sería una acertada descripción de lo que debiera ser la lectura de la Biblia.

Lo más grande y noble de la vida, si no se cultiva, se seca³⁰. También la Biblia puede secarse por culpa de no abrir sus páginas. O puede florecer y dar frutos espléndidos, si se riega con la fidelidad de cada día.

Sólo una lectura sosegada, íntima, prolongada, hace que la Palabra se convierta en honda experiencia de vida. Porque la Biblia no es un sistema cerrado de verdades abstractas, sino la Presencia de Alguien que nos habla y actualiza en nuestra existencia el hoy de la historia de la salvación. En este encuentro perseverante cada uno tiene que abrirse a la conversión, y así poder oír, como Zaqueo, lleno de alegría, la palabra del Señor que nos visita y pide una morada para hospedarse: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa» (Lc 19,9).

El Concilio habla de una lectura asidua, persistente y continua:

El sagrado Concilio exhorta a todos los fieles vehemente e insistentemente, para que mediante la lectura asidua de las Escrituras aprendan 'la ciencia suprema de Cristo' (Flp 3,8) (*Dei Verbum*, 25).

7. La exasperante rutina ante la Biblia

Para nosotros, lectores de la Biblia, la gran tentación consiste precisamente en esto: en que ya hemos leído la Biblia. Muchas veces, muchísimas, tantas que parece que la Biblia ya no nos sor-

³⁰ Una vez recibí una romántica postal, adornada de una rosa de terciopelo en cuyo tallo se leía —qué sabia recomendación!—: *Aun la flor más hermosa, si no se riega cada día, acabará secándose.*

prende. Sabemos sus historias y aventuras, sus personajes principales. ¡Si ya la conocemos toda, casi de memoria; hasta hemos visto sus íntimos recovecos! ¿Qué secreto alberga todavía virgen e incontaminado, que consiga emocionarnos; qué admirable novedad nos puede deparar que no la hayamos ya, en tantísimas ocasiones hasta la saciedad, leído o escuchado?

La Biblia se nos ha convertido en objeto, la hemos cosificado. Su cara, antaño primorosa, se ha desfigurado y adocenado. Su rostro personal se ha demudado en mudo carácter libresco, cubierto de vocablos y letras. ¡La Biblia banalizada y degradada a libro inútil. Una necróplis –no nos engañemos– exhumada del pasado!

Se ha tornado en libro ya sabido, e incluso archisabido, manido y cubierto de polvo ante el cual sólo experimentamos vagos sentimientos de lástima e insensibilidad. En alguna ocasión fue una carta de Dios; ahora, un papel mojado, amarillento...

¡Sólo una lectura personal, humilde y creyente, que no se alimenta de vagas referencias, que conjura el más lamentable peli-gro en nuestro encuentro con Dios, como es la rutina, puede desenvolvernos su misterio y abrirnos las puertas de la alegría más insospechada: el encuentro cara a cara con Dios!

Para leer la Biblia, ante todo es preciso tener ganas de leerla. Resulta algo obvio y elemental. Y sin embargo, qué fecunda verdad y qué pocas veces se practica. Para comer, sólo se requiere una condición: tener hambre. Para beber se exige ni más ni menos que tener sed³¹.

La sed representa casi todo en la existencia; es el alma, la inquietud, el desasosiego; la energía primera que desencadena el movimiento, el brío del camino. La sed interior es la señal de una vida siempre en búsqueda y abierta. ¿Qué sería de nosotros, sin la sed?

³¹ Aún no entiendo cómo mi admirado A. Machado, que tanto y tan bien se prodigó escribiendo acerca de la fuente y del agua, pudo esgrimir aquella *ignorancia* –al menos en la ficción poética– sobre la sed: *Bueno es saber que los vasos / nos sirven para beber; / lo malo es que no sabemos / para qué sirve la sed* (*Proverbios y Cantares*, en *Poetas Completas*, Madrid ⁸1982, 268).

La Palabra de Dios está contemplada, desde dos símbolos fundamentales, en especial desde el evangelio de san Juan, como agua de vida (cap. 4) y como pan de vida (cap. 6). Hay que desear con vehemencia comer y beber la Palabra.

Jesús gritaba: «El que tenga sed, que venga a mi y beba» (Jn 7,37).

Para acudir a la Palabra sólo se requiere una condición elemental y primaria: tener sed. Como el salmista, hay que pedir e invocar con urgencia esta sed:

Como busca la cierva corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios,
tiene sed de Dios, del Dios vivo (Sal 42,1-3).

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua (Sal 62,2).

8. Empleo excesivo de subsidios

Para facilitar el conocimiento de la Biblia, asistimos hoy a una copiosa producción de subsidios, revistas de divulgación... Albergan la noble pretensión de ayudar a sacerdotes y laicos en su comprensión de la Palabra, como útiles canales de comunicación.

Valga un botón de muestra. Cada año, de forma puntual y constante, nos reunimos los profesores de Biblia de la Facultad de Teología de Granada y de todos los seminarios de Andalucía. Nos animamos en nuestra tarea y nos esmeramos para que la Palabra de Dios pueda llegar con eficacia a nuestros estudiantes, que serán portavoces de la Palabra. Con frecuencia nos preguntamos en estos encuentros anuales: ¿de qué sirve tanto esfuerzo desplegado para despertar entre nuestros alumnos el amor por la Palabra de Dios?, ¿adónde van a parar nuestros apuntes y libros que con primor y dedicación escribimos para ellos? Después de algunos años de estudio de teología, el predicador de la Palabra —que una vez fue nuestro alumno— suele dejar al margen los libros y los apuntes, los olvida y acude a un folleto que le explica y «dicta» la homilía. ¿Quién —podemos todos preguntarnos— se

ve libre de esta tentación y no cae cautivo en las redes del utilitarismo bíblico, porque no tiene tiempo suficiente para hacer otra cosa?

Hoy esta abundancia de ofertas se ha hecho más que excesiva, abrumadora incluso. Basta con meterse en alguna página web de Internet, en donde se puede encontrar fácilmente todo tipo de homilías, confeccionadas y catalogadas según todos los colores del arco iris del pueblo de Dios.

Este tipo de ayudas favorece la pasividad; pues oferta homilías a la carta. Basta sólo con pinchar en el menú –como el que señala un camarero en un restaurante al mostrarte la carta de comidas–, para que se te dé ya la homilía, salida del horno, precocinada y lista para servir.

Tanta abundancia origina una singular paradoja. En principio buscaba ayudar a un contacto con la Palabra de Dios, pero lo que ha conseguido de hecho es eximir de la preparación personal, del estudio de un sólido comentario, de la oración sobre el texto. Todo ello supone trabajo y esfuerzo. Pero esta tarea onerosa resulta de todo punto necesaria a fin de dar a luz una digna homilía que brote del contacto directo y personal con la Palabra de Dios.

¡Tal caudal de ofertas ha alejado la Biblia de los predicadores de la Palabra y les ha dejado el corazón seco!

¿Cómo se puede predicar echando mano a la primera homilía que te ofrece una página web, sin haber previamente estudiado, orado y meditado la Palabra de Dios, sin haberla hecho tierra de fatiga, a la luz de los signos de los tiempos, y de discernimiento con la vida de la comunidad a la que el sacerdote se dirige?

Homilías o comentarios de este tipo resultan vacíos, no comunican nada. Son bronce que suena o platillos que aturden. No alimentan a nadie. No son pan que nutre la fe de quienes vienen con ansia de ser saciados.

Nunca debe olvidarse que el predicador es –siguiendo la denominación de la propia Biblia– «ministro de la Palabra» (Lc 1,2), «administrador de los misterios de Dios» (1 Cor 4,1) y, so-

bre todo, «servidor de la Palabra» (Hch 6,1-4). La Palabra debe apoderarse del predicador, enseñorearse y reinar sobre él; y éste debe rendirse por completo a su mensaje, hacerse su esclavo. Esta misión no se improvisa ni se delega; es absolutamente personal, exige un trabajo interior sincero y profundo³².

Entonces, y sólo entonces, el predicador puede hablar desde dentro, ser entusiasta testigo de esa Palabra que antes le ha vencido y convencido, llenado el alma, a la que lealmente se ha convertido. Sólo un hombre y una mujer evangelizados, podrán ser evangelizadores³³.

9. Falta de interiorización o la escandalosa superficialidad que nos aqueja

Según la parábola del sembrador, es ésta la primera situación lamentable y malograda que corre la Palabra. La semilla cae en el camino, por donde todo el mundo con su ruido transita, carece de acogida, no tiene hondura ni raíces, no puede germinar... Hasta los pájaros la devoran.

Carlo M^a Martini confesaba que durante el ejercicio de la *lectio divina*, el tiempo más importante de los cuatro ya señalados –*lectio, meditatio, oratio, contemplatio*– era uno que no estaba registrado en estas cuatro etapas. Era el momento en que –señalaba de manera gráfica– el cristiano inclinaba la cabeza e interiorizaba la Palabra del Señor.

Caemos en el defecto o, más bien, exceso de la palabrería. Somos esclavos de la charlatanería que nos abrumba y atosiga. Sucumbimos bajo un alud de palabras; pero la Palabra de Dios no nos cala.

Somos deudores de la subcultura –en frase hecha– del «usar y del tirar». Cada día «devoramos» –pero no digerimos– un sinnúmero de palabras en la lectura de los periódicos, revistas, libros...

³² Interesantes sugerencias en Carlo M^a Martini, *El presbítero como comunicador*, Madrid 1996.

³³ Pueden leerse sugerentes páginas en E. Bianchi. *Pregare la Parola*, Milán 19 2001, 10-12.

Estamos expuestos de continuo a una avalancha interminable de conversaciones, charlas, entrevistas... Hoy son noticia; mañana, antiguallas. Al poco tiempo de ser leídas, se hunden en el más lamentable olvido. Como un papel gastado, se tiran a la papelera, van a parar sin remedio a la trastienda de los cacharros inservibles.

Tantas palabras nos resbalan. Asistimos a una liturgia o paraliturgia, en donde se proclama la Palabra de Dios, se prepara con moniciones, se comenta con exhortaciones e invitaciones, con oraciones de los fieles... Uno se pregunta: ¿Dónde está ese momento de silencio fecundo, esa pausa reflexiva que permite interiorizar cuanto se está proclamando?

Nuestras celebraciones de la Palabra ya no son alegres y honradas celebraciones, han decaído en *cerebraciones*: nos llenan el cerebro —que no el corazón— de montones de palabras, un alud de ideas comunes, que empachan y hastían.

¿Para qué sirve una Palabra proclamada o leída, si no penetra en nuestro interior? Somos víctimas de un biblicismo extrínseco y de mera fraseología. La Biblia no es libro para contemplar desde fuera, sino alimento que es menester asimilar e incorporar: hacerlo vida propia.

San Agustín escribió: «Es un vano predicador de la Palabra quien no la escucha dentro —*qui non sit intus auditor*—»³⁴.

¿Cómo escapar de tanta y tan vana palabrería? La Biblia viene en nuestra ayuda; toda ella recalca, de manera unánime, esta labor de interiorización de la Palabra.

Segunda Parte

Acercamientos positivos en la lectura de la Biblia

1. Leer la Biblia desde el corazón, a ejemplo de María

La Virgen es la que mira con el corazón. La creyente por ser contemplativa. La súplica que pedía Pablo para sus cristianos:

³⁴ *Sermo* 179, 1; PL 38, 966.

«que Dios ilumine los ojos de vuestro corazón», se realiza admirablemente en María, la mujer de los ojos iluminados por la fe³⁵.

Leer la Biblia, o libro de la vida, con los ojos del corazón, he aquí el secreto de nuestra madre y modelo³⁶. Toda la Sagrada Escritura proclama esta aspiración.

El evangelista Lucas, mediante dos pinceladas, ofrece la actitud permanente de María, que contempla así la historia³⁷:

María, en cambio, conservaba todas estas cosas, dándole vueltas en su corazón (2,19).

María conservaba todas estas cosas en su corazón (2,51b).

El corazón representa el interior de una persona; asiento del entendimiento, del conocimiento y de la voluntad³⁸. Es el lugar sagrado donde se realiza el encuentro con Dios en relación de reciprocidad y libertad³⁹. En esta sede íntima el creyente acoge la Palabra de Dios, la discierne y puede responder a sus exigencias. San Agustín lo ha afirmado de manera genial: «Sólo el corazón ve al Verbo»⁴⁰.

¿Qué hace María en su corazón con estos recuerdos? San Lucas le aplica un verbo extraño: *ymballein*. Las traducciones vierden de esta manera genérica: reunir, meditar... Lucas añade el

³⁵ Esta dimensión contemplativa de la Virgen ha sido tratada de manera magistral, con variadas y lúcidas contribuciones, durante un Congreso internacional, celebrado en Cesena los días nueve y diez de abril de 1999, cuya publicación porta este significativo título: *Maria, modello di contemplazione del mistero di Cristo. Atti del 3º Colloquio Internazionale di Mariologia* (a cura di Stefano Maria Pasini), Roma 2000.

³⁶ Sugerentes aportaciones de B. Costacurta, *Maria e la Parola*, en *La Parola di Dio nella comunità religiosa* (ed. S. González Silva), Milán 2003, 75-90.

³⁷ Se recomienda el libro monográfico de A. Serra, *Sapienza e contemplazione di Maria secondo Luca 2,19-51b*, Roma 1983. Sobre sólo dos versos (o más exactamente, verso y medio) el autor ha escrito un libro de 282 páginas (¡).

³⁸ Isaac de Nínive señala la importancia del corazón en la teología cristiana: *El corazón es el órgano central de los sentidos interiores del hombre; es el sentido de los sentidos*. Cita tomada de M. Masini, *La Lectio Divina*, Madrid 2001, 63.

³⁹ La palabra corazón, *kardia*, sigue el mismo uso que *leb* en el Antiguo Testamento: Cf. F. Baumgärtel-J. Behm, *kardia*, en *Theologisch Wörterbuch zum Neuen Testament III*, 609-616; A. Sand, *kardia*, en *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento I* (ed. H. Balz-G. Schneider), Salamanca 1996, 2.195-2.199.

⁴⁰ *Exposición de la Epístola de san Juan a los Partos, homilía 1,1*, en *Obras Completas*, Madrid 1959, 194.

verbo *diaterein*, que explicita la actitud de María, y que significa: dar vueltas, conferir, discurrir, confrontar.

Sólo hay dos textos en el Antiguo Testamento que pueden iluminar el sentido de la expresión completa. Según el libro del Génesis (37,11), José ha contado su sueño de las gavillas a su padre y hermanos; pero, mientras éstos se recomen de envidia, «su padre le daba vueltas a estas cosas –*diateresen to rhema*–».

En el libro de Daniel (4,28, en la versión de los LXX) se nos comunica la honda conmoción del rey, al comprobar el trágico destino que le aguarda: «Cuando Daniel terminó de hablar, el rey Nabucodonosor, al oír que en su sueño se revelaba un decreto del Altísimo, daba vueltas en su corazón a estas palabras –*tous logous en the kardia syntéresete*–».

En ambos pasajes se describe la perplejidad interior de una persona que intenta comprender el significado profundo de lo que ocurre. Tal debía ser la situación de María. Lucas retrata su disposición interior con el empleo de *ymballein* y de *synterein*. La modalidad verbal del participio –*ymballousa*– se refiere no a un momento ocasional, sino a una actitud continua y constante. María es la contemplativa permanente⁴¹.

Intenta unir lo que está disperso y dar sentido a lo que aún no está claro. La existencia se nos presenta a veces con apariencia de rompecabezas, como un enigma indescifrable, y necesitamos un esfuerzo de lúcida comprensión para entenderla. Esto significa *ymballein*: poner orden en las piezas, cambiarlas con frecuencia de sitio hasta que encuentren su lugar de encaje y de concierto en este «rompecabezas» que es la vida.

Por otra parte, «símbolo» es lo que reúne y congrega. El «símbolo» de la fe, que es el credo, nos une a todos los cristianos en la confesión de la misma fe que profesamos. Lo contrario del símbolo es *dia-ballein*, o des-unir. De ahí la palabra «diablo», que es el agente de separación, ruptura y dispersión.

⁴¹ El verbo *ymballein* es típico de Lucas. Aparece en el libro de los Hechos (4,15) con la significación de *deliberar* y en el evangelio (14,31): *¿O qué rey, si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con 10.000 hombres podrá salir al paso del que le ataca con 20.000?* Situado en contexto bélico, el verbo alude al hecho de enfrentarse a una situación difícil, que requiere un enorme esfuerzo de concentración.

María trata de armonizar lo que está viviendo y oyendo con la voluntad de Dios. La actitud de la Madre se repliega en su corazón; quiere comprender las profundas implicaciones de los acontecimientos de la salvación o *rhemata*. Dios es, a menudo, desconcertante y no resulta fácil entenderlo. María necesitó un tiempo para lograr unir con el lazo de la fe los dispersos y hasta chocantes hechos de la existencia. Vivir desde el corazón no alude a ningún intimismo.

La contemplación de la Virgen María no se refiere a un proceso meditativo de tipo religioso, filosófico o moral; la confrontación acontece entre la realidad que está viviendo y las maravillas de Dios desplegadas en el Antiguo Testamento, que encontraban en ella una explicitación profética. María es tipo y signo profético de la Iglesia de todos los tiempos. En la prospectiva de su figura todo creyente entra en el misterio de esta divina maternidad y, por la fe en la Palabra, esta Palabra actúa también en él.⁴²

Para ella todos los acontecimientos se condensan en su Hijo. La Virgen parte de la vida, medita en el silencio de su corazón y luego retorna a la vida. Se convierte, así, en prototipo de contemplación. Juan Pablo II así la ha descrito:

María ha sido testigo de los acontecimientos de la salvación en su desenvolvimiento histórico, culminado en la muerte y resurrección del Redentor, y ha conservado «todas estas cosas meditando en su corazón» (Lc 2,19). Ella no se limitaba a estar presente en los singulares acontecimientos, sino que trataba de entender el significado profundo, adhiriéndose con toda el alma a cuanto en ellos misteriosamente se cumplía. María aparece, por tanto, como supremo modelo de participación en los misterios divinos⁴³.

La sombra luminosa de María es alargada. A su sombra podemos recorrer toda la Biblia.

Recordamos el célebre «*Shema Israel*—Escucha, Israel—» que el fiel judío debía rezar tres veces al día. La oración está colocada de manera estratégica por el redactor deuteronomista. Tras el lar-

⁴² B. Calati, *Parola di Dio*, en *Nuovo Dizionario di Spiritualità*, Roma 1979, 1.137.

⁴³ *Osservatore Romano* 10-9-1997.

go camino del desierto, cuando el pueblo va a tomar posesión de la tierra prometida, adviene el precepto del Señor. Para ser feliz, y lograr la promesa genésica de la descendencia numerosa, siendo fieles a la historia de los padres, hay que escuchar la Palabra del Señor que pide adoración absoluta. Estas palabras deben permanecer y germinar en el corazón por siempre.

Escucha, Israel: Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh. Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Escucha, Israel; cuida de practicar lo que te hará feliz y por lo que te multiplicarás, como te ha dicho Yahveh, el Dios de tus padres, en la tierra que mana leche y miel (Dt 6,4-7).

Del libro de los Proverbios elegimos estos dos textos. Importa subrayar en qué consiste la verdadera respuesta a Dios; no la observancia externa del precepto en cuanto tal, porque así está mandado y prescrito, sino la obediencia que brota desde dentro, la propia de un corazón filial:

Atiende, hijo mío, a mis palabras, inclina tu oído a mis razones. No las apartes de tus ojos, guárdalas dentro de tu corazón. Porque son vida para los que las encuentran, y curación para toda carne (4,20-22).

Guarda, hijo mío, mis palabras, conserva como un tesoro mis mandatos. Guarda mis mandamientos y vivirás; sea mi enseñanza como la niña de tus ojos. Átalos a tus dedos, escríbelos en la tablilla de tu corazón (7,1-3).

Acontecimiento crucial de esta interiorización de la Palabra de Dios es la proclamación de la nueva alianza. Frente a aquella Ley escrita sobre tablas de piedra, fría y lejana, llega una nueva Ley, que se halla grabada en el corazón de los hombres⁴⁴.

He aquí que días vienen, oráculo de Yahveh, en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos, oráculo de Yahveh.

⁴⁴ Léase con provecho I. de la Potterie, *Parola di Dio ed esperienza spirituale*, en *Parola di Dio e Spiritualità* (a cura di B. Secondin-T. Zecca-B. Calati) Roma 1984, 40-45.

Sino que ésta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días, oráculo de Yahveh: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo (Jr 31,31-34).

Esta nueva alianza es renovada por Ezequiel y «espiritualizada». No sólo será una Ley inscrita dentro, sino que Dios va a conceder su Espíritu, que va a habitar en el interior de cada uno. Arrancará el corazón seco y sordo, y pondrá un nuevo corazón de carne, lugar idóneo en donde el Espíritu actúe y promueva la práctica de los mandatos.

Os tomaré de entre las naciones, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo. Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras impurezas y de todas vuestras basuras os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas. Habitaréis la tierra que yo di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios (Ez 36,24-27).

Esto no significa que la Ley, promulgada desde fuera, queda inutilizada; más bien explica el dinamismo que comporta. La Ley debe ser interiorizada, de tal manera que sea el Espíritu Santo, que habita en el corazón del creyente, quien desde dentro mueva a amarla y cumplirla.

Muy bien ha sido descrito este proceso de interiorización por Benedicto XVI, en la carta encíclica sobre el amor cristiano: «La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío»⁴⁵.

¿Qué utilidad reportaría una Ley que se limita sólo a recordar los mandatos, y, cuando éstos no son cumplidos, echarnos en

⁴⁵ *Dios es amor*, Madrid 2006, 31.

cara nuestros quebrantamientos y hundirnos en la vergonzante culpa debido al cúmulo de tantas infracciones?

Ambos profetas van a ser testigos de su mensaje, mediante su propia biografía. Emplean la metáfora de la alimentación:

Y me dijo: Hijo de hombre, come lo que se te ofrece; come este rollo y ve luego a hablar a la casa de Israel. Yo abrí mi boca y él me hizo comer el rollo, me dijo: Hijo de hombre, aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy. Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel. Entonces me dijo: Hijo de hombre, ve a la casa de Israel y háblales con mis palabras (Ez 3,1-4).

Jeremías, seducido por el encanto de la Palabra de Dios, no sólo se la come, sino que la devora:

Se presentaban tus palabras, y yo las devoraba; era tu palabra para mí un gozo y alegría de corazón, porque se me llamaba por tu Nombre, Yahveh, Dios Sebaot (15,16).

Esta experiencia culmina de manera admirable en la presentación que realiza el vidente del Apocalipsis:

Y la voz del cielo que había escuchado me hablaba de nuevo diciendo: Ve y toma el librito abierto de la mano del ángel que está de pie sobre el mar y la tierra. Me acerqué al ángel y le pedí que me diera el librito. Él me dijo: Toma y cómetelo; te amargará en las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel. Tomé el librito de mano del ángel y me lo comí; en mi boca sabía dulce como la miel, pero, cuando me lo tragué, sentí amargor en las entrañas (Ap 10,8-10).

El sabor que depara esta manducación resulta agri-dulce. Por una parte, conlleva el gozo de anunciar el mensaje de Dios. ¿Habrá mayor alegría para un creyente que la de ser testigo y misionero de la Palabra? Por otra parte, produce la amargura que comporta el rechazo deliberado a la predicación. Así quedó patéticamente registrada por los mismos profetas al describir su más honda experiencia con la Palabra de Dios. Pueden leerse con provecho estos testimonios tan sinceros de Amós (3,3-8) y de Jeremías (20,9). Así se contempla dramáticamente en el capítulo de los dos testigos-profetas (Ap 11).

Todos los cristianos, al igual que Juan, debemos vivir de la fuerza nutriente de la Palabra de Dios. Cada uno ha de convertirse personalmente en el libro abierto de la Palabra.

Al igual que Juan, tenemos en nuestras manos y también en el corazón, puesto que lo hemos comido y asimilado, un libro pequeño –*biblaridion*, en diminutivo, señala el texto del Apocalipsis–: la Biblia. Pero siendo pequeño es lo más grande, el tesoro supremo, la perla preciosa: una bomba de esperanza y de vida que es preciso hacer estallar en medio de nuestro mundo triste y abatido.

Aquí adviene de manera muy especial una mención a María, la madre de Jesús. Hemos visto el esfuerzo desplegado en los profetas del Antiguo Testamento –Jeremías, Ezequiel– y del Nuevo Testamento –el vidente del Apocalipsis– por comer y tragarse el libro. Se trataba a lo sumo de una viva metáfora que subrayaba la necesidad de incorporar el mensaje de Dios. ¡Cuántos santos y creyentes han tratado de interiorizar la Palabra de Dios en su corazón, a fin de latir con un mismo ritmo, acompasar su voluntad con la voluntad de Dios al unísono, sin apenas lograrlo...!

En María este asunto no es metáfora ni mero símbolo; es tangible realidad. En María la Palabra de Dios se ha adentrado y encarnado; ha asumido cuerpo del cuerpo de su Madre.

Nadie como ella ha tenido la Biblia o Palabra de Dios viviente en sus entrañas de madre y de virgen. La Palabra se ha interiorizado en ella, y ella ha comunicado a la humanidad el Evangelio de la verdad. Modelo es de corazón nuevo que funciona admirablemente, en perfecto movimiento de sístole: interioriza la Palabra; y de diástole: da al mundo la viviente Palabra de su Hijo.

El evangelio de san Juan subraya con énfasis la necesidad de interiorizar la Palabra de Jesús, o la verdad. Lo realiza principalmente por medio del simbolismo del agua. El agua de la revelación –de Jesús– pide ser bebida –en el Espíritu–, interiorizada por él.

Si el agua no se bebe, se queda fuera, sin nutrir vitalmente. Los santos Padres acuñaron esta expresión *aqua bibenda*. La Palabra de Jesús es «agua que tiene que ser bebida». En la Biblia el agua existe para ser bebida y calmar la sed del pueblo peregrino. Nos cuesta entender esta profunda dimensión an-

tropológica del agua, por situarnos en distinto ambiente cultural⁴⁶.

El cuarto evangelio insiste en el hecho cierto de que es preciso beber el agua de la Palabra. Durante el encuentro con la samaritana, Jesús recalca esta necesidad: hay que beber e interiorizarla de tal manera que llega a convertirse en fuente interior:

Jesús le respondió: Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna (4,13-14).

El mismo mensaje, dirigido a la samaritana, una mujer de religión heterodoxa, es recordado y también universalizado, mediante la típica mención joánica «si alguno...», durante la fiesta de las Tiendas. Jesús, como la Sabiduría personificada (Prov 1,20), clama a gritos:

Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba el que cree en mí (7,37).

El agua se relaciona íntimamente con el Espíritu Santo que Jesús glorificado iba a derramar sobre todos los creyentes. Así lo explica el evangelista en los dos versos siguientes. Este don del agua, con que Jesús va a regar y fecundar a la Iglesia, se cumple en el misterio de su muerte y glorificación:

Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis (19,34-35).

María está presente en este acontecimiento del Calvario. Aquella Palabra que había guardado en el corazón, ahora le rom-

⁴⁶ Somos herederos de otro ambiente cultural. El agua, como un surtidor, se derrama en múltiples facetas, por ejemplo, en el monumento árabe más delicado del mundo: la Alhambra. Podemos recrear su ambiente sensorial y musical. El agua salta por la escalera del agua o barandas del agua (Juan Ramón Jiménez), discurre como una serpiente sinuosa en múltiples canalillos, se eleva en sonoros surtidores de cristal. Para la cultura árabe, el agua se convierte en elemento ornamental, todo un lujo de los sentidos. Léase C. Cabezas, *Dos eslabones ante el Generalife: Ibn al-Yayyab y Juan Ramón Jiménez*, en *Homenaje al profesor J. M^a Fórneas*, Granada 1995, 73-85; R. Manzano, *La Alhambra. El Universo Mágico de la Granada islámica*, Madrid 1992, 60-87. Para la Biblia, en cambio, el agua existe para ser bebida: *aqua bibenda*.

pe el corazón. Ve morir a su Hijo. Pero, de nuevo y con aguante hasta ahora insospechado, la fuerza de la fe que le ha acompañado la sostiene. Está de pie, no se tambalea ni se viene abajo. Acompaña a Jesús moribundo. María va a dar a luz a otros hijos perdiendo a su Hijo (Jn 19,25-27). Al pie de la cruz, se convierte en madre de toda la humanidad, representada en la figura del discípulo amado.

2. Regla de oro: La Biblia crece con el lector

La tradición de los santos Padres, que consideraba la Biblia no como un libro muerto, sino pleno de exuberante vitalidad, culmina en una expresión de san Gregorio Magno, sorprendentemente fecunda: *Divina eloquia cum legente crescunt*. Y también: *Scriptura crescit cum legente*. Hay un horizonte hermenéutico. El lector y la Biblia se encuentran en mutua y creciente relación: vitalmente interconectados⁴⁷.

La Biblia crece en proporción a la fe y amor del lector. El texto no está ya dicho del todo; se entrega al lector para que éste lo acabe de decir y de escribir. Incorporando un principio filosófico de Heidegger, que parece fecundo para el acercamiento a la Escritura, puede afirmarse que leer e interpretar la Biblia no consiste en repetir lo ya dicho explícitamente, sino en explicitar lo que está implícito, descubrir su sentido oculto: «expresar lo no dicho –*das nicht gesagt aussagen*–»⁴⁸.

Existen algunos ejemplos clarificadores. Umberto Eco –*Lector in fabula*– ha estudiado la relación entre el libro y el lector. Afirma que todo texto está inacabado hasta que el lector lo complete. En la lectura asistimos a una experiencia variada y creativa. Es como andar por un bosque, y encontrarse de pronto con diversas sendas que se abren a nuestros pasos. Como un juego de ajedrez, en donde no sabemos qué pieza colocar. Como cuando se nos entregan las piezas de madera para que nosotros podamos montar el mueble completo. Se insiste en la destreza y compe-

⁴⁷ Cf. B. Calati, *Scriptura crescit cum legente, nelle omelie di S. Gregorio Magno*, en *La parola di Dio cresceva, Parola, Spirito e Vita* 24 (1991/2), 249-270.

⁴⁸ Cf. M. Heidegger, *Kant und das Problem der Metaphysik*, Bonn 1929, 193.

tencia del sujeto a fin de que su experiencia se vea coronada con el éxito: que no ande perdido por el bosque, ni pierda el juego del ajedrez, o acumule en su casa un montón de piezas de madera inservibles...

Quiere esto decir, en aplicación a la Biblia, que cuanto mejor se prepara el lector mediante el estudio, la lectura fiel, la oración sincera... más elocuente se hará el texto sagrado. Este libro, ya crecido, redundará en el propio crecimiento: más luces y revelaciones aportará. El progreso del lector permitirá, a su vez, que el texto crezca; y, cuanto más se desarrolle el texto, más notable será su efecto. Existe una mutua interacción e influencia. La Biblia y el lector son espejos que se iluminan y refractan mutuamente. Son vasos comunicantes.

Esto significa que para algunos cristianos la Biblia ha crecido tanto que su lectura y meditación se ha convertido en la delicia más íntima de su corazón, que influye decisivamente en su comportamiento personal y asunción de decisiones. En los momentos de oscura perplejidad aparece como una luz esclarecedora; es alivio y solaz en el sufrimiento. Sirve para unirse con los demás mediante sus salmos y cánticos. El creyente estudia la Biblia, la reza, la ama... entonces la Biblia va aumentando y acrecentándose. Se convierte, de hecho y venturosamente, en el libro de su vida: es como esa pequeña semilla del evangelio que se transforma en árbol frondoso que da sombra a todos los actos de la existencia, y en donde caben todos los hermanos (Mt 13,31-32).

Es la experiencia que relata C. Mesters, ya aquilatada tras muchos años de enseñanza y de contacto con el pueblo de Dios, al que sirve ayudando a leer la Biblia:

Leemos siempre la misma Biblia, observamos siempre el mismo paisaje. Sin embargo, a medida que leemos, subimos; la visión mejora, el paisaje resulta más amplio, más real. Conseguimos divisar nuestra propia casa, nuestro propio pueblo. Divisamos, allí en medio, nuestra propia vida, la historia de nuestras propias aventuras. Y de este modo, continuamos subiendo, junto con los compañeros, intercambiando ideas, ayudándonos mutuamente, para no dejar a nadie atrás⁴⁹.

⁴⁹ C. Mesters, *Hacer arder el corazón. Introducción a la lectura orante de la Palabra*, Estella 2006, 80.

Es la misma plenitud de revelación que ofrece la lectura unificada y profunda de la Biblia, y que refiere un hombre del pueblo, un sencillo albañil:

Mucha gente, nubes blancas, árboles en flor, el pueblo alegre cantando... Pienso que todo esto representa un fragmento de resurrección... Se requiere tiempo... Pero sé que un día la resurrección de la felicidad o, mejor, el sueño se realizará también para el pueblo... La resurrección llegará también para nosotros⁵¹.

Para otros, en cambio, la semilla de la Palabra se quedó en potencia prometedora: no ha llegado a germinar ni se ha desarrollado. Se detuvo en aspiración truncada, no acabó de dar ese «estirón» esperado. La Biblia no ocupa ningún lugar de relieve en su vida: apenas se lee cada día, o cuando esto ocurre, se hace por rutina o inercia; no se estudia con afán; no se emplea para orar con unción; no se lleva ni al corazón ni a las opciones decisivas de la existencia.

Cuando ese cristiano *lee* la Biblia de esa manera, ha de saber que está leyendo un libro minúsculo, más pequeño que una edición de bolsillo –como aquellos diminutos diccionarios «micron»– ¡Está leyendo la Biblia liliputiense! Casi irreconocible. Él ya no la conoce, porque de hecho la ha desterrado de sus verdaderas inquietudes y aspiraciones de fondo. La Biblia sencillamente es una semilla que no ha crecido. Los pájaros se la comieron. Se metamorfoseó en piedra seca. Un canto rodado. Un guijarro inservible a la vera del camino de su vida.

3. Lectura abierta del todo a la fuerza vital de la Palabra

Hay que leer la Biblia en actitud de plena acogida a la acción transformante, purificadora de la Palabra. En total sintonía con lo que dice en cada momento el amor providente de Dios:

Tú, en cambio, persevera en lo que aprendiste y en lo que creíste, teniendo presente de quiénes lo aprendiste, y que desde niño conoces las Sagradas Escrituras, que pueden darte la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús.

⁵¹ Es una cita que aporta C. Mesters (*o.c.*, 80), quien luminosamente comenta: *Palabras pronunciadas por un albañil. Demos gracias a Dios.*

Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia; así el hombre de Dios se encuentra perfecto y preparado para toda obra buena (2 Tim 3,14-17).

La Palabra adopta diversas modalidades: alabanza, queja, llamada a la conversión, consolación, promesa. Hay que alegrarse con un himno de alegría, sentir el dolor de la injusticia con un salmo, alabar a Dios en las doxologías, sentirse interpelado ante una recomendación del Señor... En este dinamismo es preciso entrar, para comulgar con los mismos sentimientos la Palabra. Y que sea su fuerza, no nuestros sentimientos, quien vaya modelando nuestro corazón.

En la lectura de la Biblia, el creyente descubre su propia vocación y recibe fuerza divina para llevarla a cabo. Muchos ejemplos podrían citarse. Bastará con señalar una bina de santos, tal como acostumbra el evangelio de san Lucas. Podemos citar a un hombre y a una mujer: san Francisco de Asís y santa Teresa de Lisieux.

El joven Francisco cuenta 24 años –estamos en 1205–. Anda en zozobras y titubeos. Entra en la pequeña iglesia de San Damián. Sobre el altar, en la parte más preeminente, había una cruz pintada. En esta cruz, una imagen del Señor. Se destacan en aquel rostro dos inmensos ojos, de mirada profunda y sobrecohedora, pero llenos de paz. Francisco se arrodilla y ora con toda su alma. Cristo crucificado le habla, le llama por su nombre, le encomienda una urgente misión⁵²:

Ve, Francisco, y repara mi casa que, como ves, va a la ruina.

Esta experiencia con el Cristo le transformó y avasalló por completo; recreó su existencia. Cesan sus dudas y tormentos. Un inexplicable júbilo le brota desde dentro, tanto que se notaba hasta en el resplandor de su cara. Abandona sus bienes, renuncia a la herencia de su padre, se pone a vivir a la intemperie como el Cristo que le habló en aquella desvencijada iglesita de las afueras de Asís...

⁵² Trata ampliamente este tema F. Contreras, *El Cristo de San Damián y San Francisco de Asís*, Madrid 2006, 45-65.

Pero Francisco aún no se ha convertido del todo: no sabe cuál es su sitio dentro del designio de Dios. Durante dos años trabaja de albañil, reconstruye iglesias. Sufrir el desprecio y las burlas de la gente... Nadie le dice qué tenía que hacer... Hasta que la Palabra de Dios le ilumina⁵³:

Pero cierto día se leía en esta iglesia el evangelio que narra cómo el Señor había enviado a sus discípulos a predicar; presente allí el santo de Dios, no comprendió perfectamente las palabras evangélicas; terminada la misa, pidió humildemente al sacerdote que le explicase el evangelio. Como el sacerdote le fuese explicando todo ordenadamente, al oír Francisco que los discípulos de Cristo no debían poseer ni oro, ni plata, ni dinero; ni llevar para el camino alforja, ni bolsa, ni pan, ni bastón; ni tener calzado, ni dos túnicas, sino predicar el reino de Dios y la penitencia.

Francisco acoge la Palabra dentro de la Iglesia, pide consejo al sacerdote, ministro de la Iglesia. Cuando escucha la explicación de la Palabra, al instante, saltando de gozo, lleno del Espíritu del Señor, exclama:

Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón anhelo poner en práctica⁵⁴.

La Palabra del Señor le orienta, le coloca en su sitio. Ya sabe a qué atenerse. De no ser por la luz de la Palabra, Francisco habría continuado —¿hasta cuándo?— trabajando en la reconstrucción material de las iglesias de Asís. El Señor le llamaba para rehacer con su humildad, paz y alegría la verdadera Iglesia de Dios, la que vive y lucha en la historia.

No hay vocación cristiana sin una llamada explícita del Señor. Y esta llamada suele acontecer en la escucha orante de la Palabra del Señor.

Santa Teresa de Lisieux descubre, asimismo, su vocación mediante la lectura de la Palabra de Dios. Su hermana Celine le dio una Biblia, que la joven carmelita leía con pasión. En la lectura

⁵³ P. Brembilla, *La conversione di San Francesco*: Studi francescani 87 (1990), 221-269.

⁵⁴ Celano, *Vida primera*, 22. En *San Francisco de Asís, Escritos. Biografías. Documentos de la época* (edición preparada por J. A. Guerra), Madrid 1978, 154-155.

de la Biblia encontró lo que su alma presentía y barruntaba: el «pequeño camino» de la gratitud y del amor para llegar, confiada, hasta los brazos mismos de Dios. Con estas palabras describe el feliz hallazgo de su vocación en la Iglesia:

Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina. Ese camino es el abandono del niño-to que se duerme sin miedo en brazos de su padre... «El que sea pequeñito, que venga a mí» (Pr 9,4), dijo el Espíritu Santo por boca de Salomón. Y ese mismo Espíritu de amor dijo también que «a los pequeñuelos se les compadece y perdona» (Sb 6,6). Y, en su nombre, el profeta Isaías nos revela que en el último día «el Señor apacentará como un pastor a su rebaño, reunirá a los corderitos y los estrechará contra su pecho» (Is 40,11). Y como si todas esas promesas no bastaran, el mismo profeta, cuya mirada inspirada se hundía ya en las profundidades de la eternidad, exclama en nombre del Señor: «Como una madre acaricia a su hijo, así os consolaré yo, os llevaré en brazos y sobre las rodillas os acariciaré» (Is 66,13).

Sí, madrina querida, ante un lenguaje como éste, sólo cabe callar y llorar de agradecimiento y de amor... Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud⁵⁵.

Sin la lectura de la Biblia, su honda inquietud se habría quedado en unos sentimientos difusos y evanescentes. No habría madurado ni para ella ni para tantos creyentes que han encontrado en la infinita misericordia de Dios, más grande que la miseria de todos sus pecados, el único camino posible para «llegar a la cima de la montaña»⁵⁶.

La lectura de la Biblia posee el poder de sacar a la luz las virtuales, gracias y carismas con que Dios ha enriquecido nuestro co-

⁵⁵ *Manuscrito B-IX*, en *Obras Completas*, Burgos ³1998, 254-255.

⁵⁶ M. M. Philipon, *Sainte Thérèse de Lisieux. Une voie toute nouvelle*, Toulouse ⁴1946, 34-39. El autor aporta el testimonio de la Madre Inés de Jesús, comunicado durante el proceso de canonización: *Teresa apoyaba su pequeña doctrina –como ella decía– sobre la doctrina misma de Nuestro Señor, y hacia su meditación preferida y sus delicias en estas palabras del Evangelio que ella profundizaba sin cesar: haceos como niños* (Proceso apostólico, 630). *Ibidem*, p. 38. Léase también G. Vallejo, *conversión*, en *Nuevo Diccionario de santa Teresa de Lisieux*, Burgos ²2003, 224-227.

razón. Riega y fecunda las semillas de vida plantadas por las manos providentes del divino Sembrador. Nos crea y recrea conforme al plan de Dios sobre cada uno nosotros. La Biblia nos es absolutamente imprescindible: permite descubrir nuestra propia vocación, la acrecienta y hace fructificar, para nuestro bien y el de toda la Iglesia.

4. Lectura en clima de oración humilde e íntima

La *lectio divina* es el mejor método de oración, porque se confunde con la oración misma (cf. Dt 30,11-14).

Más que insistir sobre esta necesidad, ya de todos sabida, recogemos una serie de testimonios que la confirman con su fuerza de convicción. ¿Qué otra cosa es orar sino estremecerse ante la Palabra del Señor? Vibración humilde y adorante frente a la Palabra de Dios:

- ¿En quién voy a fijarme? En el humilde y contrito que se estremece ante mi Palabra (Is 66,2). Escuchad la Palabra de Yahveh, los que os estremecéis ante su Palabra (Is 66,5).
- A la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración, de modo que se entable un coloquio entre Dios y el hombre, pues ‘a El hablamos cuando oramos, a Él oímos cuando leemos los divinos oráculos’ (*Dei Verbum*, 25).
- El cristiano que no ora y que no es humilde frente a la Biblia, puede correr el riesgo de verse ante la Escritura como si el cielo estrellado, que es la Palabra de Dios, no generase para él sino frío y vacío⁵⁷.
- Hay que estar delante de la Sagrada Escritura como solemos estar delante del Sagrario: adorando⁵⁸.

San Agustín recomienda hacer oración partiendo de la misma Biblia, en donde habla Cristo:

- * No digas nada a Dios sin las palabras de Cristo, como el Padre no te dice nada sin él⁵⁹.

⁵⁷ San Gregorio, *Mor.* 29,30; PL 75, 511B.

⁵⁸ Frase consigna que solía repetir Carlo M^a Martini en los encuentros de *Escuela de la Palabra*, con una multitud entusiasta de jóvenes reunidos en la catedral de Milán. Véase F. Perrenchio, *La scuola della Parola del cardinale C. M. Martini*, en C. Buzzetti-M. Cimosà (ed.), *I giovani e la lettura della Bibbia*, Roma 1992, 147-180.

⁵⁹ *Enarraciones sobre los Salmos, Salmo 85,1*, en *Obras completas XXI*, Madrid 1966.

- Así recomendaba san Jerónimo a la virgen Eustoquia: En la *lectio* te habla el Esposo; en la oración te escucha el Esposo⁶⁰.

San Juan Bautista de la Salle, a propósito de Mt 16,26 –*Quid prodest animae...?*–, expresa su actitud de humildad y docilidad ante la Palabra de Dios así:

- Me anonado a vuestros pies movido del profundísimo respeto que os tengo y con el cual quiero siempre estar en vuestra santa presencia y escuchar con humildad y docilidad vuestra santa Palabra que es vida de mi alma... Adoro esa divina Verdad en Vos y fuera de Vos, como salida de vuestros sagrados labios... Hermanos, leed de rodillas la Palabra de Dios⁶¹.

San Juan de Ávila, con respecto a la predicación bíblica, que debe realizarse en actitud de la humildad y obediencia ante la Palabra, aconseja:

- Penetrar en la divina Escritura temblando⁶².

Hay que practicar la *Theologie kniende* o «teología de rodillas» –en expresión de H. Urs von Balthasar–, frente a la Palabra del Señor.

5. Lectura sapiencial, que llena de gozo

Es una lectura que se saborea en el *paladar del corazón*, como señalaba san Agustín, quien añadía:

Sean para mí una delicia pura tus Escrituras; ni me decepcionaré en ellas ni ellas me decepcionarán. Tu voz, Señor, es mi alegría; tu voz es un torrente de delicias⁶³.

No sólo lectura científica, que se limita asépticamente a cuestionar y especular, sino que prende y arrebat, como un incendio dentro del alma, tal como puede comprobarse en la experiencia del profeta Jeremías:

⁶⁰ Carta 22,5, en *Cartas I*, Madrid 1962.

⁶¹ *Explication de la Méthode d'Oraison*, 1.739, 114.

⁶² *Causas y remedios de las herejías. Memorial segundo (1561)*, en *Miscelánea Comillas III* (1945), 77.

⁶³ San Agustín, *Sermo* 149; PL 38, 801.

La Palabra del Señor se volvió para mí oprobio y desprecio todo el día. Me dije: No me acordaré de él, no hablaré más en su nombre; pero ella era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerlo, y no podía (20,8b-9).

Cuando encontraba palabras tuyas, las devoraba; tus palabras eran mi gozo y la alegría de mi corazón (15,16).

Santa Teresa de Jesús testimonia su gozosa experiencia:

Tomando lo que su Majestad nos diere a conocer, tengo por cierto no le pesa que nos consolemos y deleitemos en sus palabras y obras, como se holgaría y gustaría el rey, si a un pastorcillo amase y le cayese en gracia, y le viese embobado mirando el brocado (encaje) y pensando qué es aquello y cómo se hizo. Que tampoco nos hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor⁶⁴.

Y, con ingenuidad transparente de mujer de Dios, confesaba:

Ni hay saber ni manera de regalo que yo estime en nada en comparación del que es oír una palabra dicha de aquella divina boca, ¡cuantimás tantas!⁶⁵.

Santa Teresa de Lisieux también testimonia su entusiasmo:

¡Qué luminosas y perfumadas son tus huellas (las que Jesús nos dejó)! No tengo más que poner los ojos en el santo Evangelio y en seguida respiro los perfumes de la vida de Jesús y no sé por qué lado he de correr⁶⁶.

Carlos de Foucauld, contemplando el pasaje del cuarto evangelio: «El amigo del esposo que está con él y le escucha se regocija de oír su voz» (Jn 3,29), escribe:

¿No debo yo decir estas palabras, Dios mío, Señor mío Jesús, cada vez que oigo cualquier texto de los libros inspirados... y añadir: Por tanto, en este momento mi felicidad es completa?⁶⁷.

Se trata, en fin, de una lectura gozosa y «ardorosa», que «caldea» el corazón. Es cuanto aconteció a los discípulos de Emaús,

⁶⁴ *Meditaciones sobre los Cantares I*, 9. En *Obras Completas de Santa Teresa* (transcripción, introducciones y notas de los P. P. E. de la Madre de Dios-O. Steggink), Madrid 1962, 324.

⁶⁵ *Libro de la Vida*, 37, 4. En *Obras Completas de Santa Teresa...*, 156-157.

⁶⁶ Manuscrito C, X, II, 42.

⁶⁷ *Contemplation, Textes inédits*, París 1969, 87.

quienes reconocían: «¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24,32).

Sus «corazones arden –*kardia kaiomene*–», inflamados por una llama o un fuego. ¿Qué fuego es éste sino el fuego del Espíritu Santo que encendió a toda la Iglesia en Pentecostés, el Unico que nos hace saborear la honda dulzura de la Biblia y que nos capacita para comunicarla como lenguas de fuego? (Hch 2).

6. Llevar la Biblia a la vida

Carlos Mesters ha acuñado una sugerente expresión: la Biblia es una semilla que sólo germina en el surco de la vida⁶⁸. Todo cuanto se diga y se enfatice al respecto resulta insuficiente, a fin de afianzar la más profunda verdad, que ya ha ido apareciendo en prácticamente todos los capítulos: ¡La Biblia es el libro de la vida y sólo tiene sentido su lectura cuando se lleva a la vida y a la historia, y es capaz de generar más vida!

La condición indispensable que permite entender adecuadamente la profundidad de la Palabra es vivirla, convertirse a ella. Si la Biblia es «historia de salvación», la conversión del creyente señala la realización de esta historia salvífica:

La Palabra está cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica (Dt 30,14).

El Espíritu Santo, que está en el origen del texto inspirado y que acompaña todo el proceso de lectura, sigue siendo el mismo que ilumina y empuja al creyente a dar el paso decisivo de la conversión y a cumplir la voluntad de Dios.

Jesús avisa sobre la identidad de los verdaderos discípulos. No basta con invocarle, ni profetizar en su nombre, ni expulsar demonios, ni haber hecho muchos milagros –entre otros el milagro de leer la Biblia–; es preciso oír sus palabras y llevarlas a la vida, cumplirlas. De lo contrario, el discípulo se comporta como un

⁶⁸ Lo repite con frecuencia en sus escritos. Se ha convertido en frase-lema de su interpretación bíblica. Véase *Introdução Geral aos Círculos Bíblicos*, Petropolis 1985, 5. 7. 16...

necio e insensato, edifica su vida sobre las movedizas bases de la arena. La interpelación no puede ser más clara ni contundente. Su recomendación se sitúa en lugar estratégico, al final del sermón del monte o proclamación del Reino de Dios que Jesús presenta, como su clave de comprensión:

Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y embistieron contra aquella casa; pero no cayó, porque estaba cimentada sobre roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina (Mt 7,24-27).

Recogemos de san Agustín unas palabras que insisten en la necesidad de encontrar dentro de la Biblia su más aquilatada esencia —o quintaesencia—: el amor a Dios y al prójimo. Toda lectura debe llevar a la inteligencia más profunda y práctica de este amor. Si no lo consigue, esa pretendida lectura se malogra:

La idea fundamental es comprender que el cumplimiento y el fin de la Ley, como de todas las Escrituras, es el Amor (Rm 13,10; 1 Tm 1,5)... Toda la historia de la salvación tiene el objetivo de hacernos conocer este amor, y también de hacer posible este amor⁶⁹.

Si alguien cree haber entendido las divinas Escrituras o alguna de sus partes de tal manera que no edifique con la inteligencia el amor a Dios y al prójimo, no ha entendido nada⁷⁰.

San Juan de Ávila asimismo avisaba:

Sí, me place —el estudio de la Sagrada Escritura—, pero a condición de que, a ejemplo de Cristo, de quien se dice que se dedicó más a la oración que a la lectura (Mt 14,23; 19,13; Mc 1,35), no descuiden el ejercicio de la oración, ni se entreguen al estudio sólo para saber cómo han de hablar, sino más bien, para practicar lo que han escuchado, y practicándolo, lo propongan a los demás para que lo pongan en práctica⁷¹.

⁶⁹ *De doctrina christiana*, I, 35; PL 34, 34.

⁷⁰ *De doctrina christiana* I, 36; PL 34, 34.

⁷¹ Texto citado por M. Orge *La lectura de la Biblia que ha inspirado la vida religiosa*: Vida Religiosa 56 (1984) 94.

Tomás de Celano, al describir el encuentro de Francisco con la Palabra de Dios en la Porciúncula, declara:

Rebosando de alegría, se apresuró inmediatamente a cumplir la doctrina saludable que acaba de escuchar; no admite dilación alguna en comenzar a cumplir con devoción lo que ha oído... Pues nunca fue oyente sordo del Evangelio, sino que, confiando a su feliz memoria cuanto oía, procuraba cumplirlo a la letra sin tardanza⁷².

Toda lectura de la Palabra cierra perfectamente su ciclo vital, cuando conduce efectivamente al cumplimiento fiel de la voluntad de Dios en ella expresada. Sólo entonces puede entender el lector creyente la bienaventuranza entusiasmante del Señor, que dirige a María, su madre y madre nuestra, y a quienes nos esmeramos por seguir su ejemplo: «Dichosos los que escuchan la Palabra del Señor y la cumplen» (Lc 11,28).

⁷² Celano. *Vida primera*, 22. En *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época* (edición preparada por J. A. Guerra), Madrid 1978, 155.

IX

Práctica de la *lectio divina* en grupo

¡Ya es hora de ponerse en camino y actuar!

El ámbito idóneo para el ejercicio de la *lectio divina* es el grupo, en cuyo seno la Palabra resuena de una manera más eficaz. El grupo de los creyentes que proclama y escucha la Biblia es expresión de la Iglesia: «Dichoso el que lee y los que guardan las palabras de esta profecía» (Ap 1,3). Esta Palabra de Dios impulsa a vivir según las enseñanzas de Jesús y a prolongar su presencia en medio del mundo, como discípulos y testigos suyos.

En el grupo nadie se encuentra solo, sino acompañado. Juntos vamos haciendo «camino al andar», compartimos con gozo nuestros avances y nos echamos una mano solidaria en nuestros cansancios¹.

Hay que conseguir en este capítulo, tan breve pero tan denso de sugerencias, ser muy prácticos y concretos. La redacción incluso adopta la forma de sucintos párrafos, lejos de toda prolija complicación, con un estilo literario casi telegráfico a fin de que éstos sean más fácilmente captados y tenidos en cuenta.

También asume deliberadamente un tono coloquial. Me dirijo al lector en segunda persona, a quien siento cercano compañero de camino y le cuento lo que la praxis de la *lectio* me ha ido enseñando con la experiencia acumulada de bastantes años

¹ Interesantes aportaciones en P. Giordano Cabra, *Lectio divina. Considerazioni pratiche per le persone molto attive e molto occupate*: *Vita Consacrata* 39 (2003/6) 563-583.

y la riqueza de distintas latitudes. Hasta gramaticalmente empleo la segunda persona. Hablo, en fin, como un hermano a otro hermano.

Todo está ya a punto. ¡Comencemos, sin más dilaciones, la realización de la *lectio divina*! Contiene el capítulo estas tres partes. La primera enumera algunos consejos prácticos: son guías y señales luminosas para el largo itinerario. La segunda parte presenta los decisivos inicios del encuentro, a fin de crear en el grupo un clima espiritual de acogida a la Palabra. La tercera ofrece el ejercicio, paso a paso y con toda fidelidad, de la *lectio divina*.

Primera Parte

Algunos consejos prácticos

Un espacio y un tiempo acogedores. Busca un lugar y un tiempo que beneficien el encuentro con la Palabra. Elige un sitio recogido, lo más posible ajeno a ruidos molestos. También un tiempo de paz, libre de prisas, que permita evitar ese molesto tener que mirar de continuo al reloj de la muñeca o al reloj agobiante del corazón. Un lugar sosegado en donde puedas estar gozando de la Palabra del Señor y compartiendo con los hermanos en calma y solaz, tanto exterior como interior.

La ambientación. Importa mucho el ambiente; sírvete de un entorno sencillo y sobrio, no recargado. Puede ayudarte la presencia discreta de algunos signos evocadores: una Biblia abierta puesta encima de la mesa, una vela que recuerda la luz de la Palabra de Dios que guía nuestra vida... El grupo puede formar un corro en torno a la Palabra, que ha de erigirse en alma, centro y protagonista viviente de nuestro encuentro.

Un texto bíblico uniforme. Para el ejercicio de la *lectio* en grupo conviene emplear un texto bíblico similar. No es aconsejable que cada uno lleve su Biblia, puesto que las traducciones son distintas y esta diversidad puede ocasionar, en no pocos casos, discusiones de tipo académico no recomendables. Hoy resulta muy fácil sacar de Internet el texto litúrgico de la Iglesia y pasarlo a los demás a través de fotocopias. De esta manera habrá a disposición de todos una sola versión, y el grupo sabrá a qué atenerse.

Armonía y claridad del texto. Es de gran ayuda que el texto bíblico se presente bien estructurado y organizado. No una página colmada con demasiadas lecturas, abigarrada y confusa. Un texto ordenado constituye la primera ayuda para su más fácil lectura, mejor meditación y honda comprensión. Conozco alguna comunidad de religiosas que convierten esta primera parte de la *lectio divina* en una demostración de amor a la Palabra. Escriben de su puño y letra el texto bíblico en un folio con parsimonia, esmero y primor; hacen una escritura que es verdaderamente una maravilla; se asemeja por su pulcritud a una página miniada, preciosa. Ya el hecho material de escribir se transfigura en oración manual. Fray M^a Rafael, quien gustaba mucho de orar escribiendo, confesaba: «mi oración, Señor, se me derrama en el papel por la punta de mi pluma».

Un responsable. Es necesario que alguien se encargue de la marcha del grupo, alguien que el grupo delegue. Esta persona debe dirigir la reunión: marcar el tiempo y el ritmo que se dedique a los diversos pasos, y hacerlo con sencillez, sin imposiciones. De lo contrario el grupo, acéfalo, puede discurrir de manera extraña, se pierde en discusiones y debates bíblicos, interesantes en otro momento, pero que no tienen nada que ver con el encuentro orante y comunitario con la Palabra².

La lectio es clave fundamental. La *lectio* o lectura representa el primer peldaño de la escala, y asume una decisiva importancia. Este cometido afecta tanto al responsable como al grupo.

Al responsable corresponde la aclaración del pasaje bíblico; debe dar una sucinta explicación que consiga hacer apreciar el contenido literario-teológico del pasaje, resaltar las ideas fuerza, mostrar su estructura, situar el texto en el contexto; debe orientar la estrategia de su lectura y las posibles vías de interpretación. No se trata de impartir una clase de exégesis, pura y dura, sino

² C. Mesters ofrece su aquilatada experiencia para el buen funcionamiento de los círculos bíblicos. Entre sus múltiples consejos dados al dirigente, he aquí dos. El primero: *seja uma pessoa simpática, não uma pessoa fechada e carrancuda*. Y el segundo: *Deve lembrar-se sempre de que não é um ditador. Ela não é o dono de Círculo. Procura exercer o seu papel com amabilidade, colocando as pessoas à vontade, para que não fiquem inibidas* (C. Mesters, *Introdução geral aos Círculos Bíblicos*, Petrópolis 1985, 33-34).

de una iluminación ungida y sencilla del texto, que permita luego ser meditado y orado con más facilidad.

También ayuda –y no es éste un ejercicio manual que deba ser preterido por insignificante– que cada uno de los componentes vaya subrayando con lápiz o bolígrafo las frases más importantes, los verbos que se repiten, los sujetos... Este ejercicio logra ir destacando el relieve de un texto que antes aparecía de forma plana, sin una especial expresividad.

La lectio divina en mutirão

Como gratitud a un pueblo que tanto ama la Biblia, escribo esta original expresión. *Mutirão* es palabra portuguesa, pero que no se halla registrada en el diccionario portugués. La aprendí en los círculos bíblicos de Brasil, de donde es oriunda. Se aplica a la lectura y comentario que se hace en común de la Biblia. Toma su origen de la construcción de una casa. En una nación tan inmensa se asiste a la triste realidad de «los sin tierra y sin casa». Para levantar una casa todos son precisos: las mujeres van con un cubo a buscar agua, los niños acercan los ladrillos, unos hacen mezcla, los más expertos alzan las paredes... Así es la práctica de la *lectio divina*: todos y cada uno somos necesarios, tenemos el deber fraterno de prestar nuestro servicio aunque resulte difícil esta puesta en común de la resonancias de la Palabra o *collatio*.

Compartir es un acto de caridad y construye la comunidad cristiana. Conviene insistir en este punto, pues suele costar a algunos y a veces se producen celos y desconfianzas. No vale aislarse ni mantenerse en silencio, que en este caso no resulta nada elocuente ni obsequioso, sino molesto. Hay que ofrecer para la construcción de la comunidad la pequeña limosna de «dos reales», como hizo la pobre viuda del evangelio. Sin la contribución generosa de cada uno –por más que se piense que es insignificante, y que casi no merece la pena compartir– no existe ejercicio concreto ni puede haber fruto de *lectio divina*. No se reclama una comunicación sabia o instruida; sólo se pide que brote de un corazón sincero, que ora con fe ante la Palabra de Dios. ¿Por qué privar al grupo de la dignidad de mi pobreza, cuando Dios mira siempre, como hizo con María, a un corazón pobre y humilde?

Diálogo. Saquemos juego o jugo a las palabras. Hoy que tanto se habla de diálogo, pues el diálogo consiste en esto tan simple como: «di algo». Si «tú eres parte, pon tu parte y participa» en la construcción.

Abrirse lealmente al otro. He de estar atento y sensible a la palabra del otro, porque Dios me habla a través de los hermanos con quienes comparto la *lectio*. Su palabra se convierte en humilde sacramento de su poderosa gracia. Hay que dar oportunidad al hermano para que hable, y también permitir un tiempo de acogida a su palabra. Intercalar unas pausas de atención entre uno y otro, a fin de acoger con fruto su intervención. No puedo ir a la reunión pensando exclusivamente en mis ideas y en mi bien espiritual e interpretación personal. La cerrazón y el enquistamiento bloquean la comunicación y malogran la comunidad. La riqueza proviene de la viva diversidad de personas que integran el grupo.

La comunión exige la comunicación. Así lo describe magistralmente Carlo M^a Martini, en quien nos apoyamos : «Ante todo debemos comunicarnos entre nosotros la Palabra de Dios. Con la Palabra y en la Palabra nos edificamos mutuamente, comunicándonos las respectivas reacciones y resonancia suscitadas por el Espíritu. La Palabra de Dios nos pide humildemente que nos convirtamos en un mutuo don entre nosotros»³. En este ejercicio fraterno de la *lectio* compartida, se cumple perfectamente la exhortación de Pablo: «Que la palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecidos himnos y cánticos inspirados» (Col 3,16).

Intimidad y fraternidad son dos cosas distintas

Somos todos discípulos de Jesús; él nos ha llamado a compartir su vida y nosotros lo seguimos con lealtad. Es preciso distinguir entre intimidad y fraternidad. Son dos niveles diversos.

La intimidad es un derecho personal, inviolable, sagrado. Es un tesoro del alma que cada uno puede compartir con el que quiera y se sienta afín. «La intimidad es una zona espiritual reserva-

³ *En el principio la Palabra*, Santa Fe de Bogotá ²1991, 61.

da de una persona» (*Diccionario de la Real Academia Española*). Nadie puede obligar a comunicar la intimidad personal. Se la contamos al Señor –con frase de san Agustín: «*Deus intimior intimo meo*, Dios es más íntimo que mi misma intimidad»– y a alguien más solo *in camera caritatis*...

La fraternidad es un don que es preciso construir. Estamos convocados para vivir juntos. Es un derecho y también un deber compartir nuestra vida de fe con sencillez y respeto. Caminamos con Jesús y seguimos su ejemplo; él fue el primero en contarnos los secretos del Padre: «A vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15,15). Él está en medio de nosotros como el que sirve (Lc 22,27), se arrodilla y nos lava los pies. Nos da su Palabra que nos purifica (Jn 13,1-15).

Compartir la Palabra de Dios es un servicio a los hermanos. Somos compañeros, comemos el mismo pan –*cum panio*–. Somos compañeros en un sentido mucho más profundo, porque compartimos el pan partido que es el Señor, quien por nosotros se entregó todo entero (Mc 14,22-25). Queremos hacer lo que él hizo. Compartir la Palabra significa también celebrar una eucaristía o realizar la fracción del pan: lo estamos rompiendo y dando a los demás. Somos responsables con nuestra palabra de velar por nuestros hermanos. No se trata de confesarse delante de los demás. Ni de «desnudarse» espiritualmente, sino de comunicar la respuesta que en nosotros suscita la Palabra del Señor: acción de gracias, alabanza, perdón... Este clima de simplicidad reclama el desarme pacífico de toda actitud polémica o reivindicativa. No venimos a discutir. La fraternidad es signo del Reino de Dios entre nosotros; se expresa en el compartir con toda humildad, pero también con toda generosidad, nuestra vida de fe.

Una larga paciencia. Es preciso ser tolerantes. Hay que dar tiempo al tiempo. Respetar el ritmo de crecimiento de la semilla en cada uno de nosotros y en el grupo. Este proceso debe ser lento, a fin de permitir que la Palabra de Dios vaya actuando en las zonas más profundas de nuestra vida, mediante una labor de impregnación que cala muy despacio y poco a poco. ¿De qué sirve tirar violentamente de la planta que aún está tierna? Ya se llegará a esa comunicación gozosa de las vivencias.

La libertad de los hijos de Dios. No es bueno acudir a la reunión de la Palabra con la coraza o camisa de fuerza de la metodología que nos coacciona. Al principio se practican los pasos de forma rígida, luego el grupo empieza a caminar. Cada grupo es dueño y señor de su método. Conozco grupos que se atienen a los cuatro pasos; otros hacen hasta ocho; otros, en fin, realizan prácticamente dos: la lectura en relieve y una oración que brota como eco de la Palabra, tomando un verso de la lectura acompañado de una súplica. Conviene dejar libre la creatividad que el Espíritu Santo, alma del grupo orante de la Palabra, promueve. Una revisión periódica ayuda a ir encontrando el ritmo y el rumbo de la *lectio divina*.

Sencillez y sinceridad de corazón. No complicarse mucho la vida. No perderse entre los pasos ni extraviarse con las técnicas. Este método busca simplemente encontrarse con el Señor, que nos habla con su Palabra. Es suficiente con esto (¡y ya es tanto!): ser sinceros y pobres de espíritu delante de Dios y de los hermanos: abrírnos al Señor desde la conciencia sentida de nuestra miseria bien concreta, desde la sentida nostalgia de su presencia, desde el noble deseo de escuchar a los hermanos... Antes de acudir a la reunión de la *lectio divina*, el Señor ya hace posible nuestro encuentro. Si nosotros tenemos ilusión, él muchísimo más: arde en ansias por encontrarse con nosotros como un Padre con sus hijos.

La lectio, aguijón para comprometernos con el estudio de la Biblia. Hoy se asiste a un déficit notable de formación bíblica. Vamos creciendo, pero nuestro crecimiento biológico no se acompaña con el empeño por leer y formarse en la Biblia. ¿Qué tiempo hace que no leímos un sólido comentario a la Biblia? Más de uno tendría que ruborizarse si fuera sincero en su respuesta. A algunos se les cae la Biblia de las manos porque no la estudian, se les quedó convertida en un primitivo libro de fábulas piadosas y de milagros. La *lectio divina* actúa de eficaz acicate para entrar en el complejo pero fascinante mundo de la Biblia, sirviéndonos de buenos comentarios que nos esclarecen tantos enigmas y nos ayudan a desentrañar con más provecho su profundo mensaje.

Frase-consigna. Palabra de vida. Es sumamente eficaz quedarse con una frase o una palabra, que actúa a manera de resorte y

recordatorio, para ser rumiada durante el día. Hay que permitir que esa frase baje a la hondura del corazón y allí germine; que no se olvide ni quede expuesta en la superficie donde fácilmente los pájaros y los ruidos se la comen. No se puede ni barruntar la prodigiosa fecundidad de esta costumbre hasta que no se realiza.

Respuesta cordial a la Palabra de Dios. Hay que huir de lo académico. Que no se convierta el encuentro en una clase de exégesis, ni en charla bíblica, ni en ocasión para brindar consejos espirituales a los demás, ni en minúsculas homilías. Que nuestra intervención brote de forma transparente de la profundidad del corazón, que ha sido tocado por la gracia de la Palabra de Dios. Éstas serían las tres características requeridas: que nazca del corazón, que sea una expresión honda (no superficial) y que se diga de manera llana sin alardes de ciencia o presunción de vanidad.

Celebrar la Palabra. Que no sea nuestro encuentro «cerebración» –de cerebro– sino que se convierta en gozo compartido ante la Palabra del Señor que nos salva. Sirven en este contexto algunas señales: la entronización de la Palabra, también la adoración de la Palabra con el incienso... El grupo deber ser creativo en la manifestación cordial de su celebración comunitaria. Para expresar nuestra alegría creyente con frecuencia las palabras se quedan cortas. Hay que pasar a otro grado superior de comunicación: la música. Ayuda mucho cierto tipo de cantos que presentan una honda cadencia, al estilo de Taizé, ciertas antífonas breves pero enjundiosas, que se repiten anafóricamente.

La lectio divina es un banquete entre todos. Hay que disponer la mesa y las viandas: preparar y prepararse. No se puede delegar esta labor en el dirigente omnipresente y superactivo. No se debe acudir a la *lectio divina* sin un trabajo previo. Es preciso haber leído, orado y estudiado antes las lecturas, aunque sólo sea ligeramente. Nunca he de ir a que me lo den ya todo hecho. La *lectio divina* es comida que entre todos preparamos y comemos. Hay que acudir con hambre sentida por escuchar la Palabra de Dios y de los hermanos, y con la pronta disposición de dar generosamente lo que el Señor me sugiere. De todos y de cada uno depende la calidad y bondad de este banquete.

Defender el derecho a la lectio. Aunque se levanten múltiples cantos de sirena, por más que surja el cansancio y parezca que no

se perciben los frutos ansiados. Defender la *lectio* significa proteger contra viento y marea el tiempo asignado. Bástenos tener en cuenta esta recomendación, que deber ser ejecutada con tesón: *Questo tempo va difeso con i denti, accanitamente, ferocemente. La forza del mondo è tale che occorre un antidoto forte e costante per resistere e contrattare*⁴.

El evangelio ante todo. Importa mucho subrayar la dimensión kerigmática del texto bíblico: la Buena Nueva de la salvación. Es necesario recordar —o pasar por el corazón— y celebrar quién es Dios y cómo actúa en nuestra historia de la salvación, reconocer su grandeza y misericordia —como hace María en el Magníficat—. Es preciso llenarse de la fuerza creadora de la Palabra de Dios. Después —y sólo como consecuencia— hay que pasar al imperativo, al compromiso y a la aplicación efectiva.

Pon una valla en torno a la Torá. Es ésta una sentencia literal de *Abbot*, de la Misná judía. Sigue haciendo falta levantar un muro de protección frente a toda brusca irrupción que nos acomete y al activismo desasosegante que nos desvitaliza. Nos hallamos agobiados por la obsesiva presencia de los *mass media* que nos erosiona día y noche. La «*mens mundi* o mentalidad mundana» va invadiendo paulatinamente la *mens Dei*, a la que debiéramos todos con vehemencia aspirar. La práctica de la *lectio* permite una escucha religiosa de la Palabra, una familiaridad orante con la Palabra, para realizar lo que pedía el Señor a Marta, el «*unum necessarium*: Marta, Marta, te preocupas —verbo *merimnao*— y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada» (Lc 10,41-42).

La misión es el fruto maduro de la lectio divina. Hasta aquí es preciso llegar y desembocar. Una planta florece en fruto, no en hojas. Si no, la cosecha es en vano, y el camino no conduce a ninguna meta. El fruto que corona todo el proceso de crecimiento de la semilla de la Palabra de Dios es la acción misionera. Aquí está la culminación. Hay que indicar que la *lectio divina* y la misión

⁴ P. Giordano Cabra, *Lectio divina. Considerazioni pratiche per le persone molto attive e molto occupate: Vita Consacrata* 39 (2003/6) 578.

no son dos caminos paralelos. No leemos la Escritura para sacar energía y poder así cumplir lo que hemos decidido. Más bien, leemos y meditamos para que broten en nuestro interior las respuestas justas y las acompañe la fuerza consoladora del Espíritu Santo. No se trata, como con frecuencia pensamos, de orar más para actuar mejor, sino de orar más para entender qué debemos hacer y poder llevarlo a la práctica a partir del poder que el Espíritu Santo pone en nosotros. ¡La verdadera respuesta a la llamada de Dios, que la *lectio* promueve, viene siempre revestida de la fuerza divina para ser llevada a cabo!

¿Merece la pena la *lectio* divina? Hay que responder que sí, absolutamente sí. Aunque sólo sea por estas pocas –pocas veces lo poco ha significado tanto– razones:

- Por congregarnos en torno a la Palabra, y escuchar la voz de nuestro Dios Trinidad, Familia santa que nos habla y prolonga en nosotros su comunión, hecha a su viva imagen y semejanza.
- Por el hecho de leer la Palabra, orarla y compartirla, acoger su consuelo y su luz. Saber que somos hermanos, comunidad creada por la Palabra; sentir nuestra identidad de Iglesia que se reúne y compartir con los hermanos en su más profunda dimensión de creyentes. No en sus aficiones políticas, intelectuales o deportivas... –que se convierten en la materia prima de la que solemos nutrir nuestras conversaciones–.
- Por conocer mejor la Biblia. Sólo se ama lo que se conoce. La Biblia, leída y orada, «engancha». Ya no se escapa de ella, sino leyéndola más a menudo, estudiándola más profundamente y orándola con más fe. Entonces la Palabra de Dios nos agarra con su atracción y encadena con su poder como a los profetas, como a Pablo: nos hace sus siervos.
- Para preparar con más dignidad la celebración del domingo. La *lectio divina* revitaliza nuestra liturgia dominical, culmen y fuente de nuestra vida de fe.
- Para encontrar un oasis de paz en la presencia del Señor que nos habla, descanso profundo y restaurador en medio de un ritmo de vida a menudo frenético. Hacemos caso a su llamada: «venid a descansar un poco...» (cf. Mc 6,31).

- Para cumplir con fidelidad nuestra misión: servidores de la Palabra. Nos es menester conocer, amar, orar y compartir la Biblia; ser evangelizados por ella a fin de convertirnos en evangelizadores idóneos de la Palabra de Dios para nuestros hermanos.
- Por realismo. Resulta imposible ser misionero de la Palabra sin encontrar un «lugar solitario», como procuraba Jesús (Lc 5,16), en donde escuchar la voz de Dios y mantener con él un vivo diálogo.

Segunda Parte

Disposición espiritual

Urge preparar, crear el ambiente espiritual, ir caldeando el corazón. ¿Quién mejor que el Espíritu Santo con su fuego?

Se requieren unos minutos de silencio. El responsable debe propiciar ese recogimiento indispensable. No se trata de una simple reunión comunitaria de planificación y revisión.

Se trata, sobre todo, de avivar nuestra fe. ¡Es el Señor quien nos visita con su Palabra, para tratar amorosamente con nosotros, como un Padre con sus hijos! ¡También nos habla, mediante la palabra de los hermanos, para sentirnos Iglesia!

Esta oración no es un lujo para acicalar nuestra práctica, un paso entre otros pasos, sino ferviente súplica del todo punto necesaria. Ante la Palabra de Dios que vamos a leer e interiorizar, hemos de caer en la cuenta de nuestro alejamiento de Dios: la tremenda distancia que hemos levantado entre sus apremiantes llamadas y el foso actual de nuestra mentira existencial. Por eso, necesitamos orar con humildad para encontrar la luz de la voluntad de Dios y su fuerza.

Es preciso, ante todo, la invocación al Espíritu Santo. Si yo pudiera subrayar la más esencial recomendación en orden a una efectiva, cristiana y eclesial práctica de la *lectio* insistiría, sin duda, en ésta: la *epiclesis* al Espíritu Santo.

Siempre, antes de comenzar la lectura, ora al Espíritu Santo con toda sinceridad, con la más firme certidumbre de ser escuchado a

fin de que venga sobre ti y sobre todo el grupo reunido, como vino sobre María, nuestra madre, en la Anunciación, y sobre toda la Iglesia con ella reunida en Pentecostés. La Virgen, siendo virgen, concibió y dio a luz a Jesús gracias al Espíritu Santo. La comunidad cristiana primitiva vivía con las puertas cerradas por miedo a los judíos, pero fue invadida por el fuego del Espíritu y dio valiente testimonio de la Palabra hasta los confines del mundo.

Que el Espíritu te ilumine, te fortifique, te guíe y te consuele; que revele y encarne en ti el gran misterio de Cristo, presente en su Palabra.

Sólo él puede caldear nuestro mezuquino corazón *—las ascuas encendidas del Espíritu—* y realizar el fecundo milagro de la encarnación de la Palabra en nuestra vida, tal como lo cumplió admirablemente en María, nuestra madre.

Disponemos por fortuna de diversas oraciones al Espíritu Santo. Podemos servirnos de las dos secuencias de la liturgia: *Veni, Creator Spiritus; Veni, Sancte Spiritus...* Contamos con una serie abundante de cantos de invocación al Espíritu Santo. Aprovechemos también maravillosas súplicas. Entre las muchas que existen, podemos rezar algunas de estas tres oraciones-exhortaciones para pedir luz ante la Palabra de Dios.

Pide con insistencia a Dios que ilumine los ojos de tu inteligencia y de tu alma, para ser capaz de percibir la fuerza íntima escondida en las palabras del Señor. Después, ponte en pie, toma el santo Evangelio en tus manos, bésalo, réclínalo afectuosamente sobre tus ojos y sobre tu corazón, y, lleno de sagrado respeto, ruega así: «¡Oh Cristo, Señor nuestro!, yo, que soy tan indigno, te tengo en mis manos impuras por medio de tu santo Evangelio. Dime, te ruego, palabras de vida y de consuelo por la boca y la lengua de tu santo Evangelio. Dame la gracia de escucharlo con oídos interiores y renovados, y de cantar tu gloria con la lengua del Espíritu Santo. Amén». Después, lee el Evangelio de pie⁵.

¡Oh Señor Jesús!, yo no te pido ninguna otra recompensa, ninguna otra felicidad, ninguna otra alegría sino la de comprender puramente, sin error alguno, debido a la falsa especu-

⁵ Yussef Busnaia, autor siríaco entre el siglo IX y X. Citado por J. Loew, *La prière à l'école des grands Priants*, París 1975, 181.

lación, tus palabras, inspiradas por tu Santo Espíritu. Ésta es, en efecto, la cumbre de mi felicidad y el fin de la contemplación perfecta. Porque, más allá de ella, la razón más pura no encontrará nada, no habiendo nada más allá. Como no se te busca en ninguna parte tan convenientemente como en tus palabras, así tampoco se te encontrará en ninguna otra parte tan claramente como en ellas. Es en ellas donde tú habitas y donde tú introduces a los que te buscan y te aman. Es en ellas donde tú preparas a tus elegidos el festín espiritual del conocimiento verdadero. Es en ellas donde, pasando por delante, tú les sirves⁶.

¡Estremecerse ante sus palabras! Es la fe humilde que adora, tiembla de respeto y se abre de par en par a la Palabra de Dios, «doblando las rodillas del corazón»; es la pobreza de espíritu que se conmociona y vibra de gozo ante ella, porque sólo de ella espera el don de Dios y la salvación; es la pureza y simplicidad de corazón que, dejando de lado cualquier curiosidad, especulación o rentabilidad intelectuales y toda pretensión de acomodarla y manipularla en vez de someterse sencillamente a ella, no busca otra cosa sino que el Señor le abra los ojos del corazón para conocer su voluntad y cumplirla⁷.

Tercera Parte

Ejercicio concreto de la *lectio divina*

He aquí, por fin, el método que puede ayudarnos eficazmente a leer la Biblia como Palabra y Fuerza de Dios, y ungir con entusiasmo nuestra fraternidad y nuestra misión evangelizadora.

Te presento un itinerario de los pasos metodológicos de la *lectio divina*, realizada a partir de las propuestas de los autores actuales que han escrito más profundamente sobre el tema —entre otros: C. M^a Martini, E. Bianchi, M. Magrassi, G. Zevini, etc.—. No es resumen apretado de sus propuestas, sino síntesis personal. Ya verás que son pasos muy simplificados. Cuanto más claros y sencillos, más operativos.

⁶ Juan Scoto Eriúgena, *De divisione naturae*, 5; PL 122, 1.010 C.

⁷ M. Orge, misionero claretiano, profesor de Sagrada Escritura (+27-5-1991, en Granada).

1. Lectura (*lectio*). Lo que el texto dice

Consiste en leer y releer el texto.

Toma un fragmento de la Escritura, una perícopa. Puedes leer los textos de la liturgia de la Eucaristía de cada día, en comunión con la vida de la Iglesia. Mejor es seguir el ritmo de la liturgia, o también la lectura de un libro de forma continuada, que no leer improvisadamente, al azar. Lo ideal es preparar, sobre todo, las lecturas del domingo, para que nuestra práctica desemboque en la cumbre de la fe de la Iglesia: la Eucaristía.

Lee el texto con atención, sin prisas. Ábrete a su novedad como si lo leyeras por vez primera. Busca la maravilla de su lenguaje —el estilo bíblico es rico y variado: salmo, historia, carta, parábola—. Descubre sus recursos literarios, las acciones, los verbos, los sujetos, el ambiente descrito, su mensaje. Recréate en su belleza y encanto. No creas que pierdes el tiempo. La Palabra de Dios se ha hecho palabra humana. Sólo, a través de la contemplación de esta palabra encarnada, podremos escuchar la voz de Dios.

Esta lectura detenida produce un conocimiento sorprendente del texto por la multiplicidad de aspectos nuevos que se pueden detectar. Nunca se ponderará suficientemente la fuerza iluminadora que posee la lectura reflexiva de la Palabra. Nosotros, por la insana inercia de la costumbre, normalmente no «leemos con atención la Palabra», sino que la sobrevolamos; pensamos que ya la conocemos casi de memoria. La energía de la Palabra, entonces, no nos penetra ni nos impregna íntimamente; nos resbala y lamentablemente se queda en algo externo, sin capacidad real de transformación.

Lee también los lugares paralelos que cualquier Biblia te ofrece, ayúdate de algunos instrumentos exegéticos, algún diccionario bíblico, comentarios patrísticos, espirituales, para entender adecuadamente, en profundidad y en extensión, lo que el texto de la Escritura dice en sí. De esta manera podrás evitar los dos grandes peligros que hoy nos acechan: el fundamentalismo, que consiste en interpretar la Biblia al pie de la letra; y el espiritualismo desencarnado: pensar que Dios me habla al instante y sin mediaciones humanas ni un previo discernimiento. Pero no cai-

gas en la acumulación erudita de datos. No es una clase de exégesis lo que estás haciendo. Lee despacio, tratando de imprimir en el corazón lo que dice el texto. Es Dios quien, con su palabra encarnada, te habla y te interpela.

2. Meditación (*meditatio*). Lo que el texto me dice

¿En qué momento se debe pasar de la lectura a la meditación? Es difícil delimitarlo. Permite que lo leído baje hasta el corazón y encuentre en él un centro de acogida donde pueda resonar con todas las vibraciones posibles. Dale calor a la Palabra. Hay que comer, asimilar ese alimento porque es palabra «viva», que da «vida» y nutre la fe. No es cuestión de meditarla fríamente con el cerebro, sino de permitir que descienda a la hondura de nuestro espíritu. Hay que emplear el método que usaba María, nuestra madre (Lc 2,19). Se trata de una «rumia» –*ruminatio*– que hace posible que la Palabra vaya calando dentro, hasta quedar del todo hecha carne propia. Es repetir la vivencia del profeta (Ez 3,1-3) y del vidente del Apocalipsis (10,8-11). Por favor, no te pierdas en un exceso de psicologismo o complicados mecanismos de introyección. Déjate, más bien, seducir por la Palabra. Sigue sus hondos impulsos. Es Dios mismo quien te atrae y te habla al corazón. Quédate con algún verso o frase.

3. Oración (*oratio*). Lo que yo digo a Dios y lo que Dios me dice a partir del texto

Habla, Señor, que tu siervo escucha

Habla ahora a Dios. La oración es la respuesta a las sugerencias e inspiraciones, al mensaje que Dios te ha dirigido en su Palabra. Ora con sinceridad, con confianza, sin caer en la charlatanería espiritual. Orar es permitir que la Palabra, acogida en el corazón, se exprese con los sentimientos que ella misma suscita: acción de gracias, alabanza, adoración, súplica, arrepentimiento... Deja libre tu capacidad creativa, tocada y potenciada por la gracia de la Palabra. El corazón habla directamente a Dios con palabras sencillas, o con un silencio lleno de amor. Es el momento de la celebración personal y comunitaria.

Sobre todo, deja hablar a Dios, nuestro Padre (*Dei Verbum*, 21). No se trata de una experiencia de gracias místicas extraordinarias: arrobamiento o trance extático. Es entrar directamente en una relación de fe y de amor con el Dios de la verdad y de la vida que en Cristo se nos ha revelado. Basta dejarse mirar por Dios —«mirar que Él nos mira», como complacía a santa Teresa de Jesús—, y admirar su grandeza. Es quedarse en contemplación gozosa ante su presencia buena, ante el misterio de Dios-Santísima Trinidad, ante el designio de su voluntad que quiere que todos los hombres se salven. Es inclinarse en la adoración del misterio de Dios y llegar a reconocerle y confesarle: «Padre nuestro, santificado sea tu nombre». Consiste en dejarse llevar por Dios y saborear la ternura infinita de su amor.

4. Acción misionera (*actio*). Hágase en mí según tu palabra

Todo encuentro con el Señor de la vida, presente en su Palabra, culmina en la misión. Así acontece fielmente en los encuentros del Resucitado con sus discípulos (Mt 28,19-20; Mc 16,15-18; Lc 24,46-49; Jn 20,23). Hay que cumplir la Palabra, para no ser condenado por ella. La Palabra es semilla que no puede quedarse encerrada infecunda en la intimidad, sino que crece, se desarrolla y da fruto (Mc 4,26-29). La Palabra, si se han hecho con sinceridad los pasos anteriores, posee luz suficiente para iluminar nuestra vida, y fuerza para ser llevada a la práctica. El fruto esencial de la Palabra es la caridad: la caridad que nos urge y empuja a la evangelización universal, al cuidado solícito de nuestros hermanos más pobres y necesitados. Deberíamos acabar pronunciando las palabras de la entrega misionera del profeta ante el Señor, que solicita nuestra colaboración: «Aquí estoy, envíame» (Is 6,8).

Hay que desconfiar de todo compromiso apostólico que no esté enraizado en la fe, en una fe alimentada por la escucha de la Palabra. Entonces, nuestra respuesta de vida, nuestra conversión y ardor misionero no serán un vano propósito, hecho a base de férreo voluntarismo, sino que nacerá de la fuerza íntima de la Palabra y se convertirá en luz poderosa que posee energía para ser cumplida, en docilidad a la voluntad de Dios. Así lo hizo María, nuestra madre, quien, tras escuchar la Palabra y darle su aceptación, se puso en camino (Lc 1,39).

Conclusión

Sólo el amor edifica la Iglesia

Queda, al final de este capítulo, una señal o sello para llevarlo atado a la memoria; un recordatorio que no debe nunca olvidarse. Es el elogio o encomio al poder de la caridad (1 Cor 13, 1-13). Hemos de saber que sólo la fe, que actúa con amor, «edifica» la Iglesia (1 Cor 8,1); no un superconocimiento bíblico que hincha ni cualquier otra praxis de *lectio* por muy metodológica y rigurosa que nos pueda parecer (1 Cor 8,10-11). El amor de Dios tiene un nombre personal; se llama Espíritu Santo.

Ya podría yo conocer de modo tan perfecto la Biblia que pudiese citarla en toda situación, pero si no tengo amor, soy una campana que resuena.

Ya podría yo saber investigar la Biblia con todos los métodos de la historia de las formas, de la historia de las tradiciones, de la historia de la redacción, pero si no tengo fe, no soy nada.

Ya podría yo poseer todas las técnicas interpretativas y conocer la trama cultural, social y existencial en que ha nacido cada libro de la Biblia, pero, si no tengo el Espíritu, de nada me sirve.

Ya podría yo saber aplicar dosis de existencialismo o materialismo, de estructuralismo o de política según los signos de los tiempos y en perfecto acuerdo con la mentalidad de los contemporáneos, pero si no sé hacer la lectura de la Biblia en el Espíritu, soy un pobre desgraciado.

La letra mata, pero el Espíritu vivifica. La ciencia y la letra se desvanecerán. Nuestra imagen científica es imperfecta, en todo caso inadecuada para comprender la Palabra y vivirla. La interpretación de la Biblia sin el Espíritu del Señor es un ministerio de muerte. Sólo el Espíritu provoca el apocalipsis; sin el Espíritu, la Escritura se halla cubierta con un velo que impide comprenderla.

En la *lectio divina*, hermanos, debemos escuchar la Palabra con fe, interpretarla en el Espíritu Santo y tender al amor y al encuentro personal con el Señor⁸.

⁸ Propuesto por H. J. Weisen y citado por E. Bianchi, *Leggere la Bibbia ascoltando la Parola: Servitium* 11 (1977), 5.

X

Páginas de la Biblia al viento o *floreccillas* en el camino

El día dos de abril de 2005 tuvo lugar la santa Misa funeral por el eterno descanso del papa Juan Pablo II. Un sol radiante lució durante toda la ceremonia. Pudimos ver la plaza del Vaticano abarrotada de fieles. A las ventanas abiertas de las televisiones de todo el mundo, muchísimos nos asomamos para participar en comunión de fe con la Iglesia. Los funerales duraron tres horas, aproximadamente desde las diez hasta la una.

El cardenal J. Ratzinger, decano del colegio cardenalicio, celebró la eucaristía en latín. Comentó que los sentimientos eran de tristeza total, pero también de alegre esperanza y de profunda gratitud. Recordó la última comparecencia pública de Juan Pablo II, cuando se asomó al balcón del palacio apostólico para bendecir a los fieles y no pudo pronunciar ni una sola palabra: «Nuestro amado Papa está ahora asomado a la ventana del cielo. Nos mira. Nos bendice». También se refirió a la «Madre de Dios», que se convirtió en madre de Juan Pablo II al perder a la suya de niño, y suplicó: «Confiamos su alma a la Madre de Dios, que ha guiado su existencia».

Durante toda la celebración pudimos observar el ataúd, en donde yacía muerto el Papa; era sencillo, de madera de ciprés, para cumplir con la tradición. Encima del ataúd estaba depositado el libro de los Evangelios, de color rojo. Desde el primer momento, me llamó poderosamente la atención. Me hizo reflexionar. El libro de los Evangelios estaba cerrado. Pero un viento impetuoso, como aquel de Pentecostés, lo abrió; y el mismo viento iba pasando, una tras otra, al azar, las páginas. Creo, con

la fe viva de la Iglesia, que el Evangelio no está nunca cerrado. Cristo ha desatado los siete sellos de aquel hermético libro de la vida. Desde entonces, el Evangelio permanece abierto, de par en par. El viento del Espíritu mueve sus hojas, como las hojas del gran Árbol de la vida. El Espíritu sopla y fecunda con su aliento la Palabra viva de Dios.

Este capítulo cuenta algunas páginas del gran libro abierto que es la Biblia. Son páginas al viento, escritas sin orden aparente ni secuencia de continuidad. El Espíritu sopla donde quiere, y no sabes de dónde viene ni adónde va. Sólo van a merced de la brisa que las mece y empuja. Se trata de breves relatos, menudas parábolas, narraciones a vuela pluma, pequeñas historias, hojas sueltas. Hacen pensar, sugieren más que dicen. Tienen en común que están todas injertadas en la misma savia del milenario tronco del Árbol de la vida, crecidas en el gran libro de la Biblia y del pueblo de Dios: el viento del Espíritu las mueve y esparce por donde él quiere, a su voluntad.

En recuerdo agradecido al papa Juan Pablo II, que subrayó con fuerza la primacía de la Palabra en la Iglesia, comenzamos con tres breves relatos ejemplares.

1. El papa Juan Pablo II escucha la Palabra de Dios

En la capilla privada el Papa celebraba la santa Misa. Éramos pocos los que componíamos aquella reducida asamblea cristiana. Contaríamos unas doce personas en total. El Papa no pronunció ninguna homilía, no nos dirigió ningún mensaje en particular.

Solamente estaba celebrando la Eucaristía. Sólo eso. Pero, ¿no era suficientemente sublime lo que hacía: celebrar la santa Misa?

Pocas veces he visto a un sacerdote celebrar de esa manera. No por lo extraordinario, sino por la suma sencillez, por la sobrecogedora interioridad. El Papa no decía de memoria la plegaria eucarística, no repetía la rutina de una ceremonia inerte, no reproducía una fría secuencia de gestos ya aprendidos y gastados, sino que oficiaba la santa Misa.

Estaba celebrando el gran misterio de la muerte y resurrección de Jesús en favor de toda la humanidad.

Estaba celebrando la entrega por amor de Cristo, el esposo, por su esposa, la Iglesia.

Estaba celebrando la suprema ofrenda que hace la Iglesia del don de Jesús al Padre.

Estaba celebrando el dolor del Cristo, que sigue sufriendo en las sangrantes llagas de tantos hermanos dispersos por todos los confines del mundo.

Yo contemplaba al Papa recogido, absorto. Abismado. Emanaba vida interior en cada uno de sus gestos, de sus palabras pronunciadas en latín. Creía en lo que estaba haciendo. Celebraba atrapado por la fe, abrasado por el misterio que allí se recordaba...

Sólo tomó asiento en dos ocasiones: después de la lectura del Evangelio y de la comunión.

Me cautivó cuando lo vi sentándose de aquella manera. Y eso era todo: una postura y una compostura. Una religiosa de las hermanitas de Foucauld, que estaba a mi lado, al verlo así, tras la lectura de la Palabra de Dios, me comentó en voz baja con estas expresivas palabras: «Guarda, come si siede il Papa; sembra che stà affondando». (Mira, cómo está sentado el Papa; parece que se está hundiendo).

Se está hundiendo el Papa, al acoger el peso inmenso de la Palabra de Dios, como se hunde un barco en lo más hondo del mar.

2. El Evangelio está hecho para ser vivido y practicado

Era una tarde del miércoles, 13 de mayo de 1981. En Roma un grupo nutrido de biblistas nos encontrábamos reunidos en un seminario de estudios sobre el libro del Apocalipsis, dirigido por U. Vanni. El tema versaba, en concreto, sobre «Lo demoniaco nell' Apocalisse».

Entre las páginas cifradas de este libro misterioso, se nos desvelaba que el mal no es una metáfora, sino que existe realmente en el mundo. Tiene un origen invisible y poderoso. Se llama el gran Dragón. Éste procrea dos engendros demoníacos: la primera Bestia o el poder del estado, que atenta contra Dios y se erige

con la vana pretensión de ser absolutamente adorado. La segunda Bestia es el falso profeta; representa toda la infausta y asfixiante propaganda –la «intelligenza»– al servicio del estado idólatrico.

Pocos libros como el Apocalipsis han indagado en las oscuras raíces del mal en la historia. El mal actúa a manera de una triga satánica, antidivina, que se enfrenta a la Trinidad santa: al Padre, a Cristo y al Espíritu Santo. No cesa de luchar contra Dios y de perseguir encarnizadamente a la Iglesia.

Es dañino y perverso por esencia. Existe sólo para hacer el mal. H. Schlier lo ha acuñado en una frase certera, que en su lengua original posee juego fonético: «Ihre Wesen ist verwesen, su esencia es la corrupción». Sus tentáculos son múltiples, se propagan de manera interminable. Llegan hasta nuestros días: extorsionan, esclavizan, profanan, prostituyen, deshumanizan, matan.

Alguien nos avisó que el Papa había sufrido un grave atentado. El poder del mal atentaba contra la Iglesia y golpeaba con uno de sus tantos tentáculos. Las páginas del Apocalipsis seguían revelando una trágica actualidad.

Cuando nos enteramos de la noticia, rezamos todos juntos un Padre nuestro. La clase se dio por terminada. Un buen número nos fuimos a la plaza del Vaticano, nos juntamos con bastantes hermanos. Hicimos una plegaria común y sentida. Velamos en oración.

La costumbre dominical del rezo del Ángelus por el Papa suele reunir a muchos cristianos en la plaza de San Pedro. En esta ocasión la plaza presentaba un aspecto imponente: eran muchísimos los cristianos allegados. Llamaba la atención no el número ni el aspecto festivo o multicolor de otra veces. Sobrecogía contemplar esta multitud recogida, consternada, doliente.

Pero aquella fría mañana la ventana no se abrió. El Papa no podía asomarse al balcón. Estaba hospitalizado en el policlínico Gemelli. Alguien, desde un potente altavoz, rezó el Ángelus; fuimos recordando el anuncio del arcángel san Gabriel a María, desgranando las tres avemarías. Esperábamos –según la costumbre– escuchar la voz del Papa. Pero él no se encontraba allí presente, sino lejos, postrado en una cama de dolor.

Sin que nadie lo hubiera previsto, de manera inesperada, en estos instantes que sucedían a las palabras del arcángel Gabriel y de María –gracias al prodigio de la técnica–, se escuchó la voz del Papa. Venía directamente desde el mismo hospital. Resonaba con tono sincero:

Yo perdono con todo mi corazón a la persona que ha querido matarme, lo perdono porque es mi hermano.

Era una voz débil, trémula, apagada: era la voz de un enfermo convaleciente; pero convencida y creíble: era la voz de un testigo de la fe.

Al oír estas palabras del Papa, la plaza enmudeció con un silencio sagrado. Quedamos estupefactos. Algunos lloraban. Después hubo un aplauso tan poderoso –como nunca yo he podido escucharlo–, que a punto estuvo de hacer derrumbar, por la honda fuerza de los corazones que atronaban, las mismísimas columnas de Bernini.

Unos días antes alguien intentó matar al Papa, y hoy el Papa pronunció su primera palabra: le perdonaba. Por eso nacía aquel silencio recogido, aquel llanto sereno, aquel aplauso ensordecedor. Era el testimonio del perdón lo que se estaba conmemorando. Se estaba vitoreando la potencia salvadora del Evangelio. Porque el evangelio no es un libro para ser leído, sino la vida misma de Jesús que se prolonga victoriosamente en sus discípulos.

Podrán ser muy fuertes, hasta crueles, los ataques del mal contra la Iglesia, desde dentro y desde fuera. El gran Dragón y las Bestias del Apocalipsis podrán seguir perpetrando amenazantes su destructivo exterminio, su letal obra de deshumanización, antividiva y anticlesial. Mientras los cristianos seamos capaces de responder con el perdón fraterno, y meter en la espiral de la violencia, en que fatalmente gira el mundo, los gestos del perdón y del amor al enemigo, la Iglesia no tiene nada que temer. Seguirá firme, enraizada en sus cimientos. Saldrá indemne y adelante:

Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, el poder del mal no la derrotará (Mt 16,18).

La piedra es Cristo, cuya primera palabra en la cruz fue la de perdón, la de un perdón mantenido y repetido. La piedra es el

primer mártir de la Iglesia, san Esteban, que muere igual que Jesús, con unas palabras de perdón para sus verdugos: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (Hch 7,60). La piedra es el papa Juan Pablo II, cuya primera palabra, tras haber padecido el atentado de muerte, fue la del perdón. La piedra somos nosotros, cuando estamos dispuestos a perdonar de todo corazón al hermano que nos ofende.

Entonces el Evangelio es piedra viva y pilar inquebrantable, cimienta y construye la Iglesia, crea profunda fraternidad, sana heridas de odio y desamor, labra una casa común en donde pueden habitar en paz todos los hombres.

3. El Papa, sin voz, es portavoz de Cristo

He conocido al papa Juan Pablo II en su plenitud dorada. Era una presencia que, sin pretenderlo, se imponía a todos. Un tesigo que, plenamente, vencía y convencía. Llenaba, hasta la bandera, plazas, auditorios, estadios... Ni siquiera un brillante jugador de fútbol, un célebre astro, un as luminoso, habría ejecutado con tanta perfección la jugada. La mayoría de nosotros aún conserva en su memoria su paseo triunfal y su diálogo franco con los jóvenes entregados en el estadio Santiago Bernabéu, en Madrid.

Tenía el don de gentes. Era actor con dotes, interpretaba por instinto. Poseía simpatía a puñados y encanto natural. Sabía caminar, moverse, estar delante de las cámaras. Dominaba los medios. Modulaba a su capricho la voz, sacando registros y notas inéditas. Era un comunicador nato de masas. Nada parecía detenerlo ni detenerse ante su empuje arrollador.

He conocido al Papa en el vigor de su apogeo, cuando, como un sol a mediodía, ha recorrido los anchos caminos del mundo, pregonando con poderío el mensaje del Evangelio: la paz para toda la humanidad.

Pero el Papa es humano. El tiempo pasa para todos, y exige factura. El Papa se siente frágil y se cansa. Enferma y envejece. Camina torpemente. Tiene las manos débiles. La enfermedad del párkinson las ha mermado, ha dejado en ellas su indeleble huella de temblor estremecido.

He conocido al Papa en su declive físico, en su deterioro de años, achaques y penalidades. Se siente abrumado. Está al límite, exhausto ya de soportar el peso tan grave de la Iglesia: el cansancio de los buenos, la desafección de los pusilánimes, el poco ardor misionero... Tantas infidelidades, cobardías y deserciones, que a nadie se le ocultan. Igual que Pablo, él puede afirmar: «¿Quién se quema sin que yo no me abraze?».

He visto al Papa este último verano. El día 29 de junio, festividad de san Pedro y san Pablo. En una solemne ceremonia en la plaza del Vaticano, cuando eran consagrados algunos cardenales y bastantes obispos de todo el mundo. He podido estar muy cerca de él durante toda la ceremonia. Se me había encomendado, como a algunos sacerdotes, la tarea de repartir la sagrada comunión a los innumerables fieles que poblaban la plaza de San Pedro, recogidos por los brazos maternos de la columnata de Bernini.

He visto al Papa, sentado, muy cerca de mí. Le podía haber hablado e, incluso, recordado aquel encuentro en que le pedí la bendición para los presos de la cárcel de Granada y en que me habló durante unos largos instantes. Ahora estaba a una distancia muy corta, sólo a unos breves pasos. Lo he observado atentamente. Me he demorado en la contemplación. No debo ahora detallar los síntomas lamentables de su menoscabo y deterioro. El respeto y el cariño que por él siento me hacen ser prudente y comedido. Yo sé que el Papa es también el santo Padre. Pero si convenimos en que es nuestro padre, yo albergo por él los nobles sentimientos que cualquier hijo experimenta por su padre anciano y enfermo. Mirándolo despacio, en su desvalimiento, he sentido honda compasión y mucha pena. He rezado por él.

Se despidió el Papa al finalizar la solemne ceremonia. Todo había acabado, por fin. Para mí, sin embargo, no había acabado, sino que empezaba otra perspectiva que duró apenas unos segundos iluminadores.

El Papa se agarró con fuerza al báculo en donde cuelga la figura de Jesús crucificado y empezó a caminar, arrastrando con torpeza sus cansados pies. Lo que yo vi realmente no era al Papa llevando el báculo. Vislumbré una realidad completamente diversa. Se trataba de la otra cara de un misterio mucho más profundo.

No era el Papa quien caminaba ni portaba la cruz. Alguien más fuerte que él, dentro de él, por él, llevaba la cruz del dolor en donde estaba siendo crucificada su vitalidad y energía, su vigorosa voz de antaño, y en donde relucía su enfermedad, su decrepitud y su mudez.

Lo que contemplé con mis propios ojos fue esto: era verdaderamente Jesús crucificado quien hablaba con poder en el desvalimiento de este hombre ya sin voz; era el Señor quien transportaba con su fuerza al Papa, a aquel hombre de fe, envejecido y enfermo, que arrastraba pesadamente sus pies por las frías losas de mármol.

¿Acaso no habla así el Señor al mundo, por la voz de los sin voz? ¿De qué otra manera nos lleva nuestro Señor, con la energía del Espíritu Santo, a todos nosotros, su Iglesia tan débil y frágil, de voz rota y silente?

4. Mi Biblia de cada día me ha dado la vida

La Editorial Verbo Divino de Estella (Navarra) recibía en las Navidades de 1996 un paquete de aspecto lamentable, atado con cuerdas y roto por todas partes. Se trataba de un ejemplar de la Biblia en Kinyaruanda —la lengua de Ruanda—, editada en Estella el año 1990. La enviaba un misionero desde un campo de refugiados en Tanzania junto con una carta que explicaba la singular historia de esta Biblia y la de María, una mujer ruandesa de 40 años, dueña de la misma.

Cuenta el misionero que conoció a María en una reunión bíblica, y cuando él pidió que todos los participantes levantaran en alto la Biblia, le llamó poderosamente la atención la Biblia rota y deformada de María.

He aquí el testimonio de María y de su experiencia de refugiada, acompañada siempre de su Biblia:

Yo había participado en un seminario bíblico —comenta María—. Por esta razón, durante la Eucaristía, mi párroco me hizo entrega de la Biblia. Cuando la puso en mis manos, delante del altar, percibí la misma sensación que cuando apoyaron sobre mi regazo a mi primer hijo. Al recibirla, con agradecimiento y emoción, sentí que era la Biblia la que me engendraba a mí. La Bi-

blia me había dado nueva vida. Cada vez que la tomo, siento la misma emoción que cuando engendré a mi primer hijo. Reconociendo que es la Palabra la que ahora me sigue engendrando a mí. En la primera página de la Biblia encontraréis escrito por mí el nombre de mi hijo mayor, Uwamahoro, que significa El don de la paz, esa paz con la que seguimos soñando tanto los ruandeses.

Esto sucedía en el año 1991. Siempre con la Biblia Ntagadifu a cuestas, María vivió tres años como refugiada: dos años en Burundi y un tercero en Keza, Tanzania.

Cuando tuvimos que salir de Ruanda, metí la Biblia en una cacerola, por si llovía. Siempre la porté sobre mi cabeza... Junto con mi marido y mis siete hijos, cada noche leíamos la Palabra... Bueno, de noche no, sino a la puesta del sol, ya que no podíamos comprar petróleo para encender nuestras lámparas...

Pero, repentinamente, María y toda su familia se vio forzada a abandonar Burundi. Tanzania sería el nuevo destino.

La marcha fue muy rápida y trágica –recuerda María-. No tuve tiempo para coger la cacerola en la que protegía la Biblia de la lluvia. Los soldados nos asaltaron a tiros. La familia se dispersó. Tomé a mi bebé y envolví la Biblia con un trozo de manta. Mi hijo a la espalda y mi Biblia sobre la cabeza. Gracias a Dios, toda la familia nos reencontramos junto al río...

Fue entonces, al tratar de cruzar el río, cuando un mal movimiento le hizo a María perder el equilibrio. La Biblia cayó al agua...

Como Moisés en su cesta de mimbre, añade María, la Biblia flotaba junto a mí. La agarré enseguida. Llegados a la otra orilla, lo primero que hice fue extenderla al sol para que se secase. Las tapas estaban rotas. Mi marido supo coserlas con un hilo que nosotros mismos hicimos. La imagen de Cristo en la última página permanecía con los ojos muy abiertos, resucitado... Ésta es la historia de mi Biblia de cada día. Gracias a los que me la regalaron...

Así fue cómo este magnífico ejemplar de la Biblia en Kinyaruanda, llegó a manos del misionero mallorquín Miguel. Como él mismo dice:

Me hubiera gustado guardarla para mí, pero la envió a Estella, para que la coloquen en un lugar de honor en vuestro

museo bíblico y como testimonio de lo que el pueblo africano siente por la Palabra de Dios.

5. Ahora sí, puedes leerme la Biblia

El sacerdote capellán se aproximó a un herido en medio del fragor de la batalla y le preguntó:

–¿Quieres que te lea la Biblia?

–Primero, dame agua; que tengo mucha sed –dijo el herido.

El capellán abrió su cantimplora y le dio el último trago, aunque sabía que no había más agua en muchos kilómetros a la redonda.

–¿Puedo leerte la Biblia ahora?, –preguntó de nuevo.

–Primero, dame algo de comer, –suplicó el herido.

El capellán le dio el último mendrugo de pan que atesoraba en su mochila.

–Tengo frío, –fue el siguiente clamor; y el hombre de Dios se despojó de su abrigo de campaña pese al frío que le calaba hasta los huesos y cubrió con delicadeza de madre al herido.

–Ahora sí, por favor, –le dijo al capellán.

–Ahora, léeme la Biblia y hálbame de ese Dios que hizo que me dieras tu última gota de agua, tu último mendrugo de pan, y tu único abrigo. Quiero conocer la bondad de Dios en las páginas de la Biblia.

6. Ayes del predicador

Resulta estremecedor conocer este dato de una reciente encuesta en donde se nos revela que el 80% de los católicos sólo tiene acceso a la Palabra de Dios cuando asiste a la misa del domingo¹.

¹ Vincenzo Paglia, Obispo de Terni (Italia), presidente de la Federación Bíblica Católica, durante el mensaje de saludo al Congreso mundial sobre la *Escritura en la vida de la Iglesia*, ya previamente señalado, comunicó estos datos.

Por eso, llama tristemente la atención la alegre desenvoltura, desidia, ligereza y frivolidad con que algunos sacerdotes predicán la Palabra de Dios. Tal vez no caen en la cuenta de que para muchísimos católicos su casi única vía de acceso a la Biblia se encuentra en la Eucaristía y la homilía. Deben limitarse a realizar los dos gestos que, con tanta sencillez y profundidad, hizo Jesús, tras tomar el pan: partirlo y repartirlo; desmenuzarlo y darlo, esto es: explicar el texto de la Palabra y aplicar con conocimiento esta Palabra a sus vidas. Nada más y nada menos.

Pero nos encontramos con predicadores fatuos de la Palabra. Como punto de apoyo en las palabras fuertes de Jesús, según nos refiere el evangelista san Lucas (6,24-26), podemos leer los ayes del predicador, que son cuatro como las interpelaciones del Señor. No pretenden herir a nadie. Sólo buscan sacudir el sopor de algunos pastores instalados en la mediocridad, la inconsciencia o la irresponsabilidad. No hay derecho a jugar con el hambre de un pueblo de Dios famélico.

¡Ay del predicador que toma el texto de la Palabra de Dios como pretexto para ostentar su pretendida sabiduría y entretener con sus ocurrencias! Que de todo habla, menos de lo que tiene que hablar. Que se exhibe ante la asamblea del pueblo de Dios de manera presumida, yendo a la caza de su autobombo y prestigio. Que busca, sutilmente pero de manera bastarda, el vano aplauso, la consideración de los demás, y que le digan por lo bajo, mientras él se sonríe, entre melifluo y autocomplaciente por dentro: ¡Qué bien habla usted!, ¡cuánta ciencia y elocuencia atesora!

¡Ay del que arrebató la gloria a Dios buscando su propia gloria, del que quita a Jesús del centro de la celebración de la Iglesia para entronizarse e idolatrarse él mismo en un sitio que no le corresponde!

¡Ay del predicador que, antes de subir al púlpito, no pasa un buen rato en el reclinatorio. Que no es humilde ante la Palabra de Dios ni se deja estremecer hondamente por ella; que no pide, postrado de rodillas, con toda sinceridad, luz y fuerza al Señor para que le dé sabiduría a fin de ser alimento para el pueblo de Dios. Que no se prepara responsablemente, mediante el estudio y la ayuda de algún sólido comentario, el santo Evangelio que va a predicar y que sólo pronuncia una retahíla de frases hechas, de palabras improvisadas, de obviedades extraídas en el último

minuto del viejo baúl de sus recuerdos... que no dicen absolutamente nada al hombre y a la mujer de hoy!

¡Ay del predicador que no reclina su cabeza en el pecho de Jesús, como hizo el Señor en el regazo del Padre, para poder comunicar palabras de luz, de vida y de revelación. Que no reclina, asimismo, su cabeza en el dolorido pecho de la humanidad a quien sirve, y no siente los latidos que brotan de su corazón: sus inquietudes, sus angustias, sus luchas, sus deseos, sus ansias...!

Estos predicadores son falsos pastores. Carecen de lo absolutamente necesario e indispensable: entrañas de misericordia. No les importa el hambre de pan de la Palabra de Dios del pueblo ni se preocupan por dar un poco de calor y vigor a sus legítimas esperanzas. Incurren en una gravísima falta de amor por las ovejas. Ya recibirán su paga merecida. En un juicio que comienza ya ahora, muchos hermanos necesitados les dirán a la cara: ¡Tuvi- mos hambre y no nos disteis de comer! (Mt 25,42).

7. La bendición del predicador. No la letra, sino el tono; no el mensaje, sino el mensajero

Al final de una cena en un castillo inglés, un famoso actor de teatro entretenía a los huéspedes declamando textos de Shakespeare. Después se ofreció a que le pidieran algún «bis». Un tímido sacerdote preguntó al actor si conocía el salmo 22. El actor respondió:

Sí, lo conozco, pero estoy dispuesto a recitarlo sólo con una condición: que después lo recite usted.

El sacerdote se sintió incómodo, pero accedió. El actor hizo una bellísima interpretación, con una dicción perfecta: «El Señor es mi pastor, nada me falta...». Al final, los huéspedes aplaudieron vivamente. Llegó el turno al sacerdote, que se levantó y recitó las mismas palabras del salmo. Esta vez, cuando terminó, no hubo aplausos, sólo un profundo silencio y el inicio de las lágrimas en algún rostro. El actor se mantuvo en silencio unos instantes, después se levantó y dijo:

Señoras y señores, espero que se hayan dado cuenta de lo que ha sucedido esta noche; yo conocía el salmo, pero este hombre conoce al Pastor.

8. Parábola

¿De qué valen tantas palabras oídas, si no se acogen?, ¿para qué sirven tantas páginas leídas, si no se asimilan? Tenemos muchos libros y doctrinas; también poseemos arcas para almacenar los libros, inmensas bibliotecas. Poseemos, en fin, templos en donde guardar las arcas de los libros: muchas iglesias. Nos hemos convertido, a la postre, en tenedores y poseedores de libros que no nos afectan. Somos una inconmensurable editorial con muchas ramas filiales. Pero, ¿quién guarda la Palabra en el pecho, junto a su corazón, para hacerla carne de su carne y vida de su vida?

Volvamos a la parábola...
con la parábola el poeta ve lo que hay
detrás de las esquinas y en la espalda de las estrellas.

La parábola es el camino más corto entre el Hombre y la Luz...

He aquí una parábola:

Había un hombre que tenía una doctrina.
Una gran doctrina que llevaba en el pecho,
una doctrina escrita que guardaba en el bolsillo
interno del chaleco.
Y la doctrina creció. Y tuvo que meterla en un arca
de cedro, en un arca como la del Viejo Testamento.
Y el arca creció. Y tuvo que llevarla a una casa
muy grande.
Entonces nació el templo.
Y el templo creció. Y se comió al arca de cedro,
al hombre y a la doctrina escrita que guardaba
en el bolsillo interno del chaleco.
Luego vino otro hombre que dijo:
El que tenga una doctrina que se la coma,
antes de que se la coma el templo;
que la vierta, que la disuelva en su sangre,
que la haga carne de su cuerpo...
y que su cuerpo sea
bolsillo, arca y templo.

Esta parábola, según comenta su autor, León Felipe, nació apoyándose en el evangelio de san Juan, donde se dice: «Él les hablaba del templo de su cuerpo» (2,21). También se apoya en

el Apocalipsis, que dice así: «Tomé el libro de la mano del ángel y me lo comí» (Ap 9,10)².

9. Y entonces se curó de su cojera

Así hay que leer la Biblia. Así hay que rezar la Biblia. Así hay que predicar la Biblia. Con entusiasmo y fervor, apasionadamente, vibrando con todas y cada una de las notas de la inmensa sinfonía que atesora dentro. Para que su fuerza cure nuestras cojeras, sane nuestros ojos ciegos a fin de contemplar el sagrado espectáculo de nuestra humanidad, restablezca nuestras pobres manos avarientas y las abra pródigamente hacia los más necesitados, y haga latir de nuevo a nuestro pobre corazón reseco para que se estremezca, como cítara o arpa, en amor a Dios y al prójimo...

Mi abuelo era cojo. Una vez le pidieron que contase una historia de su maestro. Contó entonces cómo el santo Baalshem solía saltar y bailar mientras rezaba. Mi abuelo se levantó y siguió contando la historia, y el relato le entusiasmó tanto que tuvo necesidad de mostrar saltando y bailando lo que hacía su santo maestro. Y entonces se curó de su cojera³.

10. Los Padres del desierto

Leemos la Biblia no para aprender cosas de Dios, sino para conocerlo a él verdaderamente y sentir su corazón latir desbordándose de amor por todos nosotros. Sólo la entendemos cuando nos transformamos y nos hacemos Palabra de Dios viviente. Éste es el fin de nuestra lectura: la conversión al Señor.

Así ha sido la constante tradición de los Padres del desierto; desde san Ireneo a Orígenes y a Gregorio de Nisa, pasando por san Máximo el Confesor y san Simeón, el Nuevo Teólogo. Así resuena la voz insistente de toda la tradición espiritual oriental: que el cristiano se convierta en página bíblica, en viviente Palabra del Señor.

² Cf. León Felipe, *Antología rota*, Buenos Aires 1977, 147-148.

³ Martín Buber refiere este relato extraído de los maestros jasidim. *Racconti dei Chassidim*, Milán 1979, 3.

Cuando el creyente lee la Biblia, experimenta que el innumerable pueblo de Dios, que habita dentro de sus páginas, le acompaña. Le salen a su encuentro los patriarcas, los reyes, los profetas, los apóstoles, los ángeles, la Madre de Dios y Cristo mismo. El Espíritu Santo los hace presentes y operantes. La legión de tantos hombres y mujeres de Dios, de ángeles y arcángeles le transforman y convierten.

El cristiano que lee la Biblia debe estar dispuesto de continuo a la penitencia. Nunca la concluye del todo, nunca acaba de empezar, siempre está en las primeras letras, comenzando. Cuando se convierta, su vida se romperá como un vaso para que se difunda en la casa de la Iglesia y de la humanidad el perfume precioso del Resucitado.

En esta clave leemos un antiguo relato de los Padres del desierto:

Del padre Sisoos contaban que, mientras estaba ya para morir y los Padres estaban sentados junto a él, su rostro resplandecía como el sol. Les dijo: Ha venido el padre Antonio. Y después de un poco les dijo: ha venido el coro de los apóstoles. Entonces el esplendor de su rostro se acrecentó y parecía que estuviera hablando con alguno. Los ancianos le preguntaron: ¿Con quién hablas? Les respondió: Los ángeles han venido a llevarme y les ruego que me dejen un poco de tiempo para hacer penitencia. Los ancianos le dijeron: No tienes necesidad de hacer penitencia, padre. Pero él les dijo: No sabía que hubiese empezado a hacer penitencia. Y todos entendieron que era perfecto. De nuevo su rostro llegó a ser como el sol, y todos se llenaron de temor. Él les dijo: Mirad, ha venido el Señor, y dice: dadme el vaso elegido del desierto. Y en seguida entregó el espíritu. Y fue como un relámpago. Y el perfume precioso se difundió en toda la casa⁴.

11. La rosa púrpura del Cairo

En el año 1985 Woody Allen dirigió la película *La rosa púrpura del Cairo*. Evoca los duros tiempos de la depresión y de la ley seca. Una pobre camarera llamada Cecilia, protagonizada por

⁴ *Vita e detti dei Padri del deserto II* (a cura de L. Mortari) Roma 1975, 165.

Mia Farrow, trabaja más que puede en Nueva Jersey, mientras que su marido se dedica a no hacer nada. Para colmo y desgracia de la pobre esposa, no se preocupa de ella, ni la mira, ni la acompaña. La única salida de esta mujer desvalida es el cine, al que acude una y otra vez para encontrar alivio en su pena y solaz en su soledad. Una noche, uno de los personajes, Gil Shepherd, protagonizado por Jeff Daniels, se fija en ella, atraviesa el invisible muro de la pantalla, se acerca y comienza a entablar una conversación.

La camarera acude cada noche a ver esta película. Y cada noche acontece el prodigio. Aquel personaje deja de ser remoto; se convierte en persona de carne y hueso. Tan real como la vida misma. Se aproxima, le habla, la acompaña durante todo el día...

Así es la aventura de leer la Biblia. Como la película *La rosa púrpura del Cairo*. Es preciso romper la pantalla que hemos levantado con el peso de muchos siglos de distancia, y quebrantar los muros de separaciones culturales y sacras. No son historias lejanas ni legendarios arquetipos lo que estamos leyendo. Hay que abrir una brecha y permitir que los personajes salgan de su ensimismamiento y anonimato, que recobren actualidad y realismo; que se pongan de pie, respiren con su propio aliento, caminen a nuestra vera, nos hablen; que traspasen, al fin, la muralla impenetrable de las secas letras y los calcinados versículos, y que se queden para siempre con nosotros. ¡Cuántos antepasados gloriosos nos va a acompañar en el camino de nuestra existencia: empezando por Abrahán, Isaac... Moisés, los profetas, el pueblo del Éxodo y de la Pascua, la Virgen del silencio y del Magníficat, hasta culminar en Jesucristo, nuestro Señor...!

Démonos permiso para creer y soñar, que consiste en crear y vivir. Leer la Biblia significa adentrarse en una aventura completa, que no posee nada de ficción ni de realidad virtual. Dejemos a la Biblia ser la Palabra de Dios viviente. Desde que empecemos a leer la Biblia en compañía, nuestra casa estará encendida e iluminada; y nuestra vida, habitada. En la lectura de la Biblia Dios sale a nuestro encuentro para conversar con nosotros, como un Padre amoroso con sus hijos...

12. ¿Cómo hay que amar a la Biblia?

Escucha estos tres preceptos.

a) El primero: Amarás la Biblia para que se acreciente, como fuego incandescente, tu amor a Dios y al prójimo.

b) El segundo: Amarás la Biblia con todo lo que en ti alienta y vive: con toda tu alma y con toda tus fuerzas.

c) El tercero: Amarás la Biblia con todos tus sentidos.

- «Con tus dos ojos.» La leerás de continuo, día y noche. La escribirás con la letra primorosa de tus manos en el papel de tu corazón. La pondrás en una página blanca junto al espejo, donde cada día te miras, para que te veas reflejado en su cristal. La dejarás sobre la mesa donde trabajas, para que sea el faro que alumbré tus labores. La plantarás en tu mesa donde cada día comes tres veces, para que sea tu alimento más sabroso.
- «Con todos tus labios.» No te cansarás de repetirla, ni de día ni de noche, caminando y en la cama, sentado y levantado, durante toda tu existencia, como esa música que te ha arrebatado y de la que ya no puedes librarte, esa serenata pegadiza y perenne de tu vida...
- «Con tus oídos.» La escucharás de los labios de la Iglesia, en la liturgia y en el rezo. Te la aprenderás de memoria, es decir, la saborearás de continuo en tu corazón.
- «Con tu corazón.» Levanta una sede en tu corazón para la Palabra de Dios. Adórala en silencio, rézale, empalábrate, hazte uno con ella, forja una alianza de amor que nunca se rompa.

13. Dale calor a la Palabra

Cuando una frase de la Biblia te sorprenda y te llame la atención, te conmueva por dentro como una ola del mar, o te golpee como una ráfaga de viento... acógela, dale calor.

No tapes tu puerta. No mires para otro lado. No vuelvas la cara. No permitas que tirite de frío, fuera, a la intemperie. Albégala en tu casa. No la dejes temblando en el umbral..., o que

se deshilache como espuma en la arena, o que gire hacia el norte o hacia el sur, como una brisa perdida. Tú, dale calor.

Arrímalas. Dale amparo. Introdúcelas más adentro. Acógelas en tu casa. Dale intimidad en tu bodega interior.

Ten compasión de esa diminuta semilla de la Palabra de Dios. Quiere crecer dentro de ti, despuntar en brotes, extender sus ramas, ensanchar sus calientes nidos...

Medítala, dale vueltas y más vueltas, que se convierta en tu gozo más profundo, que sea tu deleite en el paladar de tu corazón... Dale calor.

No seas indiferente con la Palabra de Dios. Deja el respetuoso desdén, y olvida las medias y cortas distancias. Acércala. Ten entrañas de misericordia.

Como hacen las entrañas de la tierra madre con la seca semilla. Dale calor.

Como anticipa la temprana primavera en las ramas frías de los almendros de nata del invierno. Dale calor.

Como hace María, la que abre sus tiernas entrañas a la semilla de Dios.

Ten paciencia. Tú, dale calor. Espera... como la Virgen del Adviento.

Dale calor, a su tiempo florecerá y dará su fruto colmado.

En su vientre, tierra cálida, hogar encendido, nace la Palabra de la gracia y de la vida: Jesucristo, nuestro Señor.

14. Que te sorprenda el sueño con el códice en la mano

San Jerónimo recomendaba a la virgen Eustoquia la lectura continua de la Biblia:

Aplícate con mucha frecuencia a la lectura de la Biblia. Que te sorprenda el sueño con el códice en la mano y caiga tu rostro sobre la santa página⁵.

⁵ San Jerónimo, *Carta 22, 17*, en *Cartas 1*, Madrid 1962, 198.

¿Puedo referir lo último que hago cada noche, en los momentos inmediatos antes de dormir? Tras un día intenso de esfuerzo, como el de cualquier trabajador, acabo rendido. Tengo por costumbre leer algo entretenido, que sirva de dique y rompa con los ajeteos del día, para que así me venga y venza más fácilmente el sueño. Antes leía novela; pero sucedía que me enfrascaba tan de lleno en las aventuras y suspense del libro que me daban las tantas de la noche, persiguiendo la intriga por laberintos y corredores, o cabalgando sin parar por las praderas... Lo dejé definitivamente. Desde hace bastante tiempo tomo una lectura sosegada. Suelo leer poesía, que me serena y relaja. Pero el último acto que realizo por la noche es la lectura de la liturgia del día siguiente. Leo despacio, con calma y paz, la Palabra de Dios. Así me viene serenamente el sueño y me duermo. Con frecuencia se me ha caído el misal encima de los ojos, me ha tapado la cara como una venda, me ha quitado la luz del flexo, me ha dejado en la oscuridad y me he quedado profundamente dormido. Me he despertado horas después, o por la mañana, con la santa página sobre mi rostro, igual que la virgen Eustoquia...

¿Puedo dar un pequeño consejo? Aunque uno esté dormido, la Palabra, leída en los últimos momentos de la noche, está despierta; sigue laborando como hábil abeja y germinando como una semilla que crece por dentro y disipa las tinieblas y los fantasmás. Es una pequeña lamparita que arde sin apagarse en el corazón hasta que amanezca el día.

15. ¿Cuándo entiendo verdaderamente la Palabra de Dios?

¿Cuando leo un autorizado comentario, que me hace comprender enigmas hasta ahora indescifrables? De ninguna manera.

¿Cuando experimento una fuerte sacudida que retumba por dentro, me hace estremecer y se desborda, como un vaso agitado, hasta las lágrimas?... Tampoco. Sigo en la perplejidad...

Entiendo la Palabra de Dios, cuando actúo como María, nuestra madre.

Ella se atuvo a dos principios elementales. Son simples como nuestros dos oídos. Nos enseñan a escuchar. Fundamentales como nuestros pies. Aprendemos a caminar.

Cuando dejo que la Palabra obre lo que quiera y como quiera en mí, que soy su siervo y servidor. Y digo con y como María: «hágase en mí según tu Palabra».

Cuando la Palabra me alza de mí mismo y me pone en camino. Me empuja a servir a los demás en su menesterosidad, como nuestra Madre: «María, levantándose, se puso en camino y fue a ayudar a su prima Isabel, que iba a dar a luz».

Entonces sí que puedo estar completamente seguro de que he entendido hasta el fondo la Palabra de Dios. De lo contrario, sólo he descifrado vocablos y leído letras; únicamente he mordido la amarga corteza, no he tocado el misterio; no he comido el dulce fruto, me he quedado merodeando por los umbrales.

16. ¡Esa mano de nieve!

En las letras de la Biblia yace dormida la Palabra de Dios. ¿Quién la despertará de su sueño profundo? ¿Acaso, nuestro afán de penetración, o nuestra inteligencia humana, que se empeñan en leer por dentro, pero no encuentran, tras una ardua labor, sino vastas penumbras de silencio, vanas cáscaras, hojas de higuera sin fruto?

Tal vez, la honda sugerencia de una estrofa sea capaz de ayudarnos a vislumbrar el influjo de una mano de nieve, que puede hacer arrancar la música dormida:

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!⁶

Sin esa «mano de nieve», la Biblia es como la inicial arpa de la rima becqueriana, silenciosa y cubierta de polvo, apartada en un rincón de sombras. Un libro de polvo, olvidado, sin encanto ni música.

Esa «mano de nieve» constituye todo un misterioso símbolo. Esa mano de nieve es ala de paloma. Es el Espíritu Santo. Sólo

⁶ G. A. Bécquer, *Rimas y Leyendas*, Buenos Aires 1939, 21.

el Espíritu Santo posee la capacidad y la fuerza poderosa; es potente para suscitar y hacer surgir las maravillas escondidas en el arpa dormida y en las silenciosas ramas pobladas de pájaros, en el texto sagrado que parece dormido, pero que está cuajado de música. «Para ti es mi música, Señor» (Sal 100)... «Despertad cítara y arpa, voy a despertar a la aurora» (56,9), oraba entusiasmado el salmista y así oramos también nosotros.

17. La Biblia es una ventana

Cuando me invitan a hablar sobre la Biblia, con frecuencia recurro a una imagen que me parece que ilustra muy bien una dimensión esencial de la Palabra de Dios que a veces queda un poco de lado.

En el lugar donde nos encontramos, señalo la ventana y digo: Mirad la ventana, ¿qué veis? Invariablemente me responden: los árboles, el cielo, las casas, el campo... Es decir, lo que se ve a través de la ventana. Nadie responde: el cristal, o el marco, o la reja. ¿Por qué? Porque la ventana no está hecha para ser mirada, sino para ver a través de ella.

Pues bien, la Biblia es como una ventana. La dificultad es que con frecuencia hacemos de ella una ventana opaca y nos quedamos únicamente en la sola letra y en las palabras, a veces difíciles de comprender e interpretar para la gente sencilla.

Carlos Mesters escribió un precioso libro, titulado *Por través das Palabras*, del que nos hemos servido con frecuencia. Hay que saber leer la Biblia detrás de las palabras.

La Biblia es una ventana que invita a comunicarnos a través de ella con Dios mismo, autor de la Palabra. Sí, Dios nos habla; ésta es la fe fundante de Israel que confiesa cada día: «Escucha, Israel...» (Dt 6,4). «Escucha, Israel», porque Dios te habla.

Esa Palabra de Dios se manifestó plenamente en la Palabra hecha carne: Jesús, el Hijo de Dios, que nos habla las palabras del Padre (Jn 14,24). Nosotros, al leer la Biblia, escuchamos al mismo Dios, que nos habla en ella.

Al leer la Biblia, ya no escucho la Palabra de Dios sino al Dios de la Palabra; ya no leo la Biblia, sino que en ella me encuentro

con el Dios-Palabra que se hizo carne (Jn 1,14), para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga vida siempre (Jn 3,16).

La Biblia no sólo me pone en comunicación con Dios. A través de la ventana, veo hombres y mujeres, de carne y hueso, aquejados de la misma enfermedad y miserias que yo, pero mirados con tanto amor por nuestro Dios. Son seres rescatados. Criaturas nuevas gracias al don de la misericordia divina. Son mis hermanos. Nuestros hermanos. Nuestra nueva y gran familia, la asamblea de los hijos de Dios que me acompañan. ¡Nos están mirando desde el otro lado de la ventana!

18. La Biblia dice lo que dicta tu corazón.

Por eso es revelación divina

Sucedió durante la primera reunión del curso bíblico. Había unas veinticinco personas. En la pared estaba la frase: «*Dios es amor*». El sacerdote preguntó:

—¿Quién la escribió?

—Fui yo, —respondió doña María.

—¿Por qué la escribió?

—Porque me pareció linda.

—¿Dónde la encontró?

—Yo la inventé. Me pareció que era esto lo que nosotros tenemos que vivir como cristianos.

Entonces dijo el sacerdote: —Vamos a abrir la Biblia en la primera carta de san Juan, capítulo cuarto, versículo ocho.

Se demoró un rato hasta que todos encontraron el texto. El sacerdote le pidió a doña María que leyera en voz alta el versículo. Ella leyó: «El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (1 Jn 4,8). Fue la primera vez en su vida que María abrió la Biblia. Se llevó un susto. No esperaba encontrar allí dentro la frase que ella había escrito en la pared. Descubrió que, sin saberlo, la Palabra de Dios ya estaba en su vida. Quedó con una satisfacción y una alegría tan grandes que aquella noche apenas pudo dormir.

Como este hecho, se pueden contar a cientos y a millares. Lo que está escrito en la Biblia, no está sólo en la Biblia, se encuen-

tra ya inscrito en lo más hondo del corazón humano. Cuando tú abres la Biblia y lees, estás leyendo el libro de tu vida, tus secretos más profundos y tus anhelos más verdaderos. La Biblia te pregona al oído, con sonora claridad, todo lo que susurra en tu corazón. Y te da la inmensa fuerza de Dios para cumplir tus más hermosos sueños.

19. La entronización del Evangelio

En los días del Concilio Vaticano II, cada mañana tenía lugar en la basílica de San Pedro la «entronización del evangelio».

No siempre se ha comprendido este rito. Muchos vieron en él simplemente el homenaje que la Iglesia quería tributar a la Biblia. Pero tal interpretación resulta incompleta porque no capta el verdadero sentido del rito.

El libro del Evangelio, tras ser llevado en procesión, no se colocaba sobre un púlpito, sino sobre un trono, pues representaba a Cristo mismo en persona.

No se puede resumir la doctrina perenne de la Iglesia de un modo más expresivo. El corazón palpitante de su fe, que ha encontrado nuevo vigor y late con más vigor, según declara la Constitución *Dei Verbum* (n. 2):

La profunda verdad sobre Dios y sobre la salvación de los hombres, por medio de esta revelación resplandece ante nosotros en Cristo, quien es, a la vez, mediador y plenitud de toda revelación.

20. Sólo en la hora de la muerte Rabí Aquiba entiende la Palabra de Dios

Nos situamos en los años de la gran revuelta judía, en tiempos de Adriano (132-135 d.C.). Ante el cariz de los acontecimientos, el emperador envía al general más sobresaliente de todos, Julio Severo, para que sofoque esta «guerra de guerrillas». Lo llamó de Britania, y tardó mucho tiempo en imponer el orden. Era preciso cazar a los rebeldes, uno a uno. Los nichos funerarios encontrados en Nahal Hever, en las llamadas «Gruta de las cartas y gruta del Horror», muestran terribles pruebas arqueológicas

–Y. Yadin-Y. Aharoni, *The Cave of Horror*–. Parece que la gran ciudad de Jerusalén fue demolida completamente y se levantó una nueva en su lugar. La Misná dice que la ciudad fue totalmente arada. El último baluarte del líder insurgente, Bar Kokba, fue Beter, no muy lejos de Jerusalén. Allí en el año 135 cayeron los últimos rebeldes. La arqueología muestra que fue un asedio corto y terrible. Los sublevados murieron torturados y ejecutados. Entre tanta ruina y devastación, un hecho singular se alza como un prodigio de entrega y de amor a la Palabra de Dios: el martirio de Rabí Aquiba.

Según Berajot 61, Rabí Aquiba fue martirizado con crueldad, le arrancaron la piel a jirones con peines de hierro. Durante su tormento pronunciaba con fervor las sagradas palabras del *Shemá*, y precisamente cuando prolongaba la palabra *Ehad* –Uno–, como estaba prescrito, expiró. Murió confesando a Dios, como único Dios y Señor. Fue entonces cuando una *Bath Kol* –voz del cielo– proclamó:

Bienaventurado tú, Rabí Aquiba, porque tu alma se ha despedido con *Ehad*.

Durante la tortura rezaba las oraciones litúrgicas y pronunció sus últimas palabras:

No sabía cómo amar a Dios con toda el alma; ahora ya lo sé: amaré a Dios con toda mi alma poniéndola en sus manos.

Este ejemplo entusiasmante de Aquiba se convertirá en un modelo de imitación para todas las comunidades judías perseguidas.

21. ¡Qué dichosa muerte! Francisco de Asís muere escuchando el evangelio de san Juan

Francisco muere, como Jesús, con una palabra de perdón en los labios y en el corazón, perdonando a sus hermanos: «Hijo mío, respondió el santo, Dios me llama. A mis hermanos, tanto a los ausentes como a los presentes, les perdono todas las ofensas y culpas y, en cuanto yo puedo, los absuelvo; cuando les comuniqués estas cosas, bendícelos a todos en mi nombre» (1 Celano, 110).

Conforme hizo Jesús con sus discípulos en el cenáculo, celebra su paso de este mundo también en unión con sus hermanos

y con una cena compartida: «Como los hermanos lloraban muy amargamente y se lamentaban inconsolables, ordenó el Padre santo que le trajeran un pan. Lo bendijo y partió y dio a comer un pedacito a cada uno» (2 Celano, 217).

Francisco muere cantando las alabanzas del Señor (1 Celano, 109). Quiere escuchar el evangelio que tanto amaba, el que más quería con preferencia sobre todos los demás, de tan profunda resonancia en su vida: el evangelio de san Juan: «Mandó luego que le trajesen el códice de los evangelios y pidió que se le leyera el evangelio de san Juan desde aquellas palabras: Seis días antes de la Pascua, sabiendo Jesús que le era llegada la hora de pasar de este mundo al Padre... (Jn 12,1 y 13,1). Era el mismo texto evangélico que el ministro había preparado para leérselo antes de haber recibido mandato alguno; fue también el que salió al abrir por primera vez el libro, siendo así que dicho volumen, del que tenía que leer el evangelio, contenía la Biblia íntegra» (1 Celano, 110).

Anhela una configuración plena con el Cristo de la Cruz, el Crucificado. Dice a los hermanos: «Cuando me veáis a punto de expirar, ponedme desnudo sobre la tierra como me visteis anteayer, y dejadme yacer así, muerto ya, el tiempo necesario para andar despacio una milla» (2 Celano, 217). Los vestidos, según la concepción del santo, simbolizan las diversas ataduras del alma con el mundo —así se expresa en 1 Celano, 15—. A Francisco ya nada le ata a la tierra.

Anota de manera sucinta, certera, su primer biógrafo (1 Celano, 217): «Llegó por fin la hora, y, cumplidos en él todos los misterios de Cristo, voló felizmente a Dios». Justamente en él se cumplen los misterios de la cruz y muerte; ya sólo quedaba la resurrección con Jesús.

Era el sábado día tres de octubre, al atardecer. «A primeras horas de la noche», precisa el hermano Elías en su carta encíclica, enviada a todos los provinciales para comunicarles el fallecimiento del santo.

La hermana muerte venía para dejarlo con Cristo. En él se verificaba lo que había dicho en el *Cántico de las criaturas*: «Y por la hermana muerte: ¡loado, mi Señor!». Según la liturgia, a estas

horas ya empezaba el domingo, el día de la resurrección del Señor. Y en un domingo fue enterrado. El Señor resucitado venía para llevarlo victoriosamente a la casa del Padre.

El mismo Cristo, a quien un lejano día contempló en la pequeña iglesia de San Damián, ahora extendía amorosamente sus amplios brazos hacia Francisco; lo tomaba consigo y abrazaba, para ascender juntos hasta el Padre. Acontecía en Francisco lo que venturosamente proclamaba el evangelio de san Juan, que él tanto amaba y que le acompañaba. Ahora se adelantaba perfectamente el futuro anhelado, se cumplía al pie de su hermosa letra el encuentro para siempre: «Yo vendré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros» (Jn 14,3).

22. San Juan de la Cruz y el Cantar de los Cantares

Con respeto nos puede estar permitido evocar los últimos momentos de la vida de san Juan de la Cruz en Úbeda. Yace en una cama, consumido su cuerpo e impaciente su alma. Está rodeado de la comunidad de religiosos carmelitas que lo asisten con amor fraterno; perciben, los ojos llorando –y algunos con el corazón compungido–, que aquel hermano, hecho ya una llaga de dolor viva, va a morir pronto. Fray Juan pregunta repetidas veces por la hora. Con una fe inquebrantable cree en el encuentro de una cita suprema. «¿Qué hora es?», torna a inquirir el enfermo. Le responden que ya falta poco tiempo para que sean las doce de la noche. «A esa hora estaré yo delante de Dios nuestro Señor diciendo maitines.» Los religiosos se inquietan. El prior del convento, Fray Francisco Crisóstomo, comienza a leerle la recomendación del alma y las letanías de los santos. Apenas inicia a entonar las primeras oraciones, Fray Juan de la Cruz le interrumpe y le disuade, pidiéndole con humildad: «Dígame, padre, de los Cantares; que eso no es menester». Escuchando los versos del Cantar de los Cantares, se embelesa y rubrica con un hermoso comentario: «¡Oh, qué preciosas margaritas!».

San Juan de la Cruz muere escuchando el libro que más amó su corazón durante la vida. «El amor es fuerte como la muerte», afirma el Cantar (8,6). Y este gesto último revela hasta qué profundidad insondable, el Cantar de los Cantares se convirtió en

su canción de vida, mientras vivía, y también en su testamento de muerte, durante su muerte.

23. Las más hermosas alabanzas del judaísmo a la Ley o Torah

Para los judíos, la Biblia es Palabra de Dios; contiene, por tanto, una riqueza de sentidos inagotables, siempre válidos. En frase célebre el judaísmo afirma que la Biblia tiene «setenta caras»⁷.

R. Ismael, comentando a Jeremías 23,29 «como un martillo que rompe la roca», sostiene que como un martillo hace saltar infinidad de chispas en la roca que golpea, así brotan multitud de sentidos de la Palabra de Dios cuando se la lee y entiende⁸.

Existe un convencimiento fundamental en el judaísmo: que Dios con la Ley entregó a Israel toda su voluntad, y que la entregó para siempre. Por ello, hay que investigar para entender qué quiere decir. El hombre nace para «estudiar» –esto es, leer, aprender, recitar, rezar, adorar y cumplir– la Ley; es preciso permanecer constantes en el estudio de lo que ya ha sido dicho con validez eterna. Éste es el destino del hombre: estudiar la Ley; y éste será su premio: entenderla. En este contexto escuchamos un antiguo relato judío:

Un gentil prometió a un rabino que se convertiría al judaísmo si le concedía visitar, al menos en el sueño, el paraíso judío para saber si le convenía. El rabino aceptó y le prometió conducirlo aquella misma noche. A través de senderos desiertos y llenos de fango y hoyos, en el sueño, le condujo hasta una pequeña casucha perdida, iluminada por una pequeña lámpara, donde apenas se veía a un anciano macilento, entregado a la lectura de un gran escrito indescifrable. El rabino, con emoción y orgullo, le dijo:

–Es Rabí Aquiba, el más grande de nuestros maestros, después de Moisés. Él está en el paraíso.

El gentil exclamó:

⁷ *BeMidbar Rabbá*, 13, 15.

⁸ *Sanhedrin*, 34a.

—¡Usted se está burlando de mí! ¡Este paraíso es miserable! ¡Y ese viejo, que ha estudiado durante toda su vida, aún sigue haciéndolo!

Replicó el rabino:

—Así es, y ¡ésta es su recompensa: ahora él conoce lo que lee!⁹

24. La *Misná* y el amor por la Ley

Hemos entresacado de la *Misná*¹⁰, y, más en concreto, del orden *Nesiquin*, y del tratado *las Sentencias de los Padres –Pirqué Abot–* los encomios más célebres con que el judaísmo enaltece el valor supremos de la Ley. Ellos son nuestros padres en la fe en el Dios de Abrahán. En algunos de ellos puede verse una raíz de nuestros evangelios y prácticas cristianas:

Moisés recibió la Torah del Sinaí y la transmitió a Josué, Josué a los ancianos, los ancianos a los profetas, los profetas la transmitieron a los hombres de la Gran Asamblea. Éstos decían tres cosas: «Sed cautos en el juicio, haced muchos discípulos, poned una valla en torno a la Torah»¹¹.

[Hillel] solía decir: «Cuanta más carne, más gusanos; cuanta más riqueza, más preocupaciones; cuantas más mujeres, más sortilegios; cuantas más criadas, más incontinencia; cuantos más esclavos, más robos; cuanto más estudio de la Ley, más vida; cuanta más escuela, más sabiduría; cuanto más consejo, más inteligencia; cuanta más justicia, más paz. Quien se consigue buena fama, la adquiere para él mismo. Quien se consigue las palabras de la Torah, adquiere para él la vida futura»¹².

Rabbán Yojanán ben Zakkay la recibió de Hillel y de Sammai. Solía decir: «Si estudiaste mucha Torah, no te lo tomes como mérito, porque para eso fuiste creado»¹³.

Solía decir [R. Tarfón]: «No depende de ti la coronación del trabajo, pero no eres libre para excusarte de él. Si estudiaste mucho la Torah, se te dará una retribución grande. Tu patrón

⁹ E. Jiménez, *Las alas de la Torá. Comentarios rabínicos del Decálogo* (Bilbao 1996, 14), quien cita a G. Haddad, *L'enfant illégitime*, París 1981, 48.

¹⁰ *La Misná* (edición preparada por Carlos del Valle), Madrid 1981.

¹¹ *Abot* 1, 1.

¹² *Abot* 2, 7.

¹³ *Abot* 2, 8.

es fiel, de modo que te dará la compensación de tu trabajo. Pero has de saber que la recompensa de los justos tendrá lugar en la vida futura»¹⁴.

R. Ananías, hijo de Teradión, decía: «Si dos están sentados juntos y no median entre ellos las palabras de la Torah, es una reunión de insolentes, según está dicho: ‘en la junta de los insolentes no se sienta’ (Sal 1,1). Pero si dos personas están sentadas juntas y median entre ellas las palabras de la Torah, la Shekinah está en medio de ellos, según está dicho: ‘Cuando los temerosos de Dios hablan mutuamente, el Señor los oye y escucha y es escrito un libro de memorias en su presencia para los justos del Señor y para los que consideran su Nombre’ (Mal 3,16). No tengo más testimonio que respecto a dos; pero, ¿de dónde se deduce que incluso cuando uno se sienta y se ocupa de la Torah, el Santo, bendito sea, le fija una recompensa? De lo que está dicho: ‘Siéntese solitario y cállese, que cogerá para sí una recompensa’ (Lam 7,28)¹⁵.

25. Da a tu siervo un corazón que escuche

El rey Salomón se encuentra en el santuario de Gabaón para ofrecer sacrificios. Sobre su inmenso altar ofrenda aquel día hasta mil holocaustos. Por la noche el Señor se aparece a Salomón; de manera dadivosa, le señala:

–Pídeme, lo que quieras.

El rey Salomón pide esto:

–Da a tu siervo un corazón que escuche (1 Re 3,9)¹⁶.

Al Señor agradó esta petición, porque la gente suele pedir, incluidos nosotros los primeros, estos dos bienes primordiales: salud y dinero. «Al Señor le pareció bien que Salomón hubiera pedido aquello, y le dijo: Por haber pedido esto, y no haber pedido una vida larga, ni haber pedido riquezas... te daré lo que has pedido... y te daré también lo que nos has pedido: riquezas y fama mayores...» (vv. 10-14).

¹⁴ *Abot* 2, 16 (Jn 4,36).

¹⁵ *Abot* 3, 2. Cf. Mt 18,20.

¹⁶ Así dice literalmente el texto hebreo: *natatta leabdekha leb shomeh*. Las diversas traducciones suelen hacer glosa o comentario.

En la Biblia existe alguien a quien es preciso escuchar por encima de todas las voces y los ecos: «Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel...: He aquí el único mandato que les he dado: Escuchad mi voz» (Jer 7,23).

Sólo desde el corazón de Salomón, capaz de escuchar la voz de Dios, pudieron brotar estas inmarcesible alabanzas a la Palabra de Dios o Sabiduría:

La preferí a cetros y tronos, y en su comparación tuve en nada la riqueza;
 no la equiparé a la piedra más preciosa, porque todo el oro a su lado es un poco de arena,
 y junto a ella, la plata vale lo que el barro;
 la quise más que a la salud y la belleza y me propuse tenerla como luz,
 porque su resplandor no tiene ocaso.
 Con ella me vinieron todos los bienes juntos,
 en sus manos había riquezas incontables...
 Aprendí sin malicia, reparto sin envidia y no me guardo sus riquezas;
 porque es un tesoro inagotable para los hombres:
 los que la adquieren se atraen la amistad de Dios...
 La quise y la rondé desde muchacho
 y la pretendí como esposa, enamorado de su hermosura...
 Por eso decidí unir nuestras vidas,
 seguro de que sería mi consejera en la dicha,
 mi alivio en la pesadumbre y la tristeza (Sab 7,8-14; 8,2.9).

26. Algunas de las más hermosas alabanzas de los santos Padres a la Biblia

A lo largo de todas las páginas de este libro se ha hecho continua y obligada la referencia a los santos Padres, que ven en la Escritura un sacramento de la Presencia del Resucitado. Poseen sus confesiones el realismo y la firme convicción de la que carecen nuestros estudios analíticos y lecturas sesgadas. El testimonio fehaciente de los santos Padres, afortunadamente, nos unge de amor por la Palabra de Dios. Casi siempre late una paradoja en sus escritos, que se aplica a la figura misma de Cristo: en la carne de su debilidad se esconde la potencia de su divinidad; en las humildes letras de la Biblia se encierra la fuerza inmortal de la Palabra de Dios.

He aquí una sucinta muestra de tan honda estima.

La Escritura es como el mundo, indescifrable en su plenitud y en la multiplicidad de sus sentidos. Bosque profundo, de ramaje inconmensurable: una selva infinita de sentidos¹⁷.

Es cielo profundo, abismo insondable, mar inmenso en donde se navega con las velas desplegadas sin fin¹⁸.

Cuanto más sencilla y fácil parece la Escritura, más profunda es en la majestad de sus sentidos¹⁹.

Siempre aprenderemos de ella nuevos misterios, y la grandeza de estos misterios nos sobrepasará siempre; más aún, de la Bondad de Dios, que es la última palabra de toda la revelación bíblica. Bondad cuyos beneficios superan siempre a las promesas²⁰.

La sentencia más pequeña de la Escritura está llena de un profundo sentido místico, inaccesible al oído de nuestro espíritu. La menor de las historias, que allí se encuentra registrada, se extiende en una inmensidad de misterios. Ante la Escritura reconocemos nuestra ceguera congénita, sacamos provecho de nuestra falta de luz para ganar en humildad, pero sin caer en la pereza: el texto sagrado nos provoca sin cesar un esfuerzo de inteligencia más alto²¹.

Como el libro de este mundo se ha hecho opaco, Dios ha hecho un segundo libro, más legible, para comentar el primero. Así, el Espíritu de Dios, que había modelado las letras de la creación, ha compuesto este segundo libro: ha desplegado los cielos de las Escrituras, ha afianzado el segundo firmamento que cuenta, como el primero, la potencia de Dios, y, mejor que el primero, su misericordia²².

La Escritura no ha sido solamente dictada por el Espíritu; él mismo se ha encerrado dentro de ella. Su aliento la anima siempre. «La Escritura está fecundada por el milagro del Espíritu Santo»²³.

¹⁷ San Jerónimo, *Ep.* 64, XXI, 135; PL 145, 42C.

¹⁸ San Ambrosio, PL 16, 738 C: 880AB

¹⁹ San Jerónimo, *In Is.*, I, VI; PL 24, 866D.

²⁰ Orígenes, *In Num.*, h. 9, n. 7.

²¹ Raban, *In Ez.*, I, XV; PL 110, 910-1; *In Jos.*; PL 108, 1.094A.

²² San Agustín, *In Ps. VIII*, n. 7-9CCL, XVIII, 52-53.

²³ San Anselmo, *De concord.*, q.3, c.VI; PL 157, 528B.

Absortos por el despliegue de tantos prodigios, no cabe otra postura sino caer de rodillas delante de la Palabra de Dios y, como san Agustín, confesar con emoción:

¡Maravillosa profundidad la de tus Escrituras, cuya superficie aparece ante nosotros acariciando a los pequeños! ¡Maravillosa profundidad, Dios mío, maravillosa profundidad!²⁴.

27. El pueblo chino quiere leer este mensaje de vida: la Biblia

Esta breve historia me la contó, hace apenas unos meses, el protagonista, un misionero claretiano de Argentina, que lleva un tiempo en China. Se llama Alberto Rossa. Trabaja con incansable energía en difundir la Palabra de Dios por medio de libros. Cada día recibe y contesta puntualmente a más de cien correos electrónicos. Posee una arrolladora simpatía natural que le ha granjeado amistades, incluso en un país comunista como China. Le abre muchas puertas, hasta ahora completamente cerradas y hostiles. Anda empeñado en publicar la Biblia en chino. Pero el partido comunista debe otorgar su aprobación oficial.

Estamos en la capital, Beijing. El delegado del partido para asuntos religiosos le concede audiencia. Sentado en la mesa, frente a la gran y solemne mesa del delegado, Alberto Rossa empieza a defender la utilidad de la Biblia. Habla con convicción. El señor Liú pide que le lea algunos pasajes de la Biblia. El misionero lo hace con fervor. Conforme va leyendo, el señor Liú deja su distante mesa y se aproxima. Él mismo dispone de una silla, se sienta junto a él, y escucha interesado las palabras de la Biblia. Llega un momento en que, con asombro inaudito del misionero, el señor Liú se pone de rodillas, y así, postrado, escucha las palabras de la Biblia. Le interrumpe la lectura y no sólo le autoriza, sino que suplica con emoción: «Traduzca cuanto antes este libro al chino. Le concedo todos los permisos. La Biblia es un mensaje de vida para todo el pueblo chino».

²⁴ *Confesiones*, XIII, c. XIV.

28. Las semillas del baobab

Un misionero de Zimbawe me ha traído dos semillas de un árbol frondoso y gigantesco. Este misionero, como tantos otros, se ha ido dejando la vida en nombre del Evangelio; primero en Filipinas con la dura situación de la guerrilla; ahora en Zimbawe, un rico país empobrecido por la injusticia y que padece el hambre, el sida...

Contemplando la diminuta apariencia, la rudimentaria tosquedad de estas dos semillas de baobab, nadie adivinaría ni siquiera que son semillas. He hecho un simple ejercicio de verificación. Esta tarde, durante una charla bíblica a un grupo parroquial, he mostrado las semillas y pedido que me dijeran qué eran. Cada uno ha podido tener y examinar entre sus manos esas pequeñas semillas. Ninguno ha sospechado su verdadera identidad. Indicaban que podían ser unas simples piedras, arcilla seca, o, incluso, huesos calcinados... Nadie ha barruntado que en aquellas diminutas semillas se escondía la potencia de un baobab.

Recuerdo en mis lecturas infantiles los dibujos que decoraban las viejas enciclopedias de la escuela. Contemplaba, con el pasmo de un niño que no conseguía salir de su asombro, aquellos árboles, que parecían arrancados de otra remota edad en donde habitaban los cíclopes y se arrastraban los dinosaurios. Me admiraba ver el tronco de un baobab, convertido en inmenso túnel por donde pasaban enormes camiones.

¿Qué clase de árbol es éste, al que se designa técnicamente con el nombre de *adansonia digitata*? He aquí unos cuantos rasgos elocuentes. Su altura no sobrepasa los 20 metros, pero su tronco puede superar los 10 de diámetro. El baobab es como un inmenso tonel que almacena hasta 120.000 litros de agua. Sus troncos ahuecados han tenido usos variados y pintorescos. Han servido de cárcel, casa, granero, establo... Se habla de un baobab en Zimbawe que se usa como parada de camión y que puede resguardar, como estacionamiento, hasta 40 personas.

El baobab no sólo es monumental, sino nutritivo para los pueblos africanos. Da un fruto llamado «pan de mono», del tamaño de un pequeño melón, que contiene gran cantidad de vitamina C, se emplea para preparar varias bebidas refrescantes.

De la corteza del baobab se extrae una fibra con la que se fabrican cuerdas y cestos. Las hojas hervidas sirven como alimento, e incluso el polen mojado se emplea como pegamento.

El baobab puede llegar a los 3.000 años de edad e incluso más. Su extraña apariencia le ha granjeado numerosas leyendas africanas. Se dice que si una persona bebe agua en la que se han mojado semillas de baobab, quedará protegido del ataque de los cocodrilos. Pero si se atreve a arrancarle una flor, morirá devorado por un león.

Ahora bien, ¿cómo puede brotar de estas diminutas semillas este árbol colosal, gigantesco y nutritivo, útil y habitable, milenario?

El misterio de la Biblia es como las semillas del baobab. Tenemos delante de nosotros un libro. Lo hemos leído muchas veces, casi lo sabemos de memoria. Lo hemos tocado con nuestras manos y contemplado con nuestros ojos. Es pequeño y frágil, pero en él está encerrada la Palabra de Dios o la Palabra de la vida.

La Biblia es como una semilla. El apóstol san Pedro nos recuerda que nosotros «hemos nacido no de una semilla corruptible, sino de una semilla incorruptible, que es la Palabra de Dios viva y permanente» (1 Pe 1,22).

Aquí viene la apuesta, la hora de la verdad, la oportunidad para la vida o la muerte. De nosotros depende su suerte, su logro o fracaso. Cada uno es responsable y labrador. En nuestras manos está que la semilla de la Palabra se malogre, truncada y reducida a una piedra reseca; o que brote pujante con toda la potencia que porta dentro.

Dios nos bendice con la semilla de su Palabra. Nos engendra con la Palabra de la verdad (San 1,18). La pone bajo nuestro cuidado para que la trabajemos, la deposita delante para que la leamos con fe, la siembra en nuestro corazón para que la hagamos crecer con amor.

En esta semilla late el germen imparable de la vida de Dios en nosotros; ansía brotar, alzarse, despuntar, echar brotes, extenderse en ramas, poblarse de nidos, llenarse con la música de tantos pájaros, ser casa acogedora y abierta. ¿Quién pondrá límites a tanto anhelo que porfía por germinar y surgir, que se convierte

en consuelo y esperanza para tantos hermanos, como hace este misionero que predica en Zimbawe, y que me ha traído de aquellas castigadas tierras dos pequeñas semillas de baobab?

La portada del libro ilustra la parábola del sembrador. El final de estos relatos acaba asimismo con la parábola de las semillas del baobab. La semilla es la Palabra de Dios, asegura Jesús.

¿Sería mucho atreverse con un gran sueño, que se torna súplica a Dios y compromiso nuestro: que algún día esta semilla de la Palabra alcance la vitalidad y la magnitud de un baobab africano?

¿No era el mismo sueño de Jesús, quien pronunció aquella parábola sobre el grano de mostaza, «la más pequeña de todas las semillas, pero que, una vez sembrada, crece y se hace mayor que todas las hortalizas, y echa ramas tan grandes que las aves del cielo anidan a su sombra?» (Mc 4,31-32).

XI

San Antonio M^a Claret, apóstol de la Biblia en la Iglesia

San Antonio M^a Claret no es sólo fundador de los misioneros, hijos del Inmaculado Corazón de María, los claretianos; constituye un don de Dios para la Iglesia. ¡Ay de nosotros, si pretendemos empequeñecerlo y reducirlo a un ámbito particular, cuando de hecho y por vocación pertenece a todos! Él rompía los límites angostos de las barreras raciales y fronteras nacionalistas. Confesaba: «mi espíritu es para todo el mundo»¹. No lo exhibimos como un paladín de virtudes o dechado de heroísmo, sino que deseamos compartir esta herencia, en la viva comunión dentro de la Iglesia con todos los creyentes, pues a todos nos acompaña, enseña y enardece. De aquí, la importancia y volumen de este capítulo: nos muestra a alguien cercano, un hermano nuestro, convertido y troquelado completamente por la fuerza de la Palabra, que él leía con fe cada día².

¹ Carta del Padre Claret al Nuncio Apostólico (12-8-1849), en *Epistolario Claretiano I*, Preparado y anotado por J. M^a Gil, Madrid 1970, 305.

² Ésta es la selecta bibliografía que ha estudiado el tema de la Palabra en la vida de Claret. De ella nos hemos servido con frecuencia y con indudable provecho. R. Casals, *Devoción a la Sagrada Escritura de Claret*: Ilustración del Clero 28 (1934) 237-24; M. Peinador, *La edición de la Vulgata del Beato Claret*: Ilustración del Clero 42 (1949) 373-385; R. Baracaldo, *San Antonio M^a Claret y la Biblia*: El Faro (octubre 1970), 18-20; M. Ramírez, *Circular sobre el estudio y amor a la Sagrada Escritura*: Bol. Prov. Cat. 221 (1964) 129-134; J. M^a Lozano, *Un místico de la acción*, Barcelona 1983, 147-181; A. Aparicio, *Textos bíblicos en los que se inspira la vocación de Claret*: Sacerdotes Misioneros al estilo de Claret, Madrid 1985, 107-146; J. M^a Viñas, *El primado de la Palabra en la vida y escritos del P. Claret*: Servidores de la Palabra, Vic 1990, 53-90; M. Orge, *La inspiración bíblica del carisma claretiano en San Antonio M^a Claret*: Studia Claretiana 9 (1991) 11-44; M. Orge, *Inspiración y fundamentación bíblica del carisma claretiano*:

San Antonio M^a Claret es una figura señera en la España del siglo XIX: «El P. Claret centra el siglo XIX español con su vida santa y apostólica. Por muchos capítulos, su heroicidad fue excepcional. Es el gran santo en esa hora de revolución, de transición, de iniciativas; también de sufrimiento y de cruz»³. En su ejemplaridad se reconocen cristianos de todo tipo y condición: «En él se miran los obreros, los sacerdotes, los obispos y todo el pueblo cristiano, ya que hallan en él preclaros ejemplos con que alentarse y excitarse, cada cual según su estado», había declarado el papa Pío XII durante la homilía de la canonización⁴.

Es verdaderamente personaje único por su singularidad y plural por sus múltiples facetas desplegadas. «San Antonio M^a Claret fue, sin duda, una figura insólita y poliédrica, abierta a todas las inquietudes cristianas y humanas de su época. Por eso fue al mismo tiempo objeto de ciega y acérrima repulsa y de increíble fervor popular y multitudinario»⁵.

Aunque pequeño de estatura, su influencia benéfica en el pueblo de Dios ha resultado enorme, y su irradiación apostólica, gigantesca. Mas no se trata ahora de tejer un encomiástico panegírico, sino de recordar su presencia a fin de aprender y estimularnos. ¿Nos alcanzarán por fortuna también a nosotros algunos de esos rayos contagiosos?

Podemos preguntarnos, tal como se interrogaban perplejos los habitantes de Nazaret respecto a la actuación de Jesús, su paisano y compatriota (Mc 6,1-3): ¿Cómo es posible una vida apostólica tan heroica y entregada, de qué fuente o venero brota, cuál es la causa original que pueda interpretarla? Nos está permitido, ya de entrada, avanzar una respuesta que creemos definitiva: Claret fue un santo por obra y gracia de la Palabra de Dios.

C.M.F. Nuestro Proyecto de Vida Misionera, Roma 1993, 187-268; J. M^a Palacios, *La Lectura de las Sagradas Escrituras en Claret*. Studia Claretiana XII (1994) 7-56; J. Batista Megale, *A paixão pela Palavra em Antônio Maria Claret*, São Paulo 2005.

³ B. Jiménez Duque, Espiritualidad y apostolado en *Historia de la Iglesia en España*, V. *La Iglesia en la España contemporánea* (dirigida por R. García Villoslada), Madrid 1979, 466. Incluso se ha llegado a afirmar: *Ninguno más ilustre que San Antonio M^a Claret entre quienes evangelizaron al pueblo* (F. J. Montalbán, *Historia de la Iglesia católica* t. 4, Madrid 1953, 607).

⁴ *Acta Apostolica Sedis* 42 (1950) 372.

⁵ J. Bermejo, *San Antonio M^a Claret. Antología espiritual*, Madrid 1973, 7.

Recorremos, a modo de brevísima panorámica, los hitos más señalados de su existencia. Antonio M^a Claret se convirtió, modeló toda su actividad misionera, fue fiel seguidor de Jesús, evangelizador de los pobres, y discípulo perseguido como el Maestro, merced al milagro de la Biblia leída y orada.

Él, cada día, de manera sistemática y metódica, con una fidelidad que nunca decayó, y que supo mantener firme a lo largo de todos los días, se entregó a su lectura con devoción y simplicidad de fe. La Biblia le transformó y troqueló: le configuró con una nueva existencia, conforme a la de Jesús misionero, el Hijo, enviado del Padre.

Antonio M^a Claret representa palpablemente la fecundidad, la demostración de la exuberante fuerza de la Palabra de Dios, cuando nos abandonamos a su perseverante lectura, con espíritu creyente, disponible y obediente, para realizar la voluntad divina. Entonces el mismo Dios se nos comunica como una luz que siempre orienta y con una energía que opera en nosotros su designio dentro de la historia de la salvación.

Constituye igualmente un modelo que nos empuja para convertirnos también nosotros en apóstoles idóneos de la Palabra, de tal manera que lleguemos a ser los imperecederos labios del Señor, capaces de pronunciar idéntico mensaje que proclamaba el Jesús de los evangelios.

La Biblia no debe nunca ser objeto de lujo, destinado para ser guardado en una caja fuerte o almacenado en el escondite de un anaquel. Claret nos exhorta a divulgarla y difundirla, llenar el mundo que nos rodea, con tanta y triste frecuencia hambriento y menesteroso, con la abundancia de la Palabra.

Cuando alguna vez se nos conceda descubrir su inmensa riqueza, ya no la podemos retener con avaricia, sentimos la urgencia y nos quema la premura: no tenemos más remedio que compartirla con generosidad.

Igual que existe un esmero por buscar *ipsissima verba Jesu*, las «mismas» palabras que se remontan a su primer emisor, Jesús, salidas de su boca, así procuramos con sumo cuidado leer e interpretar las «mismísimas» palabras del san Antonio M^a Claret. Buscamos el contacto directo, a fin de que sea él mismo quien

nos hable e interpele. ¡Cuántas semillas prodigiosas, capaces de renovación y generadoras de empuje apostólico, se hallan dentro, latentes entre sus páginas, aguardando expectantes para actuar! Nos valemos de todas sus obras, principalmente de su más personal escrito: *La Autobiografía*, en donde el santo, por mandato de obediencia y con una finalidad edificante, narra su propia vida interpretada desde la madurez de sus últimos años⁶.

Describimos, a manera de memorial, una escena claretiana, que consigue ilustrarnos —una imagen puede valer más que muchas exhortaciones— sobre la altísima estima que él tenía de la Biblia. Está entresacada de los pliegues de su vida. La podemos titular: «el éxodo o el paso del mar Rojo».

El joven Claret siente que su espíritu pertenece a todo el mundo; arde en deseos de ser misionero universal, apostólico. Recordamos su paso de España a Roma —el Mediterráneo actúa ahora a manera de mar Rojo— adonde va a ofrecerse para ser misionero en cualquier parte a que se le envíe. Evocamos este paso como el éxodo bíblico.

Recordamos la figura del sacerdote Claret, joven inexperto que no ha salido de su tierra y que va allende el mar, a Roma, no por turismo, sino para seguir a Jesucristo, dispuesto a trabajar en misiones por él. Movido por este deseo, busca el sitio más pobre de toda la embarcación. Se acomoda junto a un rollo de cuerdas, y pone su cabeza sobre la dura almohada de un cañón. Así rememora la imagen del Señor, cuando iba en la barca con sus discípulos.

Para otorgar mayor verismo a la escena, se levanta una recia tempestad. El joven permanece en su puesto, se guarece como

⁶Éstos son los libros que recogen la ingente obra escrita de nuestro santo. Los señalamos según su fecha de aparición y en la edición de la que nos hemos profusamente servido: *Epistolario Claretiano*. Preparado y anotado por J. M^a Gil, 3 vols. Madrid 1970. 1987; San Antonio M^a Claret. *Escritos Espirituales*. Edición preparada por J. Bermejo, Madrid 1985; San Antonio M^a Claret. *Escritos autobiográficos*. Transcripción, introducción y notas por J. M^a Viñas y J. Bermejo, Madrid ²1986. Aquí se encuentra su mejor libro, la *Autobiografía*; San Antonio M^a Claret. *Escritos marianos*. Edición preparada por J. Bermejo, Roma 1989; San Antonio M^a Claret. *Escritos pastorales*. Edición preparada por J. M^a Viñas y J. Bermejo, Madrid 1992; *Epistolario pasivo de San Antonio M^a Claret*. Edición preparada por J. Bermejo, 3 vols., Madrid 1992. 1994. 1995; San Antonio M^a Claret. *Cartas selectas*. Introducción y notas por J. Bermejo, Madrid 1996.

puede. No tiene otro refugio adonde acudir. Hace de su capote un escudo que coloca encima de su cabeza, y con su hatillo se protege el cuerpo, inclinando la cabeza a fin de ofrecer menos resistencia al ímpetu de las olas que irrumpían con fuerza contra la barca. En esta incómoda postura transcurre toda la noche, hasta el amanecer.

De pasada, casi sin darle importancia, Claret nos refiere en qué consiste su equipaje. Es ligero, como el del célebre «peregrino ruso». Porta en su hatillo toda su hacienda, cuyo bien más preciado consiste en la Biblia. Una Biblia pequeña, manejable, a fin de poderla leer cada día; su compañera fiel e inseparable que nunca abandonará ni le abandonará en el ondulante éxodo de su existencia.

Así comienza el primer relato del «peregrino ruso»:

Soy hombre y cristiano por la gracia de Dios. Por mis acciones soy un gran pecador; por mi estado sin hogar, de la más humilde condición y siempre vagando de un lugar a otro. Por único haber llevo sobre mis hombros una bolsa con pan seco, en mi blusa la santa Biblia, y esto es todo⁷.

Leemos la descripción del santo. El estilo literario de estas páginas autobiográficas en donde narra su viaje de España a Roma, para presentarse a la Congregación de «Propaganda Fide» y poder ser enviado a cualquier parte del mundo, resulta animado y pintoresco, pletórico de realismo. Podíamos calificarlo de «cinematográfico». Hasta consigue mantener un ambiente preñado de suspense. Claret sabe contar las cosas con sencillez y viveza. Nos quedamos en el capítulo cuarto, que él titula: «de lo que ocurrió en el buque».

Como mi viaje a Roma no era por recreo, sino para trabajar y sufrir por Jesucristo, consideré que debía buscar el lugar más humilde, más pobre y donde tuviese más oportunidad de sufrir. Al efecto, pagué el flete de andar sobre cubierta y a la parte de la proa, que es el lugar más pobre y barato de la embarcación. Después de haberme retirado solo a rezar el Rosario y demás devociones, busqué un puesto para descansar un poco y no hallé otro más a propósito que un montón de cuerda arrollada, en que me senté, y descansé la cabeza sobre un cañón de artillería que estaba en la tronera del lado del buque (Aut, 130).

⁷ *Relatos de un peregrino ruso*. Introducción y notas de M. De Elizalde, Salamanca 1989, 17.

En esta posición meditaba cómo estaría Jesucristo descansando cuando iba embarcado con sus discípulos, y esta meditación fue tan propia, que aun el Señor quiso que fuese algo parecida en la tempestad; porque estando ya descansando, se levantó tan recia tempestad que el agua entraba dentro del buque. Yo, sin moverme, sentado sobre aquella rueda o montón de cuerda, me puse el capote encima de la cabeza, y el hatillo con la provisión y sombrero encima el regazo arrimado al cuerpo, teniendo la cabeza un poco inclinada por delante a fin de que se escurriese el agua, que me venía encima, de las olas que se estrellaban contra el buque. Así es que cuando oía el golpe de la ola yo inclinaba la cabeza, daba la espalda y me caía encima el agua (Aut, 131).

Así pasé toda la noche hasta el amanecer en que vino la lluvia y calmó la tempestad, y si antes me había mojado con el agua del mar, después me mojé con el agua dulce de la lluvia. Todo mi equipaje consistía en una camisa, un par de medias, un pañuelo, la navaja de afeitar y un peine, el Breviario y la santa Biblia de un volumen muy pequeño. Mas como a los que van encima cubierta, no se les da nada de comida, es preciso que cada uno lleve su provisión para el viaje. Como yo ya lo sabía, antes de embarcarme hice en Marsella mi provisión, que consistía en una torta de pan de alguna libra y un pedazo de queso. Ésta fue toda mi provisión para los cinco días de embarcación de Marsella a Civitavecchia, entre las escalas que hicimos y las tempestades que tuvimos. Y como la tempestad fue tan larga y fuerte, cayó mucha agua encima, de modo que me caló todo el capote y me mojó el pan y el queso, y así lo tuve que comer, y no obstante de estar muy salado, como tenía bastante hambre, me sabía muy bien (Aut, 132).

La aventura no acaba de manera lamentable, pues, aun sufriendo los duros efectos de la penuria y los envites del tiempo inclemente, comenta con gracejo —el humor verdadero se advierte y destaca en las adversas circunstancias— que, como el agua del mar mojó el pan y el queso, ya de por sí salados, le añadieron más sal. Y como tenía mucha hambre, le fueron muy sabrosos.

Más adelante el santo recuerda su viaje a Roma, y comenta que toda su biblioteca ambulante consistía en el Breviario y una Biblia. Añade que era de letra pequeña, un ejemplar de reducidas proporciones, manejable, a fin de poder leerla todos los días, incluso en los viajes, y añade: «porque siempre he sido aficionado a la lectura de la Biblia» (Aut, 151).

Lo que más siente es que, al ingresar inmediatamente en el Noviciado de los jesuitas, le retiran la Biblia. Lo que la tormenta no fue capaz de arrebatarle, lo hicieron los jesuitas: despojarlo de la Biblia: «Al llegar al Noviciado me colocaron en una celda que había todos los libros que había menester, menos la Biblia, que yo tanto apreciaba. Cabalmente, con la ropa de mi uso se llevaron también la Biblia que yo había traído; la pedí y me dijo: Bien. Pero la Biblia jamás la vi hasta que tuve que salir por enfermo, que entonces me la devolvieron» (Aut, 151)⁸.

Va a Roma para ser misionero destinado a la universalidad de la Iglesia. ¿En qué radicará la aportación más genuina de su misión? Claret nos dará el preciado regalo de la Biblia, leída cada día con simplicidad de fe, que no retiene celoso como un cofre para sí. Va a abrirla y prodigarla, predicarla con celo ardiente a una humanidad menesterosa y sedienta.

Así lo recordamos, durante su éxodo, en medio de la tormenta y de la noche, apretando la Biblia en su regazo, guardándola como a su único tesoro, defendiéndola como se protege a una criatura, que se ha dado a luz. En efecto, si la Biblia le ha dado a luz, él, también, ha dado a luz a la Biblia, la ha alumbrado y dado a conocer al mundo como apóstol y misionero⁹.

Primera Parte

La Biblia, voz viva de Dios que le habla y transforma

1. Contexto vital. Situación de la Biblia en España

Antonio M^a Claret nace en Sallent (Barcelona) en 1807 y muere desterrado en Fontfroide (Francia) en 1870. Su existencia transcurre a lo largo de todo el siglo XIX, impregnándolo con su presencia.

⁸ Recordando estos tiempos, escribía el 12 de julio de 1857 al P. Juan Nepomuceno Lobo, su provisor en Cuba y luego novicio en la Compañía: «Ya hace algún tiempo que el Señor me cría y me trata a lo jesuita, esto, es, quitándome lo que más quiero y negándome lo que más deseo» (*Epistolario Claretiano I*, 1.375-1.376).

⁹ En un texto de exhortación a la lectura hablará expresamente de la Biblia con estos términos: *Todo estudiante ha de tener un ejemplar de la Santa Biblia que di a luz (Monasterio de El Escorial. Plan de estudios para los Seminarios, en Miscelánea interesante, Barcelona 1865, 163).*

El ambiente general de la espiritualidad en España, durante el período que abarca desde 1800 a 1875, resulta más bien sombrío. La vida sobrenatural del pueblo de Dios es pobre y desnuda. Está falta del consuelo que podría otorgarle la luz del Evangelio.

La piedad que mantiene a la población cristiana es, desde un punto de vista doctrinal, escasa, moralizadora y con frecuencia culpabilizante. El mensaje principal que se transmite por los cauces habituales, sea a través de las misiones populares, sea por los libros de devoción, acentúa el tema de los novísimos mediante un tratamiento calamitoso, lindando con la catástrofe: exigua brevedad de la vida, vanidad de este mundo pasajero, insistencia en el pecado y sus consecuencias mortíferas, explicación detallada, rayana en la casuística, de los mandamientos de la ley de Dios.

Las más hermosas y consoladoras verdades de la fe cristiana, como el amor y la gracia de Dios, se silencian y no se tratan con la profundidad ni la frecuencia con que se debiera¹⁰.

Aunque sea de soslayo, como paréntesis ilustrador, el amor de Claret a la Biblia se muestra en la forma de tratar estos temas teológicos «terminales» o «novísimos». El filósofo Balmes así lo reconoce: «El señor Claret, al describir las eternas sanciones, mayormente las penas del infierno, evita ex profeso ponderaciones e imágenes que no sean del Evangelio o de la Escritura»¹¹.

Concentrándonos en la acogida y lectura de la Biblia en España, podemos pintar con brochazos oscuros una penosa situación de empobrecimiento: «La formación bíblica fue completamente nula en este tiempo. La lectura de la Sagrada Escritura, muy escasa. Y menos mal que empiezan a autorizarse y publicarse versiones en castellano de la misma —traducción de Scío, Valencia 1790-93; traducción de Torres Amat, Madrid 1823-25—. Pero, aun esas Biblias en castellano, apenas llegan más que

¹⁰ A fin de conocer la perspectiva general de la época que nos ocupa, véase B. Jiménez Duque, *Líneas de espiritualidad en ese período*, en *Historia de la Iglesia en España*, V. *La Iglesia en la España contemporánea* (dirigida por R. García Villoslada), Madrid 1979, 410-413.

¹¹ Cita tomada de R. Casals, *Devoción a la Escritura del B. Claret*: Ilustración del Clero, 28 (1934) 237.

al clero. Ésta fue, reconozcámoslo, una deficiencia grave en la espiritualidad de entonces».¹²

Aún podemos recoger otro testimonio que abunda en tan deplorable situación: «No le tocaron al P. Claret tiempos florecientes para los estudios bíblicos y menos en nuestra patria. Los años que corren entre 1800 a 1870 son de los más calamitosos bajo este punto. Mientras en el campo protestante se despertaba la crítica textual y literaria y aparecían las primeras colecciones de comentarios a toda la Sagrada Escritura y estudios particulares sobre diversas cuestiones... en el campo católico era apenas nada lo que se hacía, contentándose con lo del pasado. Y menos mal si en España, sobre todo, hubiéramos vuelto a nuestros grandes exegetas del Siglo de Oro. Éstos eran ignorados o preteridos, y en las aulas bíblicas de los Seminarios se daban las Introducciones de Lamy B., Janssen, Glaire, Wouters, y se contentaban con los Comentarios clásicos de A. Lápide, Tirini y Menoquio, cuando no simplemente con las notas del P. Scío».¹³

La Iglesia, como una buena madre, con un sincero deseo de protección —más bien diríase de excesiva protección—, pretende evitar a todo trance el contagio protestante, la influencia de la teología liberal que tanto acentuaba el predominio de la razón con menoscabo de la fe. La Iglesia no quiere que a sus hijos les llegue los fríos ni les ataquen los resfriados en esta larga noche de tormenta en Europa. Cierra las puertas, a cal y canto, a todo posible contagio; pero con ello se acarrea un gravísimo mal de incalculables consecuencias: priva del consuelo profundo de la Palabra. De hecho la Biblia no se conoce ni se lee. Son éstos tiempos de infortunio, por ser tiempos de olvido y de ignorancia de la Palabra de Dios.

En medio de este paisaje desolador surge providencialmente la figura del P. Claret: como un don de Dios a la Iglesia, válido para toda la familia de los hijos de Dios. «Claret es un enamorado de la Sagrada Escritura y un apóstol de su lectura.

¹² Cf. B. Jiménez Duque..., 414.

¹³ M. Peinador, *La edición de la Vulgata del Beato Padre Claret*: Ilustración del Clero 42 (1949) 374.

Hoy parecería un tópico. En realidad fue en caso singular en la Iglesia de su tiempo y, por ello, tanto más admirable y digno de destacarse»¹⁴.

2. La Biblia, una saeta que le traspasó el corazón.

Me ocurrió como a Saulo

El acontecimiento que va a sacar a Claret de una obsesión febril, de una situación de descentramiento de Dios, que no conocía ya aquel amor primero, marcado por el fervor y dedicación a las cosas del Padre, es la escucha de la Palabra. La Biblia acogida le trastorna y transforma. Toda la secuencia de su conversión, relatada por él mismo, se ilumina cuando se pone en paralelismo con la conversión de Pablo. De esta manera similar la interpreta: «Me ocurrió como a Saulo».

a) El delirio de la fabricación

El santo habla de un «resfriado», no de una grave enfermedad, ni de una tibieza espiritual. Con tres frases, de manera insistente, describe el mal que le aquejaba¹⁵. Además, el adjetivo «todo» muestra que su atención se halla por completo focalizada y absorbida: «Todo mi objeto, todo mi afán, era la fabricación. Por más que diga, no lo encareceré bastante; era un delirio el que yo tenía por la fabricación». Delirio que se convierte en desvarío. En un momento, Claret retrata gráficamente lo que le ocurre: «Durante la misa tenía más máquinas en la cabeza que santos no había en el altar» (Aut, 67).

Queda reducido a ser esclavo sumiso de una pasión dominante, casi obsesiva: la fabricación textil. Bien es verdad que esta manía no era destructiva como en Pablo, quien, en su defensa a

¹⁴ M. Orge, *Inspiración y fundamentación bíblica del carisma claretiano: C.M.F. Nuestro Proyecto de Vida Misionera*, Roma 1993, 190.

¹⁵ Su humildad le induce a cargar las tintas sobre su vida pasada. El joven Claret cumplía con sus deberes religiosos. Pero extrema las palabras para conjurar el peligro a que puede conducir una afición exagerada y dominante. Su biógrafo, que lo conocía personalmente, Francisco de Asís Aguilar, escribe: *Puedo asegurar... que nunca fue calavera ni disipado (Vida del Excmo. E Ilmo Sr. D. Antonio María Claret, misionero apostólico, arzobispo de Cuba y después de Trajanópolis, Madrid 1871, 21).*

ultranza de su monoteísmo judío, quería acabar con el peligro del naciente cristianismo.

En los tres primeros años que estuve en Barcelona me resfrié mucho en el fervor que tenía cuando estaba en mi patria. Es verdad que recibía los santos sacramentos algunas veces entre año, que todos los días de fiesta y de precepto oía misa y cada día rezaba a María Santísima el santo Rosario y algunas otras devociones; pero no eran tantas ni tan fervorosas como antes. Todo mi objeto, todo mi afán, era la fabricación. Por más que diga, no lo encareceré bastante; era un delirio el que yo tenía por la fabricación (Aut, 66).

b) Experiencia en el Espíritu

Era preciso que el Señor lo conmoviese y espabilara, sacándolo de su aletargado sopor. En términos atrevidos, casi de apuesta, el evangelio le pone en una situación límite. Aunque el hombre logre conquistar con su industria y destreza las riquezas del mundo entero, para qué sirve si pierde su alma —o «su vida», precisa el texto griego del evangelio—. Ante la salvación eterna, los demás bienes quedan relativizados y empequeñecidos.

El joven Claret toma una opción radical. Se decide, al fin, por un valor absoluto, que ni los ladrones roban ni la polilla corrompe: Jesucristo, el que nos habla en la Palabra y por quien está dispuesto a perder todas las cosas con tal de ganarle a él.

El pasaje del evangelio operó un vuelco en su existencia, como a Pablo en el camino de Damasco. Le hizo bajar del caballo, descabalgár de su vida errada, de esa «barahúnda» atropellada de máquinas y cosas:

En medio de esta barahúnda de cosas, estando oyendo la santa Misa, me acordé de haber leído desde muy niño aquellas palabras del Evangelio: ¿De qué le aprovecha al hombre el ganar todo el mundo si finalmente pierde su alma? Esta sentencia me causó una profunda impresión... fue para mí una saeta que me hirió el corazón (Aut, 68).

En estos momentos decisivos recuerda la palabra del evangelio. Importa anotar que no dice que escuchó del sacerdote el evangelio —como aconteció a san Francisco de Asís— o que lo leyó personalmente —como san Agustín—, sino: «me acordé». El evan-

gelio era ya en él una memoria dormida, latía en su interior. En el contexto sagrado de la celebración eucarística se despertó, salió a luz, traspasándole el corazón con la fuerza de una saeta.

Se trata de una acción que el Espíritu Santo suscita. Él es la memoria viva de la Escritura dentro de la Iglesia. Según el evangelio de san Juan, el Espíritu recuerda las palabras de Jesús: «Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14,26). Las palabras se oyen o leen muchas veces, luego se guardan o vegetan dormidas en la memoria; hace falta alguien que las haga resonar; esto es, recordarlas, o pasarlas por el corazón con toda su viveza. Tal es la función y papel del Espíritu Santo en la Iglesia: hacer comprender, entender e interiorizar las palabras de Jesús¹⁶.

c) Incertidumbre

Pero el santo no sabe a qué atenerse. Señala su estado de ánimo, desasosegado: «yo pensaba y discurría qué haría, pero no acertaba» (Aut, 68). Se halla sumido en el desconcierto, ignora qué senda emprender. Tiene el corazón herido por un saeta que le ha traspasado, pero sus ojos no ven, ni su corazón conoce el «camino recto» por donde dirigir sus pasos.

Le ocurre como al mismo Pablo, camino de Damasco, tras el encuentro con el Señor. Esa luz poderosa que le derriba del caballo se convierte, de manera paradójica, en ceguera que le ofusca y entenebrece: «Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada» (Hch 9,8).

d) Mediación de la Iglesia

A fin de que la experiencia fuese salvadora –no traumatizante ni disgregadora– hacía falta un Ananías que le «echara una mano» y guiase, pues se hallaba sumido en aciago atolladero. Toda auténtica vocación acontece dentro de la Iglesia.

A veces no se repara suficientemente en que la vocación de Pablo acontece en el marco teológico de otra llamada divina a

¹⁶ Cf. G. Johnston, *The Spirit-Paraclet in the Gospel of John*, Cambridge, 1970, 86.

Ananías. Ambas se ubican en el ámbito de la Iglesia. La intervención de Ananías resulta decisiva y providencial para la conversión de Pablo (Hch 9,10-19). Sin aquél no habría existido el apóstol Pablo¹⁷.

Como Pablo necesitaba un Ananías porque no veía, asimismo el joven Antonio busca la orientación tutelar de la Iglesia. Por eso dirige sus pasos hacia alguien de la Iglesia que le esclarezca el camino:

Me hallé como Saulo por el camino de Damasco; me faltaba un Ananías que me dijese lo que había de hacer. Me dirigí a la Casa de San Felipe Neri, di una vuelta por los claustros y vi un cuarto abierto; pedí permiso y entré, y hallé a un hermano llamado Pablo, muy humilde y fervoroso, y le referí sencillamente mi resolución. Y el buen hermano me oyó con mucha paciencia y caridad, y con toda humildad me dijo: Señor mío, yo soy un pobre lego; no soy yo quien ha de aconsejar a V.; yo le acompañaré a un Padre muy sabio y muy virtuoso, y él le dirá lo que V. debe hacer. En efecto, me condujo al P. Amigó. Me oyó y celebró mi resolución, y me aconsejó que estudiase latín, y le obedecí (Aut, 69).

e) Visión completa

En efecto, tras el encuentro con este sacerdote de la Iglesia, Claret recobra la visión. Hasta el mismo texto lo señala de manera plástica: «Se despertaron en mí los fervores de piedad y devoción, abrí los ojos» (Aut, 70).

Repárese en la fiel analogía entre ambos finales felices: «Fue Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y le dijo: Saulo, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús, el que se te apareció en el camino por donde venías, para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Al instante cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista; se levantó y fue bautizado. Tomó alimento y recobró las fuerzas. Estuvo algunos días con los discípulos de Damasco» (Hch 9,17-19).

¹⁷ Sobre la importancia de Ananías en el proceso de conversión de Pablo véase Ph. Bossuit-J. Radermakers, *Témoins de la Parole de la Grâce. Lecture des Actes des Apôtres*, II, Bruselas 1995, 315.

Uno y otro, Pablo y Claret, son integrados en el seno maternal de la Iglesia. Sólo desde la Iglesia su vocación y apostolado serán fecundos.

f) Parentesco apostólico con Pablo

Claret experimenta, desde entonces, una fuerte vinculación con Pablo. Como él, trabaja sin descanso, sufre todas las penalidades, incluso se complace en las tribulaciones y se gloria en la cruz.

Así lo reconoce abiertamente y confiesa con vehemencia:

Pero quien me entusiasma es el celo del apóstol san Pablo. ¡Cómo corre de una a otra parte, llevando como vaso de elección la doctrina de Jesucristo! Él predica, él escribe, él enseña en las sinagogas, en las cárceles y en todas partes; él trabaja y hace trabajar oportuna e importunamente; él sufre azotes, piedras, persecuciones de toda especie, calumnias las más atroces. Pero él no se espanta; al contrario, se complace en las tribulaciones, y llega a decir que no quiere gloriarse sino en la cruz de Jesucristo (Aut, 224)¹⁸.

3. La Biblia le descubre el camino de su vida: la voluntad de Dios

Tras esta fuerte sacudida, herido por la saeta de la Palabra, el joven Claret piensa y cavila; no se cansa de dar vueltas y discutir qué tendría que hacer y cómo para salvar las almas. Ruega al Señor y a María, su madre. Se pone en absoluta disposición, con el alma en vilo, ofrecida. No quiere sino conocer la voluntad del Señor a fin de cumplirla.

Siguiendo la imagen de la parábola evangélica, Claret se prepara y cultiva, desbroza los impedimentos —zarzas que puedan ahogar la Palabra y piedras que la esterilicen—, se abre de par en par a la acción del Señor. ¿Cómo llegará la voz divina a su cora-

¹⁸ *Se ha dicho con toda razón que muchos rasgos de san Pablo aparecen en san Antonio M^a Claret, sobre todo su amor apasionado a Cristo y su fogosidad apostólica, reflejada principalmente en la llamada definición del misionero (San Antonio M^a Claret. Escritos Autobiográficos, Madrid 1981, 189, n. 93).*

zón de tal manera que él alcance a descubrir su voluntad? ¿Cómo nacerá el apóstol y el profeta en la Iglesia?

Por supuesto, mediante una vida espiritual acrecentada, de constante atención y de estar alerta; mediante la oración intensa, la lectura espiritual..., pero el lugar privilegiado, en donde se van a encontrar verdaderamente Dios y Claret, el momento crucial de la cita en el que Dios dirá su definitiva palabra y revelará su designio, lo constituye la lectura de la santa Biblia. El joven así lo reconoce:

Desde que me pasaron los deseos de ser cartujo, que Dios me había dado para arrancarme del mundo, pensé, no sólo en santificar mi alma, sino también discurría continuamente qué haría y cómo lo haría para salvar las almas de mis prójimos. Al efecto, rogaba a Jesús y a María y me ofrecía de continuo a este mismo objeto. Las vidas de los santos que leíamos en la mesa cada día, las lecturas espirituales, que yo en particular tenía, todo me ayudaba a esto; pero lo que más me movía y excitaba era la lectura de la Santa Biblia, a que siempre he sido muy aficionado (Aut, 113).

a) Textos vocacionales

Claret ha reunido un selecto florilegio, una antología de los pasajes de la Biblia, que le han orientado en su rumbo, y que representan la clave para entender su vocación y tarea.

El joven Claret es seminarista en Vic. En un ambiente recogido y exigente, siguiendo las orientaciones del obispo Corcuera, se esmera por encontrar la voluntad de Dios a través de una lectura asidua de la Biblia. Hay que insistir en esta específica modalidad. La práctica no es ocasional, ejercitada al azar, de vez en cuando, sino continua y perseverante, a base de dos capítulos diarios. Abiertamente lo confiesa: «Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión, que me parecía que oía una voz que me decía a mí lo mismo que leía. Muchos eran estos pasajes, pero singularmente los siguientes» (Aut, 114-115).

Sólo entonces, el joven seminarista descubre lo que toda su alma inquieta con tanto ahínco buscaba: las más firmes verdades de su vida y el cabal cumplimiento de su misión, los pilares que van a sostener con fundamento su intensa acción evangelizado-

ra. Veámoslos, sirviéndonos de sus mismas citas y aplicaciones correspondientes:

- Descubre el cimiento inquebrantable de su vocación. Se sabe llamado por el Señor:

Yo te he tomado de los extremos de la tierra y te he llamado de sus lejanas tierras. Y te dije: Siervo mío eres tú, yo te escogí y no te deseché (Isaías 41,9).

Con estas palabras conocía cómo el Señor me había llamado sin mérito ninguno de parte de patria, padres ni mía (Aut, 114).

- Descubre que el Señor es su auxilio y amparo; le ha protegido de continuo y, por tanto, no hay que desmayar:

No temas, que yo estoy contigo; no declines, porque yo soy tu Dios: te conforté y te auxilié, y te amparó la derecha de mi justo (Isaías 41,10).

Aquí conocí cómo el Señor me sacó en bien de todos los apuros que he referido en la primera parte y de los medios de que se valió (Aut, 115).

- Descubre la magnitud de la hostilidad que se avecina: persecuciones que serán grandes, terribles y espantosas. Pero la presencia del Señor le anima y consuela. «Serán como si no fuesen», porque el Señor le conduce por su mano:

He aquí que confundidos y avergonzados serán todos los que pelean contra ti: serán como si no fuesen y perecerán los hombres que te contradicen. Porque yo soy el Señor tu Dios, que te tomo por la mano y te digo: No temas, que yo te he ayudado (Isaías 41,13).

Conocía los grandes enemigos que tendría, y las terribles y espantosas persecuciones que se levantarían contra mí (Aut, 116).

- Descubre la fuerza de su predicación capaz de destruir el pecado y quebrantar los males:

Yo te puse como un carro nuevo que trilla armado de dientes serradores; trillarás los montes y los desmenuzarás y reducirás como a polvo los collados. Los aventarás, y el viento los llevará y los esparcirá el torbellino, y tú te regocijarás en el Señor y te alegrarás en el Santo de Israel (Isaías 41,15-16).

Por estas palabras el Señor me daba a conocer el efecto que había de causar la predicación y la misión que él mismo me confiaba. Los montes quiere decir los soberbios, racionalistas, etc., etc., y con nombre de collados quiere que entienda los lujuriosos, collados por donde todos los pecadores vienen a pasar. Yo les argüiré y convenceré y por esto me dice (Aut, 117).

- Descubre la universalidad de su misión, que concierne no sólo a unos pocos. Hay mucha hambre de la Palabra de Dios, y existen muchos sedientos y famélicos. Dios quiere atenderlos. ¿De quién se va a servir? Claret se ofrece:

Los menesterosos y los pobres buscan aguas y no las hay; la lengua de ellos se secó de sed. Yo el Señor les oiré; yo el Dios de Israel no les desampararé. Yo haré salir ríos en las cumbres de los collados y fuentes en medio de los campos, y los que en el día son áridos desiertos, serán estanques de buenas y saludables aguas (Isaías 41,17-18).

El Señor me dio a conocer que no sólo tenía que predicar a los pecadores sino también a los sencillos de los campos y aldeas había de catequizar, predicar, etc., etc. (Aut, 118).

- Descubre la tremenda responsabilidad de su misión. Es un centinela siempre alerta. Tiene que ser permanente vigilante. Como el Señor, el guardián de Israel, que no duerme ni reposa. No debe incurrir en el bíblico delito de sangre. Si el pecador muere por no haber sido avisado, el profeta comete el mismo pecado que el centinela negligente, que no avisa que se acercan los enemigos, y la ciudad, despreocupada y no amonestada, es tomada, saqueada y sus habitantes pasados a cuchillo:

Hijo del hombre, yo te he puesto por centinela de la casa de Israel; y oirás la palabra de mi boca y se la anunciarás de mi parte. Si diciendo yo al impío: de cierto morirás; tú no se lo anuncias, ni le hablares para que se aparte del camino impío y viva; aquel impío morirá en su maldad, mas la sangre de él de tu mano la demandaré. Mas si tú apercibieres al impío y él no se convirtiere de su impiedad y de su impío camino, él ciertamente morirá en su maldad, mas tú salvaste tu alma (Ezequiel 3,18-19).

- Oye la voz del Señor, que le avisa con ruegos insistentes y le llama a predicar a todo el mundo. Obedece a la voz de Dios con una decidida determinación:

En muchas partes de la Santa Biblia sentía la voz del Señor que me llamaba para que saliera a predicar.

Así es que determiné dejar el curato e irme a Roma y presentarme a la Congregación de Propaganda Fide para que me mandase a cualquier parte del mundo (Aut, 120)¹⁹.

b) Rasgos peculiares de su lectura bíblica

Se dan en Claret una serie de características singulares, dignas de ser valoradas con atención y comentadas con detalle. El santo nos ofrece la hermenéutica:

• Profunda conmoción

Su lectura de la Palabra no cae en la rutina, no es fría, ni anodina, ni costumbre mecánica ni superficial curiosidad. El mismo señala —¡atención a la fuerza expresiva de sus vocablos!— lo que le acontecía al leer la Biblia: «Lo que más me movía y excitaba... Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión».

Como se deja ver en la impresión producida, el joven se sentía movido y sacudido. La lectura de la Biblia produce un profundo estremecimiento.

• Diálogo vivo con Dios

Para Claret la Biblia no es un libro cubierto de polvo. Mediante su atenta lectura no se informa de cosas de Dios, ni rememora la epopeya remota del pueblo judío. La Biblia no es un conjunto de viejas historias del pasado, enterradas en el desván de los olvidos. El joven busca no una información acerca de Dios, sino escuchar la voz viva de Dios que le llama.

Así lo manifiesta: «me parecía que oía una voz que me decía a mí lo mismo que leía, el Señor me decía... En muchas partes de la Biblia sentía la voz del Señor, que me llamaba».

¹⁹ El santo refiere aquí un pasaje bíblico por el que siente una profunda afinidad y afición. Es el texto que Jesús proclama en la sinagoga de Nazaret, y que lo hace suyo, como todo un programa de su vida y predicación: *Y de un modo muy particular me hizo Dios Nuestro Señor entender aquellas palabras: Spiritus Domini super me et evangelizare pauperibus misit me Dominus et sanare contritos corde (Is 61,1)*. Sobre este texto es preciso volver más adelante.

El abismo entre el pasado del escrito bíblico y el presente del lector se ha superado. Dios y Claret se sitúan en idéntica plataforma de comunicación, en un presente actualizado. Sólo en este marco de contemporaneidad acontece la revelación divina: Dios habla y su siervo escucha.

- Nuevo conocimiento de la voluntad del Señor

La lectura de la Biblia es fuente de conocimiento. Hasta este momento Claret no sabe; discurre y se afana, buscando la manera de responder a Dios, pero ignora qué hacer y cómo hacerlo. Da vueltas buscando, como un ciego. No acierta a ver el camino concreto. De esta situación de angustia le sacará la lectura de la Biblia. Ésta le va a señalar, como una brújula, la ruta, le va a indicar cuál es su puesto en la historia de la salvación, su vocación concreta dentro del designio de Dios.

Si antaño su visión ha sido borrosa, ahora se va a tornar patente. Va a contemplar despejado de brumas el camino que se le abre con la orientación de la Palabra de Dios.

Detengámonos en sus peculiares expresiones, entresacadas de sus testimonios anteriores: «Con estas palabras *conocía* cómo el Señor me había llamado sin mérito ninguno... Aquí *conocí* cómo el Señor me sacó en bien de todos los apuros... *Conocía* los grandes enemigos que tendría, y las terribles y espantosas persecuciones que se levantarían contra mí... El Señor me *dió a conocer* que no sólo tenía que predicar a los pecadores sino también a los sencillos de los campos y aldeas... Y de un modo muy particular me hizo Dios Nuestro Señor *entender* aquellas palabras».

El conocimiento que se deriva de esta lectura resulta inmediato. Como si la Palabra de Dios fuese un fiel espejo en donde Claret reconoce su verdadera imagen. Se siente retratado, identificado con asombrosa nitidez. Consigue, al fin, saber desde lo más hondo de su ser cuál es la voluntad de Dios, que él tiene que cumplir. Sin esta luz que le proporciona la lectura de la Biblia, el joven Claret andaría perdido, errando entre las hojas secas de los libros devocionales y los laberintos de la vida, como un vagabundo que no logra arribar a ninguna parte.

4. Presencia victoriosa de María y magnitud de la persecución

Claret narra una fuerte tentación que sufrió contra la virtud de la pureza con el desenlace feliz de victoria gracias a la presencia de María que le conforta. La vivencia del hecho trasciende con creces la dimensión particular de una anécdota ascética. Muestra las peculiares características que irán revistiendo su misión. He aquí el relato:

Cuando estudia(ba) en Vic el segundo año de Filosofía me sucedió lo siguiente: En invierno tuve un resfriado o catarro; me mandaron guardar cama; obedecí. Y un día de aquellos que me hallaba en cama, a las diez y media de la mañana, experimenté una tentación muy terrible. Acudía a María Santísima, invocaba al Ángel Santo de mi guarda, rogaba a los [santos] de mi nombre y de mi especial devoción, me esforzaba en fijar mi atención en objetos indiferentes para distraerme y así desvanecerme y olvidar la tentación, me signaba la frente a fin de que el Señor me librara de malos pensamientos. Pero todo fue en vano (Aut, 95).

Finalmente, me volví del otro lado de la cama para ver si así se desvanecía la tentación, cuando he aquí que se me presenta María Santísima, hermosísima y graciosísima; su vestido era carmesí; el manto, azul, y entre sus brazos vi una guirnalda muy grande de rosas hermosísimas. Yo en Barcelona había visto rosas artificiales y naturales muy hermosas, pero no eran como éstas. ¡Oh qué hermoso era todo! Al mismo tiempo que yo estaba en la cama, y en ese momento de boca arriba, me veía yo mismo como un niño blanco hermosísimo, arrodillado y con las manos juntas; pero no perdía de vista a la Virgen Santísima, en quien tenía fijos mis ojos, y me acuerdo bien que tuve este pensamiento: ¡Ay! Es mujer y no te da ningún mal pensamiento; antes bien, te los ha quitado todos. La Santísima (Virgen) me dirigió la palabra y me dijo: Antonio, esta corona será tuya si vences. Yo estaba tan preocupado que no acertaba a decirle ni una palabra. Y vi que la Santísima Virgen me ponía (en la cabeza) la corona de rosas que tenía en la mano derecha (además de la guirnalda, también de rosas, que tenía entre sus brazos y el lado derecho). Yo mismo me veía coronado de rosas en aquel niño, ni después de esto dije ninguna palabra (Aut, 96).

Este suceso, del todo elocuente y fundamental para Claret, debe ser tenido en cuenta e interpretado²⁰.

Se trata de una experiencia similar a la padecida por san Ignacio de Loyola. Justamente cuando estaba convaleciente, sufre una tentación o lucha entre «los pensamientos pasados y los nuevos deseos de imitar a los héroes de santidad». En este trance recibe la visita de la Virgen, con el Niño, que le provocó «tanto asco de la vida pasada y especialmente de cosas de carne, que le parecía habersele quitado del ánimo todas las especies que antes tenía en ella pintadas». Su voluntad y afectividad quedan, desde entonces, centradas en el amor del Señor, vividas en castidad consagrada²¹.

Claret, al igual que Ignacio de Loyola, libera su energía sexual, la sublima y la trasciende en creatividad y fuerza apostólica. Mas no se trata de una tentación contra la castidad, sin mayor relevancia, tal como narran con frecuencias los eremitas en el desierto. Sucede algo que le va a marcar, merced a la luz de la Palabra. Ésta le «recordará» el hecho, concederá su comprensión cabal y lo situará en su justa proporción:

En las témporas de Santo Tomás del mismo año de 1834 recibí el diaconado. Cuando el Prelado, en la ordenación dijo aquellas palabras del Pontifical que son tomadas del Apóstol San Pablo: No es nuestra lucha solamente contra la carne y la sangre, sino también contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas... Entonces el Señor me dio un claro conocimiento de lo que significaban aquellos demonios que vi en la tentación de que ya se ha hecho mención en el capítulo anterior (Aut, 101).

El texto bíblico pertenece a la carta a los Efesios²². La Palabra de Dios, como en otras ocasiones de su vida, le otorga un «claro conocimiento», le ilumina. Entonces comprende la magnitud de

²⁰ *Que san Antonio M^a Claret atribuyera gran importancia a este suceso de juventud, lo demuestra el hecho de que, años más tarde, lo haya narrado nada menos que cuatro veces en sus escritos y otras más, cubierto por el anonimato, en pláticas (J. M. Lozano, *Un Místico de la acción...*, 138-139). Para su interpretación ascética y mística, cf. pp. 131-145.*

²¹ Cf. *Autobiografía*, c. 1, n. 10, en *Obras Completas de S. Ignacio de Loyola*, Madrid 1952, 35.

²² La cita exacta es Ef 6,2.

su apostolado y la severidad de la persecución —*una grande muchedumbre de demonios*— que contra él, como apóstol del Evangelio, se va a desencadenar.

Toda la hostilidad posterior, padecida por el santo, con toda su carga de acometidas y de odios crueles, que no cejó ni en la hora de su muerte, se encargó de demostrar hasta la saciedad que esta tentación contra la castidad, la visión de la Virgen con la luz de la Palabra de Dios, no eran efecto de unos sueños juveniles o producto literario de una atrevida metáfora.

El santo entiende su apostolado no como una acción individual, escaramuza de héroe en solitario, sino en estrecha colaboración activa con el Señor de la vida y en comunión con los santos. Su apostolado se une a la oración e intercesión de los santos, testigos del Señor que piden por la Iglesia peregrina y evangelizadora:

Vi, además, un grupo de santos que estaba a su mano derecha en ademán de orar; no les conocí; sólo uno me pareció San Esteban. Yo creí entonces, y aun ahora estoy en esto, que aquellos santos eran mis Patronos, que rogaban e intercedían por mí para que (no) cayera en la tentación (Aut, 97).

La acción evangelizadora se halla en permanente lucha contra Satanás y sus secuaces:

Después, a mi mano izquierda, vi una grande muchedumbre de demonios que se pusieron formados como los soldados que se repliegan y forman después que han dado una batalla, y yo me decía: ¡Qué multitud y qué formidables! (Aut, 97).

El «mundo» —en su acepción joánica— está sometido al poder tiránico del Diablo, «el poder de las tinieblas» —peculiar designación utilizada por el mismo Jesús, en el atrio literario de la narración de su pasión, Lc 22,53—, y su imperio de satélites. Apocalipsis mencionará al gran Dragón y a sus dos engendros: la primera y la segunda Bestia (13). Efesios habla de «los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas».

En tales referencias neotestamentarias se emplea un lenguaje apocalíptico que pretende, por medio de su realismo expresivo, resaltar el tremendo poder del Maligno, que lucha sin desmayo contra Dios y no cesa de perseguir a la Iglesia durante todo el arco de la historia de la salvación.

En este combate a muerte, al joven Claret le es dado conocer la estrategia de Dios. Él va a vencer a la Serpiente antigua, a Satanás, el padre de la mentira, con la intervención de María, ya presentida en la mujer del Génesis, y la presencia definitiva de su Hijo que cuenta con la colaboración de los hermanos de Jesús. Machacarán su cabeza.

Claret insiste varias veces en la hermosura y la imbatibilidad de la Virgen. Es bella y rutilante porque ya ha vencido el pecado y su devastación. Estas cualidades de hermosura y capacidad para la lucha, la decoran con dos adjetivos a manera de perlas preciosas: bellísima y victoriosa. Su figura aparece como un eco del Cantar 6,10: «¿Quién es esa que se asoma como el alba, hermosa como la luna y limpia como el sol, terrible como escuadrón preparado para la batalla?». También en manifiesta remembranza –leída en clave mariana, de Ap 12,1–: «Una gran señal apareció en el cielo: una mujer, vestida de sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza».

RELATO AUTOBIOGRÁFICO	ORACIÓN APOSTÓLICA
Me veía como un niño blanco y hermosísimo, arrodillado (Aut, 96)	Soy hijo y ministro vuestro, formado por Vos (Aut, 270)
Vi una muchedumbre de demonios... Una tentación muy terrible (Aut, 95-97)	Contra Satanás, príncipe de este mundo, que tiene hecha alianza con la carne (Aut, 270)
¡Victoria de María! Fue una especial gracia de María (Aut, 98)	A Vos sea la victoria. Vos venceréis. Reprimid la soberbia de Lucifer (Aut, 271)
Vi un grupo de santos... en ademán de orar... rogaban e intercedían por mí (Aut, 97)	Sois reina de los santos. Mandadles que rueguen por mí (Aut, 272)
No es nuestra lucha contra la carne y la sangre, sino también contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas, el Señor me dio un claro conocimiento de lo que significaban aquellos demonios que vi en la tentación (Aut, 271)	Emprendo la batalla no sólo contra la carne y la sangre, sino también contra los príncipes de las tinieblas, como dice el Apóstol (Aut, 271)

El joven experimentó la presencia protectora de la Virgen. Este favor singular que le amparó en aquel trance crucial lo hace extensivo a su vida apostólica; lo que experimenta él mismo no deja de comunicarlo como gracia universal a todos los evangelizadores en la Iglesia. Claret contará ya para siempre con la presencia de María. Se siente saeta bruñida en sus manos.

Resulta muy ilustrativo recordar la oración que compuso más tarde y que rezaba al comienzo de cada misión: se entreteje con los recuerdos de esta visión victoriosa.

Su apostolado está marcado por este hecho crucial, que la Palabra de Dios interpreta. Él entenderá toda obra misionera en la Iglesia como un combate durísimo contra las fuerzas del mal, pero que al fin acaba en triunfo de Dios. La victoria se halla decidida, pero la batalla aún persiste de forma encarnizada y sangrienta.

Las dimensiones de la pelea son cósmicas, descomunales. Se trata de una lucha contra el imperio del mal de este mundo, sometido a influjo satánico, y que revive con multitud de ramificaciones perversas y destructoras. En esta lucha a muerte el misionero no se encuentra solo. Le acompaña la Iglesia celeste, la intercesión de los santos, y la presencia materna de María, la Madre de Jesús. Ella es también mujer fuerte, valerosa y combatiente, anima a seguir luchando con su Hijo. La Virgen otorga una corona de triunfo, infunde una moral de victoria para que la Iglesia misionera nunca se venga abajo, no desista ni abdique de su noble tarea evangelizadora a pesar de tanta hostilidad.

Segunda Parte

Claret, misionero de la Palabra de Dios

1. Misionero, conforme a la lectura de la Biblia

Si existe alguna palabra que retrate la identidad de Claret, que responda a lo que fue y a cuanto hizo a lo largo de toda su existencia, es, sin duda, ésta: «misionero apostólico»²³. Obtuvo

²³ Como reflejo de esta honda conciencia con que el santo vivía su identidad, cabe recordar que en la primera *Vida* escrita de Antonio M^a Claret, redactada tan sólo un año des-

este título en 1841. Para él ser misionero apostólico significa de hecho prolongar la misión de Jesús y la de los apóstoles, en su vida y testimonio, enviados a anunciar el Evangelio. También incluye una misión universal, buscando «la salvación de todos los habitantes del mundo», y asimismo una misión evangelizadora; pues la Palabra de Dios es el medio principal de salvación²⁴.

Claret trabajó en primera línea, combatió en la brecha: anunció sin parar el Evangelio. Nunca dejó de ser misionero, aun ocupando altos cargos de dignidad eclesiástica como arzobispo de Cuba, aun siendo confesor de la reina Isabel II. Misionero que mira de continuo el ejemplo de Jesús, le imita en su incesante actividad de predicación, porque queda seducido de cuanto dice e incluso de su forma de hablar y sencillas comparaciones. Le sigue fielmente ascendiendo las cumbres del Calvario. Hasta que por fin quede abrazado con él en la misma cruz de la persecución, del martirio y la muerte.

Podemos estructurar su vida, en orden a la claridad expositiva, según un fácil cómputo cronológico, en tres grandes etapas.

2. Misionero apostólico itinerante (1843-1850)

Pide ser liberado del cargo de sacerdote-regente de un pueblo de Cataluña (Viladrau), a fin de poder dedicarse plenamente a las misiones populares. Dos escenarios principales marcan su actividad en estos años. Trabaja intensamente en Cataluña (1843-1847), y también en las islas Canarias (1848-1849) con una labor extenuante. Regenera la vida cristiana de las islas. Le llaman –y aún hoy prosigue la buena gente de las islas Canarias, síntoma del mutuo afecto de antaño– el «Padrito».

La característica singular de su actividad es su seguimiento de Cristo misionero. Claret predica porque ve a Jesús predicando; lo hace sin cesar, porque asimismo la actividad de Jesús es incesante. Se fija de continuo en la imagen que los evangelios confi-

pués de su muerte, Fco. de Asís Aguilar estampó como primer título *misionero apostólico*, dejando al margen otros como el de arzobispo o confesor regio: Francisco de Asís Aguilar: *Vida del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Antonio Maria Claret, misionero apostólico*, Madrid 1871.

²⁴ *San Antonio M^a Claret. Escritos autobiográficos...*, 26-27.

guran de Jesús: le imita con pasión de amante, en los detalles del enamorado²⁵.

Leemos con atención sus palabras, con frecuencia encendidas de fuego apostólico. La imitación comporta dos aspectos. En primer lugar, predica directamente a Jesús mismo en su ser enviado, que no se detiene en los poblados núcleos, sino que atiende con solicitud a las perdidas aldeas. Incluso a una mujer samaritana, pobre, despreciada y herida por la vida:

Quien más y más me ha movido siempre es el contemplar a Jesucristo cómo va de una población a otra, predicando en todas partes; no sólo en las poblaciones grandes, sino también (en) las aldeas; hasta a una sola mujer, como hizo a la Samaritana, aunque se hallaba cansado del camino, molestado de la sed, en una hora muy intempestiva tanto para él como para la mujer (Aut, 221)²⁶.

En segundo lugar, imita a Jesús hasta en la manera peculiar de sus dichos y ejemplos. Imita su estilo, comparaciones y su manera sencilla.

Desde un principio me encantó el estilo de Jesucristo en su predicación. ¡Qué semejanzas! ¡Qué parábolas! Yo me propuse imitarle con comparaciones, símiles y estilo sencillo (Aut, 222).

Su contemplación de Jesús no es reductora, sino cabal y completa; recorre toda su vida, desde el pesebre hasta la cruz²⁷. Está siguiendo los impulsos de quien su corazón ama. Su corazón gravita irresistiblemente hacia Jesús:

Procuraba imitar a Jesús, que a mí y a todos nos dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y ha-

²⁵ *En la voluntad de hacer del Evangelio una regla inalterable de vida y en la obsesión por reproducir materialmente todos los rasgos del Salvador, nuestro Santo se acerca grandemente a san Francisco de Asís.* (J. M. Lozano, *Un Místico de la acción...*, 206).

²⁶ Hasta obtiene energía para catequizar a los niños, recordando la conducta de Jesús: *Una de las cosas que más me ha impelido a enseñar a los niños ha sido el ejemplo de Jesucristo y de los Santos. Jesucristo dice: Dejad que vengan a mí los niños y no se lo estorbéis, porque de los que se asemejan a ellos es el reino de los cielos* (Mc. X, 14) (Aut, 276).

²⁷ *Así en cada cosa me preguntaba y me pregunto cómo lo hacía esto mismo Jesucristo, con qué cuidado, con qué pureza y rectitud de intención. ¡Cómo predicaba! ¡Cómo (con)versaba! ¡Cómo comía! ¡Cómo descansaba! ¡Cómo trataba con toda clase de personas! ¡Cómo oraba! Y así en todo, por manera que, con la ayuda del Señor, me proponía imitar del todo a Jesucristo, a fin de poder decir, si no de palabra, de obra, como el Apóstol: Imitadme a mí, así como yo imito a Cristo* (Aut, 367; cf. también 387).

llaréis descanso para vuestras almas. Y así contemplaba continuamente a Jesús en el pesebre, en el taller, en el Calvario. Meditaba sus palabras, sus sermones, sus acciones, su manera de comer, vestir y andar de una a otra población... Con este ejemplo me animaba y siempre me decía: ¿Cómo se portaba Jesús en casos como éste? Y procuraba imitarle, y así lo hacía con mucho gusto y alegría, pensando que imitaba a mi Padre, a mi Maestro y a mi Señor y que con esto le daba gusto. ¡Oh Dios mío, qué bueno sois! Estas inspiraciones santas me dabais para que os imitara y fuera humilde. ¡Bendito seáis, Dios mío! ¡Oh si a otro le hubierais dado las gracias y auxilios que a mí, qué otro sería de lo que soy yo! (Aut, 356).

Su experiencia no es insólita ni extraña. Claret se alinea en la fila de los santos que han practicado un seguimiento de Cristo en la predicación itinerante y apostólica, como santo Domingo, san Francisco de Asís y san Ignacio de Loyola²⁸.

En esta primera gran etapa de su vida puede hablarse de un seguimiento, *sine glosa*, del Jesús itinerante y misionero, el que predica incansable por pueblos y aldeas la buena noticia del Reino. M. Orge lo denomina con acierto: «literalismo evangélico»²⁹.

3. Misionero, arzobispo en Cuba (1850-1857)

En esta nueva situación cobran relieve y hondura aquellos textos de la Biblia, en donde había encontrado su vocación. El primer propósito (fechado el 1 de marzo de 1851) es una cita de Isaías, su profeta preferido: «En el silencio y en la esperanza estará vuestra fortaleza» (Is 30,15).

El santo va conociendo la dimensión del mal que aborrasca el horizonte: contradicciones y persecuciones que no tardarán en aparecer. Intenta poner un sólido cimiento, para que su ardor misionero no decaiga, en la fuerza de la Palabra de Dios.

En Cuba, donde la situación religiosa, moral, social –existencia vergonzante de la esclavitud– se halla abandonada y tan urgente de reforma, Claret se entrega generosamente; «allí dio toda

²⁸ Cf. J. M. Lozano, *Constituciones y textos...*, 79.

²⁹ M. Orge, *Inspiración y fundamentación bíblica del carisma claretiano...*, 197.

su medida de apóstol y de colonizador humanísimo»³⁰. Procura concientizar a los responsables de la degradación de la dignidad humana en aquellas islas³¹.

Su desvelo no conoce límites. En su deseo de mejorar la situación del pueblo, sacando tiempo de donde no lo hay, hurtando horas a su escaso sueño, escribirá un libro para mejorar el rendimiento agrícola de los isleños: *Las delicias del campo* (1855).

Los poderes reinantes, usurpadores y déspotas, no ven con buenos ojos el comportamiento del arzobispo. No lo tolera. Arrecia la persecución a base de anónimos, insidias, amenazas. El mal se desencadena, intenta atropellarlo; pero el santo no cede. Debe combatirlo. No callará. La palabra no está encadenada. En la *Pastoral al Pueblo* (1853, 3) señala:

Se nos eriza el cabello en la cabeza, y se nos hiela la sangre en las venas cada vez que pensamos en las palabras del mismo Dios, que nos dirige por el profeta Ezequiel haciéndonos saber que nos ha puesto por centinela y atalaya de este arzobispado. ¡Ay de Nos, si no vigilamos! ¡Ay de Nos, si no advertimos y avisamos al pecador, para que se convierta!, que si él muere en su pecado por nuestra omisión y negligencia, Nos pagaremos con nuestra alma su condenación!

El santo encuentra su consuelo permanente en la lectura de la Escritura, en la que cree su corazón y en donde vuelca todos sus azares. Basta leer con qué ansia acude a la Palabra de Dios y con cuánta porfía se apresura en esta siempre nueva contemplación de Jesús. Anota en los propósitos de los Ejercicios de 1854:

No desmayaré aunque sean pocos los que me vengan a oír y pocos los que se aprovechen, como sucedió a Timoteo³².

No desistiré por las persecuciones, calumnias ni contradicciones; cuantas más mejor. Me acordaré de los siete obispos del

³⁰ B. Jiménez Duque, *Espiritualidad y apostolado*, en *Historia de la Iglesia en España*, t. 5, Madrid 1979, 460.

³¹ Cf. J. M. Cuenca Toribio, *El Episcopado español en el pontificado de Pío IX*, Valencia 1974, 82.

³² Aunque el santo no cita, debe referirse sin duda a 2 Tim 4,2.

Apocalipsis³³. Después del sermón, silencio directo o indirecto. Paciencia de J. C., milagro continuo.

—Jesús en la columna..., ¿y yo?...

Jesús en la Cruz... tiene sed de penas, ¿y yo?

Excusa y ruega por los mismos que...

—¿Por qué Jesús no se excusa ni se queja?... Porque es veraz y justo tiene los pecados ajenos... ¿y yo que tengo los propios, quid?³⁴.

Se realiza una confrontación con la persona de Jesús, tal como aparece en los evangelios, perseguido y paciente. Claret mira al espejo de Jesús y luego se mira a sí mismo a fin de configurarse con él.

Los ardientes y sinceros deseos de seguir a Jesús y de imitarle no han cambiado un ápice.

Escribe una carta pastoral sobre la Inmaculada³⁵. La visión de María es la de una mujer que lucha contra el mal, tal como acontecía durante aquella visión de antaño; y que anima a seguir combatiendo contra todos los poderes malignos³⁶.

Sufre un atentado en Holguín (1856). El asesino a quien hizo salir de la cárcel intentó con una navaja cortarle el cuello, tras una predicación. Queda herido de muerte, pero se vuelve más intrépido en su trabajo. Se alegra por haber sido digno de derramar la sangre por Cristo. El hecho entra en la mística apostólica, comparable al fenómeno de los estigmas o llagas de san Francisco de Asís³⁷.

³³ En la exégesis de su tiempo los ángeles de las siete iglesias del Apocalipsis eran considerados obispos, ya desde la interpretación de san Agustín. Cf. E. B. Allo, *L'Apocalypse*, París 1933, 30-31.

³⁴ *Escritos autobiográficos...*, 541.

³⁵ San Antonio M^a Claret, *María Inmaculada. Carta pastoral dirigida a sus diocesanos al definirse Dogma de la fe la Concepción Inmaculada de María*, Santiago de Cuba, 1855.

³⁶ *Más allá de la imaginaria militar empleada, importa descubrir en estos textos toda la confianza, el amor y la admiración que Claret siente hacia María, la mujer vencedora del pecado, que protege a sus devotos, no a manera de refugio evasivo, sino 'Directora y Capitana', que les prepara y envía al combate* (José M^a. Hernández, *Ex abundantia Cordis. Estudio de la espiritualidad cordimariana de los Misioneros claretianos*, Madrid 1991, 77).

³⁷ Cf. J. M. Lozano, *Un Místico de la acción...*, 336-340.

El atentado de Holguín no es un episodio aislado, sino culminación de una violenta campaña de persecución siniestramente orquestada contra él. Le queman la hacienda en donde creían que iba a hospedarse. Le sobrevienen amenazas y más intimidaciones. Verdaderamente el poder de infierno se conjura contra él³⁸.

Al final de su estancia en Cuba sigue encontrando el mismo refugio de la Palabra de Dios, lugar seguro en donde se cobijó al llegar a la isla: «En el silencio y en la esperanza estará vuestra fortaleza» (Is 30,15).

4. Misionero, confesor de la Reina y exiliado (1857-1870)

Claret recibe carta de la reina Isabel II, suplicándole que se traslade inmediatamente a Madrid. Es nombrado oficialmente confesor de la Reina. Se siente maniatado; su ideal —«todo mi afán sería andar misionando»— parece irrealizable. Literalmente le han cortado las alas:

Tengo unos deseos tan grandes de salir de Madrid para ir a predicar por todo el mundo, que no lo puedo explicar lo que sufro al ver que no me dejan, sólo Dios lo sabe. Cada día tengo de hacer actos de resignación conformándome a la voluntad de Dios, que conozco que es que por ahora continúe en este punto; hago propósito de callar, pero a lo mejor hablo y digo que quisiera ir[me] (Aut, 762).

Pero no se hunde en el abatimiento, ni se resigna a dejar de ser misionero. Sigue fundamentalmente el mismo plan evangélico de vida. He aquí el primer propósito: «Jesús y María son todo mi amparo y guía y los modelos que me propongo seguir e imitar» (Aut, 642). Hace de la necesidad una virtud. Aprovecha los viajes de la Reina por España para predicar por todos los lugares visitados. No decae su actividad misionera. En Madrid da retiros, ejercicios al clero, a hombres y mujeres, da misiones en barrios (Aut, 638). Escribe numerosos libros (Aut, 640).

³⁸ Cf. C. Fernández, *El Beato Padre Claret. Historia documentada de su vida y empresa I*, Madrid 1948, 939-960.

Pero la cizaña y las malas hierbas empiezan a brotar salvajemente para ahogar la buena planta. Sobrevienen persecuciones de todo tipo. Intentan varias veces asesinarle. Escribe: «He pasado por grandes penas, calumnias y persecuciones; todo el inferno se ha conjurado contra mí» (Aut, 699). Verdaderamente Claret fue el gran perseguido y calumniado del siglo XIX en la Iglesia de España. Él vive este cúmulo de hostilidades como una ocasión propicia para incorporarse a Jesús, víctima; providente oportunidad de beber el mismo cáliz de amargura que bebió su Señor:

En el día 25, Dios me infundió amor a las persecuciones y calumnias. El Señor me favoreció aún con un sueño en la noche siguiente. Soñé que me hallaba preso por una cosa de la que era inocente. Yo no dije nada, pensando que era un regalo que me hacía el cielo, que me trataba como a Jesús, y así me callé, como Jesús. Todos los amigos me abandonaron, como a Jesús. Y a uno que me quería defender, como San Pedro, que quería defender a Jesús, yo le dije: ¿Tú no quieres que yo beba el cáliz que me ha enviado mi Padre? (Aut, 679)³⁹.

Encuentra en la lectura de la Palabra de Dios el único y necesario auxilio que le reconforta. El Señor, que ha acompañado a sus testigos —«Yo soy»— con su poder divino, le sigue asistiendo a él mismo:

A Moisés le dijo: Ego sum, y le envió a Egipto (Éx 3,14). Jesús [dijo] a los Apóstoles que se hallan en la mar: Ego sum, y se animaron (Jn 6,20). Jesús dijo: Ego sum a Saulo, y se convirtió y fue grande predicador (Hch 9,5): ita... [así...] (Aut, 682).

A Jesús lo veía anteriormente, ante todo, como modelo de apóstol; ahora se une a Cristo, víctima paciente. En la adversidad de tales circunstancias, el ejemplo de Jesús se convierte en toda su medicina y consuelo; le concede, aun de forma para nosotros paradójica, experimentar la «perfecta alegría»:

Una persona muy perseguida y calumniada se ocupaba en la lectura de las santas Escrituras y de los Santos Padres, y de dicha lectura sacaba tanto consuelo que, en medio de las más

³⁹ Es cita textual de Jn 18,11. Jesús acepta el cáliz amargo de la pasión como un «don» que le ofrenda no un Dios lejano y airado, sino «mi Padre», enfatizando su disponibilidad y obediencia mediante la presencia del adjetivo posesivo y el vocablo «Padre».

negras y atroces calumnias, se tenía por muy feliz... Para sufrir bien las penas y calumnias se ha de mirar a Jesús y se han de recordar las palabras del mismo Jesús contenidas en el santo Evangelio⁴⁰.

Objeto de las acusaciones más infamantes, no se duele de forma ensimismada, o, aún peor, masoquista. No practica, en solitario, el victimismo doliente. Claret nunca dejará de ser misionero. Predica desde el dolor asumido. La cruz se convierte ahora en su ansiado púlpito. El santo experimenta la dimensión misionera del dolor. ¡Se une a Cristo y ofrece toda la carga de su sufrimiento para salvación de las almas!

Jesucristo, para la gloria de su Padre y salvación de las almas, ¿qué no ha hecho? ¡Ay!, le contemplo en una cruz muerto y despreciado. Pues yo, por lo mismo, ayudado de su gracia, estoy resuelto a sufrir penas, trabajos, desprecios, burlas, murmuraciones, calumnias, persecuciones y la muerte misma. Ya, gracias a Dios, estoy sufriendo muchas de estas cosas: pero animoso digo con el Apóstol: Todo lo sufro por amor de los escogidos, a fin de que consigan también ellos la salvación (2 Tim 2,10). (Aut, 752).

Durante el oscuro y penoso tramo final de su *vía crucis*, nunca ha dejado de acudir a la luz de la Palabra de Dios en la que se ha amparado de continuo; y, entre todas las páginas ha contemplado la más consoladora: la presencia amorosa de Jesús paciente, su Señor, quien le ha hecho partícipe de la gracia de asociarlo a su cruz y permitirle sufrir toda clase de amargos padecimientos como él y con él para el bien de sus hermanos menesterosos.

5. Misionero y padre de misioneros

En esta última etapa, especialmente a partir de 1857, el santo refiere la iluminación que obtuvo de algunos pasajes de la Escritura: «De algunas cosas notables que me han dado a conocer Dios y la Santísima Virgen María». Pero los textos de la Biblia

⁴⁰ *El consuelo de un alma calumniada*, Barcelona 1864, en *Escritos espirituales*, 218. En este libro, de indudable carácter autobiográfico, el santo, al estilo de Pablo, habla de sí mismo sirviéndose del recurso literario de la tercera persona.

no los lee para su provecho personal, sino para las personas que el Señor le ha dado para formar una gran familia. Resultan, por tanto, iluminadores para el santo y sus misioneros.

a) Misionero según el Apocalipsis

El Apocalipsis no es un libro cerrado y proscrito, sino abierto. Cristo, el Cordero lo abrió de par en par (Ap 5,8-14). Ahora necesita ser leído en el espacio de la historia de la salvación.

Claret interpreta el Apocalipsis, sirviéndose de los comentarios de Cornelio A. Lápide. Pero recibe también la influencia de algunas personas. La madre Antonia París y los sacerdotes José Caixal, Dionisio González y Paladio Curríus consideraban al padre Claret como el «profeta apocalíptico», el delegado de Dios para realizar la renovación de toda la Iglesia. P. Curríus le escribe una carta: «Dios le tiene destinado a trabajar por otro estilo más alto, por el cual con menos ruido y menos cansancio producirá un perenne y centuplicado provecho»⁴¹.

También la madre Antonia París le urgía a la reforma espiritual y pastoral de toda la Iglesia, y en conformidad con la visión que ella había recibido⁴².

Claret no se veía a sí mismo con aires de grandeza, no se consideraba el enviado por Dios, ni el profeta que tenía que venir; era simplemente un instrumento en las manos de Dios. No persiguió la sede pontificia ni ansió ningún gran sueño. Su única ambición o pasión dominante –así la denomina Curríus– fue una incesante predicación apostólica.

Dos son los pasajes del Apocalipsis que el santo comenta:

- Voz y vuelo de águila (Ap 8,13)

En el día 23 de septiembre, a las 7 1/2 de la mañana, me dijo el Señor: Volarás por medio de la tierra o andarás con gran velocidad y predicarás los grandes castigos que se acercan.

⁴¹ Carta de Curríus a Claret, 30 abril 1858; *Epistolario Claretiano II*, 72.

⁴² Madre Antonia París, *Autobiografía*, nn. 17.19, en *Escritos Autobiográficos*. Estudio crítico, introducción y notas por J. M. Lozano, Barcelona 1985, 63-65.

El Señor me dio a conocer grandes cosas sobre aquellas palabras del Apoc 8,13: Vi y oí la voz de un águila, que volaba por medio del cielo y decía con grande y esforzada voz: ¡ay!, ¡ay!, ¡ay! de los habitantes de la tierra a causa de los tres castigos que van a venir; estos castigos son: 1º El protestantismo, comunismo...; 2º Los cuatro archidemonios, que promoverán de un modo espantoso el amor a los placeres, el amor al dinero, la independencia de la razón, la independencia de la voluntad; 3º Las grandes guerras y sus consecuencias (Aut, 685).

Este capítulo ocho del Apocalipsis, que contiene la visión del águila, enumera los efectos lúgubres del sonar de las trompetas, vaticinio de las próximas plagas. Nuestro pasaje muestra un proceso de desgaste y devastación. La creación se invierte. No sigue su orden natural de culminación, sino que progresa hacia el desastre. El efecto literario y gráfico es de enorme dramatismo: la tierra se calcina, el mar se muere desangrado, el agua dulce se torna amarga, la luz de los astros se extingue..., la entera creación parece haber sido dejada de la mano de Dios, y, manejada por la mano abusiva del hombre, camina loca a su irreparable destrucción.

Hay que insistir en este punto. Existe en el texto una inversión en el orden de la creación. Según el libro del Génesis, Dios había creado la luz, las aguas, la tierra. Ahora asistimos a un cambio rocambolesco. Se mencionan al revés: la tierra, las aguas, la luz. No sólo es cuestión de colocación y concierto, sino de descolocación y desconcierto. La naturaleza se desnaturaliza. Lo que Dios había hecho bueno y hermoso —el adjetivo hebreo *tob* posee ambas significaciones—, se torna horroroso y degradante. Hay un salto hacia atrás: se vuelve del «cosmos» —ordenado— al «caos» —la confusión—.

Se evoca, en definitiva, el poder perverso del mal, que realiza una obra opuesta a la primera creación, a manera de una «anti-creación».

El águila aparece como un animal aciago, un ave mensajera de mal agüero. En la literatura religiosa primitiva se caracteriza como mensajera de los dioses. En el evangelio de Mateo (24,28) se mencionan águilas asimismo en contexto apocalíptico. En el Apocalipsis posee una función propedéutica: anticipa la serie de las tres restantes plagas (9,12-11,4).

El texto griego hace música con las palabras. Los tres graznidos forman una estentórea interpretación onomatopéyica: *Ouai, Ouai, Ouai*. Ponen una funesta nota de seria advertencia en los humanos mediante el graznido repetido de los tres ayes.

La repetición también tiene una función apelativa e interpelladora. Como el suceso de cada plaga pretendía doblegar la dureza del corazón del faraón, así la insistencia en cada catástrofe intenta tocar el corazón de la humanidad opresora para que se convierta de su loca carrera de estrago y abusos. La comunidad cristiana, lectora del Apocalipsis, debe revisar su comportamiento⁴³.

Aquí se coloca la misión del profeta: tiene que abrir los ojos y los corazones ante el espectáculo de deshecho que la humanidad está ocasionando. Claret no propone una lectura ecológica del texto, sino teológica y eclesial. Se sitúa, desde la altura y magnitud del águila, para avisar de los terribles desastres. Él tiene la obligación de avisar de la presencia de los enemigos que acechan a la Iglesia, o ciudad de Dios. Durante toda su vida no ha dejado de ser lo que ya de seminarista había descubierto en la Palabra de Dios: vigía y centinela.

- La visión del Hijo del hombre (Ap 10,1)

El día 24 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora de la Merced, a las 11, 30 de la mañana el Señor le hace entender un enigmático verso del Apocalipsis (10,1):

Vi también otro ángel valeroso bajar del cielo revestido de una nube, y sobre su cabeza el arco iris, y su cara era como el sol, y sus pies como columnas de fuego. El cual tenía en su mano un libro abierto, y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra (primero en su diócesis en la Isla de Cuba y después en las demás diócesis). Y dio un grande grito, a manera de un león cuando ruge. Y después que hubo gritado, siete truenos articularon sus voces (Aut, 686).

La función de este extraño capítulo es la de reconfortar a la comunidad cristiana. Tras la descripción de las plagas (cc. 8-9),

⁴³ Cf. F. Contreras, *El Apocalipsis*, Madrid 2005, 103-105.

que azotan con tanta crueldad y sin dejar respiro a la humanidad entera, puede ésta quedar «chocada», y albergar dudas sobre el definitivo cumplimiento del designio divino.

La aparición del ángel poderoso infundirá aliento a la asamblea que lee el Apocalipsis: la historia de la salvación se va a realizar íntegramente, pues está insuflada desde dentro por el Espíritu que inspira a los profetas para que sigan proclamando el plan de Dios.

La descripción deslumbrante del Hijo del hombre lo acerca a la figura del Señor, tal como fue contemplado al inicio del Ap (1,9-20). Le envuelve una nube (como al Hijo del hombre: Ap 14,14); un arco iris nimba su cabeza (como el arco iris que aureolaba el trono de Dios: Ap 4,3); el brillo soleado de su rostro y la firmeza de sus pies son aspectos característicos del Señor, conforme a la cristofanía en Patmos (1,15.16). Ningún otro ángel es descrito en el Apocalipsis con tanta solemnidad. Toda esta pretendida vistosidad iconográfica insiste en la transcendencia divina del personaje y en la gravedad del mensaje que va a proclamar.

Antes de que formule alguna declaración, el ángel realiza todo un ceremonial de magnificencia. Apoya un pie sobre el mar, el otro sobre la tierra. Admírese la capacidad visual de la escena. Como si de ese sol surgiesen verticalmente dos enormes rayos, fulminando el universo, así este vigoroso ángel apoya sus dos pies sobre el mar y la tierra. Igual que un coloso que realiza un acto de posesión absoluta.

La expresión «mar y tierra» resulta bastante usual en la Biblia, es «binomio de totalidad», significa el mundo entero (Éx 20, 4.11; Sal 69,35).

En señal de dominio lanza un rugido de león. Existen algunas alusiones interesantes. Una referencia a Cristo, quien se apareció a Juan como el león de Judá (5,5). Alusión a la voz irresistible de los profetas (Os 11,10; Am 1,2; 3,8). La imagen bíblica subraya la fuerza sobrecogedora del mensaje, semejante al clamor del león en la selva.

Este rugido prácticamente se confunde con los siete truenos. Se han puesto en relación con el salmo 28, en donde la voz de Dios, poderosa y capaz de destrozarse las selvas, se va descomponiendo en siete ecos. Pero en Apocalipsis aparecen con frecuencia, formando sintagma literario, con rayos y relámpagos (4,5;

6,1; 8,5). Estos elementos son señales de una teofanía divina, inspirada en la manifestación del Sinaí (Éx 19,19). Su voz, como eco del cielo, posee la autoridad de la voz divina.

Importa anotar lo que Claret señala: «El Señor me dio a conocer grandes cosas sobre aquellas palabras ...el Señor me hizo entender aquello del Apoc 10,1». La Escritura le sigue proporcionando una nueva inteligencia del designio divino. Cuando tenía 21 años, y ahora, en 1859, que cuenta 51 años. Durante todo el arco de su existencia, el Señor se da a conocer y hace conocer su voluntad a través de los textos sagrados de la Palabra.

He aquí la explicación que el santo nos propone, junto a las consecuencias que se derivan:

Aquí vienen los hijos de la Congregación del Inmaculado Corazón de María; dice siete, el número es indefinido; aquí quiere decir todos. Los llama truenos porque como truenos gritarán y harán oír sus voces; también por su amor y celo, como Santiago y San Juan, que fueron llamados hijos del trueno. Y el Señor quiere que yo y mis compañeros imitemos a los apóstoles Santiago y San Juan en el celo, en la castidad y en el amor a Jesús y a María (Aut, 686).

- Misión a la universalidad. Hay un fuerte reclamo a la dimensión cósmica de la tarea evangelizadora; pues el ángel abarca mar y tierra. Primero se apoya en Cuba y luego en las demás diócesis. Se trata de una ingente obra de evangelización, colosal. Ya en su tiempo se escribió: «El espíritu del arzobispo Claret no cabe en los límites de una diócesis, ni de una metrópli; su alma, que Dios ha hecho grande, necesita un campo sin fronteras y una vida sin trabas»⁴⁴.
- Misión en comunión. Aunque su figura, «pequeña en estatura», resulte gigantesca en su empeño y logros conseguidos, al fin y al cabo, Claret, él solo, no puede conseguir todo su objetivo. Su acción evangelizadora tiene que prolongarse en «mis compañeros» (Aut, 686)⁴⁵.

⁴⁴ Revista Católica, 1860, 10-11.

⁴⁵ Este texto responde a una súplica reclamada con urgencia. Claret quiere arropar y proteger a la congregación que en esta etapa se estaba abriendo a nuevos derroteros y campos de apostolado (*Epistolario claretiano II...*, 901, 351).

b) El Espíritu, alma y fuerza de la misión claretiana

Dos textos importantes van a señalar la tarea encomendada. Conviene indicar que ambos son pasajes claramente misioneros y aparecen en contexto de persecución. La Palabra de Dios sostiene el esfuerzo de los evangelizadores:

1. El Señor me dijo a mí y a todos estos Misioneros compañeros míos: No sois vosotros quienes habléis, el Espíritu de vuestro Padre –y de vuestra Madre– hablará por vosotros (Mt 10,20) (Aut, 687).

Este texto pertenece al discurso de misión –composición propia de Mateo–, quien muestra su tendencia a agrupar, con interés catequético, algunos materiales de otras fuentes. Ha tomado de Lucas, quien refleja con más fidelidad lo que aconteció históricamente, la misión de los Doce (9,1-6) y la de los setenta y dos (10,1-16); también ha tomado de Marcos los episodios de la elección de los Doce (3,13-19), la misión (6,6b-11) y los dichos sobre la persecución del discurso escatológico (13,9-13).

Mateo ha elaborado estos materiales fragmentarios a fin de componer un discurso unitario donde presenta a Jesús como origen, organizador y objetivo de la misión. Su objetivo primordial se centra en las instrucciones que Jesús da a sus discípulos. Podría titularse con este epígrafe: «Directivas para la misión»⁴⁶.

La presencia de Jesús llena completamente todo el discurso. Es el organizador de la misión y causa última de todo apostolado en la Iglesia. «El mensaje de todo el texto es que la autoridad y la forma de vida de Jesús pasan a los discípulos por encargo suyo. Ellos ocupan su puesto, con su indefensión, desarraigo y pobreza. La vida del discípulo es la vida de Jesús asumida»⁴⁷. El Señor envía a sus discípulos o apóstoles, constituyéndoles cooperadores y copartícipes de su palabra, de su acción y de su pasión.

El santo hace partícipes de esta comunión vital con Cristo a sus misioneros. Todo misionero es un discípulo-testigo de Jesús. No ha recibido un poder autónomo, sino que toda su capacidad

⁴⁶ L. Sabourin, *Il Vangelo di Matteo. Teologia e Egesi II*, Roma 1977, 589.

⁴⁷ U. Luz, *El Evangelio según san Mateo II*, Salamanca 2001, 147.

proviene de la vinculación con el poder-misión-destino de Jesús: tiene que actuar como él (10,1-8); ser disponible, con categorías de pobreza (10,9s); creador de paz (10,35); trabajar en gratuidad y desinterés (10,11). La persecución entra en los designios de Dios (10,16-18.24-25). En caso de colisión de valores, ha de prevalecer el testimonio cristiano (10,21s). El discípulo es ahora testigo de Jesús, y éste lo será en el juicio escatológico.

Se contempla un ambiente de hostilidad y persecución. Los discípulos deben evitar toda congoja y ansiedad, pues el Espíritu del Padre actuará y hablará dentro de ellos, concediéndoles la intrepidez y el consuelo (cf. Jn 15,26.27). Se subraya el clima de extrema violencia, aun dentro de la familia. «Los enemigos del hombre son los de su propia casa» (Miq 7,6). Y acontecerá un odio universal, siempre por causa de Jesús (cf. Jn 15,18-19). El discípulo debe perseverar «hasta el final», a saber, «hasta la muerte». Cristo nos pide un testimonio íntegro, capaz de ser sellado incluso con la propia sangre (cf. Ap 2,10; 12,11).

La singular aportación de Claret es esa incrustación, que no aparece en el original de Mateo: «y de vuestra madre». El santo abre su experiencia mariana a los misioneros. Toda la asistencia, amparo y fuerza de María, que él tan plenamente gozó en su vida, tiene que acompañarles a fin de que María realice en cada uno las maravillas que en él ha hecho.

He aquí –en apretada síntesis– una cadena antológica de favores marianos, mantenida sin interrupción a lo largo de su existencia. María le ha concedido todas las gracias (Aut, 162), le libra de morir siendo niño (Aut, 7, 431), le salva de morir siendo joven (Aut, 71, 427, 431), le libra de las tentaciones (Aut, 72, 95-98, 410, 427), le protege en el atentado de Holguín (Aut, 579, 580); le habla, le aconseja y le inspira (Aut, 406, 638, 639, 641, 645, 649). Para Claret, María es madre (Aut, 1, 5, 76, 136, 154-158, 158-163, 270-272, 447, 448, 498).

Él se siente como una saeta en sus manos. El corazón de María es un carcaj de flechas y cada misionero es una saeta, de tal manera que puede rezar la oración que Claret rezaba al comienzo de cada misión:

¡Oh Virgen y Madre de Dios, Madre y abogada de los pobres e infelices pecadores! Bien sabéis que soy hijo y ministro vuestro, formado por Vos misma en la fragua de vuestra mise-

ricordia y amor. Yo soy como una saeta puesta en vuestra mano poderosa; arrojadme, madre mía, con toda la fuerza de vuestro brazo contra el impío, sacrilego y cruel Acab, casado con la vil Jezabel. Quiero decir: Arrojadme contra Satanás, príncipe de este mundo, quien tiene hecha alianza con la carne.

A Vos, Madre mía, sea la victoria. Vos venceréis. Sí, Vos que tenéis el poder para acabar con todas la herejías, errores y vicios. Y yo, confiado en vuestra poderosísima protección, emprendo la batalla, no sólo contra la carne y sangre, sino contra los príncipes de las tinieblas, como dice el Apóstol, empujando el escudo del Santísimo Rosario y armado con la espada de dos filos de la divina palabra (Aut, 270-271).

2. Por manera que cada uno de nosotros podrá decir: El Espíritu del Señor está sobre mí, me ha ungido y me ha enviado para evangelizar a los pobres y sanar a los contritos de corazón (Lc 4,18; cf. Is 61,1) (Aut, 687).

Éste es el segundo pasaje que aporta Claret, especialmente luminoso para él y los misioneros: «cada uno de nosotros podrá decirlo, o hacerlo propio».

Jesús cita un texto de Isaías y muestra que la presencia del Espíritu llena toda su existencia. La unción de Jesús no contiene ningún matiz político, se trata de una consagración profética. El Espíritu le capacita como heraldo de la buena noticia del Evangelio.

Este texto es un resumen de su misión evangelizadora. Aunque situado al inicio de la obra evangelizadora, la compendia a manera de un apretado sumario esclarecedor. ¿Cómo pudo Jesús hacer tales prodigios y obras?: Porque estaba pletórico del Espíritu, quien lo promueve con su fuerza para pasar por la vida haciendo el bien (Hch 10,38).

En el bautismo el Espíritu desciende sobre él y lo llena (3,22), le empuja para actuar. Ahora, al comienzo de su vida pública, el evangelista presenta –desde un punto de vista narrativo– el programa misionero de Jesús y sus destinatarios.

Asimismo, este texto aparece al principio y al final de la vida de Claret. ¿Cómo pudo el santo prodigarse de tal manera en misiones, sermones, libros; realizar tan vasta obra de evangelización...? La respuesta nos viene señalada: porque el Espíritu del

Señor le ha ungido, colmado y habilitado. El Espíritu es el arma secreta de su apostolado. Su fuerza en su debilidad.

Así interpreta el santo el citado pasaje. Ve a Jesús como la encarnación y plenitud del Espíritu multiforme que ha ido revelándose en el Antiguo Testamento, en especial en los profetas, con su acción de enseñanza, legislativa y de salvación: «El Espíritu del Señor está sobre mí..., por lo que me ha ungido como doctor, profeta, salvador y legislador»⁴⁸.

Lo que Isaías anunció a sus contemporáneos desterrados se cumple ahora en la persona de Jesús, mediante su palabra y acción. Jesús no es únicamente el Mesías prometido, no es objeto de esperanza: ya está presente y actúa. Se le reconoce en el «hoy se cumple estas palabras que estáis escuchando» (Lc 4,22). El hoy se refiere no sólo al tiempo de Jesús, sino al tiempo actual de la Iglesia, a nuestro hoy como cristianos y evangelizadores, eslabones que continúan la historia de la salvación⁴⁹.

¿Cuáles son los destinatarios? Para el profeta eran los judíos exiliados en Babilonia, sin patria, tierra, ni templo. Para Jesús estos exiliados sin consuelo se concretan ahora en cuatro grupo de personas: los pobres (Lucas insiste mucho en este grupo social: 6,20; 7,22; 14,13,31; 16,20,22; 18,22; 19,8; 21,3) cautivos, ciegos y oprimidos.

Además, alza los ojos sobre sus paisanos de Nazaret y contempla un horizonte de universalidad, representado en la pobre viuda de Sarepta y en el despreciado leproso de Siria (Lc 4,26-27).

¿Cuáles son para Claret estos favorecidos de la evangelización? Ante todo, según su inicial comentario, «los sencillos de los campos y aldeas» (Aut, 118). Pero el santo ya ha recorrido mundo, ha estado en Cuba y contemplado con dolor una cruel paradoja: la ignorancia que existe de Cristo y la inaguantable hambre de salvación. Su visión evangélica ha ganado en universalidad y en hondura. Claret mete en estos «pobres» del texto lucano a todos los pecadores. Son pobres porque no tienen la riqueza de la

⁴⁸ *El Colegial II*, 1, 35.2.

⁴⁹ J. A. Fitzmyer, *El evangelio según Lucas II. Traducción y comentario*, Madrid 1986, 429-438.

gracia de Dios; también contempla a los que carecen de dinero y bienes, y que son humildes; a los que se sienten con ánimo afligido, con hambre de perdón y sed de la misericordia de Dios. En esta descripción se adecua el santo con la denominación bíblica de los *anawim*⁵⁰. Así escribe:

He sido enviado a evangelizar a los pobrecitos, como lo son los pecadores, pobres sin gracia, sin merecimientos, sin derecho a la gloria; a los pobres de bienes de fortuna, porque son más humildes que los ricos;... a curar a los contritos de corazón, a aquellos que, por sus pecados y por la ignorancia de las cosas divinas, se hallan con ánimo afligido y corazón compungido, deseando el perdón de sus pecados, el conocimiento de Dios, la gracia y la salvación⁵¹.

El Espíritu que ha ungió a los profetas y a Jesús, es el mismo que unge a Claret y sigue ungiendo a los evangelizadores para anunciar sin desánimo y con valentía la Buena Noticia a los más pobres y desgraciados. Les promueve para realizar esta urgente misión, a pesar del rechazo y la persecución. A Jesús mismo quisieron despeñarlo por el barranco del pueblo. Fue profeta perseguido. En estos momentos al santo le llovían las amenazas y las calumnias más atroces (*De algún tiempo a esta parte, soy muy perseguido y calumniado; gracias a Dios, parece que voy llevando bien esta prueba con el auxilio de Dios*). Pero el Espíritu Santo prosigue con su misteriosa eficacia fortaleciendo y alentando a la Iglesia para que no se precipite por el barranco del abandono y olvide la urgente tarea de predicar el Evangelio a los pobres.

Tercera Parte

Claret, maestro y difusor de la Biblia

1. Predica la Palabra. Insiste oportuna e importunamente

Lo que vio que era bueno para él, eso mismo aconsejó. Nunca dejó de exhortar a la práctica fiel de la lectura de la Biblia. En especial, a los sacerdotes, encargados de avivar la fe del pueblo.

⁵⁰ F. Bovon, *El Evangelio según san Lucas (Lc 1-9)*, vol. I, Salamanca 1995, 296-306; S. Virgulin, *Gli «anawim» in Is 61,1*, en *Evangelizare pauperibus*, Atti della XXIV Settimana Biblica, Brescia 1978, 232-235.

⁵¹ *El Colegial II*, 1, 35,2.

Espigamos de entre otras muchas muestras, de manera sintética, una antología de textos de Claret sobre la Sagrada Escritura. Las recomendaciones, dirigidas a todo el pueblo de Dios, hablan por sí mismas de su desvelo y celo pastoral.

a) A los Pastores-Obispos

El Prelado... lea y medite las santas Escrituras, singularmente las cartas de San Pablo, especialmente las que dirige a Tito y a Timoteo... Entre las obligaciones del Obispo para con sus eclesiásticos, dice en segundo lugar: Cuidado grande con los ordenandos, que... [sean] dados... a la lectura de libros espirituales, singularmente de la Santa Biblia⁵².

b) A los Sacerdotes

- Cada día leerá un capítulo del Nuevo Testamento⁵³.
- Aprende, Teófilo, de María; ... por la humildad con que estudiarás en los Libros Santos y con que orarás a Dios concebirás lo que has de decir o el Verbo que has de predicar⁵⁴.
- Cada día leerá cuatro capítulos de la Santa Biblia; dos por la mañana y dos por la tarde, a fin de poder leerla toda en cada año⁵⁵.
- La verdad, de nada serviría tener libros si no se leyeran, ni estudiaran; por lo tanto, os exhortamos que en cuanto os sea posible guardaréis este método y orden. Todos los días leeréis cuatro capítulos de la Sagrada Biblia, dos por la mañana y otros dos por la tarde; y como a todos proporcionamos la traducción por el P. Scío, bueno será que si las ocupaciones os lo permitan, leáis también las preciosas notas que en muchos versos de cada capítulo trae, con lo que tendréis más claro conocimiento, y después con el tiempo podréis consultar con alguno de los más celebres expositores, como Tirinio, Cornelio Alápide, etc. Por lo que la lectura de la Sagrada Biblia ocupará el primer lugar⁵⁶.

⁵² *Apuntes de un Plan para conservar la hermosura de la Iglesia*, Madrid, 58.

⁵³ *Reglas que debe observar el que quiere salir un misionero perfecto*, n. 6: en J. M. Lozano, *San Antonio María Claret. Constituciones y textos sobre la Congregación de Misioneros...*, Barcelona 1972, 107.

⁵⁴ *Carta al misionero Teófilo*, 4, 10: en *Escritos Espirituales...*, 365.

⁵⁵ *Conferencias de San Vicente de Paúl para los señores eclesiásticos*, Barcelona 1859, 22.

⁵⁶ *Pastoral al Clero*, Santiago de Cuba 1852, 32ss. Ocupa el primer lugar entre los libros que se han de leer; antes incluso de la teología y ascética (*Ibid.*, 33).

- Cada día... dedicarán un rato a la lectura espiritual. Leerá tres capítulos de la Santa Biblia⁵⁷.
- Cada día... dedicará un rato a la lectura espiritual... sin descuidar jamás la lectura de la Santa Biblia, dos capítulos por la mañana y dos por la tarde⁵⁸.
- Todos con la mayor fidelidad y esmero se han de aplicar a la lectura, estudio y meditación de las santas Escrituras. En esta santa tarea se han de ocupar a lo menos por el espacio de una hora entera, además del tiempo de la meditación o lectura de la mañana de que hemos hablado antes; y para sacar más fruto añadirán la explicación de los Santos Padres y la de los intérpretes probados⁵⁹.
- Grande, muy grande e imprescindible es la obligación en que te hallas y hallarás, mientras vivieres, de dedicarte asidua y atentamente al estudio de las santas Escrituras... Léela, pues, tú todos los días, pero léela con devoción y ánimo de aprovecharte de su lectura... Para leer toda la Santa Biblia en un año, ¿cuántos capítulos corresponde leer cada día? Tres o cuatro. Por lo mismo aconsejamos que cada día se lean dos por la mañana y otros dos por la tarde⁶⁰.
- Cada día el sacerdote estudiará la lección, esto es, leerá un capítulo, a lo menos, del Santo Evangelio y asistirá a la clase, que es la meditación, y así todos los días tendrá una hora, o al menos media hora, de meditación de la vida, pasión y muerte de Jesucristo⁶¹.

c) A los Seminaristas

Dirigiéndose a los Obispos:

- Cuidado grande con los ordenandos, que... [sean] dados... a la lectura de libros espirituales, singularmente de la Santa Biblia⁶².

⁵⁷ *Apéndice a la Pastoral al Clero*, Santiago de Cuba 1852, 52. El orden establecido revela que para Claret la Biblia es el contenido principal de la lectura espiritual.

⁵⁸ *Apuntes de un Plan para conservar la hermosura de la Iglesia*, Madrid 1865, 105.

⁵⁹ *Reglas del Instituto de los Clérigos Seglares...*, 1, 2, n. 15: en *Miscelánea interesante...*, Barcelona 1865, 290.

⁶⁰ *Prólogo a la Biblia Sacra o Vulgata latina*, Barcelona 1862.

⁶¹ *El Colegial o Seminarista instruido II*, Barcelona 1861, 11,5,1,1: en *Escritos Espirituales...*, 298.

⁶² *Apuntes de un Plan para conservar la hermosura de la Iglesia*, Madrid 1865, 58.

- A más de los dichos –libros– tendrán la Sagrada Biblia, y leerán cuatro capítulos cada día –dos por la mañana y dos por la tarde–⁶³.
- Recomendamos encarecidamente a los seminaristas teólogos la lectura asidua de la Sagrada Escritura y les aconsejamos la práctica de leer cada día dos capítulos por la mañana y dos por la tarde⁶⁴.
- Entre día leerán los que estudian gramática un capítulo de Pinton –Historia Sagrada– por la mañana y otro por la tarde; y los que estudian filosofía y teología... leerán la Sagrada Biblia en latín, dos capítulos por la mañana y dos por la tarde, y con esta distribución en cada año la leerán toda⁶⁵.

d) A todos los fieles cristianos, en general

- Por tanto, amadísimos hermanos e hijos muy queridos, si queréis leer la Sagrada Biblia..., sea enhorabuena; a ello exhortamos muy especialmente a los Eclesiásticos, como tantas veces lo hemos dispuesto de palabra y por escrito⁶⁶.
- Lo que hemos de pedir y solicitar continuamente es el alma, lo que se llama panis vitae et intellectus, es decir, la eucaristía y la Biblia, o la divina Palabra... A más del pan de vida que es la eucaristía, objeto y vida del amor, necesita el hombre el pan del entendimiento, que es la verdad, la que de un modo particular hallaremos en la Biblia... la divina palabra que es el pan del entendimiento⁶⁷.
- Cada miembro leerá cada día, o por lo menos semanalmente, un capítulo del Evangelio según San Mateo, traducido y anotado por el Excmo. Sr. Arzobispo de Cuba⁶⁸.

⁶³ *Modificaciones de los Estatutos del Seminario de Santiago de Cuba*, Barcelona 1854, 16.

⁶⁴ *El Colegial o Seminarista instruido I...*, 2, 16, 2.

⁶⁵ En nota refiere Claret: *Al efecto se ha hecho imprimir la Biblia económica y se hallará en la Librería Religiosa*. En *Apuntes de un Plan para conservar la hermosura de la Iglesia...*, 58.

⁶⁶ *Exhortación pastoral a todos sus diocesanos*, Santiago de Cuba 1, 4.

⁶⁷ *Pastoral sobre la Inmaculada*, Santiago de Cuba 1855, en *Escritos Espirituales...*, 477-479.

⁶⁸ *Monasterio de El Escorial. Plan de estudios para los Seminarios*: en *Miscelánea...*, 28 y 39. Le importa a Claret recalcar la fidelidad de cada día; por eso en otro lugar anota la metodología para revisar la asiduidad y aplicación de los socios: *Una vez se reunirán, según el artículo 31 de reglamento... cada uno dará cuenta de sí mismo, y dirá si ha leído el capítulo del evangelio...* (*Memoria de la Academia de San Miguel*, Madrid 1862, 21).

- La lectura más piadosa que podemos tener es la de Evangelio. Cabalmente, por reglamento, hemos de leer un capítulo cada día. Lo hemos de meditar y conformar nuestra conducta con la moralidad que en él nos da Jesucristo; allí está la verdad limpia de todo error⁶⁹.
- Además de los libros indicados [Catecismo, Historia Sagrada], bueno será que las niñas lean los Libros Sagrados, como exhortan los SS. Padres S. Juan Crisóstomo, S. Agustín y otros santos. San Jerónimo dice: «En llegando la niña a los siete años aprenda los Salmos, y hasta la edad de la pubertad haga que sean el tesoro de su corazón los libros de Salomón, los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, y las cartas de los mismos Apóstoles»⁷⁰.
- Todos los días leeréis cuatro capítulos de la Sagrada Biblia, dos por la mañana y otros dos por la tarde; y como a todos proporcionamos la traducción por el P. Scío, bueno será que si las ocupaciones os lo permitan, leáis también las preciosas notas que en muchos versos de cada capítulo trae, con lo que tendréis más claro conocimiento, y después con el tiempo podréis consultar con alguno de los más célebres expositores, como Tirini, Cornelio Alápide, etc. Por lo que la lectura de la Sagrada Biblia ocupará el primer lugar⁷¹.
- Todos con la mayor fidelidad y esmero se han de aplicar a la lectura estudio y meditación de las santas Escrituras. En esta santa tarea se han de ocupar a lo menos por espacio de una hora entera, además del tiempo de la meditación o lectura de la mañana de que hemos hablado antes y para sacar más fruto añadirán la explicación de los santos Padre y la de los intérpretes aprobados⁷².

2. Apóstol difusor de la Biblia, para acabar con la 'desidia en leer la Biblia'

Se convirtió en entusiasta apóstol de la Biblia: la dio a conocer y propagó por todos los medios posibles. Su solicitud pasto-

⁶⁹ *Carta ascética, II*, Barcelona 1862, en *Escritos Espirituales...*, 140s.

⁷⁰ *La Colegiala instruida*, Barcelona 1863, 336-338.

⁷¹ *Pastoral al Clero*, 1852, 32s.

⁷² *Reglas del Instituto de los Clérigos seculares que viven en comunidad*, Barcelona 1864, I, 2, n. 15.

ral se muestra creativa y ocurrente; alumbró vericuetos insospechados y remedios pedagógicos para que llegase hasta los rincones más escondidos. Mandó publicar en la Librería Religiosa ediciones de la Biblia, de fácil coste, con la finalidad de que todos pudieran adquirirla, aun los menos pudientes, y tener de esta manera acceso a su lectura.

Hizo posible la edición de La santa Biblia de la Vulgata, traducida al español, con notas del P. Felipe Scío (Valencia 1790-1793)⁷³. Importa anotar –por ser síntoma revelador de la situación que reinaba en España y de la «oportunidad» de esta Biblia– lo que se señala en la dedicatoria de D. José Caixal y Antonio Palau:

...Y tanto más le corresponde esta dedicatoria, por cuanto V.E. es el que nos ha sugerido el pensamiento de publicarla [la Biblia] para que cese esta especie de desidia que se nota en algunos de nuestros hermanos y compatriotas en leer y meditar las santas Escrituras, desidia ocasionada las más veces por no tener a mano un libro tan precioso⁷⁴.

En 1856 realiza una edición popular de *El Santo Evangelio de N.S.J.C. según San Mateo*, y que está anotado por él mismo, sirviéndose de los comentarios de los santos Padres, en especial de san Juan Crisóstomo.

En 1860 –nótese el sumo esmero, la sin parangón ocurrencia, por arribar a los estratos en principio más ajenos a la Biblia por su oficio– una edición de proporciones minúsculas, casi liliputienses podría decirse, de extractos de los Evangelios para poder ser llevada en la mochila por los soldados que iban a la guerra de África⁷⁵.

Pero su obra magna en la difusión bíblica es la *Biblia sacra*. Si se me permite una pequeña confidencia, he de confesar que en estos instantes no escribo de oídas o por referencias, extraídas de otras personas o libros. Ahora mismo que redacto estas líneas, tengo delante de mí un ejemplar auténtico. Su ficha bibliográfi-

⁷³ *La Santa Biblia bilingüe* I-VI, Barcelona 1852.

⁷⁴ *Prólogo*. Tomo I, 5.

⁷⁵ *Consejos que dio una madre a su hijo al tiempo de despedirse para ir a la guerra de África*, Barcelona 1860.

ca completa reza así: *Biblia sacra. Vulgatae editionis*, Barcinone: Libraria Religiosa, anno MDCCCLXII (1862).

He abierto con veneración esta edición de la Biblia, la he tocado y casi acariciado con los dedos de la devoción. La he ojeado, he pasado las páginas de manera parsimoniosa y he saboreado su lectura. Mientras tanto algunas gratas sorpresas reclaman la atención.

Hemos de leer íntegro el prólogo —de una página y seis renglones—, pues no tiene desperdicio. El santo dirige una insistente recomendación para dedicarse —o consagrarse— al estudio de la Palabra de Dios. Este sagrado deber se cimienta en razones poderosas: la responsabilidad de pastor o sacerdote, la voz de los santos Padres y, sobre todo, la misma Palabra de Dios.

Afirma en frase feliz que los sacerdote «no deben dejar de la mano los Libros sagrados». Interpretamos en la plenitud de su significado tan densa frase. Quiere decir no dar de mano de esta tarea —que sería abdicar de su estudio y lectura—; también significa no dejar nunca de tener este contacto cercano y visible, «manual». Recomienda, por fin, una práctica fiel y perseverante: cada día, con devoción y ganas de aprovechamiento. Entonces, el afortunado lector comprobará por experiencia propia la ininterrumpida cadena de favores y gracias que el Señor le comunica por este medio:

Grande, muy grande e imprescindible es la obligación en que te hallas y hallarás, mientras vivieres, de dedicarte asidua y atentamente al estudio de las santas Escrituras. Tu estado clerical lo exige, la razón misma te lo persuade, los santos Padres te lo encarecen, los sagrados concilios te lo prescriben, y en fin Dios te lo manda. 'No se aparte de tu boca el libro de esta ley', decía el Señor a su pueblo y te dice igualmente a ti, sino que meditarás de día y de noche en lo que en él se contiene, a fin de guardar y cumplir todas las cosas en él escritas; entonces irás por el recto camino y procederás sabiamente. Mira que soy yo el que lo mando: buen ánimo y sé constante: no temas ni desmayes, porque contigo está el Señor Dios tuyo a cualquier parte que vayas (Jos 1,8.9).

No en vano te manda Dios alimentar continuamente tu alma con su palabra escrita, pues como dice el apóstol: Toda escritura inspirada de Dios es útil para enseñar los misterios de la fe y de la sana moral; para convencer a los que yerran; para co-

regir a los pecadores; para dirigir a los buenos en la virtud de la justicia: en fin, para que el hombre de Dios sea perfecto, y esté apercebido para toda obra buena (2 Tim 3,16-17). Y siendo ésta una verdad que no admite la menor duda, ya se ve cuánta sea la obligación de todos los eclesiásticos de no dejar de la mano los Libros sagrados. En ellos aprenderás cuanto exige su alto ministerio, que es el enseñar los dogmas; reprender y rebatir los errores; corregir las malas costumbres, e instruir la piedad y la justicia, mostrando el camino de la salud a los que están encomendados a su solicitud y vigilancia. De este modo, dice san Agustín, conseguirán que sean fieles a Dios en sus respectivas obligaciones.

Para ayudarte, pues, oh amado lector, en el cumplimiento de tan santos deberes, nos decidimos a hacer imprimir esta sagrada Biblia del modo más económico y manual que nos ha sido posible, seguros de que así podrán hacerse con ella y leerla todos los clérigos, sacerdotes y estudiantes, aun los más pobres.

Léela, pues, tú todos los días, pero léela con devoción y ánimo de aprovecharte de su lectura, y verás por propia experiencia cómo por este medio te favorece el Señor con sus gracias, y te comunica aquellos auxilios que tanto has menester para cumplir con tus obligaciones y llenar debidamente las funciones del sagrado ministerio. Los deseos que te expresamos, las exhortaciones que te dirigimos y preceptos que te recordamos, también los expresaba, dirigía y recordaba a su ya citado discípulo el mencionado apóstol: 'Aplicate, le decía, a la lectura de las santas Escrituras, a la exhortación y enseñanza. Vela sobre ti mismo y atiende a la enseñanza de la doctrina: insiste, sé diligente y persevera en estas cosas. Haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a aquellos que te escuchen (1 Tim 4,13.16).

Para hacer asequible la Biblia, la presenta con un tamaño reducido. Lejano a ese tipo de volúmenes ornamentales, lujosos, pero tan poco prácticos para la lectura personal.

Comienza la explicación con unos preliminares, a manera de un diálogo, entre Claret y el lector, en donde de modo didáctico informa acerca de las cuestiones básicas: número, composición y división de los libros canónicos, ubicados en grandes bloques para introducir al lector en una panorámica global de la Biblia.

He visto con sorpresa algo que colma de regocijo y que a cualquier lector le hace nacer una sonrisa espontánea y compla-

ciente. He contemplado que toda la Biblia se halla iluminada, estratégicamente provista de señales y orientaciones: unas manecillas que indican con el dedo índice los pasajes más importantes y que se han de aprender de memoria. Hasta en estos mínimos detalles Claret resulta sabio y práctico pedagogo.

El santo regaló cinco ejemplares a cada Seminario de España (Aut, 779) y no dejó de recomendarla. En el *Colegial Instruido*, al hablar de las materias que debe aprender el seminarista, dice: «Recomendamos encarecidamente a los seminaristas la lectura asidua de la Sagrada Escritura y les aconsejamos la práctica de leer cada día dos capítulos por la mañana y dos por la tarde»⁷⁶.

¿Qué provechos y beneficios ha reportado esta edición de la Biblia, del P. Claret? «Las ventajas son puramente de utilidad práctica para el más fácil conocimiento de la Sagrada Escritura en su mismo texto. Y una edición tan cómodamente manejable y económicamente asequible que podía llevarse a todas partes, lograba plenamente esos fines. No quería el P. Claret que los seminaristas y sacerdotes se contentaran con saber los textos de la Escritura que se usaban en los autores de las asignaturas de la carrera eclesiástica o se citaban en los sermones. Quería que se leyese el texto mismo y a ser posible todos los años; que se leyesen todos los libros, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, como dice en el diálogo preliminar. Leer, pues, los textos en su propio contexto. Por aquellos tiempos no podía hacerse más de lo que hizo el beato, y muchos sacerdotes a él deberán el amor que cobraran a las sagradas páginas y el conocimiento que alcanzaran de la Palabra divina, que sería, como lo fue para el P. Claret, el alimento del alma»⁷⁷.

Conclusión: Claret, herencia y compromiso bíblicos

La imagen que vislumbrábamos al principio, la del joven Claret peregrino en un barco, aterido en medio de la noche y azota-

⁷⁶ Y en nota añade: *hemos hecho una edición económica de la Biblia para los estudiantes y, como verán por el prólogo, deben leer el capítulo y luego aprender de memoria los versos señalados con una manecita al margen.*

⁷⁷ M. Peinador, *La edición de la Vulgata del Beato Claret*. Ilustración del Clero 42 (1949) 376-377.

do por la tormenta, resguardando el ligero equipaje de su Biblia en aquel éxodo hacia Roma..., la retenemos ahora en nuestra conclusión. Mas en estos momentos se nos revela, como una rúbrica que bien puede explicar una vida cumplida. ¿Qué ha sido Antonio M^a Claret sino un santo aferrado y agarrado, como tabla de salvación, a la Biblia, la porta en su regazo, defendiéndola como una criatura frágil, tan querida y preciosa?

La Biblia siempre le ha acompañado. La Biblia le ha dado a luz como misionero apostólico en la Iglesia. Pero también él la ha dado a luz en y para la Iglesia. A todos nos lega una maravillosa herencia. Recojamos agradecidos y con ánimo comprometido, uno a uno, los destellos de sus dones más señalados.

1. El contacto directo con la Palabra de Dios. Un cara a cara

Claret no se contenta con comentarios de otros, con interferencias o intermediarios: busca el encuentro personal y creyente con la Palabra de Dios.

El P. Claret quería el directo sobre el mismo texto, leyéndola una y otra vez; toda la Biblia, una vez por lo menos, al cabo del año⁷⁸.

El Santo se quejaba de la desidia de muchos hermanos y compatriotas. Desidia quiere decir negligencia, inercia; también pereza, indolencia. Aplicado a la comida, significa inapetencia. ¿Cómo dar de comer a quien no tiene deseos de comer? La Biblia resulta inútil si no hay motivación para leerla⁷⁹.

Él se nos presenta como ejemplo de quien lee con ganas la Biblia porque necesita encontrar luz en su camino titubeante –*discurría en cómo hacer*– de respuesta al designio de Dios. Se ha analizado ya con cierto detalle cómo es su relación con la Palabra cuando señala –caso único en sus escritos– los pasajes que le exhortaban a la misión: «Lo que más me movía y excitaba... Había pasajes que me hacían tan fuerte impresión».

⁷⁸ M. Peinador, *La edición de la Vulgata del Beato Padre Claret*: Ilustración del Clero 42 (1949) 374.

⁷⁹ Cf. Antonio M^a Claret, *Pastoral al Clero*, Santiago de Cuba, 1852, 32-34.

Aquí se habla de una profunda conmoción. La lectura de la Biblia remueve los cimientos más arraigados. Es como un terremoto del alma. Le produce un hondísimo estremecimiento. Se cumple lo que anunciaba el Señor por el profeta Isaías: Así dice el Señor: «Los cielos son mi trono y la tierra el estrado de mis pies. Pues ¿qué casa vais a edificarme, o qué lugar para mi reposo, si todo lo hizo mi mano, y es mío todo ello? Oráculo del Señor. ¿En quién voy a fijarme? En el humilde y contrito que se estremece ante mi palabra... Escuchad la palabra del Señor los que os estremecéis ante su palabra» (Is 66,1-2.5).

Mediante la lectura de la Biblia Dios hace oír su voz. Dios habla y Claret escucha; por tanto, se establece un diálogo vivo, una interpelación: «En muchas partes de la Biblia sentía la voz del Señor, que me llamaba». Se cumple el salmo 94, en donde el mismo Dios comunica su ardiente deseo, tantas veces negado por la obcecación de su pueblo, sordo a sus requerimientos de comunicación: «Yo soy el Señor Dios tuyo, que te saqué de Egipto. Abre la boca que te la llene. Pero mi pueblo no escuchó mi voz. Israel no quiso obedecer... Ojalá me escuchase mi pueblo y caminase Israel por mis caminos» (Sal 80,11-14)... «Ojalá escuchéis hoy su voz» (Sal 94,7).

Ese «hoy» del encuentro personal, salvador, urgido por Dios y evocado por el salmista, acontece cada vez que Claret lee con fe la Biblia.

2. Lectura asidua, familiar: el pan nuestro de cada día

El santo confiesa su amor y estima —«afición» llama él— por la Biblia: «la lectura de la Santa Biblia, a que siempre he sido muy aficionado» (Aut, 113).

Esta afición le viene de lejos, desde sus más tiernas raíces. Ya desde niño sentía esta inclinación, movido por el *Compendio de la Sagrada Historia*, de J. Pintón⁸⁰. También le entusiasmaba y enardecía la explicación del evangelio⁸¹.

⁸⁰ Cuando supe el Catecismo me hizo leer el Pintón, *Compendio de Historia Sagrada*, y entre lo que leía y lo que él nos explicaba, me quedaba tan impreso en la memoria, que después yo lo contaba y refería con mucha gracia sin confundirme ni perturbarme (Aut, 24).

⁸¹ Además de la Santa Misa, *Comunión frecuente y funciones de Exposición del Santísimo Sacramento*, a que asistía con tanto fervor por la bondad y misericordia de Dios, asis-

Pero esta escuela maduró en el seminario de Vic. El obispo Corcuera fijaba la práctica de leer en comunidad cada día tres o cuatro capítulos de la Biblia, de tal manera que al cabo del año se hubiese leído toda entera⁸².

El santo se ha mantenido fiel a este ejercicio de la lectura diaria de la Biblia. Constituye todo un ejemplo de fortaleza y para nosotros representa un aliciente alentador. Espiguemos algunos testimonios:

Ya he dicho que cuando fui a Roma sólo llevaba el Breviario de todo el año y una Biblia de letra pequeña para leerla todos los días, aun de viaje, porque siempre he sido aficionado a la lectura de la Santa Biblia (Aut, 151).

Todos los días del invierno, por lo común, me levanto a las tres, y a veces antes, porque me levanto luego cuando no acierto a dormir, pues que sin dormir no estoy jamás en la cama. Luego empiezo el rezo del Oficio divino, rezo maitines y laudes, el santísimo Trisagio, y después leo la Sagrada Escritura, me preparo para la santa Misa, la celebro, doy gracias (Aut, 637).

Cada día me levantaré a las tres, y antes, si no puedo dormir, y me recogeré a las 10. Luego rezaré Maitines y Laudes y leeré la Santa Biblia hasta la hora de la Meditación (Aut, 645).

Esta práctica le acompañó durante toda su vida. En sus propósitos espirituales, siendo arzobispo en Cuba, redacta:

Todo el tiempo posible dedicarlo al estudio de la Sagrada Escritura⁸³.

Anota con esmero su horario. Fijémonos en el revelador detalle: dos horas diarias (¡) para la lectura y meditación de la Palabra de Dios:

A las seis Sagrada Escritura. A las ocho desayuno, horas...⁸⁴.

Este ejercicio metódico, perseverante, en clima de «devoción», de la Palabra de Dios se ha convertido en su *lectio divina*

tía también en todos los domingos sin faltar jamás ni un día de fiesta al Catecismo y explicación del santo Evangelio, que siempre hacía el cura párroco por sí mismo todos los domingos, y, finalmente, se terminaba esta función por la tarde con el santísimo Rosario (Aut, 39).

⁸² Reglas para la lección anual de la Sagrada Biblia en el Seminario, Vic 1832.

⁸³ Escritos Autobiográficos..., 593-594.

⁸⁴ Propósitos, 1851, en Escritos Autobiográficos..., 535-536.

inseparable, que ha nutrido su fe, consolado su esperanza, y enardecido su amor apostólico. La lectura, diaria y continua, de la Biblia le ha hecho un santo misionero del evangelio de Jesucristo.

Esta práctica constante deja su honda huella, indeleble. Sólo un ejercicio regular, mantenido con devoción cada día, realiza los efectos que en él se obraron. La palabra, leída cada día –el santo insiste muchísimo en la fuerza del «cada día»–, convierte, sustenta, consueta, da fortaleza. Fieles a sus palabras, no nos cansaremos de decirlo y reiterarlo hasta la saciedad, a fin de movernos todos a esta práctica fiel de la lectura diaria. Pensamos honradamente que es ésta una verdad enormemente transformadora, una llamada y auténtica revolución.

Anotamos dos palabras de sonido parecido: desidia y asidua. Las subrayamos. Son algo más que dos vocablos. Desidia quiere decir nuestro pecado capital contra la Biblia: nuestra negligencia y rutina. ¿Cómo saldremos de esta empobrecedora situación de indolencia? Contra la «desidia» generalizada, Claret propone el remedio: lectura «asidua».

Grande, muy grande e imprescindible es la obligación en que te hallas y hallarás, mientras vivieres de dedicarte asidua y atentamente al estudio de las santas Escrituras⁸⁵.

Todos con la mayor fidelidad y esmero se han de aplicar a la lectura, estudio y meditación de las santas Escrituras⁸⁶.

Creemos que es ésta su aportación más genuina. Cualquiera de nosotros podemos abrir la Biblia y sentirnos sacudidos en algunas ocasiones por un pasaje que nos arrebatara. Pero, transcurrida la súbita emoción del momento o –si queremos, de la temporada–, la Biblia –no nos engañemos– vuelve a desempeñar su función habitual y yace en el lugar de siempre: postrada en el rincón del olvido o de la indiferencia.

El P. Claret ha ido anotando, incluso con la escrupulosa fidelidad de un novicio, esta práctica regular y metódica, constante y perseverante. Inmerso en las tareas ingentes del arzobispado de

⁸⁵ *Prólogo a la Biblia Sacra o Vulgata Latina.*

⁸⁶ *Reglas del Instituto de los Clérigos seculares que viven en comunidad, 1, 2, n. 15, en Miscelánea interesante, 290.*

Cuba, señala que saca del sueño hasta dos horas cada día —o cada noche— a fin de consagrarse a lectura de la Palabra de Dios.

Para él la Biblia representa el pan de cada día. Pan de vida y alimento necesario. Lo mismo que resulta imposible vivir sin el pan de cada día, no se puede sobrevivir como cristiano ni como evangelizador sin la lectura diaria de la Palabra de Dios. ¿No es acaso «el pan nuestro de cada día» una petición que debemos hacer nuestra y sentirla urgentemente cada vez que rezamos el Padre nuestro?

3. Concentración cristológica

Claret extrae fuerza para predicar no de sus recursos naturales —que los poseía y con creces, pues por instinto era un extraordinario comunicador, *orator*—, sino de la contemplación asidua del Jesús del evangelio, en la doble acepción del genitivo: el que nos presentan los evangelios y el gran heraldo del Reino. El santo no se cansa de manifestarlo, hasta la repetición e incluso la extenuación. No existe otra revelación ni remedio eficaz en su apostolado. Él lo dejará escrito: «Quien más y más me ha movido siempre es el contemplar a Jesucristo» (Aut, 221).

Durante su historia, se ha ido identificando, cada vez con mayor intensidad, con Jesús misionero y apóstol. No hemos dejado de contemplarlo con asombro.

En cada etapa de su vida, Jesucristo va adquiriendo un matiz diverso —misionero itinerante y también sufriente—, pero en el fondo se trata de una honda comunión con Cristo, el enviado del Padre, en una actualización que el Espíritu Santo, según las circunstancias y avatares diversos, le hace descubrir siempre vivo en la lectura de la Palabra de Dios.

Recomienda que no se trata de predicar a Cristo con la boca, sino de transformarse íntegramente en él; es preciso «decir con tu conducta lo del apóstol: Imitadme a mí como yo imito a Cristo»⁸⁷.

⁸⁷ *El Colegial o Seminarista Instruido*, II, 5,1,1, en *Escritos Espirituales...*, 297-298.

Puede hablarse, con todo rigor, de una concentración cristológica: «Al afirmar que la imitación de Cristo es el meollo de la ascética claretiana, entendemos que san Antonio Ma Claret, como otros grandes espirituales, se refiere directamente al ejemplo de Cristo como norma propia y ajena, y que esta referencia llega a ser en él una obsesión. Y esto no es común, aunque se dé periódicamente en la historia de la espiritualidad»⁸⁸.

Se fija de continuo en Jesús; queda de él «colgado» y ya no puede desprenderse. Hacia él acude, ante él permanece focalizado, subyugado. Mas no permanece ensimismado; desde su contemplación retorna transformado y convertido en discípulo:

Jesucristo no sólo es maestro, sino también modelo y ejemplar, pues antes hacía lo que después enseñaba (cf. Hch 1,1). Y el eterno Padre dice a cada uno de nosotros: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi monstratum est* (Éx 25,40). Mira a Jesús en el monte Calvario clavado en la cruz y cópialo en ti mismo, por manera que puedas decir: 'Vivo yo, mas no yo, sino que vive en mí Cristo' (Gál 2,20), a fin de salir un perfecto discípulo y poder decir con tu conducta lo del apóstol: *Imitadme a mí, así como yo imito a Cristo* (1 Co 11,1)⁸⁹.

La imitación de Cristo según Claret, aunque se sirva de algunos verbos como mirar y copiar, no refleja un mimetismo externo, una copia servil, una fotocopia repetida, sino que expresa una creciente identificación interior, un adentramiento en la persona de Jesús, resuelto en comunión vital, conforme al texto clave de Pablo —«Vivo yo, mas no yo, sino que en mí vive Cristo», Gál 2,20—. Tal es el grado y profundidad de su amor por Jesús que le lleva a una imitación que se traduce hasta en el detalle. Pero esta vida en común resulta fecunda: da frutos, se expresa y se difunde.

El amor de Cristo fue el poderosísimo resorte de su actividad apostólica. A la entrada del museo claretiano de Vic aparecen escritas estas palabras suyas, a manera de un testamento: «Enamoraos de Jesucristo y haréis muchas más cosas de las que yo he hecho».

⁸⁸ J. M. Lozano, *Un Místico de la acción...*, 204.

⁸⁹ *El Colegial Instruido*, II, 5,1, en *Escritos espirituales...*, 297s.

En verdad fue su amor apasionado por el Señor la clave de su trabajo apostólico, infatigable, heroico: *Caritas Christi urget nos*. He aquí un botón de muestra. El santo estuvo en Barcelona desde el 16 de noviembre hasta el 28 de diciembre de 1850, antes de partir para Cuba. Predicaba cada día una media de siete a diez sermones. Incluso pudo imprimir algunos libros y folletos. ¿De dónde sacaba tiempo y entusiasmo para esta labor titánica? Se le planteó idéntica pregunta, y el santo contestó: «Enamórense ustedes de Jesucristo y de las almas y lo comprenderán todo, y harán mucho más que yo»⁹⁰.

En octubre de 1869 anota: «A las once y media del día, el Señor me ha concedido el amor a los enemigos... En mi vivir, ya no soy yo quien vivo, es el mismo Cristo quien vive en mí».

En mayo, unos meses antes de morir, había dejado escrito: «Los miembros gustan de unirse a la cabeza, el hierro al imán y yo a Jesús».

Muere en un monasterio cisterciense de Fontfroide (Francia), adonde había acudido como refugio. Incluso en la hora de su muerte fue perseguido. Descansa en paz el día 24 de octubre de 1870.

Su cuerpo es sepultado en una tumba del cementerio del monasterio, pues las autoridades civiles habían negado el permiso para enterrarlo en la iglesia. En una sencilla lápida se esculpieron estas palabras de san Gregorio Magno: «Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero en el destierro».

4. La Biblia de un misionero: su dinamismo apostólico

Su lectura de la Biblia es «vocacional», le abre a la llamada de Dios y al clamor de la humanidad necesitada. Leyéndola, descubre su vocación y misión en la Iglesia. No es un libro pío, válido para acrecentar el grado de piedad personal, sino el testimonio colectivo de un grito desgarrado, en donde gimen muchos hermanos que piden ayuda. Dios ve y escucha la opresión de su pueblo, y en-

⁹⁰ C. Fernández, *El Beato Padre Claret. Historia documentada de su vida y empresa I*, Madrid 1948, 582-585.

vía a Moisés (Éx 3,7-10) y, en ininterrumpida cadena, a tantos otros siervos y profetas, a fin de librar a sus hijos de la esclavitud.

Claret, que es por disposición innata un ser altruista y compasivo, que desde niño se preocupa por la salvación eterna de los demás, no puede quedar insensible cuando lee expresiones como ésta: «Los menesterosos y los pobres buscan aguas y no las hay; la lengua de ellos se secó de sed. Yo, el Señor, les oiré; yo, el Dios de Israel, no les desampararé. Yo haré salir ríos en las cumbres de los collados y fuentes en medio de los campos, y los que en el día son áridos desiertos, serán estanques de buenas y saludables aguas» (Isaías 41,17-18).

Él mismo reconoce que se siente sacudido. La Biblia le despierta su ser misionero. Cada vez que lea sus páginas escuchará la voz doliente de los pobres. Se aprestará con diligencia a su socorro. La Biblia le crea a su imagen y semejanza: a la imagen de Jesús, el misionero del Padre, quien pasó por la vida librando a los oprimidos por el Diablo (Hch 10,38).

Hablará a los hombres del Dios que se revela en la Biblia y del Jesús que se encuentra en los evangelios; les dará a los pobres lo más urgente y necesario: el alimento y consuelo de Dios.

En cuanto al contenido de su predicación, él mismo lo dirá con claridad: «El fin de mi predicación es la gloria de Dios y el bien de las almas. Predico el santo Evangelio»⁹¹.

Evita el tremendismo que destruía la esperanza y se convertía en fuente insana de cruel sufrimiento. La imagen de Dios que predicará no será la de alguien que meta terror en el alma; él no será un «terrorista del púlpito».

¿Qué va a ser de estos seres menesterosos? Ya están condenados por el cúmulo de injusticias y fatalidad en que subyacen, ¿va a reprobarlos además como a proscritos eternos con el mal agüero de las penas del infierno?⁹²

⁹¹ *Misionero Apostólico: Autorretrato, en Escritos Autobiográficos...*, 424-425.

⁹² *Habla del infierno; pero se limita a lo que dice la Escritura. Lo mismo en el purgatorio. No quiere exasperar ni volver locos. Siempre hay una parte catequística.* Fragmento del testimonio del filósofo Balmes acerca de la predicación de Claret, en J. Balmes, *Obras Completas I*, Madrid 1948, 296.

Evita el recargado barroquismo de la época, lastrado con dos graves males: la afectación y, lamentablemente, el engréido autobombo. Propone volver a la pureza radical del evangelio y seguir a rajatabla el ejemplo de Jesús:

Guárdate de contaminar la palabra de Dios, no poniendo en su predicación más cuidado en la sublimidad del estilo en las flores y en otras persuasivas palabras del humano saber —de las que sólo se hace pompa y vanidad quien se predica a sí mismo—, sino en los efectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios, como lo hacía el Apóstol (1 Cor 2,4); y no como para agradar a los hombres, sino sólo a Dios, que sondea el corazón; ... por tanto, si no te quieres perder, antes bien, si quieres mucho merecer, imita al divino Redentor, lee el santo Evangelio y hallarás las materias que trataba y con qué estilo las proponía⁹³.

5. Actitudes interiores fundamentales para leer la Biblia

En una frase acertada compendia la disposición del cristiano para acoger la Biblia: «léela con devoción y ánimo de aprovecharte»⁹⁴. Esta disposición fundamental puede irse desglosando:

a) El amor. Condición absolutamente necesaria

El amor a Dios y al prójimo constituye la esencia de la Biblia (Mc 12,28-32). En su intervención en el Concilio Vaticano I reconoce que la falta de amor es la razón que impide conocer la Palabra de Dios:

Pero, ¿cuál es la causa de que no entiendan las Escrituras? Tres son las causas: 1^a. Porque los hombres no tienen amor de Dios, como dijo el mismo Jesús a Sta. Teresa⁹⁵.

El amor nos capacita para entender la Biblia, nos concede esa connaturalidad que nos asemeja a Dios, puesto que Dios es amor, y todo el que ama conoce a Dios (cf. 1 Jn 3,7):

⁹³ *Plan de Estudio de El Escorial, en Miscelánea...*,154.

⁹⁴ *Prólogo a la Biblia Sacra o Vulgata Latina*.

⁹⁵ *Discurso sobre la Infalibilidad, en Escritos Autobiográficos...*, 491.

Si bien se mira, se verá que todo cuanto está contenido en el Antiguo Testamento es una gran profecía de Jesucristo y de la Iglesia... Todo estriba en el amor a Dios y al prójimo. La creación, la encarnación, la predicación de Jesucristo, la institución del santísimo Sacramento, la crucifixión o redención, todo revela amor: el amor es la causa, el amor es el fin; por manera que en el estudio de estas grandes obras siempre hemos de tener delante de nuestro entendimiento y de nuestro corazón el amor a de Dios y del prójimo⁹⁶.

b) Simplicidad de fe: «Gusten de proceder con la simplicidad de la fe»

Claret era una persona sencilla y llana. «Una buena persona». Dotada de encanto natural. Incluso candor. Leía la Biblia con ojos limpios y transparentes.

Esta fe simple o evangélica, la propia de «la sencillez de las palomas», lleva al aprecio del tesoro de la Palabra. Mas dicha veneración no se queda relegada únicamente en una actitud de sagrado respeto, sino que conduce a entablar con la Palabra una relación de cercanía, aún más, de familiaridad. En este trato hay que desechar la presuntuosidad de la propia sabiduría y procurar sacar toda la utilidad para transmitirla asimismo con sencillez a los demás.

Así resuenan sus vivas recomendaciones:

Gusten de proceder con la simplicidad de la fe... aprecian- do muchísimo sobre todo los libros de la Sagrada Escritura y teniéndolos en grande veneración. Sean éstos para todos muy familiares, e intérpretenlos no según su propio saber, ni para sacar de ellos conceptos sutiles, sino con ánimo de proponer y explicar el sagrado texto con simplicidad, en la manera que es útil para enseñar, reprender, corregir e instruir en la justicia (2 Tim 3,16; 2 Pe 1,20)⁹⁷.

c) Humildad, como María, la esclava del Señor

Representa otra condición requerida, muy cercana si no idéntica a la anteriormente mencionada.

⁹⁶ *La Colegiala instruida*, Barcelona 1863, 336.

⁹⁷ *Reglas del Instituto de los Clérigos seculares...*, I, 7, n. 39; en *Miscelánea...*, 301.

En su intervención en el Concilio Vaticano I se pregunta por las razones que impiden a algunos no entender la Palabra. Preciso es caer en la cuenta de lo que Claret señala. Importa aún más entender los ejemplos del evangelio en que apoya su discurso. En primer lugar, las palabras de Jesús, quien, lleno del gozo del Espíritu, da gracias al Padre por su misterioso plan de salvación. En segundo lugar, la referencia alusiva a las palabras de María en su *Magnificat*, la humilde sierva de Dios.

Pero, ¿cuál es la causa de que no entiendan las Escrituras? Tres son las causas:... 2^a Porque no tienen humildad, como dice el Evangelio: Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas verdades a los sabios y prudentes según el mundo y las has revelado a los humildes (Lc 10,21)⁹⁸.

El santo insiste sobre el mismo punto:

Conocidos son los obstáculos –para hacer bien la meditación sobre la Palabra–: lo es la soberbia y vana estimación de sí mismos; pues la voz de Dios es para los sencillos y humildes. El Señor pone los ojos en las criaturas humildes y mira como lejos de sí a los altivos⁹⁹.

Claret equipara a los humildes con María, modelo de escucha y acogida de la Palabra encarnada:

Aprende, Teófilo, de María... por la humildad con que estudiarás en los Libros Santos... concebirás lo que has de decir o el Verbo que has de predicar. La Virgen lo envolvió en pobres pañales; tú lo envolverás en un estilo sencillo y natural¹⁰⁰.

d) En el silencio y en la paz

Dios se comunica en ámbito de sagrado recogimiento y quietud. «En el silencio y en la paz... el alma devota... aprende los misterios de los libros sagrados»¹⁰¹.

El desasosiego interior, el ruido y distracción, la disipación que puebla de fantasías el alma hacen muy difícil la acogida de

⁹⁸ *Discurso sobre la Infalibilidad*, en *Escritos Autobiográficos...*, 491.

⁹⁹ *El Colegial o Seminarista Instruido*, 1, 2,4,1.

¹⁰⁰ *Carta al Misionero Teófilo* 4, 10, en *Escritos Espirituales...*, 365.

¹⁰¹ Propósitos, 29 de octubre de 1860, *Escritos Autobiográficos...*, 557.

la Palabra. No se trata de escuchar un rato la Palabra, sino de permanecer en ella.

Claret, hombre de mucha actividad, pero según célebre formulación, «místico en la acción», nos enseña a adquirir esta sabrosa «ciencia del corazón»:

Si la caridad, la necesidad o el mandato de tu superior te llama al ministerio de la divina palabra, retírate antes, como tu divino Maestro, a orar un poco en soledad, para adquirir, meditando en las penas de Jesús, aquella ciencia del corazón, sin la cual tu palabra sería como el sonido de la campana¹⁰².

Grave obstáculo es también –para orar y meditar la Palabra de Dios– la disipación del ánimo durante el día y el poco recato de los sentidos, pues no es posible que atenta y devotamente medite aquel cuya imaginación se halla llena de vanidades, ni lo es tampoco que tenga el espíritu recogido durante la oración quien anda siempre distraído, no por ocupaciones plausibles de su destino, sino por la curiosidad, la poca modestia u otros defectos¹⁰³.

e) Lectura en la Iglesia

La Biblia constituye el gran testimonio de fe de la Iglesia sobre el misterio revelado de Dios en la historia de la salvación; es un regalo que nos da nuestra madre Iglesia a todos nosotros, sus hijos. Preciso es leerla dentro del ámbito de fe o regazo maternal de la Iglesia.

Claret es misionero apostólico y actúa siempre con sentido eclesial. Nunca como franco tirador. Esta comunión con la Iglesia se nota de manera muy particular en la acogida de la Biblia:

Sean éstos –los libros de las sagradas Escrituras– para todos muy queridos, e intérpretenlos... en el sentido en que la Iglesia, los santos Padres y el común de los teólogos ortodoxos los han sido siempre entendido y entienden¹⁰⁴.

La verdad de la santa Biblia se hunde si no se apoya en la columna de la Iglesia, por lo cual decía San Agustín que ni el evangelio creyera si no se lo enseñara la autoridad de la Iglesia¹⁰⁵.

¹⁰² *Avisos a un Sacerdote*, n. 25, en *Escritos Espirituales...*, 244.

¹⁰³ *El Colegial o Seminarista Instruido*, 1, 2,4,1.

¹⁰⁴ *Reglas de Instituto de los Clérigos seculares*, I, 7, n. 39; en *Miscelánea...*, 301.

¹⁰⁵ *Pastoral sobre la Inmaculada*, Santiago de Cuba 1855, 4.6.

Esta recomendación cobra particular relieve por ser aquella época especialmente virulenta, en donde existía un acérrimo conflicto contra el influjo protestante¹⁰⁶.

Para participar de la riqueza de la gran tradición de la Iglesia, no puede ignorarse el copiosísimo bagaje de la interpretación de los santos Padres y comentaristas reconocidos y aprobados por ella. No partimos en nuestra lectura de cero. La *sola Scriptura* no basta. ¡Cómo ganaría en provecho nuestra lectura si estuviese acompañada de esta interpretación tan fecunda que nos precede y acompaña! El santo así lo ha hecho y recomienda:

Todos con la mayor fidelidad y esmero se han de aplicar a la lectura, estudio y meditación de las santas Escrituras... y para sacar más fruto añadirán la explicación de los Santos Padres y la de los intérpretes aprobados¹⁰⁷.

Al final de nuestro trayecto, reconocemos la ingente obra de Claret en el conocimiento y apostolado de la Biblia. Hay que admitir que no era un especialista de la Biblia: carecía de una formación académica rigurosa en esta especialidad, no impartía clases en el seminario, no disponía del sosiego requerido; no era profesor titular con cátedra de Sda. Escritura. Era lo que siempre fue y nunca dejó de ser: un misionero apostólico, itinerante y activo, presente en la primera línea de fuego de la evangelización.

Pero tuvo un secreto y armadura poderosa. Él mismo pregónó por las terrazas su íntimo secreto y blandió el arma de guerrero apostólico con que peleaba los combates de Dios: vivió de la lectura espiritual de la Biblia, recomendó con entusiasmo su lectura asidua; la difundió acercándola a los sacerdotes y gente sencilla. Devolvió el tesoro, por tanto tiempo escondido, de la Biblia al pueblo de Dios.

Para lo que en su tiempo se podía hacer en el campo de los estudios bíblicos en España, el P. Claret, sin ser especialista en

¹⁰⁶ Conviene leer como reflejo de aquellos tiempos turbulentos, el relato de un protestante inglés –contemporáneo de Claret–, venido a España a difundir la Biblia luterana. George Burrow (*La Biblia en España*, Madrid 2004) nos cuenta sus incontables avatares y explica el enrarecido clima de mutua confrontación.

¹⁰⁷ *Reglas del Instituto de los Clérigos seculares...*, I, 2, n. 15, en *Miscelánea interesante...*, 290.

la materia, y entre tantas ocupaciones de ministerios apostólicos y de libros escritos, merece un puesto destacado entre los escrituristas españoles del pasado siglo¹⁰⁸.

En esta conclusión, que llega a su punto final, recogemos algunas imágenes y las colocamos como puntos en hilera, suspensivos, a manera de sugerencias o invitaciones. ¿Qué ha sido la Biblia para Claret? ¿Qué nos toca a nosotros; cuál puede ser la parte de nuestra herencia y de nuestro compromiso? He aquí algunos símbolos que reflejan la vida del santo y también nuestras propias vidas; ambas aparecen, de forma adrede, mezcladas, configurando una corona o una guirnalda que entrelazamos en honor de la Palabra de Dios.

- La Biblia es saeta que traspasa el corazón. Nunca flecha mohosa. Jamás páginas borrosa, anodina o rutinaria. Hace estremecer, conmueve, transforma, convierte.
- Brújula. La Biblia orienta en momentos de incertidumbre, cuando no sabemos a qué atenernos y discurrimos qué hacer y cómo.
- Eco fiel de nuestra vocación, nunca repetido, siempre nuevo, en donde resuena la Palabra de Dios que habla derecha al corazón, interpela y otorga una misión dentro de la Iglesia y para ayudar al mundo sufriente.
- Espejo que devuelve la auténtica imagen con que Dios nos ha modelado.
- Lámpara que guía nuestros pasos hasta la verdad, Cristo. Sólo en el icono de Cristo, enviado del Padre, Claret y nosotros nos vemos retratados, reconocidos, hecho apóstoles a su imagen, semejanza y estilo.
- Lámpara permanente de una vida en donde nunca debe faltar el aceite de su ferviente lectura.
- La Biblia que es Jesucristo. La Biblia, que son libros distintos con autores distintos y materias distintas, se cifra

¹⁰⁸ M. Peinador, *La edición de la Vulgata del Beato Claret*. Ilustración del Clero 42 (1949) 385.

para Claret y para nosotros en un solo libro, un solo autor y una materia única: Jesucristo.

- Libro abierto, nunca cerrado, jamás escondido. Libro misionero. Leído para ser cumplido y predicado, repartido generosamente a un pueblo menesteroso.
- Libro de fuego, impregnado en las llamas del Espíritu de Pentecostés. ¿Quién pondrá límites a las llamas? ¿Cómo no arder con celo apostólico y abrasar a todo el mundo en el fuego del amor de Dios?
- Voz de Dios que clama y resuena, palabra de salvación. Si Dios ha hecho oír su voz para él, Claret será voz de Dios para los demás.
- Consuelo en los momentos de soledad y abandono, en donde se ha encontrado con Cristo, paciente, perseguido, crucificado. Y se ha convertido en eficaz consuelo para los otros.
- Pan de la vida. Partido y entregado al pueblo hambriento. Hoja a hoja. Pedazo a pedazo. Cuanto más se parte y reparte, se convierte en más eucaristía, y se torna más dádiva de Dios: da más vida.
- Libro de María, madre, esposa e hija. La madre que le ha sostenido y en donde se ha refugiado, la mujer fuerte que le ha lanzado a la misión, la esposa fiel e inseparable. Y también la criatura o hija que él ha dado a luz al mundo.

XII

Conclusión final o testamento

Llegamos al tramo último de nuestro camino. Redactemos un testamento, recordando cuanto hemos vivido y previendo lo mucho que aún nos queda por andar. Escribimos unas palabras que, por su condición de póstumas, debieran ser las más decisivas. Ésta memoria y profecía, al mismo tiempo, exhorta a postrarnos de rodillas delante de la Palabra de Dios.

Creemos con la fe de la Iglesia en la Palabra de Dios. Ésta es la auténtica «recomendación del alma» para todos los cristianos. En la Palabra confiamos, la adoramos pues en ella Dios sale a nuestro encuentro para conversar con nosotros y forjar una nueva familia. Igual que Jesús se pone en la manos del Padre (Lc 23,46), nosotros nos abandonamos a su Palabra, que acatamos por entero. Como María, la madre de Jesús y madre nuestra, cada uno de nosotros, con humilde sumisión se entrega: «hágame en mí según tu Palabra» (Lc 1,38).

Evocamos la celebración que nos constituye como comunidad cristiana, Iglesia viva de Dios. Actualizamos la eucaristía y expresamos nuestra condición de creyentes apropiándonos las mismas palabras del centurión romano, cuya fe Jesús alaba (Mt 8,5-13). En los momentos previos a la sagrada Comunión, mientras el sacerdote alza en sus manos el cuerpo del Señor, nosotros, pueblo de Dios congregado, confesamos con humilde súplica:

Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.

Para leer la Escritura se requiere fe ardiente. Para comulgar dignamente el cuerpo del Señor es preciso tener hambre y sed, esto es,

fe. Para acercarse, en fin, a la mesa de la Iglesia en donde está el pan de la Palabra y el pan eucarístico hace falta creer. ¡Qué magistralmente lo ha descrito san Agustín, refiriéndose al pan de la eucaristía!

Obra de Dios es que creáis en aquel que Él ha enviado. Esto es comer el alimento que no perece, sino que permanece hasta la vida eterna. ¿Para qué preparas los dientes y el estómago? Tú cree, y ya has comido... ¡Qué lejos estaban (los judíos) del pan del cielo! Ni sabían siquiera qué es tener hambre de Él. Tenían heridas en la boca del corazón (*fauces cordis*), eran sordos que no oían y ciegos que no veían... Creer en Él es lo mismo que comer el pan vivo. El que cree, come¹.

Ésta debe ser nuestra actitud permanente como lectores de la Biblia; porque la Escritura, acogida con fe, es causa de nuestra salvación:

No me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego (Rom 1,16).

Sólo la fe despliega la tremenda energía de Dios encerrada en su Palabra. Esta recepción creyente es motivo de profunda y continua acción de gracias del apóstol Pablo ante la comunidad:

Por nuestra parte no cesamos de dar gracias a Dios porque, al recibir la Palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis, no como palabra de hombre, sino cual es en verdad, como Palabra de Dios, que permanece operante *-energeitai-* en vosotros, los creyentes (1 Tes 2,11-13).

Esta parte final del libro adopta el género literario-bíblico de un testamento². Recordamos tres modelos principales en el Nue-

¹ San Agustín, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan (1-35) - 22,12; 26,1-*; en *Obras de San Agustín XIII*, Madrid 1945, 643, 657.

² Contiene estos tres momentos: 1º) El moribundo, o *el que sube al cielo*, o *el que va a partir*, llama a los suyos para hablarles. 2º) *Ordena* en testamento, exhorta o encomienda, realiza una apremiante llamada a las obras de misericordia, al amor, a la caridad fraterna. 3º) El moribundo se dirige a sus oyentes con vocablos llenos de afecto; y les advierte sobre el futuro de la comunidad.

Para su estudio sistemático, véanse estas dos obras monográficas: E. Cortés, *Los discursos de adiós de Gn 49 a Jn 13-17. Pistas para la historia de un género literario en la antigua literatura judía*, Barcelona 1976; J. Munk, *Discours d'adieu dans le Nouveau Testament et dans la littérature biblique*, en *Aux Sources de la tradition Chrétienne*, Neuchâtel-París 1950, 156-170.

vo Testamento. Los recordamos porque en todos ellos resuena, como el último grito de alerta, el clamoroso aviso de la entrega incondicional a la Palabra del Señor.

El primero es el discurso de Jesús a sus discípulos reunidos en el cenáculo; el segundo, la despedida de Pablo a los presbíteros de Éfeso; el tercero, el mensaje de Jesús a la última Iglesia de las siete comunidades del Apocalipsis, Laodicea.

1. Testamento de Jesús a sus discípulos

**«Santificalos en la verdad: tu palabra es verdad»
(Jn 17,17)**

Esta petición de Jesús se encuentra dentro de la gran plegaria del capítulo 17 del evangelio de san Juan, que narra su más extensa oración y también la más característica; aunque la que goza de mayor fama y más frecuente uso cristiano es la del Padre nuestro.

Fue calificada por Davide Citreo (1531-1600) como «oración del sumo Sacerdote –*precatio summi Sacerdoti*–», y con este epígrafe ha pasado a la tradición. También nosotros podríamos de la misma manera llamarla, si admitimos, a la luz de la carta a los Hebreos, que el sacerdocio de Cristo debe interpretarse en clave existencial y no meramente cultural.

Celebra la alabanza del Señor. Después de exclamar: «Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33), Jesús franquea el umbral de la eternidad. Hay que leer la oración como un prefacio litúrgico, como si el Señor la hubiera pronunciado en el preciso momento de entrar en la gloria³. En la profunda visión del evangelista, el Hijo retorna al seno del Padre entonando este canto de alegría. La plegaria trasciende la situación histórica. Pronunciada en el cenáculo, constituye la apoteosis eterna del Señor glorificado.

La oración en sí misma no es un texto literario hermoso ni brillante, sino abigarrado y denso, y que cierra, cual solemne

³ Jesús habla como si permaneciera todavía en este mundo (17,13.19) y al mismo tiempo como si ya lo hubiera dejado (17,4.11.12.18).

conclusión, el discurso de despedida de Jesús (13-16). Es una pieza llena de tensión psicológica y de profundidad teológica, de tanta enjundia que ha sido considerada como la síntesis más completa de la teología del cuarto evangelio⁴.

Algunos autores la han elogiado con creces. Melanchton, en su última clase dedicada a Juan 17, el 11 de abril de 1560, en Wittenberg, afirmaba: «No se ha oído nunca ni en el cielo ni en la tierra una voz más digna ni más fructífera ni más patética, que esta oración del mismo Hijo de Dios»⁵. Y Cornelio a Lápide (1567-1637) la exaltaba como «el canto de cisne de Jesús, lleno de dulzura, de vida y de entusiasmo»⁶.

El evangelista ha querido reunir en un solo capítulo, en forma de plegaria, la última comunicación del Enviado de Dios a la tierra. Jesús realiza un sincero balance de su vida y de su obra, se ofrece incondicionalmente al Padre. La cercanía de su muerte y glorificación le otorga un tono a la vez íntimo y solemne. Es decididamente el testamento de Jesús.

Jesús prosigue con los ojos elevados al Padre y alza por sus discípulos esta petición:

Santificalos en la verdad: tu Palabra es verdad (Jn 17,17).

El verbo «santificar» no aparece registrado en el evangelio, sino en una sola frase de Jesús, aludiendo a su envío: «Aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo» (Jn 10,36-37). El sujeto es siempre el Padre. La santificación se refiere a la encarnación, por la que el Verbo asume la humanidad. Esta santificación es fundamento de la misión del Hijo en este mundo. Jesús es el Enviado por excelencia: el Misionero del Padre.

Recordamos la voz de Dios para los creyentes de Israel: «Seréis santos porque yo soy santo» (Lev 19,2). El Dios santo ha sellado una alianza, y quiere comunicar su santidad al pueblo elegido. Santificar significa llegar a ser propiedad de Dios; pertenecer al Padre como hijos y, por tanto, realizar aquella vida filial que es propia del Hijo.

⁴ Cf. G. Rossé, *L'ultima preghiera di Gesù*, Roma 1988. Con abundante bibliografía.

⁵ *Das Hohepriesterliche*, nº 1,1-2.

⁶ *Commentaria in quattuor evangelia*, 639.

¿En qué verdad debemos estar santificados? La verdad no se refiere en el evangelio de san Juan a una idea de Dios —el *verum* platónico—, sino a la revelación de Dios encarnada en la historia y en la persona de Jesús. La verdad posee en el cuarto evangelio un nombre propio: es el mismo Jesucristo, manifestado en la carne, como Hijo y que vive en unión de amor con el Padre.

Santificar en la verdad quiere decir permanecer en la Palabra revelada por Jesús. La fe en esta Palabra nos permite entrar en la intimidad del Hijo y participar en la vida divina del Padre y del Hijo: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti solo Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo» (v. 3).

Jesús desea que sus seguidores permanezcan en la verdad de sus palabras:

Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis (15,7).

Esta es la condición esencial del discipulado (15,8). Los judíos, en cambio, son culpables porque no acogen dentro de ellos su Palabra:

Ya sé que sois descendencia de Abrahán; pero tratáis de matarme, porque mi Palabra no penetra en vosotros (8,37).

Ellos siguen al diablo, al que tienen por padre, pues en «él no está la verdad» (8,44). El diablo está pertrechado contra la luz y la verdad de Cristo: vive con las puertas cerradas⁷. Lo mismo hace el pecador: *cierra la puerta del corazón a la verdad*⁸.

La Palabra de Jesús nos abre las puertas a fin de participar en esta unidad del amor del Hijo con el Padre. Tan estrecha comunión constituye el fundamento también de la unidad de los cristianos entre ellos mismos: «Que todos sean uno como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que también ellos en nosotros sean uno, para que el mundo crea que tú me has enviado» (21).

La santificación no se cierra en un círculo de intimidad excluyente, sino que se abre a un horizonte misionero. Así ha suplicado Jesús:

⁷ Así lo ha descrito A. Chouraqui, *Les Psaumes*, París 1958, 6: *Il vit à huis-clos*.

⁸ *Cordis ostium contra veritatem claudit*. Es la sugerente expresión de san Gregorio Magno (*Hom. in Evang.* 7, 2; PL 76, 1.100C).

No ruego por éstos solamente, sino también por los que creerán en mí por su palabra (17,20).

Lo mismo que el Padre ha dado su Palabra al Hijo, el Hijo la ha entregado a sus discípulos. Jesús lo recuerda en su oración: «Porque las palabras que me has dado, yo se las he dado, y ellos las han acogido y han conocido verdaderamente que he salido de ti y que tú me has enviado» (v. 8). Las palabras son consideradas como don del Padre.

Jesús extiende la plegaria, que va desde el grupo apostólico que él ha enviado al mundo (17,18), hasta aquellos que creerán mediante la palabra de sus discípulos. La apertura al futuro en el tiempo y en el espacio, y hacia otras fronteras de universalidad, está claramente en contraste con todo tentativo de juzgar a la comunidad cristiana como un grupo clausurado y hermético.

Jesús ruega por los futuros creyentes en él. Esta fe será posible por la palabra de los suyos. Creer en Jesús representa el don más sublime de la revelación cristiana. Quien cree en Jesús tiene la vida (Jn 4,53; 6, 34; 11,25-26). Pues bien, el Maestro delega esta misión en la palabra de sus discípulos. Nunca una palabra ha recobrado, desde entonces, tan eximio valor y trascendencia como la palabra de los discípulos de Jesús que hacen posible que muchos otros crean en Jesús. Y jamás la tarea de los enviados de Jesús ha llegado a tales cotas de grandeza y compromiso.

Como el Hijo ha aprendido en el regazo del Padre a ser su más diáfana revelación (Jn 1,18), asimismo la palabra de los discípulos, para que sea «fe-haciente» y produzca fruto, debe nacer desde la experiencia prolongada e íntima con Jesús, de la que es modelo el discípulo amado, el que da testimonio, porque ha reclinado su cabeza en el pecho de Jesús (13,25).

Se descubre una profunda unidad configuradora de toda la oración sacerdotal mediante el tema de la misión. Ésta tiene su origen en el Padre, que envía a Jesús; y Jesús manda a sus discípulos para comunicar su palabra salvadora al mundo. La misión personal de Jesús está ya para cumplirse; la misión de la Iglesia está apenas iniciada y se abre a la historia y al futuro. La Iglesia no se encuentra sola. El Padre la santifica y guarda; el Hijo la reúne con su palabra y su presencia vivificante.

Pero es preciso que la Iglesia permanezca en la Palabra de Jesús, que se dedique por entero a ella. Sólo así será santa y podrá santificar. El Espíritu la hace fuerte con el poder de su testimonio y profecía, interpreta el mensaje de Jesús.

El Señor ha dejado a la Iglesia la más noble tarea: ser misionera de su Palabra de verdad, la única que trae salvación. La vida del mundo recae ahora, misteriosa y responsablemente, conforme al designio de Dios, en la misión de la comunidad de los discípulos fieles. Son los misioneros la más hermosa página que escribe la Iglesia, su motivo de esperanza: predicán la Palabra que Jesús les ha dado, la han acogido con fe, y a esta Palabra del Espíritu deben consagrarse en cuerpo y alma, de por vida y hasta la muerte.

2. Testamento de Pablo a los presbíteros de Mileto

«Ahora os dejo en manos de Dios y de su Palabra de gracia, que tiene poder para edificaros y daros parte en la herencia de los santos» (Hch 20,32)

Situado al término de su carrera misionera, Pablo deja a los responsables su testamento⁹. Va dirigido ciertamente a los presbíteros de Éfeso; pero es preciso leerlo en el espíritu en que fue escrito y situado: representa una enseñanza válida para todos aquellos que en la Iglesia desempeñan una responsabilidad pastoral.

Se trata de un verdadero discurso, compuesto según las leyes del arte de la oratoria. Es un discurso en «miniatura» —breve y precioso—, completo en sí mismo. Las frases se desarrollan en períodos armoniosos y bien balanceados: la estructura es completa y cuidadosamente estudiada. La elaboración remite al autor de los Hechos, cuya intención ha sido traducir, concentrando en unas pocas líneas, el genial pensamiento del apóstol misionero.

⁹ Ha sido considerado como una apología, en relación con las tres grandes apologías que siguen al arresto de Pablo: ante el pueblo de Jerusalén (Hch 22,1-21), ante el procurador Félix (24,10-21) y frente al rey Agripa (26,2-23). Hay rasgos reivindicativos en este discurso; pero no parece que el objetivo de este fragmento sea simplemente inmortalizar la figura del apóstol de los gentiles, al estilo de la Apología de Sócrates, escrita por Platón. Sigue siendo iluminador el libro de J. Dupont, *Le discours de milet. Testament pastoral de Saint Paul (Actes 20,18-36)*, París 1962.

Merece la pena la lectura, al menos de su parte central, para calibrar con cuánto brío y emoción late el corazón del apóstol:

Mirad que ahora yo, encadenado en el espíritu, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá; solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones. Pero yo no considero mi vida digna de estima, con tal que termine mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús, de dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios. Y ahora yo sé que ya no volveréis a ver mi rostro ninguno de vosotros, entre quienes pasé predicando el Reino. Por esto os testifico en el día de hoy que estoy limpio de la sangre de todos, pues no me acobardé de anunciaros todo el designio de Dios. Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo. Yo sé que, después de mi partida, se introducirán entre vosotros lobos crueles que no perdonarán al rebaño; y también que de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar a los discípulos detrás de sí. Por tanto, vigilad y acordaos que durante tres años no he cesado de amonestaros día y noche con lágrimas a cada uno de vosotros. Ahora os dejo en manos de Dios y de su Palabra de gracia que tiene poder para edificaros y daros parte en la herencia de los santos (Hch 20,22-32).

Glosamos con un breve comentario los motivos más importantes. En el momento de abandonar el campo de trabajo al que ha consagrado lo mejor de su vida, Pablo mira hacia atrás; pero lo hace con la atención puesta en el porvenir. La tarea aún no ha acabado. Los presbíteros de la comunidad deberán proseguir la obra del fundador. Pablo les encomienda una dura responsabilidad, pero también les da un ejemplo. Para ser fieles a su misión, no tendrán más que acordarse de la conducta del apóstol y saber imitarla. Aunque Pablo habla con frecuencia de él mismo (como suele ser habitual en sus escritos: 2 Tm 3,79; Flp 3,17; 1 Cor 4,15-16), lo hace para ofrecer un claro espejo donde puedan mirarse los pastores.

Todo misionero debe sentir con la Iglesia, padecer una profunda empatía con ella. A Pablo le «duele» la Iglesia. Recuerda a los cristianos sus lágrimas en esta despedida (v. 31). Como también ha mencionado en sus cartas (2 Cor 2,4; Flp 3,18). Son lágrimas de congoja ante el peligro real de que abandonen la fe.

No se comporta de manera en absoluto distante, ni fría. La situación de los cristianos le llega al alma.

«Va encadenado por el Espíritu» rumbo a Jerusalén. Sabe que le esperan cadenas y tribulaciones. Su vida está sellada por las aflicciones apostólicas. Tras padecer en Antioquía de Pisidia (Hch 13), en Iconio, ser apedreado, y abandonado como muerto fuera de la ciudad (14,19), Pablo rememora estos hechos; sigue evangelizando y confortando a los discípulos a perseverar en la fe: es preciso pasar por muchas tribulaciones para llegar y hacer arribar a muchos al Reino de Dios (14,22).

Pero no sólo camina maniatado por cadenas de hierro. Existe una interpretación más profunda: está encadenado por el Espíritu. El Espíritu ha tomado posesión de Pablo, lo ha convertido en su prisionero. El Espíritu Santo prohíbe a Pablo dirigirse a Éfeso (16,6); el «Espíritu de Jesús» les impide volver a Bitinia (16,7). Antes de ser apresado por sus enemigos, Pablo es prisionero del Espíritu Santo. Es ésta una expresión audaz, sin paralelos en las cartas.

También se ha llamado a sí mismo prisionero de Cristo Jesús (Flm 1,9; Ef 3,1; 2 Tm 1,8). Cristo le ha hecho su cautivo en Damasco (Flp 3,12b), y él porta las cadenas (Ef 6,20) y cicatrices de Cristo (Gál 6,17). El servicio no se cumple sólo en la predicación, también con las «cadenas», que son cualquier clase de congoja a causa de la misión. El apóstol no se pertenece; está consagrado por entero al servicio de Cristo mediante una docilidad absoluta a su Espíritu.

A Pablo no le importa la vida, lo que verdaderamente le preocupa es terminar su carrera apostólica y cumplir el ministerio que ha recibido del Señor Jesús, que consiste en dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.

Si el apóstol no da importancia a su vida, es en razón de la grandeza de la misión que ha recibido, por la cual está dispuesto a sacrificar su existencia. Se comporta como el que encuentra la perla preciosa, y por ella lo vende todo (Mt 13,44-46). El mejor comentario lo constituye el fragmento de la carta a los Filipenses (3,7-10).

Pablo no quiere abandonar la carrera, sino completarla, llegar hasta el final, sin desertar ni desviarse de la meta, que no es otra

sino Cristo (Flp 3,12.14), y arrastrar a muchos hermanos al encuentro con el Señor Jesús. La tarea del predicador consiste en anunciar esta buena Nueva, de tal manera que pueda despertar la gracia de la fe en quienes la escuchan.

La misión es inmensa porque le ha sido confiada por Cristo y se asocia con la obra de la salvación de los hombres. Ni los sufrimientos, ni la cautividad, ni la muerte, nada será lo suficientemente poderoso para impedirle dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.

Pablo se dirige no sólo a los responsable de la Iglesia de Éfeso, sino a todos los pastores. Es Jesús mismo quien transmite esta misión del cuidado de la Iglesia (Jn 21,15s). En el evangelio de Lucas aparece la predilección del Señor por la Iglesia, su rebaño: «No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino» (12,32, propio de Lc).

Este rebaño es la Iglesia de Dios, quien la ha adquirido con el precio de la sangre de su propio Hijo. ¡Vale tanto y es tan querida a los ojos de Dios! Pero ahora Pablo no pretende hacer eclesiología, ni cristología, sino mostrar la responsabilidad del pastor. Ante Dios deben los pastores responder; pues son pastores de «la Iglesia de Dios» (1 Cor 1,2; 10,32; 15,9; Gál 1,13).

El apóstol dirige su atención hacia el futuro, presentando los peligros que se ciernen sobre la comunidad. La amenaza va a provenir de un doble frente. Habrá falsarios que llegarán de fuera, calificados con la imagen de «lobos feroces» «Id, mirad que os envío como corderos en medio de lobos» (Lc 10,3; Jn 10,12). Por otra parte, también surgirán embaucadores de entre la misma comunidad: «Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros» (1 Jn 2,19).

Éstos serán incluso más peligrosos, porque con la pretensión de presentar el mensaje cristiano con mejor conocimiento y mayor eficacia que la predicación habitual, lograrán persuadir a muchos cristianos desprevenidos para que se hagan secuaces de sus ideas, y así los llevarán a la apostasía –literalmente: *apostasan*–, poniendo en peligro la unidad de la Iglesia.

El v. 32, objeto central de nuestra atención, presenta una oración apremiante y una bendición que pone a los cristianos bajo la protección de la Palabra de Dios:

Ahora os dejo *-paratithemi-* en manos de Dios y de su Palabra de gracia que tiene poder para edificaros y daros parte en la herencia de los santos (Hch 20,32).

La grave intensidad del momento proviene de la semejanza con la oración de Jesús al morir en la cruz:

Padre, en tus manos encomiendo *-paratithemi-* mi alma (Lc 23,46).

Leída detenidamente, parece ser un contrasentido. En lugar de confiarles la Palabra para que la prediquen, Pablo los confía a la Palabra. Es una paradoja deliberada. Porque la Palabra posee un poder omnímodo y es soberanamente eficaz.

La Palabra de la gracia es un sintagma que significa justamente el evangelio de la gracia. Pablo la ha predicado durante todo su ministerio (Hch 14,3; 22,24). También equivale a Palabra de salvación (Hch 13,26). Esta Palabra comunica la gracia a quien la recibe con fe.

Pero la expresión alcanza una honda significación. La Palabra, conforme al uso del libro de los Hechos, adquiere una cierta personalidad: es viva, y por eso «crece». Hay que caer en la cuenta de la fuerza expresiva de estas atrevidas formulaciones:

La Palabra de Dios crecía, y el número de los discípulos aumentaba considerablemente (6,7).

La Palabra de Dios crecía y se multiplicaba (12,24).

Acontece en la Iglesia la prolongación acrecentada de la bendición del Génesis: «Creced y multiplicaos, llenad la tierra» (1,28).

También se realiza una nueva réplica del crecimiento del niño Jesús: «El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él» (Lc 2,40).

Sólo la Palabra de Dios tiene «poder» *-dynatai-* para «construir» la Iglesia y abrir a los creyentes la puerta de la salvación:

Pues la predicación (literalmente: la Palabra) de la cruz es una necesidad para los que se pierden; mas para los que se salvan para nosotros es fuerza de Dios... Nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios (1 Cor 1,18.23-24).

Acoged con docilidad la Palabra sembrada en vosotros, que es capaz de salvar vuestras almas (St 1,21).

Mas no se trata de una energía que actúa de manera mágica, sino que cuenta con la fe del cristiano y la exige. Así el apóstol recomienda a Timoteo que permanezca en la tradición recibida:

Desde niño conoces las Sagradas Escrituras, que pueden darte la sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús (2 Tm 3,15).

Esta Palabra de la gracia posee poder para construir la Iglesia. Resuena con toda claridad la espléndida imagen, tan frecuente en el Nuevo Testamento, de la Iglesia como definitivo templo de Dios (1 Cor 3,9-14.16; Ef 4,12).

La edificación de la Iglesia es la obra de Dios por medio de su Palabra. Por más que Pablo se haya esforzado y sufrido, es Dios quien hace «crecer la planta» (1 Cor 3,7) y construye el edificio con la potencia de su Palabra.

«La herencia entre los santificados» significa tomar parte ya, desde ahora, en la salvación definitiva; participar con la Iglesia celestial de los bienes escatológicos (cf. Col 1,12).

Pablo va a abandonar Mileto, es consciente de su muerte inminente; él parte pero les deja en manos de la Palabra de Dios; su última palabra es un grito para que se confíen a esta Palabra, el evangelio de la gracia de nuestro Señor Jesús. El se va pero queda, viva y enérgica, la Palabra de Dios en medio de los cristianos.

Pablo ha visto a lo largo de sus trabajos apostólicos cómo la Palabra se ha ido abriendo paso, de manera gloriosa, en medio de tantas dificultades. Por eso, ahora, entona el mejor canto a la Palabra y firma la más consoladora recomendación a los responsables de la Iglesia —de entonces, y de todos los tiempos—: confiarse y entregarse a la Palabra que tiene poder para dar la salvación y la herencia prometida, a fin de que todos puedan escuchar

algún día, cuando el Señor quiera, estas dichosas palabras: «Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mt 25,34).

3. El último testamento de Jesús a su Iglesia

«Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3,20).

Este verso del Apocalipsis es uno de los más sugerentes, enigmáticos y hermosos de toda la Biblia¹⁰. Prácticamente equivale a un resumen apretado de toda la revelación; pues la historia de la salvación —como afirma la *Dei Verbum*, 1— no es sino una continua visita de Dios, que se prolonga en el tiempo, y culmina en esta escena, verdadera joya literaria y teológica. Cristo está de pie y llama a la puerta de cada uno, para llenarle con sus dones mesiánicos en una cena de intimidad, que es la eucaristía. Sólo reclama una condición: escuchar su Palabra.

Nuestro verso se encuentra dentro de una carta, formando parte de un todo orgánico. Se trata de la séptima y postrera carta que escribe el Señor a las Iglesias del Apocalipsis. Puede afirmarse que representa el último mensaje de Jesús a su Iglesia.

Así reza literalmente la carta a la Iglesia de Laodicea:

Escribe al ángel de la Iglesia en Laodicea. Esto dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios. Conozco tus obras: no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente!; pero porque eres tibio, ni caliente ni frío, estoy a punto de vomitarte de mi boca. Porque dices: Yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada, y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te enriquezcas, y vestiduras blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez, y colirio para untarte tus ojos, a fin de que veas. Yo a cuantos amo, reprendo y corrijo;

¹⁰ F. Contreras, *Estoy a la puerta y llamo (Ap 3, 20)*, Salamanca 1995. Con abundante bibliografía. Un solo verso de la Biblia que bien se merece todo un comentario de 421 páginas (¡).

ten, pues, celo y conviértete. Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias (Ap 3,14-22).

La situación que vive esta Iglesia de Laodicea es, con diferencia, la más deplorable de todas las comunidades del Apocalipsis; representa el estado de máxima miseria espiritual, designado con la típica palabra tibieza. En su seno se acumulan, cargadas con todas sus connotaciones bíblicas negativas, la pobreza, la ceguera y la desnudez. Debido a tal grado de miseria, es calificada por el Señor como enteramente digna de lástima, y, dirigiéndose a ella, en interpelación directa, la llama: «tú, la que eres desgraciada».

Lo peor es que vive instalada en su pecado; no reconoce su culpabilidad, antes al contrario, se enorgullece fatuamente. Se cree rica, sin carecer de nada, y es pobre; presume de vestidos, y está desnuda, de tal manera que origina en quien la ve sonrojo y vergüenza; se ufana de una buena visión y está completamente ciega. Este orgullo religioso repugna al Señor. Es una comunidad pecadora, pero se muestra incapaz de reconocerlo, no tiene voluntad para salir de su postración, sino que alardea presuntuosamente de soberbia piadosa, que es el peor de los pecados.

Por eso adviene un juicio tremendamente severo; recibe la más dura de las amenazas; produce asco, provoca esa situación insufrible, anterior al vómito, la náusea: «Estoy a punto de vomitarte de mi boca», le espeta el Señor (v. 16).

Pues a esta iglesia miserable, el Señor la hace partícipe de las palabras más hermosas y consoladoras, le comunica una solícita llamada, con acentos de amor, pocas veces oídos. Este verso marca el clímax de la carta a la Iglesia de Laodicea. Parece como si al principio el Señor estuviese marcado preocupantemente por un enfado obsesivo a causa de la situación eclesial de tibieza y se hubiera, sin más, dejado ir casi por instinto de él; como si se hubiese pasado de la raya en su reprensión a la Iglesia. Ahora, tal vez para resarcirse de su duro reproche, se deshace en generosidad. El amor puede ser severo, pero no cruel. Todo el verso es la expresión viva de un deseo intensamente querido.

Encontramos en nuestro verso estos tres aspectos, que deben ser subrayados:

**a) Revelación del misterio de Cristo,
verdadero Dios y verdadero hombre**

Cristo está de pie, espera en la noche, aldabonea la puerta, hace oír su voz, pide entrada y asegura una cena compartida.

«Es verdadero Dios.» Así como Dios promete sellar una alianza con su pueblo: «Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo» (Éx 6,7; Lev 26,12; 27,9; 28,9; Dt 29,12; Jr 7,23; 24,5-7; 30,32; Ez 11,20; 36,28; 37,27; Zac 8,8; y bajo el símbolo nupcial en Cant 2,16; 6,3; 7,11), el Señor rubrica una alianza, descrita con intensos lazos de reciprocidad, en comunión con el discípulo: «Cenaré con él y él conmigo». Cristo aparece dotado de eterna autoridad, investido con la plenitud del poder y de la gloria divina.

«Es verdadero hombre.» Al mismo tiempo, se manifiesta lleno de cercanía. Busca la conversión de la miserable Iglesia de Laodicea. La silueta primera que se dibuja en la escena es la de un peregrino, que suplica asilo a la iglesia más desgraciada; un mendigo que llama a la puerta pidiendo una limosna.

Se trata de la condescendencia de Jesús. San Juan lo designará «encarnación» (1,14); san Pablo *kénosis* (Flp 2,7). La condescendencia es un misterio de abajamiento, que busca el bien del pecador; es la suprema abyección de la gracia. Cristo se iguala con la estatura humana; se coloca junto a la puerta, llama por si alguien quiere oírle y abrirle.

Es el mismo Jesús de siempre, el del Nuevo Testamento: «el que viene a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19,10). El que, cansado del camino, pide a una mujer samaritana, que antes había tenido cinco maridos: «Dame de beber» (Jn 4,7). Verdadero hombre, ha sentido necesidad de los demás. Sentado en el brocal de pozo, tiene sed de agua y de convivencia. Con idéntica actitud está de pie a la puerta.

Contemplando a Jesús, pidiendo asilo y suplicando que su palabra sea escuchada, podemos calificar esta escena como síntesis y emblema del Nuevo Testamento: «El cristiano es un hom-

bre miserable, pero sabe que hay Alguien aún más miserable, este Mendigo de amor que está a la puerta del corazón... El Hijo viene a la tierra para sentarse a la mesa de los pecadores» (P. Evdokimov).

En este humilde mendigo acontece la epifanía del misterio insondable de Jesús: Dios y hombre verdadero.

b) La súplica vehemente del Señor:

«Si alguien escucha mi voz»

El Señor está de pie. No se va, se queda a la intemperie. Está fuera a fin de poder entrar. El Señor solicita que el discípulo lo acoja en su casa; pues, con su entrada, llega la plenitud de la salvación.

Frente a la constante desilusión –tal como refieren reiterados textos de los profetas y del Cantar, por la ausencia del esposo– esta escena significa, por fin, la consecución de la alianza, la mutua posesión sellada. El esposo está de pie; es él quien solicita la presencia, y llama.

El Señor no es el esposo que abandona a la esposa, como acontecía tantas veces en el Cantar de los Cantares (5,6; 6,1; 7, 12), dejándola sumida en la tristeza, sino que permanece fiel, esperando a la puerta.

Sólo pone una condición, dice discretamente: «Si alguien escucha mi voz y abre...». Todo el desenlace de la secuencia está condicionado por esta acogida a su voz.

Se trata de oír su voz, la misma voz de Dios que se prolonga en la historia de la salvación. Retumba el clamor tantísimas veces proclamado por Dios en el Antiguo Testamento, quien no se cansa de entonar esta súplica: «escuchad la voz de Dios».

Las citas resultan numerosas: Dt 4,30; 8,20; 13,5.19; 15,5; 26,17; 28,1.15.45; 30,8.10; Jos 24,24; Jr 3,13.25; 7,23.28; 18,10; 22,21... El propio Dios anhela esta profunda acogida de su palabra: «Ojalá escuchéis hoy mi voz» (Sal 95,7).

Apocalipsis «cristologiza» esta voz. En la palabra de Cristo resuena la misma voz de Dios, llena de autoridad y señorío divino. Jesús no se fatiga de hablarnos; su palabra sigue repercu-

tiendo en la noche, no se apaga ni se extingue. El Señor no se va. Sigue llamando. Está de pie a la puerta y de pie seguirá estando (*estheka*)¹¹.

Su Palabra no se dirige sólo a aquella Iglesia de Laodicea, sino a todo cristiano. Porque el mismo texto del Apocalipsis adopta una profunda transformación. Jesús dice: «si alguien», rescataando a su interlocutor de las coordenadas limitadas de aquella comunidad de Asia Menor y de aquel tiempo de finales del siglo primero. Ese «alguien» es vocablo abierto, se refiere a alguno, indefinido, sin nombre, sin distinción de raza, religión, sexo o edad. Para ser discípulo fiel sólo se pide acoger la voz del Señor.

El que escucha su voz es de los suyos, oveja de su rebaño (Jn 10,3.4).

El Señor golpea a la puerta, pero, por mucho que resuene su llamada, si alguien no contesta, será inútil; si el discípulo no escucha y abre la puerta, la voz de Cristo seguirá perdiéndose en el vacío, y él se quedará fuera para siempre. El misterio de la gracia de Dios lleva anejo el misterio de la libertad del hombre. Y la puerta –no lo olvidemos nunca– sólo se abre desde dentro.

c) La Palabra escuchada culmina en la Eucaristía

Ya se ha visto siempre que el encuentro con la Palabra concluye felizmente en la Eucaristía. El Señor asegura: «cenaré con él y él conmigo».

La palabra «cena» –*deipnon*– sirve de fecunda conexión con la teología de la Eucaristía del Nuevo Testamento (1 Cor 11,20).

En esta cena sigue siendo el mismo Jesús, amigo de los pecadores a los que invita a su mesa (Mc 2,15-17; Lc 7,34; 15,2). Es, igualmente, el Señor resucitado que comía con los apóstoles (cf. Hch 1,4; 10,41), durante unos encuentros llenos de familiaridad, transformadores: les quitaba las dudas y los miedos, les

¹¹ Este valor de permanencia se indica por el valor temporal del verbo del Nuevo Testamento *histemi*, que va conjugado en perfecto *hesteka*, alude a una acción que se prolonga y prosigue sin cese ni ruptura.

otorgaba la fuerza de lo Alto para ser sus testigos. Les ofrecía la comida que salía de sus manos (Lc 24,30; Jn 21,13), compartía el común alimento (Lc 24,41-43).

Como una fiel traducción del encuentro de Jesús con los discípulos –y reflejo de la praxis eclesial de la celebración eucarística, donde se conmemora la liturgia de la palabra y del sacrificio/banquete–, se destaca nuestro texto. El primer hemistiquio habla de una liturgia de la palabra, mediante un léxico denotativo: «llamar», «oír» –*bis*–, «la voz» –*bis*–. La liturgia eucarística se deja ver en la última expresión: «Y cenaré con él y él conmigo».

El Señor da una comida superabundante –como antaño tantas veces Dios había prometido conforme a las más hondas aspiraciones del pueblo (Is 25,6-8; 55,1-3; Os 2,23-24...)–: en ésta se entrega él mismo, la plenitud personal de todos los bienes mesiánicos.

Con esta cena el Señor anuda con el discípulo unos lazos inescindibles de fraternidad. Se trata de un encuentro protagonizado por dos. No es buena traducción: «cenaremos juntos», sino esta otra: «cenaré con él y él conmigo», en donde se habla con claras referencias a la alianza.

La comida rubrica –con marca indeleble, Dios resulta garante del compromiso– la alianza prometida, tal como resuena con frecuencia en el Antiguo Testamento (Gén 26,26-31; Jos 9,14; Éx 18,1-12; 24,1.9-11). Además, posee esta cena una intensa tonalidad afectiva, pues goza de un marco bíblicamente misterioso y sugerente como es la noche, y tiene un ámbito privilegiado e íntimo, compartido por dos personas: Cristo y el cristiano.

Mediante un lenguaje que reproduce la terminología de la alianza; con una comida, que recuerda las comidas celebradas en el Antiguo y Nuevo Testamento, Cristo sella la alianza anulando una relación de amor y de reciprocidad. En Ap 3,20 las palabras del Señor expresan la máxima intensidad y grado de personalización.

Aún hay más consuelo y motivos de esperanza. La presencia de Cristo transforma, en la profundidad del encuentro, la condición del discípulo. El Señor entrará en su casa, le obsequiará

con una cena, y lo pondrá a su mesa (cf. Lc 22,27). Se convertirá el discípulo en compañero y comensal del mismo Dios.

Esta dicha presente prepara ya la promesa final: «Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono» (Ap 3,21). Podrá el discípulo vencedor –aquel que al inicio de la carta era despreciable y digno de lástima (Ap 3,17)– gozar de la vida perdurable de Dios. Este encuentro de comensalidad está abierto a la escatología, como auténtica dimensión esencial de toda celebración eucarística.

El discípulo tiene acceso al premio del más insospechado alcance. Es alzado del asiento de la mesa de su casa pecadora, a la sede del trono en el cielo.

Jesús sólo pone una condición: escuchar su voz, su Palabra que es gracia, su Evangelio que es salvación. Si este discípulo abre la puerta, el Señor le abrirá las puertas del Reino de los cielos para levantarlo a la común mesa de Dios y compartir por siempre la plenitud imperecedera, a fin de sentarlo en su mismo trono y reinar con él eternamente.

Puede servirnos como apéndice a esta conclusión y, en definitiva, a todo el libro una pintura. Empezamos con un cuadro, finalizamos asimismo con otra representación. Existe un célebre cuadro de Holman Hunt, que se titula *Light of the World*. Es una intensa y vibrante versión de nuestra escena del Apocalipsis. En él se ve a Cristo, vestido de sacerdote y rey, portando un farol en la mano. Está llamando a la puerta y mira con ansiosos ojos al espectador del cuadro. Es una pintura abierta a nuestra respuesta. Lo más llamativo es un detalle aparentemente sin importancia. Junto a la puerta crecen matorrales, abrojos y zarzas.

Esto significa dos cosas. La primera es que el discípulo no escucha la voz del Señor que llama; se muestra sordo y rebelde. La segunda es que el Señor no se va. Por más hierbas silvestres que broten y trepen, el Señor sigue llamando. Aquí radica el motivo de nuestra esperanza.

¿No conseguirá su extrema paciencia ser causa de nuestra salvación? ¿Verlo a nuestra puerta, de pie como Señor resucitado y pidiendo como un mendigo, mientras siguen brotando los sil-

vestres abrojos, no hará posible que nos decidamos ya acoger la voz del que quiere entrar en nuestra casa, que nos invita generosamente a la cena de la Eucaristía, ansía forjar con nosotros una alianza de amor, nos asegura compartir el común trono del triunfo y participar de su misma vida divina y trinitaria?

Con esta imagen del Señor mirándonos a los ojos y llamando con una ilusión nunca marchita a nuestra puerta..., acabamos el libro y ponemos de alguna manera fin a la conclusión.

Pero se trata de una conclusión inconclusa. No está acabada¹². Depende de cada uno la terminación. Pues cada uno de nosotros es libre para escuchar o no la Palabra del Señor, para abrir la puerta o dejarla cerrada. Pero, ¡no olvidemos nunca!, a nuestra puerta el Señor sigue insistentemente llamando, pide que escuchemos su Palabra. No se va ni se cansa de llamar.

¹² Seguimos la singularidad de algunos libros bíblicos, que aparecen literariamente en suspense, incompletos. Como el epílogo del libro de Jonás (4,10-11) y el final de los Hechos (28,30-31), Como la conclusión de la gran novela de Cervantes, *El Quijote*. No hay muerte del protagonista; quien muere es Alonso Quijano, no el Quijote. Aún sigue su presencia viva luchando contra molinos de viento, encarnada en muchos quijotes de nuestro tiempo... No puede haber acabamiento en estos relatos.

Bibliografía¹

- AA.VV., *Écriture sainte et vie spirituelle*. en *Dictionnaire de Spiritualité IV/I*, París 1960, cols. 128-278;
- *La lectio divina nella vita religiosa*, Bose 1994.
- *Lectio divina et lecture spirituelle*: en *Dictionnaire de Spiritualité IX*, París 1960, cols. 470-496.
- ALONSO, S. L., *La Palabra Inspirada. La Biblia a la luz de la ciencia del lenguaje*, Madrid ³1986.
- ALONSO, S. L. – ARTOLA, A. M., *La Palabra de Dios en la historia de los hombres. Comentario temático a la Constitución Dei Verbum*, Bilbao 1991.
- ARTOLA, A. M. – SÁNCHEZ C. J. M., *Introducción al estudio de la Biblia. 2. Biblia y Palabra de Dios*, Estella ⁸2005.
- BAGOT, J. P. – DUBS, J. C., *Para leer la Biblia*, Estella ⁸2005.
- BAROFIO, B., *Lectio divina e vita religiosa*, Turín-Leumann 1981.
- BARTON, J., *La interpretación bíblica hoy*, Santander 2001.
- BIANCHI, E., *Pregare la Parola. Introduzione alla Lectio divina*, Milán ¹⁹2001.
- BIANCHI, E. – CALATI, B. – COCHINI, F. – ILLICH, I., *La lectio divina nella vita religiosa*, Magnano 1994.
- BUZZETTI, C., *In memoria di me. Lectio divina sull'eucaristia*, Milán 1999.
- BUZZETETI, C. – CIMOSA, M., *Bibbia. Parola scritta e Spirito, sempre. Ispirazione delle Sacre Scritture*, Roma 2004.
- CANOPI, M., *Dolce è lodarlo. Lectio divina sui Salmi*, Milán 1995.
- Casa de la Biblia, *La Biblia en grupo. Doce itinerarios para una lectura creyente*, Estella ⁴2001.

¹ Anotamos sólo las obras colectivas y libros más importantes que han inspirado estas páginas. Dejamos sin reseñar los artículos monográficos, que serían en la práctica casi incontables. Hace ya algunos años G. Giurisato (*Lectio divina oggi*. Abbazia di Praglia 1987) incorporó una amplísima bibliografía con más de 153 referencias.

- COLOMBÁS, G. M., *La lectura de Dios. Aproximación a la lectio divina*, Zamora ²1982.
- CONCOLINO, D., *Teologia della Parola. Per una comprensione sinfonica della Parola di Dio alla luce della Costituzione Dogmatica Dei Verbum*, Lugano 2005.
- Conferencia Episcopal Italiana, *La Bibbia nella vita della Chiesa*, Turín 1996.
- DE LA POTTERIE, I. – GUARDINI, R. – RATZINGER, J. – COLOMBO, G. – BIANCHI, E., *L'Esegesi cristiana oggi*, Casale Monferrato ³2000.
- DÍAZ, C. C. M., *Leer el texto. Vivir la Palabra*, Estella 1988.
- Facultad de Teología San Vicente Ferrer, *La Palabra de Dios y la hermenéutica*, Valencia 1991.
- FITZMYER, J. A., *The Interpretation of the Bible in the Church. Text and Commentary*, Roma 1995.
- GARGANO, I., *La lectio divina*, Bologna 1988.
- GIANNONI, P., *Gesù orante. Lectio divina sull'esperienza di Gesù*, Milán 2000.
- GIUDICI, P., *Sulle strade della Sapienza. Itinerari di lectio divina*, Milán 1994.
- GONZÁLEZ, S. S., (ed.), *La Parola di Dio nella comunità religiosa*, Milán 2003.
- GUIBERTI, G. – MOSETTO, F., (a cura di), *L'interpretazione della Bibbia nella Chiesa. Commento* (Pontificia Commissione Biblica), Turín 1998.
- HAMANN, A. G., *Leer la Biblia en la escuela de los Padres. De Justino a san Buenaventura*, Bilbao 1999.
- LATOURELLE, R., (ed.), *Vaticano II: balance y perspectivas. Veinticinco años después (1962-1987)*, Salamanca 1989.
- LOHFINK, L., *Exégesis bíblica y Teología. La exégesis bíblica en evolución*, Salamanca 1969.
- LUBAC, H. DE, *L'Écriture dans la Tradition*, París 1966.
- *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'Écriture*, 4 vols. París 1959-1964.
- *Révélation divine*, París 2006.
- MAGGIONI, B., *Impara a conoscere il volto di Dio nelle parole di Dio. Commento alla Dei Verbum*, Padua 2001.
- MAGRASSI, M., *Vivere la Parola*, Noci 1979.
- *Bibbia e preghiera*, Milán ⁸1990.
- MARGUERA, D. – BOURQUIN, Y., *Cómo leer los relatos bíblicos*, Santander 2000.
- MARTINI, C. M^a, *La Parola di Dio alle origini della Chiesa*, Roma 1980.
- *Pregare la Bibbia*, Padua 1986.
- *En el principio la Palabra*, Santa Fe de Bogotá ²1991.
- *Cento anni di cammino biblico*, Milán 1995.
- *Para vivir la Palabra*, Madrid 2000.
- MASINI, M., *La Lectio divina, Teología, espiritualidad, método*, Madrid 2001.
- MESTERS, C., *Por tràs das palavras*, Petropolis 1988.
- *Biblia, livro feito em mutirão*, São Paulo, ¹¹1986.
- *Hacer arder el corazón. Introducción la lectura orante de la Palabra*, Estella 2006.
- MOLINA, P. M., *La interpretación de la Escritura en el Espíritu*, Burgos 1987.

- PACOMIO, L., *La parola genera la Chiesa*, Casale Monferrato 1986.
- PANIMOLLE, A., (a cura di). *Ascolto della Parola e preghiera. La lectio divina*, Ciudad del Vaticano 1987.
- POFFET, J. M., *Los cristianos y la Biblia*, Madrid 2001.
- Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Valencia 1993.
- *El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, Madrid 2002.
- RAGUER, H., *La lectio divina*, Barcelona 1999.
- RATZINGER, J. – BEAUCHAMP, P. – COSTACURTA, B. – POTTERIE, I. DE LA – STOCK, K. – VANHOYE, A., *Escritura e Interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica*, Madrid 2003.
- RIZZI, A., *La scala di Giacobbe. Introduzione alla lectio divina*, Asís 1992.
- RIZZI, G., *Leggere la Bibbia con la Tradizione*, Bologna 1999.
- RUGGIERI, G., (a cura di), *La Bibbia, libro di tutti?*, Milán 2004.
- SÁNCHEZ, C. J. M., *La aventura de leer la Biblia en España*, Salamanca 2000.
- SECONDIN, B., *La lettura orante della parola. Lectio divina in comunità e in parrocchia*, Padua 2001.
- *Come pioggia di primavera*, Milán 2003.
- SECONDIN, B. – ZECCA, T. – CALATI, B., (a cura di), *Parola di Dio e Spiritualità*, Roma 1982.
- SEMMELROTH, O., *La Palabra eficaz*, San Sebastián 1967.
- VERLINDE, J. M., *Initiation à la lectio divina. Parole et silence*, París 2002.
- WILLIAMSON, P. S., *Catholic Principles for Interpreting Scripture. A Study of the Pontifical Biblical Commission's The Interpretation of the Bible in the Church*, Roma 2001.
- ZAMORA, R. A., *Qué es... La Lectio Divina*, Madrid 1998.
- ZEVINI, G., *La lectio divina en la comunidad cristiana*. Estella 2005.
- ZEVINI, G. (a cura di), *Incontro con la Bibbia. Leggere-pregare-annunciare*, Roma 1978.

La Iglesia, madre y maestra, nos insiste con vehemencia en la importancia de la *lectio divina*. No se trata de una práctica antigua y obsoleta, sino de una ayuda providencial, el retorno a la mejor tradición de la Iglesia, y que el Espíritu Santo suscita hoy con acrecentado vigor. Su ejercicio eficaz puede producir *una nueva primavera espiritual en la Iglesia* (Benedicto XVI).

Leer la Biblia como Palabra de Dios ofrece pistas y sugerencias para que toda lectura de la Biblia, sea en la liturgia, en grupo o en privado, se convierta en Palabra de Dios viviente.

Un libro de ayuda e iluminación en la misión más importante encomendada a la Iglesia: alimentarnos de la Palabra para ser servidores de la Palabra.



Francisco Contreras Molina (Granada, 1948), sacerdote claretiano, es doctor en teología, licenciado en Sagrada Escritura, licenciado en Filología Semítica y diplomado en Cinematografía. Actualmente es catedrático de Sagrada Escritura en la Facultad de Teología de Granada. Pro-

lífico autor, ha publicado en Editorial Verbo Divino las siguientes obras: *Un padre tenía dos hijos* (Lc 15, 11-32); *A la sombra de Dios Trinidad*; *Sonetos de Jesús crucificado*; *María, belleza de Dios y madre nuestra*.

ISBN 978-84-6169-729-2



9 788461 697292